

LA Excepción

EVA WINNERS

La Excepción

Eva Winners

Derechos de autor © 2022 por Eva Winners y Winners Publishing LLC

Todos los derechos reservados. Las personas, lugares y situaciones que aparecen en este libro son producto de la imaginación del autor y no reflejan en modo alguno hechos reales o verídicos.

Diseñador de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC
Modelo: Gianni Militello
Fotógrafo: Wander Aguiar
Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

Índice

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta Y Uno
Capítulo Treinta Y Dos
Capítulo Treinta Y Tres
Capítulo Treinta Y Cuatro
Capítulo Treinta Y Cinco
Capítulo Treinta Y Seis
Capítulo Treinta Y Siete
Capítulo Treinta Y Ocho
Capítulo Treinta Y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta Y Uno

Capítulo Cuarenta Y Dos
Capítulo Cuarenta Y Tres
Capítulo Cuarenta Y Cuatro
Capítulo Cuarenta Y Cinco
Capítulo Cuarenta Y Seis
Capítulo Cuarenta Y Siete
Capítulo Cuarenta Y Ocho
Capítulo Cuarenta Y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta Y Uno
Capítulo Cincuenta Y Dos
Capítulo Cincuenta Y Tres
Capítulo Cincuenta Y Cuatro
Capítulo Cincuenta Y Cinco
Capítulo Cincuenta Y Seis
Capítulo Cincuenta Y Siete
Capítulo Cincuenta Y Ocho
Capítulo Cincuenta Y Cinco
Capítulo Sesenta
Capítulo Sesenta Y Uno
Capítulo Sesenta Y Dos
Capítulo Sesenta Y Tres
Capítulo Sesenta Y Cuatro
Capítulo Sesenta Y Cinco
Capítulo Sesenta Y Seis
Capítulo Sesenta Y Siete
Capítulo Sesenta Y Ocho
Capítulo Sesenta Y Nueve
Capítulo Setenta
Capítulo Setenta Y Uno
Capítulo Setenta Y Dos
Capítulo Setenta Y Tres
Capítulo Setenta Y Cuatro
Capítulo Setenta Y Cinco
Capítulo Setenta Y Seis
Capítulo Setenta Y Siete
Epílogo

Sobre La Autora
Encuentra a Eva:

LISTA DE REPRODUCCIÓN

https://open.spotify.com/playlist/7Cuz6c6aAqYRE3qsR5pSze?si=-ZNcXV9NSW29qqJ6yukdNA

Prólogo



Un año atrás

Gemma

Mi sexto sentido me advirtió de que algo no estaba bien. Lo sentía en la boca del estómago. Los latidos de mi corazón se aceleraban de vez en cuando.

Pero no sabía qué lo provocaba. Así que ignoré la sensación, culpando a mi adrenalina y paranoia. La discusión de esa mañana con Jack fue peor que de costumbre. Las cosas se estaban poniendo feas. Sus arrebatos eran cada vez más frecuentes. Seguía esperando que nuestra relación diera un giro, mas el único giro que dio fue a peor. Desde la primera palabra que pretendía humillar hasta el primer empujón físico, pasando por una bofetada en la cara. No creía poder perdonarlo. ¡Jamás!

Sin embargo, esas normas tan arraigadas de "el matrimonio es para toda la vida" eran difíciles de quitar.

Me acomodé en la silla de mi oficina, decidiendo trabajar desde casa por impulso esa mañana.

Una gran ventaja de llevar mucho tiempo en la misma empresa. Todos los años trabajando duro y demostrando mi valor habían dado sus frutos. Había llegado muy lejos. Jack intentó restarle importancia, pero no pude evitar sentirme orgullosa. En silencio, me burlé de los estúpidos comentarios que a Jack le encantaba hacerme. No iba a aceptar las críticas de alguien que no tenía ningún objetivo y a quien le gustaba hablar mal de todo el mundo.

«Un día estamos enamorados y al siguiente no soportamos vernos. ¡Dios!, ¿cómo fue que nos distanciamos tanto?».

Sacudiendo la cabeza, esperaba olvidar todos los problemas de la vida real y centrarme en los números que tenía adelante. El tiempo parecía pasar volando y los problemas cotidianos se desvanecían en el fondo de mi mente, cuando un portazo me devolvió a la realidad.

Levanté la cabeza y enderecé la columna. ¿Había sido la puerta principal? El corazón se me aceleró y tragué saliva con dificultad. Ese día no se suponía que tenía que estar en casa. Fue una decisión de última hora. Pero, ¿cómo iba a saberlo un ladrón?

El ruido de algo al caer me hizo levantarme bruscamente. La silla de mi despacho cayó hacia atrás con un fuerte golpe y me maldije por mi torpeza.

¿Sabrían que estaba allí en ese instante?

—Maldita sea —susurré mientras mi corazón martilleaba frenéticamente.

«*¡Una moneda en el frasco de las malas palabras para mamá!*», se burlaba la dulce voz de mi hija.

Contuve la respiración mientras mis oídos zumbaban por la adrenalina que corría por mis venas. El miedo me apretaba la garganta y, mientras tanto, me repetía que eran imaginaciones mías. Vivía en un vecindario seguro.

No escuché ningún paso. Ningún movimiento.

«Tranquilízate. Cálmate», susurraba mi mente. Si no, no oiría nada por encima del tamborileo de mi corazón. Respiré hondo otra vez y di el primer paso, abandonando la seguridad de mi despacho. Salí de puntillas y me asomé al vestíbulo.

—¡Gemma! —La voz enfadada de Jack resonó en la casa vacía.

¡Jesucristo!

Me sentí aliviada y me relajé un poco. Preferiría a Jack, mi marido, antes que a un ladrón.

Soltando el aliento, volví a mi escritorio. No me molesté en contestarle. No iba a

involucrarme en otra ronda de discusiones. Ya habíamos hablado mucho esa mañana, y últimamente, parecía que una sola palabra mía lo ponía furioso.

Al agacharme para recoger la silla, un dolor me atravesó el cuero cabelludo. Era como si todo ocurriera demasiado rápido para que mi cerebro pudiera procesarlo. La mano de Jack me agarró del cabello, tirando de mí hacia atrás, mientras sus ojos buscaban frenéticamente en mi oficina. Era una habitación sencilla, con todos los rincones a la vista. ¿Qué demonios estaba buscando?

—¡¿Dónde está?! —bramó Jack, su mirada era furiosa. Levantó la otra mano y supe lo que vendría a continuación.

Ya estaba harta. Me habían inculcado que *el matrimonio era para siempre*, pero aquello no valía la pena.

—¡Aléjate de mí! —Empujé contra él, tratando desesperadamente de bloquear su mano.

El impacto me sacudió la cabeza y un dolor ardiente me recorrió la mejilla. Se me escapó un grito, pero lo ahogué rápidamente mordiéndome el labio. Las lágrimas me escocían los ojos y unos puntos negros se agolpaban en mi visión.

—¡Suéltame! —exclamé enfadada, retorciéndome contra él. Excepto que cada movimiento lo hacía sacudir mis mechones castaños con más fuerza.

—¡Maldita puta! —gritó, arrastrándome por el cabello—. ¿Dónde está?

—¡Aquí no hay nadie! —repliqué—. Suéltame, imbécil enfermo. ¡Que te acuestes con cualquiera no significa que también *yo* lo haga! —Se acabó, ya estaba harta. Había llegado a mi límite. Mi matrimonio era insalvable. Podía decir honestamente que había intentado todo para que funcionara. Durante más tiempo del que debía.

Aquello terminaba allí y en ese segundo. Sería la primera mujer de mi familia en terminar divorciada, pero en ese momento, me importaba un carajo. Mis tías, tíos, primos... podían decir lo que quisieran. No estaban viviendo ese infierno; mas yo sí.

Me soltó el cabello y exhalé cuando el dolor disminuyó, aunque el cuero cabelludo seguía palpitándome. El alivio duró poco porque me agarró del brazo, apretó con fuerza y me arrastró fuera del despacho.

Tendría moretones durante días, lo sabía. «*Será la última vez*», me juré. Jack no merecía más oportunidades de mi parte.

—¡Vamos! —siseó, con una amenaza desconocida en la voz. Ya ni siquiera lo reconocía. No era el hombre con el que me casé.

—¿A dónde? —pregunté mientras me arrastraba escaleras arriba. ¿Dónde demonios quería ir?

—¿Por qué no fuiste a trabajar? —gritó, saliva volándole de la boca—. ¿Esperabas a tu hombre?

—¡Basta! —reviré, intentando zafarme de su agarre—. Estás siendo ridículo. *Estoy* trabajando. Desde la casa.

Tropecé y me golpeé la rodilla contra la esquina del escalón. Maldije en silencio mientras el dolor me recorría esa zona, pero me tragué el gemido. Volví a enderezarme e intenté mantener el ritmo o arriesgarme a caerme de nuevo.

—Mentirosa. No dijiste que hoy trabajarías desde casa.

Era cruel cuando estaba paranoico y enfadado. O exageradamente celoso.

—Fue una decisión de último minuto.

—¡No me mientas! —bramó como un loco—. Estás con otro hombre. Crees que soy estúpido.

—No, no lo creo. —Era el hombre más cruel que conocía—. Suéltame.

Tiró de mí con más fuerza y mi brazo crujió, provocándome otra ola de dolor desde el hombro hasta la punta de mis dedos.

Se me escapó un aullido.

—Jack, me estás haciendo daño —gemí—. Detente.

—No pensaste que pasaría por aquí, ¿verdad? —despotricó. No escuchó ni una sola palabra de lo que dije—. Lo estás escondiendo en alguna parte.

Intenté zafarme de nuevo de su agarre. Volví a sentir un dolor atroz y no pude contener un gemido. Lo último que me faltaba era acabar en el hospital y explicarle esta vergüenza a alguien. Y mucho menos a mi hija mayor, que había empezado a notar la tensión. No podía ocultarle tanto.

Debería haber puesto fin a este matrimonio hacía meses. Me culpé por permitir que llegara a ese punto.

Ya era suficiente. Este matrimonio había *terminado*, con T mayúscula.

Al llegar al final de la escalera, siguió arrastrándome. Cuando me di cuenta de la dirección de sus pasos, se me heló la sangre en las venas. Empujándome hacia nuestro dormitorio, sus ojos buscaron frenéticamente a su alrededor con una mirada enloquecida.

¿No confiaba en mí para nada? Teníamos tres hijas juntos. Nunca le había dado razones para que no confiara en mí.

—Jack —supliqué. ¿Cómo podíamos habernos convertido en extraños después de tantos años juntos?—. Te lo prometo, no hay nadie aquí.

—Entonces, ¿por qué estás en casa? —vociferó. Me zumbaron los oídos y el miedo se deslizó por mis venas. Nunca había actuado tan desquiciado.

—Para trabajar —chillé—. Eres tú el que está siendo infiel, Jack. No yo.

Era propenso a la infidelidad, siempre en busca de validación. Necesitaba una razón para sentirse un hombre. No obstante, cada traición lo convertía en un ser inferior a mis ojos.

Y le daba paranoia que le hiciera lo mismo. Realmente no me conocía en absoluto. No creía en ser infiel o herir a la gente. Por mucho que lo detestara en ese momento, nunca lo engañaría.

Me encontré con su dura mirada, como si estuviera evaluando mis palabras.

Podía sentir que su rabia disminuía. Pero antes de que pudiera tomar un respiro de alivio, dijo con voz ronca:

—Bueno, entonces te voy a follar.

Mis ojos se abrieron de par en par ante su tono crudo.

Le quité el brazo de encima, empujándolo. Se me erizaba la piel. Me dio tres niñas preciosas, pero últimamente sus palabras destruían todo y a todos a su alrededor.

—Estás demente si crees que voy a dejar que me toques —solté. Me froté la mejilla con la mano no lastimada—. Nunca más, Jack.

Si bien quería jurarlo por la vida de nuestras hijas, las enseñanzas afincadas en mí lo impedían. Nunca jures por la vida de alguien; traía mala suerte. Sí, era supersticiosa, mas cuando era algo que habías escuchado desde niña, era difícil dejarlo ir.

—Me apetece un reto. —Ronroneó, poniéndome los pelos de punta.

En sus ojos acechaba una lujuria enloquecida. Instintivamente, di un paso atrás, vacilante, en busca de cualquier señal de que estuviera bromeando.

Fue un movimiento equivocado, porque me vi arrinconada contra la cama. Por primera vez, maldije los altos postes de la misma y deseé haber comprado una más sencilla que me permitiera huir rápidamente.

Con una sonrisa cruel en los labios, me retorció con fuerza contra la cama y me obligó a

tumbarme, con la cara aplastada contra el edredón. Intenté moverme, resistirme, pero solo consiguió presionarme más contra el colchón, utilizando su cuerpo como peso para mantenerme allí. Escuché el tintineo de su cinturón y el sonido de la cremallera.

—Jack, no. —Mi voz temblaba de miedo y pavor. Nunca había hecho eso, nunca había llegado tan lejos—. Por favor, no lo hagas.

Se bajó los pantalones hasta los tobillos y sus dedos empezaron a desabrochar el botón de mis *jeans*, mientras intentaba mover la rodilla para darle una patada en las pelotas. Un nudo en la garganta amenazaba con ahogarme de asco. O de miedo. O ambas cosas.

—Vete con una de tus muy dispuestas noviecitas —dije entre dientes, ocultando mi miedo—. Te desprecio. Me das asco y mi piel te aborrece.

Mi cuerpo no era lo bastante fuerte como para superarlo, pero esperaba que mis palabras bastaran para hacerlo reaccionar. Necesitaba un segundo. Un segundo para que se alejara un poco de mí, dándome espacio suficiente para reaccionar.

Mis pantalones se bajaron ligeramente y una lágrima resbaló por mi sien.

Me presionó con fuerza contra la cama y metió su mano entre mis piernas, separándolas. Me zumbaban los oídos del miedo y la adrenalina que corrían por mis venas. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? Me vinieron recuerdos a la cabeza. Cómo nos conocimos. El día de nuestra boda. La felicidad cuando descubrí que estaba embarazada. El nacimiento de nuestras hermosas hijas. Hasta ese minuto.

Mientras mi vida pasaba ante mis ojos, ni en un millón de años imaginé que me encontraría allí. En esa situación.

Elevándose sobre mí, empujó con fuerza sus manos contra mi sexo. Mi cara estaba mojada.

En algún momento, las lágrimas empezaron a correr por mi cara.

—Por favor, Jack —susurré, ahogándome—. No lo hagas.

Ni siquiera me escuchó. Estaba demasiado lejos. Ya lo conocía lo suficiente. No se detendría, a menos que luchara contra él.

Lucharía contra él... hasta mi último aliento.

Capítulo Uno



Presente

Kristoff

Arrojé los documentos sobre el escritorio y, dando tres grandes zancadas, me dirigí a una de las dos paredes con ventanas que iban del suelo al techo y que daban a Washington D.C. La vista de la East Front Plaza y el Capitolio de los Estados Unidos llenaba mi visión. Era una vista por la que muchos hombres poderosos matarían. La ciudad brillaba bajo el sol de la mañana, un disfraz perfecto para la corrupción y la codicia.

Fue la razón por la que mi padre compró este edificio. El poder era importante para él. A toda costa. Aunque no podía discutir sus beneficios. Probablemente no creería si aún viviera y pudiera ver hasta dónde hice crecer el imperio Baldwin. Siempre codició dinero y poder.

Era la razón por la que casi llevó a la quiebra la herencia de mi madre y W&W antes de que tomara el mando. Decidió andar por ahí usando su polla a expensas de mi madre y su fortuna. Cuando su aventura y sus sucias artimañas salieron a la luz, se metió una bala en el cerebro. Era la salida fácil para él, mientras que el resto de nosotros nos quedamos limpiando su desastre.

Casualmente, todos los trapos sucios de nuestra familia ocurrieron al mismo tiempo que yo salía del ejército para encontrarme la empresa casi en quiebra y a mi ex engañándome. Con mi mejor amigo.

La puerta de mi despacho se abrió y entró Byron Ashford. Como hijo legítimo mayor del senador Ashford, Byron era prácticamente una celebridad. Odiaba a su progenitor y prefería estar en las sombras, algo que su corrupto padre no aprobaba. No es que a Byron le importara una mierda. De hecho, a ninguno de los hermanos Ashford parecía importarles mucho su padre. Lo único que les importaba a los *Reyes Multimillonarios*, como les gustaban llamarlos en la prensa, era su hermana pequeña.

Byron y yo éramos los más cercanos en edad, él era más joven que yo, pero teníamos mucho en común. Empezando por unos padres imbéciles y terminando por servir juntos en Medio Oriente. Siempre nos habíamos apoyado mutuamente.

—Por supuesto, no te molestes en tocar —refunfuñé.

Había estado más tenso y más agitado de lo normal. Mi última asistente administrativa se había encontrado un novio hacía más de dos meses. Juró que él le propondría matrimonio. *Una mujer delirante*. Desgraciadamente, eso puso fin al acuerdo mutuamente beneficioso y placentero que tenía con ella y se trasladó a otro puesto en la empresa. Así que me puse a buscar una nueva asistente administrativa. Necesitaba una que fuera eficiente, inteligente y emocionalmente distante. Y que no buscara nada en serio con un hombre.

Me acerqué a mi escritorio y me senté en la silla. Tenía que revisar otro grupo de candidatas y retrasarlo no me serviría de nada. Incluso con mi amigo allí.

—No lo haré. —Byron sonrió mientras se sentaba en la silla opuesta a la mía y se reclinaba hacia atrás, colocando el tobillo sobre la rodilla para descansar.

—¿No tienes cosas que hacer? —murmuré mientras hojeaba el primer currículum y descartaba inmediatamente a la candidata. Los fríos ojos azules de Byron me miraron mientras se encogía de hombros. Tenía casi cuarenta años, cinco menos que yo—. Tal vez, garantizar que tu padre no se convierta en nuestro próximo presidente y queme este país hasta los cimientos. Nuestros antepasados no lo aprobarían.

Se burló.

—Nuestros antepasados no aprobarían a la mayoría de estos desgraciados.

Tenía razón. Washington, D.C., era la meca de la corrupción.

Por un momento, ambos permanecimos en silencio y perdidos en nuestros propios pensamientos. No tenía ni idea de dónde se aventuraban los suyos, pero los míos pasaban por las solicitudes de mujeres ansiosas y esperanzadas que solo aspiraban a meterse en mi cama, en mi dinero y en mi corazón. Excepto que nunca habría sitio en mi corazón para ellas. Ni en mi cama. No llevaba mujeres a mi área personal. Follaba para liberarme y pasaba a atender la siguiente tarea.

—¿Sigues buscando una asistente personal? —preguntó.

—Sí.

—Tal vez salir con alguien sería más fácil —sugirió.

—Las mujeres necesitan promesas y tiempo que no tengo. Además, no te veo teniendo citas.

Se inclinó y agarró un puro de la vitrina.

—Jódete. No necesito tener citas.

—Pero necesitas coger —señalé.

—Para eso, voy a un club. —Encendió un puro y aspiró profundamente. Menos mal que eran más de las siete de la noche y Kimberly, mi secretaria de toda la vida que trabajaba para mi abuelo, se había ido, porque, maldición, odiaba el olor de los puros y no vacilaba en rezongar al respecto—. ¿Cómo está tu prima Sophie? ¿La doctora?

Me encogí de hombros.

—Está bien. Y no, todavía no le interesa salir contigo. No hay suficientes elogios que la hagan cambiar de opinión. —Se rio—. No estás diciendo las cosas correctas.

—Quieres decir que no estoy mintiendo.

Sophie, mi mucho más joven y única prima, salía con Jonathan, mi exmejor amigo que se cogió a mi esposa. No hacía falta decir que le afectó de forma diferente que a mí.

—¿Por qué no vas al club? —Byron inquirió, regresando de nuevo a nuestro tema original. Fuimos varias veces. Era un club exclusivo donde todo era permitido, siempre que ambas partes estuvieran dispuestas. No veía el atractivo. O quizá me estaba haciendo demasiado viejo.

—Es más cómodo cuando está aquí mismo. —Sonreí satisfecho, aunque por la mirada que me dirigió, sospeché que ya lo había adivinado.

—Sí, algunos días es agotador ir —murmuró. Entonces sus ojos se suavizaron—. Deberías salir con mi hermana —propuso. No era la primera vez.

—Gracias, pero no, gracias —resoplé—. En primer lugar, no tengo ningún deseo de poner a prueba mis habilidades de lucha de nuestros días militares cada vez que tu hermana vaya corriendo a casa con sus cuatro hermanos. Soy demasiado viejo para esa mierda. Y segundo, nunca mezclas placer y amigos.

—Vas a hacer que me ponga emocional. —Se rio—. Es la primera vez que me llamas amigo.

—Vete de mi oficina —refunfuñé—. Todavía tengo trabajo que hacer y me estás haciendo perder el tiempo.

—¿No quieres oír por qué estoy aquí? —indagó—. Y yo que te había traído una posible candidata potencial…

Ladeé una ceja.

—¿Para?

Nunca se sabía qué clase de mierda se le ocurriría a Byron.

—Para el puesto de asistente personal.

Me pasé la mano por el cabello.

—No me interesa contratar a tu hermana como mi asistente personal. ¿No está un poco

ocupada siendo agente especial o lo que sea que demonios haga?

Se rio entre dientes.

—La tengo bien escondida detrás de un escritorio. Está en New Orleans, así que no puede ser tu asistente. Otra persona.

—¿Así que realmente tenías un propósito para venir aquí? —Me reí entre dientes—. Y yo que pensaba que habías venido solo para fastidiarme.

—Me llamó una vieja amiga de la secundaria. Betty Feely. —Me encogí de hombros. El nombre no significaba nada para mí—. Su amiga está buscando trabajo y está al tanto de tus requisitos especiales.

—¿En serio? —No todos los días te encontrabas con una mujer que estuviera de acuerdo con un arreglo como ese. Para la mayoría, era difícil aceptar que no hubiera vínculos emocionales o que nunca fuera más que sexo.

Por desgracia para todas, nunca llevaría a una mujer a mi cama. Hacía más de dieciséis años que no dejaba entrar a una bajo mis sábanas y en mi corazón. Debería haber sabido que el amor era una pérdida de tiempo. Después de todo, tuve un asiento en primera fila en el matrimonio de mis padres. El hombre que se casó con una mujer solo por su riqueza y mi madre lo dejó llevarlo a la ruina, todo mientras destruía la reputación de nuestra familia.

El amor te hacía estúpido y ciego. Había muchas pruebas que apoyaban esa afirmación. Empezando por mi madre. No podía creer que ella dejara que mi padre la hundiera. La amaba, pero la forma en que confiaba ciegamente en mi progenitor era una locura. Cuando me hice cargo del negocio familiar, era básicamente un cascarón de empresa, al borde del colapso y la quiebra.

Casi caigo en la misma trampa con mi exesposa. *Nunca más*. No habría excepciones a mi regla de no tener apegos emocionales. ¡Nunca!

—Sí, de verdad. Según Betty, Gemma Rose no está interesada en relaciones. Solo quiere un trabajo y entiende las responsabilidades adicionales ocasionales.

Si hacía veinte años me hubieran dicho que sería uno de los hombres más ricos del planeta y que mi vida personal consistiría en un contrato con una asistente personal de mi elección, te mandaría a la mierda y me reiría.

Y aquí estaba. Sin reírme. Para. Nada.

—¿Cuál es la trampa? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ninguno que conozca. La investigué brevemente. Nada fuera de lo normal. Viuda. Tres hijas. Madre activa, sin mucha vida social.

Fruncí el ceño.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y tantos.

Lo observé pensativo.

—No es habitual que una madre soltera opte por este tipo de arreglo —musité. La idea de hacerlo con una madre joven no me agradaba.

«Maravilloso», pensé en silencio. De repente, tenía una conciencia.

Llevándome la mano al cabello, tuve que admitir que esto se estaba volviendo en una jodida molestia. Byron tenía razón. Sería más fácil salir con alguien, aunque la idea de fingir que me importaba una mujer y entretenerla con un *supuesto* futuro juntos que nunca se haría realidad me daba náuseas.

Un acuerdo frío y directo, con reglas, era mucho mejor.

—Bien, envíame su información —resolví finalmente.
Si a esa madre soltera le parecía bien. A mí también.

Capítulo Dos



Genevieve

De pie frente al impresionante edificio de cristal W&W, en el centro de Washington D.C., mis ojos se alzaron hasta su último piso. La edificación tenía cinco pisos y destacaba por su arquitectura moderna pero elegante. El sol se reflejaba en sus ventanas de cristal y el resplandor cegaba. Las voces a mi alrededor parecían lejanas mientras la calle bullía de vida.

El clima fresco de mayo prometía una tarde preciosa y un fin de semana aún más espléndido.

Sin embargo, mientras estaba allí de pie, algo en toda esa situación hizo que mi estómago se agitara de nervios.

Trabajo poco convencional, lo llamó mi mejor amiga, Betty.

No dio más detalles y algo en esa posible oportunidad de trabajo me hizo sentir incómoda. Pero a tiempos desesperados, medidas desesperadas.

«Todos hacemos lo que debemos para sobrevivir». La voz de mi padre resonaba en mi cabeza. Mis ahorros eran prácticamente inexistentes. Estaba en la ruina. En quiebra. Ahogada por las deudas. Si había otro término para la bancarrota, se aplicaba a mí. Toda mi educación y mis títulos en finanzas no podían salvarme de eso, irónico en realidad.

La hipoteca vencería en unas semanas. ¡Otra vez! Ojalá fuera una vez al año. Cada vez que me daba la vuelta, vencía otra maldita factura. *«Sí, otra moneda en el frasco de las malas palabras»*. Excepto que no tenía una moneda de veinticinco centavos conmigo. Ni siquiera de un centavo.

A menos que consiguiera un trabajo pronto, me hundiría y me llevaría a mis hijas conmigo. Y eso nunca sería aceptable. Haría cualquier cosa por ellas.

Volver a Croacia era una opción. La antigua casa de mis padres estaba vacía desde su muerte. También mi pequeño proyecto de chalet que le había ocultado a mi difunto marido. Necesitaba fondos para reparaciones.

El sonido de la puerta giratoria me hizo bajar la vista hacia la entrada. Una mujer salió del edificio con un traje costoso e impecable. No creía que se pudiera lucir glamurosa en traje de negocios, aun así, ella lo consiguió. Estaba fabulosa.

Mi reflejo en la ventana del edificio me miraba fijamente. Mi complexión menuda me hacía parecer delgada gracias al corte de la blusa y la falda blanca, y mi habitual estatura de un metro sesenta y cinco se veía aumentada en cinco centímetros por los tacones negros que llevaba. Me veía sencilla. Por extraño que pareciera, siempre me había gustado vestir sencilla, pero después de ver salir del edificio a la doble de una modelo de pasarela, de repente, ser estar así no me sentaba tan bien.

Observé mi reflejo y mis ojos castaños me devolvieron la mirada. *Cansada.* Lucía agotada y ningún maquillaje podía ocultarlo. No es que me hubiera molestado mucho en maquillarme, solo un ligero rubor en los pómulos para disimular mi palidez. Llevaba el cabello castaño oscuro agarrado en un recogido profesional.

Luché contra el impulso de darme la vuelta. Hice mi investigación. W&W era una empresa del tipo corporativo americano. Grande. Fría. Impersonal. La América corporativa no era lo mío. Estaba acostumbrada a las pequeñas empresas privadas.

Excepto que no tenía muchas otras opciones. Mejor dicho. *No* tenía otras opciones. Pensar en el pago de la hipoteca, las facturas de los servicios públicos y la compra de alimentos me empujaban hacia delante. Cada paso más pesado que el anterior.

Me alisé la falda, con los nervios a flor de piel. La vida me había estado dando malas noticias tras malas noticias en los últimos años. Pendía de un hilo, dispuesta a perderlo todo. Por el momento, esta era la *única* pista. Eso hacía que aquella entrevista fuera aún más importante para mí.

«La desesperación no da buena imagen», me dije.

Respirando hondo, entré en el gran edificio por la puerta giratoria. El vestíbulo era elegante y prístino, mármol blanco por todas partes con una fuente de agua en la pared que creaba un ambiente sereno.

Excepto que tuvo exactamente el efecto contrario en mí. Ignorando mis inseguridades, me acerqué al hombre tras el gran mostrador.

—¿Puedo ayudarla?

Me aclaré la garganta y forcé una sonrisa cortés.

—Vengo a ver al señor Kristoff Baldwin. Tengo una cita. Me llamo Genevieve Rose.

Mis dedos se cerraron en pequeños puños, las uñas se clavaron en la palma de mis manos.

¡Dios, cualquiera diría que era mi primera entrevista!

Era la desesperación la que me hacía zumbar los oídos de ansiedad. Cuando tanto dependía de cómo saliera esto, no podía evitar la angustia que nadaba por cada poro de mi cuerpo.

Bajó los ojos al monitor y contuve la respiración. No sabía por qué, ya que la cita había sido confirmada por la empresa.

Debió de sentirse satisfecho al encontrar mi nombre, así que, con un leve movimiento de cabeza, señaló el bloc de notas que había sobre el mostrador.

—Claro, señorita —comentó—. Firme aquí y tome el ascensor hasta la quinta planta.

Agarré el bolígrafo y firmé con mano temblorosa.

Le agradecí con una sonrisa y me dirigí hacia el ascensor con la confianza que no sentía. El sonido de mis tacones contra el suelo de mármol resonó en el vestíbulo, burlándose de mí. No recordaba la última vez que me había puesto unos.

Finge hasta que lo consigas. Sería mi lema hasta que llegara algo.

Una vez en el elevador, me incliné y pulsé el botón de la quinta planta.

Ding. Inhala. *Ding.* Exhala. *Ding.*

Dos plantas más y se abrieron las puertas del ascensor. Salí y entré vacilante en otro vestíbulo más pequeño.

Lo primero en lo que me fijé fue en otras cinco mujeres que esperaban en sillones de cuero. Mi paso vaciló. Eran hermosísimas. Como recién salidas de la pasarela. No debería afectar. Las certificaciones eran lo único que importaba aquí; sin embargo, era difícil luchar contra la inseguridad. Eran mucho más jóvenes que yo. Con treinta y cuatro años, no era vieja ni mucho menos, no obstante, me sentía mucho mayor.

Todos los acontecimientos que condujeron a la muerte de mi difunto esposo me hicieron envejecer décadas. Podía ser que no lo pareciera, mas lo sentía.

En medio del vestíbulo del quinto piso, me asaltaban dudas sobre mí misma. Eran el enemigo de toda mujer. Y en ese instante, se burlaban de mí. Confiaba en mis habilidades y en mi trabajo duro. Sí, nunca había sido asistente administrativa, pero ¿qué tan difícil podía ser?

Ignorando las voces que me decían que me diera la vuelta y me marchara, mis ojos se dirigieron a la única mujer sentada detrás de un escritorio. Con más de sesenta años y el cabello plateado recogido en un elegante moño, levantó la cabeza.

—¿Puedo ayudarle? —me dijo, con sus penetrantes ojos color avellana fijos en mí.

Tenía que ser la secretaria. A lo mejor se iba y ese puesto era para sustituirla.

Ignorando mis nervios, me le acerqué, luego aclaré la garganta mientras las emociones revoloteaban en mi estómago.

—Hola. —Todo acerca de esta entrevista envió una energía nerviosa a través de mis venas—. Vengo a entrevistarme para el puesto.

A pesar de la oleada de nerviosismo que me invadió, mi voz salió tranquila. Me negaba a perder esta oportunidad si servía para mantener a mis hijas bajo techo y alimentadas. Todo lo demás, lo resolvería sobre la marcha.

—Su nombre, por favor —preguntó.

—Genevieve Rose.

Miró su ordenador y asintió.

—Por favor, siéntese hasta que la llame.

Exhalé en silencio y me acerqué a una de las sillas vacías. Me senté rígidamente y volví a echarles un vistazo a las otras mujeres que esperaban la entrevista. «*¡Mal movimiento!*» pensé para mis adentros. «*¡Una mala jugada!*»

Estas mujeres iban vestidas como si tuvieran mucho dinero. Si no, ¿cómo podían permitirse unos zapatos Christian Louboutin? Era difícil no ver las suelas rojas de esos tacones. Definitivamente, con ese calzado no hacían malabares con tres niñas, los entrenamientos extraescolares, el trabajo y el hogar.

«Concéntrate, Gemma».

Sus estúpidos zapatos no importaban. Si ese trabajo resultaba ser un fracaso épico, tendría que empezar a hacer las maletas. Tal vez podría encontrar la manera de irnos a Croacia y podríamos tomar el sol en alguna playa. No necesitaría mucho dinero para sobrevivir allí. Tal vez podría conseguir un trabajo como mesera.

El pánico aumentó lentamente, mi corazón latía desbocado. Escuchaba la sangre pasar por mis oídos: *thump, thump, thump.* Mi pecho se movía arriba y abajo y mis manos empezaron a temblar mientras un sudor frío me recorría la espalda. *Jesucristo, no podía darme un ataque de pánico en ese momento*.

Me obligué a cerrar los ojos, inhalando profundamente. Exhalé el aire y volví a inspirar. Luego, repetí el proceso.

La entrevista ni siquiera había empezado y ya estaba perdiendo la cabeza. Esto seguramente iba a terminar mal, humillantemente. Y no necesitaba una lección de ese tipo. Entonces me abofeteé mentalmente para salir de mi fiesta de autocompasión. Podía hacerlo.

¡Por mis niñas!

No me rendiría. Tenía tantas posibilidades de conseguir el trabajo como esas preciosas mujeres sentadas aquí. Lo daría todo. Haría cualquier cosa por ellas. Para mantenerlas a salvo.

Café. Imprimir documentos. Concertar citas. *Muy fácil.* Podría encargarme de eso. Para mantener a mis chicas felices, me encargaría de cualquier cosa.

No podía perder nuestro hogar. Trabajé tan duro para llegar a donde estaba, para sobrevivir, y en ese instante sentía que todo se me escapaba de las manos. Jack probablemente se estaba divirtiendo con la situación en la que me encontraba. Ya sea desde arriba o desde abajo. Donde sea que hubiera terminado.

Sumida en mis pensamientos, perdí la noción del tiempo cuando alguien gritó mi nombre. Presté atención a lo que me rodeaba y me enderecé en la silla. La sala estaba vacía, salvo por la secretaria.

Me encontré con su mirada, notando su extraña expresión. Como si me hubiera estado llamando varias veces y me lo hubiera perdido por completo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí, por supuesto.

Dudó un instante.

—Puedes pasar —dijo, inclinando la cabeza hacia la puerta.

Me levanté con determinación, me alisé la falda y me dirigí hacia la puerta que solo podía conducir a un despacho. *Allá vamos*.

Apoyé la mano en la fría manilla, inhalé profundamente y abrí. Al atravesarla, sentí un aroma a cuero y colonia ahumada, y mis ojos recorrieron la enorme oficina.

Las ventanas cubrían toda la pared exterior desde el techo hasta el suelo, mostrando el hermoso clima y la ciudad más allá. La iluminada habitación, con toda la luz que entraba por el gran ventanal, estaba decorada con elegantes muebles. A la derecha, había una gran mesa redonda y a la izquierda un sofá con una mesa de centro. Delante de mí, un enorme escritorio ejecutivo dominaba el espacio con un hombre sentado en la silla tras él y, por un momento, me olvidé de respirar.

De repente, la gran oficina se encogió, cada célula de mi cuerpo consciente de él. Su mirada me encontró y quemó. Era como estar delante de una hoguera en una fría noche de invierno y no sabía si me gustaba o no.

Era guapísimo. Mayor, pero bastante guapo.

Al erguirse en toda su estatura, su presencia tocó mi piel. *Consumidora. Caliente. Peligrosa*.

Su mirada era intensa, intimidante, magnífica. Ojos verdes penetrantes. Me recordaban al musgo frío, me arrastraban al corazón de la naturaleza, listos para tragarme entera. Esos ojos... del color de los bosques profundos que me hacían temblar por su mirada helada. Sin embargo, estaba segura de que había un fuego ardiendo en su interior a pesar de su expresión reservada, casi calculadora. Como si me estuviera comprando.

La idea era ridícula, pero no podía quitármela de la cabeza.

Era alto, demasiado alto, medía más de metro ochenta. Hombros anchos y un traje caro hecho a medida que se amoldaba a su musculoso cuerpo. Y su cabello... era casi negro como el carbón, con un toque plateado en las sienes. Lo suficientemente largo como para agarrar sus mechones mientras devorabas su boca.

Me dio un vuelco el corazón al pensarlo y me sentí acalorada.

A cada paso que daba, mi corazón latía más deprisa. Dios mío, mi pulso estaba a punto de provocarme un paro cardíaco, mas era incapaz de apartar los ojos.

Era increíblemente atractivo, con una cara que te dejaba hipnotizada. Una mandíbula cuadrada perfectamente cincelada. Mirada lujuriosa. Cara simétrica. Impecable.

Se dirigió hacia mí con un aire de confianza, gracia y propiedad. Era como si alguien me hubiera empujado, y no me resistí. Me hundiría con tal de poder mirarlo. Maldito pensamiento estúpido. Sin embargo, seguí observándolo mientras su intensidad me producía escalofríos y me erizaba toda la piel.

Cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo, tuve que luchar contra un escalofrío y la necesidad de huir.

Por un lado, quería permanecer cerca de él el resto de mi vida, deleitándome con su gloriosa visión. Por otro lado, quería meterme en un agujero y esconderme porque era demasiado.

Forzándome a dejar de ver su cuerpo, levanté la mirada y estiré el cuello hacia su alto cuerpo. ¡Qué rostro! Tenía barba en la mandíbula. Lo justo para darle un toque atrevido a su típica apariencia. Mis dedos ansiaban recorrerla. Su mandíbula era fuerte y firme, lo que indicaba su determinación, y aquella boca me hizo tener pensamientos no tan puros.

Sonrió, estirando aquellos labios besables para mostrar una dentadura perfecta, pero la sonrisa no llegaba a aquellos ojos inquietantes. Algo en las sombras que se mantenían en ellos me hizo desear rodearlo con las manos y decirle que todo estaría bien.

Lo cual era una estupidez.

—¿Genevieve? —me llamó con voz grave. Solo pronunció mi nombre, pero *la forma* en que lo dijo fue como hablar con un amante después de una cogida intensa. Permanecí en silencio, me costaba respirar.

Debería darme la vuelta e irme. En lugar de eso, me quedé, deleitándome en su esencia.

Capítulo Tres

Genevieve

—Genevieve Rose, ¿verdad? —Volvió a preguntar.

Tragué saliva, aquella voz me producía escalofríos. Del tipo que nunca había sentido con ningún otro hombre.

—Sí —respondí en un tono rasposo, sintiéndome aturdida. No podía apartar los ojos de él.

Me tendió la mano y, por un momento, debatí si era inteligente tomarla. Aunque quería hacerlo. Dios, su mano también era atractiva. Fuerte, venosa, su tono de piel ligeramente más oscuro. Apostaba a que sabía cómo usarlas en el cuerpo de una mujer.

Sacudí la cabeza. No podía dejar que mis pensamientos vagaran por ese camino.

Tentativamente, levanté la mano y acepté su apretón. Cálido. Fuerte. Su contacto me aceleró el pulso, el calor que emanaba su cercanía me derritió por dentro. Algo dentro de mí se estremeció de placer.

Me soltó la mano y me sorprendí inclinándome hacia él. Como una polilla hacia una llama. Bajé la mano a mi costado, apreté la palma contra mi muslo y lo froté. Había algo en su toque que me inquietaba.

Su mirada siguió el movimiento y enarcó una ceja como si estuviera intrigado.

—Por favor, tome asiento. —Ofreció, indicándome que me acercara. No pude evitar que mis ojos volvieran a posarse en sus fuertes manos, preguntándome qué tan bien se sentirían sobre mi piel.

Dimos varios pasos, su cuerpo demasiado cerca del mío, el aroma de su colonia cítrica entrando en mis pulmones. De repente, sentí que las piernas me iban a fallar antes de conseguir sentarme. Las mariposas me revoloteaban en la boca del estómago.

—Gr-gracias —balbuceé, mirando fijamente a esos ojos *sexys* de nuevo. Sonaba idiota, como una maldita virgen. Aunque esa descarga eléctrica que encendía con su mera presencia no era para nada virginal.

¡Contrólate, Gemma! Tenía que dejar de mirarlo boquiabierta; de lo contrario, empezaría a pensar que estaba loca. Tenía que haber una cosa que no fuera atractiva en este hombre... solo una... porque podría empezar a babear.

—¿Trajo su currículum? —preguntó el señor Baldwin.

—Sí. —Exhalé. Me temblaban las manos de ansiedad. Lo saqué de mi carpeta y se lo entregué rápidamente para ocultar mis dedos estremecidos. Sería vergonzoso que se me cayera.

De repente, sentí la boca tan seca como un desierto. Me pasé la lengua por el labio inferior mientras apretaba las manos con fuerza sobre el regazo. El señor Baldwin siguió el movimiento, con algo peligrosamente caliente brillando en sus ojos.

Tragué saliva, con cada fibra de mí en estado de hiperalerta. Forcé una sonrisa cortés para ocultar lo mucho que me había impactado. Parecía hipnotizado por mí, y no estaba segura de que fuera en un buen sentido.

Sus ojos no se apartaron ni una sola vez de los míos, y deseé que se limitara a mirar mi maldito currículum para poder respirar hondo. Bajo aquellos llamativos verdes oscurecidos, me sentía como en medio de un infierno incapaz de moverme, dejando que me consumiera.

Pasó un solo latido. Que pareció una eternidad. Volvió su atención a mi currículum y extrañé su mirada. Por Dios. Primero no quería sus ojos sobre mí, pero después los deseaba. Era como si me hubiera quitado todo el calor.

«¡Contrólate!». Me regañé mientras mis mejillas se sonrojaban de color carmesí, imaginando cómo se oscurecían esos ojos mientras penetraba en mi interior haciéndome arder con algo que nunca antes había experimentado.

—Me podrías decir… —Empezó, su voz vibrando a través de mí y sentí un claro dolor entre las piernas. Quería saltarle encima. *«¿Qué? No, no, no. ¡No quiero saltarle encima!»*. Aquel hombre me ponía nerviosa, me sacudía de mala manera—. ¿Por qué alguien con su amplia experiencia en finanzas, y con un Maestría en Negocios de Harvard, se presentaría en mi oficina solicitando un puesto de administrativo?

«Aquí vamos», pensé con ironía.

Me aclaré la voz.

—La economía apesta ahora mismo —expliqué con voz firme. Al menos eso esperaba—. Trabajé para una pequeña empresa de *marketing*. Les afectó la recesión. Por desgracia, no es el mejor momento para buscar trabajo. Pero aquí estoy.

Fui a Harvard y allí estaba, temblando como una hoja delante de ese hombre. Maldita sea su mirada penetrante y su cuerpo salvajemente hermoso.

Ni siquiera podía hablar con claridad, y mucho menos formar un pensamiento inteligente y coherente. Estaba excitada. Y sospechaba que eso último me hacía sonar como una idiota.

«Por el amor de Dios, di a luz a tres hijas», me reprendí. Soy una mujer madura talentosa. «*De acuerdo, de acuerdo... Era una mujer madura talentosa antes de que esta maldita economía empezara a trabajar en mi contra»*. Hmmm, quizás no madura todo el tiempo, aunque, demonios, lo intentaba. Pero, aun así, no era una adolescente inquieta y menos una joven virgen.

—¿Genevieve? —Su voz me sobresaltó.

Parpadeé.

—¿Perdón? —Al parecer me perdí parte de su conversación, divagando en silencio para mis adentros.

—Pregunté si estás abierta a tareas que no sean de carácter administrativo.

—Sí, por supuesto —respondí, preguntándome qué tendría en mente. *Poco convencional.*

Maldita sea, ¿por qué se me quedaron grabadas esas palabras?

Quizá le servirían mis conocimientos de finanzas. Me iba a poner la mano en mi mejilla sonrojada, pero me detuve en el aire y la bajé. No era el momento de abanicarme. Por fin comprendí la reacción de Betty. Cuando hablaba de él, el noventa por ciento tenía que ver con lo bueno que estaba.

Dios, hacía demasiado maldito calor aquí. «*Otra moneda en el frasco»*, añadí en mi mente.

—¿Tienes limitaciones con las horas de trabajo? —gruñó su siguiente interrogante. Su voz me hacía algo. Algo deliciosamente malo, que aceleraba mi corazón con adrenalina.

Mierda, maldije en silencio. Podría haber tenido un ataque al corazón antes de que esto terminara.

Ignorando mi confusa reacción ante aquel hombre, pensé en el horario. Las vacaciones de verano estaban a punto de empezar, pero mi suegra me aseguró que su agenda era flexible y que las cuidaría por muy tarde que tuviera que trabajar.

—Sin limitaciones. —*«¡Poco convencional!»*, gritó mi mente. La ignoré—. Me gustaría saber si tengo que trabajar más allá de las ocho de la noche, al menos con unas horas de antelación —añadí, aunque odiaba la idea de no cenar con mis hijas. «*Pero los mendigos no pueden elegir»*, la voz de mi padre resonó en mi cerebro.

Mi tono ronco hizo que pareciera que me esforzaba por seducirlo. Había perdido el control sobre mi propio cuerpo en el poco tiempo que había pasado con él. ¿Te imaginas trabajando para

él? Su mirada recorría mi rostro sonrojado, bajando hasta mi pecho antes de volver a mis ojos.

Estallaría en llamas en cualquier momento. Estaba segura de ello. El calor de ese hombre abrasaba toda mi razón y mi fría conducta hasta el infierno.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el escritorio. El movimiento era casual, pero algo me recordaba a una trampa. Se mostraba despreocupado y me tranquilizaba para que le contara todos mis secretos.

—¿Tienes algún *hobby*? —La pregunta fue inesperada—. ¿Qué sueles hacer?

Me quedé mirándolo estupefacta, completamente desprevenida para hablar de algo personal.

—¿Y usted? —solté. *Ugh*, mi entrevista. No la suya.

Se le levantó la comisura del labio.

—Podemos hablar de mí en otro momento. —Apostaría todo mi inexistente dinero a que nunca hablaba de sí mismo—. Prefiero oír hablar de ti.

El calor me subió por el cuello y me tiñó las mejillas.

—*Hmmm*... No tengo mucho tiempo libre —confesé en tono reservado. Al fin y al cabo, se trataba de una entrevista y no de una cita.

Cuando no me contestó, me puse nerviosa. Tenía que impresionarlo de verdad para conseguir el trabajo. Parecía que era la víctima de mi nerviosismo, porque no podía creer las siguientes palabras que salieron de mi boca.

—*Ugh*… odio cocinar —solté. *¡Me di una palmada mental en la frente!* Demasiado para impresionarlo. A veces se me ocurrían las cosas más raras.

Tras un rato de silencio, continué:

—Pero, eso no sería un *hobby*, ¿cierto?

De repente, toda la torpeza de la adolescencia que echaba de menos volvió multiplicada por diez.

En. El. Peor. Momento.

—No, no lo consideraría un *hobby*. —Arrastró las palabras con indiferencia. Tendía a ser buena leyendo las vibras de la gente. Normalmente. Pero con Kristoff Baldwin, no tenía ni idea de a qué atenerme.

—Me encanta hacer senderismo —comenté con una sonrisa tensa—. Intentamos ir al menos una vez al mes —añadí—. Mis hijas y yo.

Permaneció en silencio. Sus ojos se centraron en mí, observándome, y no me cabía la duda de que se daba cuenta de cada cosa. Cada movimiento. Cada respiración. Cada inquietud.

Maldije en mi cabeza por una pregunta tan estúpida. Era una entrevista de trabajo, no una para buscar pareja. Por lo tanto, la pregunta debía versar sobre las aptitudes laborales, no sobre las malditas aficiones.

—En primavera y verano trabajo en mi jardín —continué, haciendo de mí una idiota.

—Interesante —replicó, y podría jurar que detecté humor en su voz—. *¿Trabajas* tú sola en el jardín?

Tenía en la punta de la lengua decir que no me importaría que él *se metiera en mi jardín*. Por dentro, me quejé de mi estúpida reacción ante aquel hombre. Tenía que ser mi desesperación la causante de todos esos pensamientos extraños. Sí, la desesperación era la culpable.

—Sí, casi siempre sola —respondí con valentía. Incluso logré sonreír. Para esto me había pagado los estudios en Harvard. «*Una muy buena inversión*», me burlé en mi cabeza.

—¿Así que eres una persona solitaria? —Su voz era despreocupada, incluso su postura era relajada, mas había tensión en él. El problema era que no sabía en qué lado confiar: en el tenso que vibraba bajo todo ese calor o en el aparentemente relajado. Era difícil leer a este hombre.

—No estoy segura de si me llamaría una persona solitaria. Me encanta leer. —Suspiré mentalmente después de que las palabras salieran de mi boca, dándome cuenta de que había vuelto a dar un ejemplo de algo que hacía sola—. Pero soy excelente escribiendo resúmenes de libros. —Nos miramos fijamente en un espeso silencio y casi pude oír el retumbar de mi propio corazón.

Por suerte, ya no sudaba. Solo deseaba que me preguntara ya algo sobre mis habilidades. Es decir, debería importarle si sabía mecanografía, usar Excel o Word. Cualquier cosa menos esto. Mis aficiones nunca tendrían nada que ver con él. Y técnicamente, lo único que leería cuando trabajara para él serían sus correos electrónicos.

Esto era una tortura. Como no se mostró dispuesto a aliviar mi sufrimiento, continué con mis divagaciones.

Intenté recuperarme añadiendo:

—Y hago yoga regularmente. —Al menos era una actividad grupal. ¿Verdad?

Debería alejar la atención de mí. Un pensamiento sucio se coló en mi mente, imaginando el sexo como un pasatiempo. Porque podría disfrutar totalmente de ese tipo de *hobby* con este hombre. «*Y eso definitivamente no es un pasatiempo individual*», me reí en mi mente.

Un dolor punzante palpitaba entre mis piernas y mi respiración se entrecortaba ligeramente, al imaginarme revolcándome entre las sábanas con él.

«Para», me reprendí. «*No es buen momento»*.

Me moví incómoda, apretando los muslos. Estaba excitaba como nunca. Tenía que deberse a mi regla de abstinencia a largo plazo. Después de todo, ¿cuántas veces me advirtió Betty que esa decisión sería contraproducente?

—¿Algo más? —indagó.

Jesucristo, ¿cuántas cosas había? Tenía hijas; apenas tenía tiempo para *hobbies*.

—Formo parte de un club de libros eróticos —admití. Me moriría de vergüenza más tarde—. Tengo un *Happy Hour* al mes con las damas. Y navegar, aunque estoy esperando a que las pequeñas se hagan mayores antes de volver a ello.

Me aclaré la garganta, ya arrepentida de mi última admisión.

—*Umm*, sobre este trabajo... —Empecé, con la esperanza de que pudiéramos volver a la entrevista real.

—¿Sí?

O ese hombre era horrible en las entrevistas o había algo grande que me estaba perdiendo aquí.

Tragué saliva.

—¿Hay un tiempo de transición con la última secretaria?

—No. —Parpadeé, confusa ante su respuesta cortante. Debió de notarlo, porque continuó—: Kimberly lleva mucho tiempo conmigo. Necesito a alguien que pueda ayudarla con ciertas tareas y asumir ciertas responsabilidades directamente para mí. Reservar, planificar y asistir a viajes de negocios y eventos, por nombrar algunas.

—Ya veo. —La verdad es que no lo veía. ¿Cuál era el punto de tener dos secretarias?

—Eres buena con Excel, me imagino. —Asentí con la cabeza—. ¿Qué tal Word y PowerPoint?

—Soy mejor con Excel y Word que PowerPoint, pero me defiendo.

—Excelente.

Suspiré. Esta entrevista no estaba yendo excelente, ni mucho menos. Lo peor era que no sabía cómo arreglarlo. No era como si pudiera decirle que había hecho muchos viajes de

negocios y reservas o planificación de eventos empresariales.

—¿Por qué se quedó tanto tiempo en su última empresa? —La pregunta me sorprendió, aunque no era una respuesta difícil.

—Los propietarios se portaron bien conmigo y me encantaba trabajar para ellos —pronuncié, mirándolo a los ojos—. No había motivo para irme. Disfrutaba de mi trabajo y de la gente allí.

—¿Había algo que no te gustara en la empresa? —inquirió con curiosidad.

Incliné la cabeza pensativa.

—La verdad es que solo recuerdo las cosas buenas. Seguro que hubo cosas que quizá me molestaron. Aunque no eran tan importantes como para plantearme la idea de marcharme. Mi padre solía decirme que el césped no siempre es más verde al otro lado. Tiendo a pensar que tenía razón.

—Hombre inteligente.

Mis labios se curvaron, como siempre que pensaba en mis padres.

—El más inteligente.

El señor Baldwin se levantó de la silla y rodeó el escritorio. Dios, su cuerpo era realmente una obra de arte. Podía mirarlo y admirarlo, incluso intentar pintarlo, y créanme, mis dotes artísticos eran inexistentes.

«Tal vez podría sentir su cuerpo y fingir que estaba esculpiendo», musité para mis adentros. Sí, mi mente se sobrepasó. Estaba disfrutando de un reino de placer.

—Eso sería todo —concluyó con su profunda voz—. Creo que ya le he robado bastante tiempo.

—*Oh.* —Bueno, eso fue abrupto—. Gracias —añadí, sin saber qué más decir.

La Gemma Rose razonable y ordenada había desaparecido para siempre y se agitaba bajo la mirada de este hombre. Las mariposas en mi estómago revolotearon con la adrenalina, al igual que mi corazón.

Al dar un paso a la derecha, me fallaron las piernas. Al parecer, mis músculos decidieron dormirse. Habría caído de bruces, si no hubiera sido porque su mano salió disparada y me agarró por el codo, levantándome hasta ponerme de pie. No tenía ni idea de cómo se las había arreglado para moverse tan rápido y con tanta elegancia, pero me estabilizó.

Durante una fracción de segundo, me quedé inmóvil, con los ojos fijos en el lugar donde su mano me sostenía. Su tacto cálido y firme me abrasó la piel. Y su colonia tan cerca olía aún mejor. Me dieron ganas de inclinarme hacia él e inhalar su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones.

Dios, huele tan bien. Todo hombre.

Los latidos de mi corazón se aceleraron de forma inquietante mientras me preguntaba por qué nunca antes había sentido algo así.

—¿Estás bien? —Su voz firme penetró en mi cerebro y me obligó a respirar con calma.

Me encontré con aquella mirada intensa y me di cuenta de que tenía las manos apretadas contra su duro pecho. Sentí la tentación de subir y bajarlas para sentir los músculos flexionándose bajo mis palmas. Incluso con él vestido, apostaba a que sería agradable. *Realmente* agradable. Una mirada fugaz me hizo darme cuenta de que mis manos estaban aferradas al costoso material, y rápidamente lo solté, haciéndome perder de nuevo el equilibrio. Por suerte para mí, este hombre era menos torpe que yo. Su agarre se apretó y volvió a estabilizarme.

—Sí... sí... sí, estoy muy bien. —Dios mío, cuántas veces tenía que decir que sí—. Lo siento mucho —me disculpé con voz entrecortada, retirando las manos de su cuerpo.

Dando un paso atrás para ganar espacio, me aseguré de no tropezar ni caerme. Este hombre

era demasiado. Y me estaba comportando como una maldita virgen. ¡O una completa libertina! Pasaba de un extremo a otro en segundos.

—Eso es todo por hoy —declaró con calma. Mientras me ponía nerviosa y tropezaba con mis propios pies, él no se inmutaba en absoluto—. Checa con mi asistente afuera, y de todas formas tendrá noticias de mi despacho.

Asentí y me di la vuelta, corriendo hacia la puerta como si el diablo me pisara los talones. Tenía que volver a un estado normal, y cerca de él era imposible. Cerrando la puerta de su oficina, y de este hombre, exhalé el aliento que no era consciente que contenía.

Acababa de hacer el ridículo. Esa fue sin duda *la peor* entrevista que había tenido. Ni siquiera estaba segura de haber llegado a la parte de la entrevista. Inhalando profundamente, me pasé la mano por el cabello, haciéndolo un desastre aún mayor. Estaba segura de que había cometido ese mal hábito varias veces durante la reunión. Era mi *yo* inquieta, aunque no la había experimentado recientemente en mi vida adulta.

Me acerqué al escritorio de la secretaria y registré mi salida.

—¿Estás bien? —La preocupación persistía en su voz y en sus ojos. No estaba segura de por qué, pero de alguna manera me golpeó en el pecho. La mirada me recordó a mis padres.

—*Ah*, sí —pronuncié, con la voz todavía un poco entrecortada—. No fue la mejor entrevista.

La anciana sonrió.

—Seguro que fue mejor de lo que crees —consoló. Me entregó un papel y añadió—: Es un boletín informativo sobre nuestra empresa. Por si quieres leerlo y hacerte una idea de quiénes somos. En cualquier caso, estaremos en contacto.

Capítulo Cuatro



Kristoff

Genevieve Rose.

Su currículum no le hacía justicia. Mientras divagaba sobre sus *hobbies* y buscaba desesperadamente una salida para demostrar que no era una persona solitaria, me llené de ella.

Me intrigaba. Cada detalle de esa morena menuda despertaba sentimientos en mí que creía muertos.

Su voz suave. Esa boca como carnosa. Ojos color caramelo. Su hermoso rostro.

Sus mejillas carmesí me la pusieron dura. Parecía más joven de lo que era. Mucho más joven. Hasta que la mirabas a los ojos. Habían visto mucho. No pude evitar preguntarme qué. Quería conocer su historia. Era algo nuevo para mí.

Su rostro apenas tenía maquillaje, y no lo necesitaba. Su belleza era más del tipo fresco y natural. Peligrosamente hermosa. Del tipo que podía hacer que hombres como yo hicieran estupideces.

Porque quería follármela.

Mi mente ya contemplaba formas de llevarla a la cama. Excepto que ella no era la indicada para esta posición.

Independientemente de lo que su amiga le dijera a Byron, apostaría mi fortuna a que no era de las que tenían sexo sin un vínculo emocional. Esa era mi regla número uno. Entonces, ¿por qué demonios seguía pensando en ella? Debería levantar el teléfono y decirle a Kimberly, mi secretaria, que le enviara una carta de rechazo antes de cometer una estupidez.

Sin embargo, no quería rechazarla.

Sería competente. En todo. Si tan solo pudiera mantener de algún modo la parte emocional a distancia de nuestro acuerdo. Estaba acostumbrado a que las mujeres se arrodillaran para complacerme, pero de alguna extraña manera mi sexto sentido me advertía de que Genevieve Rose se negaría a hacerlo, al menos que ella quisiera.

No porque fuera una mujer desafiante, sino porque solo complacía a la gente que amaba y le importaba. No me molestaba en comprobar los antecedentes de posibles empleados hasta la segunda ronda de entrevistas y, en ese instante me arrepentía, porque quería *saberlo todo* sobre ella. Y cuando decía todo, me refería desde el tipo de café que tomaba por las mañanas hasta su color favorito y lo que la animaba. Cosas que probablemente no encontraría en una comprobación de antecedentes.

¿Cuánto tiempo estuvo casada? ¿Amaba a su marido? La posibilidad de que estuviera casada me parecía desagradable. Muy desagradable. Aunque al menos no era infiel, ya que era viuda.

Un pensamiento amargo se deslizó por mi mente.

No soportaba a las mujeres que engañaban. Te apuñalaban por la espalda y sonreían mientras lo hacían, al tiempo que intentaban quitártelo todo. Mi ex lo intentó y fracasó, aunque consiguió arrastrar el nombre de mi familia por el lodo. Desde luego, no había sido la primera vez que la familia Baldwin era arrastrada por el fango. Mi propio padre se las arregló bastante bien, y después de que destruyera nuestra reputación familiar y nuestra empresa, me tocó reconstruirla desde los escombros.

Gemma Rose sería una distracción. No necesitaba una de esas.

No obstante, mientras volvía a mi escritorio y me sentaba en la silla, era plenamente

consciente de que no había tomado la decisión de rechazar de plano su solicitud.

Capítulo Cinco

Genevieve

Tres días.

No era razonable esperar una respuesta tan rápido, pero tenía esperanzas. En cualquier caso, no creía que me lo dieran. Así que solicité trabajo en Target, Walmart e incluso en una cadena de comida rápida. La desesperación se abrió paso a través de mí, abrumándome, y tuve que ahogarla. Las madres solteras no podían permitirse el lujo de preocuparse, autocompadecerse o incluso desesperarse. Sí, estaba sobrecalificada para todos esos puestos, pero eso no significaba que no pudiera hacerlos.

«Entonces, ¿por qué no podía conseguir un trabajo?», me acosaban mis pensamientos y los ignoré.

Hice todo lo posible por olvidar cada segundo de mi entrevista con Kristoff Baldwin. No fue precisamente un momento culminante de mi vida. Personas como él estaban claramente fuera de mi alcance. Ni siquiera estaba segura de tener una más allá de mis hijas. ¡Pero esa atracción electrizante! Por un momento me hizo creer en todos esos libros obscenos que leía. Apostaba a que lo hacía tan bien como cualquier novio literario. Solo de pensar en sus manos sobre mí, mi corazón se aceleraba hasta límites insanos.

Instintivamente, sabía que Kristoff Baldwin sería del tipo que dominaba a una mujer en el dormitorio y probablemente en cualquier otro aspecto de su vida.

—No, gracias —murmuré para mí. Odiaba a los hombres controladores, pero ni siquiera eso podía aliviar el dolor palpitante entre mis muslos. Solo de pensarlo me había excitado y esa definitivamente no era yo. Nunca había sido demasiado osada en el sexo. No obstante, aquel hombre hacía que me dieran ganas de experimentar hasta el día del juicio final.

Sonó mi teléfono, sacándome de mis pensamientos inapropiados y apreté la palma de mi mano fría contra mi mejilla acalorada.

«Quizá sean hormonas premenopáusicas», pensé. Por casualidad, vi al hombre más guapo del planeta al mismo tiempo que las hormonas cobraban vida. Sí, eso fue. Era natural.

Miré el teléfono que tenía a mi lado en el sofá. No salió en el identificador de llamadas, solo "Bloqueado" en la pantalla, sonando. ¿Un cobrador? ¿O un posible trabajo? No quería tratar con un cobrador en ese minuto. Estaba perfectamente satisfecha sentada en el sofá de mi sala mirando a la nada mientras me preocupaba por mis facturas y fantaseaba con un hombre.

No necesitaba más ayuda, muchas gracias.

Echándole otro vistazo, dejé escapar un pesado suspiro. La responsabilidad siempre ganaba. Agarré el teléfono, pasé el dedo para contestar y me lo puse en la oreja, vacilante.

—¿Sí?

—¿Señorita Genevieve Rose? —Llegó la voz de una mujer.

«Es un cobrador», determiné, molesta conmigo por intentar comportarme con responsabilidad. *A la mierda la responsabilidad*. Genial, otra moneda en el frasco de las malas palabras.

—¿Sí? —Mi mente ya estaba trabajando en cómo salir de esa llamada.

—Soy Kimberly Smith de la oficina del señor Kristoff Baldwin.

La esperanza parpadeó en mi pecho, pero antes de que pudiera florecer en algo más grande, pulsé el botón de pausa. El rechazo sería aún más duro si dejaba que mi esperanza floreciera. Después de todo, podría tratarse de una llamada de cortesía para comunicarme que no había

conseguido el trabajo.

—Sí, buen día —respondí cortésmente.

—El señor Baldwin desea invitarla a una entrevista de seguimiento —informó con voz profesional—. Está prevista para el próximo lunes. ¿Le parece bien?

Lo primero que pensé fue que volvería a ver su atractivo rostro. Y lo segundo, que podría tener una oportunidad de conseguir el trabajo. Sí, mis prioridades estaban jodidas.

—Sí —repliqué finalmente.

Era la primera convocatoria que recibía en esos últimos cinco meses para la segunda entrevista. Lo cuestioné, ya que sabía que en la primera etapa me había ido mal. ¿Quizá las demás candidatas estaban igual de hipnotizadas por el hombre y les impactó aún más? Parecía una explicación razonable.

—Acabo de enviarte los detalles por correo electrónico —continuó la mujer—. Por favor, lea los documentos, traiga una copia firmada de ambos el lunes, y déjame saber si tienes alguna pregunta.

Santos cielos, volvería a verlo. ¡Sí! Gemí inmediatamente en mi cabeza. Alguien tenía que hacerme entrar en razón.

—Gracias. —Mi voz sonaba entrecortada, si era por la emoción por el trabajo o por el hombre, no estaba segura. Por suerte, Kimberly no pareció darse cuenta, porque se despidió y terminó la llamada.

Tal vez, solo tal vez las cosas funcionarían.

Como una zombi, me levanté del sofá y entré en mi despacho. Mi *laptop* estaba abierta sobre la mesa y el suave sonido de un correo electrónico me indicó que algo acababa de llegar a mi bandeja de entrada.

Tomé asiento detrás de mi escritorio y moví el *mouse*. El correo electrónico de Kimberly fue el último que recibí. El asunto decía: *Contratos del señor Baldwin*.

Era un título extraño para una segunda entrevista. Sin darle importancia, hice clic en el correo electrónico y abrí el primer archivo adjunto. Un documento bastante estándar, un contrato de confidencialidad con las condiciones de empleo. Mis ojos hojearon las palabras, buscando cualquier cláusula extraña. No había ninguna. Hice clic en el icono de impresión y envié el documento a la impresora.

Curiosamente, fui al segundo archivo adjunto y lo abrí, preguntándome si sería una descripción del puesto en la que se describen las funciones. Justo cuando iba a empezar a leer, mis dos hijas menores entraron corriendo en la habitación discutiendo.

Cerré el correo electrónico e inmediatamente me levanté de un salto.

—¿Qué está pasando? —pregunté, poniéndome a su altura. Sierra llevaba su elaborado vestido de princesa amarillo, mientras que Saoirse estaba de pie con las manos en las caderas. En ropa interior. Las caras de ambas estaban manchadas de lágrimas. Y de maquillaje. ¿Cómo se las arreglaban para encontrar maquillaje? Me era inútil ocultarlo.

—Saoirse quiere mi vestido de princesa de Bella —afirmó mi hija menor, Sierra, lanzándole miradas fulminantes a su hermana mayor.

—¡Me toca ser princesa! —gritó Saoirse, la del medio. Se pasó el dorso de la mano por su cara y se manchó su mejilla de labial rojo.

Negué con la cabeza, conteniendo la sonrisa. Sus sentimientos estaban heridos y reírse de su cómico maquillaje era lo último que necesitaban.

—¡Es mío! —reviró mi hija menor, pisando fuerte. Ella era la testaruda.

—Vamos, chicas. —Intenté mantener la paz—. Tienen que aprender a compartir. Sierra, dale

un turno a tu hermana y luego te lo devolverá.

«Las negociaciones entre las chicas deberían haber sido uno de mis pasatiempos», el pensamiento surgió de la nada.

—¡No, no lo haré! —refunfuñó mi hija menor—. Ese fue mi regalo de Santa. —Claro que se acordaría. Por mala que fuera mi memoria, siempre podía contar con mis hijas para que me recordaran lo que se me había olvidado.

—Bueno, tienen que compartir. Así son las cosas en esta casa —expliqué con voz firme—. Compartir es cuidar.

Saoirse puso los ojos en blanco. Realmente me puso los ojos en blanco, y eso que aún no había cumplido la primera década de su vida.

—Jovencita —la regañé suavemente—. No me pongas los ojos en blanco. Ni a nadie.

—No lo hice —se defendió. Si poner los ojos en blanco era un gesto natural en ella, estaba en un buen lío.

Exhalé y las abracé a ambas.

—Sean buenas y compartan. Hay muchos vestidos de princesas para que se intercambien. ¿Qué tal si tú… —Miré fijamente a la más joven— …eliges tu vestido de *Frozen* y dejas que tu hermana lleve el de Bella un rato?

—Lo quiero ahora —se quejó Saoirse—. Tengo frío.

—No. Es mío —contestó Sierra, cruzándose de brazos delante de ella. La escena sería cómica si mis hijas no fueran tan testarudas.

—¡Tengo frío! —repitió Saoirse—. Tengo los huesos helados.

—Tienes frío porque estás desnuda —reprendí suavemente—. Y, Sierra, tienes que compartir.

Intercambiaron una mirada, volvieron los ojos hacia mí claramente descontentas y se marcharon enfadadas con mi solución. Negué con la cabeza, curvando los labios en una sonrisa. Les daría cinco minutos y su discusión quedaría atrás.

Observé rápidamente el reloj y vi que me quedaba una hora para recoger a mi hija mayor, así que llamé a Betty.

—¡Gemma! —exclamó ella—. ¡He estado intentando llamarte durante los últimos días!

Me mordí el labio. La había evitado, pero en ese momento no quería estropearlo.

—Me han llamado para la entrevista de seguimiento —le conté, en voz baja.

—¡Oh Dios mío! —Betty chillaba como una niña pequeña—. ¡Lo sabía!

No pude evitar sentir su entusiasmo. Era prometedor y, el hecho de que mi primera entrevista no fuera un fracaso total, me daba esperanzas.

—No bromeabas —susurré en voz baja. Aunque no sabía por qué, ya que no había nadie más que mis chicas en casa—. El hombre está guapísimo. Creo que nunca me había sentido tan nerviosa, y no estoy segura de si es mi desesperación por conseguir el trabajo o el hecho de que es demasiado guapo.

—¿Así que te gusta? —inquirió emocionada.

—Me pone nerviosa —confesé con sinceridad—. Me dieron ganas de saltarle encima, lo cual es horrible, tan distinto a mí. Hay algo en él que es demasiado, ya sabes. —Se oyó un ruido de asentimiento—. Ojalá tuviera otras posibilidades de trabajo —admití en voz baja—. Estoy agradecida por recibir esta llamada, pero no creo que me guste trabajar para alguien como este tipo. Parece demasiado intenso, y estaré caminando sobre cáscaras de huevo todos los días.

Betty dejó escapar un suspiro exasperado.

—En serio, tienes que soltarte. Si quieres follártelo, hazlo. Necesitas algo de eso ahora

mismo. Solo porque te ponga nerviosa no significa que sea algo malo.

En lugar de eso, le respondí a Betty:

—Estoy bastante segura de que significa exactamente eso. Mi sexto sentido suele tener razón. Y me está diciendo que me mantenga alejada de Kristoff Baldwin. Estoy segura de que no me lo follaré. —Sacudí la cabeza como si pudiera verme. Betty siempre había sido y sería una maldita libertina. Incluso en la universidad.

—Tienes miedo de encontrarlo tan ardiente que no serás capaz de resistírtele, y saltarás sobre sus huesos, él saltará sobre los tuyos, y estarán todo el día follando.

Solté una carcajada estrangulada. Fue algo inapropiadamente divertido.

Betty llevaba más de seis meses presionándome para que volviera a tener citas. Por suerte, Rick, su marido, estaba de mi lado y no paraba de recordarle que dejara de apresurarme. Realmente no tenía prisa. Desde la muerte de Jack, había tenido menos de un puñado de citas. Todas fueron organizadas por Betty y no sentí ninguna chispa.

Tal vez era porque no podía permitirme pasar de la zona de amigos con ninguno de ellos. Podría ser que Jack hubiera arruinado mi deseo de compañía, pero entonces me regañé. Solo yo dictaba mi propia vida. Aprendí de mi pasado y me centré en el futuro.

—De verdad que tienes que madurar —reprendí suavemente, aunque después de tantos años de amistad, ya estaba acostumbrada. Si no hiciera esos comentarios, me preocuparía más—. Estás a punto de cumplir cuarenta años, por el amor de Dios.

—Nunca. Ya eres lo bastante seria para las dos —agregó, riendo entre dientes. Tenía razón —. Por cierto, Rick ha dicho que volverá a hablar con Recursos Humanos para intentar conseguirte una entrevista. Debería saber algo esta noche.

—Ah, es el mejor —comenté. La esperanza se encendió en mí al instante. Sería increíble trabajar con mi mejor amigo.

Rick y Betty eran nuestra familia. Por todo lo que habíamos pasado juntos, me costaba imaginar mi vida sin ellos. Él era el hermano que nunca tuve, siempre ahí para asegurarse de que las niñas y yo estuviéramos bien. Y Betty siempre me escuchaba cuando necesitaba hablar y me animaba cuando estaba deprimida.

—Prométeme que mantendrás tus opciones abiertas —añadió rápidamente.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Demuéstrame cuánto lo aprecias yendo a esa segunda entrevista, y Rick te comunicará el día y la hora de tu cita en su empresa.

—Voy a ir a esa segunda entrevista —prometí—. Honor de exploradora y todo eso —bromeé.

Empezamos a hablar de sus hijos y de mis hijas. Sin darme cuenta, tuve que ir a recoger a mi hija mayor.

Justo cuando entré en el coche, mi teléfono emitió un pitido, señal de un mensaje de texto. Le eché un vistazo y, al ver que aparecía el nombre de Rick, sonreí y abrí el mensaje.

> Rick: Tienes la entrevista para el lunes por la mañana. Te amarán, como nosotros te amamos.

Capítulo Seis

Genevieve

El lunes por la mañana llegó demasiado rápido.

De vuelta en el centro de Washington, entré en el elegante vestíbulo de mármol con más confianza que la primera vez, con un vestido de negocios verde esmeralda de Michael Kors.

«Por fin las cosas mejoraban», pensé con entusiasmo.

El marido de Betty, primo de mi difunto esposo, me consiguió una entrevista en su empresa y me fue muy bien. Bien como que una oferta llegaría pronto. Mi perspectiva de la vida había mejorado y podía sentir el entusiasmo y la esperanza en lo más profundo de mi ser, lo que me hacía estar ansiosa por dejar atrás los últimos años. Un nuevo comienzo era exactamente lo que necesitaba.

Con menos presión y desesperación, me presenté en recepción con la carpeta en la mano que contenía el contrato de confidencialidad firmado y me dirigieron de nuevo a la quinta planta.

Cuando el ascensor subió suavemente hasta la planta de destino, mi corazón se aceleró y mi respiración se volvió errática. Mis pechos se tensaron y la excitación se apoderó de mí. Estaba mal. Tan mal sentir esa atracción, pero no sabía cómo luchar contra ella. Cada vez que pensaba en Kristoff Baldwin durante la pasada semana, mi cuerpo entraba en una especie de hiperactividad. O tal vez era una sobremarcha acalorada.

Seguía siendo objeto de debate.

Se me agitaban las mariposas en mi estómago y respiraba entrecortadamente. Era como volver a sentir el primer flechazo. Cada nervio de mi interior hormigueaba conforme avanzaban los pisos y me acercaba más a él. La extraña atracción que sentía por el multimillonario me tenía nerviosa, así que cuando sonó el ascensor, estuve a punto de sobresaltarme.

Echándome un rebelde mechón de cabello hacia atrás, salí y me encontré delante de Kimberly. Esa vez, solo estábamos nosotras. Sin modelos de pasarela.

Levantó rápidamente la vista y sonrió.

—Toma asiento. Enseguida el señor Baldwin estará disponible —me informó y volvió a lo que estaba haciendo.

Me senté mientras las imágenes de mi último encuentro con el atractivo multimillonario se reproducían en mi mente, causando estragos en mi sistema nervioso. Cada nervio de mi cuerpo cobraba vida con la anticipación recorriéndome la piel como un escalofrío. El calor corría entre mis piernas y, francamente, me aterrorizaba que aquel hombre me impactara así estando detrás de una puerta cerrada.

«¡Esto no funcionará, para nada!», mi mente susurraba mientras me clavaba las uñas en las palmas de mis manos, esperando que esa acción me centrara.

El hombre me impactaba cuando ni siquiera estaba a la vista. No podía imaginarme lo mal que lo pasaría si trabajara para él. De repente, el pánico se apoderó de mi pecho ante la idea de verlo todos los días. ¿Sería capaz de *manejarlo* a diario?

Tanta *guapura*; una tentación diaria.

Me puse en pie de un salto. Tenía que salir de aquí. Otra entrevista con Kristoff Baldwin era una muy mala idea. Al girarme para salir, la voz de Kimberly me detuvo.

—Señorita Rose, te verá ahora.

Me quedé allí de pie, con la indecisión arremolinándose en mi mente, mirando fijamente la

puerta de su despacho. Debería largarme de aquí, pero la atracción que sentía por aquel hombre me hizo enderezar la espalda y dirigirme hacia él.

Mucho más tarde, me daría cuenta de que fue ese momento el que cambió irrevocablemente mi vida. Aquel hombre me afectaba hasta lo más profundo de mi ser.

Con un suspiro, me dirigí a su despacho. Lo vería una vez más. Tal vez memorizaría mejor su imagen y la usaría para excitarme.

Palmada mental. Esta atracción sería mi muerte.

Al entrar en su oficina con una confianza que no sentía, lo encontré sentado en la silla detrás de su escritorio. Hombros anchos. Traje negro impecable. Su mirada encontró la mía, recorrió mi piel y me produjo un escalofrío.

Cuando me acerqué, se recostó despreocupadamente, mirándome con sus ojos llenos de lujuria como si yo estuviera representando un espectáculo para él.

Oh mi dulce Señor, esos ojos.

Perderse en ellos significaba que podía ordenarme que me desnudara y lo haría. *Con mucho gusto*. Solo podía imaginar cómo arderían esos ojos en el calor de la pasión. Oscuros y tormentosos. Consumiéndome.

Tenía que dejar de leer esos libros obscenos. Tal vez cambiar a terror, misterio, historia. Cualquier cosa menos libros llenos de sexo.

Me senté en la silla frente a la suya, crucé una pierna sobre la otra y esperé. Mi corazón tamborileaba contra las costillas mientras le sostenía la mirada, ocultando el impacto que me producía.

El escritorio que nos separaba parecía una barrera demasiado pequeña para el calor que se disparó instantáneamente hasta mi centro. Esta atracción tenía que desaparecer. Sacudía cada fibra de mí, y mis instintos me advertían de que me haría añicos si la ponía a prueba, me cambiaría para siempre.

Incómoda con mis propios pensamientos, me retorcí en mi asiento. Por primera vez en mi vida, el silencio me resultaba incómodo. Normalmente me encantaba, pero con este hombre me inquietaba.

—*Hmmm*. —Me aclaré la garganta, pero no sirvió de nada para aliviar la tensión que sentía en mi interior—. Hola de nuevo —saludé con una ligera aspereza en mi voz.

Sus ojos tenían un brillo. No estaba segura de si era por diversión o por otra cosa. Fuera lo que fuese, hacía que esta extraña atracción se sintiera como electricidad estática cargando el aire de la oficina.

—Señorita Rose. —Su voz estaba impregnada de un tono de mando que hizo algo en mis entrañas—. ¿Ha revisado ambos contratos? —Una mujer podría excitarse solo con su voz profunda y áspera. Sin importar su aspecto y esas manos fuertes y venosas.

—Sí. —Yo sonaba suave, sin aliento.

Hasta que un recuerdo golpeó mi cerebro lleno de lujuria. *¡Maldita sea!* Nunca regresé a leer el segundo archivo adjunto. *¡Mierda, mierda, mierda!*

—Tengo algunas preguntas sobre el segundo —añadí, aclarándome la garganta mientras me regañaba en silencio. Quizá podría averiguar de qué trataba aquel documento si hacía las preguntas adecuadas—. Así que solo firmé uno.

—Me parece justo —respondió—. ¿Te importa si voy primero?

—En absoluto. —Después de todo, era el jefe. Nerviosa, me pasé un mechón de cabello por detrás de la oreja y su vista siguió mi movimiento. Y había algo tan *caliente* en sus ojos. Como el fuego en un día de invierno siberiano, me atraía. Su mirada sobre mi piel era como una suave

caricia que me producía escalofríos.

Dos latidos. Pasaron dos latidos antes de que su expresión cambiara a algo oscuro y absoluto. Como si hubiera tomado una decisión en ese mismo momento.

—Fue recomendada por la amiga de un amigo. ¿Betty Feely? —dijo en un tono medido, pero en el que percibí un fuerte control.

—Sí —confirmé.

—¿Tiene el contrato de confidencialidad? —me preguntó, y al asentir, añadió—: Démelo. —Parpadeé. ¿Acaso no conocía la palabra *por favor*? Como permanecí inmóvil, agregó—: Todo lo que se hable aquí no puede salir de esta oficina.

Fruncí el ceño, confundida. Nada de esto tenía sentido.

Aun así, saqué el contrato de mi carpeta y me incliné para entregárselo a través de su gran escritorio. Nuestros ojos se encontraron y su atención se desvió hacia abajo. Seguí su dirección y vi mi escote, y me sonrojé. Inmediatamente me enderecé y le dirigí una mirada.

Me observaba con expresión perezosa, y tuve la impresión de que nada pasaba sin que se diera cuenta.

Volví a sentarme, lo observé como si mi vida dependiera de ello y vi cómo de nuevo centraba su atención en el documento durante un segundo antes de que su mirada se desviara hacia mí.

Luché contra el impulso de morderme el labio inferior. El silencio se extendía. Mis nervios se agitaban. Así debían de sentirse los demás cuando disfrutaba de mi silencio. Tomé nota. Lo tendría en cuenta en el futuro a la hora de guardar silencio.

—Sus antecedentes dicen que es viuda desde hace más de un año y que tiene tres hijas de ese matrimonio. —Su voz era clara y sus intensos ojos se centraban solo en mí. No sabía si quería ahogarme en ellos o esconderme en algún lugar para no sentir esa mirada ardiente y seductora en cada centímetro de mi piel.

—Sí. —Exhalé mi confirmación mientras la vista que me dirigía hacía tartamudear mi corazón. En medio de esos emocionantes latidos erráticos, de esa lujuria que empañaba mis sentidos, mi mente me advirtió. Caminaba por la delgada línea que separa lo legal de lo ilegal. Había leyes laborales que dictaban ciertas cosas.

—Su formación es impresionante. Y su último jefe habló maravillas —continuó mientras miraba un papel que tenía adelante. No pude evitar el arrebato de orgullo que se apoderó de mi pecho.

—Gracias.

La revisión de mí continuó.

—No tiene mucha vida social, aunque sus amigos la protegen mucho y hablan bien de usted. El primo de su difunto esposo la aprecia especialmente. ¿Hay algo entre ustedes que deba saber?

Mis labios se separaron con incredulidad. *Oh, no lo hizo.*

Se me erizó la piel por la profunda irritación y la rabia que me hervía en el pecho. Seguro que en ese momento tenía sonrojado mi pecho.

—¿Perdón? —solté, indignada—. Rick es el tío de mis hijas y el marido de mi mejor amiga. —*Tú... tú... imbécil.*

Quería escupirle la última palabra en la cara. No obstante, nunca había sido una persona violenta. Excepto una vez y no quería recordarlo.

—De acuerdo, lo tomaré como un no. —Su expresión y su voz me dijeron que no podía molestarse con mi indignación.

Mi palma fría se acercó a mi pecho, tratando de calmar el calor. El pulso me tembló en la garganta. Sus ojos siguieron el movimiento y todo mi cuerpo sintió un hormigueo. Estaba

equivocado. Se encontraba fuera de lugar. Sin embargo, parecía que mi vagina lasciva no lo entendía porque palpitaba con un dolor que solo una cosa podía llenar.

«Este hombre», mi razón se burló de mí e inmediatamente me corregí: «*Mi vibrador, maldita seas, mujer»*.

Como si me hubieran atrapado haciendo algo malo o hubiera oído mis pensamientos, bajé la mano al regazo y aparté la mirada, asustada de que viera el deseo en mis ojos. Me sentía tan expuesta que bien podría estar frente a él desnuda.

—¿Investiga a todas sus asistentes administrativas? —Mi voz era jadeante, ronca como si estuviera en pleno acto sexual. *Ya quisiera.* Tenía que controlar mi cuerpo porque esta atracción era irreal. El aire crepitaba y las chispas estaban a punto de explotar.

A ese paso, me quemaría en fuegos artificiales antes de que acabara la entrevista. Mi entrevista anterior en la empresa de Rick definitivamente no fue de esta manera.

—Solo las que son seleccionadas. Necesito saber que podemos trabajar bien juntos bajo presión, cuál es su ética de trabajo, cuál es su formación. Y necesito saber que podemos confiar el uno en el otro. Profesional y privadamente.

Mirando fijamente al hombre, me pregunté si estaba loco. Esa sería una cualidad poco atractiva. *Creía.* Mi vida personal no tenía nada que ver con él. Aunque mi cuerpo parecía no estar de acuerdo. ¿Por qué sentía que me faltaba una pieza del rompecabezas?

—Puedo asegurarle que mi vida personal no influirá en la profesional —aseveré con una seguridad que no acababa de sentir—. Además, ¿qué tipo de comprobación de antecedentes revelaría mi vida social, mis amigos y quién me aprecia o no?

Sus labios se torcieron como si le divirtiera mi débil protesta.

—Un amigo cercano tiene una agencia que es buena en conseguir información sobre la gente. —Me encogí de hombros, sin verle el sentido mientras su expresión brillaba con seca diversión —. *Toda* —añadió, y de algún modo el significado de esa última palabra me infundió un frío terror. Me puse rígida y el pavor se apoderó de mi estómago.

«Le estás dando demasiada importancia», me consolé en silencio.

Apartando los ojos, demasiado asustada de que viera en ellos la verdad que nadie conocía, me concentré en el lugar que había detrás de él. La ciudad que se extendía ante este hombre cada día y que podría poseer con toda su fortuna. La diferencia entre nosotros era tan evidente. Mis manos estaban manchadas de sangre mientras que las suyas probablemente gobernaban medio mundo.

Vacilante, volví a prestarle atención. No podía haberlo averiguado *todo*. Si lo hubiera hecho, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Te casaste joven —continuó casi en voz baja.

Asentí, aunque cada fibra en mí luchaba contra su invasión. En serio. ¿Qué tenía que ver todo eso con ser asistente administrativa? De acuerdo, nunca lo había sido, pero vamos. Aquello rozaba lo obsesivo y lo invasivo. Quizá debería hacerle preguntas personales a ver qué le parecía.

—Saliste a cenar varias veces en los últimos meses con hombres con los que te citaron tus amigas, sin repetir nunca una cena con el mismo hombre. ¿Alguna vez llevaste esas citas más allá de una simple cena?

«¿Qué demonios está pasando?» La ira estalló en mi interior, como un volcán en ebullición, y el calor subió lentamente, quemándome las venas.

—Hay ciertas cosas que son personales —siseé, conteniendo mi temperamento—. Mis citas personales no tienen nada que ver usted. —Mi voz temblaba de rabia, subrayada por el miedo. Mi secreto le costaría *todo* a mi familia—. Nunca le he dado permiso para escarbar en mi pasado.

Ciertamente no me ve escarbando en el suyo.

Debería levantarme en ese momento. ¡En ese instante! Mas mi cuerpo se negaba a escuchar, y me quedé pegada a la maldita silla, observando fijamente sus hipnotizadores ojos de bosque oscuro. La intensidad de su mirada me tenía retorciéndome bajo su escrutinio, por más de una razón.

—En el segundo contrato se estipula la necesidad de conocer las relaciones pasadas y la vida social de la candidata potencial. —Parpadeé. Me miró fijamente, y yo a él—. Necesito saber si encaja bien conmigo y con mis necesidades.

¿Eh?

Se levantó y caminó hacia mí. Seguí sus movimientos hasta que se detuvo frente a mí y todo mi ser sintió un hormigueo ante su proximidad. Su cuerpo grande y fuerte irradiaba calor. Me tomó de las manos y me puso de pie. Nuestros cuerpos quedaron pegados, uno frente al otro. Su embriagador aroma, a cuero y colonia costosa, invadió mis pulmones e hizo que cada fibra de mi ser palpitara con una dolorosa necesidad.

Eso debería haber bastado para cuestionar mi cordura.

Excepto que había algo en él. La forma en que me observaba, su mirada oscura y ardiente. El pulso me latía entre las piernas. Este hombre estaba haciendo que se me humedecieran las bragas, poniéndome cachonda con su mera existencia.

«Aléjalo», susurraba mi mente, pero mis manos se negaban a moverse. En lugar de eso, me incliné hacia su duro cuerpo, dejando que su calor me consumiera.

—¿Qué está haciendo? —Respiré. El miedo no aparecía por ninguna parte. Solo lujuria. Todo en este hombre se arrastraba bajo mi piel, excitándome más allá del reconocimiento.

Kristoff respondió sin vacilar.

—Estoy comprobando cómo responde su cuerpo al mío. Es una de las estipulaciones del segundo contrato.

¿Espera? ¿Qué estipulación?

La confusión y la excitación estaban en guerra en mi interior. Su mirada me atravesó durante demasiados segundos hasta que bajó la cabeza. En el momento en que sus labios rozaron los míos, toda la razón se dispersó.

Me rozó la mandíbula con la boca y bajó por el cuello. Un escalofrío me recorrió la espalda, mientras sus manos bajaban por mi pecho hasta llegar a mis senos. Debería haberlo parado. No estaba ahí para eso. No era nada profesional, pero con sus labios y sus manos sobre mí, toda lógica desapareció.

Mis ojos se cerraron y un profundo suspiro escapó de mis labios sin mi permiso. Estaba en lo cierto. Este hombre sabía cómo usar su boca. Cada centímetro de mi piel ansiaba más de su toque mientras mis entrañas se apretaban. Me mordisqueó el cuello y luego me lamió despacio, recorriendo con su lengua mi piel. Los latidos de mi corazón retumbaban frenéticamente en mi pecho, amenazando con estallar.

Hacía mucho tiempo que no intimaba con nadie. Una parte de mí había superado lo que me hizo mi difunto marido, aun así quedaba una pequeña parte que temía que pudiera volver a ocurrir. Excepto que estar ahí con los labios de este hombre contra mi cuello y su cuerpo apretado contra el mío, se sentía completamente diferente a cualquier hombre que hubiera venido antes que él. Diferente a cualquier otra cosa que hubiera experimentado antes.

Su tacto hizo que se me derritieran las entrañas y que mi cuerpo tarareara al son de sus dedos los cuales bailaban ligeramente sobre mi piel. Era increíble estar entre sus brazos. Rezumaba fuerza a la par que sus manos se deslizaban a lo largo de mi cuerpo hasta llegar a la parte interior

de mi muslo. Mientras tanto, sus labios no dejaban de chupar, lamer y morder la sensible piel de mi cuello.

Dios, necesitaba esa liberación como nunca antes. Echaba de menos que me tocaran. Que me desearan y me quisieran. Mi cuerpo tembló cuando sus dedos rozaron mis bragas. Estaba tan mojada que era imposible que no lo notara a través de la fina tela.

«*Yo detendría esto. Detendría esto en un segundo*», me susurré. Necesitaba un poco más para pasar las noches solitarias.

Cuando sus dedos se deslizaron bajo el encaje, rozando mi piel más íntima, se esfumó cualquier idea de protesta. Eché la cabeza hacia atrás y un suspiro se deslizó de mis labios entreabiertos. Me agarré a sus hombros, deseando más, necesitando más de aquella sensación.

—Sí —gemí cuando sus dedos acariciaron mi abertura. Mis dedos se curvaron, clavándose en sus hombros. Podría morir e ir al cielo. O tal vez esto era el cielo. En cualquier caso, necesitaba más—. Por favor. —Jadeé desesperadamente, apretándome contra su mano.

—Dime que quieres que te folle —me instó con voz suave. El corazón se me salió del pecho y bailó entre nosotros mientras un delicioso escalofrío me recorría el cuerpo—. Dime que quieres ser mía —ordenó, con su aliento caliente en mi oído.

Estuve a punto de asentir con la cabeza cuando el sonido de cristal rompiéndose irrumpió la bruma del deseo. Fue como si alguien me hubiera tirado un cubo de agua helada por encima. El término ducha fría adquirió en ese instante un significado totalmente nuevo.

Mis manos empujaron contra él, y para su crédito, se detuvo de inmediato. Aunque fue un pequeño mérito.

—¿Qué demonios fue eso? —pregunté, con la voz ronca e impregnada de un deseo que no desaparecía.

Su mirada verde se oscureció y me atravesó, encendiéndome.

Tambaleándome hacia atrás, confundida por lo que acababa de ocurrir, sentí que me observaba sin perderse ninguno de mis movimientos. Pude ver arrugas en su costoso traje donde mis dedos se habían clavado. En sus ojos se arremolinaban colores, una mezcla de gris y verde.

Demasiado avergonzada por mi reacción y por lo lejos que lo dejé llegar, aparté la mirada. ¿Cómo había podido permitirlo? Dándole un último vistazo al hombre que activó algo dentro de mí, me di la vuelta y salí a toda velocidad de la habitación, asustada por lo que podría hacer si volvía a sentir sus manos sobre mí.

Cuando salí corriendo de su despacho, su secretaria me miró como si yo estuviera loca. Lo parecía, despeinada y excitada.

—¿Estás bien, cariño? —indagó con sincera preocupación en la voz. Cristal roto yacía a sus pies y le envié una plegaria silenciosa a quienquiera que estuviera escuchando allí arriba. Si no hubiera sido por los cristales rotos, quién sabe hasta dónde habríamos llegado.

—Estoy tarde —murmuré una excusa, y sin molestarme en esperar su respuesta o el ascensor, me apresuré hacia la salida y bajé las escaleras.

Tuve que salir de ese edificio, porque la tentación tenía ojos verdes.

Capítulo Siete

Kristoff

Eso fue inesperado.

Gemí de frustración y me froté la nuca. Me encantaba tener el control, pero lo perdía con Genevieve Rose. En el momento en que su suave cuerpo se amoldó al mío y escuché ese pequeño gemido, perdí el control. Mi polla se tensó contra la cremallera, ansioso por aquella belleza morena de suaves ojos marrones.

Joder, había perdido la cabeza y el control.

Eso nunca había ocurrido. Incluso cuando atrapé a mi esposa acostándose con mi mejor amigo, le había dado un puñetazo a Jonathan y luego les había dicho a los dos que se reunieran conmigo abajo. Luego, terminé mi matrimonio en mis términos a pesar del embarazo de Jacqueline. Aquello terminó resolviéndose solo, mintió sobre que el bebé era mío.

Dejé de lado ese amargo recuerdo y me centré en la mujer que, de alguna manera, me tenía obsesionado. Había candidatas más adecuadas para este papel: frías y distantes.

Sin embargo, la quería a ella. Un simple roce de los labios de Gemma y la forma en que gimió en mi boca me hicieron perder el maldito sentido. Sus labios eran lo más suave que jamás había sentido. Y su cuerpo era flexible y pequeño, se amoldaba al mío como si siempre hubiera estado destinada a ser mía.

Un extraño calor me recorrió la espalda cuando su cuerpo se apretó contra el mío. No esperaba esa intensa llamarada que surgió entre nosotros. El destello de deseo que me quemaba como un infierno. Y lo sabía, *demonios,* que tener a esta mujer sería el placer más exquisito. Era un placer caliente, palpitante y perfecto que haría palidecer a cualquier otra.

Si no hubiera entrado en razón, me la habría follado. Aquí mismo. En ese instante. En mi escritorio.

Soy un maldito imbécil, gemí. Ni siquiera había hecho las preguntas sobre el segundo acuerdo y, desde luego, no lo había firmado. En lugar de mantener la cabeza fría, me dejé guiar por mi polla.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Lo último que necesitaba era actuar como el desgraciado de mi padre. Utilizó su dinero, en realidad el dinero de mi madre, para jugar duro, follar más duro y actuar como el *mujeriego* egoísta que realmente era. Deshonró el nombre de nuestra familia. Los periodistas aprovecharían al máximo si supieran algo de mis *contratos*.

Lo último que necesitaba era perseguir una falda como mi viejo. Excepto que Genevieve Rose no era solo una falda. Había algo en ella que me fascinaba. Tal vez era la fuerza silenciosa que brillaba a través de esos ojos caramelo. O tal vez la vulnerabilidad que estaba desesperada por ocultar.

Salió furiosa como si el mismo diablo la persiguiera. Bueno, *este diablo* debatió seriamente ir tras ella. Nadie, y quiero decir nadie, en toda mi vida se había sentido tan bien como la mujer que acababa de dejarme sin pensarlo dos veces.

Mi sexto sentido me advirtió de la influencia que estaba ejerciendo sobre mí. Si ya era capaz de llegar a mí, y apenas la había tocado, sería peligroso para mi control. El desapego emocional podía ser contraproducente y, por una vez, temí que se invirtieran los papeles. No necesitaba una revisión detallada de antecedentes para saber que nadie le importaba más a la señorita Rose que sus hijas.

Sin embargo, mientras caminaba de vuelta a mi escritorio, ya contemplaba cómo conseguiría que la hermosa madre soltera de ojos color caramelo más cálidos volviera a mí.

Levanté el teléfono y llamé a Byron. Contestó al cabo de unos timbres.

—¿Hola?

—Byron, ¿qué tan profundo indagaste en el pasado de la señorita Rose?

Pude oír algún movimiento, un gemido de fondo y gruñí en silencio. Era obvio que estaba en medio de algo. Si no follando, en medio de *algo*.

—No muy profundo —respondió. Otro gemido—. ¿Por qué?

Para nosotros, indagar en el pasado de alguien adquiría un significado totalmente nuevo. Cuando Byron terminara, sabría qué color de ropa interior prefería llevar la señorita Rose.

—Indaga más —le pedí. No se me escapó cómo se estremeció cuando le dije que mis comprobaciones de antecedentes lo revelaban todo—. Quiero saber todo lo que hay.

Se le escapó una risita. Ya podía imaginarme la sonrisa de complicidad en su cara. Si hubiera estado a mi lado, quizá se la borraría con una ronda de boxeo, algo que hacíamos para liberar tensiones.

—*Ahhh*, así que hice bien en enviártela. —Se deleitó.

—Solo consígueme la información —exigí—. Te deberé mucho.

Terminé la llamada, sabiendo que probablemente tendría algo para mí en las próximas veinticuatro horas.

Reclinándome en mi silla, miré por la ventana. La ciudad se extendía ante mí. Poseía un buen número de propiedades en ella, así como en todo el mundo. Sin embargo, me parecía insignificante. Al crecer, sabía que el matrimonio de mis padres era una farsa. Mi madre lo intentó, mi padre no. Juré que nunca me convertiría en ellos.

Aunque en ese momento, mientras contemplaba la ciudad con miles de millones de dólares en mi portafolio, no estaba tan seguro de haberlo conseguido.

Capítulo Ocho



Genevieve

Dos días desde que sentí el toque más pecaminoso que me había quemado la piel.

El recuerdo perduraba, mi cuerpo lo recordaba, a pesar de que intentaba *olvidarlo*. Toda la última entrevista y lo bien que se sentían esas manos firmes y ásperas en mi piel. Todo el incidente se repetía en mi cabeza, cada caricia, cada beso, su olor, durante el día y la noche.

Sus palabras me atormentaban, preguntándome qué querría decir con ellas. Su comentario de que comprobaba cómo le respondía mi cuerpo se me quedó grabado en la mente. No fue hasta un día después cuando sus palabras me calaron hondo.

Estipulación del segundo contrato.

Con las niñas metidas en la cama, me apresuré a ir a mi oficina, con la *laptop* todavía en el mismo sitio en el que la dejé cuando imprimí el primer documento. Al abrir el correo electrónico, hice doble clic en el otro archivo adjunto.

Mis ojos recorrieron el segundo contrato, agrandándose con cada frase. No podía creer lo que estaba leyendo. Las *demás* obligaciones del puesto estaban claramente expuestas allí.

¡Mierda! *Tenía* que ser una broma.

¿Qué clase de maldita descripción de trabajo era esa? Mi vista recorrió las páginas, las palabras *sexo* y *oral* bailaban ante mis ojos.

¡Qué. Demonios!

El señor Baldwin buscaba una asistente ejecutiva que realizara sus tareas administrativas, además de mantener relaciones sexuales con él cuando le apeteciera, sin ningún apego emocional.

¡Sexo! Era en lo único que había estado pensando desde que salí furiosa de su despacho. Sexo salvaje, temerario y desenfrenado con el hombre más guapo que jamás había visto. Se apretó mi centro y contraje los muslos, intentando aplastar el deseo que corría por mi torrente sanguíneo. El sexo con él sería bueno. Mejor que bueno. Me jugaría la vida.

Dios, todo eso estaba tan mal. *¿Verdad?*

El hombre me estaba probando para ver cómo le respondía. Como si fuera una puta barata. Más le valía que no lo volviera a ver. Lo abofetearía. Algo estaba mal con él.

«Entonces también hay algo mal contigo», se burló mi mente.

Sí, esto apagó la calentura.

«Entonces por qué tienes las bragas mojadas», me ridiculizó mi mente. Maldita sea, tenía que parar con el monólogo.

Sacudí la cabeza y seguí leyendo el contrato. Mis mejillas se acaloraron y las palabras que leía hacían correr llamas por mis venas junto con algunas fantasías deliciosamente sucias. Mi respiración se volvió superficial, cada palabra creaba imágenes en mi mente de nosotros dos enredados juntos.

Dios, ¿por qué me parecía tan *sexy*? Algo me pasaba. Mi respiración era agitada y el tamborileo de mi corazón revoloteaba en el silencio de la noche. Las palpitaciones entre mis piernas me dolían, necesitaban liberarse, pero las ignoré. No debería querer liberarme al leer algo tan malo.

Me obligué a seguir leyendo el documento. El siguiente párrafo hizo que mi corazón se acelerara y la lujuria se convirtiera en un infierno. Esbozaba sus métodos sexuales preferidos.

Estilo perrito. *«Bueno, hombre, esa no es mi postura favorita»,* pensé con ironía. Enumeró la frecuencia del sexo oral y anal. Sacudí la cabeza con incredulidad mientras mi cuerpo ardía con un fuego que solo aquel hombre podía apagar.

«Por supuesto que no», me reprendí. No lo necesitaba. Nadie en este siglo hacía aquello y se salía con la suya. Bueno, excepto Kristoff Baldwin, al parecer.

Pasé por alto el siguiente requisito. Los anticonceptivos y la obligación de tomarlos en todo momento.

—Bueno, eso no será necesario —refunfuñé—. No más niños para mí.

Y no era como si estuviera considerando su oferta.

Seguí leyendo el contrato. Nada de apegos emocionales. Nada de acurrucarse. Nada de romanticismo. Lo establecía todo, desde mi código de vestimenta obligatorio hasta mi derecho a pedirle que se detuviera antes de cualquier acto sexual y mi derecho a rechazarlo, que se limitaba a cinco veces al mes.

—Vaya, qué considerado. ¿Cuántas veces querrá tener sexo ese hombre para que me permita rechazarlo cinco veces al mes? —susurré incrédula. Mientras que mi cabeza encontraba este contrato completamente ofensivo, mi cuerpo no estaba de acuerdo. Se oponía de todo corazón a que lo mandara al infierno.

Una oleada de anticipación se filtró en mi torrente sanguíneo. No tenía sentido, ya que no volvería a verlo. Después de salir corriendo de su oficina, no habría trabajo para mí allí. No lo quería. No lo quería a *él*.

Sin embargo, el deseo me quemaba por todos los poros. Dios, nunca antes había sentido un deseo tan crudo y estremecedor.

Ignorando la respuesta de mi cuerpo, continué hojeando el documento. El contrato seguía indicando que a la señorita Genevieve Rose, *¡qué sorpresa!*, nunca se le haría daño, ni se le ataría, amordazaría o entregaría y/o compartiría con otro hombre.

«Qué amable de su parte», me burlé.

Suspiré. El sexo con ese hombre sería volcánico. Lo sabía. Si aquellos pocos minutos con él servían de indicación, nuestros encuentros sería ardientes, devoradores y explosivos. Apreté los muslos; me ardía la piel al recordar sus caricias. Me manejaba como un profesional, y me gustaba. Nunca lo admitiría, pero aquellos fueron los minutos más calientes de toda mi vida.

En el fondo de mi mente, almacenaba las imágenes de Kristoff Baldwin para mis noches solitarias con mi vibrador. Porque habría muchas noches solitarias en mi futuro.

No sabía quién estaba más loco. Yo, porque estaba leyendo ese documento fantaseando con que me follara, o ese tipo por tener algo así en marcha. Era una demanda esperando a suceder. Sí, lo hizo consensual, pero nadie en su sano juicio lo consentiría.

Excepto que, sí me gustaría, tan solo para experimentar más de ese fuego.

Tenía que poner mi cabeza en su lugar. Olvidarme del sexo con el multimillonario guapo que no quería ataduras emocionales. «*Sí, amigo... sigue buscando»,* me burlé en mi cabeza.

Rick me aseguró que su empresa me enviaría una oferta en cualquier momento. Nada de sexo con el *sexy* multimillonario.

Me invadió la determinación y borré los dos contratos y el correo electrónico para siempre. El tipo podía estar caliente y ser intenso, pero obviamente estaba loco. Y esa locura era contagiosa, porque también estaba empezando a actuar como una loca.

* * *

Habían pasado cuatro días desde que el hombre más *sexy* del mundo me besó en el cuello y prendió fuego a mi cuerpo, que nunca ardería igual. Casi me convencí de que había sido un sueño, pero era imposible olvidar la sensación de sus manos contra mi vulva o la forma en que puso mi mundo patas arriba.

Al cruzar la puerta de Starbucks, mi punto de encuentro habitual con mi mejor amiga, me centré en el trabajo que me esperaba. Con la empresa de Rick. Lejos del multimillonario *sexy*.

El sol de última hora de la mañana brillaba a través de las ventanas, el aroma de los granos de café entraba en mis pulmones. El día parecía más brillante, ya fuera por el buen tiempo o por la anticipación de la inminente oferta.

Tanto Betty como yo aún teníamos un rato antes de ir a buscar a nuestros hijos. La vi en nuestra mesa habitual con nuestras bebidas de siempre. Iba arreglada, como de costumbre, mientras que yo llevaba mis *jeans* y mis típicos Chucks.

Para alguien desde fuera, no podríamos ser más diferentes.

Su cabello rubio contra mi castaño oscuro. Su altura contra la mía baja. Su ropa elegante contra mi atuendo sencillo. La única similitud que teníamos era que ambas llevábamos el cabello recogido en una coleta alta, mi melena castaña oscura ligeramente más larga y gruesa que su pelo rubio.

—Hola —saludé con una sonrisa mientras me acomodaba en el asiento de al lado.

—Debes ser la única mujer en esta tierra que ha rechazado a Kristoff Baldwin. —Fue su saludo para mí—. Ese hombre derrite bragas.

Suspiré. Sabía que me interrogaría al respecto, aun así, pensé que tendría al menos cinco minutos antes de que empezara. Si fuera por mí, no volveríamos a hablar de ello, pero Betty no podía dejar el tema.

—¿Cómo están los chicos? —inquirí en su lugar. Como su madrina, solía verlos todas las semanas, jugaba con ellos o íbamos al parque. Sin embargo, con todos los acontecimientos de esa semana, no había tenido ocasión de invitarlos.

Betty hizo un gesto con la mano.

—Están bien. Lo que necesito saber es ¿por qué no aceptaste? ¿No te diste cuenta lo guapo que está ese hombre?

La regañé con la mirada. Ni se inmutó. ¿Qué podía decir? Me besó, y estaba tan caliente que estaba dispuesta a dejar que me follara allí mismo, en su despacho. La verdad era que si hubiera leído ese segundo contrato, nunca habría ido a esa segunda entrevista. O habría ido preparada. No, ¿a quién quería engañar? No habría ido.

Se inclinó hacia mí conspiradoramente.

—¿No quieres saltarle encima? —susurró Betty, con las mejillas sonrojadas.

—Y no puedo creer que no me hubieras dicho explícitamente que eso era lo que buscaba en su asistente ejecutiva —acusé—. Creía que éramos amigas.

Puso los ojos en blanco, exasperada.

—Claro que lo somos.

—¿Cómo sabías lo de las tareas *poco convencionales*? —pregunté—. Algo así seguro que lleva a ese hombre a los tribunales.

Por supuesto, no me preocupaba por él ni me importaba lo que le pasara.

Se rio entre dientes, agitando la mano.

—Byron Ashford fue a la preparatoria conmigo. Nos encontramos y me preguntó si me interesaría el puesto porque hace un tiempo me apetecía mucho. No sabía que me había casado y todo eso. En fin, le dije que te interesaría.

Gruñí.

—¡En serio! ¿Crees que me interesaría la prostitución?

Tomó mi mano entre las suyas.

—¡Gemma, no seas la *señorita pudorosa*! ¡Tienes que ponerte un poco más atrevida! Habría sido bueno para ti, y es exclusivo, así que no es prostitución. Solo una relación poco convencional.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no es una relación —siseé—. Básicamente es prostitución —repliqué secamente.

Sí, pensar en sexo con aquel hermoso espécimen me hacía arder por dentro, pero eso no significaba que estuviera bien.

—Eres demasiado recta. —Agitó la mano con indiferencia, como si estuviéramos hablando del tiempo—. Deberías haberlo dejado tomar el control y disfrutar del buen sexo que eso conllevaba. Al menos habrías follado.

Ante sus crudas palabras, mis mejillas se calentaron y en mi mente aparecieron imágenes de cómo coger con Kristoff Baldwin. *Al estilo perrito*. *Ugh*, todo era culpa de Betty con sus palabras *creativas*.

—Betty —advertí en voz baja.

—Lo siento —se disculpó rápidamente—. Solo quiero que te des una oportunidad y salgas ahí afuera. Sé que eres tímida por culpa de Jack, sin embargo, no puedes seguir, ni siquiera en la muerte, dejando que él te retenga. Mereces ser feliz y tener un buen hombre. —Su voz era suave. Sabía que lo decía con buena intención. Por supuesto, aceptar ese acuerdo no sería seguir adelante. Había una cláusula específica sobre el desapego emocional. Como no dije nada, continuó—: Además, resulta que el hombre también está guapo y es rico. Lo mejor de todo.

—Eso sería prostitución —susurré, mirando a nuestro alrededor para asegurarme de que nadie más escuchaba nuestra conversación—. No hay forma de que esto fuera agradable para nadie más que para él. —Incluso mientras las palabras se deslizaban por mis labios, estaba segura de que el sexo con Kristoff Baldwin sería más que placentero. Esos pocos minutos con él eran la prueba de que sería *extremadamente* placentero para mí—. Simplemente no me siento cómoda con un acuerdo así. —Terminé diciendo con un suspiro. Tal vez sería más fácil si pudiera disfrutar del sexo con él sin ningún apego emocional. Sería más sencillo—. Y si te apetece tanto, ¿por qué no te presentas?

—Créeme, me encantaría —afirmó Betty con una suave risita—. No obstante, tengo este pequeño obstáculo llamado esposo. Pero tú eres viuda y soltera. Y la paga habría sido buena, ¿verdad?

—Sí —repliqué con nostalgia—. La paga era estupenda.

El sueldo inicial era de ciento cincuenta mil. ¡Jesucristo, lo que podría hacer con ese dinero!

—Tal vez deberías llamarlo. —Betty estaba presionando—. Y decirle que te gustaría otro intento.

—No. —Sacudí la cabeza—. Créeme, era lo mejor. No soy capaz de tener solo sexo. Ni siquiera soy tan buena en eso, así que habría terminado rápido. Se habría aburrido de mí rápidamente, y entonces me habría sentido utilizada.

No fue hasta ese preciso momento que me di cuenta de cuánto me impactaron las palabras despectivas de Jack. Llamándome antipática. Diciéndome que era pésima en la cama.

Mi corazón empezó a latir con fuerza mientras los recuerdos pasaban por mi mente. La sangre se acumuló en mis oídos. Algo frío se deslizó por mi espalda, el miedo se mezcló con el asco. Jack me había hecho mucho daño. En mi confianza y autoestima.

Y luego estaba mi secreto. Subí la mano y me la puse sobre el pecho, con el corazón martilleándome contra las costillas.

—No te estás dando ningún crédito, Gemma —razonó. Tal vez, pero ciertas cicatrices eran más difíciles de curar que otras—. Solo estuviste con tu marido. Y sabemos cómo fue eso.

Podía ser; sin embargo, superar las cicatrices del pasado lanzándome a una relación sexual con una cláusula de no apego emocional estaba destinado a acabar mal. ¿O tal vez eso era exactamente lo que los expertos recomendarían para un rebote? No es que lo supiera.

—Bueno, acabo de recibir la oferta de la empresa de Rick. —Cambié de tema—. Estoy superemocionada por ello, y es más mi estilo. No podría haber mejor ventaja que trabajar para la misma empresa que Rick. Y él también está entusiasmado, ya está planeando nuestros almuerzos.

—Pero, Gemma. —Betty frunció el ceño y lo intentó una vez más—. Kristoff Baldwin podría...

—De todos modos —la interrumpí, esperando cerrar el tema—. Se acabó. Le dije que no estaba interesada o, mejor dicho, se lo demostré. —Cuando salí corriendo de su oficina—. No hay vuelta atrás. Voy a buscarnos la segunda ronda. ¿Lo mismo?

Compartimos una mirada y sus hombros se hundieron con resignación.

—Está bien —murmuró.

Me dirigí a la fila para hacer el pedido. Mientras caminaba de vuelta a la mesa con nuestras bebidas, sonó la canción *Remind Me to Forget* y me acerqué a Betty con una sonrisa en los labios. Me devolvió la sonrisa, sabiendo que a las dos nos gustaba la canción. Moví mi cuerpo con el sonido de la música mientras ponía nuestras dos tazas sobre la mesa. El ritmo aumentó y balanceé mi cuerpo al compás. Betty hacía lo mismo, aún sentada, mientras levantaba los brazos y los balanceaba.

Sonó un silbido detrás de mí y seguí la mirada de Betty. Unos cuantos chicos aplaudieron, animándonos, coreando:

—Más, más, más.

Ambas estallamos en carcajadas.

—Deberíamos ir a un club nocturno —anunció Betty—. Parece que todavía tenemos nuestros movimientos.

Sonreí. Hacía mucho que no salía de fiesta.

—Probablemente seremos las más viejas. No hay nada que nos levante más el ánimo que estar con un grupo de veinteañeros —comenté con voz sarcástica, aunque Betty no se dio cuenta. Su sonora carcajada recorrió el ruidoso lugar, atrayendo varias miradas hacia nosotras.

Se detuvo bruscamente y sus ojos se abrieron de par en par, asombrados, mientras se clavaban en un punto por encima de mi hombro. Me giré y seguí su mirada, curiosa por saber qué la había sorprendido, aunque esperaba que unos chicos estuvieran haciendo una broma estúpida sobre nosotras.

Se me congeló la sonrisa y el estómago se me cayó al suelo. Kristoff Baldwin caminaba entre la multitud hacia nosotras.

Capítulo Nueve



Genevieve

Vestía un traje azul marino oscuro de botones, perfectamente entallado, su andar gritaba confianza a todo el mundo sin ni siquiera tener que abrir la boca. Las mujeres se quedaban boquiabiertas y los hombres le lanzaban miradas vacilantes. No parecía pertenecer a este lugar, con su alta estatura y su costoso traje de tres piezas.

Y muy a mi pesar, tuve que admitir que nadie llevaba un traje tan bien como él. Resaltaba sus hombros fuertes y musculosos y sus piernas. Podía imaginar su fuerza empujando contra mí. Se me revolvió el estómago. ¿Qué tenía este hombre que me hacía esto? Me hizo sentir de nuevo como una virgen de veinte años.

Se detuvo junto a nosotras, con los ojos fijos en mí.

—Hola, señoritas —nos saludó, sin apartar sus atención de mí. Su voz me produjo escalofríos al recordar las palabras que me murmuró al oído mientras sus dedos se colaban por mis bragas palpando mi piel más sensible—. Veo que lo están pasando bien. Mis disculpas por interrumpir.

No parecía lamentarlo en absoluto.

—Está demasiado arreglado para venir a Starbucks —comenté sin motivo. Luego añadí para mí misma: «*Y demasiado sexy para mi propia cordura*».

Me abofeteé mentalmente. Su actitud tranquila contrastaba tanto con mi agitado corazón.

—Hola —intervino Betty, con la voz ligeramente entrecortada. Me alegré mucho de que no tuviera nada inteligente que decir y de que estuviera tan impactada como yo. Mi conmoción al verlo inesperadamente me dejó perpleja, mirándolo con la boca ligeramente entreabierta y el calor quemándome las mejillas. Era difícil tenerlo en frente y no recordar lo que había pasado la última vez que lo vi.

Maldición, realmente contaba con no volver a verlo. Excepto cuando me tocaba, entonces solo pensaba en él. Y así como así, mi calor corporal se disparó otros diez grados.

Sin prestarle atención al saludo de Betty, me observó fijamente y tuve que luchar contra el impulso de no inquietarme. ¿Podía ver en mis ojos que me excitaba pensar en sus manos sobre mí?

—Genevieve, ¿podemos hablar? —Su voz invitaba a un dormitorio oscuro y sensual, su cuerpo sobre el mío. Yo gritando su nombre.

«Contrólate», me reprendí mentalmente.

—*Eh*... lo siento —murmuré sonrojada—. Estoy ocupada... estábamos tomando té... café, y estoy ocupada, así que *ummm*…

—*Oh*, Gemma —interrumpió Betty y se levantó apresuradamente—. No me importa. En serio. Tengo que irme de todos modos. —La fulminé con la mirada, esperando haberle transmitido el mensaje de *Ni se te ocurra dejarme sola con él*. Luego, por si acaso no entendía mi advertencia silenciosa, moví la cabeza en un no apenas perceptible, pero me ignoró—. Buscaré a las niñas, Gemma. Pasa por mi casa a recogerlas.

¡Maldita traidora!

—*Ah*, Betty... no, está bien. Tengo tiempo para ir por ellas —objeté, con la voz temblorosa por algo caliente. ¿Cómo iba a hablar con este hombre sabiendo que me había corrido anoche y la noche anterior pensando en él? Sus manos en mis pechos. Sus manos en mi coño.

Dios mío, la gente no mentía cuando decía que las hormonas se disparan en las mujeres más

tarde en la vida. Las mías me estaban afectando.

—No, no, no. No te apresures —se opuso y se dirigió a la puerta—. Las recogeré yo. —*Traidora*. Y se fue. Nunca la había visto moverse tan rápido, y con tacones de diez centímetros. No podía creer que me hubiera abandonado. Después de todo lo que le dije. Sabía lo incómoda que me sentía en su presencia.

Así que allí estaba, a solas con un multimillonario en Starbucks con el aroma del café y electricidad zumbando por mis venas que seguro me metería en problemas.

«Energía nerviosa», me excusé.

Nos quedamos en silencio mientras esperaba lo que tuviera que decirme, con las manos enredadas en el asa de mi taza de té intentando ocultar lo mucho que me temblaban. *Dios, no podía creer que estuviera pensando eso, pero Betty podría tener razón. Debía tener sexo.*

Exhalando lentamente un suspiro silencioso, levanté los ojos ante su mirada fija en mí y ladeé una ceja.

—Entonces... ¿de qué necesita hablar?

—Almuerza conmigo. —No era lo que esperaba. Parpadeé confundida, preguntándome si tal vez mi cerebro no funcionaba bien ese día. ¿Y por qué sonaba más como una orden que como una pregunta?

—¿Ahora mismo? —pregunté.

—Sí. —Su voz... *oh* tan seductora... me estaba convirtiendo en una mujer nerviosa. Mordiéndome el labio, intentando averiguar la mejor manera de librarme de estar cerca de él, mi mente trabajaba vigorosamente. No se me escapaba que una simple sonrisa y un *No* serían suficientes. Al fin y al cabo, este era un país libre. Mis padres me señalaron ese privilegio muchas veces.

¿Por qué no dije no y me fui?

Este hombre me estaba impactando como nadie lo había hecho... y no me agradaba. Por mi bienestar y autoconservación, no debería estar cerca de él. Pero los orgasmos que podía darme. Quizá si hubiera tenido sexo desde que falleció mi difunto esposo, no estaría tan cachonda a su lado. Me abofeteé mentalmente. *¡No lo deseo!*

«Sí, sí lo deseas». Mi yo interior era una perra. Y otra moneda para el frasco de malas palabras.

—Es demasiado temprano para almorzar. —*¡Qué excusa tan poco convincente!*—. Y no tengo hambre. —Sonaba como mi hija. Solo tenía que añadir un tono quejumbroso a mi voz y habríamos sonado como *gemelas idénticas*. No estaba segura de si era él quien me ponía nerviosa o el hecho de que mi cuerpo despertara tras años de estar en coma sexual. En ese momento, lo único que quería era sentir sus manos sobre mi piel, explorar cada centímetro de aquel cuerpo espléndido y alcanzar la cima que sabía que podía ofrecerme.

Sí, no me pregunten cuándo me convertí en una adicta al sexo.

—Estaremos en público —me aseguró, dándose cuenta de mi indecisión y probablemente leyéndome el pensamiento. Como si sintiera que mi voluntad cedía, me tomó de la mano, enviando instantáneamente una inyección de calor a mi bajo vientre—. Ven conmigo.

La mujer inteligente que solía ser habría retirado la mano y se habría quedado quieta. Pues bien, esa mujer desapareció al lado de este hombre. En lugar de eso, agarré mi bolso y dejé que me sacara de Starbucks, con su gran mano en la parte baja de mi espalda. Ninguna protesta salió de mis labios.

Guiándome hasta un coche negro de lujo estacionado ilegalmente, Kristoff asintió y un hombre abrió la puerta trasera. Jesucristo, este tipo tenía chofer. Kristoff me ayudó a entrar en el

vehículo. Fruncí las cejas con fastidio y lo miré de reojo. No necesitaba ayuda.

Sin embargo, en lugar de encontrarme con su mirada, atrapé su ojos en mi pecho, cubierto por una blusa rosa ceñida al cuerpo. La blusa no era reveladora, así que, cohibida, bajé también la vista, preocupada por si me había manchado la camisa. Pero nada.

Antes de que pudiera abrir la boca para preguntarle qué estaba mirando, cerró la puerta, solo para dar la vuelta por el otro lado y entrar. Se deslizó a mi lado y juré que el calor de su cuerpo calentaba todo el auto. Discretamente, me desplacé hacia mi puerta, evitando su cercanía. Y que Dios me ayudara si nuestros cuerpos se rozaban. Me pondría a saltar sobre sus huesos.

Se dio cuenta de mi movimiento. Nuestras miradas se cruzaron, mis mejillas se sonrojaron en exceso mientras un pequeño pliegue se formaba entre sus cejas. Como si no entendiera algo. Tal vez el hombre esperaba que me acercara más a él, pero eso haría debilitar mi control. Después de todo, no tener sexo durante tanto tiempo iba a ser contraproducente.

No hubo palabras y un pequeño suspiro se deslizó por mis labios. Porque cómo le explicabas a alguien tan caliente que tu cuerpo no podía estar cerca del suyo porque te excitaba. Eso saldría muy mal. Quizás acabaría con una orden de alejamiento.

Mirando por la ventanilla, me di cuenta de que andábamos a toda velocidad por la concurrida autopista que conectaba Annapolis con D.C., antes de que pudiera preguntarle adónde íbamos, rompió el silencio.

—Tú y Betty se estaban divirtiendo. —Era una afirmación.

«Hasta que apareciste», me dije para mis adentros.

—Sí. —Pensé que no había razón para ser grosera. Aquí todos éramos adultos. Bueno, tal vez no todos, ya que el hombre sentado frente a mí probablemente estaba acostumbrado a salirse con la suya. Resoplé. No había ninguna *probabilidad* en esa suposición.

—¿Te preocupa algo? —indagó.

Ignorando mis divagaciones internas, me encontré con su mirada.

—¿Cómo sabías dónde estaba? —Mi pregunta salió sin aliento, con el corazón retumbando demasiado rápido.

—Tengo mis maneras —dijo, con voz grave, que me produjo escalofríos.

—Pues no me gustan tus maneras —respondí, observándolo desafiante. Podía hacer que mi cuerpo ardiera solo con su mirada o el sonido de su voz, pero eso no le daba derecho a acosarme.

—¿Estás segura? —Su voz era pura seducción que me erizaba la piel. Lo imaginaba empujando dentro de mí mientras susurraba palabras sucias. Nunca me había sentido tan cachonda en toda mi vida.

Lo miré fijamente.

—Sí —respondí con una seguridad que no sentía.

Era extraño. Todo en él gritaba riqueza, vida fácil, arrogancia. Excepto cuando me ahogaba en su mirada. Los secretos ocultos en las profundidades de esos pozos verdes me atraían. Como si le hubieran hecho daño antes, escondiendo todo el dolor en lo más profundo de su alma, y sus ojos fueran las únicas ventanas a ese pesar. Sin embargo, lo tenía enterrado tan profundo, que solo conseguías vislumbrarlo.

¿Tenían sentido mis pensamientos? En absoluto. Pero aun así quise ofrecerle consuelo, pasarle los dedos por el cabello y besar las arrugas de preocupación de su cara. No tenía sentido, y probablemente eran sentimientos como esos los que me convertían en una mujer crédula. Mas no podía quitármelo de la cabeza.

O tal vez mi alma rota tan solo se proyectaba en la suya y veía algo que en realidad no existía.

—Podría convencerte de que mis métodos serán placenteros para los dos. —Se me cortó la respiración, sus palabras me calentaron las venas y me quemaron la cara.

Tenía razón; sabía que podía. Nuestro último encuentro lo demostraba, pero había ciertas líneas que no debían cruzarse. No importaba que quisiera su toque. ¿*Verdad*?

Nunca soñé que en mi vida adulta estaría tan malditamente confundida. Aparté la mirada, mientras los engranajes de mi cabeza se ponían en marcha. No sobre la firma del contrato, sino que me preguntaba por qué estaba allí. Pensaba si sería sensato pedirle que me demostrara que podía hacer que fuera placentero para mí. Tal vez así me sacaría a este hombre de la cabeza y de mi sistema. Para mi desgracia, siempre había sido una persona reservada y ser tan abiertamente sugerente no me salía de forma natural.

El coche se detuvo y miré por la ventanilla. Antes de que pudiera decir una palabra, Kristoff salió del auto y vino a abrirme la puerta. Era todo un caballero. «*Excepto en su segundo contrato*», añadí secamente. Entonces salía a relucir toda su sexy suciedad. Salvo que hacerlo todo sería aún más sucio.

A ese paso, necesitaría una ducha fría para la hora de comer.

Me tendió la mano para ayudarme y la agarré vacilante, odiando que su contacto me hiciera sentir tan caliente. Y vulnerable.

Porque este deseo por él sería desastroso.

Capítulo Diez



Genevieve

Salí del coche y aparté rápidamente mi mano de la suya. Su tacto sobrecargaba mis sentidos; era demasiado. Observé a mi alrededor y me di cuenta de que estábamos en la zona de National Harbor, antes de que mi mirada se posara en el edificio que teníamos delante. Subiendo por la arquitectura del edificio, mi mano protegió mis ojos del brillante resplandor lateral antes de que se posaran en el gran techo de cristal.

—La vista debe ser fabulosa allí arriba —murmuré más para mí.

Washington D.C. era una ciudad fabulosa para visitar cuando se tenía dinero. Sí, había museos gratuitos, pero te timaban cuando ibas a comer o a almorzar. Incluso los bocadillos eran escandalosos. Por eso, no la visitaba a menudo. Annapolis no era precisamente barata, pero comparada con D.C., sí que era asequible. Sin embargo, había restaurantes de lujo que te vaciaban la cartera fácilmente con sus precios.

Como a cualquier otra chica, me gustaba que me invitaran a cenar. No obstante, hacía tiempo que había renunciado a ello. Las únicas cenas costosas que tuve desde que nacieron mis hijas las pagué yo. Y con las niñas, tenía mejores cosas en las que gastar mi dinero.

—Deberíamos terminar en una hora y media —le avisó Kristoff a su conductor, atrayendo mi atención hacia él.

—Sí, señor.

Y el chofer se fue, dejándome a solas con el hombre más atractivo que había pisado la tierra. O al menos en este estado. Eso no me impidió mirarlo con nostalgia. Necesitábamos un acompañante si quería estar cómoda con este hombre.

Kristoff me indicó que caminara, avanzando despreocupadamente a mi lado, guiándome hacia el lujoso edificio de cristal.

—Me he dado cuenta de que Betty te llamó Gemma —comentó—. ¿Prefieres Gemma a Genevieve?

Mirando de reojo, contesté:

—Mis amigos siempre decían que mi nombre era un trabalenguas —admití—. Así que lo acortaron a Gemma. Supongo que no ayudó el hecho de que me encantan las piedras preciosas. Así que se me quedó.

—Me gusta Gemma —respondió simplemente, repitiendo mi apodo como si lo estuviera probando, y luego añadió—: Dijiste que tenías preguntas antes de que nos *desviáramos* en mi despacho.

Estaba segura de que su primera palabra habría sido más cruda. Tenía mucha curiosidad por saber qué habría dicho. ¿Quizás... antes de que casi te follara en mi oficina? ¿O fue... antes de hacerte ver las estrellas y correrte por mí?

¡Demasiado ardiente!

—Eh... señor Baldwin... —Empecé, ruborizada por la imaginación creativa que de repente trabajaba en mi contra.

—Por favor, llámame Kristoff cuando no estemos en el trabajo.

¿Cuándo no estemos en el trabajo? Entonces sería el señor Baldwin en la oficina y Kristoff cuando me follara. Tomaba nota.

Mentalmente, me di una bofetada. *Yo* era mi peor enemiga.

Me hice la interesante, ignorando mi diálogo interno mientras levantaba las cejas y lo miraba

directamente a sus preciosos ojos.

—Bueno, no te veré en el trabajo ni fuera de él. Pero como quieras... Kristoff. —Su nombre sonaba tan exótico. Si este hombre supiera que susurré su nombre mientras me corría la noche anterior. Apuesto a que se divertiría—. Creo que estás perdiendo tu tiempo aquí —continué—. No estoy segura de lo que quieres, mas no soy la persona adecuada para tu... *um*... puesto administrativo. Asistente personal. O como quiera que lo llames.

Una vez dentro del edificio, vi a mi alrededor mientras esperábamos los elevadores. Todos iban vestidos elegantes. ¿Es que ya nadie creía en los *jeans* y los Chucks?

—Eres la persona adecuada para el puesto —argumentó con calma—. Confía en mí, Gemma, sé exactamente lo que hago. —Sus palabras eran seguras, a juego con su aspecto. Pero ya que sabía lo que exigía el segundo contrato, me resultaba difícil conciliar las palabras de aquel documento con el hombre que estaba a mi lado. Si bien se comportaba con pulcritud y profesionalidad, su contrato exigía sexo oral, anal y estilo perrito, que era su postura favorita.

Maldita sea, no se podían olvidar ese tipo de palabras.

No confiaría en él. No podría. Era exactamente del tipo que solo se preocupaba por conseguir lo que quería hasta que dejaba de quererlo. ¿Y dónde me dejaría eso? Rota y con mi autoestima en peor estado que nunca.

Levantando la vista, observé su cuerpo, su ropa impecable y costosa. Su traje de tres piezas valía probablemente más que todas mis posesiones. Encajaba entre la gente de ese sitio; yo, no.

Su mirada se calentó y me di cuenta de que había confundido mi vista con interés. Sí, había interés, pero no habría nada más. Se lo dejaría claro, pero no en ese instante, con un montón de gente a mi alrededor.

Sonó la puerta del ascensor y entramos junto con otros dos hombres, lo que me obligó a estar más cerca de Kristoff. *Demasiado* cerca. El aroma de su colonia era seductor. A diferencia de muchas otras que eran muy invasivas, su aroma era limpio y cítrico.

Un hombre delante de mí dio un paso atrás y, para evitar que chocara conmigo, me hice a un lado. Mi hombro rozó el de Kristoff, disparando mi adrenalina. Este hombre me convertiría en una adicta a la adrenalina. Pero solo por él. Su brazo me rodeó, acercándome.

«Maldita sea», me reprendí. Quería mantener la distancia, no acercarme. Sin embargo, la forma en que me mantenía alejada de los demás, protectora y posesivamente, removía algo en mi interior. Jack nunca hizo eso. O tal vez lo hizo cuando empezamos a salir, mas parecía que había pasado tanto tiempo que no lo recordaba. Todo lo que rememoraba era lo mucho que mi difunto esposo no había hecho desde que tuvimos nuestra primer bebé.

Dejándome luchar con la carriola y un bebé en brazos mientras él charlaba de fútbol americano con sus amigos. O me dejaba dándoles de comer a las niñas mientras se sentaba en el sofá a descansar sabiendo que aún tenía mucho trabajo por hacer. No le importaba que trabajara hasta altas horas de la noche después de meterlas en la cama. Mientras su rutina no se viera alterada.

Sí, lo dejé pasar demasiado tiempo. La culpa fue mía por no haberlo terminado antes, sabiendo que nuestra relación ya no era una relación de pareja. Dios sabía que no teníamos pasión. Al final de nuestro matrimonio, ni siquiera estaba segura de reconocerme a mí misma. Ni siquiera podía echarle la culpa de todo a él porque dejé que sucediera.

El tintineo del ascensor me sacó de mis pensamientos y me devolvió a la realidad. La puerta se abrió y me apresuré a salir para dejar algo de espacio entre nosotros. Era más fácil pensar racionalmente sin su cuerpo alto y fuerte rozando el mío.

El *host* se acercó, me repasó con la mirada con una mueca de desdén en ella, dando a

entender que pensaba que era mejor que yo. Estaba claro que mi vestuario no estaba a la altura. El brazo de Kristoff se acercó a mi hombro, lo atención del *host* se posó detrás de mí y se quedó inmóvil, con un brillo de reconocimiento en los ojos.

—Señor Baldwin. —El *host* se irguió más, con reverencia en su voz. Era casi cómico, la tentación de poner los ojos en blanco era difícil de resistir. Kristoff Baldwin podía ser asquerosamente rico, pero no era un dios.

—Queremos una mesa apartada de los demás —exigió Kristoff en un tono que gritaba confianza. Este tipo no tenía ninguna duda de que conseguiría lo que quería. Mierda, debería aterrorizarme. Sin embargo, también me excitaba.

Santo Dios. Todos estos pensamientos contradictorios me estaban mareando.

—Por supuesto, por aquí. —El *host* le dedicó la mayor de sus sonrisas al *señor Baldwin* y se dio la vuelta para conducirnos a una mesa. La mano de Kristoff se deslizó hasta la parte baja de mi espalda, el toque firme e íntimo. Me empujó suavemente, ajeno a mis luchas internas.

Así que seguí al *host*. Todas las miradas estaban puestas en nosotros, lo que me hizo dolorosamente consciente de mi atuendo inapropiado. Llevaba *jeans* que acentuaban mi figura, una blusa rosa claro muy femenina y unos Chucks rosas a juego.

Me vestí para Starbucks, quería gritarles a todos los que me miraban. En lugar de eso, me limité a sonreír con fuerza.

Nos detuvimos en una mesa con una vista privilegiada de Washington, D.C., y se me escapó un suspiro de asombro. Me gustaría pensar que no me impresionaba demasiado la riqueza, pero aquella vista valía un millón de dólares. Que no tenía, mas eso no venía al caso. Por desgracia, otro mesero se disponía a sentar allí a dos comensales y me arrepentí un poco de no tener esa mesa privilegiada. Lo más probable es que nunca volvería a este restaurante.

En cuanto el camarero nos vio... no a mí, sino al *señor Baldwin... se* apresuró a cambiar de sitio a sus comensales.

—¿Servirá esto? —le preguntó el mesero a Kristoff, sin preocuparse por mí. Por supuesto, no era nadie. Como sea. No me importaba. Tendría una vista increíble durante una hora y la recordaría el resto de mi vida.

—Sí —respondió Kristoff.

El *host* fue a sacarme la silla. Al menos *tenía* modales. Pero antes de que pudiera agarrarla, Kristoff se le adelantó. Dios, siempre me gustaron los caballeros. Aunque lo cuestionaba desde que me casé con Jack, aunque eso estaba en el pasado.

Me senté sintiéndome un poco como alguien importante, aunque era una idea ridícula. No recordaba la última vez que alguien me acercó una silla o me abrió la puerta de un coche. Y ese día me ha pasado dos veces. Dios, si eso era todo lo que hacía falta para hacerme sentir especial, estaba condenada. Kristoff Baldwin me masticaría y escupiría antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando.

Le eché un vistazo observando su asiento frente al mío cuando se acercó nuestro camarero.

—¿Quiere empezar con algo de beber? —inquirió el mesero, con los ojos puestos en Kristoff. Esperaba verlo babear en cualquier momento. Sí, también tenía ganas de babear, aunque al menos lo disimulé. *Eso esperaba*.

La agitación empezó a crecer lentamente en mi interior. El día había iniciado esperanzador y rápidamente estaba tomando un rumbo misterioso. No me gustaba. Disfrutaba de los días planificados. Las únicas sorpresas que me agradaban eran los regalos. Eso era todo.

Mirando directamente al camarero, respondí como si me estuviera preguntando:

—Sí, gracias. Agua helada con limón, por favor. —Y antes de que pudiera decir nada más,

giré la cabeza y miré por la ventana.

«Maldito snob», pensé para mis adentros. Kristoff pidió algo, mas no le presté atención. Este cambio de humor no era propio de mí, pero normalmente me juntaba con gente y amigos con los pies sobre la tierra.

Al sentir que Kristoff me observaba, giré la cabeza para mirarlo. El mesero se había marchado, dejándome a solas con aquel hombre enigmático. Le devolví la mirada, fija e intensa. La forma en que me veía me estremecía por dentro. Esperaba por Dios que no pudiera leerme, porque sería vergonzoso que supiera el efecto que causaba en mí.

—Me gustaría escuchar tus preguntas. —Rompió el silencio, sus ojos sobre mí como un depredador sobre su presa.

Realmente no estaba de humor para nada de eso.

—¿Qué preguntas?

—Durante tu segunda entrevista, dijiste que tenías algunas preguntas sobre el puesto.

Suspiré.

—En primer lugar, esas preguntas ya no tienen sentido. Y segundo, no sé si te has dado cuenta, pero estoy muy mal vestida para este sitio. —Su mirada estaba fija, y caliente, en mí. No quería sentir tanta lujuria y deseo.

—Creo que estás preciosa. —Se me derritieron las entrañas ante su cumplido y su tono hizo que se me sonrojaran las mejillas. A ese paso, mis mejillas se teñirían de rojo el resto de mi vida. ¡Maldito hombre!—. Hazme tus preguntas.

¿Por qué no podía dejarlo pasar? Probablemente por eso tenía tanto éxito y era tan rico. Exhalé un fuerte suspiro.

—Bien, si de verdad quieres saberlo... Nunca leí el segundo contrato —admití a regañadientes—. Me despisté con mis hijas. Iba a hacerte una pregunta, esperando que me dieras una pista de qué trataba el segundo contrato para no tener que decir que no lo leí. —Mis manos se agitaron sobre la servilleta que tenía en el regazo—. Pensaba más bien en la descripción del trabajo. Pero entonces demostraste lo que contenía el segundo documento.

No tenía nada que perder en ese momento. Esa cita con Kristoff acabaría pronto. Conseguiría un almuerzo y una vista increíble, luego lo olvidaría y nunca lo volvería a ver. Gran plan.

El camarero volvió con nuestras bebidas, agua para mí y un vaso de *whisky*, si tenía que adivinar, para él. Uno costoso. *Whisky* para comer. «*Quizás era alcohólico»*, pensé, buscando cualquier rasgo que lo hiciera menos atractivo.

Tomé un sorbo de mi agua, esperando que esa tortura terminara pronto. Kristoff esperó a que el mesero desapareciera.

—Supongo que eso explica tu conmoción —respondió con voz tranquila, como si estuviéramos hablando del tiempo.

—¿Conmoción? —indagué incrédula.

—Supongo que tu amiga tampoco te dio una idea completa del puesto —continuó con su voz profunda.

Suspiré.

—No, no mencionó algunos puntos *clave*.

—Bueno, ahora que lo sabes, deberíamos empezar de nuevo —propuso.

Pestañeé, con la confusión reflejada en mi rostro.

—¿Hablas en serio?

Ni un parpadeo de emoción cruzó su rostro. Aunque esos ojos, Dios, cómo me atraían.

—Lo digo en serio, Gemma. Y soy serio. Estoy dispuesto a actualizar tu salario inicial a

ciento ochenta y cinco mil al año. Tendrás todos los beneficios, y también algunas opciones sobre acciones y bonos a lo largo del año, con un regalo monetario de Navidad a final de año.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Le pagas tanto a una asistente administrativa?

—Gemma, los dos sabemos que esto es algo más que un puesto administrativo. —Me sonrojé, agitada porque este hombre fuera capaz de ponerme tan nerviosa.

—Gracias por recordármelo —respondí temblorosa. No se podía negar que mi cuerpo lo deseaba por alguna estúpida razón—. No obstante, me temo que tengo que rechazarlo. Lo que me ofreces no es más que una versión más elegante de la prostitución.

El camarero volvió para que ordenemos. Y menos mal, porque necesitaba calmarme. La mirada aguda de Kristoff me dijo que quería que pidiera primero. Ni siquiera había mirado el menú.

—Pide tú; me daré prisa.

Mientras Kristoff pedía su comida, yo ojeaba las opciones. La ausencia de precios junto a la comida era un indicio seguro de que eran escandalosamente costosos. Así que me centré en la selección de ensaladas.

—¿Y para usted, señora? —me inquirió el mesero. Odiaba que me llamaran *señora*; me hacía sentir muy vieja.

—Quiero una ensalada *garden*, sin cebolla y con el aderezo aparte, por favor. —Cerré el menú y se lo entregué al camarero.

—¿Le gustaría probar un sándwich con ella? —preguntó.

—No, gracias. No tengo mucho apetito ahora mismo.

—Solo ensalada, entonces. —Y volvió a desaparecer.

Volví a mirar a Kristoff y vi que fruncía el ceño.

—¿Qué? —solté, con un tono ligeramente irritado.

—Estás delgada —respondió—. Deberías probar algo de carne con tu comida.

—Lo haré —reviré—. Para la cena. Perdí el apetito cuando este tipo pensó que estaba bien comprarme.

Si mis comentarios sobre él estaban afectándole, lo ocultó bien.

—No pienses en este contrato como un acuerdo en blanco y negro. —Kristoff volvió a su tema principal. Tenía la sensación de que este hombre era implacable cuando quería cerrar un trato.

—Oh, me olvidé del gris —me burlé sarcásticamente—. *Cincuenta sombras de Grey*.

Ignoró mi tono sarcástico y continuó:

—Me aseguraré de que quedes satisfecha cada vez. Actualmente no estás involucrada con nadie, y yo tampoco. Eres inteligente, motivada, y esto te expondrá a todas las conexiones correctas.

Volví a sonrojarme pensando en nuestro encuentro durante la última entrevista. Creía que me daría placer. Probablemente el mejor placer que jamás había experimentado.

—Leí el contrato después de... bueno, después de la última entrevista. —Mi voz era un poco demasiado suave, demasiado rasposa. Sonaba seductora a mis oídos. No era lo que quería. Así que me aclaré la garganta esperando que no se lo tomara así.

—Me alegro —comentó. Su voz era profunda y *sexy*, burlándose de mi determinación—. Todo en él es negociable, excepto la cláusula de control de natalidad. Quiero que esto sea placentero para los dos.

Placentero. Mi cuerpo gritaba que sí, mi sangre ardía y mis muslos se apretaban de

necesidad.

—No necesito anticonceptivos —susurré aturdida—. Tuve demasiados abortos. Mi ginecólogo me dijo que tenía una posibilidad entre mil millones de quedar embarazada. Un problema menos. —Al darme cuenta de lo que acababa de decir, sacudí la cabeza—. ¡Qué estoy diciendo! No voy a acostarme contigo, maldita sea.

Me llevé la mano a la frente y lo miré con recelo. Me preguntaba quién estaba más loco, si él o yo. Mi piel estaba caliente al tacto y disfruté del frescor de mis palmas. No quería compartir esa parte de mí con él.

Después de mi hija mayor, Jack quería un niño. Suponía que para continuar su legado o algo así. Los siguientes cinco embarazos terminaron en abortos espontáneos. Una insuficiencia cervical. Los dos últimos embarazos fueron de alto riesgo y una bendición. No volvería a pasar por eso.

Kristoff se inclinó sobre la mesa, sin apartar sus ojos de los míos.

—Siento lo de tus abortos. —No era lo que esperaba.

—Está bien —murmuré—. No hay planes para otro matrimonio ni hijos.

—Debiste de haber pensado en ello si tienes una solución para la cláusula de control de la natalidad —pronunció. *Oh*, ¡qué sugerente era su voz! Su tono provocaba escalofríos en los lugares correctos. O incorrectos, aunque se sentía tan bien—. ¿Qué otros comentarios tienes sobre el contrato?

Tragué saliva.

—Lo siento, pero esto no es algo que pueda hacer. —Me sentí orgullosa de que mi voz saliera firme—. Nunca sería capaz de cumplir tus cláusulas. No soy capaz de desprenderme emocionalmente con ese tipo de relación física.

—Disfrutaste de nuestro encuentro —aseveró con voz ronca, seguro de sus capacidades—. Y no estás emocionalmente unida a mí. Así que argumentaría lo contrario.

Suspiré, dispuesta a hacerlo entrar en razón. O a mí misma por hablar de todo esto con él.

—Kristoff, lo que estás haciendo está *mal* —recalqué la última palabra en voz baja e intenté mantener la calma—. Conseguirás que te demanden. ¿No has oído hablar del movimiento *Me Too*? —Sacudí la cabeza con incredulidad—. Hazte un favor y búscate una novia. Es más seguro para todos. Y más barato para ti.

—¿Te ofreces como voluntaria? —Su voz era grave y su mirada ardiente me provocó mariposas que no necesitaba. Todos mis pensamientos se dispersaron igual que esas malditas mariposas.

—¿Qué? —murmuré confusa. ¿Estaba cambiando de tema para confundirme?— ¿Voluntaria para qué?

—¿Te ofreces de voluntaria para ser mi novia, entonces? —Su voz era todo negocios.

Un suspiro exasperado salió de mis labios. Era totalmente frustrante.

—No, no me ofrezco de voluntaria para nada, ¡y menos para ser tu novia! Necesito un trabajo. Y no voy a acostarme contigo ni con nadie como parte de ese trabajo. —Puse los ojos en blanco, molesta—. En serio, Kristoff, esto probablemente sea ilegal. —Me incliné más hacia él por encima de la mesa y bajé la voz, añadiendo—: Esto es *cincuenta sombras de pervertido*, y no tiene nada de bueno.

—Subiré el sueldo a doscientos cincuenta mil al año. Solo di que sí.

Me quedé mirándolo con incredulidad. ¿Era en serio? Lo que me proponía era completamente inapropiado, sin embargo, tan tentador. ¿Por qué?

«Porque el sexo sería de otro mundo», susurró el diablo en mi hombro.

¡No, no, no! Estaba fuera de lugar considerar algo así. ¡Completamente errado! Tal vez debería decirle que no soy tan buena en la cama.

«¿Quién en su sano juicio pagaría tanto por un sueldo?», pensé. *«¿Tal vez él tampoco era tan bueno en la cama?»* Palmada mental en la frente. *«¿Qué estaba diciendo? ¿Quizá debería preguntarme quién en su sano juicio rechazaría ese sueldo?».*

El dinero era la raíz de todos los males. Era lo que mi padre solía decir siempre. Empezaba guerras, dividía familias, causaba asesinatos. Y la gente hacía cosas por dinero que normalmente nunca haría.

En ese momento, estaría de acuerdo porque la tentación era demasiado grande.

Podría hacer muchas cosas con un sueldo así. Podría pagar las facturas cómodamente, asegurarme de que mis hijas mantuvieran un techo sobre su cabeza, y podría hacer las compras de comida completa después del primer sueldo. Podría llevarme a las niñas de vacaciones, unas vacaciones de verdad. Era más de lo que ganaba trabajando como directora financiera de una pequeña empresa privada, y me *mataba* trabajando.

Me quedé mirándolo, con los ojos muy abiertos, pensando en él y en su oferta. No era que no fuera un hombre atractivo. Era guapo, y no fui la única que se dio cuenta. La mayoría de las mujeres del restaurante lo miraban boquiabiertas. Podía conseguir fácilmente que una mujer se acostara con él sin un contrato.

«¿Por qué demonios un hombre como él seguía soltero?», pensé para mis adentros.

¿Acaso era la razón ese atisbo de dolor que acechaba en lo más profundo de esa mirada gélida? Quería derribar esos muros y ayudarlo a superarlo. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Yo sola era un desastre y, obviamente, no sabía cómo superar ciertas cosas. *No, estaba leyendo demasiado en él. Tenía que haber algo malo para necesitar un contrato así.*

—¿Quieres saber más sobre nuestros beneficios? —La voz de Kristoff era suave, como si estuviera hablando con una amante sobre algo *sexy*. Asentí, ganando tiempo para recuperar la cordura.

—Nuestras prestaciones son excelentes, sin copago. Proporcionamos un *catering* de almuerzo todos los días y desayuno todos los lunes. Cuatro semanas de vacaciones al año. El horario de trabajo es de nueve en punto hasta las seis de la tarde algunos días, pero más frecuente hasta las ocho.

«No estaba tan mal», pensé. Si tan solo pudiera superar todo el asunto del sexo. Es decir, quería sexo, no obstante, la moral arraigada en mí era difícil de ignorar. Como si pudiera oír mis pensamientos, continuó:

—Generalmente, como mínimo, requeriría un día a la semana para la actividad sexual, aproximadamente una hora. Aseguraré tu placer.

«¡Demonios, eso era muy caliente!» Apúntame, maldición. «*Tranquilízate, Gemma»,* me reprendí. Observándolo fijamente, me pregunté cuándo el mundo había llegado a esto. No sabía quién de los dos estaba más loco. Yo por considerarlo. O él por ofrecérmelo.

Me eché hacia atrás en el asiento, incapaz de apartar los ojos de él. ¿No se daba cuenta de que lo que proponía era un error grave en muchos niveles? Y lo que era más importante, ¿no lo sabía *yo*?

La lección más importante de mi matrimonio con Jack me había enseñado a no dejar nunca que un hombre pensara que era mi dueño. Fui una tonta al pensar que mi matrimonio con Jack iba a ser como la relación de mis padres, que se amaban, adoraban y se respetaban por encima de todo. Jamás volvería a ponerme en una situación tan vulnerable, y estaba convencida de que firmar aquel papel le daba a Kristoff Baldwin cierta propiedad sobre mí y mi cuerpo.

El mesero volvió con nuestra comida y debió de notar la tensión que había en nuestra mesa, porque nos puso rápidamente los platos adelante y se fue.

Contemplando la magnífica vista, llegué a la conclusión de que estaba fuera de mi elemento con este hombre.

—Intenta no verlo como blanco o negro —interrumpió Kristoff mis pensamientos, repitiendo su afirmación anterior.

Fijé mi mirada en la suya verde. Para él era fácil decirlo cuando no era quien tenía que estar disponible a todos mis caprichos. Sería al revés. Dios, pero el dinero. *¡Era mucho dinero!*

Vi mi ensalada, dándome cuenta de que no tenía nada de apetito. A pesar de ello, alisando la servilleta sobre mi regazo, agarré los cubiertos y empecé a comer lentamente. Consciente de que me miraba, lo ignoré.

Tras unos minutos de silencio, habló:

—Gemma...

Tragué con fuerza, me limpié los labios y luego abrí la boca con determinación.

—Lo siento. Es una oferta muy generosa... de verdad. Pero no puedo aceptarla. Aceptaré otro trabajo.

Tenía que asegurarme de decirlo. Así acabaría con la tentación. Después de todo, solo era humana.

La determinación entró en los ojos de Kristoff.

—Si te refieres a ese donde trabaja el marido de Betty, esa oferta ya no está sobre la mesa. —Me quedé mirándolo atónita, intentando procesar lo que acababa de decir. Abrí la boca varias veces, mas no me salían las palabras.

Finalmente, respiré hondo y exhalé lentamente.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —respondió—. Hablé con el dueño de la empresa y anularon la oferta.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

Me había dejado en una situación complicada. Eso sí que era valiente. Ese desgraciado ni siquiera se molestó en inventarse una historia de mierda sobre por qué la empresa de Rick rescindía la oferta. La ira fue subiendo poco a poco en mi interior, borrando toda lujuria y deseo. sustituyéndolos por una furia hirviente.

La ira estalló en mi interior, a punto de explotar como un volcán. A la mierda su dolor, suponiendo que lo tuviera. No tenía ni idea de lo que sufría la gente normal para sobrevivir en este mundo.

Respiré hondo, luego otra vez, y otra, antes de hablar.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que eres un idiota? —siseé, en voz baja. Sabía que nadie podía oírnos. Pero mi lenguaje corporal lo decía todo—. Que estás jugando con la vida de los demás. ¿Qué pasa, señor Baldwin? ¿Acaso *nadie* le había dicho nunca *NO*? Debería acostumbrarse. Podría descubrir un par de cosas.

Estaba tan enfadada que me temblaban las manos y la frustración me apretaba el pecho. Una simple petición de un hombre poderoso y mi oportunidad se había esfumado. No solo me quitó la oportunidad, sino también a mis hijas. Y eso era más difícil de pasar por alto que el daño que me había causado.

Tomé la servilleta de mi regazo y la aferré con fuerza, imaginando que era su cuello. Estaba tan enfadada que, literalmente, encontraría fuerzas para retorcerle el cuello. Mis palabras no parecían tener ningún efecto en él. Sus ojos estaban entrecerrados, así que era difícil saberlo. No

es que me importara si le molestaba. ¡Ese imbécil!

—Eso ha sido un movimiento estúpido, Kristoff. Si trabajar para ti es tan deseable, ¿por qué no contratas a la siguiente chica? Si mi memoria no me falla, había unas cuantas candidatas en esa primera entrevista. Ve por ellas. ¿Cuántas veces tengo que rechazar el trabajo?

Algo brilló en su mirada, pero desapareció rápidamente.

—Tengo una proposición para ti, Gemma.

Mis ojos se entrecerraron.

—Ya he rechazado tu propuesta. Y la respuesta será no, con y sin esa otra oferta.

—Supongo que lo haremos por las malas. —Sus palabras eran suaves y vehementes—. Conozco la causa de la muerte de tu esposo. —Se me congeló el corazón, helándome la sangre en las venas—. Y estoy dispuesto a usarla para que cambies de opinión.

El pasado me había alcanzado.

Capítulo Once



Kristoff

«E*sa fue una movida idiota»,* me admití.

Después de que Byron me entregara un detallado y profundo informe de sus antecedentes, por fin entendí un poco mejor a esta mujer. Incluso la admiré.

—Si realmente la quieres… —Empezó Byron, dando un sorbo a su whisky—. Tienes una forma de chantajearla.

Hojeé los documentos. Genevieve Rose era mucho más de lo que parecía. Hija de padres inmigrantes, pasó buena parte de su infancia en Croacia. Tras la muerte de ambos, regresó a Estados Unidos y fue a la universidad, donde conoció a sus amigos y a su futuro esposo.

Su situación económica era estable y estaba separada de su esposo. Hasta que perdió su trabajo. A partir de allí, todo era sombrío y estaba a un pago de perderlo todo.

Aunque era su marido quien se llevaba la mayoría de las páginas. Mientras Genevieve prosperaba, su esposo era un maldito perdedor. Un infiel y un puto mujeriego arruinado. A los cinco años de casados, empezaron a pasar cosas raras, que apuntaban a violencia doméstica. No había constancia de ello, sin embargo, las compras en la farmacia y las visitas al hospital indicaban eso.

Y luego estaba el día en que murió su esposo. Fue a lo que Byron se refirió cuando indicó que podría chantajearla.

—¿Estás seguro? —pregunté, leyendo el informe del accidente de su marido y sus heridas. Casualmente, el mismo día el historial de Genevieve mostraba una visita al médico: hombro roto, cara magullada y cuerpo maltratado.

—Sí. —Se bebió la copa y la dejó sobre la mesa—. Localicé al agente asignado. Extraoficialmente, sospecharon que podría haberlo apuñalado. Cuando la interrogaron, afirmó que no sabía nada. Teniendo en cuenta que iba en el coche con su amante, que el accidente en el auto los mato a ambos, y que tenían casos más importantes que investigar, lo cerraron y siguieron adelante.

—Podría haber sido alguien del bar —sugerí.

Byron negó con la cabeza.

—Según la investigación, el tipo entró y salió del bar. Se encontró allí con su amante y ambos se fueron sin decir palabra a nadie.

Nunca entendería cómo Byron obtenía ese tipo de información cuando ni siquiera aparecía en los registros policiales.

—Si me preguntas, el maldito imbécil se lo merecía —refunfuñé en voz baja.

—De acuerdo. —Byron se sirvió otra copa—. La pregunta es ¿qué tanto la quieres, Kristoff?

La deseaba con todas mis fuerzas.

Durante los últimos días, me dije que Genevieve Rose no era para mí. Parecía tener la moral afincada en ella. Excepto cuando estaba en modo de autodefensa. O tal vez simplemente se cansó y arremetió. De cualquier manera, me gustaba. Tal vez era eso lo que me tenía fascinado.

O tal vez era su delicioso y suave cuerpo, que se fundía con el mío mientras la exploraba en mi despacho. Se había amoldado a mi tacto, tan adictivamente receptiva que solo de pensarlo se me ponía dura.

Así que, a pesar de que no era del tipo que solía preferir, la deseaba. No como nada ni nadie antes que ella. No me importaba romper las reglas, llamar al hombre que solía ser mi mejor amigo, el que me traicionó diecisiete años atrás, para asegurarme de que esta mujer acabara trabajando para mí. Y lo peor de todo, estaba dispuesto a chantajearla.

Calculé mal. Esperaba su aceptación en cuanto supiera que su otra oferta ya no estaba disponible. Otro atributo que añadir a su testarudez. La coerción con la información que descubrí era el último recurso. Sin embargo, ahora que sus ojos se abrieron de par en par y su rostro palideció, una pizca de arrepentimiento se abrió paso en mi corazón.

Claramente, mi brújula moral no era tan recta como la suya. Para nada.

Le temblaban las manos. En sus ojos brillaba la ira, mezclada con el miedo que se esforzaba por ocultar. Inhaló profundamente y luego exhaló, tratando de calmarse. Tenía que admitir que mi respeto por ella había aumentado.

Cualquiera de las otras candidatas que se entrevistaron para el puesto habría aceptado mucho antes de llegar al punto del chantaje.

Pero no Gemma.

La mujer era tan terca así como hermosa. La atracción ardía entre nosotros. Ella también la sentía. Lo sabía tan bien como sabía mi propio nombre. Sin embargo, se negaba a reconocerlo. Si bien su rechazo era evidente, mi polla se enfocaba en ella. Desde que la vi, mi mente y mi verga se centraron exclusivamente en esa mujer. Conocía la sensación; era lo que sentía cada vez que encontraba una nueva empresa que adquirir y añadir a mi portafolio. Aunque, a diferencia de las adquisiciones, todo lo que había hecho hasta ese punto para conseguir a esta mujer fue impulsivo.

Mi frío desapego se había esfumado cuando se trataba de ella. Y mi polla estaba demasiado involucrada. Mi contrato exigía desapego emocional y estaba metido de lleno. Realmente irónico. Las mujeres normalmente caían de rodillas, deseosas de complacerme. Gemma no. Y a pesar de que no era el tipo de mujer que me gustaba, no podía dejarla ir.

Se sentía demasiado bien en mis brazos.

Además, la forma en que sus mejillas se sonrojaban cada vez que le insinuaba placer era tan adictiva. Sus labios rojos y carnosos se entreabrían y sus ojos se oscurecían, y no podía evitar preguntarme hasta qué punto se oscurecerían cuando la follara. Pensaba demasiado en su coño, en el aroma de su excitación y en cómo sus gemidos llenaron el silencio cuando le metí los dedos.

Había estado mucho tiempo casada y, sin embargo, casi actuaba como una mujer sin experiencia. Tuvo sexo, no había duda. Dio a luz a tres niñas.

Se me oprimió el pecho sobre el corto periodo que pensé que sería padre, pero enseguida lo aplaqué. No tenía que pensar en esa mierda.

Las emociones y el amor le hacían cosas a la gente. Las cambiaba. Las debilitaba. Mis padres eran un buen ejemplo. También lo era Gemma. De hecho, ella debería insistir en el desapego emocional más que yo. Estuve casado apenas dos años antes de que todo se fuera al carajo. A decir verdad, probablemente estaba condenado desde el principio, no obstante, me encontraba demasiado ocupado siendo reclutado por el ejército mientras se tiraba a mi mejor amigo, y luego trató de convencerme que su bebé era mío. Gemma, por otro lado, estuvo casada durante mucho más tiempo, y si el informe de Byron era correcto, ella pasó por mucha mierda.

Zumbó su teléfono. Me ignoró, buscó su bolso y sacó el aparato. Su expresión se llenó de preocupación y me puse tenso. Podía ser que les hubiera pasado algo a sus hijas.

—Adelante, contesta —la animé y una preocupación desconocida se apoderó de mí, al pensar que podría pasar algo que molestara a esta mujer. Sería cómico, mas no lo fue. En ese mismo momento supe que había ido demasiado lejos como para dar marcha atrás.

Me quedaría con *esta* mujer.

Deslizó el botón de respuesta.

—Hola, Sienna.

Observé su mano alisar la inexistente arruga del mantel, en un movimiento casi autocalmante mientras hablaba con su hija mayor por teléfono. En el reporte de sus antecedentes figuraban los nombres de sus hijas, y yo tenía tendencia a recordarlo todo.

—No, no pasa nada. ¿Qué sucede? —Gemma habló en su móvil, evitando mis ojos.

Su rostro estaba sin maquillaje, pero era naturalmente bella y parecía más joven que su edad. *Mucho* más joven. Sin saber su edad, habría pensado que tenía máximo unos veinte años. Tenía esa belleza clásica que envejecía lentamente. A mis cuarenta y tantos, era demasiado joven para mí, aunque eso no me impidió perseguirla.

Un maldito toque y estaba obsesionado como nunca antes lo había estado.

—Ya hablamos de eso anoche, Sienna —murmuró al teléfono—. Mi respuesta sigue siendo no.

Me preguntaba por qué discutían. No tenía hijos, pero por los amigos que conocía, la adolescencia era una perra. No importaba el sexo.

Gemma escuchó pacientemente lo que le decía y, por los sonidos que capté, parecía un drama de adolescente.

—Cualquiera que sea la razón, no me importa. A menos que la casa se esté quemando, te quedas. —La voz de Gemma era firme.

La vida no había sido fácil para ella. Y joder, quería llegar como un caballero de brillante armadura, salvar la situación y cuidar de ella. Tenía los medios. Aunque la forma en que lo estaba haciendo era cuestionable.

—La respuesta sigue siendo no, Sienna. Iré dentro de un rato a recogerte. —Un fuerte suspiro salió de aquellos labios carnosos. Me pregunté si cedería, aunque sus siguientes palabras me mostraron lo decidida que era esta mujer—. Sí, sé que estás enfadada. Pasará un mes antes de que te des cuenta. *Hmmm*, bueno, si él hace eso, no es un gran tipo de todos modos, ¿verdad? —Convertiría a sus hijas en mujeres que no aceptarían mierda de nadie. Incluyendo tipos como yo. Dios sabía que Gemma se mantuvo firme a todas mis ofertas. Joder, ella podría pedir quinientos mil y yo aceptaría. Quería que trabajara para mí—. De acuerdo, tengo que irme. Hablaré contigo cuando llegue a casa. Te amo.

Colgó y aquellos cálidos ojos marrones como el *whiskey* se encontraron con mi mirada. Había fuego en ellos y quería descubrir esas llamas cuando me la follara. Mientras gritaba mi nombre con esos gemidos guturales que había oído antes.

Aunque fuera lo último que hiciera en mi vida.

—Lo siento —se disculpó, ofreciéndome una sonrisa. Estaba molesta conmigo y aun así se negaba a ser más que educada.

—No te preocupes —respondí con calma—. ¿Todo bien?

—Sí.

Seguía inquieta, con la mano tirando de un hilo inexistente del mantel. Su difunto esposo era un imbécil por engañar a una mujer como ella. Al igual que su nombre, era una joya entre las

mujeres. Mi riqueza y mi estatus siempre habían sido un imán para la población femenina. Ella preferiría aceptar un trabajo donde ganara una mínima fracción del salario que *yo* le ofrecía antes que estar cerca de mí y enfrentarse a esta atracción.

Su mirada se encontró con la mía, oscura y reservada, ocultando sus fantasmas que les hablaban a los míos.

—Mi difunto esposo murió en un accidente de coche. No estoy segura de lo que intentas insinuar.

Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios.

—Ambos sabemos que esa no es exactamente toda la historia.

La observé fascinado.

Entonces, la determinación brilló en sus ojos.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas toda la historia? Ya que pareces conocer mi vida tan bien.

Me recosté en la silla, apoyé un codo en el reposabrazos y me pasé un pulgar por la mandíbula. Admiraba su lucha. Era una combinación perfecta de suavidad y fuerza. No me extrañaba que me pareciera irresistible.

—No lo creo, hermosa —repliqué secamente, sin querer revelar mis cartas. A decir verdad, lo más probable era que la policía no reabriera el caso y, técnicamente, no había matado a su marido. Aunque no la culparía por ello. Más importante, no usaría mis conocimientos para eso. ¿Chantajearla?, sí. ¿Para que le diera a esto una oportunidad?, sí—. Haremos esto a mi manera.

Un mechón de cabello le entorpecía la vista y me miró con rabia mientras intentaba apartar ese mechón rebelde.

—¿Por qué haces esto? —Maldición, la expresión vulnerable de su cara me golpeó justo en el pecho.

Debería retirarme. Dejarla en paz y que viviera su vida. Sin embargo, con cada segundo que pasaba, la deseaba más. La deseaba tanto que llegaría a extremos para tenerla. Para conservarla.

Jesucristo. Esos ojos oscuros e hipnóticos se apoderaron de mí y se negaron a soltarme. Peor aún, ni siquiera intenté luchar contra ella porque quería quedármela. Tal vez estaba haciéndolo de la manera equivocada. Forzar su mano solo hizo que quisiera luchar más contra mí.

—Quiero ofrecerte un periodo de prueba de dos meses para que trabajes para mí —propuse.

—Quieres decir obligarme —siseó con amargura, mirándome con desconfianza. Tenía todo el derecho a desconfiar, porque cuando negociaba mis contratos, mi objetivo era ganar. Gemma sería mi premio y lo haría bien para que los dos nos beneficiemos.

—La paga será la misma que mi última oferta. Doscientos cincuenta mil. Sin embargo, no te pediré ningún contrato personal en absoluto. Será una relación profesional. —No podía permitirse rechazar un sueldo. La propuesta le aseguraría uno y me daría tiempo para convencerla de que aceptara mi oferta—. Al final del periodo de prueba, podrás decidir si este trabajo merece el contrato personal. Si no, estoy dispuesto a encontrarte un puesto adecuado en otra parte de mi empresa, cualquier puesto que pueda interesarte.

Jadeó suavemente y sus ojos se abrieron de par en par. Demonios, hasta eso me excitó. Podía haber sido que mis palabras dieran en el clavo, porque lo pensó. Pude verla dándole vueltas a las opciones en su cerebro y dándose cuenta de que no había muchas. De hecho, era la única. Sin embargo, la sospecha seguía ahí. No podía culparla, teniendo en cuenta su experiencia pasada y el hecho de que la obligué a hacerlo.

—¿Y el chantaje? —Sus ojos se entrecerraron de nuevo en mí.

—Nunca se volverá a mencionar —prometí.

—No tengo intención de acostarme contigo. —Las palabras salieron volando de su boca,

mientras sus ojos brillaban con fastidio—. No me permito comportamientos atrevidos con extraños con quién sabe qué enfermedad de transmisión sexual.

—Estoy limpio —refunfuñé, molesto de que siguiera peleando conmigo en esto—. ¿Lo estás?

—¡Claro que sí! —protestó, y luego se puso la mano en la frente—. ¿Por qué estoy discutiendo esta mierda contigo?

—Porque sabes dónde acabaremos.

—En tus sueños —se burló.

—En *mis* sueños. En mi casa. En mi cama. En mi despacho. En cualquier sitio y en todas partes. —Sus ojos se entrecerraron, aun así, no se me escapó el pequeño grito ahogado. Y luego, por supuesto, sus mejillas sonrojadas—. Pero por ahora, me conformaré con tareas administrativas.

—¿Por qué harías eso? —cuestionó—. No quieres tener... —*Sexo*. Tragó saliva y sus mejillas se *tiñeron* de rojo—. ¿Solo haría el trabajo administrativo? ¿Nada más? —La sospecha llenó su voz.

—No te equivoques, Gemma —aclaré, con tono mesurado—. Te deseo. Y quiero que grites mi nombre en éxtasis, rogándome que te folle. No obstante, puedo ser paciente. —*Mentira*. Aunque lo haría por esta mujer—. Si le das una oportunidad a mi propuesta, esperaré. Este trabajo podría ser bueno para los dos.

Su pecho y su cuello enrojecieron, y sus mejillas se tiñeron de carmesí. Tenía la respiración entrecortada y me observaba con la boca entreabierta. Estaba excitada y, diablos, si seguía mirándome así, acabaría con las pelotas azules.

—¿Es esto algún tipo de trampa, Kristoff? Debo advertirte que, si intentas algo, no dudaré en patearte el trasero.

Sonreí, con una expresión divertida.

—Es una advertencia justa, Gemma. Nunca he forzado a nadie y no empezaré a hacerlo ahora. No te haré daño —prometí. Hice una pausa, observándola a los ojos. Quería que supiera que lo decía en serio. La deseaba más que a ninguna otra mujer, pero no la tocaría sin su consentimiento. Me acerqué a ella por encima de la mesa, con una expresión seria en el rostro mientras susurraba—: Cuando te penetre el coño, no querrás a ningún otro hombre. —Un visible escalofrío recorrió su espalda y su mirada se oscureció.

Bien, quería que sintiera el mismo impacto que yo. Que cediera a este deseo.

Sus ojos brillaron.

—¿Cuando? —Mis palabras debieron de calar hondo—. ¿No *si*?

—Sí, *cuando* —remarqué con voz ronca—. Ambos sabemos que esta atracción entre nosotros nos consumirá. No obstante, solo cuando estés lista.

No lo negó, me di cuenta con satisfacción. Era una mujer inteligente. Lo sabía tan bien como yo. Enderezó la espalda y los hombros, mirándome de frente. Dios, me encantaba su fuego.

—¿Trabajarás para mí? —pregunté con voz ronca, aunque sabía la respuesta. La determinación en sus ojos la ofrecía antes que sus labios.

—Sí —respondió en voz baja.

Porque realmente, ¿qué otras opciones tenía? Excepto que, le demostraría que valdría la pena para ella.

Capítulo Doce

Genevieve

Estaba jugando con fuego.

Tenía las manos atadas y me quedé sin opciones. Ninguna. Aceptar la oferta de Kristoff era un camino peligroso, teniendo en cuenta que mi cuerpo le respondía como un violín a un arco.

Fue la razón por la que estaba parada frente al edificio de W&W el lunes por la mañana.

A pesar de las circunstancias, me entusiasmaba trabajar. No recordaba ninguna época en la que no hubiera laborado. Incluso antes de ir a la universidad, cuando mis padres vivían, les ayudaba con sus puestos de fruta en Croacia. Si bien no era un gran trabajo, me encantaba. El olor de la fruta se mezclaba en el aire y las abejas zumbaban alrededor, tentadas por el dulce néctar.

Todo lo contrario a mi situación actual con el hombre que me chantajeó para que aceptara ese puesto. No podía comprender la razón de su oferta. Es más, temía que la tentación de probar la dulce pero prohibida fruta, fuera demasiado grande.

Me registré en recepción a las ocho de la mañana, con una falda recta negra que me llegaba apenas un palmo por encima de la rodilla, zapatos de tacón negros y una blusa rosa claro con mangas de un cuarto de largo. Tenía un aspecto profesional, aunque hubiera preferido no llevar tacones. Sin embargo, era un pequeño precio a sufrir por el sueldo que me pagaba Kristoff.

Al entrar en el ascensor, se me aceleró el pulso. No sabía si era porque pronto vería a Kristoff o por mi primer día en un nuevo trabajo. O tal vez era la idea de acostarme con aquel hombre. Mis instintos me aseguraban que no me forzaría, pero era cuestión de resistirme. Durante todo el día.

Cuando salí del elevador en la quinta planta, Kimberly se reunió conmigo en el mismo lugar.

—Bienvenida a bordo, Genevieve —saludó con una gran sonrisa—. Me alegro mucho de que hayas aceptado el puesto.

«No tuve elección», estaba en la punta de mi lengua.

—Gracias —respondí en su lugar con una sonrisa tensa—. Por favor, llámame Gemma —añadí.

Me guio hasta el escritorio vacío no lejos del suyo, colocándome más cerca de la puerta de mi nuevo jefe.

—Ya te han preparado una *laptop* nueva con tus credenciales —explicó—. Esto te permitirá trabajar a distancia o cuando viaje. En cuanto te instales, preséntate con el señor Baldwin.

Asentí con la cabeza y me puse manos a la obra para leer las instrucciones de inicio de sesión con mis credenciales y encender la computadora portátil. Una vez comprobado el inicio de sesión y todo el acceso que se suponía que tenía, me levanté y agarré un bloc de notas.

Justo cuando me dirigía a la puerta de su despacho, Kimberly volvió de la cocina con dos tazas de café.

—Toma. —Ofreció, tendiéndome una taza—. El señor Baldwin esperará que le lleves café. Es una de tus obligaciones. Le gusta solo, sin azúcar ni crema.

—De acuerdo —reconocí, aunque para mí no tenía sentido que el hombre no se sirviera su propio café. Probablemente le vendría bien estirar las piernas a pesar de su excelente estado físico y su cuerpo apetitoso. Pero no me quejaba. Si el hombre quería pagarme doscientos cincuenta mil por llevarle café, claro que se lo llevaría.

Llamé suavemente a la puerta y esperé a que dijera “adelante” antes de entrar en su gran despacho. La luz entraba a raudales por aquellos amplios ventanales y no pude evitar recordar lo que ocurrió aquí la última vez.

Me aclaré la garganta, incómoda.

—Buenos días —lo saludé al acercarme a su mesa—. Kimberly me dio su café.

Cuando levantó la vista de su computadora, su mirada recorrió mi cuerpo, con expresión perezosa, y lo sentí en cada fibra de mi ser. Mi ritmo cardíaco se aceleró y mi respiración se entrecortó cuando su atención volvió a mi rostro y nuestros ojos se cruzaron.

La forma en que me observaba me hacía sentir como si estuviera desnuda, solo para su placer. Me hacía sentir la mujer más *sexy* del mundo. Era peligroso y emocionante al mismo tiempo.

—Toma asiento, por favor. —Su voz no delataba las llamas que ardían en aquellos fríos ojos verde musgo. Dejé la taza frente a él y me senté en la silla que me correspondía.

Apreté con fuerza el bloc de notas que sostenía.

—Quiero explicarte tus funciones y la jerarquía en esta oficina. —Rompió el silencio y un suspiro estremecedor me abandonó—. Te reportas a mí, sin embargo, ayudarás a Kimberly cuando sea necesario. Quiero dejar claro que Kimberly no trabaja para ti, ni tú para ella. Tiene algunas tareas con las que necesita ayuda hoy, así que por favor hazlas, y luego puedes volver conmigo.

—Claro, tiene sentido —respondí. La verdad era que si me pidiera que saltara, lo haría por el sueldo. Aunque, al parecer, lo único que quería era que ayudara a Kimberly y que me acostara con él. Lo primero, lo haría con gusto; lo segundo, tendría que resistirme.

—¿Preguntas?

—No.

Como no añadió nada más, me levanté y salí de su oficina. Tardaría en acostumbrarme a recibir sus órdenes o a llevarle el café. Sacudí la cabeza, molesta conmigo misma. Era un sueldo. Era lo único que importaba.

Bueno, eso y mantenerme fuera del radar de la policía. No podía olvidar que mi jefe me chantajeó para que aceptara este puesto.

Todo el día pasó rápidamente. Estaba ocupada con, adivinen, tareas administrativas. Antes de que me diera cuenta, eran las seis y Kimberly estaba en la puerta diciéndome que lo había hecho muy bien en mi primer día.

Llamé a la puerta del despacho de Kristoff y asomé la cabeza, insegura de si debía entrar.

—Pasa —me dijo. Me acerqué a su mesa y me indicó que me sentara.

—¿Cómo te ha ido? —inquirió mientras me sentaba frente a él.

—Bien —respondí—. Kimberly ha estado haciendo muchos malabarismos, así que teníamos que ponernos al día. Creo que hicimos un buen progreso. Al menos eso dijo.

—Excelente. —Sus ojos me estudiaron detenidamente, como si buscaran algún signo de engaño. Era un hombre extraño—. ¿Cómo se llevaron?

Arqueé una ceja, sorprendida por la pregunta. A los hombres no les solía importar si las mujeres se llevaban bien o mal.

—Bien, creo. —No estaba muy segura de lo que quería saber—. No entramos exactamente en modo de plática, pero me agrada.

—Excelente —repitió mientras se aflojaba la corbata. Mis ojos siguieron el movimiento y se fijaron en su piel bronceada. Mi estómago se revolvió y mi piel se erizó, un dolor vacío se formó en mi vientre bajo. Qué pasaría si fuera yo quien le aflojara la corbata. Y esas manos grandes,

con dedos largos y nudillos fuertes, huesos y venas prominentes.

Los quería sobre mí. Necesitaba besarle el cuello, saborear su piel, rogarle que me cogiera.

¡Algún día!

No duré ni siquiera 24 horas y las ganas de rogarle que me tocara me hacían apretar los dientes. Nunca sobreviviría dos meses, a menos que él hubiera programado un viaje de negocios muy largo. Viéndolo todos los días, estaba segura de que sucumbiría ante este hombre.

Sacudiendo la cabeza y alejando los pensamientos de mi jefe cogiéndome, me recordé a mí misma los límites. Era mi jefe. Prohibido, a pesar de que tuviera algún extraño deseo que la intimidad entre nosotros formara parte del trabajo.

Sin aliento. Ansiosa. Caliente. Lasciva.

Estaba mal sentir todo eso en presencia de mi jefe. Sin embargo, luchar contra esa atracción era inútil. Si su chantaje no la disminuía, estaba condenada.

Desvié los ojos hacia él y capté su mirada, pesada y oscura, que se deslizaba perezosamente por mi cuello y mi pecho.

Me sacudí un escalofrío.

Mi respiración agitada llenaba la habitación y el aire estaba cargado de electricidad entre nosotros. Tuve que morderme el labio para contener un gemido. No se movió, como si estuviera esperando algo.

¿Permiso? ¿ Que se lo rogara?

—¿Eso es todo? —indagué, con la voz ronca.

—Te pregunté si habías almorzado. —Fue su respuesta. Era una estupidez. Estaba tan metida en mis fantasías que no oí su pregunta.

—Ah, no —admití, luego me encogí de hombros—. Ya es casi la hora de cenar.

Se levantó del escritorio y se me acercó.

—Vamos a cenar —sugirió. Negué con la cabeza—. Será algo rápido.

Lo miré insegura. Era mi primer día trabajando para él, y ya estaba pasando a cenar juntos, mientras me imaginaba quitándole la ropa. Mi objetivo era pasar el menor tiempo posible a su lado.

—No estoy segura de que sea una buena idea. —Empecé.

En sus ojos brilló un destello de diversión, como si supiera que estaba al borde del autocontrol.

—Es solo una cena rápida —replicó con una leve burla—. Te prometo que te mantendré a raya y no dejaré que me seduzcas.

Mi boca se entreabrió y mis ojos se abrieron de golpe.

—Yo nunca... —Su sonrisa resonó en mi confuso cerebro. Me estaba tomando el pelo. Bueno, quizás estaba bromeando a medias, ya que le estaba quitando la ropa mentalmente.

Miré el reloj. Mi suegra cuidaría a las niñas hasta las ocho y pico en mi casa. Debería haber tiempo de sobra para un bocado rápido.

—¿Esto es una petición o parte del chantaje? —No pude resistirme a cuestionar, con un tono ligeramente sarcástico.

Nos miramos fijamente en silencio, uno tenso, pero casi cómodo. Si le hubiera espetado algo así a Jack, se habría convertido en una gran discusión. Kristoff ni siquiera se inmutó. En realidad parecía impresionado, con una mirada sardónica y divertida.

—Es una petición, Genevieve. —Mis entrañas se derritieron por la forma en que mi nombre salió de sus labios. Como la caricia de un amante.

Gemí en silencio.

—De acuerdo —concerté, con una emoción prohibida corriendo por mis venas—. Solo para demostrar que seducirte es lo último que tengo en mente. —*Mentirosa, mentirosa*—. Déjame checar mi teléfono.

Me siguió cuando fui a agarrar mi bolso y saqué el móvil para comprobar si tenía mensajes. Sienna me había enviado uno, confirmando que su abuela las había recogido a todas y que estaba en nuestra casa con sus hermanas. Por suerte, tenía una buena relación con la madre de Jack y las niñas la adoraban.

A veces, la culpa me carcomía cuando la miraba. Si hubiera dejado a Jack antes, si hubiera sido más fuerte, aún podría haber tenido a su hijo. Pero estaba desesperada por salvar mi matrimonio hasta que se puso peor, tanto, que no tuve más remedio que luchar. Aunque nunca se lo diría a nadie. El desastre con Jack era mi carga.

Excepto que en ese momento, Kristoff sabía algo. No todo; nunca nadie lo sabría todo.

—¿Todo bien? —me preguntó mientras volvía a meter el teléfono en el bolso después de enviarle un mensaje a Sienna y luego a la abuela, avisándoles que llegaría a casa cerca de las ocho.

—Sí —afirmé.

Me guió fuera del despacho hasta el ascensor, con la mano en la parte baja de la espalda. Fue un movimiento casi posesivo. Como si quisiera demostrarle a todo el mundo que era suya, y no podía evitar la sensación de que aquel hombre era extremadamente posesivo.

Dios mío, ¡qué bien olía! El aroma de su colonia me limpiaba los pulmones. Quería hundir la cabeza contra él, acurrucarme en el pliegue de su cuello para sentirlo más. La razón me exigía que me alejara, que forzara el espacio entre nosotros. Sin embargo, permanecí pegada a mi sitio, con cada nervio de mi cuerpo concentrado en el abrasador contacto de su mano contra mi espalda.

Al salir del edificio, me sentí abrumada por el ruido de la ciudad tras nuestro silencioso viaje en elevador. El tráfico de la hora pico estaba en pleno apogeo y los cláxones de los coches sonaban a lo lejos. La brisa refrescaba mi piel acalorada.

Kristoff me guio al otro lado de la calle. Unos metros a la izquierda había un restaurante de alta cocina. Y muy popular, al parecer. Estaba abarrotado. No habría nada rápido en esa cola, sin embargo, allí fue donde nos dirigimos.

Me giré para verlo justo cuando asentía a alguien, aunque no pude ver a quién.

Bajó los ojos para encontrarse con mi mirada.

—No creo que esto vaya a ser rápido —comenté—. ¿Quizá deberíamos dejarlo para otro día?

Nada más decir aquello, una anfitriona se acercó con una amplia y seductora sonrisa dirigida a Kristoff. Algo desagradable se deslizó por mis venas, pero lo aplasté rápidamente, sin darle más vueltas.

—Señor Baldwin, tenemos una mesa preparada para usted. —Ronroneó, moviendo las pestañas.

Le lancé una mirada de reojo, sorprendida. No me había dado cuenta de que había hecho una reservación. Aunque en lugar de hacer comentarios, me limité a seguir a la anfitriona desde que él me instó a avanzar con la mano en la espalda. Ese debía de ser su movimiento característico, y no pude evitar preguntarme cuántas mujeres habían sentido sus manos sobre su cuerpo.

Sentados en nuestra mesa, nos dieron los menús con la promesa de que el camarero vendría en un momento para tomar nuestro pedido. Al abrirlo, se me escapó un pequeño jadeo al ver los exorbitantes precios. Dirigí la cabeza hacia Kristoff, dispuesta a quejarme, pero entonces me di cuenta de que era *multimillonario*. Lo que para mí era demasiado caro, para él eran unos

centavos.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó.

—Sí, gracias. —Busqué automáticamente lo más barato del menú. Ciertos hábitos eran difíciles de romper. No creía que un multimillonario lo entendiera.

Vino el mesero y pedí mi ensalada César de pollo junto con un vaso de agua.

Las cejas de Kristoff se fruncieron, el disgusto centelleó en sus ojos verdes. No entendía qué le molestaba, pero no dijo nada. Cuando le llegó el turno de pedir, ordenó un *filet mignon.*

Cuando el mesero se marchó, Kristoff fijó su atención en mí. El silencio se prolongó, nuestras miradas chocaron y algo en la forma en que me observaba me recorrió la espalda.

—¿Qué?

—Estás demasiado delgada —me dijo, arrastrando las palabras. *Cómo se atrevía.* Había algo en su comentario que me molestaba.

—Y tú eres demasiado rico y arrogante —reviré, con los ojos entrecerrados. Este hombre tenía que aprender modales con sus empleados.

—No comes lo suficiente —objetó, ignorando mi alusión a su riqueza—. Tenemos que arreglar eso.

—Parece que me conoces muy bien. —Llevé mi mirada poco impresionada hacia él. Por supuesto, nunca le admitiría que tenía razón. Cuando estaba estresada, no comía. Cuando estaba triste, no comía. Cuando estaba súperemocionada, no comía.

Bueno, ya entiendes el punto.

—¿Qué te gusta comer? —indagó, ignorando mi sarcasmo—. Además de ensaladas.

Me encogí de hombros.

—Cualquier cosa y todo —comenté, con un tono ligeramente defensivo.

—Explícate. —Me enfurecí. Este hombre *tenía* que aprender a decir por favor.

Abrí la boca para regañarlo, pero luego la cerré. «*Piensa en tu sueldo*», me recordé.

¿Quizás estaba demasiado a la defensiva? Quiero decir, ¿quién podría culparme teniendo en cuenta que me chantajeó para aceptar esa posición. Sí, me pagaría una cantidad ridícula de dinero por ello. Pero aun así. Además, Kimberly hablaba muy bien de él y parecía respetarlo. Eso debía decir algo.

—Me gustan los postres —contesté secamente. Luego añadí, suavemente—: Mi hija mediana heredó ese gen. —Hablar de mis hijas siempre me hacía sonreír.

—Así que tienes tres hijas —dijo. Ya lo sabía, porque lo había mencionado en mi segunda entrevista. Me sentí tentada a responderle con un comentario sarcástico. Había algo en este hombre que me hacía querer besarlo sin sentido y discutir. Casi no me reconocía.

—Ya lo sabes —agregué secamente. Como a cualquier otra madre, me encantaba hablar de mis hijas; sin embargo, con este hombre que tenía un contrato sobre el desapego emocional, me parecía mal hablar de cualquier cosa personal.

—¿Siempre quisiste tener hijos? —Su voz áspera me recorrió la espalda. Las emociones en esas profundidades del bosque alimentaban esa loca atracción electrizante.

—Supongo —contesté vagamente. La verdad era que quería una familia numerosa. Mi madre no pudo tener más hijos después de tenerme a mí, a menos que estuviera dispuesta a arriesgar su salud. Mi padre se lo prohibió. No podía vivir sin ella—. ¿Tú?

Algo brilló en sus ojos y un músculo de su mandíbula se tensó. Su expresión se ensombreció, había algo volátil y conflictivo en ella, aunque enseguida lo disimuló.

—No estaba destinado para mí. —Había una historia allí, apostaría mi vida en ello—. ¿Qué edad tienen tus hijas? —De nuevo, lo sabía. Quizás era su forma de disculparse por el chantaje.

Un leve interés en su rostro me devolvió la mirada. Percibiendo mi vacilación, añadió—: Si no te sientes cómoda hablando de eso, puedes elegir otro tema. No podemos quedarnos sentados en silencio.

Tenía razón.

Suspiré.

—Bueno, ya que has desenterrado todo sobre mí, probablemente ya lo sepas. Sienna tiene casi dieciséis años; Saoirse, cinco; y Sierra, dos. —Luego, en un intento de alejar el tema de mí, le di la vuelta a la tortilla—. ¿Cómo es que nunca tuviste hijos?

La sorpresa brilló en sus ojos, y algo más. Algo que no pude comprender.

—Es una larga historia. —Sí, definitivamente había algo ahí.

—Bueno, tenemos tiempo —bromeé en voz baja, luego agarré mi agua y bebí un sorbo.

—Siempre asumo que todo el mundo sabe todo sobre mí.

Lo estudié con interés. Supuso que lo había investigado. Betty lo hizo y me dio información sobre su edad y su riqueza. Pero ahí acabó todo y no hice más preguntas. Estaba demasiado centrada en el aspecto *poco convencional* de la posición.

Mentalmente, tomé nota de buscarlo. Sería importante si acababa cediendo y acostándome con él. Después de todo, tenía hijas.

Me quedé helada al hilo de mis pensamientos. ¿Acababa de...?

Sacudí la cabeza. No lo decía en serio. Nunca estaría cerca de mis hijas, pero aun así lo buscaría para saciar mi curiosidad.

—Algún día te buscaré en Google —me mofé—. Tendré que estar de humor para ello porque odio leer artículos sobre la gente. Me aburre demasiado.

Era cierto, aunque no hacía falta que supiera que definitivamente pensaba buscarlo sí o sí.

Se rio, con un sonido grave y áspero que me produjo escalofríos. Cuando reía, parecía mucho más joven. Casi despreocupado. *Casi*. Se me aceleró el pulso mientras lo miraba a la cara, hipnotizada y fascinada por aquel hombre. No tenía ni idea de por qué. Pero sabía una cosa: me encantaba oírlo reír.

Justo a tiempo, nuestro camarero volvió con nuestra comida y, de repente, estaba hambrienta. Teníamos la comida delante y nos pusimos a comer.

El primer bocado y pensé que se me habría escapado un gemido. Este lugar lo hizo magnífico.

—O tenía más hambre de lo que pensaba o este sitio tiene las mejores ensaladas —elogié, metiéndome otro bocado.

Kristoff sonrió, como si nunca hubiera visto a una mujer disfrutar de la comida.

—Deberías probar el filete —sugirió.

—¿Me estás ofreciendo? —bromeé—. Será mejor que tengas cuidado, porque si está mejor que la ensalada, te quedarás sin tu comida.

Cortó un pequeño trozo de su filete y llevó su tenedor hacia mí para darme a probar. Dudé un instante, pero luego mi cuerpo se inclinó hacia delante por voluntad propia. Con sus ojos clavados en mis labios, los abrí y dejé que me metiera el trozo de filete en la boca. Sus ojos estaban encendidos de pasión.

Una ráfaga de sabor golpeó mi lengua y cerré los ojos por un segundo, un gemido bajo deslizándose por mis labios.

—La próxima vez, quiero eso. —Inmediatamente me di cuenta de mi error. Supuse que habría una próxima vez y mis mejillas ardieron de ligera vergüenza.

No parecía haberse dado cuenta. En todo caso, parecía contento de que hubiera una próxima

vez.

—Me aseguraré de que lo tengas —prometió—. ¿Quieres otro bocado? —Ofreció, sus ojos brillaban con una ligera diversión.

—No, gracias. —Señalé mi comida—. ¿Quieres un bocado de mi ensalada? —Reciproqué.

—Estoy bien. Pero gracias por la oferta.

Terminamos de cenar con bastante rapidez, ciñéndonos a temas neutros. Cuando terminamos de comer, mientras caminábamos hacia la salida, me di cuenta de que era la primera vez en años que dejaba que un hombre me invitara a cenar. En las pocas citas a las que Betty me había arreglado, yo insistía en pagar y, de antemano, Jack se había burlado de la idea de tener citas desde que estábamos casados.

Al salir del restaurante, el aire fresco rozó mi piel acalorada y la alivió. Su mano en mi espalda me sentó aún mejor. Empecé a pensar en su mano en mi espalda baja como su movimiento característico, como lo hacían otras parejas. No era que fuéramos una.

Ignoré el revoloteo en la boca del estómago y la débil calidez en mi pecho. No tenía nada que hacer ahí. Dos meses y seguiría adelante. Kristoff cumpliría su palabra y me conseguiría un trabajo en un departamento más seguro. Lejos de él. En ese momento no podía permitirme ningún tipo de relación, y menos con mi jefe, que tenía una cláusula sobre desapego emocional.

«No te olvides del chantaje», me recordé y al instante me puse rígida.

Mi humor se agrió al instante.

—¿Dejaste tu coche en el estacionamiento? —preguntó. Cuando asentí, continuó—: Entonces te acompaño.

—No tienes por qué —protesté—: De verdad, puedo arreglármelas.

Ignorando mi reproche, su brazo me rodeó posesivamente y supe que no había nada que pudiera decir para hacerlo cambiar de opinión. De mala gana, comparé el gesto y la atención de Kristoff con los de mi difunto esposo. Eran polos opuestos.

El padre de mis hijas me dejó en un partido de fútbol sola con las niñas sin vehículo para poder irse a bares mientras que mi jefe insistía en acompañarme al auto. Era casi vergonzoso no haberme marchado hace años, pero si fuera así, no tendría a mis pequeñas.

Dios, ¿era demasiado pedir lo mismo que tenían mis padres? Era todo lo que quería.

Caminando en silencio, codo con codo, hacia el garaje, señalé mi Pilot blanco, estacionado a unos cuantos espacios.

—Ese es el mío —afirmé mientras sacaba las llaves para abrir la puerta.

Abrió rápidamente la puerta y me ayudó a subir mientras su chofer estacionaba a pocos metros.

Mientras me alejaba, con su solitaria figura en el retrovisor, los susurros de mi alma me decían que todo acabaría así.

Al final estaríamos a mundos de distancia.

Capítulo Trece

Genevieve

A la mañana siguiente, Kimberly puso una taza de café en mi mesa para Kristoff antes de que pudiera sentarme. Miré el reloj y vi que eran poco más de las ocho. Kristoff dijo que el horario de trabajo empezaba a las nueve.

—No llego tarde, ¿verdad? —inquirí, preocupada por si había entendido mal. Me quedé despierta más tarde de lo normal buscando en Google a Kristoff Baldwin. Padres ricos. Padre mujeriego. Kristoff sirvió en el ejército, en las Fuerzas Especiales. Enorme escándalo con respecto a su exesposa. Sí, hubo algunas revelaciones sorprendentes en Internet, y solo me dieron una idea del hombre que era en la actualidad.

—No, en absoluto —me aseguró Kimberly, negando con la cabeza—. Llegas justo a tiempo —respondió, con una sonrisa de suficiencia en el rostro. La miré con desconfianza, preguntándome si tal vez había hecho algo mal. No parecía de las que se regodeaban en el sufrimiento ajeno.

Echando los hombros hacia atrás y enderezando la columna, me dirigí a la oficina de Kristoff... *hmm*, del señor Baldwin. Cuando entré, su atención se desvió hacia mí. Algo brilló en sus ojos, aunque rápidamente lo cubrió con su mirada habitual.

Dejé su café y le eché un vistazo. Se recostó en su silla, observándome, con expresión indescifrable.

—Buenos días —saludé, con un ligero tono nervioso en mi voz.

Me tendió una tarjeta y la tomé. Al bajar la vista, me di cuenta de que era una tarjeta de crédito. Quizá necesitaba que le recogiera la ropa de la lavandería o algo así. En todas las películas de chicas que había visto sobre este tipo de situaciones, una mujer le recogía la ropa de la tintorería. «*O quizá quería que le comprara unos bóxers*». Sonreí en silencio. Me imaginaba comprando su ropa interior y entregándoselas. Quizás unos rosas de broma.

—*Ah*, ¿necesita que vaya a buscarte algo? —indagué, teniendo dificultades para mantener una cara seria con mis ideas idiotas.

—No, es para que vayas a comprarte un vestido de cóctel. Y alguna otra ropa si lo deseas.

Mis ojos se abrieron de par en par, fijos en él. Luego hacia mí. Su petición fue inesperada. Volví a mirarlo y sentí que mis mejillas enrojecían. No tenía los estilos más nuevos ni la ropa más cara, aun así, lo que llevaba era de buena calidad, y era muy bonita.

Se me escapó un suspiro frustrado y enarqué una ceja en señal de desafío. No confiaba en mí misma para decir algo en ese segundo y no insultar a mi jefe. Algo como, *¿qué demonios le pasa a mi ropa?*

Me mordí el labio para asegurarme de que no se me escapaba ninguna palabra.

—Si te apetece, cómprate también algo de lencería. Kimberly te ha hecho una cita en la peluquería. Te arreglarán el cabello, las uñas y te depilarán con cera.

Me quedé inmóvil, observándolo fijamente. Este hombre estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, pero no estaba habituada a exigencias como esa. Y me pareció sospechosamente un soborno. Con un desafío silencioso en los ojos, me retó a decir algo y la agitación se apoderó de mí.

—¿Para qué? —solté—. Acabo de arreglarme el cabello.

¿Intentaba decirme que no me veía lo suficientemente bien? Me invadieron viejas inseguridades. ¡Maldito Jack! Debería haberlo dejado la primera vez que me dijo esas idioteces.

Pensé que nada de eso me había afectado, que era una mujer más fuerte, pero al parecer las cicatrices permanecían en algún lugar profundo.

—Creía que a las mujeres les gustaba que las mimaran —comentó enarcando una ceja, lo que me hizo centrarme en la situación.

—Nos gusta... cuando es nuestra elección. —Mi voz subió de tono—. ¿Y en serio? ¿Cera? ¿Qué seguirá? Me dirás lo que puedo comer. Sinceramente, señor Baldwin, no recuerdo que estipulara nada de esto en el contrato.

Me aseguré de poner el acento en *señor Baldwin*, haciendo hincapié en la distinción entre jefe y empleada.

—Por desgracia, Gemma, *no* firmaste ese contrato —respondió con calma. Cualquiera diría que estábamos hablando de equipos deportivos.

—Entonces... ¿qué? ¿Esta es tu manera de vengarte de mí? ¿De qué? ¿Humillarme? —Mientras él mantenía la calma, yo estaba cada vez más alterada—. ¿Quieres designarme también los días que debo rasurarme?

Mi pulso se aceleró, mi ira se calentaba con cada palabra que pronunciaba. Viejos fantasmas que enterré junto a mi marido salieron a la superficie, asfixiándome. Era culpa mía por dejar que se saliera con la suya.

—Cálmate. —La voz de Kristoff penetró a través de la niebla de viejos fantasmas. Parpadeé, aquella dolorosa opresión en el pecho se alivió lentamente. Estaba frente a mí, el aroma de su colonia me reconfortaba. Jack llevaba un perfume fuerte que dominaba todos tus sentidos y te provocaba náuseas.

Incliné el cuello y me encontré con los ojos de Kristoff. No eran burlones ni crueles. Solo llenos de preocupación. Tragué saliva. ¿Acababa de entrar en pánico?

—Tengo un evento de trabajo al que asistiremos. Aún no han anunciado la fecha, pero quiero que estés preparada. Suelen anunciarlo en el último momento. —La explicación parecía lógica y no había engaño en su rostro—. Humillarte no es algo que haría nunca, Gemma. Pase lo que pase entre nosotros.

¿Por qué esas palabras reconfortantes me daban ganas de llorar?

—¿Y la depilación con cera es un requisito para este evento de trabajo? —inquirí en tono tembloroso.

No se inmutó, me sostuvo la mirada. Me pregunté qué vería en mis ojos. Esperaba que no fuera lo que sentía en el fondo. Nunca necesité que nadie evaluara mi autoestima. Sin embargo, en algún momento, la confianza en mí misma se tambaleó sin que me diera cuenta.

Volvió a su silla y se sentó, observándome con esos ojos que de algún modo veían demasiado.

—Si te opones firmemente —empezó, con tono uniforme—, no tienes por qué hacerlo.

Sin embargo, preferiría que lo hiciera. Las palabras no pronunciadas perduraron en el aire entre nosotros. Después de todo, era mi jefe. Y no es que no me gustara depilarme. Solía hacerlo con regularidad cuando podía permitírmelo.

—Como sea —murmuré, ocultándome tras una máscara indiferente—. Creo que es una pérdida de dinero. Pero oye, si quieres que me haga un nuevo peinado, me depile y me ponga ropa nueva, de acuerdo. Es tu dinero. Eso sí, no me compraré lencería.

Un latido. Y otro. Sus ojos me observaban con tensión.

—Kimberly te dará una lista de las tiendas que prefiero —respondió, ignorando mi comentario sobre la lencería.

Sacudí la cabeza, sin saber qué pensar de aquel hombre.

—¿Tienes algún problema con eso? —indagó enarcando una ceja.

—*En absoluto* —respondí con sarcasmo. No pudiendo guardarme mis comentarios, añadí—: ¿No crees que eso es demasiado control? Soy muy capaz de encontrar tiendas.

Era extraño. Con Jack, nunca pude encontrar la energía para discutir. Solo fingía escuchar hasta que terminaba y seguía adelante. Con este hombre, encontré esa energía y la necesidad de defenderme.

—Puedes ir a esas tiendas también —dijo—. Siempre y cuando visites las tiendas que también me gustan.

—*Oh.*

—Bien —concluyó. Juraría que sus ojos se reían de mí—. Es una de las ventajas de este trabajo. Deberías aprovecharlo. Solo dale todos los recibos a Kimberly cuando termines.

—No recuerdo que mencionaras esa ventaja al hablar de los beneficios —expresé mi opinión un poco malhumorada.

—Nadie se había quejado nunca de esta ventaja, Gemma. Espero que no seas la primera. —Sus ojos contenían un desafío y, de alguna manera, tuve la sensación de que lo disfrutaba.

Me encogí de hombros, salí de su despacho y me encontré a Kimberly esperándome con una amplia sonrisa.

—¿Emocionada? —preguntó.

—Supongo que sí —musité. La verdad no lo estaba. Solía ir de compras cuando me apetecía y tenía dinero, y esas dos cosas no solían coincidir. Y ese día no estaba de humor para hacerlo. Odiaba sentarme en las peluquerías y él quería que me peinara, me hiciera las uñas y me depilara con cera. ¿Era posible hacer todo eso en un solo día?—. ¿También te compras ropa con el dinero de la empresa? —indagué con curiosidad.

—Sí, y me encanta. —Su respuesta me hizo sentir ligeramente culpable por mi reacción. Claramente, reaccioné de forma exagerada. Me tomé su sugerencia de un nuevo vestuario como una crítica, mientras que solo estaba siendo amable—. Definitivamente me ahorra dinero —continuó—: y él se lo puede costear. —Me guiñó un ojo con picardía—. De ninguna manera voy a decir que no a cosas nuevas.

—¿Pero depilarse? —objeté—. ¿No es demasiado?

Se encogió de hombros.

—Solo hazlo. Hazte un tratamiento facial, no le importará. Haz que sea tu día de mimos con el dinero de otra persona —sugirió—. Te lo mereces. Estoy segura de que siendo madre soltera, rara vez tienes tiempo para consentirte.

Mis mimos consistían en una tranquila ducha y un libro antes de irme a dormir.

—Supongo que te veré en unas horas. —Kimberly tenía razón. No podía recordar la última vez que me mimaron. A decir verdad, no me entusiasmaba que Kristoff pagara por eso. Sentía como si le debiera algo por ello. Aunque Kimberly dijo que era parte de su beneficio también, y la forma en que habló de su marido el día anterior, nunca pensaría en acostarse con otro hombre.

—Tómate todo el día —sugirió Kimberly—. Es un trabajo duro ser mujer —animó detrás de mí, su risa recorriendo el espacio.

Capítulo Catorce

Kristoff

Me quedé observando la puerta, Gemma hacía tiempo que se había ido.

Su reacción me intrigó. En todos mis años, ninguna mujer se había quejado de gastar mi dinero. Hasta ese momento.

Algo en ella me hacía querer cuidarla. Sí, quería follármela, pero aún más, quería asegurarme de que estuviera bien cuidada. Necesitaba conocer sus preocupaciones para poder aplastarlas.

Ocultaba sus secretos en esos ojos oscuros, sin embargo, era fácil captar sus emociones. Su excitación. Su ira. Me encantaba cuando su rostro ardía en carmesí y sus ojos se empañaban de deseo. Me deseaba, casi tanto como yo a ella. Para mi mala suerte, luchaba contra esa atracción con todas sus fuerzas.

No tenía relaciones. No me enamoraba. Aun así, de alguna manera había empezado a romper todas y cada una de mis reglas desde que conocí a esta mujer. La chispa de esta atracción ardía con fuerza entre nosotros.

Maldición, podría ser tan bueno con ella. De solo pensar en Gemma se me ponía dura. Desde que la vi, no me la había podido sacar de la cabeza. La imaginaba extendida sobre mi escritorio. Inclinada sobre mi sofá. Incluso en mi cama. Y nunca quise a ninguna mujer en mi cama.

Esa mañana me había masturbado en la ducha pensando en ella. Un millón de mujeres en este planeta y mi miembro se centró en la que insistía en decir *no*, aunque su cuerpo cantaba sí.

Mis pensamientos volvieron a la interacción de hace unos minutos, cuando una expresión de pánico apareció en las sombras de sus ojos oscuros.

Saqué el expediente, que contenía información sobre ella y su difunto marido. Su esposo tenía bastantes multas, además de una por conducir bajo los efectos del alcohol en su historial. Sus niveles de alcohol eran altos en el momento de su muerte también. Byron pudo sacar bastante información, pero no reveló si él abusaba de ella cuando estaba borracho o todo el tiempo.

La reacción de Gemma a mi sugerencia de hacerse un cambio de imagen se la tomó demasiado a pecho. Como si le hubieran dicho demasiadas veces que no era lo suficientemente buena. Mi instinto me decía que no solo abusó físicamente de ella, sino también mental y emocionalmente.

El desgraciado tenía suerte de estar muerto. Si no, lo encontraría y lo mataría yo mismo. ¿Cómo demonios terminó con alguien como él?

Gemma ni siquiera tenía multas por exceso de velocidad. Era inteligente, hermosa y, por todo lo que Byron pudo averiguar, una persona querida y de buen corazón.

Era demasiado imbécil para ella. Desde que Jacqueline me jodió, había evitado las relaciones. Nunca llevaba mujeres a casa ni al condominio que tenía en la ciudad. Eran solo una forma de desahogo y les daba mucho, materialmente, a cambio de su tiempo. Mientras funcionaba para los dos, continuábamos y, llegado el momento, nos separábamos amistosamente. Quizá fue el afán de la mujer lo que hizo más fácil mantenerla a raya. Sin embargo, la resistencia de Gemma y su claro rechazo a mi riqueza no hicieron más que atraerme aún más. A regañadientes, tuve que admitir que se reflejaba admirablemente en ella y no tanto en mí.

Maldita sea.

En momentos así, cuando era incapaz de abandonar mi obsesión, me acordaba de lo mucho que me parecía a mi padre. Lo odiaba, joder. Sin embargo, me negaba a dejar de lado esa

necesidad de poseer cada respiración, cada latido del corazón y cada gemido de la señorita Rose.

Nunca me había obsesionado con una mujer, pero esta me estaba atrapando.

Capítulo Quince

Genevieve

Como buena empleada, fui a las tiendas preferidas de Kristoff. Compré unas cuantas faldas, blusas, un par de vestidos, uno de cóctel en negro estándar y un par de zapatos para acompañarlo. No me molesté en probármelo y estaba a punto de salir cuando me llamó la atención la sección de lencería.

Sin que nadie lo supiera, incluido mi difunto esposo, la lencería era mi placer culposo. O ropa de dormir más bonita. Pijamas de satén. O un conjunto de *top* y *short* a juego que fuera *sexy*, mas no demasiado revelador. Me encantaba sentir el satén o la seda sobre la piel. Si bien llevaba *jeans* todo el día, por la noche me encantaban los lujos.

Así que demándame.

Empecé a ojear artículos, a pesar de que no iba a aceptar el contrato personal con Kristoff. No pude resistir la tentación. Mis dedos rozaron el material suave y fresco. Dios, realmente lo deseaba. Podría comprar solo una pieza. La caja registradora sonó detrás de mí y me di cuenta. Estaría entregando mis recibos y tanto Kimberly como Kristoff lo verían.

Así que me alejé y me dirigí al salón.

Cuatro horas más tarde, estaba de vuelta en la oficina con un nuevo atuendo, nuevo peinado y depilada en lugares que no quería mencionar. El hombre había pedido un tratamiento de *spa* de cuerpo entero con una depilación brasileña completa que era demasiado detallada para mi gusto. «*Sexo anal*». Esas dos palabras resonaron una y otra vez en mi mente mientras evitaba mirar a los ojos de la señora. Dulce madre de Dios.

Le diría a ese hombre exactamente lo que pensaba sobre eso. Le entregué los recibos a Kimberly, sonrojada, esperando que nadie los leyera.

Por supuesto, Kimberly lo hizo. No estaría trabajando para Kristoff Baldwin si dejara escapar algo. Frunció el ceño mientras miraba los recibos.

—*Ummm*... ¿he gastado demasiado? —pregunté, preocupada por si me había pasado.

—No, para nada. Nunca había visto un recibo tan pequeño —se quejó, aunque no entendí por qué. Normalmente la gente se quejaba por lo contrario. Era incómodo gastar tanto dinero a costa de otra persona, sobre todo después de pasar un año entero sin ingresos.

Levantó la cabeza y me miró, observando que me había puesto ropa nueva.

—Estás muy guapa.

Sonreí. Kimberly tendría sesenta años, pero le gustaba el lujo. *No había nada malo en ello*, me había dicho. Aunque por fin tenía sentido cómo se permitía su lujosa ropa.

—Gracias. —Me acerqué a mi escritorio, me senté y encendí mi *laptop*.

Revisé mis correos electrónicos y había unas cuantas hojas de cálculo esperando en mi bandeja de entrada. Programé unas cuantas reuniones de Kristoff, repasé su calendario y, antes de darme cuenta, el día había terminado.

Miré hacia el despacho de Kristoff y me pregunté si debía ir a verlo. No estaba segura de que supiera que había vuelto. Quizás esperaba otra taza de café. Le dirigí una mirada a Kimberly, pero decidí no preguntar. Así que seguí trabajando en mis hojas de cálculo.

Lo siguiente que recuerdo era a Kimberly apagando su computadora, lista para marcharse.

Debatiéndome entre irme o hablar con el jefe, Kimberly tomó la palabra:

—El señor Baldwin no está en su oficina, así que será mejor que también te marches.

Una sonrisa se expandió en mi cara.

—Me acabas de alegrar el día, Kimberly. Cenaré con mis hijas.

* * *

Una semana entera pasó en un abrir y cerrar de ojos. Me familiaricé con las exigencias de Kristoff, su horario, sus reuniones de trabajo y muchas, muchas hojas de cálculo. Eso último me pareció bien, ya que estaba acostumbrada a ello durante mi carrera en finanzas. Kimberly era increíblemente paciente con el trabajo administrativo. Formábamos un buen equipo y nuestras habilidades se complementaban.

Llegó el viernes y Kristoff asistió temprano a otra cena de negocios, por lo que salió temprano de la oficina.

—Podría acostumbrarme a los días en que no está el señor Baldwin —comentó Kimberly.

—Es un poco menos tenso. —Estuve de acuerdo—. Mucho menos tenso —susurré en silencio.

La tentación de ceder a su segundo contrato crecía cada día y cada minuto. Cada mañana, cuando le entregaba el café, mis ojos se fijaban en sus grandes manos y mi ritmo cardíaco se disparaba. Nunca me había fijado mucho en las manos de los hombres, pero las suyas eran *sexy*. Tan *sexy*. Mis pezones se tensaron de pensar en lo bien que se sentirían sobre mí. Ya que había experimentado su tacto, su boca en mi piel y *lo había* visto, ningún otro hombre era comparable.

Fui tan lejos como para buscar en Match.com. *Sí, allí no encontrarás al sustituto del señor. Kristoff Baldwin.*

Tan ansiosa como me hacía sentir Kristoff, empecé a preguntarme si era cosa mía. Siempre había sido una buena chica. Una buena mujer. Lo que sea que fuera en esos días. Nunca había hecho nada imprudente. No tuve una etapa rebelde en la escuela. Ni en la universidad. Siempre fui responsable, ordenada. Por el amor de Dios, ni siquiera tuve una aventura de una noche. Evité activamente tomar riesgos en mi vida. Crecí bajo la enseñanza conservadora de mantener las piernas cerradas y evitar todo lo que pudiera ser inapropiado.

Y en ese momento, de repente, quería ser temeraria, experimentar el sexo alucinante y salvaje sobre el que leía en mis libros eróticos. Kristoff Baldwin podía dármelo. Estaba segura de ello. Solo pensar en su piel contra la mía, en él explorando mi cuerpo, me prendía en llamas. Ardía en deseos de liberarme.

Y no había hecho ningún movimiento. Sí, ardía fuego en aquellos fascinantes ojos de bosques profundos cuando me miraba, pero no había intentado tocarme, ni había rozado accidentalmente mis pechos con sus dedos. De acuerdo, eso último era más mi fantasía.

En resumen, lo deseaba. Cada día que pasaba me sentía más tentada a ceder a ese deseo. Desafortunadamente, necesitaba un trabajo. Desesperadamente. Y todo el mundo sabía que mezclar negocios y placer nunca acababa bien. Volví a ser razonable y racional.

Mis ojos miraron el reloj de la pared. Ya eran las seis. Como un reloj, Kimberly se levantó y empezó a recoger sus cosas.

—¿Algún plan para el fin de semana? —pregunté, sonriendo. Me encantaba lo predecible que era.

—Cuidaré a los nietos —respondió. Aquella mujer estaba loca por sus nietos—. Si hace suficiente calor, podríamos salir en el barco.

—Será divertido —repliqué llevándome la taza de té a los labios—. Creo que anuncian temperaturas de entre 30 y 40 grados. Pronto llegará el clima húmedo del verano.

Los veranos de Maryland y D.C. eran muy húmedos.

Sonrió.

—Tendré que convencer a mi marido. —Guiñó un ojo—. Quizás un poco de sexo lo haga estar de acuerdo.

Casi escupí mi té.

—No te quedes hasta muy tarde —me advirtió mientras se dirigía al ascensor.

—No lo haré —prometí—. Estoy justo detrás de ti.

Con todo el mundo fuera, me centré en terminar las últimas tareas, decidida a que, cuando me fuera, no quedaran cosas incompletas esperándome el lunes por la mañana. Y me tomaría el fin de semana para tener esa lujuria bajo control.

¡Gran plan!

Una hora más tarde, había terminado los informes y me disponía a fotocopiar algunos archivos. Con la oficina vacía, me quité los zapatos de tacón y me solté el cabello para aliviar la ligera tensión que sentía en las sienes, antes de ponerme los auriculares y poner a todo volumen mi música mientras empezaba a escanear. Los movimientos repetitivos y la vibración de retracción de la máquina calmaron la tensión que había en mi interior.

Mi cuerpo se relajó, la emoción del fin de semana se apoderó de mí mientras la música llegaba a mis tímpanos. El sol entraba por las ventanas, afuera nos esperaba un hermoso día, y mi estado de ánimo mejoró. Tenía trabajo, un buen sueldo, un techo y comida en la mesa. Las niñas y yo iríamos de excursión el fin de semana. Por fin la vida era buena.

Tarareé el final de la canción *Diamonds* de Rhianna y escaneé un documento a la vez, almacenándolos en carpetas específicas. Me balanceé al ritmo de la música, con los pies contentos de no llevar tacones. Me puse a bailar y, cuando la canción *Chained to the Rhythm* de Katy Perry estaba en pleno apogeo, terminé el último documento.

Estaba totalmente relajada y cantando al ritmo de la música, aunque no podía llevar ni una sola melodía, me di la vuelta y choqué directamente con Kristoff. Mis manos volaron hacia su pecho, mis palmas se apretaron contra sus duros abdominales y mis auriculares se estrellaron contra el suelo. Mi corazón se detuvo un segundo y luego se aceleró. Un repentino calor me recorrió los muslos y tuve que apretarlos para ahuyentar la sensación. Sin embargo, el dolor se intensificó. Un fuego líquido me quemaba las venas.

Su cuerpo destilaba poder y electricidad. Debería moverme, mas no podía. Me absorbió su fuerza. Cuando me encontré con su mirada, me capturó. El fuego que había en ella era capaz de derretir lagos congelados y quería ahogarme en ella.

—Kristoff. —Mi voz salió ronca, sin aliento—. Me has asustado —musité.

Mis dedos se enroscaron en su pecho. Dios, quería sentir su cálida piel bajo las yemas de mis dedos. El aire de la habitación parecía crepitar, como una bomba de tiempo que pulsaba al ritmo de los latidos de mi corazón. Las sensaciones y la atracción que había ignorado desde que lo conocí me abrasaban, exigiéndome que lo probara.

Excepto que no recordaba la última vez que di el primer paso con un hombre. Me sentía torpe, inadecuada, pero necesitada.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba a abajo, avivando el fuego que crecía en la boca de mi estómago. La forma en que aquel hombre me miraba encendía las llamas de mi interior. Me observaba como si me imaginara retorciéndome debajo de él, desnuda y sumisa.

Permaneció de pie, viéndome en silencio. Ni una palabra. Mi cuerpo gritaba que me tocara; pero mi cabeza gritaba que diera un paso atrás. Ignoré mi razón. Esta atracción hacia él era algo nuevo y excitante. Prometía algo oscuro y delicioso. Me merecía un poco de placer. Algo solo para mí.

Que me tocaran apasionadamente. Que me dieran placer.

Aunque nuestros cuerpos apenas se rozaban, disfruté sintiendo su calor. Echaba de menos la cercanía física, el contacto de un amante. Había estado sola mucho antes de que Jack muriera. Podía ser que viviéramos en la misma casa, pero era como si habitáramos en mundos separados.

Sentí como si Kristoff me hubiera dado un trago de agua la última vez que me tocó, y desde ese minuto estaba constantemente sedienta, queriendo más. Quería más de él, borrar la soledad.

El cuello y las mejillas se me calentaron, la piel me ardía como si me bañaran ríos de lava.

Observé la forma en que se movía su nuez de Adán, como si también luchara contra la atracción. Aunque no quería que lo hiciera. No ese día. Quería suplicarle que me follara, tal y como me había advertido que haría. Pensar en esas palabras hizo que mi cuerpo se estremeciera.

Su boca bajó hasta mi oreja, lamiendo la concha de la misma e inmediatamente todos mis pensamientos desaparecieron.

Con sus manos en mi cintura, sus dedos se enroscaron en mis caderas durante un breve segundo antes de rozar mi espalda. No era suficiente. Quería sus manos sobre mi piel desnuda, su piel contra la mía. Se oyó un fuerte suspiro entre nosotros. Debía de ser el mío, porque sus labios me acariciaron el cuello.

Abrí la boca y lo apreté más cerca con los dedos, temerosa de que detuviera aquella sensación increíble. Me vibraba todo el cuerpo, deseándolo. Me rodeó con las manos y, cuando estas cubrieron mis pechos, gemí y me arqueé ante sus caricias.

¡Santos cielos! Se me derritieron las entrañas, entonces me pellizcó el pezón a través de la blusa y el sujetador, provocando fricción en cada centímetro de mí. Otro gemido se formó en mis labios, pero me lo tragué. Su lengua siguió bajando hasta el hueco de mi garganta. Mi interior palpitaba, apretado por la necesidad. Este hombre sabía lo que hacía.

Se apartó y un pequeño gemido salió de mi garganta. Las llamas de mi vientre se desplazaron hacia el sur, convirtiéndose en un dolor acalorado y palpitante entre mis piernas.

Mirándonos durante dos latidos, había una sola pregunta en su mirada tormentosa. *Permiso.* Una suave inclinación de cabeza y sus labios se apretaron contra los míos, su lengua rozó mi labio inferior. Era como si me estuviera probando. No, más bien saboreándome.

Le rodeé el cuello con los brazos y abrí la boca para acoger su intrusión. Me froté contra su fuerte cuerpo, su dura erección se clavó en mi vientre y su control se quebró.

Su mano me rodeó la nuca, sujetándome el cuello mientras su lengua me devoraba. Su agarre era firme, dejándome completamente a su merced. Los escalofríos me sacudieron hasta lo más profundo de mi ser, la necesidad imperiosa por él no dejaba espacio para nada más.

Todo el tiempo su boca me conquistó. Su lengua. Sus manos. Su olor.

Todo lo demás en este mundo se desvaneció, solo el placer y la anticipación fluían por mis venas.

—Abre las piernas —pidió con voz grave.

Sin pensarlo dos veces, mi cuerpo obedeció de inmediato.

Me levantó la falda y me la ciñó a la cintura mientras me tocaba las bragas. Disfrutando de su toque, cerré los ojos y respiré con dificultad. Dondequiera que tocaba, me marcaba la piel. Cuando sus dedos rozaron mi sexo hinchado, me mordí el labio para evitar que un gemido se escapara.

—Puedo oler tu excitación —gruñó, mientras lo miraba con los ojos entrecerrados y la mente confusa—. Me encanta que estés mojada para mí.

Dejó caricias circulares en mi clítoris palpitante con la yema del dedo índice y luego me introdujo un dedo. Sus ojos no se apartaban de mi cara, se clavaban en los míos mientras se

llevaba el dedo a la boca para probar mis jugos.

Tan sucio, pero tan erótico.

El corazón me martilleaba contra las costillas, pequeñas chispas de fuego se disparaban hacia mi centro y pensé que llegaría al orgasmo allí y en ese segundo. Mis bragas estaban empapadas de necesidad.

—Voy a probar ese coño —murmuró contra mis labios—. Vas a cabalgar mi cara. Y mi verga.

Sujetándome la nuca con una mano, su boca me devoraba, mientras su otra mano se metía bajo mi vestido y me acariciaba la vulva.

Un gemido se deslizó por mis labios y se lo tragó su boca exigente. Lo consumía todo. Justo lo que necesitaba.

En el momento en que sus dedos volvieron a deslizarse dentro de mis bragas y rozaron mi núcleo, un delicioso escalofrío recorrió mi cuerpo y ya estaba perdida. Empecé a mover las caderas contra su mano, incapaz de controlar mi cuerpo ni el ardiente dolor que crecía en mi interior.

—*Ahhh... sí.* —Escuché una voz, y debía de ser la mía. Estaba en el punto de no retorno. Si me daban la opción de volver, no lo haría. No quería volver a mi sano juicio. Disfrutaría cada minuto de esto.

Sus dedos entraban y salían de mí, y mi interior se apretaba con avidez. Los volvió a retirar y en mi garganta se formó un gemido, pero antes de que pudiera emitir otro sonido, volvió a introducirlos.

La sensación era increíble. Mucho mejor que mi vibrador. Mas lo quería dentro de mí. Sus dedos eran duros y despiadados, y tuve la clara sensación de que me follaría fuerte y sin cordura.

Su beso era exigente. Su lengua exploró mi boca, provocándome. Cuando lo rodeé con las piernas, gimió y su boca se dirigió a mi cuello. Mi excitación perfumaba el aire, mezclándose con su colonia limpia y cítrica.

—Vas a suplicarme que te folle hasta dejarte sin sentido, *Genevieve* —murmuró contra mi piel—. Hoy no. Hoy necesito probar tu dulce coño.

¡Santos cielos, qué ardiente!

El sonido más erótico que jamás había oído era el de aquel multimillonario pulcro pronunciando palabras obscenas para mí. Sus dedos frotaban y acariciaban mi sensible clítoris mientras me recorría el cuello con la boca, mordisqueándome y lamiéndome. Empujaba sus dedos más adentro, más fuerte, al ritmo más delicioso, estaba segura de que moriría. Mis inhalaciones y exhalaciones temblorosas, mi corazón atronador, mi piel en llamas. Era lo único que podía sentir en ese momento, mientras mi placer crecía y crecía bajo su tacto experto.

Estaba al límite, mis caderas bombeaban contra su mano, adelante y atrás, su dedo dentro y fuera. Su ritmo perpetuo me enloquecía de necesidad carnal.

Mi respiración se alteró y la ola me golpeó de repente, el choque fue tan violento que me rompí en mil pedazos mientras un caleidoscopio de colores destellaba ante mis ojos. Sonidos que nunca antes había emitido resonaron en la habitación, suaves y carnales.

Tardé unos minutos en bajar de las nubes, mi visión volvía lentamente a la normalidad mientras los temblores recorrían mi cuerpo. Kristoff me sostenía segura y erguida, sus fuertes brazos me daban una extraña sensación de confort.

Miré a través de mis pesados párpados y lo encontré observándome con una expresión ilegible en la cara. Como si estuviera estudiando cada uno de mis gustos, como si le encantara cómo llegaba al orgasmo. Me miraba como ningún otro hombre lo había hecho antes. Fue el

orgasmo más intenso que jamás había experimentado y ni siquiera me había follado.

—¡Aún no hemos terminado! —rugió, con voz ronca. La mirada abrasadora de sus ojos reveló una oscura necesidad primitiva, que desató otra oleada de lujuria.

Antes de que pudiera siquiera procesar lo que estaba ocurriendo, su dedo se deslizó fuera de mí y se arrodilló. Kristoff Baldwin, el poderoso multimillonario, de rodillas frente a mí.

—Quiero probar tu coño, lamerlo hasta que grites mi nombre.

¡Demonios!

Me subió la temperatura. Este hombre sería mi muerte.

Sentí sus labios calientes en el interior de mi muslo. Su lengua lamió la línea de mis bragas y gemí suavemente. Todavía estaba sensible. Era demasiado; no era suficiente. Sus dedos se engancharon en mis tanga y tiraron de ella hacia abajo, exponiéndome a su vista.

Nadie, y quiero decir *nadie*, me había dado sexo oral antes. Tenía treinta y cinco años y nunca había tenido sexo oral, y este hombre me lo estaba haciendo en nuestro primer encuentro sexual. *¡Jesucristo!* Podría enamorarme de él.

Me temblaban las piernas, no obstante, sus manos me sujetaban con firmeza. Sus ásperas palmas sobre mis suaves muslos. Sabía muy bien que, después de tres hijas, mi cuerpo era más blando, más curvilíneo. «*O demasiado delgado*», recordé irónicamente sus palabras.

De cualquier manera, no podía competir con las mujeres que probablemente estaba acostumbrado a tener bajo su toque. Me importaba una mierda. En ese instante, me estaba dando placer y lo poseía. Por este momento fugaz, era solo mío.

Él era mío.

Sentí sus labios calientes en el interior de mi muslo y se me erizó la piel de anticipación.

En cuanto su boca, caliente y húmeda, tocó mi carne más sensible, un violento escalofrío me recorrió.

—Ohhhh —suspiré, mis manos volando a su cabello. Y, oh Dios mío, el sonido que hizo ese hombre. Como si fuera el postre más delicioso que jamás hubiera comido y lo saboreaba hasta saciarse.

Su lengua acarició mi clítoris en círculos perezosos, sus dedos me separaron y penetraron.

—Sabes mejor de lo que jamás hubiera imaginado —confesó en tono áspero contra mi coño, su aliento refrescando mi piel acalorada. Olvídate del clítoris palpitante. Me palpitaba todo el cuerpo, necesitaba más de su boca sobre mí.

Apoyada en la fotocopiadora, me aferré con todas mis fuerzas mientras me chupaba el sensible botón, haciéndome arquearme en su boca, deseando más de él a la par que su lengua me acariciaba con más brutalidad y rapidez. Mis jadeos aumentaron y unos gemidos bajos rompieron el silencio.

—Kristoff, por favor. —Respiré.

Debí de pulsar el botón de inicio porque la máquina se encendió de repente. El sonido era distante, apenas perceptible. Los dos estábamos demasiado excitados para detenernos. Separó más mis muslos, su lengua recorrió mi clítoris, provocándome, mordisqueando y chupando mi tierna carne. Cada músculo de mi cuerpo se estremeció, mis caderas se retorcieron bajo su boca despiadada.

—Kristoff —susurré, lamiéndome los labios mientras me apretaba más contra su boca. Como si lo hubiera entendido, aumentó la succión y su boca no tuvo piedad de mí. Esto podría ser adictivo. La adrenalina. La tensión continuaba, el placer creció y creció hasta que tuve la certeza de que estallaría como un volcán y se convertiría en un calor lánguido, quemándolo todo a su paso.

Empezó a succionar con más fuerza. La presión en mi cuerpo aumentó, los estremecimientos me desgarraban violenta y fuertemente. Como las corrientes de los océanos. Estaba cerca, muy cerca de la cima que había prometido con su hermosa boca.

Sin previo aviso, me llevó al límite y un orgasmo estalló a través de mí, poderoso como un huracán sobre el agua. Me estremecí contra su boca, con los dedos agarrando sus suaves hebras, consumida por un éxtasis extremo. Mientras tanto, en algún lugar de mi mente resonaba el sonido repetitivo del escáner.

Estaba borracha. Tenía que estarlo. Mi cuerpo era una papilla lánguida, flácido y saciado. Todavía de rodillas, lo observaba a través de mis pesados párpados, con la barbilla reluciente por mi excitación y la mirada hambrienta e intensa. Me había dado el mejor placer imaginable en el lapso de... ¿cuánto fue? Diez minutos.

—Dime que quieres esto —exigió con voz ronca. ¿Detecté necesidad en su voz profunda? ¿La sentía tan fuerte como yo? Nunca había anhelado el tacto de alguien con tanta desesperación como necesitaba el suyo en aquel preciso instante—. Dime que quieres mi polla en tu coño, Genevieve.

El calor de su cuerpo encendió mi sangre.

—Sí, por favor. —Exhalé con una voz que no parecía la mía en absoluto.

—¡Dilo! —exigió con voz ronca.

—Quiero tu polla en mi vagina. —Las palabras salieron de mi boca, ansiosas y desesperadas.

Se levantó con la gracia de una pantera, su cuerpo pegado con el mío mientras se inclinaba y me besaba con fuerza en los labios. Separé la boca, dándole la bienvenida. Necesitaba que me consumiera por completo para sobrevivir a esta experiencia.

—Sabes dulce —murmuró contra mis labios, dejándome saborearme en su lengua—. Tan deliciosa. —Tomé su labio inferior entre mis dientes y lo mordisqueé suavemente. Desató algo en mi interior y ya no había vuelta atrás—. Dame toda tu sumisión, Gemma —gruñó contra mi boca, apretando su cuerpo contra mí.

La fotocopiadora siguió funcionando, pero ninguno de los dos le hizo caso.

Apenas podía pensar en medio de la bruma de mi deseo. Mi cuerpo estaba saliendo de los mejores orgasmos que jamás había experimentado, aun así, quería más. Lo quería dentro de mí.

—Dime que me darás tu sumisión completa, Gemma. Lo quiero todo.

«Sí, ¡apúntame!», gritó mi mente al sentir su dura longitud contra mí. Si eso servía de indicación, era enorme.

Había una oscura lujuria acechando en su mirada, haciendo que sus ojos parecieran más de plata fundida que verdes.

—Sí, es tuya —gemí con voz ronca.

—Date la vuelta. Ahora.

Me apresuré a hacer lo que me ordenaba. Algo crudo y primitivo me arañaba por dentro. Los años de sexo insatisfactorio se me echaron encima y este hombre me estaba dando el placer supremo uno tras otro.

—Prepárate.

Mis manos se enroscaron en el borde del escáner. La maldita máquina seguía funcionando, pero no había forma de que me retrasara ni un segundo para apagarla.

El tintineo del cinturón. El sonido de una cremallera. Su miembro caliente en mi entrada. De un potente empujón, estaba dentro de mí, llenándome hasta el fondo. Nada podría haberme preparado para él mientras me penetraba. Profundo y rápido.

—¡Maldición! —rugió al mismo tiempo que yo gritaba su nombre. Era aún más grande de lo

que imaginaba, y seguía sensible por el orgasmo anterior que me había provocado—. Lo siento, hermosa. Estás muy apretada. —Su aliento caliente susurró contra mi oído—. ¿Estás bien?

Asentí, incapaz de hablar, completamente llena. No sabía dónde acababa yo y dónde empezaba él. Las emociones nadaban por mi torrente sanguíneo, embriagándome con algo poderoso.

«*¡Desapego emocional!*», algo gritaba en el fondo de mi mente.

—Esa es mi mujer —elogió—. Puedes tomarlo. Solo agárrate fuerte.

Los latidos salvajes de mi corazón retumbaban en mis oídos, la insinuación de promesas de un viaje salvaje nadando entre nosotros.

Sus manos serpentearon dentro de mi blusa y sus dedos me acariciaron los pezones por encima del sujetador, pellizcándolos con un dolor delicioso. Unas sacudidas de placer bajaron hasta mi sexo y entonces sus caderas empezaron a bombear. Sus potentes y profundas embestidas me hacían rechinar los dientes o me arriesgaba a gritar.

Su mano se posó en mi cadera, manteniéndome firme mientras me penetraba con fuerza. La humedad resbalaba por el interior de mi muslo, estaba mojada por él, dispuesta a recibirlo todo. Cada golpe de sus caderas contra mí sacudía todo mi cuerpo.

Sus dedos se clavaron en mi cadera, manteniéndome firme. Sus gruñidos y mis gemidos se mezclaban con el sonido del escáner. Se retiró casi por completo y mi mano salió disparada detrás de mí.

—¡No pares! —supliqué.

Una risita oscura sonó detrás de mí, con su boca en mi nuca. Me mordisqueó la carne sensible, provocándome deliciosos escalofríos.

—Ni de broma —murmuró—. Tu coño es mío ahora. —Volvió a empujar con fuerza—. Tus gemidos son míos. —*Empuje*—. Mi nombre es el único que saldrá de tus labios cuando llegues al orgasmo. —*Empuje*—. ¿Entendido?

—S-sí. —Demonios, lo llamaría Dios, mientras siguiera dándome esta sensación.

Una descarga eléctrica me recorrió las venas. Al menos así lo sentí. Mi cuerpo ardía, un cosquilleo me recorría la espalda. Su ritmo era duro, exigente, posesivo. Con cada embestida, me penetraba más profundamente, con más fuerza, con más rudeza.

Ya no estábamos en la oficina, sino en algún lugar en una nube, donde solo existía el placer. Su ritmo estaba fuera de control. Los golpes de piel contra piel, nuestros gruñidos y gemidos eran los únicos sonidos que llenaban el aire.

Estaba a su completa merced. Y Dios, ¡sabía lo que hacía! Estaba a punto de alcanzar otro orgasmo y me embriagaba las sensaciones. El escáner rechinaba con cada empujón de su cuerpo contra el mío, mis pensamientos se dispersaban mientras subía más y más alto.

Me agarró el cabello con una mano y me echó la cabeza hacia atrás, obligándome a mirarlo por encima del hombro. Su boca se aferró a la mía, su ritmo rápido. El beso era sucio, caliente y húmedo. Me encantó cada segundo.

A este hombre le gustaba el sexo duro con la cantidad justa de ternura y me estaba ahogando en él. *Nunca* habría pensado que me gustaría de esa manera. O tal vez solo era firme, no lo sabía. Me daba igual. Me encantaba estar bajo su control, dejarlo a cargo de mi placer, porque el hombre cumplía. Oh, sí qué lo hacía.

—Tu coño está tan apretado. —Su voz era áspera—. Estrangulando mi polla—. Comenzó el ascenso gradual. Su ritmo implacable golpeaba repetidamente ese punto dulce, empujándome más y más cerca del límite—. Tan hermosa.

Me agarró por las caderas, me clavó sus dedos en mi piel y me tomó con fuerza mientras

empezaba a bombear dentro de mí, más intenso y más profundo. Los latidos de mi corazón rugían en mis oídos mientras un nudo ardiente en mi vientre se estremecía. Maldición, hasta me temblaban las piernas.

—Déjame sentir cómo tu dulce coño se aprieta alrededor de mi verga —ordenó.

El orgasmo me atravesó como una presa a punto de estallar. Mis paredes se estrecharon y contrajeron en torno a su cuerpo. Apreté los ojos ante su intensidad mientras mi grito perforaba el aire. Mis entrañas se estrecharon en torno a él, un terremoto de máxima magnitud me martilleó de placer.

Un profundo gruñido resonó en el aire mientras me cogía cada vez más fuerte y más rápido, intensificando su ritmo con cada embestida, mientras mi vagina se convulsionaba, apretando su longitud.

Se detuvo con un suspiro y sus movimientos cesaron. Entonces se derramó dentro de mí, el calor de su semilla llenándome.

Nuestras respiraciones agitadas, los latidos desenfrenados del corazón y el sonido de la fotocopiadora llenaban el ambiente, y la niebla de mi cerebro se disipaba poco a poco. No estaba preparada para volver a la realidad, así que mantuve los ojos cerrados un poco más. Sentía mi cuerpo flácido y la mente entumecida por los múltiples orgasmos.

Nuestra química era como un relámpago, crepitaba y chisporroteaba con cada respiración. Hasta ese día, me sentía virgen porque lo que acababa de experimentar no se parecía a nada que hubiera hecho antes.

—¿Estás bien? —Su voz fuerte y profunda penetró a través de mi neblina. ¡El mejor sexo de mi vida! Era el único pensamiento que rondaba mi mente. Había esperado treinta y cinco años y, sin lugar a dudas, era el sexo más increíble que jamás había experimentado. Superaba diez veces las escenas calientes de mis libros. Cien veces.

—Sí. —No podía decirle que estaba delirando por lo que acabábamos de vivir. Ese tipo de intensidad no podía ser normal. ¿Verdad?

Su cuerpo musculoso seguía apretado contra el mío, sus brazos a cada lado de mí, las palmas de las manos apoyadas contra el escáner. Me di cuenta de que seguía encendida, pero estaba demasiado agotada para mover un dedo mientras intentaba calmar mi respiración.

Podría fácilmente volverme adicta a este hombre.

Me apoyé contra su duro cuerpo, hambrienta de ternura después de tanta intensidad. Lo necesitaba como el aire que respiraba.

Su mano me rodeó el antebrazo y me sostuvo. Supuse que creía que había perdido el equilibrio y abrí la boca para pedirle que me sujetara, pero sus palabras me detuvieron en seco.

—Déjame vestirme y te ayudaré a limpiarte. —Toda la pasión y la posesividad se evaporaron de su voz. Era como si el hombre que acababa de follarme se hubiera marchado y en su lugar estuviera un extraño. Mis ojos se clavaron en él, el tono de su voz era peor que una ducha fría.

Lo miré acomodarse la ropa, los rastros de pasión borrados de su expresión. Parpadeé, sin saber si me lo había imaginado. Me rodeó y apagó la fotocopiadora mientras me quedaba boquiabierta.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se arrodilló. Me limpió y agarró mis bragas. Fue a ponérmelas como si fuera una niña. Debía de estar en estado de *shock*, porque levanté un pie, luego el otro, y vi cómo me las colocaba.

¿Qué. Demonios. Estaba. Pasando?

Sus ojos me recorrieron, clínicamente, ya no estaba esa pasión desenfrenada y en su lugar había un frío hombre de negocios. Un dolor punzante me atravesó y algo familiar me oprimió el

pecho. O tal vez desconocido, no estaba segura.

—¿Quieres que te ayude con la blusa? —Ofreció.

Bajé la mirada y la encontré medio desabrochada. Intentó abrochármela, pero fui más rápida.

—No. —Tragué con fuerza, un nudo se formó en mi garganta—. Yo lo hago.

Esto se sentía... tan mal.

Desapego emocional. ¿Era eso lo que quería decir? Bueno, a mí no me funcionó. No era ese tipo de mujer. Me hacía sentir barata y usada. O tal vez él no lo había disfrutado tanto como yo.

La inseguridad se deslizaba por mis venas.

Nunca había hecho algo así. Sería más fácil echarle la culpa a Kristoff, pero sabía que no sería justo. Lo deseaba, fantaseaba con ello. Bueno, lo probé. Ya podía seguir adelante.

Aunque el sexo fue increíble, el efecto posterior no tanto. Era como beber demasiado de un licor afrutado porque sabía muy dulce y bueno. Hasta la mañana siguiente.

Nunca perdí el control como acababa de hacerlo; la intensidad de lo que acabábamos de compartir quedó tatuada para siempre en mi alma. Sin embargo, solo era sexo. Al menos para él. ¿También lo era para mí? No te enamorabas de alguien tan rápido. A pesar de los orgasmos alucinantes. Además, ni siquiera conocía al hombre. No en realidad.

Me concentré en arreglarme la camisa para evitar su mirada. No podía decidir si lamentaba lo que acababa de pasar o no. Toda mujer debería experimentar ese placer. Al menos una vez en la vida.

No pude evitar comparar a Kristoff con Jack. Los dos no se parecían en nada, pero de alguna manera me sentía dolida por la falta de afecto de Kristoff después de haber compartido algo tan íntimo. Aunque ya debería estar acostumbrada. Después de todo, Jack tampoco me abrazaba después de terminar. A diferencia de Kristoff, Jack nunca aseguró mi placer por encima del suyo. Los recuerdos fueron como una ducha fría, y todo mi cuerpo se puso rígido.

«No pienses en eso, Gemma».

Los ojos de Kristoff se clavaron en mí, haciéndome un agujero en el cráneo, pero no pude soportar enfrentarlo.

—Tengo que irme a casa —murmuré, alisándome la falda, aunque estaba perfectamente en su sitio. No quería mirarlo.

—Te acompaño al coche, Gemma. —Ofreció, con voz tranquila, como si no hubiera pasado nada.

Le eché un vistazo bajo mis pestañas. No había rastros del hombre apasionado al que acababa de entregarle mi cuerpo. Solo una cuidadosa expresión enmascarada. Volvía a ser mi jefe, mi empleador.

Y esa era la razón por la que nunca mezclabas negocios y placer. Aunque el placer fuera de otro mundo.

No podía entender cómo podía cambiar tan rápidamente a su modo profesional. Y entendía aún menos por qué me molestaba tanto. Me dolía pensar que lo que acabábamos de compartir no significaba nada para él.

—No. —Mi voz era compuesta y controlada. Fría. Algo se apoderó de mí y amenazó con hacerme llorar. ¿Por qué? No tenía ni maldita idea. Pero ni muerta derramaba una sola lágrima por él. Agarré mi bolso, me puse los zapatos y dejé que me llevara al elevador y bajara al estacionamiento en silencio.

«Soy mejor que esto», pensé. «*Merezco algo mejor. No soy de tipo impulsivo o salvaje*.»

Probé lo salvaje y temerario. Todos deberíamos experimentarlo al menos una vez. Lamentablemente, a partir de ahí, tenía que afrontar las consecuencias de mis actos. «*Recoges lo*

que siembras», podía oír la voz susurrando en mi cabeza.

—Gemma, déjame...

Lo detuve.

—No —repetí con firmeza—. No necesito que me sigas hasta mi coche. No *te* necesito. —Nunca dejaría que otro hombre me controlara, sin importar lo bueno que fuera el sexo. No necesitaba a otro Jack.

—Que tengas un buen fin de semana. —Me despedí, alejándome de él sin mirar atrás, dejando atrás a Kristoff.

Capítulo Dieciséis

Kristoff

Mientras observaba a Gemma, me di cuenta de mi error.

La jodí, en más de un sentido. Prácticamente podía sentir cómo Gemma reconstruía sus muros a cada paso que se alejaba de mí.

Había vuelto al despacho para agarrar un documento de mi caja fuerte. No esperaba que Gemma siguiera allí. Durante unos instantes, me quedé mirándola escanear documentos, tarareando alguna melodía desconocida y contoneando sus suaves caderas. Su cuerpo era atemporal, tenía la forma de un reloj de arena. Cintura pequeña y esbelta. Sus pechos eran para morirse. Ni demasiado pequeños, ni demasiado grandes. El tamaño perfecto para poner mis manos sobre ellos.

Su cabello oscuro caía por su espalda en ondas sueltas y gruesas, y luché contra el impulso de enrollarlo alrededor de mi puño. Su cuerpo seductor me tentaba, pero era demasiado pronto. Necesitaba más tiempo, mas tan pronto sus pequeñas palmas se aferraron a mi camisa y sus ojos lujuriosos se encontraron con mi mirada, estaba perdido. Solo necesitaba su permiso. Cuando me lo dio, la penetré como una bestia hambrienta.

¡Maldición! Era mejor de lo que jamás había imaginado que podría ser. Nadie se había sentido tan bien como esa belleza de melena oscura. ¡Nadie! En cuanto se inclinó hacia mí, tuve la tentación de rodearla con mis brazos.

El desapego emocional era mi cláusula, sin embargo, quería abrazarla y rozar con mi boca su suave piel. Hurgar en su cuello e inhalar su delicioso aroma hasta lo más profundo de mis pulmones.

En vez de eso, me quedé paralizado. Maldición.

Esa mujer me tenía hechizado y ni siquiera lo estaba intentando. Me estaba enamorando de ella y la necesidad de contenerme se disparó. Después de años de follar con innumerables mujeres, había encontrado una que me consumía. Sabía que el sexo con Gemma sería explosivo, pero esto se sentía mucho más.

Desapareció de mi vista y, lamentablemente, mi cerebro volvió a funcionar. No me había puesto protección. Estaba tan inmerso en el momento que ni me pasó por la cabeza. El aire de mis pulmones se convirtió en hielo. ¿En qué demonios estaba pensando?

No lo estaba haciendo. Cuarenta y cinco putos años y actuaba como un adolescente. Me agarré la nuca y la tensión me recorrió las venas.

Me apresuré a volver a mi oficina. La vista de la maldita fotocopiadora hizo que mi polla se tensara, ansioso por probarla de nuevo. Demonios, la follé sin condón.

Recordé sus palabras del restaurante.

Dijo que no podía tener hijos, pero las mujeres tendían a mentir. Mira a mi ex, mintió diciendo que el bebé era mío. Es claro que todos mienten. Encendí la *laptop* y revisé rápidamente su expediente. También incluía el historial médico, aunque cuando lo leí por primera vez, me centré más en sus lesiones.

Ojeé la información y encontré mi confirmación. Su cuello uterino debilitado. Aumentaba el riesgo de abortos espontáneos. Las posibilidades de un embarazo con éxito, una entre mil millones.

Leyéndolo una y otra vez, tamborileé los dedos inquietamente sobre el escritorio. Tenía tres hijas, no querría tener más. El hecho de que no pudiera quedar embarazada debería

tranquilizarme.

¿Entonces por qué diablos me molestaba?

Capítulo Diecisiete

Genevieve

¡Gracias a Dios por las pequeñas bendiciones!

Tenía todo el fin de semana para recomponerme. Dos días deberían bastar para encontrar la manera de asimilar lo sucedido y ocultar todas mis emociones tras una máscara neutra. A Kristoff le llevó un minuto; a mí me llevaría todo el fin de semana. Suponiendo que lo consiguiera.

Si no necesitara tanto el dinero y el trabajo, habría renunciado en el acto. El sábado por la mañana fuimos de excursión a Annapolis Rock, nuestro lugar favorito, y después de varias horas de caminata por los bosques del Appalachian Trail, todas nos sentíamos cansadas, aunque relajadas y felices. Al ver el cabello alborotado de mis hijas, las mejillas sonrosadas y las sonrisas en sus caras, la felicidad me inundó el pecho.

Por capricho, decidí que debíamos comer fuera. Al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que no podía permitirme ese lujo.

—¿Qué tal si celebramos el nuevo trabajo de mamá, y mi primer sueldo en la nueva empresa, almorzando en algún lugar? —expresé en tono entusiasta, apartando de mi mente todos los pensamientos sobre mi jefe.

Chillidos de emoción resonaron en el coche y una fugaz mirada por el retrovisor las mostró a todas sonriendo.

—¡Sí, sí, sí! —exclamaron al mismo tiempo.

—¿Podemos tomar primero el postre? —Saoirse preguntó y no pude evitar reírme.

—Podemos comer primero —repliqué—. Luego un postre si comes bien.

Mi respuesta fue seguida de una pequeña rodada de ojos.

—¿Adónde vamos a ir? —inquirió Sienna, llamando mi atención hacia la mayor.

—Pasemos por D.C. y veamos qué nos llama la atención. Estacionaremos en Georgetown —sugerí, y mientras se decían ideas, conduje por la Ruta 270 hacia D.C. Sienna se tomó unas cuantas *selfies*. Para su Snapchat, me dijo, y tuve que contener la risa.

Treinta minutos más tarde, estábamos paseando por las estrechas calles de Georgetown, buscando el mejor sitio para comer. Hacía una temperatura estupenda y la suave brisa dejaba entrever la llegada del verano. Aún faltaba un mes para que llegara la ola de calor.

La algarabía de la calle ahogaba los ruidos de mis propias hijas. Todas reían y disfrutaban del buen tiempo. El ambiente era relajado, y era uno de esos momentos que quisiera embotellar. *Simple felicidad.*

—¿Qué te parece ahí? —Sienna señaló un pequeño bistró con asientos en el exterior. Como el clima era agradable y todas queríamos seguir disfrutando del aire fresco, me pareció buena idea.

—De acuerdo —acepté—. Saoirse y Sierra. —Me dirigí a mis dos pequeñas—. Elegirán la mejor mesa. ¿Trato hecho?

Ambas asintieron con entusiasmo y Saoirse saltó de emoción. Aquella chica odiaba estar encerrada. Corría a la izquierda, luego a la derecha, charlando en un tono rápido. Solo podía captar una de cada tres palabras, pero Sierra la entendía. Eso era lo único que importaba.

Nos dirigimos al restaurante, parando de vez en cuando para echar un vistazo a los escaparates. La mediana correteaba de un lado a otro, incapaz de estarse quieta, y de vez en cuando casi chocaba con los transeúntes.

—Saoirse, amor, por favor, presta atención por dónde caminas —advertí—. Quédate cerca de mí o de Sienna. —Un tirón en mi manga me hizo bajar la cabeza. Mi hija menor quería mi atención.

Señaló el juguete del escaparate.

—¿Mi juguete?

Sonreí suavemente.

—No, cariño. Pertenece a la tienda.

—¿Compras? —Sus ojos azules brillaban de esperanza.

Odiaba decirles que no, pero lo último que necesitaban era otro juguete. Sí, hacía mucho tiempo que no recibían uno nuevo, sin embargo, tenían la habitación llena de ellos.

—Hoy no —declaré. Frunció el ceño durante una fracción de segundos antes de que otra cosa captara su interés. Sienna la entretuvo haciéndole un video de Snapchat. Con un filtro que parecía un oso con orejas de conejo.

Levanté la vista justo a tiempo para ver cómo Saoirse chocaba contra una anciana elegantemente vestida.

—*Ay*, lo siento mucho. —Me apresuré a disculparme con la señora—. Saoirse, toma la mano de tu hermana y cálmate. —Nunca adivinarías que acabábamos de pasar horas de excursión. La energía salía a borbotones de ella—. Ahora, ¿qué dices?

—Lo sie-ento. —Por alguna razón, siempre dividía la segunda palabra de *lo siento* en dos sílabas. Frunció el ceño al mirar a la mujer, la expresión de la cara de mi hija decía claramente que no lo sentía en absoluto. En cambio, en sus ojos acechaba la impaciencia por encontrar un alma que escuchara todas las palabras que quería decir. Como si conociera a la mujer de toda la vida, Saoirse empezó a conversar con ella—. Vamos a ir a comer.

Sus labios se elevaron en una sonrisa ante el entusiasmo de Saoirse.

—Qué emocionante.

Mi hija asintió con seriedad.

—Lo sé. Vamos a sentarnos afuera. Porque apestamos. —La anciana se rio entre dientes mientras me mortificaba—. Y quiero empezar con el postre. —Bajó la voz mientras le susurraba a la completa desconocida—: Pero mamá dijo que no. No es justo.

De la boca de mi hija salían las más raras ocurrencias. Aunque a la mujer no parecía importarle, sus ojos brillaban de diversión. No podía culparla; la mayoría de la gente encontraba contagioso el entusiasmo de Saoirse y entretenidas sus palabras al azar.

—Gemma —me llamó una voz familiar, y por un segundo me quedé helada, segura de que lo había imaginado. Me giré lentamente en su dirección y me encontré cara a cara con Kristoff. Su imponente figura me obligó a estirar el cuello o simplemente a mirarlo al pecho. La sonrisa de mi rostro se volvió antinatural mientras miraba fijamente sus profundos ojos verdes, incapaz de pronunciar una sola vocal. Las palabras que me susurró el día anterior mientras me follaba volvieron a mi mente y mi respiración se agitó un poco. ¿Cómo podía ser que mi suerte fuera tan mala que tuviera que toparme con *él* de todas las personas de este planeta?

—Hola, soy Saoirse. —Mi hija rompió el incómodo silencio.

Mi mirada bajó hacia ella, mientras sostenía la mano de mi hija menor, y distraídamente advertí en tono suave, como hice un millón de veces antes:

—Saoirse, recuerda lo que dijimos sobre hablar con extraños.

—No es un desconocido —se defendió, agarrándolo de la manga mientras yo interiormente gemía por las libertades que se tomaba mi hija—. Sabe mi nombre. Y sabe tu nombre, mami.

—Eso es porque acabas de decírselo. —Sienna estaba más que feliz de intervenir.

—Vamos, mamá. Tengo hambre.

Observé a Kristoff y no pude evitar admirar su aspecto. No iba muy arreglado, mas le quedaban bien los pantalones negros y la camisa polo blanco. Realmente no quería sentirme tan atraída por él. Incluso después de los tres orgasmos del día anterior, no pude resistir tocarme esa noche, pensando en él. Su exigencia de que susurrara solo su nombre cuando alcanzara el placer.

El calor corría por mis venas y, de repente, el clima era demasiado caluroso y agotador. Contaba con no verlo hasta el lunes; mi estado mental no estaba preparado para manejarlo ese día.

El anhelo en mi pecho era inquietante.

—Hola, señor Baldwin. —Esto era más que incómodo. El día anterior gemí su nombre y en ese instante volví a llamarlo señor Baldwin. No obstante, qué otra cosa se le podía decir a un jefe que te había dado placer con su boca y los mejores orgasmos de tu vida. No uno, sino *tres orgasmos* en menos de una hora.

«Hagámoslo otra vez», me pedía el cuerpo. «*No lo hagamos»*, replicó mi mente. Ese hombre era peligroso y no necesitaba que se repitiera lo ocurrido.

—¿Se conocen? —La señora mayor interrumpió mi monólogo interno.

—Sí, madre. Esta es Genevieve Rose —respondió Kristoff—. Gemma, esta es mi madre, Lena Baldwin.

Le tendí la mano para estrechar la suya.

—Hola, encantada de conocerla. —Me ardían las mejillas. Me aclaré la garganta incómoda —. Trabajo para su hijo.

Tenía que salir de aquí. Forcé una sonrisa mientras cambiaba de un pie a otro, ansiosa por ponerme en marcha. Sí, me acordé de mis chicas. Debían de haberlo heredado de mí. Quería saludarlos y despedirme, y luego seguir nuestro camino. Tal vez almorzar en otra ciudad. Estaba demasiado cerca de este hombre, aunque comiera en la calle enfrente de nosotros.

Su madre me observaba curiosa con sus profundos ojos marrones. Era más o menos de mi altura. Llevaba el cabello gris plateado peinado en un elegante recogido corto. No pude ver ningún parecido de Kristoff en su madre. Era delgada y casi parecía frágil.

De mala gana, recordé lo que había leído en Internet. Su esposo arruinó su patrimonio y provocó un escándalo, persiguiendo a una mujer hasta el punto de acosarla. Esa era la razón por la que no me gustaba investigar a la gente.

—Encantada de conocerte también, querida —agregó con voz suave, observándome con calidez—. ¿Tus hijas? —inquirió.

—Sí —confirmé con orgullo, dirigiendo una mirada hacia ellas—. Sienna es la mayor. —Luego señalé a las dos más jóvenes sonriendo—. A Saoirse ya la conoce, ya que no puede resistirse a decirle su nombre a todo el mundo. Y esta es Sierra, mi pequeña.

Saoirse volvió a tirar del brazo de Kristoff y me tensé. Era demasiado amistosa. Él se arrodilló, poniéndose a la altura de sus ojos, y algo en aquella visión hizo que se me oprimiera el pecho. ¿Por qué? No tenía ni maldita idea.

—¿Sí? —preguntó en voz baja, sonriéndole. Se me quedó la respiración entrecortada. Había algo tan dulce en verlo arrodillado, prestando toda su atención a mi hija de cinco años.

Sin apegos emocionales. Demonios, odiaba esas palabras.

—Mi mami nos va a llevar a comer —murmuró mirando a Kristoff y a su madre—. ¿Quieren venir? Tiene un trabajo nuevo. —Mi Saoirse pensó que eso lo explicaba todo—. También puedes traer a tu mami.

Tuve que tragarme la risa. No podía imaginarme a Kristoff refiriéndose a la señora Baldwin

como mami.

—Gracias por la invitación —pronunció Kristoff, con expresión relajada mientras sus labios se curvaban en una sonrisa divertida—. Es muy amable de tu parte invitarnos.

La madre de Kristoff rio entre dientes.

—Hacía tiempo que no se referían a mí como la mami de Kristoff. —No pude evitar reírme con ella—. ¿Por qué no vienen a comer con nosotros? —sugirió.

—*Ah*, gracias. —Me moví de nuevo, buscando una forma educada de rechazarla—. No queremos importunar.

Saoirse actuó como si no hubiera hablado.

—¿Podemos sentarnos afuera? Fuimos de senderismo. —Ante el asentimiento de Kristoff, continuó—: ¿Y puedo empezar con el postre?

Suspiré. Saoirse podría terminar poniéndome a prueba aún más que mi hija adolescente.

—Muchas gracias, pero no podemos acompañarlos —objeté, suavizando el golpe con una sonrisa cortés—. En realidad almorzaremos algo rápido. Las niñas se cansarán pronto y no quiero que les estropeemos la comida.

Evitando los ojos de Kristoff, tiré suavemente de Saoirse para alejarla de él, pero la niña se negaba a soltarlo, mientras Sierra se aferraba a mí con fuerza. A mi pequeña nunca le gustaron los extraños. Algunos días, prefería aquello que demasiada amabilidad. Saoirse era demasiado extrovertida.

—No seas absurda, querida —insistió la madre de Kristoff. Su sonrisa era acogedora y cálida. Por supuesto, no tenía ni idea de lo que había pasado el día anterior entre su hijo y yo—. Nos encantaría que vinieran con nosotros. Es mi cumpleaños, así que me alegrarías el día. Hace tanto tiempo que no estoy con niños, y tus pequeñas son tan adorables.

—Feliz cumpleaños, señora Baldwin. —Felicité, mirando a Sienna con ligera desesperación. No estaba segura de por qué esperaba ayuda de ella. Lo único que le importaba a la mayor, como a la mayoría de los adolescentes, era su teléfono, los chicos y la comida. Y en ese momento, estaba mirando su móvil mientras todo el mundo a su alrededor dejaba de existir.

—¿Por qué no almuerzas con nosotros? —sugirió Kristoff con su voz profunda, sus ojos penetrándome. El hombre sabía exactamente por qué no quería comer con él. Maldito fuera—. Te estabas preparando para almorzar de todos modos, y nosotros también.

Exhalé pesadamente, arrepintiéndome al instante de mi sugerencia de almorzar en la ciudad. Mas no había forma de convencerme de que me sentara a la mesa con la persona que me hizo gritar su nombre.

Había un límite en lo que podía soportar.

—Lo siento —dije con firmeza—. No podremos acompañarlos.

Luché contra el impulso de inventar una excusa, sin embargo, no les debía ninguna.

Y mucho menos a mi jefe.

—Comprendo. —La señora Baldwin aceptó mi rechazo amablemente. Kristoff, no tanto. Algo brilló en sus ojos y su mandíbula se tensó, reflejando su disgusto con mi decisión.

No podía esperar a tenerlo todo. Si quería desapego emocional, lo conseguiría.

Volví mi atención a su madre y capté su mirada curiosa rebotando entre su hijo y yo.

—Le alegrarías el día a esta anciana si vinieran a celebrar mi cumpleaños a mi casa. —Me miró con un brillo especulativo en los ojos. Olía a problemas—. Es esta noche.

No. No. No.

—¡Sí, sí, sí! —chilló Saoirse encantada antes de que pudiera expresar otro cortés rechazo. Gemí para mis adentros—. ¿Con pastel?

Asintió.

—Y puedes ayudarme a soplar todas las velas. Hay muchas cuando tienes mi edad.

Sierra se unió al entusiasmo.

—Por favor, mami —suplicó Saoirse—. ¿Podemos ir?

—Sí, por favor. —Se unió la señora Baldwin—. Este podría ser mi último.

Oh, no lo hizo. La dulce anciana me estaba manipulando para obtener la respuesta que quería. Y funcionó. Maldita sea.

—De acuerdo —accedí.

Y los planes fueron hechos. Intercambiamos direcciones. Kristoff insistió en recogernos a mí y a mis hijas de camino a casa de su madre, aunque mi casa no estaba ni remotamente en su camino.

Capítulo Dieciocho



Kristoff

Gemma se fue con sus hijas, y me di cuenta de que era la tercera vez en cuestión de una semana que la veía marcharse, sin mirar atrás.

No me gustaba para nada. Especialmente después de lo que pasó entre nosotros.

Luché contra el impulso de acechar a Gemma y cambiar la reservación de mi madre a donde estuvieran comiendo mi nueva asistente y sus hijas. No quería dejarla sola. ¿Tenía sentido? Joder, no, pero no quería que les pasara nada a ella o a sus hijas bajo mi vigilancia.

Apenas había pasado un día, y ya echaba de menos la sensación de su suave cuerpo contra el mío. Sus delicadas manos. La necesidad de tenerla conmigo era inesperada. Y sus hijas. Era fascinante ver cómo interactuaban las cuatro. Gemma era una leona con sus niñas, protectora y firme.

A diferencia de otras madres que conocí. Como mi exesposa.

Mi humor se ensombreció al instante.

—Me agrada —pronunció la suave voz de mi madre y, por una fracción de segundo, pensé que se refería a mi ex—. Y sus niñas son adorables.

Sabía que en cuanto se conocieran, mi madre amaría a Gemma. Nos dirigimos hacia el restaurante donde estaba nuestra reservación. Era nuestra tradición celebrar allí los almuerzos de cumpleaños todos los años desde que era adolescente.

—Es el tipo de mujer que necesitas —añadió mamá y me quedé callado.

No comenté. Dijera lo que dijera, madre evaluaría mis palabras y exigiría respuestas. No importaba que tuviera cuarenta y cinco años, la mantuviera económicamente y fuera uno de los hombres más ricos del planeta.

—Estaría bien tener nietos antes de morir. —Resistí el impulso de burlarme. Mi madre sí que estaba usando su edad ese día. No se me escapó cómo había convencido a Gemma para que aceptara la invitación a su fiesta de cumpleaños. No intervine porque también quería aceptara.

Mi mente regresó al día anterior. Sus gemidos mientras se frotaba contra mí. ¡Jesucristo! Solo de pensarlo se me ponía dura. Su cuerpo se derretía contra el mío, su coño se movía contra mi boca. Y la forma en que se corrió con mi nombre en sus labios. Justo como debería ser.

Había tenido muchas mujeres y siempre las etiquetaba. Superficiales. Caza fortunas. Mentirosas. Escaladoras sociales. Conocedoras de su situación en el mundo.

Mi madre y Kimberly pertenecían a esa última. Gemma no encajaba en ninguna de ellas. En un mundo donde el dinero lo compraba todo, esa mujer se negó a dejarse comprar y a ceder. Aceptó el trabajo por desesperación, o se arriesgaba a enfrentarse a la bancarrota.

«Ah, no te olvides del chantaje», me recordé a mí mismo. El problema era que no podía decir que me arrepentía, porque la había llevado directo a mi despacho.

Podría haber usado fácilmente su cuerpo para sacarme más. Probablemente lo habría pagado hasta saciarme. Sin embargo, la testaruda mujer se negó a rendirse ante esa intensidad entre nuestros cuerpos. El calor que fluía entre nosotros era suficiente para hacer estallar un volcán de proporciones cósmicas.

El día anterior fue solo una probada de cómo podría ser. Me arrepentí de no haberla desnudado y saboreado cada centímetro suyo y luego haberme dado un festín con su coño. Me moría por probarla otra vez. Quería que cabalgara sobre mi verga mientras le metía un dedo en el trasero. Ver sus labios entreabiertos y sus mejillas sonrojadas.

—¿Te gusta, Kristoff? —Mi madre era implacable cuando quería información. Todo el mundo asumía que lo había heredado de mi padre, cuando en realidad lo sacaba de mi madre. Mi padre me dio su apariencia física y su imbecilidad.

En toda su vida, mi madre tuvo una debilidad. Mi padre. Lo dejaba salirse con la suya *en todo*. ¿Por qué? Porque lo amaba. No se lo merecía, demonios, pero aun así lo amó y permaneció a su lado hasta su muerte.

—Yo la contraté, ¿no? —contesté vagamente, dándoles gracias a todos los malditos santos que nos acercábamos al restaurante. Le abrí la puerta y la insté a entrar. Vi lo mal que mi padre trataba a mi madre y juré que se lo compensaría cuando fuera lo bastante mayor.

Mi madre entró, su mirada buscando la mía.

—Tengo muchas ganas de volver a verla y a sus chicas. Por favor, asegúrate de que no cancelen.

Ladeé una ceja ante su insólita petición. Si Gemma cambiaba de opinión, no podía obligarla y un soborno no funcionaría con aquella mujer. Dios sabía que lo había intentado.

—Disfrutemos de tu comida de cumpleaños, madre.

Capítulo Diecinueve



Genevieve

Dos veces en el mismo día. El mismo día que quería evitarlo.

Estaba en mi baño, cepillándome el cabello. Las niñas estaban bañadas y vestidas. Se encontraban listas para la fiesta de cumpleaños de Lena, esperando ansiosas a que mi jefe nos recogiera, ya que había insistido tan amablemente en ello. Y Saoirse aceptó con una amplia sonrisa. Cualquiera diría que se había ganado un boleto para subirse a un juego en la feria.

Mis ojos recorrieron a mis hijas, vestidas con colores coordinados. Su elección, no la mía. El color del día era el rosa. Imagínate, querían parecer gemelas, o trillizas en este caso, aunque no se parecían en nada. Sierra, la más pequeña, tenía unos rizos rubios salvajes y unos ojos azul claro que podían romperte el corazón si decidía llorar para conseguir lo que quería. Sierra tenía tonalidades claras, Saoirse era lo contrario, con su cabello oscuro y unos ojos expresivos aún más oscuros, siempre llenos de chispa y picardía. A menos que hirieran sus sentimientos. Sienna, por su parte, era algo intermedio entre mis dos pequeñas. Tenía el cabello rubio, largo y liso, la piel oliva clara y los ojos almendrados de color miel.

Miré mi reflejo en el espejo y me fijé en mi cara. Mi cabellera oscura estaba más brillante que de costumbre, mi tez sana y sonrosada. Incluso percibía a mi cuerpo más llenito. Como si esos espacios vacíos estuvieran por fin llenos de nuevo, lo que hacía que la ropa me quedara mejor.

Solo tardé una semana en pasar de ser una mujer desesperada a...

¿Qué? No estaba segura. No era exactamente felicidad, pero tampoco tristeza. Y definitivamente no era desesperación. El *spa* fue agradable, a pesar de mis quejas. Me hizo sentir fresca y algo hermosa. Después de todo, Kristoff solo pagaba por lo mejor.

En lugar de ir de rosa, opté por unos pantalones verde bosque que me recordaban a los ojos de mi jefe, un *top* blanco de cuello barco y un par de zapatos de vestir blancos. «*Lejos de las preferencias de vestimenta de Kristoff*», pensé sin motivo. No es que intentara complacerlo. Los fines de semana eran míos; los días laborables, suyos.

Mi teléfono emitió un pitido y lo agarré para ver quién era. Un mensaje. Mi jefe estaba de camino. Tenía la esperanza de que lo cancelara, pero sabía que las posibilidades eran escasas.

—¿Por qué dejé que su madre me hiciera sentir culpable? —refunfuñé. Debería haber sido un *no* rotundo. Pasar una noche cerca de Kristoff no era la decisión más inteligente. Si solo mi cuerpo estuviera de acuerdo.

Todavía lo deseaba. La forma en que sentía sus manos en mi figura, su boca en mi sexo, sus dedos pellizcándome los pezones. Y la manera en que ese hombre besaba. ¡Dios mío! Su boca *me devoraba*.

Un pequeño escalofrío me recorrió la espalda.

Sabía cómo dar placer. Quería más, excepto que el después se sintió mal. Como si fuera una transacción. Tal vez para él lo era, sin embargo, para mí no. Y ahí estaba el problema.

Dejando todos esos pensamientos en suspenso, salí corriendo del baño y bajé las escaleras. Tomé los regalos que habíamos comprado antes para Lena y empecé a envolverlos. Kristoff estaba a diez minutos. No tenía ningún sentido que nos recogiera, ya que estábamos fuera de su camino. Pero insistió. Así que, por lo visto, el hombre pasaba de la casa de su madre para recogernos en Pasadena, MD, volvía y tomaría el mismo camino después de la fiesta.

Kristoff era un hombre obstinado. Aunque aquello lo supe desde que me persiguió con su

contrato. El sujeto era de lo peor, siempre insistiendo en salirse con la suya.

Satisfecha con mi envoltorio, fui a la cocina y empecé a vaciar el lavavajillas, sintiéndome inquieta. Sierra se me acercó e intentó ayudarme, como de costumbre. Después de guardar los cubiertos, la levanté y la puse sobre la encimera, tenía una sonrisa radiante en la cara.

—Gracias por tu ayuda —agradecí frotando mi nariz contra la suya. Sus manos regordetas se acercaron a mis mejillas y las besé—. Te amo, cariño.

—¿También me amas? —Saoirse se coló detrás de mí y la levanté. Mi espalda se quejó, pero la ignoré.

—También te amo, corazón. —Presioné mis labios en su frente—. A las tres. Más que a nada.

—¿Más que al chocolate? —preguntó Saoirse con los ojos muy abiertos.

—Mucho más —les aseguré con voz ronca.

—¿Más que los brillos? —indagó Sierra.

Sonreí. A pesar de su edad, la más pequeña captó mi fascinación por las gemas.

—Sí, mucho más que a las gemas.

—¿Más que el helado? —inquirió Sienna, uniéndose a nosotras en la cocina.

—Más que al helado —respondí—. Más que nada ni nadie.

Un coche se detuvo y, antes de que pudiera pronunciar palabra, Saoirse se bajó del mostrador y corrió hacia la puerta, abriéndola de par en par.

—Saoirse, no puedes abrirle la puerta a cualquiera —recriminé. No le prestó atención a mis palabras, ya había salido por la puerta—. Sienna, por favor, ve detrás de tu hermana —insté mientras bajaba a mi hija menor de la encimera y la ponía de pie.

Antes de que Sienna pudiera salir por la puerta, Kristoff ya estaba entrando en la casa, de la mano de Saoirse. Por un momento, no pude apartar mis ojos de ellos. Había algo inquietante en verlos entrar juntos en la casa. Hizo que se me oprimiera el pecho casi dolorosamente.

—Hola —saludó Sienna malhumorada, y luego se encaró con su hermana—. Saoirse, deja de salir corriendo sin permiso.

Saoirse inclinó la barbilla en señal de desafío, con audacia en sus ojos oscuros.

—Tú no me mandas —reviró con una mirada fulminante.

—Alguien va a llevarte. —Sienna se dirigió de nuevo a ella.

—Deténganse, ahora mismo —advertí en tono exasperado. Kristoff se arrodilló mientras Saoirse le tiraba de la manga. Se inclinó más cerca y le susurró algo al oído, lo que lo hizo reír. Le devolvió el susurro, y lo que fuera que dijera puso una gran sonrisa en la cara de Saoirse.

Mi hija menor añadió con una reacción retardada:

—*Ara*, Sienna. —Su *p* de *para* en silencio.

—Hola, Kristoff —saludé—. Deja que agarre los asientos para coche del garaje y estaremos listas.

—No hay prisa. —Sierra lo saludó con la mano y él se acercó a nosotras. Ella dio dos pasos hacia él y le hizo la señal con el pulgar hacia arriba. Kristoff se agachó y presionó su pulgar contra el de ella—. Hola, cariño.

Otra opresión en el pecho y aspiré un aliento estremecido. Ver cómo se desarrollaba esa escena me golpeó en el alma. Sierra solo le ofrecía esa señal de saludo a la gente que le agradaba. Y él le seguía el juego. Algunos la miraban raro, pero Kristoff no. Dios, parecía ser bueno en todo.

Excepto en el apego emocional.

—¡Yo también! ¡Yo también! —exclamó Saoirse, deseosa de participar en el intercambio. Lo

siguiente que supe es que todos estaban haciendo la señal. Podría grabar ese momento y reproducirlo una y otra vez, haciendo que se me hinchara el pecho.

¿Estaba este hombre intentando que me enamorara perdidamente de él?

—Sienna, por favor, ven a ayudarme con la silla de coche de Saoirse —le pedí—. Traeré el asiento de coche de Sierra.

Tomamos el pasillo de la cocina y salimos al garaje. En lugar de agarrar las sillitas de mi coche, tomé las de repuesto. Se utilizaban en las raras ocasiones en que Jack las llevaba en su vehículo. Sienna ya tenía la silla de coche y se marchó, mientras me estiraba hasta el estante más alto, luchando por bajar el asiento del coche.

Un par de manos se acercaron a mi cintura, sobresaltándome. Sabía quién era, solo el tacto de un hombre me había abrasado la piel de esa manera. Sin embargo, como para asegurarme de que mi mente no me estaba jugando una mala pasada, miré por encima del hombro y me encontré con los ojos de Kristoff clavados en mi trasero.

—Déjame ayudar. —Ofreció, nuestras miradas se conectaron—. Será más fácil si lo hago yo.

Mi atención se desvió detrás de él para confirmar que el garaje estaba vacío. Las chicas seguían dentro.

—¿Seguro que no quieres que me quede así? —Intenté un tono sarcástico, aunque sospeché que había fallado. Mi corazón tronó y mi voz salió un poco ronca—. ¿Para qué te quedes mirándome el trasero?

Una sonrisa de chico malo curvó los bordes de sus labios y algo inquietantemente caliente y oscuro brilló en sus ojos. Me dio una palmada en el trasero y, para mi mortificación, algo caliente se apoderó de mí y la humedad se acumuló entre mis muslos.

Jadeé, con los ojos muy abiertos. Debería mirarlo de forma indignada y darle una bofetada. Sin embargo, estaba demasiado ocupada evaluando mi reacción a su nalgada.

—Es un culo muy bonito —elogió, un atisbo de humor brilló en sus ojos y al instante un rubor me subió por el cuello hasta las mejillas. Jesucristo, actuaba como una adolescente enloquecida. No como una mujer adulta—. Vamos, hermosa —habló con voz ronca, y algo en mi pecho se agitó de satisfacción por su cariñoso gesto. Nunca nadie me había llamado hermosa —. Deja que te ayude. Me gusta mirarte el trasero, pero no me gusta verte batallar.

Un sentimiento largamente olvidado revoloteó en mi pecho. ¿Por qué no pudo haberme dicho algo así, algo dulce y suave, el día anterior? En lugar de eso, se cerró después de algo tan intenso y me dejó preguntándome qué había pasado. Cuando se comportaba de esa manera, era tan fácil enamorarme de él.

Me aparté, chocando con su duro cuerpo.

—Gracias —murmuré. Ningún hombre me había afectado de esa forma. Era seductor, arrogante y tentador, todo en uno. Debería mantener la distancia, atrincherar mi corazón. Sin embargo, cada vez que respiraba a su alrededor, mis muros se astillaban. Lento pero seguro.

Las imágenes de lo que pasó entre nosotros flotaban en el aire. El dolor familiar comenzó entre mis piernas, a la par que me miraba con ojos llenos de promesas perversas.

Sacudió ligeramente la cabeza mientras levantaba el asiento del coche y luego lo cargó sin esfuerzo. Me apresuré hacia la puerta que nos conducía de nuevo a la casa.

Dios, hasta su espalda era magnífica. Podía ver débilmente el contorno de sus músculos a través de su impecable camisa blanca de cuello. El día anterior, perdí la cabeza y todos mis sentidos. Apenas lo toqué. Pero en ese instante, cuando mis ojos bajaron más allá de su cintura, me empapé de la visión del trasero más magnífico bajo aquellos pantalones perfectamente confeccionados. Dios, su trasero estaría aún mejor en *jeans*.

Lo seguí hasta su Land Rover, observándole el trasero como una mujer hambrienta. No había una sola parte suya que no me pareciera atractiva. No era justo estar bendecido con tantos atributos. No debería quererlo. Debería ser lo último que deseara en este mundo. Sin embargo, allí estaba, deseándolo. Anhelándolo.

Excepto por su desapego emocional. Eso no me gustaba para nada.

Como si percibiera mis ojos en sus nalgas se giró lentamente y nuestras miradas se conectaron.

—Gemma —pronunció, con una ceja arqueada—. ¿Todo bien?

Este hombre tenía la capacidad de convertir mis rodillas en líquido. Sin embargo, me sentí orgullosa de mí misma mientras le ofrecía una sonrisa lentamente.

—¿Qué? —Intenté sonar indiferente—. Me miraste el mío. Creo que es justo que te devuelva el favor.

Una pizca de humor brilló en sus esmeraldas, provocando otra oleada de calor en mí. Sus labios se curvaron en la sonrisa más devastadora y mis ojos se clavaron en ellos. Dios mío, las cosas que podían hacer esos labios. Nunca había sentido un orgasmo tan estremecedor en toda mi vida. Cada parte en mí era consciente de él. Y me refiero a *cada* parte.

—No me importa que mires —musitó—. O que me toques.

Me estaba viniendo abajo, justo en la entrada de mi casa, con mis hijas en la cocina. *Jesucristo, ¡tenía que enfocarme!*

—¿Seguro que quieres poner estas sillitas en tu coche? —pregunté, concentrándome en la situación. Sería una mujer responsable—. Pueden dejar una marca en el asiento —le expliqué.

—Estoy seguro, Gemma. —Sonó como si mi preocupación fuera ridícula antes de añadir—: Es solo un automóvil. Si significa la seguridad de tus hijas y la tuya, arrancaré los asientos del Rover.

Me quedé sin palabras, mirando fijamente a aquel hombre enigmático mientras toda su atención se centraba en asegurar el asiento de las niñas contra el cuero. Observé cómo sus músculos se tensaban, se flexionaban, y mi corazón simplemente se estremeció en mi pecho. Se me formó un pequeño nudo en la garganta, el recuerdo de Jack y yo discutiendo sobre las sillitas de coche en su camioneta. No quería que estuvieran adentro, alegando que le estropeaban sus asientos.

Sin embargo, este tipo, un completo desconocido... Maldita sea, ni siquiera podía pensar en ello. De lo contrario, me pondría a llorar y este hombre no quería emociones. Prefería el desapego emocional.

Observando su trabajo de instalación y aparentemente satisfecho, Kristoff alcanzó junto a su Rover el lugar donde Sienna había dejado la silla elevadora junto a su coche y la tomó.

Las niñas salieron de la casa con una amplia sonrisa en la cara. En la bahía soplaba una brisa cálida, y los sonidos relajantes de las olas se mezclaban con las risas alegres de mis hijas. En algún lugar a lo lejos, alguien estaba talando un árbol, el zumbido de la motosierra recorría el aire, y Kristoff luchaba con los asientos de los coches en mi entrada. De alguna manera, toda la escena me golpeó justo en el pecho.

Un gesto tan simple despertó emociones. Me hizo anhelar algo que había enterrado en lo más profundo de mí hacía mucho tiempo. El deseo de tener un esposo cariñoso y una familia feliz. Algo así como lo que tuvieron mis padres. Ni siquiera podía recordar la última vez que Jack, las niñas y yo asistimos a un evento juntos como familia antes de que muriera. De hecho, Jack apenas había pasado tiempo con las niñas antes de su accidente.

El sonido de unas carcajadas devolvieron mi atención a ese momento, buscando a mis hijas.

Mis labios se curvaron en una sonrisa, viendo a Sienna perseguir a sus hermanas, fingiendo que se las comería. Jack se lo perdía todo voluntariamente, incluso antes de morir. Saoirse y Sierra apenas hablaban de su padre. Su muerte fue más dura para Sienna, que aún recordaba algunos de los primeros años, cuando nuestro matrimonio era decente.

—¿Esta es tu casa? —Kristoff preguntó de la nada.

—Bueno, no viviría aquí si no fuera así —comenté, alejando mis pensamientos.

—Estoy un poco sorprendido.

—¿Sobre qué? —reviré.

—Es una casa preciosa —reconoció—. ¿A qué se dedicaba tu esposo?

Puse los ojos en blanco.

—Eso ya lo sabes —dije secamente, recordando su investigación de mis antecedentes—. ¿A menos que estes sugiriendo otra cosa?

Se encogió de hombros y se enderezó hasta alcanzar toda su estatura. Era demasiado alto para mi pequeño tamaño. Incliné el cuello y me encontré de frente con su mirada penetrante.

—Supuse que la había comprado para ti —afirmó con indiferencia. Dios mío, ¿estaba intentando molestarme a propósito?

—Vaya, Kristoff. Esto es un poco degradante. No estoy segura de apreciar ese tipo de conclusión de tu parte —solté sarcásticamente—. Un comentario machista.

—No quise insinuar nada con eso —aseguró con calma, lanzándome una mirada pícara—. La casa es preciosa, y la vista frente a la costa debe ser espectacular.

No dijo nada más y el silencio se prolongó. Tenía la sensación de que me incitaba a ello a propósito.

—Bueno, siento decepcionarte y tener una casa bonita —expresé, con años de rabia hirviendo. Siempre era lo mismo, los desconocidos asumían que era Jack quien había comprado la casa. Que fue mi esposo quien hizo que todo lo posible para que sucediera—. La próxima vez me aseguraré de tener una casucha. —Me miró un poco confundido. ¿O divertido? No estaba segura—. Y para tu información, compré la casa con mi propio dinero. Trabajé duro por ella. Creía que tu investigación de antecedentes era detallada. Deberías exigir un reembolso. Y quizá la próxima vez, deberías hacer que se centraran más en dónde viven tus administradores que en cuántas citas han tenido.

Extendió la mano y me la puso suavemente en el brazo.

—Sé que compraste la casa —aclaró, con una sonrisa pícara, mientras su gran mano me quemaba la piel de la mejor manera posible—. Quería escucharte decirlo. —Mis cejas se fruncieron de confusión—. Eres una mujer increíble y deberías estar orgullosa. —¿Qué le pasaba a este hombre? Me confundía, me ponía nerviosa y revolvía mis pensamientos. Una sonrisa ligeramente sardónica se dibujó en la comisura de sus labios, como si supiera exactamente lo que me estaba haciendo—. En cuanto a las asistentes administrativas, no hará falta la próxima vez porque ya tengo la mía.

En sus ojos había un brillo ligeramente inquietante y el fuego que ardía en ellos amenazaba con tragarme entera. Sin embargo, como una polilla atraída por la llama, no pude apartar la vista.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—No te entiendo —murmuré.

Mis ojos se desviaron hacia mis hijas mientras correteaban por el patio, ajenas a la montaña rusa de emociones a la que me estaba llevando este hombre.

—Creí que había explicado claramente mis intenciones —dijo, con voz tranquila y mesurada —. Te deseo, Gemma. De cualquier manera que pueda tenerte. Y lo de ayer fue solo la punta del

iceberg. —Todos los pensamientos desaparecieron de mi cerebro, mis ojos se clavaron en él mientras toda mi compostura se quebraba ante su abierta admisión.

Quería negárselo, decirle que no volvería a pasar. Decirle que no quería que me tuviera. Pero no era verdad. ¿Aquello me convertía en una mujer débil? Por supuesto que sí. *«Tal vez había una manera de llegar a un acuerdo mutuo»*, pensé con esperanza. Sabía que aceptar sus condiciones y no obtener la parte emocional que necesitaba tras años de abandono me destruiría, y no podía permitirlo.

—Probablemente deberíamos irnos —añadió antes de que yo encontrara las palabras para explicárselo. Asentí con la cabeza y me giré hacia mis hijas, que estaban peligrosamente cerca del arenero, listas para ensuciarse las manos y los pies.

—Chicas, vamos, estamos listos para irnos. —Mi voz se extendió por nuestro patio, y le di a Kristoff una mirada fugaz—. Dame un segundo; iré por los regalos y cerraré la casa.

Entré corriendo, agarré las cajas envueltas, cerré la puerta y volví al vehículo de Kristoff justo cuando abrochaba a Saoirse en su asiento y subía a Sierra a su costoso Land Rover. Me acerqué detrás de él, viéndolo batallar con los cinturones de seguridad infantiles para Sierra.

—¿Quién ha inventado este enredo? —refunfuñó—. Podría ganar otros mil millones inventando una versión simplificada de este asiento de coche.

Sierra se rio como si lo entendiera, parloteando en su lenguaje infantil y con los ojos puestos en mi jefe, brillando de placer. Como si la entendiera, asintió con la cabeza.

—Parece un trato, pequeña. Serás mi experta en la materia.

—Yo también —anunció Saoirse—. También soy ee-experta.

Kristoff la miró divertido.

—Por supuesto. Puedes ser mi control de calidad.

—*Ohhh.* —Saoirse parecía impresionada con una amplia sonrisa dibujándose en su rostro.

Me reí entre dientes al escuchar su conversación y puse la mano en el hombro de Kristoff.

—Permíteme —sugerí en voz baja. Había algo en su interacción con mis hijas que me afectaba profundamente y no quería evaluarlo—. ¿Quién hubiera pensado que el brillante Kristoff Baldwin no podría abrochar a una niña en una simple silla de coche? —me burlé de él, mientras en mi pecho el corazón martilleaba desbocado. Antes de conocer a este hombre, no había sentido tantas emociones en tanto tiempo, y en ese momento... estaba sintiendo demasiado.

Me dedicó una sonrisa burlona y me reí más fuerte mientras me inclinaba más hacia Sierra.

—Me alegro de que al menos haya una cosa que no sepas hacer bien —reflexioné.

Le eché un vistazo por encima del hombro y capté su mirada decidida. Me dejó el espacio justo, sin apartarse y observando mis movimientos mientras la abrochaba. Como si estuviera absorbiendo instrucciones paso a paso para saber cómo hacerlo la próxima vez. Y de alguna manera supe que este hombre aprendía rápido.

Me tensé, el cuerpo de Kristoff rozándome.

—¿Está Saoirse abrochada? —Curioseé.

Sus ojos vieron a mi hija mediana, que sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué te parece, Saoirse? ¿Hice un buen trabajo con tu cinturón de seguridad?

Le respondió, con una expresión seria en el rostro:

—Sí, lo hiciste. Solo que mami lo hace mejor.

Mi hija mayor, Kristoff, y yo nos echamos a reír. Saoirse sabía dónde estaban sus lealtades.

—Tienes razón —concertó, el humor coloreando su voz—. Tu madre sabe lo que hace.

Sonriendo, dimos un paso atrás y Kristoff cerró la puerta, luego me abrió la del asiento del copiloto y esperó a que me deslizara en el asiento antes de cerrarla y rodear su vehículo para

subir al asiento del conductor.

«Esta noche empezó bastante bien», pensé.

—Bonito coche —mencionó Sienna—. Mamá siempre decía que si se ganaba la lotería, se compraría una Land Rover. Papá no la dejaba comprarse una.

Sin querer, hice una mueca de dolor, deseando que no hubiera dicho eso. Jack estaba en contra de que me comprara un vehículo bonito, lo llamaba un vehículo de madre esnob que se quedaba en casa. No estaba de acuerdo, pero no parecía una batalla que valiera la pena. Sin embargo, su hipocresía no se me escapaba. No le importaba gastarse cien mil en una camioneta para él. «*En la que se follaba a sus barbies*», pensé amargamente.

«Todo había quedado en el pasado», me dije. No valía la pena arruinar mi presente por esos recuerdos.

—¿Juegas a la lotería? —inquirió Kristoff, enarcando una ceja. Me sacudí los pensamientos del pasado que solían perseguirme. No me llevaban a ninguna parte más que a la amargura—. No me pareces del tipo que juega.

Suspiré y lo miré de reojo. De algún modo, a pesar de sus problemas de desapego emocional, me parecía mejor hombre que mi difunto marido. Antes de que pudiera contestar, Sienna respondió en mi lugar.

—No, muy rara vez compra un boleto. Cree que ganará por arte de magia. —Sí, aparentemente mi adolescente perfeccionó el sarcasmo en algún punto del camino.

Arrancó el vehículo, salimos y dejamos mi casa detrás de nosotros.

Capítulo Veinte



Genevieve

Las chicas charlaban entre ellas, jugando a juegos de palabras, rimándolas, mientras Sienna hacía varias cosas a la vez en su teléfono. Parecía peligrosamente a un salida familiar.

No me gustaba.

Me encantaba. No debería. Era mi jefe, y todavía así, me imaginaba cosas que no debería.

—¿Pasa algo? —La voz de Kristoff me sacó de mis pensamientos.

—No, la verdad no —musité. No era como si pudiera admitir mis pensamientos ante él.

—Si dices que *no* una vez más, podría creerte aún mucho menos. —Kristoff tenía razón.

Me alisé los pantalones y puse las manos sobre el regazo.

—Solo un poco raro —declaré, mirando hacia atrás para asegurarme de que mis hijas no estuvieran escuchando—. Ir a la fiesta de cumpleaños de la madre de mi jefe.

—No pienses en mí como tu jefe este fin de semana —contestó, con voz grave y sin apartar los ojos de la carretera. Se comportaba como si ya hubiéramos hecho esto antes y fuera un acontecimiento más—. Tú y tus chicas le agradaron a mi madre. Mucho. Por lo general, no se lleva tan bien con la gente como contigo.

«¿En cuestión de unos minutos?», quería preguntar, pero no había necesidad de ser grosera. Especialmente delante de mis hijas.

—Bueno, también ella es agradable —elogié—. No te pareces a ella.

Su profunda risa llenó el coche.

—No sé por qué tengo la sensación de que hay una parte de esa frase que has dejado sin decir y no pretende ser un cumplido para mí.

—Probablemente porque eres demasiado listo para tu propio bien —repliqué sin poder evitarlo y le dediqué una gran sonrisa inocente. Me dijo que no pensara en él como mi jefe este fin de semana, así que lo aprovecharía. Él abrió esa puerta, así que no tenía a nadie a quien culpar más que a sí mismo.

Tal vez me daría la oportunidad de entenderlo mejor.

—Mamá —intervino Sienna, inclinándose hacia delante y procediendo a mostrarme algunas imágenes en su teléfono—. Mira, todas mis amigas se están disfrazando y van a una fiesta.

Su tono era casi quejumbroso.

Eché un vistazo a su móvil y luego me encontré con los ojos de mi hija.

—Nosotras también vamos a una fiesta. —Sonreí amablemente—. Podríamos habernos quedado viendo *The Hobbit*.

A Sienna no le hizo ninguna gracia y al instante puso los ojos en blanco.

—Te lo juro, mamá —refunfuñó—. A veces actúas como si fueras una anciana.

—Bueno, gracias —pronuncié—. Creo que me lo tomaré como un cumplido.

La observé mientras volvía a reclinarse en su asiento con cara de enfado. Antes de que pudiera decir una palabra, se cruzó de brazos, giró la cabeza y miró obstinadamente por la ventana.

Le ofrecí una sonrisa de disculpa a Kristoff. No fue hasta que Sienna alcanzó la pubertad cuando que pude entender las quejas de otros padres sobre las dificultades de sus hijos adolescentes. Por fin lo entendí, muy a mi pesar. Sienna tenía una extraña forma de poner a prueba mi paciencia con una sola palabra o una mirada fugaz.

Durante el resto del trayecto, Kristoff y las pequeñas fueron los que más hablaron,

parloteando tonterías. Me di cuenta de su facilidad con los niños y me pregunté por qué no tenía hijos. A su edad, uno supondría que estaría casado y tendría al menos uno. Sí, su ex le hizo daño, pero eso no debería haberle impedido seguir adelante.

A menos... a menos que realmente la amara. Una oleada de algo desagradable se deslizó por mis venas. *Envidia.*

No me gustó. Dios mío. No solo me atraía, sino que estaba celosa de su exmujer. Gemí, preguntándome cómo podía ser tan estúpida. Y a mi edad. Por el amor de Dios.

Los ojos de Kristoff parpadearon en mi dirección, antes de volver a la carretera.

—¿Qué fue eso?

Suspiré. No era como si pudiera decírselo. Esa estúpida envidia era ilógica.

—Nada, solo recordé algo.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad.

Hice un gesto con la mano, indicando que no era importante. Por suerte, llegamos a nuestro destino y lo dejó ir.

Al entrar en una comunidad cerrada, en algún lugar de Bethesda, el guardia abrió la verja antes incluso de que Kristoff se detuviera, por lo que condujo lentamente a través de ella. En el momento en que cruzamos el portón, fue como entrar en un mundo diferente. Un mundo para ricos y famosos.

Hermosas propiedades, hectáreas de terreno entre cada propiedad. Exquisitas mansiones, cada una más bella que la anterior. Céspedes cuidados, jardines en formas perfectas. Nunca atraparías a esos propietarios cortando la hierba. Sus Céspedes estaban perfectamente formados, incluso las iniciales talladas en algunos. No podía ni imaginarme el precio de esas casas.

En el lado opuesto de la comunidad se encontraba la propiedad más grande, con una enorme y hermosa casa de estilo plantación sureña, e incluso mientras Kristoff conducía por el camino de entrada privado, la vista del río Patapsco se extendía en la parte trasera de la misma. Si no lo supiera, habría jurado que esa casa era de *Gone with the Wind*. En cualquier momento, una mujer o un hombre con un vestido ridículamente grande y colorido saldrían de la casa.

Kristoff se detuvo delante y estacionó el coche. Salimos del auto y, sin mediar palabra, él abrió la puerta trasera, dejó salir a Sienna y luego ayudó a Saoirse a desabrocharse el cinturón.

«Otra diferencia», pensé. Jack simplemente se alejaba, dejándome a mí manejar a las chicas. Dios, lo dejé salirse con la suya demasiado.

Desabroché la sillita de Sierra y la saqué de ella, justo a tiempo de que Kristoff diera la vuelta con la mano de Saoirse en la suya y Sienna a su otro lado. Mientras subíamos por la gran escalera, no pude evitar sentirme como una familia.

Una semana. Múltiples orgasmos. Y estaba embelesada. Que Dios me ayudara.

—Es una casa preciosa —halagué, dirigiéndole a Kristoff una mirada divertida—. ¿Tuya?

—Muy graciosa —respondió secamente.

—Me lo imaginaba. —Me encogí de hombros, enarcando una ceja, pero no pude evitar que se me dibujara una sonrisa.

—¿Puedo tocar el timbre? —preguntó entusiasmada Saoirse. Nuestro timbre había sido desinstalado después de que ella y su hermana lo pulsaran repetidamente para oír sonar la *Sinfonía 3 Eroica* de Beethoven. Incluso la puse en el estéreo, no obstante, al parecer no era tan buena como el timbre. Así que la quitamos. Una madre no podía soportar tanto dolor de cabeza. Le eché la culpa a una batería agotada.

—Adelante, princesa. —Kristoff la levantó para que pudiera alcanzarlo.

En cuanto pulsó el botón, sonó la música y, sorpresa, sorpresa... era Beethoven. Me

estremecí, las chicas sonrieron como si acabaran de recibir el mejor regalo de la historia. Negué con la cabeza, sonriendo mientras Kristoff las miraba divertido y curioso.

—Les gustan los timbres —expliqué, poniendo los ojos en blanco—. El nuestro... *umm,* murió —murmuré.

—Mami dijo que habíamos apretado demasiado el botón —se quejó Saoirse.

La comprensión cruzó la expresión de Kristoff.

—Ya veo. Cuando vengas, puedes pulsar el timbre. —Ofreció.

Saoirse y Sierra compartieron una mirada, mientras Sienna negaba con la cabeza. Antes de que pudiera decir una palabra más, un caballero mayor abrió la puerta. *Un mayordomo,* me di cuenta. *Jesucristo, ¿hoy en día la gente tenía mayordomos?*

—Bienvenidos —nos saludó con una sonrisa, abriendo la puerta de par en par para darnos la bienvenida.

—Hola —respondimos las chicas y yo.

A continuación se dirigió a Kristoff.

—Su madre y el resto de la fiesta están en el patio trasero.

—Gracias, Thomas.

Caminamos por el amplio vestíbulo, con el suelo de mármol resplandeciente bajo nuestros pies. Agarré a Sierra de la mano, preocupada por si tropezábamos con algo frágil y lo rompíamos. De vez en cuando alargaba sus manos regordetas, como si quisiera rozar con los dedos los objetos de lujo. Para dejar su huella.

—¿Mío? —Curioseó y negué con la cabeza. Por supuesto, solo le gustaban las cosas brillantes.

Aparte de algunos objetos radiantes, mis hijas no estaban impresionadas con la casa. Yo, en cambio, rezaba por llegar al patio trasero antes de que rompieran algo. Miré a mis otras hijas y vi las manos de Saoirse recorriendo la superficie de las mesas auxiliares. Y Kristoff se lo permitió, como si fuera lo más normal del mundo.

—Saoirse. —Empecé suavemente—. Por favor, no toques nada. —Incluso con el sueldo que me pagaba Kristoff, tenía la sospecha de que no podría reponer nada de lo que destrozara. Saoirse agarró rápidamente la mano de Kristoff, como si supiera que él la dejaría hacer lo que quisiera. Me mordí la lengua, luchando contra el impulso de decirle a mi hija que le soltara la mano y tomara la de su hermana mayor en su lugar.

Mi hija mayor caminaba a mi izquierda, con el teléfono olvidado y los ojos mirando de derecha e izquierda, ligeramente asombrada ante la gran casa. No todos los días se veía algo así. A nuestra izquierda, vislumbré una gran sala con retratos, mientras que a mi derecha se abría un gran salón vacío con un gran candelabro.

«¿Un salón de baile?», me pregunté, consternada. O tal vez impresionada.

Antes de que pudiera siquiera reflexionar sobre cómo preguntar cortésmente, llegamos a la terraza de gran tamaño con un enorme patio trasero lleno de gente, con vistas al precioso río Patapsco.

La *pequeña* fiesta de cumpleaños de Lena en el jardín no era *tan* pequeña. Había unas treinta personas deambulando por allí, algunas de pie, en grupos, hablando y riendo. No me importaban las multitudes, pero la compañía de un grupo de gente que no conocía no era algo que me gustara especialmente. Mis hombros se tensaron ligeramente, sin saber muy bien qué esperar.

—Kristoff. —Al instante, Kristoff y yo giramos la cabeza en dirección a la voz. Un hombre mayor se dirigía hacia nosotros con expresión alegre, una amplia sonrisa y Lena del brazo.

Intenté recordar si había dicho que estaba casada y fracasé.

—Hola, Albert. —Kristoff le devolvió la sonrisa. Los dos hombres se estrecharon la mano y le besó la mejilla a su madre a modo de saludo. De nuevo, mi mente saltó a hacer comparaciones. Jack apenas reconocía a su madre cuando la saludaba, y mucho menos de besarle la mejilla o darle abrazos cariñosos.

—¿Esta es tu familia? —cuestionó Albert, observándonos con curiosidad. Definitivamente *no* era su padre.

—Hola, soy Saoirse —interrumpió mi pequeña, sin soltar la mano de Kristoff.

—Gemma, estoy tan contenta de que hayas venido —dijo Lena mientras me daba un beso en la mejilla—. Estaba tan preocupada de que cancelaras en el último minuto.

Sorprendida por un saludo tan familiar, intenté que no se notara.

—Hola, Lena. —Sonreí, sin molestarme en negarlo ya que era exactamente lo que quería hacer—. Feliz cumpleaños. —Le entregué los regalos envueltos—. Son solo unas cositas que compramos.

Por la forma en que le brillaban los ojos, cualquiera diría que le había regalado diamantes, y no pude evitar sonreír ante su entusiasmo. Era contagioso. A diferencia del aspecto reservado de su hijo, Lena parecía cálida y acogedora. Me hizo preguntarme en qué momento Kristoff se volvió tan distante.

—*Ah*, cariño, ya estoy grande para regalos. Solo hago una fiesta porque es una buena excusa para ver a todos mis amigos.

—Es un excelente motivo para una fiesta —asentí.

—Veo que nadie va a presentarme a esta preciosa joven —se quejó Albert—. Así que lo haré yo mismo. —Antes de que pudiera decir algo más, se acercó y me tomó la mano—. Hola, querida. Soy Albert, un viejo amigo de Lena desde hace mucho, *mucho* tiempo. ¿Eres la que conquistó el corazón de Kristoff? Tengo que decir que cuando te vi entrar, fue como una visión de una familia perfecta sacada de una revista.

De acuerdo, el hombre era directo. Sin rodeos. Podía imaginar los gritos ahogados de todo el mundo si supieran las condiciones de mi empleo. El contrato no estaba firmado, pero eso no me impidió acostarme con mi jefe. Excepto que ninguno de los dos dormimos. Dios mío, me ardían las mejillas.

—Hola, Albert —repliqué, aclarándome la garganta. Mis pensamientos internos serían mi muerte—. Acabamos de conocernos. En realidad soy la asistente administrativa de Kristoff. Estas son mis hijas... Sienna, Saoirse y Sierra. —Hice un gesto en sus direcciones mientras las presentaba.

Un latido de silencio. Los ojos de Albert se desviaron hacia Kristoff, luego volvieron a mí y aplaudió, exclamando:

—Eso es aún mejor. Puedo robarte solo para mí. —*Umm, de acuerdo.* Suponía que tenía algunos enamorados en la fiesta. Por supuesto, era lo suficientemente mayor como para ser mi abuelo—. Dime, querida. ¿Estás casada?

Sujetándome de la mano y tiró de mí, guiándome hacia un pequeño grupo reunido al otro lado del camino. Apenas dimos dos pasos cuando Sierra me soltó la mano, probablemente consciente de que lo pasaría mejor quedándose con Saoirse y Kristoff y corrió hacia ellos.

—¡Sienna! —exclamé mientras me giraba para examinar el grupo al que había llegado, con una expresión incómoda en el rostro—. Vuelvo enseguida, quédate con tus hermanas.

Con mis ojos le pedía ayuda a Kristoff, pero parecía absorto en responder a la pregunta de Saoirse y se limitó a sonreír con su mirada cómplice.

—De acuerdo, mamá —contestó mi hija mayor.

—¿Estás saliendo con alguien? —Albert continuó con sus preguntas.

—*Umm,* soy viuda. —*«¿El dejar que tu jefe te folle considerado salir con alguien?»,* reflexioné en silencio. Sabía que no lo era, no obstante, esperaba que le incomodara continuar con su línea de interrogación.

—Yo también —anunció emocionado—. Tenemos tanto en común.

«Qué demonios», pensé, mirando hacia él para ver si estaba bromeando. *«Estos viejos están locos»*.

Entonces supongo que eso quedó asentado en la mente de Albert, porque puso todo su empeño en presentarme a todas las personas que había allí. Incapaz de recordar el nombre de nadie, no dejaba de asentir y sonreír. Desde luego, había algo agradable en rodearse de un grupo de gente mayor. No perdían el tiempo formulando frases delicadas y vagas. Simplemente decían lo que pensaban, y a cada minuto que pasaba me relajaba más.

—Después de perder a nuestra pareja, ya sea por la muerte o por una mujer más joven, es como volver a empezar —comentó una de las amigas de Lena—. De repente, vuelves a sentirte como una adolescente. —Asentí, aunque no estaba segura de por qué. No era como si estuviera saliendo con alguien, pero ese asunto con Kristoff me hacía sentir como si fuera una virgen, viviendo un flechazo por primera vez de nuevo.

—Pero Kristoff será bueno contigo —añadió otra mujer, mientras asentía y me daba cuenta demasiado tarde de lo que había dicho.

—Es mi jefe —corregí rápidamente, tratando de arreglar el malentendido.

Hizo un gesto con la mano, ignorando mi comentario.

—Hay una chispa ahí.

Miré hacia atrás y vi a mis hijas jugando cerca de Kristoff. Les dijo algo a Saoirse y Sierra, que hizo que se rieran a carcajadas. Su madre se sentó con las tres niñas, mientras señalaban algo en la hierba. «*Probablemente un insecto»,* supuse. Lena escuchaba atentamente mientras Saoirse hablaba y tenía que alabarla, parecía interesada en su discusión. Sabía de primera mano lo detallada que era mi hija cuando hablaba de bichos.

Capté a Sienna sonriendo y haciendo algunos comentarios. En ese sentido, mi hija mayor y la mediana eran muy parecidas. A las dos les fascinaba cualquier tipo de insecto o reptil, para mi desgracia.

Albert me dio una palmadita en la mano.

—Sí, está en toda tu cara. —Fruncí el ceño preguntándome de qué estaba hablando.

Frotándome la mano en la cara, les consulté:

—¿Qué cosa? —¿Me había ensuciado con algo?

—La chispa. Está en toda tu cara —aclaró.

Sacudí la cabeza, dispuesta a contradecirlo, cuando la amiga de Lena intervino.

—No te molestes en negarlo, podemos verlo. Y la forma en que ese hombre te devora con los ojos...

Se abanicó y mis labios se curvaron en una amplia sonrisa. Era cómico ver a una mujer de ochenta años abanicarse. Observó por encima del hombro y sonrió.

—No seas asaltacunas, Elaine —la regañó otra mujer—. Además, prefiere a Gemma.

Me sonrojé ante su comentario.

—Solo es mi jefe. —Intenté explicar de nuevo.

Ambas hicieron un gesto con la mano en señal de rechazo.

—No importa. La chispa es más fuerte que tu situación laboral.

Como ya había mencionado, no se molestaban en andar con rodeos.

Quince minutos después de la presentación de Albert, finalmente me excusé, utilizando a mis hijas como pretexto. Aunque no creía haberlos engañado. Cada par de ojos ancianos tenía una mirada de complicidad en su rostro.

—Voy contigo —avisó Albert.

—No es necesario...

—Tonterías —me cortó—. Tengo que decirle a Kristoff que me voy a casar contigo si no se apura.

Lo miré con desconfianza, esperando que estuviera bromeando. Cuando volvimos junto a Kristoff y Lena, la expresión de mi cara debió de decirlo todo, porque Lena se rio por lo bajo.

—Espero que Albert no te haya asustado, querida. —Se rio mientras me sentaba en la silla vacía junto a ella. Me pasé la mano por el cabello, todavía desconcertada.

—*Ah*, no —respondí, evitando la honestidad brutal en este caso—. Solo demasiadas presentaciones.

Albert atrajo otra silla y la acercó a Kristoff.

—Gemma es un sueño —describió Albert feliz—. Tuve que luchar contra todos esos viejos solteros y decirles que está fuera de los límites. —Le lanzó a Kristoff una mirada de suficiencia —. Sin embargo, todos estuvimos de acuerdo, si Kristoff no hace un movimiento, yo lo haré. O le encontraremos a Gemma un joven apuesto.

—Está bromeando. —Me apresuré a decir, con la sonrisa rígida en el rostro.

Sierra corrió hacia mí, salvándome sin saberlo de una situación incómoda, y me dio un fuerte abrazo. Quería tenerla conmigo y que me hablara hasta que llegara la hora de irme.

—Mira, mami. Juguetes. Todos míos.

Me incliné y la besé en la frente.

—Puedes usarlos y compartirlos. Pero no son tuyos.

Por supuesto que se sentiría cómoda aquí. Lena tenía esa vibra agradable y, por primera vez, deseé que mis hijas estuvieran pegadas a mí, insistiendo en que volviéramos a casa. Tal vez aunque fuera un poco. Pero no era el caso, solo veía sus amplias sonrisas, sus ojos brillantes y sus risas.

Otra grieta. Otro deseo. A ese ritmo, sería una completa montaña rusa de emociones en una semana más o menos.

Observé cómo Sierra le ofrecía su juguete a sus hermanas, tomándose en serio mi advertencia sobre compartir. Se intercambiaron los juguetes y el juego continuó.

—Gemma, tus niñas son preciosas —indicó Albert con voz suave, devolviendo mi atención a los adultos—. Tu esposo debió de ser un tipo con suerte —halagó.

También pensaba que Jack era suertudo. Pero él no lo creía así. En algún punto del camino, ambos nos distanciamos. Tantas palabras amargas; demasiados recuerdos dolorosos.

—Gracias —pronuncié, con los labios en una sonrisa tensa.

Aun después de todo ese tiempo, descubrí que hablar de Jack hacía que se me atragantara la voz, excepto que no era de tristeza, sino más bien de angustia. Empujar mi tristeza y mis recuerdos a un rincón oscuro se convirtió en algo normal. De hecho, lo hacía muy bien. Me habría encantado borrar ese capítulo de mi vida, pero no podía imaginar qué haría sin mis hijas. A pesar de todos nuestros desacuerdos, palabras enfadadas, Jack me dio algo que no tenía precio: mis hijas.

Levanté la cabeza decidida a no seguir con esos pensamientos y me quedé inmóvil al captar la intensa mirada de Kristoff sobre mí. Aquellos ojos verdes me taladraban hasta el alma. ¿Podría verlo todo? Era demasiado observador. Tenía que tener cuidado con él, por mucha chispa y

atracción que nos rodeara.

Capítulo Veintiuno



Genevieve

Unas horas más tarde, Kristoff nos llevaba a todas a casa. Fue una noche muy larga para todas. Las chicas estaban agotadas y se durmieron incluso antes de que saliéramos del residencial de Lena.

—Gracias por venir. — Kristoff repitió las palabras de despedida de su madre.

—Lo pasamos muy bien —admití en voz baja—. Gracias por invitarnos. Aunque sigo pensando que es raro ir a la fiesta de cumpleaños de la madre de mi jefe.

—Bueno, podrías ir como mi novia la próxima vez —comentó—. El puesto sigue vacante.

Resoplé. Sí, como si eso fuera a ocurrir alguna vez. Su primer error fue pensar que una novia era un puesto de trabajo. Eso ya me demostraba que quería a alguien a quien pudiera mandar y controlar. Aunque el sexo sería...

Tuve que evitar seguir esos pensamientos.

—No quiero hablar de negocios. —Empezó, rompiendo el silencio.

—Por favor, hazlo —pedí, agradecida por el tema neutro.

—El próximo miércoles hay un baile benéfico en New York al que necesito que me acompañes.

—*Ah* —solté—. ¿La razón del salón de belleza y la depilación?

Se rio.

—Sí, la razón del cabello y la cera.

—¿Qué tipo de recaudación de fondos? —pregunté con curiosidad.

—Habrá una subasta. —El sonido del intermitente indicó que estaba a punto de cambiar de carril—. Todo lo recaudado irá a las familias de los soldados heridos.

—Es una buena causa. —Acepté—. ¿Cuántos días necesitaremos estar fuera?

—Volveremos esa misma noche. Probablemente muy tarde.

—Entendido. Voy a contratar una niñera.

—¿Segura que todo va a estar bien?

—Kristoff, eso era claramente parte de tu acuerdo de empleo. Así que sí, va a estar bien. Su abuela probablemente vendrá o la visitarán.

—Hablando del acuerdo de empleo… —Comenzó con cautela—. ¿Vamos a hablar de ayer?

Me giré a mirar a mis hijas. Ellas fueron una de las razones por las que no volví a salir con nadie. Y la otra fue la horrible experiencia matrimonial. Esa era razón suficiente para mantener a todo el mundo a distancia. Sin embargo, después de vivir aquella pasión alucinante, no pude evitar preguntarme si no me estaba subestimando.

Desapego emocional. Aunque al final, todo siempre volvía a eso. Kristoff no quería una conexión emocional. *Yo* la necesitaba.

Me quedé callada y, por suerte, él también. El trayecto a casa me pareció más rápido que el viaje inicial a casa de su madre. En cuanto se detuvo, tiré suavemente de Sienna para despertarla. Bostezando, se fue directo a su habitación. Kristoff me ayudó, llevando a Saoirse dormida a la casa, mientras yo tenía a Sierra en mis brazos.

«Otra diferencia con Jack». Tenía que dejar de compararlos.

Me siguió hacia la habitación de Sierra, lo hice acostar a Saoirse junto a ella. Le quité los zapatos y los calcetines a Sierra, y Kristoff me imitó, haciendo lo mismo con Saoirse. Era como si me estudiara con las niñas, casi como si quisiera saber qué hacer con ellas por si algún día

tenía sus propios hijos.

Las arropé y les di un beso a cada una en la frente, y Kristoff esperaba en la puerta. Mientras bajábamos, no pude evitar pensar que sería fácil vivir con él. Podría estar engañándome, ser un buen actor, aun así, por alguna razón no lo creía. A pesar de su alocado contrato, su control en los negocios y su aspecto físico, tenía la sensación de que Kristoff Baldwin era más de lo que dejaba entrever.

O había caído en algún tipo de síndrome que aún no tenía nombre. *¿El síndrome de Baldwin?*

—¿Quieres algo de beber? —Ofrecí—. ¿Café... té?

—No, gracias. Me voy a poner en marcha. Es bastante tarde, y aún me quedan otros sesenta minutos de viaje.

Asentí sin decir nada. Aunque quería rodearlo con mis manos y sentir cómo me abrazaba, sabía que no era lo que él buscaba. Así que lo acompañé en silencio hasta la puerta, salimos y me apoyé en la columna del porche cubierto.

—Gemma… —Empezó—. Sobre lo de ayer...

—Por favor, no —susurré, con la voz ronca y las emociones a flor de piel—. Fue un error. Nunca debió haber ocurrido.

Me miró fijamente, con sus ojos verdes estudiándome. Mantuve una expresión neutra, reacia a mostrarle el impacto que me causaba.

—Tenemos que hablar de ello —dijo con su voz profunda. Puede que tuviera razón, sin embargo, me aterrorizaba abrirme. Decirle que me encantaban sus manos sobre mí, que incluso las ansiaba. Admitir que nunca antes había sentido una atracción tan fuerte por nadie—. No puedes fingir que nunca ocurrió —añadió suavemente mientras subía la mano y me pasaba un mechón de cabello por detrás de la oreja. El corazón me retumbó bajo el pecho.

Dios, las amigas de Lena tenían razón. Eso se sentía como ser un adolescente de nuevo.

—No… no puedo tener desapego emocional —admití. Su mano se congeló. De hecho, toda su postura lo hizo y mi atención se desvió de su imponente figura, asustada de ver algo en sus ojos que me destrozaría irrevocablemente. Mi autoestima ya había sufrido bastante durante mi matrimonio. No podía satisfacer mis impulsos carnales y mantener mis emociones al margen. Llevaba una semana trabajando para él y mi corazón ya actuaba de forma temeraria. No podía acostarme con alguien por el sol el acto físico.

—¿Qué necesitas? —Mi cabeza se giró hacia él, su interrogante me tomó por sorpresa. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera desconcertado por mi afirmación. O quizá por su propia pregunta.

Dios, realmente no quería que lo dijera en voz alta. ¿Verdad? «*Solo quiero que me abraces después de un sexo alucinante*». La respuesta era simple, aun así, las palabras no salían de mi boca.

Bajó la cabeza y me besó suavemente en la mejilla. Me incliné hacia él y cerré los ojos, deseando estar cerca. Lentamente, sus suaves labios encontraron los míos y profundizaron el beso. Se lo devolví. Sabía que no debía, mas lo deseaba. Mi cuerpo lo ansiaba y traicionaba las palabras que acababa de decirle cuando afirmé que lo del día anterior había sido un error.

—¿Qué necesitas, Genevieve? —repitió, sus labios rozando los míos.

—Que me abraces después de tener sexo —solté.

Debí de desconcertarlo, porque la expresión de su cara no tenía precio. Eso, o comenzaría a reírse en cualquier momento. Y entonces, *lo mataría*.

Antes de que pudiera parpadear, me levantó y se me escapó un pequeño chillido.

—¿Qué estás haciendo? —Miré a mi alrededor, preocupada por si nos atrapaban. Era

medianoche y la mayoría de los vecinos no podrían vernos en la oscuridad. Dio unos pasos a la derecha, hacia el columpio del porche—. Kristoff, ¿qué estás haciendo? —susurré mi pregunta.

Se sentó, con mi trasero en su regazo y mis piernas balanceándose sobre la barandilla.

—Te estoy abrazando —murmuró, con su aliento caliente contra mi oreja. Su gran palma descansaba sobre mis muslos, mientras me agarraba la barbilla con la mano libre—. ¿Así está mejor, hermosa?

Como si me hubiera hechizado, me tragué el nudo en la garganta y asentí. Las emociones se agolparon en mi pecho. Rozó mis labios con los suyos y me dio un vuelco el corazón. Y entonces lo supe. Ya me estaba enamorando de este hombre. No podría contenerlo más de lo que un meteorólogo podría contener un huracán.

—Tienes que decirme lo que quieres —agregó.

—Tu contrato decía desapego emocional —confesé, recordándolo. Solo habían pasado unas semanas, pero me parecía que fue meses atrás.

—Así decía —confirmó—. Sin embargo, los contratos son negociables. ¿Y adivina qué?

—¿Qué?

—Tú tienes la ventaja —aclaró con voz ronca—. Me muero por saborear cada centímetro tuyo, especialmente tu dulce coño otra vez. Quiero sentir cómo te retuerces de placer debajo de mí mientras te follo duro y profundo. —Un suave jadeo escapó de mis labios y mi sexo se apretó de necesidad. Me moví, rozando su dura longitud—. ¿Quieres mi verga dentro de ti, Gemma? —Asentí, sin palabras—. Dime cuánto.

Tenía la boca seca y el corazón me martilleaba bajo el pecho. Me lamí los labios.

—Anhelo sentir tu polla dentro de mí. Tanto que me consume. —Mis mejillas se sonrojaron y estaba segura de que moriría. Esas palabras nunca habían salido de mis labios.

—Me lo vas a suplicar —declaró, lamiéndome y mordisqueándome el lóbulo de la oreja. Un temblor me sacudió con sus palabras mientras apoyaba su cara en mi cuello y luego inspiraba profundamente—. ¿Ya estás mojada para mí? —Asentí con la cabeza—. Puedo oler tu excitación. —Emitió un gruñido grave de satisfacción en el fondo de su garganta y su pecho retumbó con aprobación.

—K-Kristof… —Exhalé, desesperada por más. El fuego de mi sangre coincidía con el infierno que recorría cada centímetro de mi piel.

—Abre las piernas para mí. —Ni siquiera terminó su petición y mis muslos se abrieron. Bajó la mano, la introdujo en mis pantalones y me acarició el vientre bajo hasta llegar a mis labios adoloridos. En cuanto sus dedos rozaron mi sexo, se me escapó un gemido—. Tan *sexy* —murmuró. Deslizó dos dedos dentro de mí y gemí, completamente cautivada por una sensación de pura felicidad. La sensación de sus dedos expertos entrando y saliendo, empujando cada vez más hondo y con más fuerza, me tenía a punto de estallar. Me froté contra su mano, incapaz de controlar el ardiente dolor que se apoderaba de mi pelvis.

—Así es —animó con voz ronca—. Déjame verte desmoronarte para mí.

Palpitaba bajo sus caricias, con el clítoris hinchado y sensible. Me mecía hacia delante y hacia atrás, mientras su dedo entraba y salía de mi resbaladiza entrada, su ritmo me volvía loca. Sentí cómo su miembro se tensaba contra mi trasero y me meneé contra él. Sus gruñidos me calentaban el oído. Sus movimientos aumentaron de velocidad, mis entrañas empezaron a temblar y a convulsionarse, y mi respiración se entrecortó. Los colores destellaron ante mis ojos mientras un orgasmo destrozaba cada fibra en mí.

Me desplomé contra él, con la respiración agitada llenando el aire. Los temblores recorrieron mi cuerpo y, esta vez, Kristoff no dejó de sujetarme, manteniéndome pegada a su pecho mientras

sus dedos permanecían dentro de mi vagina.

—Nunca me cansaré de verte llegar al orgasmo —afirmó contra mi oído. Sus dedos salieron y se los llevó a los labios, lamiéndolos.

Dios, la visión era tan erótica que quise frotarme contra él y correrme de nuevo. Temerosa de que notara lo mucho que me excitaba, hundí la cara en el pliegue de su cuello e inhalé profundamente.

—Dime cuando te hayas hartado de que te sostenga —me pidió. Si se estaba burlando de mí, lo mataría, arrojaría su cuerpo sobre mi muelle y dejaría que los peces se lo comieran. Levanté la cabeza, buscando su expresión. En su rostro solo había una curiosidad sincera.

«Nunca tendré suficiente de él», fue la respuesta que me vino a la mente.

—¿Kristoff?

—*Hmmm.* —Me moví un poco y me rocé contra su dura longitud. Gimió, mordiéndome suavemente el lóbulo de la oreja—. Cuidado, Genevieve.

—Podría devolverte el favor —insinué suavemente.

—No, esto es para ti —objetó—. Quiero compensarte. Por lo de ayer.

El corazón me dio un salto en el pecho y luego se aceleró por su inesperada respuesta. Enredé los dedos en su cabello, a la altura de la nuca, con las hebras oscuras y suaves. Aunque no entendía a aquel hombre, ni mi reacción ante él, tenía claro que me estaba robando el corazón de manera lenta, pero segura. Si fuera inteligente, lo detendría antes de que llegara demasiado lejos, mas era como intentar dejar de respirar.

—Lo has compensado más de lo que crees —dije. Santos cielos, su olor era adictivo. Sus manos subían y bajaban por mi espalda, el movimiento me tranquilizaba. Podría quedarme dormida abrazada a él. Si bien no quería que se fuera, sabía que pasar la noche era imposible. Tenía hijas que lo cuestionarían y esto era...

Hmm, no estaba muy segura de lo que era.

—Puedo poner un anexo en el contrato —interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué pasa contigo y los contratos? —murmuré, con el ánimo arruinado. Aunque no hizo nada para matar la lujuria que se arremolinaba en mi vientre bajo. Suspiré y continué—: No, no quiero ponerlo en el contrato —protesté en voz baja y ligeramente molesta con él—. Si no quieres abrazarme después de orgasmos alucinantes, entonces no lo hagas. Solo dímelo.

—Eres una mujer extraña —comentó, rozando mi cuello con la nariz.

—No lo soy —discutí—. Quiero que *quieras* abrazarme. No porque tu estúpido contrato diga que tienes que hacerlo. —Lo miré fijamente a los ojos. Kristoff era brillante y capaz. ¿Qué lo hacía querer regular una relación mediante un contrato?—. ¿Sabes?, la mayoría de las mujeres quieren ser abrazadas.

—Quizás —contestó, con voz de terciopelo negro—. Pero quieren aún más mi estatus y mi dinero.

Su mirada se encontró con la mía. *Verde.* Bosque profundo. El fuego en ella hizo que el fuego en mis venas crepitara con electricidad. Recorrí sus abdominales con las manos, enrosqué los dedos en su pecho, y su calor me empapó a través de su camisa.

Un destello de sus propios fantasmas acechaba en la luz de sus ojos. Su mirada era una extraña mezcla de hielo y fuego. Una fuerte exhalación se deslizó por mis labios. Un escalofrío me recorrió la espalda. Volvió aquella sensación inicial que tuve cuando lo conocí. Este hombre tenía sus propias tragedias; me jugaría la vida en ello.

Me levanté de su regazo, extrañando ya su calor. Antes de que pudiera decir algo, se me adelantó.

—Gracias de nuevo por venir hoy —mencionó mientras se ponía en pie. No tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza. Me pasó el pulgar por la mejilla, un atisbo de vulnerabilidad brilló en sus ojos, pero lo disimuló rápidamente. Antes de darme cuenta, me incliné hacia él, ansiando su contacto. No era suficiente. Ya apetecía contacto humano. *Su* toque.

—De nada. —Mi voz salió en un susurro, la necesidad por él me sacudía hasta lo más profundo de mí.

Se apartó demasiado pronto.

—Buenas noches, Gemma.

—Buenas noches —pronuncié, permaneciendo inmóvil en mi sitio, hasta que salió de la calzada y ya no pude ver su coche.

Volví a entrar en casa y cerré la puerta.

Capítulo Veintidós



Kristoff

Pulsé el botón del intercomunicador en mi escritorio, poniendo fin a la llamada con mi oficina australiana. Iban un día adelantado, y su lunes, que era mi domingo, siempre era el mejor día para celebrar reuniones de negocios.

Me eché hacia atrás en la silla, me pasé una mano por la nuca y aflojé mi corbata. La casa se sentía vacía. Incluso cuando el personal zumbaba con sus tareas fuera y dentro. Nunca me había sentido así hasta hacía muy poco. Y la culpa la tenía cierta mujer con ojos color *whiskey*.

Hacía tiempo que había renunciado a la idea de una familia y del amor. En mi experiencia, las mujeres no eran fiables. Si les dabas dinero y estatus social, harían cualquier cosa. Sin embargo, Gemma no parecía funcionar de esa manera y eso me intrigaba.

No puedo tener desapego emocional. Sus palabras se repetían una y otra vez en mi mente.

Hasta ella, el desapego emocional era mi cláusula *no negociable*; nunca fue una opción doblegar esa regla autoimpuesta. Sin embargo, cuando las palabras susurradas de Gemma penetraron en mi cerebro, supe que se iría. A menos que cediera en esa estipulación. Así que la estreché entre mis brazos y cedí ante ella.

Me quedé observando por la ventana, la gran propiedad que se extendía frente a mí con el césped perfectamente cuidado. La casa era demasiado grande para una sola persona, pero cuando la compré pensé que estaba en camino de tener una familia.

Recuerdos que intentaba ignorar durante toda mi vida adulta amenazaban con resurgir. Primero mi padre y el modo en que trataba a mi madre. Luego mi exmujer. Gemma no era codiciosa como mi exesposa, tampoco débil como mi madre lo fue con mi padre. Gemma era fuerte, pero al mismo tiempo suave. Estaba la forma en que me miraba con esos suaves ojos marrones, como si quisiera salvarme.

El problema era que no quería que me salvaran. Conservé a las mujeres a distancia, manteniendo el apego emocional fuera de la ecuación. De ahí el contrato. Mantenía las cosas claras y seguras para todos nosotros. Cuando llegaba el momento de separarnos, era fácil y limpio. Sin sentimientos.

Sin embargo, le di a Gemma una forma de modificar el contrato. Algo que nunca permití. *Estaba rompiendo las reglas por ella.*

Era plenamente consciente de que me había capturado. Desde el momento en que entró en mi despacho, con sus labios rojos entreabiertos y sus grandes ojos oscuros mirándome fijamente. Como si estuviera pensando en huir del gran lobo feroz.

Y lo único que quería era perseguirla, inclinarla y follármela hasta que oyera esa voz suave volverse aguda gritando mi nombre.

La deseaba hasta el punto de la obsesión, y de alguna manera no se calmaba una vez que la tenía. Normalmente, una vez que la probaba, la mujer ya no me atraía tanto. Sin embargo, esta se había metido más profundamente bajo mi piel con solo la primera probada.

Después de tocarla, sentía que todo había terminado para mí. No había vuelta atrás porque Gemma sabía cómo *mía*. Era mejor que cualquier fantasía, cualquier sueño. Todo lo que tenía que hacer era pensar en ella saliendo de mi vida, y se me iba el maldito aliento de mis pulmones y ardía en fuego mi sangre.

Un soplo sardónico me abandonó. Quizás el karma decidió jugar. Después de todo, cuántas mujeres me habían rogado para que me quedara con ellas y las descarté sin pensarlo dos veces.

Algo parecido a la culpa parpadeó en mi pecho por la forma en que la obligué a aceptar trabajar para mí. Si fuera un hombre decente, me alejaría de Gemma y la dejaría vivir su pequeña vida, feliz y contenta.

Sin embargo, sabía que no lo haría porque no era un hombre justo.

La tomaría. La poseería. La tendría.

A cualquier costo necesario.

Capítulo Veintitrés

Genevieve

El lunes por la mañana entré en la oficina con una mezcla de excitación y temor al ver a mi jefe. Miré hacia la puerta cerrada, en la que ya retumbaba su voz, dejé el bolso sobre la mesa y fui a la cocina a traerle el café a Kristoff.

Una vez de vuelta, vi a Kimberly.

—Todavía está ahí, ¿verdad?

—Creo que sí —respondió, con toda su atención en la pantalla de su computadora—. Creo que ya ha terminado su llamada. Escuché decir unas palabras creativas cuando colgó.

Levanté los labios. Kristoff parecía un hombre demasiado controlado para maldecir. Excepto cuando te cogía. Entonces salía toda la suciedad y me encantaba. Al recordarlo, sentí un gran peso entre las piernas.

«Jesucristo, no pienses en eso».

Me miré por última vez. Mi falda recta negra no tenía arrugas, mi blusa verde claro no dejaba ver nada que no debiera. El color me recordaba a los ojos de Kristoff. Nunca admitiría ante nadie que fue precisamente la razón por la que la elegí esa mañana.

Levanté la mano libre y toqué a su puerta.

—Adelante. —Su voz profunda me inundó e instantáneamente encendió un fuego dentro de mí. Me afectó incluso a través de la puerta cerrada. Al entrar lo encontré sentado detrás de su escritorio, sin su chaqueta, su costosa camisa azul abotonada destacando sus fuertes hombros y sus hermosos ojos. ¡Y sus antebrazos! Me dio un vuelco el corazón al verle las mangas dobladas, mostrando sus musculosos brazos.

Levantó la cabeza y su atención se desvió de mis tacones negros de diez centímetros a mis piernas desnudas. Cuando su mirada se cruzó con la mía, mi corazón se detuvo antes de sentir un tirón que empecé a asociar con él. Había algo oscuro detrás de esas esmeraldas que me atraían.

Caminé hacia él, con las rodillas ligeramente temblorosas. A Betty le encantaría esto. Aquel hombre me debilitaba literalmente las piernas. Dejé el café sobre su mesa, con cuidado de no derramarlo.

—Buenos días —murmuré apartándome el cabello de la cara. Era un hábito que solía controlar, pero cuando estaba con él, volvía a resurgir.

—Buenos días, Gemma —contestó con su voz ronca que no debería estar permitida en el mundo profesional—. Te envié por correo electrónico unos cuantos archivos que necesito que revises y organices. Tengo unas cuantas reuniones esta mañana. Quiero que estés lista a mediodía. Vamos a ir a comprar más ropa y un vestido para el evento de este miércoles.

Parpadeé. No era lo que esperara. Me encontraba pasando por algo parecido a sofocos y él estaba hablando de ir de compras.

—*Ummm.* Eso es innecesario. —Me aparté un mechón rebelde detrás de la oreja—. Tengo algunos vestidos, y compré uno de cóctel la última vez que fui de compras.

Levantó los labios.

—Nunca he conocido a una mujer a la que no le guste gastar dinero —comentó negando con la cabeza—. ¿No puede un hombre invitarte a ir de compras?

—Ya lo hiciste —le recordé.

Entonces sus labios se curvaron en esa sonrisa que me debilitaba las piernas.

—No fue suficiente. Debería haber ido contigo y haber comprado la tienda. Así que ahora

remediaré mi error y te trataré como te mereces.

Me quedé boquiabierta, sin saber qué pensar de su declaración. Aunque, en el fondo, estaba segura de que me había derretido. Solo un poco.

—Trata de estar lista a mediodía —me despidió, ya que obviamente me quedé sin palabras.

No podía mandarme así. ¿No es cierto?

—Pero... —Empecé, sintiéndome tonta de que me acompañara. Mi difunto esposo nunca iba de compras conmigo. Para nada—. No tienes por qué acompañarme. —Le ofrecí una salida—. Si no te gusta lo que he comprado y quieres que me compre otro vestido, lo haré. No necesito un acompañante.

—Quiero asegurarme de que tengas el vestido más bonito para este evento —dijo con su profunda voz *sexy*—. Y tal vez me gustaría ver cómo te pruebas algo de lencería para mí.

Dios mío, estaría totalmente dispuesta si me miraba con ese calor en sus ojos. Prácticamente podía imaginarme cómo me observaría y me follaría allí mismo, en la tienda, con la mano en la boca, ahogando mis gemidos.

Oh, Dios. Este hombre estaba sacando de mí a una mujer completamente diferente. O tal vez esa versión había estado en mí todo el tiempo, a la espera del hombre adecuado.

Respiré hondo y me di la vuelta para salir de su oficina. Antes de cerrar la puerta tras de mí, lo miré y me di cuenta de que había vuelto a sus asuntos en la *laptop.*

Mientras mis emociones estaban a flor de piel, este hombre no parecía afectado.

* * *

Una sombra cayó sobre mi mesa y levanté la cabeza. Kristoff estaba a mi lado, con la mano extendida.

—Vámonos.

Parpadeé hacia el reloj de pared. Mediodía.

—Sigues empeñado en hacer esto, *¿eh?* —bromeé.

Sin respuesta. Solo una clara orden en sus ojos. Exhalé, hice clic en Guardar, cerré la hoja de cálculo en la que estaba trabajando y agarré mi bolso.

Suspiré, poniéndome en pie.

—De acuerdo, no estoy preparada, aunque tengo la sensación de que eso no es lo que importa aquí.

—Parece que te estás quejando. —La diversión pasó por su cara y puse los ojos en blanco.

Kristoff y yo miramos a Kimberly, que nos observaba con curiosidad, con una extraña expresión en los ojos. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa, como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti mientras estoy fuera? —Ofrecí—. No tardaremos mucho, creo.

—No nos esperes, Kim —avisó mi jefe—. Puedes irte temprano si quieres.

Entonces sus ojos volvieron a mí, esperando a que me moviera, como si le preocupara el que cambiara de opinión, así que pasé de largo.

Me alcanzó, su mano posesiva se abrió paso hasta la parte baja de mi espalda y me guio hasta el ascensor. Fue un gesto sencillo, pero me encantó.

Al salir de su edificio, la cálida brisa recorría la calle. El tenue aroma de las flores de los cerezos perfumaba el aire. El ruido de los vehículos y el bullicio de la ciudad nos rodeaban. Sin embargo, lo único de lo que era consciente era del tamborileo de mi corazón y de la firme y su

cálida palma en mi espalda.

Caminamos codo con codo por la acera, pareciendo más una pareja que un jefe con su empleada, hasta que llegamos a una tienda de la que nunca había oído hablar. En cuanto sonó el timbre de la puerta y unos ojos se dirigieron hacia nosotros, viéndonos, una vendedora se nos abalanzó. Me estudió clínicamente y luego se enfocó en Kristoff. Vi cómo su expresión se transformaba en una de seducción. Fue como si yo hubiera dejado de existir, y tuve la sensación de que si ellos dos se quedaban solos, ella le saltaría encima.

No me agradaba. Quería arrancarle los ojos, sorprendiéndome de mi propia violencia. Nunca había sido celosa. Cuando las mujeres perseguían a Jack, incluso antes de que finalmente me engañara, no sentía la necesidad de reclamarlo y actuar posesivamente.

Sin embargo, en ese momento, lo único que deseaba era aferrarme a su brazo y frotarme contra él para que la vendedora se hiciera una idea clara.

Mi antiguo yo la habría ignorado. Al parecer, la nueva yo tenía otras ideas. Tomé la mano de Kristoff y coloqué mis dedos entre los suyos. Se detuvo y su mirada se desvió hacia mí, pero entonces sus dedos se apretaron alrededor de los míos y me acercaron más a él. Era inquietante lo mucho que me gustaba.

—Hola, señor Baldwin —saludó, coqueta la mujer, sin dedicarme una sola mirada—. Encantada de volverlo a ver.

Oh, así que hacía esto con frecuencia. ¡Idiota! Me disgustaba la sensación de ser ignorada, y aún más, me disgustaba que ella le batiera las pestañas. Ser celosa iba definitivamente en contra del contrato, no como que lo hubiera firmado.

No pareció afectarle su sonrisa, porque su respuesta fue todo negocios.

—Necesitaremos su selección de vestidos de cóctel y ropa de negocios.

La dependienta me miró y contestó:

—Por supuesto. Seguro que puedo encontrar algo que le quede bien. No es tan alta y delgada como nuestras tallas habituales.

Arqueé una ceja ante tal descaro. *Perra*.

—Tienes razón —asintió Kristoff y mi cabeza se giró hacia él dispuesta a matarlo—. Es perfecta.

Se me escapó un suave jadeo, sus palabras me hicieron derretirme. Si bien no vio hacia mí, la mirada que le dirigió a la mujer era de claro desagrado. «*Supongo que la puso en su lugar*», me regodeé un poco alegre e infantilmente.

No sería hasta mucho después cuando me diera cuenta de que mi caída había comenzado y mi corazón ya le pertenecía.

—Por supuesto. —Forzó una sonrisa y me miró. Me odiaba a muerte.

—¿Necesitará algo para usted, señor Baldwin? —Regresó su atención a Kristoff, su voz sugerente. Se esforzaba demasiado, sus motivos eran claros como el agua. No le dediqué a la mujer ni una sola ojeada y él tampoco, toda su atención estaba puesta en mí. Era tan tentador rodear sus grandes bíceps con mis manos y apretar mi cuerpo contra el suyo.

«Cree que soy perfecta», pensé con emoción.

—No, gracias. —Su voz reflejaba aburrimiento y fastidio.

—Por aquí, entonces.

Se dio la vuelta y extendió la mano hacia la parte trasera de la tienda, luego se adelantó. No pude resistir que se me escapara un resoplido. Observando a Kristoff, no pude evitar poner los ojos en blanco. No era culpa de él que la mujer se desviviera por llamar su atención, mas no pude evitarlo.

Mientras caminábamos, mi mano permaneció en la de Kristoff y nuestros dedos se entrelazaron.

—¿Necesita algo, señor Baldwin? —susurré sarcásticamente en voz baja, mientras batía las pestañas.

—¿Estás celosa? —preguntó con humor en la voz y un destello de luz en sus ojos.

—No —objeté demasiado rápido. Al darme cuenta de mi error, continué—: Solo me repugna ese comportamiento de una mujer. —Estaba totalmente celosa y él lo sabía. El sentimiento me ardía en las venas y se me agitaba en el pecho. La mujer inteligente que había en mí luchaba contra ello, no obstante, la mujer libertina quería reclamar.

Tan confuso.

Nos detuvimos en la sección privada de la parte trasera de la tienda, decorada con cómodos sillones y refrigerios. El ambiente era relajado con las suaves melodías que sonaban por los altavoces. La vendedora se dio la vuelta y volvió a mirar a Kristoff.

—¿Puedo ofrecerle algo? —inquirió mirándolo solo a él. Entrecerré los ojos, molesta por su grosería. Me estaba enfadando, la parte inmadura en mí quería reclamar y exigir que nos fuéramos en ese segundo.

Kristoff me observó con una ceja levantada, preguntándome si quería algo.

—No, estoy bien, gracias —respondí cortésmente. Negó con la cabeza a la mujer.

—De acuerdo —aceptó ella, con la sonrisa aún en la cara—. Pueden sentarse. Tomaré algunas cosas y me dirán lo que piensan.

Cuando se fue, me senté en el sofá, ligeramente agitada con la mujer y conmigo misma. No me gustaba nada mi reacción. Era más fácil cuando simplemente no me importaba. Al parecer, me afectaba demasiado, lo cual era alarmante.

Kristoff se sentó a mi lado, cruzó el tobillo sobre su rodilla y me rodeó el hombro con el brazo. Sentí su calor y quise acercarme aún más, y apoyar la cabeza en su hombro. Por suerte no llegué tan lejos, aun así, sentí que mi cuerpo se relajaba y disfrutaba de su calor.

—¿Qué ocurre? —exigió saber.

—Ya tengo un vestido de cóctel. —«*Y estos celos me estaban matando*»—. Ni siquiera lo has visto, ¿por qué no puedes al menos darle una oportunidad? —manifesté, molesta, más conmigo misma que con él—. Y no voy a ponerme algo que no me gusta. Independientemente de lo mucho que te guste.

—Me parece justo. —Aceptó—. Estoy seguro de que el vestido que tienes es estupendo, pero habrá un número importante de personas allí y quiero que luzcas hermosa.

—Caray, ¿no crees que la depilación con cera y el corte de cabello ya se han encargado de eso? —No pude resistirme, y mis labios se curvaron en una sonrisa.

Juré que, por cómo le brillaban los ojos, debía de estar riéndose de mí sin esbozar una sonrisa.

La vendedora volvió con una sonrisa radiante y ropa en brazos. Debió de cambiar de actitud en su ausencia.

—De acuerdo, he adivinado tu talla. Diría que eres talla cuatro. —Asentí con la cabeza, ligeramente impresionada de que fuera capaz de saber mi talla con solo mirarme—. ¿Lista para probarte estos?

—No, la verdad es que no —dije, pero me levanté y entré en el probador. No estaba de humor para probarme ropa.

Empezó el maratón de compras de vestidos, y cuanto más duraba, más me fastidiaba. No era nada agradable. Kristoff me examinaba con ojo analítico mientras me hacía desfilar cada vestido.

Se fijaba en todo, el corte, el estilo, la tela. Dios, uno pensaría que era un diseñador de moda, no un hombre de negocios.

Cuando a Kristoff le gustaba de verdad un vestido, sus ojos brillaban, mostrando deseo, y mi cuerpo se calentaba en respuesta. Casi deseaba que cediera y me tomara aquí mismo. Jugaba con fuego, permitiendo que mi cuerpo se moviera más lento y sensual.

Entonces me recordaba a mí misma que era una mujer responsable. Una adulta. Y me abofeteaba mentalmente, esperando recuperar algo de sentido común. No funcionaba.

—Date la vuelta otra vez —ordenó, con voz más grave.

Se levantaba cada vez que le gustaba un vestido en mí, acercándose. Me tomaba de la mano, me daba la vuelta para verlo mejor. O tal vez era para verme mejor, porque su mirada se clavaba en mí. No sabía si se había fijado en lo que llevaba.

—Me gusta —opinó con voz suave como *whiskey*—. ¿Te gusta?

Y cada vez asentía con la cabeza, porque cuando me observaba así, me daba igual lo que llevara puesto. Si en ese minuto me pidiera que me probara lencería, estaría tentada de decir que sí solo por ver esa expresión en sus ojos. Demonios, cuando me observaba así, apenas podía recordar mi propio nombre.

No obstante, incluso yo tenía mis límites. Llevaba tres horas probándome demasiados vestidos y ya había llegado a mi límite, a pesar de que la vendedora seguía viniendo con más.

—Creo que es suficiente —declaré, suplicándole con la mirada—. Creo que no me había probado tantos vestidos en toda mi vida.

—Pero te ves fabulosa en cada uno de ellos. —La dependienta sonrió mientras me ayudaba con la cremallera. Ajustó la forma en que se ceñía a mi cuerpo. Su actitud cambió a la de querer vender.

—Genial —dije en tono seco.

Y entonces no pude contenerme más.

—Vamos, Kris, elige el vestido que quieres que lleve para el evento del miércoles, y sigamos adelante.

Me quedé helada, dándome cuenta de que le había asignado un apodo.

—Kris, *¿eh?*

—Me salió de la nada —me justifiqué.

—Me gusta —comentó—. Pero solo tú puedes llamarme así.

Insegura de si esto iba por buen o mal camino, asentí y pregunté:

—¿Podemos irnos ya?

Se rio entre dientes, el sonido me hizo cosas extrañas.

—¿No quieres tener más ropa? Las mujeres nunca tienen suficiente ropa... o eso me han dicho.

—Supongo que no soy como la mayoría de las mujeres.

—Obviamente.

Lo miré con desafío en los ojos.

—La próxima vez, tráeme tú solo la ropa que quieras que me ponga, ya que ahora conoces mi talla... Prefiero que me saquen los dientes sin anestesia a volver a hacer esto.

Sonrió y me tendió la mano.

—Qué malhumorada —se burló en voz baja. La vendedora acababa de volver con otro vestido.

—¿Qué tal este? —indagó con una sonrisa brillante y sugerente a Kristoff.

Estaba a punto de protestar, cuando me pidió:

—Pruébate uno más. —Dios, lo que me hacía la voz de ese hombre—. Para mí, por favor.

Y sin más, accedí y volví al vestidor, derritiéndome por dentro a petición suya. Había que revisarme la cordura.

En cuanto me puse el vestido y me miré en el espejo, se me cortó la respiración. A pesar de las horas que había pasado cambiándome y desfilando junto a mi frustración, en ese instante, mientras me miraba con ese elegante vestido, no podía evitar sentirme hermosa. El contraste del blanco perla con el negro acentuaba mi figura, que se había rellenado muy bien desde que empecé a trabajar para Kristoff. Es increíble lo que comer regularmente hacían por el cuerpo de una mujer.

No había mujer que no se preocupara por su vestido de graduación o de novia, con la esperanza de conseguir ese aire de princesa, aunque fuera por un día. Mirándome en ese segundo, era exactamente como me sentía. El día de mi boda, me sentí como una hermosa princesa hasta que Jack lo arruinó.

Pero en este momento...

—Déjame ver, Gemma —llamó Kristoff, su voz se oía cerca y mi tren de pensamientos se detuvo. Se paró frente a la puerta del probador.

Me preguntaba *si le gustaría*. Me encantaba el vestido y quería que le encantara. ¿Estúpida? Sí. No necesitaba su aprobación. Sin embargo, el vestido era demasiado costoso para permitírmelo y no quería renunciar a él. «*Quizá podría vender mi hígado por la prenda*», pensé, incapaz de apartar la atención de mí reflejo.

—Voy a entrar —advirtió con voz grave. Se deslizó a través de la cortina y mis ojos se encontraron con los suyos en el espejo, me pasé las palmas nerviosamente sobre el suave material del hermoso vestido.

—¿Te gusta este? —susurré. Debería haberlo echado, actuar horrorizada porque se atreviera a entrar en el probador. No lo hice; quería oírlo decir que le gustaba el vestido y que me lo compraría. Era tan insignificante y materialista, incluso superficial. Solo lo quería para *mí*.

—Date la vuelta. —Su tono era tranquilo, su mano se coló suavemente alrededor de mi cintura—. Despacio —dictaminó. Seguí sus instrucciones, conteniendo la respiración. El vestido rozó su traje, su mano sobre mi cuerpo. «*Por favor, no me lo estropees*», susurró mi mente.

—Pon tu brazo en mi hombro —solicitó con voz ronca.

Hice lo que me pidió, sintiéndome *sexy*. Deseable. Este hombre conseguía dejarme sin aliento cada vez que se fijaba en mí. Como si fuera invaluable, y él no pudiera tener suficiente de mí.

Mis ojos se clavaron en su rostro duro y hermoso, mientras su mano hacía un recorrido ascendente pasando por mi cadera. Cuando llegó a mi busto, su mano me rodeó la espalda y me presionó, acercándome más a él. Con nuestros cuerpos en contacto, bajó la cabeza y acercó sus labios a los míos mientras el corazón me latía erráticamente en el pecho.

Sus labios se deslizaron por mi cuello y me besaron hasta la clavícula. Apreté mi cuerpo contra el suyo y se me escapó un gemido cuando sentí su suave mordisco en la clavícula.

—Ayer me masturbé dos veces —confesó contra mi piel—. Pensando en ti. Sabiendo lo suaves que son tus labios cuando gimes mi nombre. Recordando cómo tu coño se apretó alrededor de mi polla, hambrienta de mí.

La piel se me encendió; el pulso me latía a un ritmo enloquecedor.

Bajó la cremallera del vestido y lo empujó suavemente por mis hombros, bajándolo por mis brazos.

—Me encanta el vestido —murmuró. Mis labios se curvaron de placer y me dedicó su

sonrisa pícara—. Voy a corromperte, hermosa —pronunció con voz ronca, llena de seducción.

El recuerdo de la última vez que me tocó corrió por mis venas y un calor zumbó entre mis piernas. Me ayudó a quitarme el vestido, sus ojos ardían con un fuego que me consumiría de la forma más deliciosa. Agarró el vestido y se lo entregó a la vendedora que esperaba fuera.

—Nos llevaremos este y los otros que aparté —indicó—. Y la lencería que seleccioné para mi mujer. Póngalos en mi cuenta. Subiré a firmar en un momento.

El corazón me latía con fuerza ante su afirmación. Debí corregirlo, decirle que no era suya. Sin embargo, las palabras se negaron a salir de mis labios, mi corazón latía excitado ante la posibilidad de ser suya. Solo *suya*.

Solo en sujetador y bragas, sus ojos recorrieron mi cuerpo mientras cada fibra en mí se estremecía de necesidad. Apenas podía respirar. Su mirada me acariciaba la piel, haciéndola soltar chispas de fuego hasta los dedos de los pies.

—K-Kristoff, no podemos hacerlo aquí. —Exhalé, sabiendo muy bien que quería hacerlo ahí. Mi centro palpitaba, lo necesitaba dentro de mí.

—Podemos. —Su voz se convirtió en una ronquez oscura que me produjo escalofríos. Dio un paso adelante, di un paso atrás chocando el banco con las rodillas—. Siéntate y abre esas preciosas piernas para mí —exigió.

Jadeé, con el placer abriéndose camino hasta mi interior al oír sus palabras. Mi cuerpo obedeció, dividiendo las piernas para él. Deslizó las manos por mi cuerpo, por encima de mis pechos, apretó uno de ellos por encima de mi sujetador blanco de encaje mientras la otra seguía su camino hasta mi sexo. En el momento en que sus dedos rozaron mi núcleo, con la fina tela de mis bragas como único obstáculo, exhalé.

—Estás lista para mí —comentó con voz cautivadora. Jesucristo, parecía que siempre estaba lista para él—. Tu coño está caliente y húmedo, ansioso por mi lengua.

Se me escapó un gemido gutural, el mundo entero desvaneciéndose en un ruido de fondo que no importaba. Se arrodilló frente a mí, me bajó las bragas por las piernas y separó aún más mis muslos. Lo miré con los párpados pesados, con la cabeza inclinada hacia abajo. Inspiró profundamente y pasó la nariz por mi clítoris.

—Kristoff —gemí, mis manos volaron a su cabello. Levantándome el trasero con sus palmas, me maniobró mientras comía mi sexo, enviándome al olvido con cada lamida. Dentro y fuera. Tenía los ojos en blanco y el cuerpo me temblaba de lujuria.

Gimió por lo bajo en su garganta, enviando una vibración a través de mi sexo y giré mis caderas, frotándome contra su boca. Jadeé, agarré un puñado de su cabello y moví las caderas al mismo tiempo que le acariciaba el cuero cabelludo con las uñas.

Su boca encendió todo mi cuerpo, la presión crecía y crecía mientras me lamía. Estaba ardiendo, una lujuria sin sentido me consumía, me volvía temeraria.

—¡Demonios! —solté con voz ronca mientras la presión explotaba. Me corrí tan fuerte que me zumbaron los oídos y me costó recuperar el aliento. Como si acabara de correr el maratón más intenso. Mis músculos ardían con el calor más lánguido y luego se relajaron lentamente, con esa sensación de saciedad invadiéndome.

Abrí los ojos y vi su mirada, oscura y obsesiva. Y suave. Este hombre me hizo correrme. Otra vez. Podía ver claramente el bulto en sus pantalones, que me buscaba. Extendí la mano y se levantó para besarme profundamente.

—Quiero corresponderte —musité contra sus labios, con la respiración agitada.

Sacudió la cabeza y me besó la frente.

—Todavía no.

Los hombres siempre querían reciprocidad. A pesar de que quizás no haya tenido muchos amantes, aun así lo sabía.

—¿No quieres correrte también? —pregunté con voz ronca, con el corazón retumbando.

—Quiero deslizarme dentro de ti. Follarte fuerte para poder oír tus gritos durante días. —Mi respiración se entrecortó. *Me deseaba*. Pero entonces, ¿por qué...?

Fruncí el ceño con confusión, lamentablemente, antes de que pudiera preguntarle algo más, apretó su boca contra mis labios.

—Al cabo de dos meses, Genevieve... —Su aliento caliente rozó el mío y esperé.

No llegó a terminar la frase, dejándome confusa.

Capítulo Veinticuatro



Kristoff

Debí perder la cabeza para haberle comido el coño a Gemma en el vestidor de *Couture*. ¿Me arrepentí? Joder, no. Algo en mi pecho rugió al verla sonrojada por el orgasmo y con sus ojos de lujuria clavados en mí.

Era magnífica y toda mía. Mía para follar. Mía para proteger.

El evento de ese miércoles era de etiqueta y sabía, sin lugar a dudas, que se pusiera lo que se pusiera Gemma, sería la mujer más despampanante del lugar. También sabía que existía la posibilidad de que mi ex estuviera allí, y conociendo la zorra que era, agarraría el sencillo vestido de Gemma y lo convertiría en harapos de Cenicienta. De ahí el asegurarme de que tuviera lo mejor que el mundo de la moda podía ofrecer. ¿Me importaba si Gemma llevaba el vestido más caro o no? Maldición, no. Ella tenía el tipo de belleza natural que llamaba la atención. Pero conociendo a Jacqueline, intentaría ridiculizarla, entonces tendría que matar a mi jodida ex porque odiaría ver a Gemma disgustada.

Una idea peligrosa, sin duda.

De ahí que llevara a Gemma de compras. Eso y el hecho de que quería mimarla y darle todo lo que su corazón deseara para que, al cabo de dos meses, se quedara. *Por voluntad propia.*

Desafortunadamente, también sabía que Gemma era una mujer a la cual no podía comprar. Así que le mostraría lo bueno que podríamos ser juntos. Explosivo, único, increíble. La trataría como mi reina, porque eso era.

Una maldita reina. Había estado cargando su secreto y protegiendo a sus hijas. Era mi turno de protegerlas a todas. Tenía la intención de cuidarlas. Si ella me lo permitía.

Las dependientas revoloteaban a su alrededor mientras me sentaba en el sofá, atendiendo asuntos en mi teléfono. Me di cuenta de que a Gemma no le gustaba que la gente la agobiara. Más de una vez la sorprendí mirando hacia la puerta de salida, abrumada y molesta por todo aquel alboroto.

Cada vestido parecía incluso mejor que el anterior. Decidí comprar la tienda. No era ropa de marca y cada prenda era única, nunca se volverían a ver. Al igual que esta mujer que consumía todos mis pensamientos últimamente.

La mujer era impresionante y a su alrededor seguían aflorando cosas que durante mucho tiempo creí reprimidas. Me hacía sentir. Quería hacerla adicta a mí, como *yo* lo era a ella. No la había follado desde el viernes pasado. Mi verga se endurecía cada vez que pensaba en ella, sin importar cuando estuvo sentada en el banco, con los muslos abiertos, dejándome comerle el coño.

Dios, nunca sabría lo difícil que era decirle que no. Quería ponerla de rodillas y empujar mi polla entre aquellos labios rojos, verla chupármela mientras le corrían las lágrimas por la cara.

Lágrimas de felicidad, por supuesto. Pero aun así, no estaba seguro de que Gemma apreciara mis modales en el dormitorio. Parecía demasiado inocente, demasiado vainilla. Sin embargo, aún no me había decepcionado.

Quería llamarla mía y tenerla a mi lado, independientemente de que trabajara para mí o no.

Esto iba a acabar mal, para los dos, porque sabía que no tenía ninguna posibilidad de dejarla ir.

Capítulo Veinticinco



Genevieve

El miércoles llegó demasiado rápido. Betty y sus hijos se quedarían a dormir en nuestra casa para cuidar de las niñas mientras iba al evento con Kristoff.

Eran las dos de la tarde cuando me duché y sequé y, justo a tiempo, sonó el timbre. Me puse rápidamente una bata y me apresuré hacia la puerta principal para encontrarme con un equipo de tres señoras, atentas, con amplias sonrisas en sus rostros.

—Hola, soy Diane. —Parpadeé. La mujer era impresionante y no podía dejar de mirarla, su cabello negro como el ébano y su piel clara hacían un contraste sorprendente. Sus labios carnosos eran demasiado grandes para su cara, pero extrañamente, eso la hacía parecer aún más exótica—. Estamos aquí para prepararte para el evento de esta noche —aclaró, ofreciéndome una gran y cálida sonrisa.

—Kristoff nunca mencionó que vendrían —comenté estúpidamente.

—Me reservó hace una semana. ¿Quizá lo olvidó? —comentó con una sonrisa—. De cualquier manera, estamos aquí para peinarte, maquillarte y hacerte las uñas.

Fruncí el ceño y no me creí la excusa de que a Kristoff se había olvidado. El hombre era una máquina. Pensaba en todo y nunca olvidaba nada. Aunque, sorprendentemente, me gustó que organizara toda la logística de esta noche, incluido el equipo de belleza. Siempre había sido la que se ocupaba de todo, y aquello me pareció un cambio agradable. Agradecí los mimos, independientemente de que fuera por motivos de trabajo.

«Que Kristoff te comiera el coño no era un mimo por motivos de trabajo», se burló mi mente con sarcasmo.

Haciendo caso omiso de los susurros de mi mente, me hice a un lado para permitir que Diane y sus dos ayudantes atravesaran la puerta con todo su equipaje.

—No se están mudando, ¿verdad? —bromeé.

—No, a menos que te ofrezcas. —Diane me siguió la broma con una sonrisa, mientras sus ojos me recorrían clínicamente. Bajé la mirada, esperando que no me encontrara poca cosa. Aunque, a decir verdad, no importaba porque mi jefe me llamó perfecta—. Bien, veo que ya te has duchado. Vamos a ponerte fabulosa. Empezaremos por las uñas.

Sonreí.

—¿Sabes?, en realidad me hice las uñas la semana pasada. Tal vez podamos ahorrar algo de tiempo y...

—No te preocupes —me cortó, con seguridad—. Las refrescaremos.

Una vez que las llevé a mi sala de estar, las vi prepararse y traer una silla de la cocina, con la esperanza de que hubiéramos terminado antes de que mis hijas llegaran a casa. De lo contrario, tendría un desastre entre manos. Se desplegó una mesa con cantidades masivas de maquillaje de todos los colores y tonos, una cesta aparte con productos y herramientas para el cabello.

Diane inclinó la barbilla, indicándome que me sentara.

—¿Dónde está el vestido? —preguntó.

—Lo colgué arriba —informé, levantándome para ir a agarrarlo. Me puso la mano en el hombro y me empujó suavemente hacia abajo.

—Vamos a empezar. Le diré a Leslie que lo traiga. Solo indícale dónde está.

La dirigí a mi armario y regresó en cuestión de segundos, mostrándole el vestido a Diane.

—Ah, precioso. —Sonrió mientras lo estudiaba—. Simplemente hermoso. Vas a superar a

todas las damas.

No importaba si iba a superar a otras mujeres porque me encantaba el vestido. Me hacía sentir preciosa. Sabía que el suave material abrazaría mis curvas y dejaría una espalda descubierta que no revelaba nada, pero dejaba mucho a la imaginación. El vestido blanco perla tenía tirantes negros, el contraste era marcado y llamativo. La verdad, el vestido era una pieza atemporal.

Tomó una caja de terciopelo negro y me la entregó.

—Esto es para ti —dijo—. El señor Baldwin me dio esta nota también.

Desdoblé el papel, lo leí y el corazón me dio un vuelco. Fue como recibir una carta de amor. La idea era ridícula, aun así, me comporté como una jovencita que se abanicaba tras el primer chico.

Ponte esto para mí. El código para abrir la caja se envía por mensaje a tu teléfono. Como era de esperar, breve y directo.

Fui a agarrar mi teléfono, mientras Diane seleccionaba sus colores y los mezclaba. Cuando tuve el móvil, volví a la sala y tecleé el código que me había enviado Kristoff. La caja de terciopelo negro se abrió y en la habitación resonaron jadeos.

La caja contenía el collar más hermoso que jamás había visto. Elegante. Brillante. Costoso.

Levantando la cabeza, observé los ojos abiertos de las mujeres sobre la caja.

—Jesucristo. —Jadeó Leslie—. ¿Son reales esas piedras?

Sospechaba que lo eran. Ese hombre no hacía nada a medias.

Sin embargo, esa no fue la razón por la que me encantó el collar. Tenía clase y un diseño único. Pequeños y medianos diamantes formaban un bucle a lo largo de los lados del collar hasta que los diamantes se hacían más grandes hasta llegar al centro, donde yacía una gema esmeralda en forma de lágrima que probablemente alimentaría a una familia durante muchos años.

—Vamos a ponértelo, ¿de acuerdo? —sugirió Diane. Asentí con la cabeza, incapaz de apartar los ojos.

Le entregué la caja y lo sacó con cuidado.

—*Wow*, creo que me tiemblan las manos —bromeó con desgana.

—No creo que las piedras sean tan quebradizas —repliqué—. A menos que sean de cristal. —Y apostaría mi vida que a Kristoff no le gusta lo falso. Sus mancuernillas eran de metal auténtico, oro o platino, y las piedras eran diamantes de verdad.

Levantándome el pelo, me di la vuelta. Me lo puso alrededor del cuello y luego buscó otra cosa. Seguí su movimiento hasta una pulsera a juego y un par de pendientes de diamantes. Estaba tan asombrada por el collar que no me fijé en ellos.

—De acuerdo —anunció Diane, volviendo a lo suyo—. Ahora que ya tenemos el vestido y las joyas, estoy pensando que llevaremos tu precioso cabello oscuro con esos reflejos castaños naturales recogido con algunos mechones rizados cayendo hacia abajo. Así parecerás natural y se verán el collar y los aretes, acentuando aún más tu belleza.

—Está bien —acepté, sintiéndome como si me estuviera preparando para el día más importante de mi vida.

Se puso manos a la obra con rapidez y eficacia. Mientras me peinaba, sus asistentes trabajaban en mis uñas, primero manicura y luego pedicura. Después del peinado, Diane pasó al maquillaje con la misma eficacia. Ella y su equipo se ocuparon de todo de forma experta, lo que no me dejó nada que hacer salvo pensar.

—¡Te ves preciosa! —Una exclamación me sacó de mis oscuros pensamientos. La encontré estudiándome con satisfacción en los ojos, y luego subiendo un espejo de mano.

Mi reflejo me devolvió la mirada.

—Gracias a tus manos expertas —susurré, con los dedos recorriendo ligeramente mi cabello.

—No, querida. Eres una belleza natural, por dentro y por fuera. Y hoy en día, eso es raro. Ahora ve a ponerte ese vestido.

Agarré el vestido, subí las escaleras y me lo puse en el baño principal. La mujer del espejo tenía un aspecto increíble. Mientras me escudriñaba, girando de un lado a otro, casi no me reconocí. Diane hizo un trabajo fabuloso. Me preocupaba que me hubiera maquillado demasiado, pero lo único que hizo fue realzar mis mejores rasgos. Las joyas completaban el vestido a la perfección. Deslizándome sobre los zapatos que había comprado Kristoff y con una última mirada en el espejo, salí del dormitorio y del pasillo, luego bajé las escaleras justo a tiempo para oír a Betty y a todos los niños entrar en la casa.

Al instante, la casa bullía de energía y voces mientras los pequeños corrían por ella. Fue como si un tornado barriera todo el primer piso en forma de piececitos. En cuanto me vieron, se hizo un silencio sepulcral, seguido inmediatamente por los chillidos de mis hijas. Los hijos de Betty se limitaron a poner los ojos en blanco, aunque también se quedaron mirando.

—¡Mamá! —Saoirse sonrió, aplaudiendo—. ¡Pareces una princesa!

Sonreí. A todas nos encantaba el tema de las princesas.

—Gracias, cariño —canturreé—. Ven y dale un beso a mamá. ¿Cómo estuvo tu día?

—Estuvo bien. —Saoirse hizo un gesto despectivo con la mano y sus ojitos se fijaron en mis joyas. No pude contener la sonrisa—. ¿Puedo tener un vestido como ese también? ¿Y el collar brillante?

Me reí. Tan típico de mi Saoirse querer lo más bonito y caro que había. Miré a Betty. Sus ojos brillaban con lágrimas.

—*Oh*, Gemma —murmuró suavemente—. ¡Estás hermosa!

—No llores —dije, sonriendo—. Me hace sentir incómoda. Como si fueras mi madre y me estuviera preparando para ir al altar. —Risas y carcajadas llenaron la casa.

Sierra se me acercó, sus manos tirando de mi vestido. Me arrodillé y la abracé. Sus manitas regordetas me rodearon y me dio un beso enorme. Mi amorcito.

—Te amo, cariño.

—Te amo, mami. —Tiró de mi collar—. Bonito.

Me reí suavemente.

—Gracias, amor. No tiremos de él, para que no se rompa. No es mío.

—*¿Mío?* —Sus grandes ojos azules brillaron esperanzados.

—No, pero tus joyas son aún más bonitas —expresé suavemente.

—Mamá, luces estupenda —elogió Sienna con cara de sorpresa. No podía culparla; ya casi nunca me arreglaba—. En realidad, estás mejor que estupenda. Estás preciosa.

—Gracias, cariño. —Me levanté y me incliné para besar la mejilla de mi hija mayor. Estaba creciendo demasiado rápido, convirtiéndose en una señorita.

Mis ojos viajaron a la sala de estar para encontrar a Saoirse ya al lado de Diane, haciéndole un montón de preguntas.

—Lo siento, Diane —me disculpé—. Le gusta todo lo nuevo.

Diane me miró divertida.

—¿No lo hacemos todas? —bromeó, fijándose en Saoirse—. ¡Esta va a ser un bombón cuando crezca! Mira esos preciosos y exóticos ojos oscuros. Los sacó de su madre. —Se arrodilló y escuchó a Saoirse, que señalaba con entusiasmo el maquillaje y todos sus productos.

La casa bullía de vida y risas, Betty nos daba copas de *champagne* a Diane, a sus ayudantes y

a mí.

—Brindo por una noche de fiesta para mami —animó alegremente. Esto era incluso mejor que el día de la boda.

Chocamos suavemente nuestras copas y bebimos un sorbo. El suave líquido se deslizó por mi garganta. Saoirse se incorporó en el sofá para poder estar junto a su hermana mayor. Ambas se inclinaron más hacia mí, admirando el collar, mientras Sierra rodeaba mis piernas con las manos, enterrando la cara en el vestido.

—Mamá, ¿este collar es de verdad? —inquirió Sienna.

Me encogí de hombros

—Creo que sí.

—También quiero uno, mamá —se quejó Saoirse—. ¿Puedo tener uno como el tuyo? —suplicó.

—No es mío —repliqué—. Tienes hermosas joyas de princesa. Ve por ellas y muéstranos una de tus preciosas piezas.

Negó con la cabeza, sus dedos rozando la esmeralda una y otra vez.

—El collar te queda perfecto, Gemma. —La voz grave de Kristoff interrumpió la conversación y me di la vuelta. Ninguna de nosotras se dio cuenta de que había entrado. Su paso hacia nosotras era seguro y sin esfuerzo. El corazón se me aceleró, golpeándome las costillas—. Sabía que te quedaría precioso.

Era alto, apuesto. Sus anchos hombros se ajustaban a la perfección a su esmoquin hecho a la medida y sus mancuernillas de esmeralda, contrastando con el material oscuro, hacían juego con la piedra de mi collar. Su mirada me recorrió la figura, dejando una estela de fuego a su paso. Dios, este hombre me hacía temblar las rodillas.

—Las esmeraldas hacen juego con tus ojos —mencioné con voz ronca. Esos fanales que podían arder con hielo y fuego, enviándome a las alturas más asombrosas. Mientras con una mano sujetaba a Sierra, que aún me rodeaba la pierna, la otra se dirigió al collar—. No lo perderé —prometí con voz temblorosa.

—El collar es tuyo. Puedes hacer lo que quieras con él, incluso tirarlo a la basura. —Las mujeres a nuestro alrededor jadearon—. Aunque me encantaría que te lo quedaras. —Sonrió, su postura se relajó.

Una respiración. Dos respiraciones.

—D-de ninguna manera. No p-puedes regalarme e-esto —tartamudeé—. Debieron haber costado una fortuna. —Su vista nunca se apartó de mí. El momento de espesa tensión llenó el aire y Saoirse lo rompió, dando zancadas hacia él. Le tomó la mano y tiró de ella. Sus ojos bajaron hacia ella.

—Si mami no lo quiere, no te preocupes, me lo quedaré yo —le aseguró con una gran sonrisa —. Irá con mis vestidos. Lo cuidaré muy bien.

Las risas llenaron la sala mientras ella le sonreía, tan satisfecha de ayudar y con lo mirada brillante de esperanza.

Se puso en cuclillas y la miró.

—Te conseguiremos uno parecido al de mami. ¿De acuerdo? —prometió en voz baja, y Saoirse se derritió. Esperaba que estuviera bromeando, aunque no podía asegurarlo.

—*Umm*, ¿recuerdas a Betty? —interrumpí su intercambio—. Y estos son sus chicos, David y Jeremy.

—Encantado de verte de nuevo, Betty —reconoció—. Y encantado de conocerlos, chicos.

Se pegaron a su madre, ligeramente tímidos.

—Hola.

Diane se me acercó con un chal de seda negra y me lo puso sobre los hombros.

—Pásala bien, mamá. —Sienna me besó en la mejilla—. Si Saoirse se queda el collar, yo quiero el vestido para mi baile de graduación. —Sonrió y su atención se desvió hacia Kristoff—. ¿Trato hecho?

Me reí entre dientes.

—Te conseguiremos tu propio vestido, incluso mejor que este —aseguré. Sierra seguía agarrada a mi pierna, así que me arrodillé a la altura de sus ojos, aunque era difícil con ese vestido.

—Sierra, cariño. ¿Recuerdas que dijimos que mami tiene que ir a un lugar esta noche? —le pregunté suavemente. Esos ojos azul cielo se clavaron en mí, mirándome fijamente. Asintió con la cabeza.

—Betty se quedará contigo —continué—. Y Sienna te leerá un cuento esta noche. A ti y a Saoirse juntas. Volveré tarde, pero antes de irme a la cama, iré a tu habitación y te daré un beso. Te lo prometo. Cuando te despiertes por la mañana, estaré aquí.

Me observó unos instantes en silencio y luego me rodeó con sus brazos regordetes.

Sienna le agarró la mano suavemente y Saoirse se acercó, dándome un fuerte abrazo.

—Te amo, mami. ¿Vendrás también a darme un beso cuando vuelvas?

—Siempre —susurré, besándola en la mejilla—. Iré a darles a las tres un beso de buenas noches. —Betty me miró y articuló con la boca *vete*.

Saoirse fue a reunirse con Sienna y Sierra. Cuando empecé a levantarme, Kristoff me tomó de la mano y me ayudó.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí. —Sonreí, con el corazón agitado. Con una última inclinación de cabeza y una sonrisa al grupo, nos dirigimos a la puerta, con su mano en la parte baja de mi espalda mientras salíamos.

Nos esperaba una limusina con chofer. Sería tan fácil fingir que se trataba de una cita con un hombre guapísimo que me hacía palpitar el corazón y arder el cuerpo.

El conductor abrió la puerta.

—Yo me encargo, Charles —le interrumpió mi jefe—. Gracias.

Kristoff me agarró de la mano y me ayudó a entrar. Cerró la puerta, se acercó a la otra y se deslizó a mi lado. Sus ojos encontraron los míos, brillantes con algo oscuro y feroz, y una respiración temblorosa se escapó por mis labios intentando calmar mi acelerado corazón.

Dios mío, este hombre sería mi muerte. De la mejor manera posible. *¡Lo que él podía hacer con su boca!* Sin embargo, la inseguridad me acosaba. ¿Por qué no quería que le correspondiera? No es que fuera mucho de dar sexo oral. Aunque, de algún modo, estaba segura de que con él sería una experiencia completamente diferente.

—Estás impresionante. —Su voz profunda penetró hasta mi alma.

—Gracias —dije con voz entrecortada—. Es todo gracias a tu equipo y a este vestido que compraste. Realmente pensaste en todo.

Sus ojos se clavaron en mi cuello, mi pulso palpitaba visiblemente.

—No, eres tú. Solo tú —afirmó con voz de seda negra.

—Tampoco estás nada mal —respondí. Dios, estaba guapísimo. Como el pecado vestido en traje, tentándote a hacer cosas perversas.

Sirvió una copa de *champagne* y me la dio. Cuando la agarré, nuestros dedos se rozaron, haciéndome soltar chispas por la piel. Me la llevé a los labios, bebí un sorbo y lo vi servirse un vaso de *whisky*. Aquel hombre me sacudía hasta lo más profundo de mi ser, tentándome a

inclinarme hacia delante y apretar mis labios contra los suyos para saborear el alcohol en ellos. Lo vi llevarse el vaso a los labios. Luché contra el impulso de probar el alcohol en su boca.

El silencio era intenso mientras la limusina avanzaba por la autopista. Mirando por la ventanilla, no pude evitar reflexionar sobre la ironía de la vida. Hacía apenas unas semanas estaba en bancarrota, pensando en cómo comprar comida. Y en ese segundo estaba allí, montada en una limusina con un multimillonario, con un vestido caro y joyas que valían más que mi sueldo de todo un año.

Exhalé un profundo suspiro. Con la mano libre, me alisé el vestido, el sedoso material suave bajo la palma. Recordé a Jack y la primera joya que me regaló. Era un anillo de la máquina de chicles. Estábamos en la quiebra. Sin embargo, me pareció un gesto tan dulce y romántico. Aún conservaba el anillo, aunque los dulces recuerdos se volvieron amargos y la incertidumbre lo siguió.

Hasta *ese día*.

—Nunca había conocido a una mujer que se sintiera tan cómoda con el silencio como tú —comentó Kristoff, sacándome de mis pensamientos y me vino a la mente mi primera entrevista con él, cuando el silencio *me* puso ansiosa. Mis ojos viajaron hacia él. Toda su presencia gritaba dinero, mucho, mucho dinero. Y confianza. Tan distinto a mí—. ¿En qué estás pensando? —preguntó.

—Nada —respondí, forzando una sonrisa en mis labios. Puede que se comprometiera a abrazarme después del sexo, aunque estaba segura de que no le gustaría oír hablar de mi turbulento pasado.

Se inclinó hacia mí y me atrajo hacia él. Sus labios recorrieron ligeramente mi hombro desnudo y subieron por mi cuello.

—Algún día, espero que confíes en mí y compartas tus secretos conmigo —susurró contra mi piel, justo debajo de mi oreja.

Cerré los ojos, saboreando su aliento caliente sobre mi piel. Me encantaban sus manos sobre mí, su tacto experto marcándome como suya. Quizá si firmaba su contrato, también lo tendría como mío durante un tiempo. No obstante, sabía que nunca confiaría en él lo suficiente como para compartir mi secreto. Nadie lo sabía, ni siquiera Rick y Betty.

Sin embargo, a veces el impulso de desahogarme era fuerte. Solo para sacármelo del pecho. El riesgo era demasiado grande y superaba los beneficios. Me costaría mis hijas.

Sacudí la cabeza, ahuyentando mis pensamientos. No podía dejarme llevar por mis sueños y deseos. Cuando las niñas crecieran, pagaría por mis pecados, pero no mientras mis ellas me necesitaran. Debía comportarme de forma responsable y mi cuerpo reaccionaba de manera demasiado salvaje a su alrededor. Y firmar el contrato con este hombre no era una opción, lo que significaba que después de dos meses ya no estaría cerca de él.

A pesar de todo lo que teníamos en contra, lo deseaba con todas mis fuerzas. Disfrutaba tanto de su compañía como de sus caricias. Su interacción con mis hijas me sorprendió y me hizo desear cosas a las que había renunciado hacía mucho tiempo. Era peligroso volver a recorrer el mismo camino; solo podía llevarme al desengaño. Desear su corazón y su alma era una tontería; darle los míos, aún más. Querer a este hombre para compartir mi felicidad y mis penas sería desastroso. Él tenía claro lo que quería y necesitaba. Me quería a su disposición, y no tenía ninguna intención de estar a disposición de alguien así.

«Excepto que me sostuvo». Mi mente se burló de esa idea. *Migajas*. El hecho de que me abrazara no significaba nada.

Con la batalla desatada en mi interior, sus labios encontraron los míos. Su beso fue suave,

gentil, y el primer destello de devoción se instaló en mi pecho. «*Basta*», pensé. Solo era soledad. Kristoff fue el primer hombre que me tocó como si fuera lo más preciado del mundo.

Por un lado, casi deseaba que los dos meses hubieran quedado atrás, para no volver a verlo. Mi autoconservación se desmoronaba a su alrededor. Incluso con Jack, siempre fui capaz de mantener una parte de mí separada. Kristoff, por otro lado, consumía cada fibra de mí sin esfuerzo.

La limusina se detuvo, pero Kristoff no, mis manos agarraron su chaqueta de esmoquin. No sabía si para acercarlo o para alejarlo.

—La puerta se abrirá en cualquier momento —murmuré contra sus labios, con la respiración entrecortada. Se apartó justo a tiempo y la puerta se abrió al segundo siguiente.

Salió de la limusina y me tendió la mano para ayudarme a bajar.

«Tan diferente de Jack que nunca me ayudó a salir del coche», comparaba en silencio y odiaba seguir haciéndolo. Relacionando todo con Jack.

Mirando a mi alrededor, vi un avión que esperaba a unos metros de nosotros con el nombre Baldwin grabado en un lateral. Aquí no había el ajetreo habitual de los aeropuertos.

—¿Tienes tu propio avión? —inquirí. La pregunta era innecesaria, ya que estaba más claro que el agua.

—Sí. Así será mucho más rápido —respondió.

Por supuesto que lo será.

—Deberías ofrecer tu avión a tu madre y a sus amigas para que viajen a Croacia —sugerí, porque, en realidad, ¿qué se le puede decir a alguien que tiene su propio avión? En su fiesta de cumpleaños, salió a relucir mi herencia y, resumiendo, les ofrecí la casa de mis padres. Lena y sus amigas se quedarían allí durante su visita.

—Lo hice.

Me puso la mano en la espalda y me empujó escaleras arriba. Una vez adentro, observé con curiosidad. Mis cejas se fruncieron a la par que mis ojos rebotaban por el elegante espacio. La lujosa y elegante cabina estaba decorada pensando en la comodidad. Me dirigí hacia el suave asiento de cuero del centro, mientras Kristoff se sentaba frente a mí.

Los potentes motores del *jet* se pusieron en marcha, avanzamos suavemente y nos detuvimos, preparados para el despegue. Miré por la ventanilla mientras descendíamos a toda velocidad por la pista y volví a observar a Kristoff.

Todos los *y si...* que había tenido hasta ese momento salieron volando por la ventana. No pertenecía a su mundo y él al mío tampoco. Incluso si quitaba mi secreto de la ecuación, su vida era tan diferente a la mía. Ni siquiera podíamos compararnos.

—¿Está todo bien? —Los ojos de Kristoff me observaban pensativos.

Puse una sonrisa en mi rostro y miré aquellos hermosas esmeraldas.

—Mejor que nunca.

Capítulo Veintiséis



Genevieve

Cuando llegamos, la recaudación de fondos estaba en pleno apogeo. La hermosa propiedad se extendía a lo largo de unas cinco hectáreas frente al mar, con una gran mansión en el centro.

Una gran carpa se alzaba en medio del jardín, con vistas a la bahía de New York y las luces de la ciudad al otro lado, visibles desde cualquier lugar de la misma. En la brisa de principios de verano se escuchaban suaves melodías clásicas que creaban un ambiente relajante.

A la derecha, altas mesas de cóctel y un gran bar atendido por cuatro camareros. Las meseras conversaban discretamente, ofreciendo bebidas a los invitados los cuales apenas les dedicaban una mirada. A la izquierda, había asientos formales, lo que dejaba el centro del lugar libre para socializar, y algunos grupos ya formaban sus círculos.

Y bailaban.

Las mujeres brillaban literalmente con diamantes y elaborados vestidos. Gracias a Dios, Kristoff se encargó de que luciera un vestido y joyas preciosos, porque habría destacado de mala manera si hubiera optado por mi sencillo vestido de cóctel.

En cambio, me sentía como una princesa.

—Supongo que podríamos decir que llegamos elegantemente tarde —susurré, los dos en la entrada, con todo el lugar extendiéndose frente a nosotros.

—No te preocupes —me aseguró mientras me tomaba la mano—. Nada importante empieza sin nosotros. —Lo miré de reojo, con una sonrisa en la cara.

—Eres así de importante, *¿eh?* —me burlé.

—*Lo* somos —corrigió—. Prepárate para que tanto hombres como mujeres sientan curiosidad por ti. Intentarán ser entrometidos.

—Oh, qué *alegría*. —Subiría la *guardia*—. Ya veo que va a ser una gran fiesta —murmuré suavemente, deslizando mis dedos entre los suyos mientras la energía nerviosa rodaba por mi espalda. Entonces, me congelé, dándome cuenta de lo que había hecho.

Kristoff apretó los dedos en torno a los míos, se inclinó y me besó la mejilla.

—No te pongas nerviosa —dijo con voz ronca. Su aroma penetró en mis pulmones, la colonia que siempre asociaría con él—. Nadie en esta fiesta se compara contigo —musitó.

«Ni tú», quise decir, pero me quedé callada.

Entramos y las cabezas se giraron hacia nosotros. Sentí aquellos ojos clavados en nosotros, que me alteraban los nervios. La gran mano de Kristoff apretó la mía para tranquilizarme y le devolví el gesto.

Un hombre mayor de cabello blanco plateado se acercó a nosotros y se jactó alegremente:

—¡Kristoff, bienvenido! —Sus ojos parpadearon en mi dirección y luego volvieron a Kristoff —. Gracias por venir. Me alegro mucho de que hayas asistido.

Los hombres se dieron la mano.

—Senador Ashford. Encantado de verlo. —La mano de Kristoff rodeó mi cintura—. Esta es Genevieve Rose.

—Señorita Rose. Me alegro de tenerla aquí.

—Gracias —comenté.

Ni siquiera se molestó en dedicarme una mirada. No me importaba, pero la tensión se desprendía de Kristoff en oleadas.

—Te veremos en la recaudación de fondos de D.C., ¿verdad? —le preguntó—. La última vez fuiste mi mayor donante.

—Necesitaba una deducción fiscal —replicó con frialdad, y luego me alejó de él.

—Es un imbécil —refunfuñó—. No debería haber donado a su jodida campaña. Ninguna deducción fiscal vale la pena.

—¿Por qué lo hiciste, entonces? —inquirí con curiosidad.

Sus ojos me miraron.

—Es el padre de mi amigo. Lo hice principalmente por Byron.

Antes de que pudiera darle más vueltas al asunto, Kristoff me quitó el chal de los hombros y lo colocó sobre una de las sillas. Le eché una ojeada a la gente, aunque sabía que Kristoff sería la única cara conocida que vería.

—¿Quieres dejar tu bolso de mano aquí? —indagó en voz baja. Asentí con la cabeza, pero no lo dejé aún. Miré a mi alrededor y lo abrí, con ganas de comprobar mis mensajes, pero no saqué el teléfono, insegura de cómo hacerlo con tacto.

—¿Por qué no checas tu teléfono para asegurarte de que todo está bien? —sugirió, e instantáneamente, el alivio me inundó. Para alguien que no quería ninguna parte emocional en el contrato, era considerado y su cuidado me golpeó justo en el pecho. Resistírmele sería mucho más fácil si no me gustara tanto.

Si no lo *deseara* tanto.

Ignorando todos los sentimientos que se agolpaban en mi interior, saqué rápidamente el teléfono, revisé si tenía mensajes y vi uno de Sienna. Me apresuré a desbloquearlo, con los hombros tensos. La mano de Kristoff se deslizó por la parte baja de mi espalda.

—¿Todo bien? —inquirió.

Un suspiro me abandonó al leer el mensaje.

—Sí, gracias. Sienna acaba de enviar una foto en la que se ve que se lo están pasando bien, y otra en la que están durmiendo. —Sonreí y escribí una rápida respuesta de agradecimiento. Luego, lo guardé y volví a centrarme en Kristoff.

Otro hombre se nos acercó con una mujer del brazo, supuse que su esposa. Nos presentamos y la conversación comenzó.

—*Ugh*, cuando estos hombres empiezan a hablar de negocios… —se quejó molesta la mujer —. Me desconecto por completo. ¿Quieres que te muestre el lugar?

Observando a Kristoff, nuestros ojos se cruzaron y asintió, luego se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—No tardes —me dijo suavemente al oído.

—No lo haré —prometí.

Los siguientes quince minutos tuvieron que ser el recorrido más largo de nada. Asentí, sonreí y asentí un poco más. Cuando volvimos con los hombres, me dolían las mejillas de tanta sonrisa falsa.

El brazo de Kristoff me rodeó y mi cuerpo se inclinó hacia él, disfrutando de la sensación de sus dedos rozando la piel expuesta de mi espalda y mientras dibujaba suaves círculos parecidos al toque de una pluma. Me dejé envolver por su calor mientras el grupo de hombres discutía los cambios en el mercado de valores y las próximas campañas.

Sus esposas no se molestaban en comentar el tema, centrándose en los últimos desfiles de moda y los próximos acontecimientos sociales que requerirían un nuevo vestido o nuevas joyas. Toda su vida consistía en lucir fabulosas. Y los hombres las observaban como si fueran sus trofeos. Yo, en cambio, no estaba segura de si me sentía el trofeo o si tenía un trofeo.

Un hombre me llamó la atención cuando se acercó a donde estábamos. La forma en que caminaba hacia nosotros, desde los zapatos negros lustrados, un traje de tres piezas bien ajustado e impecablemente confeccionado, hasta su rostro y su espeso cabello oscuro, hablaban de poder, dinero y control. Y de crueldad.

Algo en él me resultó familiar y me acerqué a Kristoff.

—¿Quién es ese?

Siguió mi mirada y sus labios se torcieron ligeramente.

—Un amigo. Byron Ashford.

—*Ah*, no me extraña que me resultara familiar —solté—. Betty compartió sus fotos de la escuela una o dos veces.

Sus rasgos se hicieron más claros a medida que se acercaba: labios hermosos, una mandíbula que hablaba de determinación, cabello grueso y oscuro que llevaba corto.

—Kristoff —lo saludó, con voz grave y áspera. Luego, me miró y me dedicó una leve inclinación de cabeza. El hombre era tan guapo; todo en él gritaba clase, riqueza y superioridad. Al igual que Kristoff, aunque mi corazón no palpitaba en absoluto al lado de este tipo.

—Byron. —El brazo de Kristoff todavía estaba alrededor de mi cintura—. Esta es Gemma Rose. —Me presentó—. Gemma, este es el amigo del que te hablé. Byron Ashford.

—Espero que no le hayas hablado mal de mí —bromeó Byron mientras me tendía la mano—. Encantado de conocerla, señorita Rose.

Tragué saliva, a pesar de que parecía hacer todo lo posible para hacerme sentir cómoda. Algo en la forma en que sus ojos se clavaron en mí, me hizo sentir un nudo en el estómago. Casi como si pudiera ver mi oscuro secreto y él mismo tuviera muchos más.

—Gracias —expresé, aceptando su apretón de manos.

Su agarre era firme, aunque no tanto como para hacerme daño.

—Tenemos una amiga en común —continuó, ya que parecía que no encontraba nada inteligente que decir—. He oído hablar mucho de ti.

Me sentí incómoda y miré a Kristoff. Me observaba con expresión cautelosa.

Sonreí, aunque no necesitaba un espejo para saber que era mi sonrisa reservada.

—Sí, Betty es genial.

—¿Qué tal la fiesta hasta ahora? —cuestionó, señalando con la cabeza a los hombres que no dejaban de saludarlo. Pero sus ojos nunca se apartaron de mí y me encontré dando un paso más cerca de Kristoff. El movimiento no pasó desapercibido para su amigo.

—Bien, gracias —respondí, sin saber qué tenía ese hombre que me ponía un poco nerviosa. Era como si conociera todos mis secretos y no dudaría en usarlos en mi contra. La vibra de Kristoff no era tan despiadada. No había duda de que iba por lo que quería, pero no tenía la sensación de que fuera a aplastar a alguien por el camino. En cambio, las vibras de Byron Ashford... eran todo lo contrario.

—Tu padre está aquí —interrumpió Kristoff el incómodo intercambio—. En toda su gloria habitual.

Los ojos de Byron apenas parpadearon, mas un duro brillo entró en ellos antes de desaparecer.

—¿Los veremos en su próxima recaudación de fondos en Washington? —nos preguntó a ambos.

Ladeé la cabeza en dirección a Kristoff, quien se limitó a asentir y luego contestó:

—Allí estaremos. ¿Tu hermana está bien?

Fue entonces cuando el rostro de Byron se transformó y apostaría todo lo que poseía a que

era un hermano muy protector. Sin lugar a dudas, sabía que movería cielo y tierra para mantener a salvo a su hermana y eso, de repente, lo hizo accesible.

—Sí, gracias. Está trabajando en un caso en New Orleans. Se va a meter en un lío por indagar demasiado —renegó. Kristoff enarcó una ceja, sorprendido—. Haría que la despidieran si no pensara que me colgaría de las pelotas y luego me obligaría a hacer que la volvieran a contratar.

No pude evitar que se me escapara una risita y los ojos de Byron se encontraron con los míos, con una expresión divertida en ellos.

—¿Crees que merezco semejante tortura, Gemma? —inquirió, su voz grave y severa con una pizca de diversión tras ella.

Reprimí una sonrisa.

—Claro que no. A menos que hayas hecho algo para merecerlo.

Una sonrisa de satisfacción se formó en su rostro. Podía ver cómo las mujeres se enamoraban de ese tipo. No me atraía, aunque tal vez era porque mi tiempo con Kristoff ya había quemado todos mis fusibles. Un hombre caliente en mi vida era suficiente.

—Kristoff, mejor mantén a Gemma alejada de Aurora. Será una mala influencia y nos atacarán.

Había una presencia imponente en ese hombre que me recordaba a Kristoff. Aunque no podía precisar la razón detrás de ello.

—¿Se conocen desde hace mucho tiempo? —pregunté con curiosidad, mientras mis ojos iban de un lado a otro y finalmente se fijaban en Kristoff.

—Servimos juntos por Oriente Medio —respondió Kristoff.

—Kristoff era mi oficial al mando cuando me uní —añadió Byron.

Recordé haber leído sobre el servicio militar de Kristoff.

—Fuerzas Especiales, ¿verdad? —La sorpresa se reflejó en la expresión de ambos—. ¿Qué? —repliqué a la defensiva, mirando a Kristoff a los ojos—. *La ignorancia no es felicidad.* Y después de nuestra única conversación, era justo. Lo sabes todo de mí, así que también podría saber *algo* de ti.

Una ceja de Kristoff se alzó, y me estudió como si decidiera si estaba contento o no con esa nueva revelación.

—¿Hace cuánto tiempo? —indagó Kristoff despreocupadamente, aunque podía sentir la tensión que se desprendía de él y una pizca de vulnerabilidad persistía en aquellas profundidades verdes.

—*Umm,* después de la primera cena —admití. Se relajó al instante y caí en cuenta. Le preocupaba que mi rechazo se debiera a lo que había descubierto sobre él. Quería abrazarlo y decirle que ninguna opinión pública me haría cambiar la percepción que tenía de él.

Sin embargo, había demasiada gente aquí para ser tan abierta, y no estaba segura si lo aceptaría.

El resto del grupo centró su atención en nosotros y la conversación pasó a los negocios. Me sentí reconfortada con la mano de Kristoff alrededor de mi cintura y su toque tranquilizador, mientras observaba a los hombres interactuar. La mayoría de ellos buscaban a Kristoff y Byron para pedirles consejo sobre negocios, atrayendo la atención de todos. No solo por su altura y su fuerza, sino también por su presencia.

—¿Juega a la bolsa de valores, señorita...? —Uno de los hombres se dirigió a mí y le lancé una mirada de sorpresa. Hasta ese momento los hombres habían evitado hablarme, salvo Byron.

Sacudí la cabeza.

—Soy Gemma. Y no, no juego a la bolsa. Es demasiado parecido a las apuestas para mi gusto. —Además, se necesitaba dinero para jugar a la bolsa, pero me guardé esas palabras.

—*Ah,* tienes razón, Gemma. —Los hombres se rieron, sin apartar la vista de Kristoff y de mí —. Mujer inteligente. Eso es raro hoy en día, belleza y cerebro —elogió, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Mi cara se sonrojó ante el cumplido.

—Por supuesto, sería Kristoff quien la encontraría —dijo el senador Ashford, sus ojos fríos sobre mí.

—No me encontró —repliqué, con el cuerpo moviéndose ligeramente hacia Kristoff. No me agradaba nada el senador Ashford—. Yo lo encontré.

Aunque los hombres parecían divertidos, no se me escapó cómo nos observaban a ambos como halcones. Como si buscaran cualquier indicio de engaño o algo que pudieran echarle en cara.

—¿Qué tal un baile? —Kristoff sugirió.

Asentí y dejé que me llevara a la pequeña pista de baile. Sonaba la suave melodía de una canción *country* y algunas parejas bailaban lentamente. La mano de Kristoff me rodeó la cintura y seguí su ejemplo, moviendo nuestros cuerpos a la vez. Tal vez era la canción o el entorno, pero mientras nos balanceábamos juntos al son de *The Good One* de Gabby Barrett, algo en lo más profundo de mi alma susurró las palabras y las unió a este hombre.

La brisa de la bahía refrescaba mi piel acalorada. Me concentré en los sonidos de las olas en la distancia, que iban en perfecta sintonía con la música, mientras el cuchicheo de las voces se desvanecían en el fondo. Lo único que escuchaba era la canción y el suave movimiento del agua contra la orilla.

—Gracias por venir conmigo. —Levanté la cabeza para encontrarme con los ojos de Kristoff. ¿Era uno de los buenos? Mi corazón pensaba que sí, mas no podía estar segura.

—De nada. —No me molesté en señalar que era mi trabajo. No importaba. Lo único que importaba era que Kristoff me quería aquí.

—Bailas muy bien —felicité.

—Solo cuando tengo una buena pareja —reconoció mientras su boca rozaba mi mejilla y tuve que morderme el interior de ella o arriesgarme a que un gemido se escapara por mis labios —. La pareja de baile más hermosa.

Dios, podría ser uno de los buenos. Al menos en la pista de baile y con sus atenciones que me encantaba.

La canción terminó y cambió a otra. Pero mi cuerpo zumbaba con diferentes tipos de adrenalina. Lo único que podía sentir y oír era a este hombre.

—Los ojos de todos los hombres están puestos en ti —anunció con voz ronca—. No obstante, tus ojos solo están en mí.

No podía apartar la mirada de él. Todo me cautivaba de la mejor manera posible. Me asustaba y emocionaba al mismo tiempo. Temía que me resultara tan fácil enamorarme de este hombre que tenía sus propios fantasmas y, desde luego, no necesitaba los míos.

Así que, en lugar de decir algo más, apoyé la cara contra su pecho e inhalé su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones. «*Todo saldrá bien*», susurró mi corazón.

Entonces, ¿por qué percibía ya dolor en el horizonte?

Capítulo Veintisiete



Kristoff

Gemma le sonrió a Byron, haciendo una vívida mímica con las manos y lo que fuera que estuviera explicando hizo que mi amigo echara la cabeza hacia atrás y se riera a carcajadas.

No exageré cuando le dije que todos los hombres la observaban. Miradas hambrientas, curiosas. No aparté los ojos de ella en toda la noche. No intentó coquetear con nadie. Sus sonrisas eran reservadas y su postura cautelosa. Aunque con Byron estaba un poco más relajada.

Sí, estaba totalmente celoso.

Considerando mi pasado, probablemente estaba más que celoso. A un grado obsesivo. Quería ir con Byron y darle un puñetazo en la cara para que su rostro no fuera tan bonito. Lo único que me detenía era que Gemma no dejaba de mirarme.

Se encontraba sentada enfrente de mí y me molestó que no estuviera sentada a mi lado. Estaba demasiado lejos. Quería su pierna apretada contra la mía.

—Parece que estuvieras listo para asesinar a Byron por hacer sonreír a tu chica. —Mi mandíbula se tensó al oír la voz familiar detrás de mí. Apenas le dediqué una mirada a Jonathan, mi viejo amigo.

—Voy a asesinarte, a menos que estés al menos a treinta metros de mi cita. —Mi voz era fría, pero oscura.

Jonathan siseó, como si estuviera molesto. Lo estaría menos cuando estuviera muerto.

—Es una cosita bella —comentó pensativo—. No la tomaría por tu tipo, pero claramente lo es ya que apenas le has quitado los ojos de encima.

Mi mano se tensó, tenía los malditos cubiertos tan cerca de mis dedos. Podría apuñalarlo *accidentalmente*. Matarlo al aire libre no sería aceptable.

—Piérdete, Jonathan —advertí, mientras me levantaba. Me harté de ver a Gemma sonreírle a Byron. Acabaría golpeando a dos hombres esta noche.

—Creo que voy a pujar por ella —mencionó, arrastrando las palabras, mirándola como si fuera un caramelo.

La ira me ardía en la garganta y bajaba por el pecho. Era demasiado viejo para esa mierda. Me giré para irme, pero... *que se joda*. Quería ver si todavía lo tenía.

—¿Jonathan?

—¿Sí?

Me giré hacia él y le di un golpe en la cara, borrándole la sonrisa de satisfacción.

—No se presentará a la subasta —gruñí entre dientes mientras la mesa se llenaba de jadeos.

* * *

Los ojos gentiles de Gemma me observaban, aunque todavía no había hecho ningún comentario sobre mi comportamiento. Jesucristo, hacía décadas que no daba un puñetazo. En realidad, tras pensarlo nuevamente, fue a Jonathan a quien le di un puñetazo la última vez también.

Por traicionarme.

Sospechaba que mi exmujer me engañaba, no obstante, nunca esperé que fuera con mi mejor amigo.

La mayor parte de la sociedad conocía la historia entre Jonathan y yo, así que siguieron como si nada. Antes de que pudiera decir otra palabra que me haría golpearlo hasta dejarlo sin sentido, rodeé la mesa para arrebatar a mi cita del hechizo de Byron.

La cara de sorpresa de Gemma era evidente.

—¿Estás bien? —Los mechones oscuros enmarcaban su cara. Demonios, era preciosa. Tan hermosa que me robaba el aliento.

Bailamos una canción cursi que no reconocí. Era demasiado movida. Prefería la de *country* antes que a esta canción *pop*.

—Sí. —Mi respuesta fue demasiado cortante. Demasiado fría.

Sus oscuras cejas se fruncieron antes de asentir sin decir nada más. No estaba seguro de si me gustaba o no. Tenía la sensación de que Gemma había aprendido a no discutir y a dejar pasar las cosas. No quería que dejara pasar nada, por pequeño o grande que fuera.

—¿Quién era ese tipo con el que… —Buscó la palabra adecuada—… tuviste el desacuerdo?

Era una forma delicada de decirlo.

—Una rata. No lo quiero cerca de ti.

—*Oh.*

—Señoras y señores —anunció el maestro de ceremonias por los altavoces—. Pongamos el baile en pausa. Nuestra subasta comenzará momentáneamente.

Gemma se giró hacia el locutor. No se apartó, pero se sentía tan lejos. Quería atraerla y mantenerla pegada a mí. No obstante, me conformé con poner mi mano alrededor de su cintura y la atraje un centímetro más cerca. Afortunadamente, no se resistió.

—Hicimos un pequeño cambio —dijo el orador. Me importaba una mierda lo que tuvieran que subastar. Les haría un cheque al salir. No necesitaba su basura—. Tendremos ciertas señoritas para que pujen por un baile o dos durante el resto de la noche. —Se rio entre dientes, el sonido me irritó los nervios—. Como todos saben, todo lo recaudado será destinado a los soldados heridos que regresan a casa y a sus familias.

Una ronda de aplausos llenó el aire. Joder, estaba listo para largarme de aquí. Estudié la sala, todos estaban concentrados en el locutor. Excepto un par de ojos. Los de Jonathan. Estaban puestos en mí.

Antes de que pudiera reflexionar en ello, el maestro de ceremonias prosiguió.

—Nuestra primera dama por la que todos pueden pujar es Genevieve Rose.

Los focos se centraron en nosotros, ya que la aferré a mí como si temiera que alguien me la arrebatara.

Gemma levantó la cabeza, abrió mucho los ojos y me miró. Su confusión debió de reflejar la mía. Nunca ofrecería a mi mujer.

—Ahí está, damas y caballeros. Vamos a empezar la oferta en…

—Un millón. —Jonathan lo cortó.

Sobre mi maldito cadáver.

—Dos millones —reviré, lanzándole a Jonathan una mirada de “intenta quitármela y te mataré”.

—Tres millones. —Mataría a ese imbécil y haría que pareciera un accidente.

—Cinco millones. —Ofrecí entre dientes.

—¿Qué está pasando? —susurró Gemma, con la sonrisa congelada en los labios mientras sus ojos se movían entre Jonathan y yo.

—Seis millones. —Byron se unió a la puja. ¿Me estaban tomando jodiendo?

—Diez millones. —Ganaría esta puja a toda costa. Nadie tocaría a mi mujer excepto yo.

—Once millones. —Entorné los ojos hacia Byron, que acabaría muerto si no se retiraba.

—Doce millones. —Algún otro miserable decidió jugar también. Esa no era mi idea de cómo debería haber ido esta noche. Mi cita se quedaría conmigo, y si alguno de ellos intentaba llevársela, los golpearía hasta dejarlos sin sentido.

—Trece millones. —Byron pagaría por esta mierda. Si se le ocurrió la idea de la puta subasta, lo dejaría en el maldito desierto y lo abandonaría allí para solearse.

—Catorce millones. —Los ojos de Gemma se abrieron de par en par mientras su cabeza giraba de mí a Byron y de nuevo a mí. Ni siquiera creía que se diera cuenta de que tenía la mano agarrada a mi traje, con los nudillos blancos. Maldito Jonathan. Lo mataría. No había razón para darle la oportunidad de sobrevivir en el desierto. ¡Desgraciados!

Al diablo con todos ellos.

—Veinticinco millones.

Se creó un frenesí con el público. Pero al menos esos desgraciado dejaron de pujar por Gemma. Me observó con los ojos muy abiertos y me ahogué en su suave mirada marrón mientras el subastador cerraba la puja por ella. Pasaron a la siguiente mujer a partir de cien mil, pero lo ignoré todo. Gemma era la única por la que pujaría.

—¿Qué? ¿Cómo? —Gemma luchó por encontrar las palabras—. Por favor, dime que no son veinticinco millones de dólares de verdad.

Dios, cómo brillaban sus ojos, cómo me hechizaban. Podías perderte en su oscura mirada de *whiskey*.

—Es solo dinero.

Palideció.

—¿Solo dinero? —susurró, sorprendida—. Es un montón de dinero.

La acerqué más a mí y sus pechos rozaron mi traje. No era suficiente. Necesitaba mucho más de ella.

—Es por una buena causa —dije con voz ronca, rozando con mi boca su suave piel—. Y no toleraré que otro baile contigo. Quiero cada uno de tus bailes. —«*Para el resto de tu vida*».

Las palabras se clavaron en mi cerebro y me dejaron conmocionado. Dejé escapar un suspiro sardónico, odiando que por fin me hubiera pasado a mí. Quería una cosa que se me había negado toda la vida. Una maldita familia de verdad. El matrimonio de mis padres fue una broma. Peleas y gritos. Engaños. Escenas y escándalos.

Y entonces probé mi propio desastre con mi ex. Engaño. Escándalo. Destrucción.

Hasta que una cosa buena salió de ello. O eso pensaba.

Resultó que esa cosa buena pertenecía a otra persona. Mi mejor amigo. Maldito desgraciado.

Sin embargo, aquí estaba, la mujer que se sentía mejor que el cielo. Se sentía como en casa. Como familia. Era todo lo que siempre había querido. E irónicamente, se contenía. Toda mi riqueza no parecía tentarla.

Tal vez la chantajearía para que firmara ese contrato. Extorsionaría para que se quedara conmigo. Mantenerla a mi lado hasta que pudiera ver lo mismo que yo. Por ella y sus chicas, quemaría el mundo. Haría cualquier cosa para hacerla *mía*.

—Kristoff. —La suave voz de Gemma penetró a través de la revelación y la obsesión.

—*Hmmm.*

—¿Deberíamos bailar? —Sus ojos miraron a nuestro alrededor y me di cuenta de que la subasta había terminado. Probablemente habían recaudado más que nunca con la primera puja. La pista de baile se llenó lentamente y sonó la música—. Ya que has pagado veinticinco millones por un baile.

Mis labios se curvaron.

—Me encantaría.

Si tan solo supiera que pagaría el doble por ella. El triple. Le daría cualquier cosa. El maldito mundo entero. Con tal de que fuera mía. *Para siempre.*

Nuestros cuerpos se movían juntos, su pequeña figura encajaba perfectamente con la mía. La canción me sonaba vagamente familiar, pero no podía concentrarme en otra cosa que no fuera esta mujer. En cómo olía. En cómo se sentía contra mí. La forma en que sus pechos me rozaban cada vez que respiraba.

—¿Estás enfadado? —Su voz me hizo bajar la cabeza para encontrarme con su mirada. Demonios, esos labios me tentaban. Me incliné hacia ella y los mordisqueé.

—Nunca —murmuré suavemente—. Mientras bailes conmigo… —Y *me folles*—. Nunca podría estar molesto. —*«Mientras seas mía»*.

Se rio suavemente.

—Por todo ese dinero, te mereces todos mis bailes por el resto de nuestras vidas. —Sus mejillas se sonrojaron, como si se hubiera dado cuenta de cómo había sonado aquello. Me encantaba cuando se sonrojaba y me encantaba aún más la insinuación—. *Umm*, amo esta canción.

Ni siquiera me fijé en la canción. Solo en ella. Vivía y respiraba a esta mujer. Una sola probada y había terminado enganchado de por vida. Tan solo tenía que asegurarme de que ella también lo estuviera.

Al escuchar la letra, reconocí la canción de Jason Aldean *Got What I Got*, y maldición me describía con esta mujer. Con ella, no había ningún deseo de volver atrás en el tiempo y tener a otra persona. No echaba de menos nada ni a nadie antes de ella. Era todo lo que jamás necesitaría y querría.

En cuestión de semanas, se había metido en mi corazón. A regañadientes, pero con firmeza.

Enterré la cara en el pliegue de su cuello, aspirando su aroma. Era tan exclusivo suyo. La rodeé con una mano, con la palma en la parte baja de su espalda, y nos movimos juntos. Despacio. Solo nosotros dos y nadie más en ese puto lugar importaba.

Solo ella.

«Le daría a ella y a sus hijas el mundo», juré. «*La haría mía. La haría feliz»*.

—Yo también —le murmuré al oído. Sentí su cuerpo estremecerse bajo mi palma y se inclinó hacia mí, ladeando ligeramente el cuello para permitirme un mejor acceso. Me dieron ganas de golpearme el pecho y gritarle al mundo entero que era *mía*—. Porque te tengo a ti.

Todos nos miraban, sin embargo, no podía apartar los ojos de la hermosa mujer que tenía entre mis brazos.

Porque tenía todo lo que necesitaba justo aquí. En mis brazos.

Capítulo Veintiocho



Genevieve

Este hombre. Esta canción. Este baile.

El pasado se alejó, dejándome con el hombre que podía llenar mi corazón o destrozarlo. Y aun así, me permití sentir. Sentirlo y a la canción. La piel se me erizó, alcé los ojos para encontrarme con los suyos y me ahogué en ellos. En ese preciso instante, sentí que lo tenía todo mientras estaba entre sus brazos. La forma en que me miraba.

Dios.

Pagó veinticinco millones de dólares para asegurarse de que bailara solo con él. No sabía si pensar que estaba loco o caer rendida a sus pies y ver adónde nos llevaba esto. Ojalá no diera tanto miedo sentir algo tan fuerte. En el fondo, intuía que él podía destrozarme.

Los labios de Kristoff rozaron los míos y un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Estaría mal tenerlo? Solo por unos momentos que serían míos para siempre. Me olvidaría con el tiempo, pero yo jamás podría hacerlo.

—Todos tus bailes son míos —murmuró, sus labios se movían contra los míos, y yo aturdida, solo asentí. Quería dárselo todo, pero me asustaba querer tenerlo todo de él—. Sí, eso me gusta. Eres *mía*.

Amor. Afecto. Apego. Su todo.

La canción terminó y fue como despertar de un sueño. Mi cerebro seguía perdido en una neblina de esperanzas y sueños cuando una voz se oyó detrás de mí.

—Señorita Rose, ha superado todas nuestras recaudaciones anteriores y tengo la sensación de que ninguna de nuestras futuras subastas se podrá comparar. —Giré la cabeza para encontrarme con los ojos de Byron clavados en nosotros, con las manos despreocupadamente en los bolsillos de su impecable traje—. Gracias por no negarte. Uno de nuestros otros invitados la agregó en el último minuto sin permiso.

La fría mirada de Byron se desvió hacia el hombre al que Kristoff había golpeado antes y luego volvió a Kristoff, cuya expresión se ensombreció.

—No te preocupes. —Desvié mi atención hacia el hombre que parecía haber enfadado a Byron Ashford, pero nada en él me resultaba familiar. Algunas otras parejas se unieron para felicitarnos, aunque no estaba segura de por qué. Así que me limité a asentir y sonreír, mientras la mano de Kristoff permanecía posesivamente en mi cintura.

Estos sentimientos frágiles y volátiles no tenían sentido, y sin embargo los amaba. Las mujeres le lanzaban miradas ávidas y hambrientas, pero él ni siquiera las reconocía. Si es que se fijaba en ellas. En cambio, sus ojos siempre volvían a mí, como si quisiera asegurarse de que seguía siendo suya. Aquello era muy confuso, especialmente a mi edad.

—Voy al baño —avisé en voz baja, excusándome. Necesitaba pensar. Respirar. Cuando estaba cerca de Kristoff, tomaba todo mi oxígeno y se convertía en mi sustento.

Cuando me vi reflejada en el espejo, sentí como si otra persona me estuviera mirando. La primera vez que me probé el vestido, me sentí como una princesa. Pero en ese momento me sentía como una impostora. No pertenecía a ese mundo, entre los ricos y elusivos.

Antes de Kristoff nunca me había comparado con la sociedad de clase alta. Sin embargo, después de darle vueltas a la idea de Kristoff y yo, todas mi suposiciones, inseguridades y dudas se arremolinaron en mi pecho.

Mi experiencia con Jack dejó cicatrices más profundas de lo que creía.

No podía ser más diferente de esta gente. Dinero, poder y riqueza era todo lo que importaba para ellos. No tenía nada de eso. A decir verdad, no quería nada de eso, solo lo suficiente para sobrevivir. Pero de alguna manera Kristoff se estaba abriendo camino en mi alma. *Lo ansiaba*, sentirlo contra mí, su palma alentadora en la parte baja de mi espalda. Esto no podía acabar bien, mas no sabía cómo detenerlo.

Tacha eso. Sabía cómo detenerlo, pero no estaba segura de querer hacerlo. La idea de volver a sobrevivir, sin su contacto, me hacía sentir vacía. Hueca. Tenía a mis hijas y eran mi vida, no obstante, las caricias que él me ofrecía eran solo para mí. Luego, estaba el hecho de que a mis hijas les agradaba mucho Kristoff y se acercaban más a él cada vez que lo veían. Apenas lo conocían y ya había dejado huella.

Suspiré pesadamente, terminé de lavarme las manos y salí del baño. Decidí volver a nuestra mesa, no tenía muchas ganas de socializar. Mientras caminaba hacia allí, una dama se cruzó delante de mí. Una mujer preciosa. Su larga melena dorada caía en ondas por su espalda. Su cuerpo era esbelto y tonificado; alta como una modelo. Y me fijé en su rostro, sin una sola imperfección. Excepto sus ojos. Eran del azul más frío, casi cruel.

No pude evitar la sensación de que había algo familiar en ella cuando intenté esquivarla, pero siguió el movimiento impidiéndome el paso.

—Disculpe —solté, molesta.

Se acercó y luché contra el impulso de dar un paso atrás. Un paso más y mis ojos se clavaron en ella. Estaba tan cerca que podía ver las arrugas alrededor de sus ojos. No era tan joven como había pensado en un principio. Probablemente rondaría los cuarenta, aunque lo que fuera que estuviera usando ayudaba a detener su envejecimiento.

—Así que estás aquí con Kristoff, *¿eh?* —El veneno y el odio en su voz era inconfundible—. Veo que ha bajado sus estándares.

Enarqué las cejas, sorprendida por su comentario. Su aliento olía a alcohol y los recuerdos se agolparon en mi mente.

—Apártate de mi camino —siseé, con los recuerdos de Jack a flor de piel, mientras intentaba esquivarla de nuevo. Las memorias de ese último encuentro me golpearon como un tsunami.

«Ahora no», me dije. «*No pienses en ello»*. Respirando hondo, intenté calmar mi acelerado corazón.

Imitó mi movimiento, me agarró el brazo y me clavó sus uñas en la piel. Intenté zafarme de su agarre, pero lo apretó con tanta fuerza que me dolió.

—¿Sabes quién soy? —indagó. La miré fijamente, buscando el recuerdo que revelara su identidad y entonces me di cuenta. La exmujer de Kristoff—. Soy su exesposa —escupió al mismo tiempo que me invadía el reconocimiento—. Si crees que le gustas, estás muy equivocada. Solo quiere que se la chupes. —Levantó la voz, llamando la atención sobre nosotras —. ¡Se cansará de ti muy pronto, zorra!

Logré soltarme de su agarre. Podía ser que estuviera borracha, pero sorprendentemente tenía buen equilibrio.

Me enderecé y la vi a los ojos.

—Puede que sí. Puede que no —repliqué con frialdad—. Pero de cualquier manera ha terminado contigo. Así que te sugiero que sigas adelante. Después del escándalo que creaste, estoy segura de que no quieres otro.

¡Oh mi Dios! Mentalmente, me estaba felicitando a mí misma, orgullosa de haber mantenido la calma y de una respuesta tan impresionante.

Se quedó boquiabierta y disfruté de mi triunfo, aunque fuera momentáneo. Luego hizo una

mueca, con una sonrisa cruel y alegre.

—Veremos lo valiente que eres cuando te ate, te amordace y te folle sin contemplaciones. Le gusta ese tipo de mierda. Dominar a las mujeres. —Fruncí el ceño. Eso no sonaba nada parecido a Kristoff. Sí, no era precisamente delicado, aun así, estaba muy lejos de dominarme. Debió ver confusión en mi cara, porque se aferró a ella—. Pronto descubrirás lo duro que le gusta. Pareces del tipo *vainilla.*

Su aliento invadió mis fosas nasales. Olía a alcohol barato y amargo. Casi como el nuevo conocimiento sobre mi jefe. Aunque no podía decidir cómo me sentía al respecto. No era exactamente desagradable.

—Da igual —le dije, manteniendo la compostura, e incluso sonreí con dulzura. Solo esperaba que viera lo mucho que había perdido—. Ya no es tuyo, y resulta que disfruto lo que hacemos. —Luego, para asegurarme de que lo entendía claramente, añadí—: Dentro y fuera del dormitorio.

Mi mente vitoreaba y aplaudía mientras mi corazón latía con fuerza y mis manos temblaban, aunque las mantenía apretadas, ocultando mi nerviosismo.

La atención de la gente se dirigió hacia nosotras, más de un grito ahogado recorrió la sala, como las olas de la bahía rompiendo contra la orilla. Sin embargo, no perdí de vista la amenaza que tenía adelante. No me echaría atrás. Aunque Kristoff y yo no tuviéramos futuro, no le pertenecía y me negaba a dejarla ganar.

—¿Eres buena de rodillas? —se burló.

—Eso solo lo sabe Kristoff —debatí con calma, mientras por dentro temblaba de furia—. Último aviso. —Apreté los dientes. Ni loca dejaría que otra persona me maltratara. Fuera mujer u hombre—. Apártate de mi camino o no te gustará lo que viene a continuación.

Antes de que pudiera reaccionar, una palma familiar me presionó la parte baja de la espalda.

—Aléjate de Gemma, Jacqueline. —La fría voz de Kristoff llegó desde detrás de mí, rodeándome con su brazo. La furia rebosaba bajo su porte tranquilo, la amenaza en sus ojos era clara.

Al instante ella dio un paso atrás.

—No eres má-ás que un coño para que te meta la ve-rga —disparó venenosamente, arrastrando las palabras.

Kristoff se puso rígido, se inclinó hacia delante y se elevó sobre su exesposa, con una mirada más fría que los *icebergs*. Le tomé la mano y sonreí.

—Eso no es asunto tuyo —repliqué, manteniendo la compostura—. Y no te preocupes, me aseguraré de disfrutar cada segundo. —Sus ojos prometían retribución, pero con Kristoff a mi lado, me sentí valiente—. Mordaza, dominación y todo eso.

Si las miradas mataran, estaría muerta en ese instante. La mujer estaba verde de celos.

—Debes ser buena de rodillas —espetó su exmujer. *Ignórala... ignórala*—. Te dejará en cuanto termine contigo.

La ira me hervía la sangre. Escuché a Kristoff sisear unas palabras en voz baja, que la hicieron estremecerse. Mis manos temblaron ligeramente y me aferré a la tela del vestido.

Ignorando a Kristoff, me miró con ojos llenos de celos.

—Pronto se librará de ti —se mofó, riendo histéricamente.

—Tal vez —respondí secamente—. Pero aun así no te aceptará de vuelta.

Los ojos de Jacqueline se desviaron hacia Kristoff, clavándose en él con adoración y llenos de deseo, antes de gritar.

—¡No eres más que una puta, Gemma Rose!

Su comentario atrajo la atención de todo el mundo hacia nosotros, y ya todos se volvieron espectadores de esa escenita. Al menos eso parecía.

Ya estaba harta. Di un paso hacia ella, entrecerrando los ojos.

—Tal vez, pero soy *su* puta. Eso es lo que te molesta, ¿no? —siseé en voz baja para que solo ella pudiera oírlo. Aunque Kristoff también lo oyó, y por la forma en que su agarre se apretó alrededor de mi cintura, no estaba segura de si le gustaba o no—. Tuviste tu oportunidad y la echaste a perder. Él ha seguido adelante y tú también deberías hacerlo.

Antes de que pudiera procesar sus acciones, la mano de Kristoff rodeó la muñeca de Jacqueline, a solo unos centímetros de mi cara. La mujer estuvo a punto de golpearme. Eso...

—Le pones un solo dedo encima… —gruñó Kristoff a su exesposa—. Y será lo último que hagas en este maldito mundo. No mires a Gemma, no hables con ella, y no digas una jodida palabra sobre ella. ¿Está claro?

La fría furia que desprendía Kristoff hizo que la gente se alejara de nosotros, a pesar de que solo estaba concentrado en su exmujer. Había repugnancia y amenaza en su expresión. Tuvo el impacto deseado porque se dio la vuelta y se marchó furiosa.

Las manos de Kristoff me cambiaron de sitio, nos pusimos de frente y me acarició la cara.

—¿Estás bien? —Sus ojos me penetraron, como si esperara leer mis pensamientos.

—Sí —aseguré—. Estoy bien. Voy a salir un momento.

—Voy contigo —dijo enseguida Kristoff, rodeándome con sus brazos.

—No. —Lo detuve—. Por favor, no te preocupes —murmuré en voz baja—. Ocúpate de tus cosas. Te estaré esperando.

—Voy a agarrar tu chal y tu bolso. Enseguida salgo. —Su voz era firme y sabía que no podía discutir con él.

No me molesté en mirar atrás mientras caminaba hacia la salida, los ojos de todos estaban puestos en mi espalda hasta que desaparecí al doblar la esquina. Al salir de la carpa, el aire fresco de la noche me acarició la cara y solté el aliento que no sabía que estaba conteniendo. Aquella brisa fresca me sentó bien en la piel acalorada por la discusión y la tensión fue desapareciendo poco a poco de mis hombros. El laurel perfumaba el aire nocturno y cada inhalación me traía otra oleada de paz.

Las palabras intercambiadas antes en la carpa se repetían en mi mente. No sabía si felicitarme por cómo me había comportado o sentirme un poco avergonzada.

«La puta de Kristoff», reflexioné esas palabras. Debería estar horrorizada y asqueada. Sin embargo, me importaba una mierda. De hecho, cualquier cosa con Kristoff me aceleraba el pulso y me apretaba las entrañas. La respuesta de mi cuerpo a él era extraordinaria, pero era más que eso. *Lo* deseaba y temía que mis palabras de antes revelaran a cualquiera que estuviera escuchando hasta qué punto.

Aun así, no me arrepentía de mis palabras hacia su exesposa. Había perdido su oportunidad. Esa mujer no lo merecía, y si admitir que era la puta de Kristoff se la quitaría de encima, que así fuera.

Caminando lentamente hacia un árbol solitario en medio de la propiedad, decidí esperar a Kristoff allí. Los recuerdos de Jack me invadieron. Infidelidades, comportamiento violento, su forma de beber... todo lo que me había esforzado por dejar atrás.

Bajé la vista a mi brazo, donde ya se formaban moretones con la forma de las huellas de los dedos de Jacqueline, transportándome instantáneamente al pasado.

Las náuseas me revolvieron el estómago y respiré lenta y profundamente mientras las lágrimas me picaban los ojos. Aquel viejo dolor irradiaba por todo mi pecho y me oprimía,

dejándome sin aliento. Me invadieron el asco y la decepción. Debería haber dejado a Jack hacía una década, pero entonces no habría tenido a mis hijas. Era un círculo vicioso.

Me sacudí los recuerdos. Seguí adelante. Jack tampoco merecía mi futuro. Había tomado suficiente. Me dio a mis hijas, pero me negué a pensar en él. O a renunciar a cualquier posibilidad de una vida feliz, ya fuera sola con mis hijas o con alguien digno a mi lado.

Agradecí la tranquilidad, disfrutando de la brisa y la frescura de la noche.

—Bueno, bueno, bueno... ¿qué tenemos aquí? —Una voz masculina interrumpió mis pensamientos y se adelantó con la mano extendida. Era guapo, alto, de un metro ochenta, cabello rubio y ojos marrones. Y el hombre al que Kristoff había golpeado antes.

Instintivamente, di un paso atrás.

—Soy Jonathan. —Se presentó.

Miré a mi alrededor, preguntándome de dónde venía. Si bien llevaba traje, como la mayoría de los hombres de la fiesta, las palabras de Kristoff me hicieron mantener la guardia alta.

Mis ojos parpadearon ante su mano extendida y pensé en cómo evitar estrechársela sin ser grosera.

—No muerdo —añadió.

—Gemma —agregué secamente, estrechando brevemente su mano y retirándola.

Me rodeé la cintura con los brazos y eché un vistazo por encima del hombro. Aún no había nadie, así que me quedé sola en la oscuridad con él.

Lo observé con cautela. Parecía relajado, con el cabello rubio ligeramente alborotado por la brisa. Aunque estaba oscuro, la luna perfilaba sus rasgos faciales. Tenía un rostro inconfundible, con nariz patricia y ojos torturados. Y un moretón reciente en la mejilla, gracias a Kristoff.

Su postura era despreocupada y relajada, como si no le importara nada, pero su mirada hablaba de dolor. Viéndolo así, tuve un extraño sentimiento de identificación. A pesar de la advertencia de Kristoff, sentí lástima por él.

—Eres la mujer que está con Kristoff —comentó, con voz rasposa—. Te ha estado observando como un halcón toda la noche. Debe estar preocupado de que alguien te arrebate.

Mostró una sonrisa arrogante, mas no correspondía con el dolor de sus ojos.

Le brindé una sonrisa forzada, negándome a profundizar en su comentario. Una confrontación había sido suficiente por esa noche. Dos latidos de silencio y volvió a hablar.

—Eres guapa.

—Gracias. —Realmente deseaba que Kristoff viniera ya.

—Puedo entender su obsesión por ti ahora que te veo de cerca —pronunció pensativo. No tenía ni idea de lo que quería decir con eso, y desde luego no se lo iba a preguntar—. Sí, apuesto a que esa boquita tuya gime su nombre como a él le gusta.

Sus palabras me sonrojaron las mejillas y el enfado me recorrió el torrente sanguíneo. ¿Qué le pasaba a la gente de este lugar? Tenía que ser la peor fiesta a la que había asistido nunca.

Le sostuve la mirada, negándome a parecer avergonzada o débil.

—¿Sabes que Kristoff y yo éramos mejores amigos? —admitió.

«No, no lo sabía, imbécil». Pero todo lo que dije fue:

—*Hmmm.*

—Su trato con las mujeres puede ser cuestionable. —Ronroneó, con voz suave. Parecía satisfecho consigo mismo—. Por eso su exesposa acabó teniendo el bebé de otro.

Me estremecí, recordando los escandalosos artículos sensacionalistas que leí. Que su mujer haya tenido el bebé de otro no estaba en ellos. Solo que su amigo y su mujer lo traicionaron. Este tenía que ser *el amigo*.

Sí, tal vez confundí el dolor en sus ojos con gozo. O algo peor. Mis labios se afinaron, negándome a darle importancia a sus comentarios.

Extendió la mano y me pasó el dedo por mi brazo, con un toque ligero como una pluma. No obstante, se sentía mal. Después de Kristoff, sospechaba que todas las caricias de los hombres eran malas. Retrocedí un paso y aparté el brazo de su alcance.

«Estoy despierta hasta tarde, más allá de mi maldita hora de acostarme para conversaciones de mierda como esta», refunfuñé en silencio.

—Jonathan —aseveré entre dientes. Mi calma se filtró y desapareció con la brisa—. No vuelvas a tocarme. Si lo haces, te romperé el brazo. —Las palabras salieron a través de mis dientes apretados. Esta maldita noche era demasiado—. Y segundo, su exmujer es estúpida por haberlo engañado. Su amigo aún más por traicionar una amistad. Ahora, si me disculpas.

Me fui con la cabeza en alto y enfadada. En nombre de Kristoff.

Con pasos apresurados, me dirigí hacia el estacionamiento donde habíamos dejado la limusina, con la esperanza de que estuviera allí. Ya no podía culpar a Kristoff por tener un contrato en lugar de una relación normal. Lo habían herido y el desapego emocional era su mecanismo de protección.

Escuché que alguien gritaba mi nombre, mas lo ignoré. No estaba de humor para más de esa mierda.

—¡Gemma! —gritó una voz grave justo detrás de mí y vi por encima del hombro.

La mano de Kristoff me agarró el brazo por detrás. Sostenía mi chal entre sus manos. Su cabello oscuro se alborotó suavemente contra la brisa y, por un segundo, me olvidé de todo menos de él. Hombros anchos. Su mirada verde, ardiente y brillante.

—Te pedí que me esperaras. —Kristoff se quitó la chaqueta y me la puso sobre los hombros. Su olor y su calor me envolvieron de inmediato, y tiré de ella con más fuerza—. La limusina está en camino —me informó, con voz tranquila.

Tirando de mí hacia él, mi cuerpo se fundió en su abrazo. Entonces me agarró la cara entre sus manos, sus ojos estudiándome con profunda preocupación en esas profundidades y buscando cualquier signo de angustia. Satisfecho de que no me desmoronaba, se apoyó en el vehículo más cercano y tiró de mí, manteniéndome entre sus brazos.

—Escuché lo que le dijiste a Jonathan —murmuró suavemente, sus labios rozando los míos —. Me defendiste.

Mi mano se acercó a su rostro y apoyé suavemente la palma en su mejilla. Observaba cada uno de mis movimientos con intensidad. El comportamiento controlador de Kristoff en los negocios y en su vida personal parecían el resultado de una profunda traición. Tal vez no éramos tan diferentes después de todo.

—Kristoff —susurré suavemente—. Eres mucho mejor que esa gente. Espero que lo sepas.

Un ruido profundo vibró en su pecho. Antes de que pudiera decir algo más, su boca se cerró sobre la mía y hundió la lengua entre mis labios. Un gemido gutural brotó de mí, mientras deslizaba la mano por mi cabello, su beso era desesperado y necesitado. Justo como lo necesitaba. Mis muslos se estremecieron mientras succionaba y lamía. Era el tipo de beso que derretía las bragas y con el que todas fantaseábamos. La excitación empapó mi tanga y las emociones se agolparon en mi pecho con la intensidad de nuestro beso. Cuando se apartó, me quedé jadeando y con la mente confusa.

—*Tú* eres mejor que esa gente —afirmó contra mis labios—. Yo probablemente soy peor.

Abrí la boca para objetar, cuando su teléfono vibró. Lo sacó del bolsillo y leyó la pantalla.

—Bueno, vamos a llevarte a casa.

Capítulo Veintinueve



Genevieve

El silencio era pesado en la parte trasera de la limusina mientras regresábamos al avión. Revisé si tenía mensajes y encontré uno de mi hija mayor. Una *selfie* de ella durmiéndose y parte de mi tensión se destiló fuera de mí. Había otro mensaje de Betty diciendo que todo estaba bien, que todos dormían y que también se iba a la cama.

Distraídamente, me froté el brazo cuando la mano de Kristoff se acercó a la mía, deteniendo mis movimientos. Me tomó el brazo entre las manos y examinó los ligeros moretones que se estaban formando por el agarre de su exesposa.

—¿Te duele? —preguntó en voz baja.

—No —aseguré—. Estará bien.

Lo examinó mientras me daba la vuelta al brazo, con expresión llena de arrepentimiento.

—Está empezando a amoratarse. Demonios, lo siento mucho —expresó y me dio un beso en la piel magullada, enviando escalofríos por mi columna.

—No es culpa tuya. Desaparecerá en unos días. —Lo tranquilicé, observando con fascinación su ternura—. No soy de cristal.

«Y había experimentado cosas mucho peores», pensé para mis adentros.

Miré hacia abajo y los moretones eran como un *déjà vu*, me traían recuerdos de Jack. Como si fuera una regla omisa, siempre me dejaba moretones donde pudiera ocultarlos. Excepto la última noche. Sacudí la cabeza para ahuyentar los recuerdos.

Los labios de Kristoff recorrieron las marcas rojo púrpura de mi brazo.

—Creo que eres la mujer más fuerte que he conocido.

Estaba equivocado. *Muy* equivocado, sin embargo, no me molesté en corregirlo.

Mis ojos estaban fijos en mis palmas unidas, rezando. Excepto que no recé por él. No lloré. No le echaría de menos.

Recé por mis hijas. Recé por mí. Para no ir a la cárcel.

Las campanas de la iglesia sonaban a lo lejos. Gemidos y llantos llenaban el aire fresco que olía a flores y a muerte. Y mientras tanto, mi corazón se sentía aliviado. Maldito alivio.

La voz del sacerdote hablaba del lugar de descanso y de la paz eterna. Estaba de pie con mi vestido negro, mi sombrero negro para el sol y mis gafas oscuras que ocultaban mis moretones. Con un brazo roto y las manos unidas en señal de oración, recé para que ardiera en el infierno. Era el lugar al que pertenecía ese cruel desgraciado.

—Repitan después de mí —recitó el sacerdote.

Las vibraciones de cientos de voces como un fondo de ruido blanco, todo el mundo coreaba, deseándole a Jack la paz eterna. Mis labios no se movieron. Le deseé un infierno eterno.

—Entregamos este cuerpo a la tierra. Tierra a la tierra. Cenizas a las cenizas. Polvo al polvo.

Vacío. Era todo lo que sentía. No me quedaba nada más que mis hijas. El miedo me asfixiaba y me oprimía el pecho de dolor. Me temblaban las manos y el alma. Le pedí a Dios que no se llevara a mis hijas. Por ellas, sino por mí.

Llegaron las condolencias. Apenas las agradecí con un escueto movimiento de cabeza y mis ojos se clavaron en el ataúd de Jack en el suelo. La parte superior estaba cubierta de rosas

rojas, que me recordaban la sangre de mis manos.

Mi vida. Mi pecado. Mi secreto.

Todos se habían ido. Me quedé. Una sombra de la persona que solía ser. Fue culpa de Jack. Mía.

Sonó un trueno y alcé la vista hacia el cielo gris. Una gota de lluvia seguida de otra. Y otra más. Me pregunté si era la forma que tenía Dios de decirme que lavaría mi pecado. O tal vez el todopoderoso Señor estaba decepcionado por mi caída en desgracia.

Mi vestido se empapaba lentamente, el dolor de mi brazo palpitaba. Era un frío bienvenido. Era un dolor bienvenido.

—Mami, ¿estás triste? —La voz de Saoirse me sacó de mis pensamientos. Bajé la mirada hacia mis dos niñas más pequeñas con vestidos negros a juego, agarradas de la mano. Sierra no sabía lo que estaba pasando. Tampoco Saoirse—. ¿Quieres un abrazo? —añadió.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Lentamente, mis ojos encontraron a mi hija mayor, con el rostro lleno de lágrimas. Fue entonces cuando rodó por mi mejilla la primera lágrima, cuya salinidad escocía. Igual que este dolor en mi corazón. Por ella.

—Claro. —Me ahogué—. Me encantaría un abrazo.

Con cuidado, las abracé a las tres. La cara de Sienna se hundió en mi pecho, mientras que las dos más pequeñas enterraron sus rostros en mi falda.

—Las amo —dije con voz ronca.

—Yo también —susurró Saoirse, aunque no estaba segura de lo que estaba pasando.

—¿Todo bien? —La voz de Rick hizo que las cuatro levantáramos la cabeza en la dirección de su voz al mismo tiempo. Nuestros ojos se conectaron y me pregunté si lo sabía. Me conocía desde hacía mucho tiempo. ¿Podría leerlo en mis ojos? Que fui la causante de la muerte de su primo.

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres que lleve a las niñas en el coche con nosotros?

Sería bueno que se distrajeran con Rick y Betty, y sus chicos. Asentí de nuevo, y vi a mis niñas alejarse.

Me giré hacia la tumba solitaria y tomé una rosa roja del arreglo floral que había a mi lado. Observándola, no sentí nada.

Ni arrepentimiento. Ni pena. Solo alivio.

—Me golpeaste por última vez —susurré en voz baja, mientras arrojaba una única rosa roja sobre su tumba.

—Llegamos. —La voz de Kristoff atravesó el amargo recuerdo y mi brazo seguía en su firme agarre. Lo miré a los ojos, del color del musgo frío, y algo en ellos me tranquilizó. A pesar del chantaje de este hombre, evocaba una sensación de seguridad.

La limusina se detuvo justo en ese momento, y tiré suavemente de mi brazo. Kristoff lo soltó, casi a regañadientes, antes de que se abriera la puerta. Salimos del vehículo y subimos directamente al avión.

Al embarcar, me dirigí hacia el centro de la cabina, observando el cómodo sofá, intentando decidir si sería apropiado tomarme una pequeña siesta. Aunque dormir era lo último que pensaba hacer cuando este hombre estaba cerca de mí.

La voz de Kristoff llegó justo detrás de mí, su calor a mi espalda.

—¿Vas a preguntarme por mi exesposa?

Me di la vuelta lentamente, me enfrenté a él y nuestras miradas se cruzaron. Parecía tenso, como si previera algo que pudiera hacerle daño. Apoyé las manos en su pecho y me acerqué. Había algo en él que me oprimía el corazón.

—Así que me buscaste, *¿eh?* —replicó, refiriéndose a nuestra conversación anterior, con la boca rozando mi mandíbula.

—Lo hice —admití, inclinando la cabeza hacia un lado para que siguiera recorriendo mi cuello con su boca. Se detuvo demasiado pronto, levantando la cabeza. Me miró a la cara, buscando algo—. ¿Estás enfadado por eso? —pregunté.

—No —respondió. Su expresión era difícil de leer—. Después de todo, es lo justo.

—Siento lo que te ha pasado —murmuré—. Nadie se merece eso.

—Lo mismo digo. —No quise preguntarle qué quería decir con eso.

La punta de nuestras narices se rozaron. Quizá fue su trágico pasado lo que me hablaba. O tal vez intenté encontrar lógica en algo completamente ilógico.

—Beso esquimal —comenté sin ninguna razón en particular cuando nuestras narices volvieron a rozarse. Levantó una ceja, con una pregunta clara en los ojos, así que le expliqué—: Mis niñas y yo llamamos beso esquimal al roce de nuestras narices. —*Porque nos amamos.*

¿Lo amaba?

No lo sabía. Lo anhelaba, lo deseaba. Pero ¿amor? Me daba demasiado miedo ir por ese camino.

—¿Quieres hablar de ello? —inquirí suavemente.

—No, la verdad es que no —confesó cortantemente, aunque su tono no era duro. Sospeché que no le importaba pensar en esa parte de su pasado. Podía entenderlo.

—Entonces no hablemos de ello —concluí con una sonrisa—. Creo que tuvimos suficiente emoción por un día.

Me aparté, me quité los zapatos y me solté el cabello, arruinando el duro trabajo de Diane. Mi melena cayó en cascada por mi espalda, aliviando la tensión de mis sienes. Me senté en un extremo del sofá, doblando las piernas debajo de mí.

Cuando por fin me sentía cómoda, levanté la vista y vi que Kristoff seguía en el mismo lugar, mirándome fijamente.

—¿Qué? —Curioseé con una sonrisa traviesa—. Creo que ya podemos relajarnos. ¿No?

Sacudió la cabeza y sonrió mientras tomaba asiento frente a mí. Suspiré, deseando que se sentara a mi lado, mas no se lo dije.

—Te mereces una medalla después de esta noche. —Un destello de diversión pasó por su expresión—. Relajación es lo menos que puedo ofrecerte después de todo.

—Creo que los dos merecemos una medalla —pronuncié, recostando la cabeza contra el reposacabezas y cerrando los ojos—. ¿Conseguiste lo que querías viniendo a esta fiesta? Aparte de gastar una ofensiva cantidad de dinero.

Mi voz sonaba cansada. Hacía tiempo que no me sentía tan fatigada.

—Sí —respondió.

—Bien —murmuré con los párpados aún cerrados.

—Gemma —llamó. Algo en el tono de su voz me hizo abrir los ojos y encontrarme con su mirada. Lo observé detenidamente, y vi un amplio abanico de emociones atravesando aquellas esmeraldas. No sabía por qué las había considerado frías. Podía ver tanto en ellas. Un hombre que valía la pena amar. Excepto que no pensaba que él lo creyera—. Probablemente deberíamos hablar de lo que pasó esta noche.

Sin saber lo que quería decirme, me quedé callada, esperando a que continuara.

—Pregúntame lo que quieras saber. —Por fin añadió, justo cuando pensaba que no diría nada.

Siguieron varios latidos de silencio. ¿Quería saberlo? Sí, y no. Quería aliviar su dolor, pero mientras nos mirábamos a los ojos, los sentimientos se agolpaban en mi interior y me preocupaba que me consumieran y me hundieran.

Además, si le hacía esas preguntas sobre su exesposa, le daría derecho a preguntar sobre mi pasado y no podía ir ahí.

—Eres mi jefe —dije en voz baja—. No le debes explicaciones a nadie. Y menos a mí.

Las ganas de acortar la distancia, de sentirlo contra mí, abrumaban todos mis sentidos.

—Fuiste herida por mi culpa esta noche. Te debo una explicación.

Parecía cansado. Agotado. Sus ojos se clavaron en mí, observando cada uno de mis movimientos, como si no pudiera leerme y necesitara descifrarme. Inhalé profundamente.

—De acuerdo, una pregunta —suspiré. Su mandíbula se tensó—. ¿Qué pasa con lo que mencionó tu exmujer sobre ser un pervertido y la dominación?

La tensión se disipó. Su risa barítono llenó la cabina y su sonido me hizo derretirme. Me encantaba verlo así. Sonriendo con un brillo de diversión en sus ojos.

—De todas las preguntas, ¿esa es la primera que te llega a la cabeza?

Me encogí de hombros, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Sí. Aunque no la más apropiada para mi jefe. Como dice el refrán: *la curiosidad mató al gato*.

—Una de mis anteriores asistentes administrativas odiaba a Jacqueline —narró con humor—. Cuando se enteró por su amiga de que Jacqueline entró al BDSM, hizo correr el rumor de que nosotros estábamos metidos en cosas pervertidas, asegurándose de que llegara a los oídos de Jacqueline.

Me tocó reírme.

—Vaya, me siento defraudada. —Fingí decepción—. Y yo que me imaginaba todo tipo de sexo pervertido contigo —alegué con una sonrisa maliciosa.

Tal vez no fue lo correcto, porque la mirada de Kristoff se tornó ardiente, esa pasión pesada se desplazaba entre nosotros. La sangre de mis venas se calentó, mis pezones se tensaron y sus iris encendieron llamas que serpenteaban por mi cuerpo.

«O tal vez era exactamente lo que había que decir», pensé.

—Podemos hacerlo pervertido —propuso con tono seductor—. Podemos hacerlo todo, solo tienes que decirlo. —Sus palabras fueron como una suave caricia sobre mi piel acalorada. Se contuvo por mí, y tuve la clara sensación de que necesitaba eso esta noche. Lo necesitaba a él. Al diablo con todos y con todo. Lo haría por él. Por mí.

Por nosotros.

—¿Algo en particular que quieras hacer? —Respiré.

—No creo que quieras oír lo que deseo hacer —advirtió con seriedad.

El corazón retumbó en mi pecho mientras respiraba entrecortadamente. La forma en que me miraba provocó un calor familiar en mi vientre bajo.

Cada vez me había proporcionado el placer más hermoso. Sabía que nuestro tiempo era limitado, pero también lo era la vida. Decidida, me levanté y di un valiente paso hacia él. Se quedó quieto, observándome como un león observa a su leona.

—Quiero oírlo. Aunque si quieres que vaya primero, también me parece bien —murmuré con un escalofrío recorriéndome la espalda. Cada segundo en ese momento se sentía como un punto de inflexión. No habría vuelta atrás después de mis siguientes palabras—. Quiero hacerte

sentir bien. —Exhalé con la voz ronca—. Como tú me haces sentir bien.

La sorpresa brilló en su mirada ardiente. Dio un paso hacia mí, quedando a mi altura. Inhalando profundamente, su aroma masculino y limpio penetró en mis pulmones.

—No puedo decidir si quiero saborearte —gruñó en un susurro, su única mano rodeando mi cintura—. O hacer que tu dulce coño me tome duro.

Con la respiración entrecortada, sus palabras me enviaron una ráfaga de fuego al vientre bajo. Con la mano que tenía libre, me frotó el labio inferior con el pulgar.

Mis brazos se cerraron alrededor de su nuca y agachó la cabeza, acercando sus labios a los míos.

—¿Deberíamos cerrar la puerta de nuestra cabina? —Respiré.

Una sonrisa rozó sus labios.

—Ya está con llave. —Alcé una ceja, sorprendida—. Lo esperaba —añadió con voz ronca.

Estaba jugando con fuego; lo sabía y me encantaba cada minuto. *Necesitábamos* esto.

Con mis dedos en su nuca, un gemido resonó en su pecho, y entonces sus cálidos labios se apretaron contra los míos. Me besó fuerte y profundamente. Me metió la lengua en la boca, tirando del labio inferior entre los dientes. Se me escapó un gemido y se lo tragó con avidez. Nos devorábamos con urgencia mientras alcanzaba la cremallera de mi vestido para bajarla. Nuestras lenguas danzaban, nuestras manos ansiosas entre nosotros. La prenda se deslizó por mis hombros y cayó a mis pies.

Su mirada se paseaba por mi cuerpo, sus manos marcaban mi piel dondequiera que me tocaba. El corazón me latía con tanta fuerza que observaba cada uno de sus movimientos a través de mis pesados párpados.

Dio un paso adelante, retrocedí y mis rodillas chocaron contra el sofá. Sentía un hormigueo en la piel; un infierno floreció en mi interior. Exhaló un suspiro agitado y me observó mientras yo recorría su cuerpo con mis manos. La chaqueta estorbaba, así que se la quité de los hombros y dejé que se uniera a mi vestido en el suelo.

—Siéntate —ordenó, con voz oscura. Esos lagos verdes que me observaban eran feroces y posesivos. Me senté y descendió frente a mí. Una ráfaga de lujuria se me agolpó en el vientre bajo, un dolor palpitante entre los muslos—. He estado pensando en esto… —Me pasó el pulgar por la línea húmeda de las bragas, con voz ronca—. Todos los días y todas las noches.

Sus ásperas palmas pasaron sobre mi piel, dejando una llamarada de fuego a su marcha. Su toque no era suave. Era firme, áspero y dominante. No quería que dejara de tocarme, necesitaba sus manos. La piel me ardía por todas partes; sus manos rozaban mi cuerpo.

Agarró mi cabello y tiró de él hacia atrás, dándome un fuerte beso en los labios.

—Quiero que sepas… —susurró ásperamente contra mis labios—. Que te respeto. Puede que las palabras que diga después de este momento no lo reflejen, pero quiero que sepas que te respeto mucho. —Inspiré con fuerza mientras me miraba con una intensidad que me lamía la piel —. ¿De acuerdo? —preguntó con voz ronca.

Se tambaleaba al borde del control. Lo sentí como si fuera mío, su hielo congelado derritiéndose con el aire caliente que crepitaba entre nosotros. Esperó a que le diera permiso, conteniéndose, y eso ya me decía lo buen hombre que era.

Asentí y su mano soltó mi cabello para apretarme un pecho. Cuando capturó un pezón en la boca y lo mordió suavemente, vi luces blancas detrás de mis párpados.

Me arqueé en su boca y sus labios se aferraron a uno de mis pezones. Lo lamió y lo chupó, y luego pasó al otro. Le agarré su cabellera y se me pusieron los ojos en blanco de placer. Seguía con la camisa blanca y los pantalones puestos, mientras que estaba sentada sin nada más que los

tacones y las bragas, con mis piernas abiertas.

Me pasó el pulgar por los labios.

—Esta boca es mía —afirmó con un gruñido, empujando su dedo entre mis labios. Cerré la boca, chupándolo y lamiéndolo como si fuera su miembro. Un gruñido de satisfacción sonó en su pecho. Entonces su mano bajó por mi cuello hasta mis senos y me pellizcó los pezones—. Estos son míos. —Su mano bajó—. Tu culo es mío.

Mis ojos, entrecerrados y borrosos, observaron cómo me bajaba lentamente las bragas por las piernas y luego me separó más los muslos.

—Este coño es mío —gruñó, enganchando mis piernas sobre sus anchos hombros. Su cara se detuvo a escasos centímetros de mi dolor palpitante, luego inhaló profundamente—. Voy a follarte todos los agujeros y vas a gritar mi nombre mientras te desmoronas.

Su pulgar rozó mi clítoris y mi cuerpo se estremeció de anticipación.

—Ahora eres toda mía. Cada centímetro. —Mi corazón retumbó en mis oídos—. Si otro hombre te toca, está muerto. —Oh Dios, ¿por qué eso me excitaba tanto?—. ¡Voy a atarte a mi cama! —rugió, deslizando sus dedos dentro de mi sexo—. Azotaré este precioso culo y me aseguraré de que mi nombre sea el único que recuerdes el resto de tu vida.

Me apreté alrededor de sus dedos mientras los deslizaba. *Dentro y fuera*.

—Estás empapada —gruñó, fuertes gemidos jadeantes vibraron por toda la cabina—. ¿Te gusta que te hable sucio?

—Sí. —Jadeé, con un calor lánguido corriendo por mis venas. Levanté la cadera, moviéndome contra su mano, desesperada por su boca. Sus dedos. Cualquier cosa. Todo.

—Voy a lamerte el coño hasta que grites mi nombre —prometió, con voz gutural.

Se me escapó un jadeo, mis manos aferrándose a su espeso cabello. Lo necesitaba más cerca, su boca sobre mí.

—Tal vez debería meter un dedo en tu culo apretado, mientras cabalgas mi cara. Porque eres mi puta.

—P-por favor —supliqué entre gemidos. Había perdido la cabeza. Sus palabras eran degradantes, pero me encantaban. Tal vez porque me lo había advertido. O tal vez porque se trataba de *él*.

Me empujó contra el respaldo del sofá, mi respiración errática y mi corazón atronador.

—Tan hermosa —murmuró chupándome la parte interior del muslo. Me lamí los labios y le sostuve la mirada mientras bajaba la cabeza para lamerme los pliegues. Nuestros ojos se clavaron y, en cuanto su lengua se introdujo entre mis piernas, me estremecí contra su cara.

Habíamos estado dando vueltas el uno alrededor del otro desde el momento en que nos conocimos. Sabíamos que acabaríamos aquí y, en este momento, no quería estar en ningún otro sitio. Solo aquí. *Con él.*

Gimió por lo bajo en su garganta, con mis uñas rozándole el cuero cabelludo. Me lamió desde la entrada hasta el clítoris, y su gruñido vibró directamente en mi interior. Sus manos me sujetaban los muslos mientras su lengua empujaba dentro de mí. Dentro y fuera. Entraba y salía. Me sentí tan bien que se me pusieron los ojos en blanco y arqueé la columna, moviendo las caderas al ritmo de su lengua. Sus dos dedos me separaron para él a la par que su lengua succionaba con pericia mi clítoris.

—Kristoff. —Su nombre salió de mis labios en un susurro sin aliento. Con las manos en su cabello, me apreté aún más contra su boca, meciendo las caderas ante su lengua sin un ápice de vergüenza.

Gruñó contra mi piel, provocando vibraciones que corrieron por mis sentidos. Me succionó el

clítoris con más fuerza, acariciando mi abertura con los dedos. Su lengua recorría cada parte de mí como si estuviera hambriento de mi sabor.

Delirante de placer, respiraba entrecortada y superficialmente mientras me rendía a su boca experta, cabalgando sobre su cara. Las chispas se encendieron más calientes que nunca, mis músculos tensos.

—Por favor, no pares. —Jadeé, tan cerca del borde—. *Oh, oh, oh.*

Sentí su dedo entrar en mí. Su movimiento se ralentizó. Me retorcí bajo su tacto experto, deseando más. En sintonía con mi cuerpo, penetró con fuerza y rapidez, mientras su lengua seguía trabajando mi clítoris.

—¡Kristoff!—exclamé su nombre mientras fuegos artificiales de colores estallaban tras mis párpados, las chispas ardían con más intensidad y la presión estalló, consumiéndome. Cerré los ojos, luchando por recuperar el aliento mientras mi cuerpo se estremecía y una sensación de saciedad me inundaba.

Abrí los ojos y lo encontré mirándome, con la respiración agitada y la mirada hambrienta y oscura. Este hombre era tan diferente a todos los que había conocido. No porque fuera rico, sino porque me hacía sentir viva. Su toque despertaba cada fibra de mí y me hacía sentir increíble.

Quería hacerlo sentir bien, como él lo hacía conmigo. Me incorporé, agarré su corbata y traté de aflojársela. Apreté los labios contra su cuello, saboreándolo, desde la oreja hasta el cuello blanco de su camisa. Inhaló un suspiro agudo y su mano se posó en mi cabello, enrollando mis mechones alrededor de sus dedos.

Mis dedos tantearon frenéticamente cada botón de su camisa blanca. Cuando por fin terminé con el último, la empujé de sus anchos hombros y la tiré a un lado. Se levantó y mis manos recorrieron su pecho duro y cálido, disfrutando de la sensación de su piel bajo mis dedos mientras recorría su estómago con la boca, besando sus abdominales.

Alcancé la hebilla de su cinturón y lo solté, luego le quité los pantalones, y mi corazón latió desbocado cuando su ropa se unió a la mía en el piso. Ansiaba sentirlo dentro de mí. Estaba sensible en todas partes y mi cuerpo se fundía con su tacto. Sus manos me tocaban por completo, tan deseosas como yo lo estaba.

Con su longitud dura presionada contra mi vientre, seguí frotándome contra él.

—¿Sí? —inquirió. Mi última oportunidad para detenerlo.

Con el corazón en la garganta, no demoré mi respuesta y asentí.

—Sí —confirmé, para asegurarme de que había quedado claro.

No había ni un ápice de duda en mi voz ni en mi corazón en este momento. Puede que fuera mi felicidad orgásmica o que simplemente era estúpida, pero en ese instante me daba igual. Me dolía el punto más dulce, el vacío palpitante de necesidad por él.

—Date la vuelta y apóyate con las manos en el reposacabezas del sofá —ordenó, con un gruñido—. Ahora.

Mi cuerpo obedeció sin vacilar. Se acercó por detrás y me separó los muslos con las manos.

—Tan mojada. Tu dulce coño está listo para mí —alabó. Introdujo un dedo en mis resbaladizos pliegues y se me escapó un suave gemido. Empujé el trasero hacia atrás, moviéndome contra él. Mi cuerpo temblaba de necesidad—. La próxima vez me moverás ese culo en mi cara —me susurró al oído desde atrás y luego me dio un mordisco en el lóbulo.

Frotando la cabeza de su polla contra mis empapados pliegues, nos alineó. Con su longitud dura a punto de entrar en mí, jadeé y su calor me quemó por dentro. Su mano me rodeó la garganta y, con un poderoso movimiento, me penetró de golpe, llenándome hasta el fondo.

—¡Demonios! —rugió, apretándome la garganta. Se retiró y volvió a penetrarme con toda su

fuerza—. *Mi* puta —dijo entre dientes, follándome con fuerza.

—Sí —gemí sin aliento. Esto tenía que ser el paraíso. La fricción de nuestros cuerpos, nuestros corazones latiendo salvajemente, palpitaba en mis oídos. Cada golpe fuerte dentro de mí me hacía volar más y más alto.

Embestida.

—¡¿De quién eres puta?! —bramó. Otra poderosa estocada.

—T-tuya. —Otra violenta arremetida me arrancó un grito ahogado. Estaba tan profundo y duro dentro de mí, que cada empuje enviaba una oleada de calor por mis venas. Su mano alrededor de mi garganta me impedía respirar. Sus labios en mi nuca me provocaron escalofríos y desataron algo cálido en mi pecho.

—¡Mírame! —exigió con la respiración agitada. Apenas me di cuenta de la orden, vi por encima del hombro y nuestras bocas se unieron en un beso salvaje y ardiente mientras se abalanzaba sobre mí, provocando una oleada de calor que me abrasaba por dentro.

Sentía cada centímetro de su dureza estirándome. Llenándome. Destrozándome. Su rostro se tensó, sus embestidas se hicieron más profundas, más duras y más rápidas, sus dedos clavándose en mis caderas. El orgasmo me golpeó con fuerza, robándome el aliento de los pulmones y disparándome estrellas detrás de los párpados.

Mis manos se apretaron contra el reposacabezas del sofá y mi cuerpo tembló. Mis paredes se apretaban alrededor de su miembro. Continuó moviéndose a una velocidad enloquecedora, con un brazo alrededor de mi cintura sosteniéndome mientras me penetraba con fuerza, aumentando la fricción. Como si ya lo hubiéramos hecho un millón de veces, mi cuerpo acogía cada violenta arremetida. La anticipaba.

Mis gemidos y sus gruñidos llenaron la cabina. Una oleada de calor volvió a acumularse e incliné más la cabeza hacia atrás. Sus dientes mordían la piel sensible de mi clavícula. Sus manos me sujetaban posesivamente por las caderas, sin dejarme mover.

—Te sientes tan bien —gruñó, sus elogios me encendieron—. Lo estás haciendo tan bien. Tomándome por completo.

—*Oh*, Kristoff —gimoteé, agarrándome al asiento. El placer recorría mi cuerpo, y estaba tan cerca—. Por favor, no pares. —Jadeé—. *Oh, Dios mío*.

Era rudo, pero me hacía sentir tan deliciosamente bien. Sus manos bajaron por mi cuerpo, tocándome con reverencia. Deslizó la palma de la mano hacia abajo para agarrarme el culo y me dio una nalgada, provocándome una descarga eléctrica.

Volvió a penetrarme con fuerza, y consumiéndome. Otro azote. Un gemido me subió por la garganta mientras mis entrañas se estremecían de necesidad. El hambre de liberación me arañaba por dentro, no podía aguantar mucho más. Mis paredes se cerraron en torno a su longitud mientras me penetraba.

—Córrete para mí, Genevieve —gimió, con su aliento caliente en mi oído. De repente, me derrumbé y otro orgasmo se apoderó de mí.

Un jadeo escapó de sus labios mientras murmuraba un torturado:

—Joder.

Y nos corrimos juntos. Mi cuerpo vibraba, la intensidad de mi orgasmo me dificultaba la respiración. Con un ruido áspero y sus dientes en mi cuello, se derramó dentro de mí mientras lo miraba por encima del hombro con los párpados pesados. Fue una visión magnífica. Me hizo sentir poderosa y vulnerable al mismo tiempo.

Su longitud se tensó dentro de mí y me dio un suave mordisco en la nuca mientras nuestras respiraciones agitadas llenaban el silencio de la cabina.

Un leve roce me erizó la piel y, al asomarme por encima del hombro, vi la boca de Kristoff rozando ligeramente el lugar donde me había marcado.

Nos quedamos tumbados así un rato, él abrazándome con suavidad y aún dentro de mí, su cuerpo duro contra mi espalda. Su mano me rozaba la columna y su olor me envolvía en nuestro burbuja privada. Me encantaba sentir su aroma a mi alrededor, como si fuera mi propio afrodisíaco.

Mi enfoque en la cabina volvió lentamente. Nuestra respiración agitada se mezclaba con el sonido del motor del avión. Mi cuerpo se estremecía por el placer que acababa de darme. Kristoff debía de estar en mejor forma que yo, porque su respiración se hizo más lenta que la mía. Me pasó una mano por la parte baja de la espalda y sus dedos recorrieron mi piel.

—Dime que estás bien. —Retumbó con su voz profunda, su aliento caliente contra mi oreja.

Giré la cabeza, buscando sus ojos verdes.

—Estoy mejor que nunca —admití, con la voz ligeramente ronca. La intensidad de sus ojos ardía con el roce de la vulnerabilidad. Supuse que buscaba señales de angustia—. ¿Por qué?

Acurrucó su cara en mi nuca.

—Dios, eres hermosa —murmuró contra mi piel, ignorando mi pregunta. Me llenó el cuello de pequeños besos, sus labios alternaban lamidas y besos, e incliné la cabeza para permitirle un mejor acceso.

Algo espeso y húmedo se deslizó por mi muslo y me quedé helada. Diablos, otra vez habíamos tenido sexo sin protección. No me preocupaba quedar embarazada, pero tampoco es que conociera el historial sexual de Kristoff.

—¿Qué? —exigió saber.

—Tuvimos sexo sin protección. —Tragué saliva—. Otra vez.

—Estoy limpio. —Salió de mí y me dio la vuelta—. Puedo mostrarte, y sé que estás limpia.

Ya habíamos hablado de eso en el restaurante. El día que me chantajeó para que tomara esta posición.

Una respiración temblorosa se deslizó por mis labios.

—Conoces mi historial médico —repetí. Debería sentirme indignada, acusarlo de violar un millón de leyes de privacidad. Sin embargo, su seguridad me reconfortó.

Un fuerte pitido retumbó de repente y me hizo dar un respingo.

—¿Qué fue eso? —pregunté, mirando a mi alrededor.

—¡Mierda! —maldijo al mismo tiempo—. Es solo el piloto.

Agarró el aparato de la mesa junto a nuestro sofá.

—¿Sí? —contestó. Intenté moverme, pero sus brazos me rodearon la cintura. Luego colgó al segundo siguiente.

—¿Está todo bien? —inquirí, enderezándome.

—Sí —afirmó, tomando las servilletas de la mesa auxiliar y utilizándolas para limpiarme el semen de mis muslos—. Aterrizaremos en Dulles en lugar de Baltimore. No hay de qué preocuparse. Tenemos diez minutos.

Recogió mi ropa interior y me ayudó a ponérmela. Luego el vestido. Con él ya puesto, me dio otro beso en el hombro.

Me senté en el mismo sofá que utilicé para apoyarme mientras me cogía y vi cómo se vestía rápidamente. Una vez listo, se sentó a mi lado y me rodeó con el brazo. Se me calentó el pecho ante las muestras de afecto, sabiendo que lo hacía por mí. Solo por mí.

Respiré hondo y me incliné más hacia Kristoff, decidida a demostrarme que estaba equivocada. En el silencio que siguió, mis pensamientos resonaban en mi cabeza. Mi jefe era una

bestia cuando se trataba de sexo.

Sin embargo, fue su intento de salir de su zona de confort y darme lo que necesitaba lo que hizo que me enamorara de este hombre.

Capítulo Treinta



Genevieve

Un zumbido en la cabina interrumpió mis pensamientos.

Observé a mi alrededor para determinar de dónde procedía el sonido y luego vi a Kristoff con una pregunta en los ojos.

—También lo oigo —comentó—. ¿Dónde está tu teléfono?

—Está en mi bolso de mano. —Busqué a mi alrededor intentando recordar dónde lo había dejado—. *Ah*, aquí está.

Lo agarré y saqué el teléfono. Efectivamente, era mi móvil el que zumbaba. Mirando el identificador de llamadas, me percaté de que era Rick, el marido de Betty y mi primo político, deslicé el botón de respuesta, la preocupación me oprimió el pecho al instante.

—Rick, ¿está todo bien?

—Sí, todo está bien —aseveró rápidamente—. Quería asegurarme de que estabas bien. —Sonreí al teléfono.

—Sí, todo bien —le dije. No era como si fuera a decirle que acababa de tener sexo alucinante con mi jefe, mientras me llamaba su puta. Me aclaré la garganta, mis mejillas se calentaron—. Estaré pronto en casa. No deberías estar levantado tan tarde.

—Me estoy preparando para irme a la cama —añadió.

Mi atención se posó en Kristoff, y su fría mirada borró la sonrisa de mi cara. ¿Qué pasó?

—Hablaremos mañana —pronuncié al teléfono, con los ojos preocupados puestos en mi jefe —. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, avísame cuando estés en casa —respondió Rick.

—Sí, te enviaré un mensaje. —Terminé la llamada.

Kristoff y yo nos miramos, con algo feroz en sus ojos, mientras se hacía el silencio. Algo cambió, y no estaba segura de qué. No obstante, me negué a ser quien rompiera el silencio. No había hecho nada malo. Así que le devolví la mirada, con terquedad y desafío. Acabábamos de tener un sexo increíble y alucinante, y estaba arruinando el momento.

—¿Rick te llama seguido a mitad de la noche? —cuestionó con voz fría. De todas las preguntas o comentarios, ese no era el que esperaba. Me invadió la confusión y sentí que me había perdido algo importante.

—Cuando salgo por la noche, sí —expliqué, levantando la barbilla—. ¿Hay algún problema?

—Dímelo tú, Gemma. —Pude oír un tenor frío en su voz y un escalofrío me recorrió—. ¿Lo hay?

—No tengo ningún problema —reviré secamente—. Pero obviamente tú sí. Porque te estás comportando como un imbécil. —Viejas inseguridades volvieron a atormentarme, el pecho se me oprimió de preocupación por la reacción—. Sea cual sea tu problema, tu momento es muy inoportuno, teniendo en cuenta que acabamos de tener un sexo alucinante.

Algo en sus ojos se suavizó y se levantó, tirando de mí para abrazarme. Sus labios me rozaron la frente y cerré los ojos, mientras la opresión de mi pecho se calmaba poco a poco.

—Tienes razón —confirmó, sus labios rozando mi frente—. Lo siento.

Tenía la sensación de que este hombre rara vez, o nunca, se disculpaba.

—¿Cuál es el problema? —indagué, mis manos alisando su corbata.

Un latido de silencio, el ronroneo del motor demasiado alto entre nosotros.

—No quiero que otro hombre te llame a mitad de la noche. —Fruncí el ceño, confundida—.

Estoy celoso —explicó simple para mi sorpresa—. Pero no estropeemos la noche.

Apoyé la frente en su pecho, mas no pude evitar los sentimientos de inquietud que se agolpaban en mi interior. No parecía del tipo celoso, más bien del tipo *tomo lo que quiero y te va a gustar*. Aunque teniendo en cuenta lo que le había hecho su exesposa, podía entender su posesividad.

—Kris, yo...

—Aterrizaremos en cinco minutos. —La voz del piloto llenó la cabina, cortándome.

Tras un descenso sin contratiempos, la limusina ya nos esperaba en el aeropuerto de Dulles. Viajar así era un lujo. No me extrañaba que los ricos y famosos no sintieran horror cada vez que oían la palabra *aeropuerto.*

Entré en la limusina y me recosté en los suaves asientos. El cansancio más dulce recorría cada gramo de mi cuerpo. Kristoff se deslizó a mi lado, sus grandes manos me levantaron y me colocaron en su regazo. Un suave jadeo se me escapó ante el inesperado movimiento. Mis manos volaron hacia su cuello, aferrándome.

Lo miraba con los párpados pesados. Él no era de dar afecto después del sexo, pero el hecho de que hiciera todo eso por mí me hizo desear quedarme con él. Para siempre. Como *mío.*

—Kristoff. —Empecé suavemente, encontrándome con su mirada verde—. Rick es un amigo. Familia a través de mi difunto marido. Nada más.

No sabía si me creería, sin embargo, no había nada más que pudiera decirle para que confiara en mis palabras. Nunca iría a espaldas de mi amiga y me acostaría con su esposo. Y tampoco le haría algo así a Kristoff, con contrato o no.

—Duerme un poco —sugirió con voz ronca contra mi cabello y me rodeó con fuerza. No hice ningún comentario, mas guardé silencio.

—Puede que sí lo necesite. —Bostecé contra su pecho, su olor arraigado en mis pulmones. Este hombre conseguía confundirme. Porque me hacía *sentir* algo tan crudo e intenso. Sí, el sexo era increíble, pero los pequeños indicios de su protección y obsesión eran lo que más me cautivaba.

La limusina se puso en marcha por la autopista, y antes de que pudiera reflexionar más sobre esa sensación a su alrededor, sentía mis párpados pesados, la respiración se me hizo más lenta y el sueño me arrastró.

—¡Suéltame! —grité, con los pulmones ardiendo y la garganta en carne viva. Pataleé y me moví, pero fue en vano. Era más fuerte. Su rodilla se clavó entre mis muslos, limitando mi capacidad de darle patadas donde más dolía.

—Si haces esto, nunca te perdonaré, Jack. —No vaciló, ni siquiera hizo una pausa. Un grito agudo salió de mi boca, tan fuerte que hasta mis oídos resonaron.

Una fuerte bofetada en la cara hizo que mi cabeza volara hacia la izquierda. Me palpitaba toda la parte derecha del rostro. Un líquido caliente me resbalaba por la barbilla. El sabor metálico de la sangre en mi lengua.

Y lo único que podía pensar era que "yo" había sido quien había dejado que llegara tan lejos. Cada vez, los arrebatos de Jack habían empeorado. Sin embargo, seguía tratando de arreglarlo. Arreglarnos y a ese matrimonio disfuncional. Aquello era, por mucho, lo peor que había hecho, pero el primer empujón o apretón de mi brazo cuando dejó moretones tiempo atrás debería haber sido mi pista.

Se mofó, pero no había humor en su voz ni en su rostro.

—Me vas a dejar de todas formas —espetó, con amargura en la voz.

«Claro que sí», pensé en silencio. Sin embargo, no era estúpida. Él no necesitaba más incitación. Me dolía toda la cara. Además, con sus manos alrededor de mi cuello, cortándome el suministro de aire, no podría pronunciar esas palabras, aunque quisiera.

—Despierta —susurró una voz profunda. No obstante, estaba demasiado lejos, no podía salvarme. Tenía que salvarme a mí misma—. Gemma. —Una ligera sacudida—. Despierta.

Me levanté bruscamente, casi resbalando sobre el suelo de la limusina, cuando un par de manos fuertes me agarraron por la cintura. No podía respirar, el pánico me desgarraba el pecho. Se me hizo un nudo en la garganta que me dificultaba la respiración. Intenté disimularlo, desesperada por respirar hondo una sola vez para que se me aflojara el nudo del pecho.

—*Ey* —dijo Kristoff en voz baja, tirando de mí hacia su pecho—. Está bien —pronunció suavemente—. Respira hondo. —Su palma frotó mi espalda. Arriba y abajo, su tacto cálido y su voz tranquilizadora. Un nudo se aflojó y por fin pude inhalar hondo, con los pulmones llenos de oxígeno—. Fue una pesadilla —musitó, sus movimientos sobre mi espalda no cesaban, reconfortantes, y lentamente mis latidos se nivelaron. Otra bocanada de oxígeno y me enderecé, empujando la vulnerabilidad que aún persistía en mi pecho hacia algún lugar profundo—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Forcé una sonrisa.

—Sí, bien. —Mi voz sonó rasposa. Temblorosa. Mis manos trepidaban, alisando el material sobre mi regazo—. ¿Qué hora es?

—Las dos de la mañana —respondió, sin apartar la vista de mí. Viendo demasiado. No viendo lo suficiente—. Gemma, ¿te he hecho daño?

Dirigí mi atención hacia él. Tenía las cejas fruncidas, una línea entre ellas, y la angustia persistía en el fondo de sus ojos esmeralda.

—No —solté, y luego me aclaré la garganta para asegurarme de que entendía lo que quería decir—. No me hiciste daño. —Acerqué mi mano a su pecho, mi palma justo encima de su corazón—. Solo fue un mal sueño. —Me incliné y presioné mi boca contra la suya, luego mis labios se curvaron en una sonrisa. Su preocupación me calentó el pecho, sabiendo que le importaba—. Te prometo que si lo hubieras hecho, ya lo sabrías.

Nunca dejaría que nadie volviera a hacerme daño. Nunca dejaría que llegara tan lejos que me viera obligada a recurrir a repetir el pasado.

—Bien. Si alguna vez te hago daño, quiero que te defiendas —ordenó, con voz firme—. Patéame, aráñame, lo que sea. Prefiero cortarme la verga antes de hacerte daño.

No se parecía en nada a mi difunto esposo. Nunca sería como Jack. No estaba en él.

—¿No estás cansado? —pregunté en voz baja, cambiando de tema. No quería arruinar lo que había pasado entre nosotros sacando a relucir mi pasado. No había lugar para que lo que vivimos alguno de los dos asomara su fea cabeza.

Mis ojos recorrieron su rostro. Parecía fresco, como si hubiera dormido diez horas.

—No duermo mucho —comentó—. Insomnio.

Mis latidos volvieron a la normalidad y me relajé.

—Eso no está bien. —Me apoyé en él y sus brazos me rodearon. Recargué la mejilla en su pecho, con sus fuertes y constantes latidos retumbando bajo mi oído, lo que me pareció extrañamente relajante—. Deberías probar algunas técnicas de relajación —murmuré contra su pecho—. Quizás yoga.

Mi respiración se hizo más lenta y ahogué un bostezo.

—Me pongo de mal humor si no duermo al menos ocho horas —comuniqué—. Así que mejor evítame cuando no haya dormido mi sueño reparador.

—Es bueno saberlo —mencionó en tono burlón.

Miré por la ventana del coche y reconocí la carretera. Una manzana más, giraríamos a la izquierda y bajaríamos unas calles hasta mi vecindario.

—Casi en casa —pronunció en voz baja, como si leyera mi mente. Había algo en su forma de decir casa que me resultaba extrañamente familiar, íntimo. Como si formara parte de mi hogar. La idea era ridícula. Estúpida. No tenía sentido. Sin embargo, no podía quitármela de la cabeza.

La limusina se detuvo y también lo hizo la profunda e inquietante revelación en mi interior que deseaba a Kristoff en mi casa, conmigo. Aquellos pensamientos y deseos eran una receta para el desastre, sobre todo sabiendo cómo operaba con aquel contrato. Me estaba preparando para un mundo de decepciones y dolor. No lo necesitaba; él tampoco.

La puerta de la limusina se abrió y salí, con Kristoff a mi espalda. A pesar de ser junio, el frescor de la noche me hizo sentir un escalofrío y me rodeó con el brazo mientras me acompañaba hasta la puerta.

Me detuve con la mano en el picaporte. Sus manos se acercaron a mi cintura y me giraron hacia él. Levanté la cabeza para verlo mejor. Sus ojos eran suaves y oscuros, los estanques de un bosque profundo que me invitaban a ahogarme en ellos.

—¿Te arrepientes de algo? —Su voz sonaba ligeramente tensa.

Sus dedos buscaron mechones de mi cabello, envolviéndolos alrededor de sus dedos, como si quisiera tocar cualquier trozo de mí.

Sabía lo que quería decir. Sin embargo, no podía encontrar ni una pizca de arrepentimiento en mí. Cada vez que estaba con él todo era ardiente, crudo y salvaje. Incluso, en ese momento, pensar en su toque sobre mi piel me excitaba. Era difícil arrepentirse de algo tan intenso. Maldita sea, mi cuerpo quería más. Más de él, todo de él. Mi razón estaba perdiendo la batalla contra los sentimientos que florecían en algún lugar profundo. Pero la sensación persistía en el borde de mi mente. Me dolería muchísimo cuando terminara.

Kristoff tenía sus propios demonios. Ambos teníamos nuestras propias cruces que cargar, pero resistirse a ello era inútil. Así que me ahogué en sus preciosos ojos, por voluntad propia. Poniéndome de puntillas, le di un beso fugaz en sus labios.

—No me arrepiento —confesé contra sus labios—. Nunca me arrepentiré. —*No importaba cuánto me dolería*.

Alargué la mano hacia atrás para desabrochar el collar.

—Kristoff, realmente quiero...

No llegué a terminar. Me cubrió las manos con las suyas y las detuvo.

—Por favor, no lo hagas. Quédatelo. —Abrí la boca para objetar, mas me detuvo—. Hazlo por mí.

El anhelo en su rostro coincidía con el mío, haciendo que mi corazón se estremeciera. Cuando se inclinó hacia mí, acorté la distancia con un suave beso en su boca.

—Es demasiado —objeté en voz baja—. No es un regalo normal.

Levantó el labio.

—Nada sobre nosotros es normal —razonó. Y tenía razón—. Me hará feliz saber que lo tienes. —Sus labios rozaron el punto sensible bajo mi oreja, provocándome escalofríos—. Uno de estos días, voy a follarte llevando nada más que ese collar y tus tacones, y tener esas preciosas piernas envolviéndome.

Jadeé, mis ojos se abrieron de par en par, las imágenes eróticas jugando en mi mente. A pesar del cansancio, quería hacerlo ya.

—Por favor, quédatelo —insistió de nuevo, derribando mi determinación—. No hay joyas comparables a ti y a tu corazón.

El calor se extendió desde mi pecho hasta cada parte de mí. La intensidad de lo que sentía por aquel hombre me calaba hasta los huesos.

—Kris... —No me dejó terminar.

—Por mí —susurró contra mis labios. Dios, cuando me pedía que hiciera algo por él, me preocupaba hasta dónde llegaría. Ese tipo de comportamiento era característico en un veinteañero, pero no en un adulto responsable.

—De acuerdo. —Accedí, como siempre a su lado. Rozó su nariz con la mía y me besó suavemente en los labios, y mi corazón tembló de placer—. Buenas noches. —Me despedí.

—Buenas noches. —Un beso más en mi mejilla. Inhaló profundamente y luego se enderezó.

—No vengas mañana hasta después de las doce. Duerme hasta tarde. —Suavizó su exigencia con una sonrisa—. No quiero que estés de mal humor.

Me reí entre dientes.

—Llegaré a las nueve —dije—. Tengo que llevar a las niñas a la escuela.

—Déjalas y regresas para que duermas una siesta. —Puse los ojos en blanco, pero una sonrisa apareció en mis labios. Entonces entré, cerrando la puerta tras de mí con un suave clic. Volví a verlo a través de la puerta de cristal, justo a tiempo para notar sus iris clavados en mí antes de entrar en la limusina.

Nuestras miradas se cruzaron y el tiempo se detuvo. Sus hermosos labios se curvaron en una sonrisa y tuve la extraña premonición de que ya me había enamorado demasiado de aquel hombre.

La limusina se marchó, pero la idea me persiguió mucho después de darles el beso de buenas noches a mis hijas dormidas y acostarme en la cama, observando el techo.

Unos ojos verde oscuro me habían llevado por un camino del que no volvería. Estaba segura de ello.

Juntos éramos un infierno ardiente. No debería ceder. Y, sin embargo, su voz, cada caricia, me hacían desearlo aún más.

Capítulo Treinta Y Uno



Kristoff

La posesividad se apoderó de mí por Gemma Rose. Hasta esa noche, me engañé pensando que tenía algún control sobre ello.

No tenía ninguno.

Al ver que los hombres la miraban toda la noche, tuve que luchar contra el impulso de no romperles la cabeza a todos. Incluida la de Byron, que siempre me cubría la espalda. Estaría mal visto, incluso con toda mi riqueza para respaldarme. Aunque ver a ese hijo de puta de Jonathan, mi exmejor amigo que se folló a mi exesposa y la dejó embarazada, tocar a mi mujer me causó pura rabia.

«¡Por supuesto que no!». Cuando Gemma se alejó de él, con la frente en alto, me acerqué a Jonathan, tranquilo y frío. Entonces mi puño conectó de nuevo con su mandíbula, haciéndolo caer en su trasero.

—¿Qué demonios? —siseó Jonathan, frotándose la mandíbula—. Ya me diste un puñetazo.

—Por tocar a Gemma —gruñí—. Y por traer a esa mujer desquiciada.

No hacían falta más palabras.

Lo dejé sin mirar atrás mientras iba tras Gemma.

El hecho de que perdiera la calma con Gemma debería haber sido señal de que estaba demasiado involucrado. Siempre había sido el que usaba el cerebro, más que la fuerza, en todas mis batallas. Por eso Jacqueline no sacó nada de nuestro divorcio. Ni un solo centavo que no le perteneciera antes de casarse conmigo.

Sin embargo, alrededor de Gemma, mi cerebro se ponía en estado frenético. O a baja velocidad, dependiendo de cómo lo miraras. Y todo lo que quería hacer era asesinar a los hombres que se atrevieron a darle la mano.

Se defendía en las conversaciones, tanto con hombres como con mujeres. Y contra Jacqueline. Se preocupaba por mí lo suficiente como para defenderme ante Jonathan y reclamarme como suyo ante mi exmujer.

¡Jesucristo!

Me hizo sentir tan orgulloso que quise golpearme el pecho. No le di a Gemma ninguna razón para defenderme y, aun así, lo hizo. Sin pensarlo dos veces.

«Soy su puta». Sus palabras sonaban una y otra vez en mi mente. Gemma era mucho más. Era todo lo que un hombre podía desear. Desinteresada, cálida, tan *sexy*. Sus ojos suaves mientras me miraba, a veces con preocupación o con una neblina llena de lujuria cuando me la follaba. Me encantaba todo eso.

Mientras estaba sentado en el asiento trasero de la limusina, las imágenes de Gemma consumían mi mente. La forma en que me observaba por encima del hombro, con los labios entreabiertos mientras su dulce cuerpo se estremecía tratando de abarcarme por completo. Su afán por complacerme me producía un impulso protector en el pecho.

Dios, la deseaba. Tanto que sudaba frío bajo la ropa. Era una adicción que temía no poder curar pasara lo que pasara. Era la mezcla perfecta de delicadeza y fuerza. Pero solo para mí.

El calor me recorrió hacía la ingle y el pecho me ardía por la necesidad de volver con ella.

Joder.

Eso nunca me había pasado antes. Obsesionarme con una mujer después de tenerla. La necesidad por ella crecía con cada probada que me permitía. Incluso llegué a desear embarazarla

porque eso la mantendría conmigo, con contrato o sin él.

Me pasé una mano por la mandíbula. *Por Dios*.

Demonios, esa mujer se merecía algo mejor. Mucho mejor que yo, sobre todo después de la mierda que había pasado con su exmarido. A veces los fantasmas destellaban en sus ojos oscuros y lo sentía como una puñalada en el pecho. No me gustaba para nada.

«Déjala ir», susurró mi mente.

Me ardía el pecho, rechazando esa pequeña parte de mí que contemplaba hacer lo correcto. *¡Nunca!*

Me la quedaría. La haría firmar ese contrato, y cuando se diera cuenta de lo bien que éramos juntos, sería mía para siempre, entregándome un *para siempre* por su propia voluntad.

Forzarla le traería dolor y eso era lo último que quería. El sufrimiento en los ojos de Gemma me mataría.

Así que le mostraría poco a poco lo buenos que éramos juntos. Tendría que convencerla de firmar el contrato. Me daría tiempo para persuadirla. Podríamos tener un *para siempre*. Cuidaría de ella y de sus hijas. Podríamos ser una familia. Estarían en mi casa; ella estaría en mi cama. Le daría todo lo que quisiera y la haría feliz.

Dinero, casas, joyas, cualquier cosa y *todo.*

«Buen plan», me burlé.

Mi instinto me advirtió que Gemma no era una mujer que fuera feliz solo con cosas materiales.

Mi instinto me advirtió que no era el tipo de mujer que permitiría que un hombre la controlara. Y menos después de lo que le había ocurrido con su difunto esposo. La cuestión era si podía entregarle mi corazón, mi pasado, mi presente y mi futuro.

Era mi única oportunidad de ganármela.

Mi mente me decía que era del tipo fiel. Incluso leal. No coqueteaba con otros hombres, ni siquiera con Byron, y las mujeres caían rendidas ante ese imbécil. Pero la parte aterradora era que yo no razonaba cuando estaba a su alrededor.

Luego estaba su amistad con Rick. Los dos eran cercanos.

La rabia de los celos ardía en mi interior. *¡Maravilloso!* Me convertí en un adolescente celoso e intransigente. ¡Maldito sueño hecho realidad! Siempre había sido mi meta convertirme en un idiota.

Sin embargo, no lo podía evitar. Esa mujer era *perfección*. En todos los sentidos de la palabra. Su cuerpo suave y curvilíneo. Su sonrisa. Sus ojos brillaban con el mismo deseo que corría por mis venas.

Le encantaban mis palabras sucias. Y a mí me encantaba *infectarla* con mi suciedad. Excepto cuando la vulnerabilidad o la suavidad pasaban por su expresión, mi pecho se apretaba en respuesta cada vez.

La fracción de mí que aún era decente lo advirtió todo el tiempo. Para mantenerla alejada de mí. Para protegerla de mis jodidas costumbres.

Pero ya había caído muy profundo como para detenerme.

Capítulo Treinta Y Dos

Genevieve

La mañana llegó demasiado rápido. Con menos de ocho horas de sueño, con mi café extrafuerte me apresuré a preparar a todo el mundo, incluidos los hijos de Betty, quien se había ofrecido a llevar a los niños a la escuela. Pero me opuse, ya que era mi turno de darle un respiro. Cargué a todos los niños en mi coche y nos despedimos de Betty con la mano.

A las nueve, entré en el despacho de Kristoff con su taza de café y la mía en mano. No estaba dispuesta a dejar de absorber mi cafeína.

—Buenos días —saludé al dejar su taza. Levantó la cabeza y su mirada se calentó.

No sé cómo tenía la energía para estar excitado, porque dormía incluso menos que yo.

—¿Por qué no has dormido hasta tarde? —gruñó.

Levanté las cejas.

—Buenos días —repetí, y luego me apoyé en su escritorio. Sin pasar por alto que observaba todos mis movimientos. Apoyé las palmas de las manos en la superficie lisa de su escritorio—. ¿Y cómo está usted esta bonita mañana? —musité.

—Gemma —advirtió en voz baja.

—¿Qué? —Fingí un puchero.

No le hizo gracia.

—No tengo que preguntarte cómo estás. Estás cansada. Me doy cuenta. ¿Por qué no dormiste hasta tarde?

—¿Por qué *tú* no dormiste hasta tarde? —repliqué. Me veía con una mirada seca y entrecerrada que desprendía algo caliente. Se negó a responder, así que suspiré. Era incorregible —. Te mencioné ayer que tengo que llevar a las niñas a la escuela independientemente de la hora a la que me vaya a dormir —dije.

—¿Betty no pudo llevarlas? —Por supuesto, probablemente estaba acostumbrado a tener gente que se ocupara de las cosas por él.

—Betty ya ha hecho bastante, y quería llevar a las niñas a la escuela. Es nuestro momento especial.

—Ya veo —reconoció.

—Entonces, ¿qué hay en la agenda de hoy? —inquirí, cambiando el tema a modo de trabajo.

Enumeró los proyectos en los que había que centrarse ese día. Asentí con la cabeza, volví a mi escritorio y me puse manos a la obra. El día pasó volando y, antes de darme cuenta, eran las cuatro de la tarde y Kristoff estaba delante de mi escritorio.

Levanté la vista y no podía creer lo fresco y descansado que parecía.

—¿Qué hiciste, tomarte una siesta ahí dentro? —refunfuñé de mal humor. Kimberly se rio por lo bajo, pero no dijo nada.

Sus cejas se fruncieron.

—No duermo la siesta. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces descansado —señalé, molesta—. Mientras que yo parezco y me siento como si me hubiera atropellado un autobús. —La falta de sueño sacaba lo peor de mí.

Soltó una carcajada.

—No mentías cuando dijiste que te ponías de mal humor con poco sueño. Vamos, cenemos temprano.

Gemí.

—Estoy demasiado cansada para comer —me quejé.

—¿Almorzaste?

No tuve que contestar porque Kimberly intervino.

—No, no lo hizo. Se negó a tomar un descanso para almorzar.

Me quedé mirándola. *Traidora*, articulé con la boca. Sonrió y me guiñó un ojo, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Muy bien, entonces —resolvió Kristoff, ya decidido—. Vamos a darte de comer muy rápido y luego te vas a casa.

Si bien podría discutir, no tenía energía para ello, así que me levanté, agarré mi bolso y lo seguí como un cachorrito. Su mano se posó en mi espalda y me guio hasta el ascensor. Cuando entramos y la puerta se cerró, me jaló a sus brazos. Nos quedamos frente a frente y me acarició las mejillas. Me dio un beso en los labios, me pasó la lengua por el labio inferior y se me escapó un suave suspiro mientras me fundía en él, separando los labios como invitación. Mi corazón se olvidó del cansancio y retumbó bajo mis costillas mientras las mariposas revoloteaban en mi vientre bajo.

Con un sonido áspero desde lo más profundo de su pecho, me chupó la lengua. Estaba ardiendo.

—¿Mejor? —murmuró contra mis labios.

—*Mmmm.* —Fue todo lo que salió de mi boca. Las líneas entre nosotros se difuminaron. Me sentí como Alicia cuando cayó por la madriguera del conejo. Caía y caía, hasta que el anhelo por este hombre me rompiera en mil pedazos. Ya me había descarriado mucho, demasiado. Tal vez solo me quedaban unas semanas más, antes que él se volviera un recuerdo mientras yo tomaba otro puesto en su empresa. Lejos de él.

Ignoré las señales de alarma, apoyé la cabeza en su pecho y disfruté de su calor y de los fuertes latidos de su corazón. Sería mío, durara lo que durara. Sonó el pitido que indicaba que la puerta del ascensor estaba a punto de abrirse y puse distancia entre nosotros.

Su mirada reflejó disgusto, mas guardó silencio. En lugar de eso, me tomó la mano y entrelazó nuestros dedos. Aquello distaba mucho de ser un comportamiento apropiado entre jefe y asistente, aunque nadie pareció notarnos.

Volvimos al mismo restaurante y a la misma mesa donde comimos el primer día. De alguna manera, en mi mente se convirtió en nuestro lugar.

Miré a Kristoff por debajo de las pestañas.

«Su ex era una idiota por engañar a un hombre así. A menos que ocultara algunos rasgos terribles que aún no podía ver».

Después de que Jack pasara de ser un universitario simpático y despreocupado a un esposo violento, mi instinto de conservación me volvió ligeramente paranoica. Si bien la confianza en mi capacidad para detectar a los hombres indignos vacilaba, mi instinto me decía que Kristoff no se parecía en nada a mi difunto marido.

—Un centavo por tus pensamientos. —Me sobresalté con su voz.

Lo observé pensativa. Toda historia tenía dos versiones. Sabía que así era en mi relación anterior. Estaba segura de que lo mismo ocurría con el anterior matrimonio de Kristoff. Y mientras se iban desvelando pequeños detalles, seguía sintiendo que no lo conocía.

Mi jefe. Mi amante.

Bueno, no exactamente. Eso era lo que quería cuando me ofreció el contrato. Como una polilla a la llama, ansiaba saber más de él. Llegar a conocerlo, al verdadero él.

Al final terminaría quemada. Estaba segura de ello, y todavía así, más profundo fui.

—Durmiendo con los ojos abiertos —comenté, sonriendo, guardándome todas las emociones. Me ofreció consuelo después del sexo, pero no habíamos hablado de compartir sentimientos y preocupaciones.

El camarero se presentó para tomar nuestra orden.

—Un vaso de agua —pedí—. Y para la entrada, tomaré algo rápido. Sorpréndeme.

Kristoff refunfuñó y se hizo cargo.

—*Filet mignon* con ensalada de espinacas y espárragos —solicitó en mi lugar. Sus ojos me miraron, pidiendo mi consentimiento, y asentí. No era como si se estuviera apoderando de mi vida al hacer un simple pedido por mí. Además, era un detalle.

Después de que Kristoff hiciera su propia orden, el mesero nos dejó solos.

Ambos teníamos las manos sobre la mesa y no dudó en pasarme el pulgar por los nudillos.

—Es importante comer carne con la cena —indicó Kristoff.

—Demasiada comida a estas alturas del cansancio —murmuré.

—¿En qué estabas pensando? —Debería haber sabido que distraer a este hombre sería difícil.

—Nada especial —respondí. Técnicamente, no era mentira. Ni su exesposa ni Jack eran especiales.

El camarero volvió con nuestras bebidas y se marchó de nuevo.

—¿Tienes pesadillas a menudo? —Su interrogante me tomó desprevenida y mis ojos conectaron con los suyos.

—No —contesté, conteniendo la respiración.

Se inclinó más hacia mí y se llevó la mano a la boca, rozando mis dedos con los suyos.

—¿No confías en mí?

Sí. No. No lo sé. Tal vez era en mí en quien no confiaba.

—¿Qué te hace pensar que no confío en ti? —repliqué con otra pregunta. «*Nunca se dará cuenta*», me burlé de mí misma.

Sus ojos se clavaron en mí antes de hablar.

—Porque te estás conteniendo. —*Tú también*—. Dime —exigió—. Por favor.

No debería abrir esa puerta. Sería historia cuando mis dos meses terminaran. Aunque sabía que Kristoff no sería un hombre que olvidaría fácilmente. O del todo.

—No hay nada que decir —insistí en voz baja. En sus ojos brilló el dolor, aunque desapareció tan rápido que no pude asegurarme. Sin embargo, fue suficiente para hacerme sentir mal y extendí la otra mano para cubrir la suya—. Lo siento. Estaba pensando en lo poco que sé de ti. —Me aclaré la garganta—. Realmente no nos conocemos para nada y aquí estamos...

Teniendo sexo alucinante.

Mi necesidad por él me aterrorizaba. Quería algo más que esta increíble conexión física. Con el tiempo se cansaría de mi cuerpo y entonces no quedaría nada.

La cena llegó en ese momento, y la interrupción fue bienvenida. En cuanto el mesero se fue, empecé a cortar mi comida. Le di un mordisco a mi filete y Kristoff empezó a hablar.

—Te pido disculpas por lo de anoche. Debería haberte advertido sobre la posibilidad de que mi exesposa estuviera presente.

Terminé de masticar antes de hablar, intentando añadirle algo de humor.

—No pasa nada. No ha sido culpa tuya.

—Ayer me hiciste sentir muy orgulloso —halagó Kristoff, con los ojos llenos de admiración. Dios, la forma en que me observaba, como si fuera algo valioso, me hizo estremecerme por dentro. Una oleada de calidez me recorrió el pecho—. Eres la mujer más fuerte y hermosa que conozco.

Cuando me miraba así, me sentía la mujer más fuerte y hermosa. Extendió la mano y sus nudillos me rozaron la mejilla, el tacto ligero como una pluma. Mi apego hacia él crecía por momentos bajo el calor de su mirada.

—¿Has pensado algo más sobre el contrato? —preguntó pasándome el pulgar por el labio inferior—. Haré las modificaciones que quieras.

Se me oprimió el pecho.

—¿No basta con mi palabra? —suspiré.

No contestó, y a pesar de todo y de entrar en esto con los ojos bien abiertos, seguía doliendo, maldición. Me estaba enamorando de él y Kristoff solo pensaba en mí como un acuerdo de negocios. Dios, ¿era mucho pedir una relación normal?

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —indagué en su lugar.

Se le frunció el ceño, como si detestara pensar en ello.

—Apenas dos años. —El silencio llenó el aire—. No acabó bien.

Imaginé que no, si acabó embarazada de otro.

—Lo siento. —No importaba qué, era horrible pasar por eso. Era obvio, al menos para mí, que su exesposa aún sentía algo por él. Kristoff no era un hombre fácil de leer, pero apostaría ese hermoso collar suyo a aquello que vivió dejó una marca en él.

¿Por qué me molestaba pensar en él con cualquier mujer? Especialmente una que tuvo su corazón en un momento y luego lo destruyó.

—¿Y tú matrimonio? —inquirió.

«¿Por dónde podía empezar?».

No quería mentirle. Mas no quería admitir que dejé que Jack abusara de mí durante años. Primero, verbalmente; luego, mentalmente y para finalizar, físicamente.

—Digamos que si mis hijas decidieran casarse jóvenes… —Empecé—. Estaría muy en contra de eso.

Permaneció en silencio, observándome. Esperando a que explicara. Quizá vio demasiado. O su comprobación de antecedentes le dio más información. Tal vez Kristoff sabía de las infidelidades de Jack. Pero no sabría lo que había hecho el día que casi me violó. Nadie lo sabía, ni siquiera mis mejores amigos.

Exhalé un suspiro tembloroso.

—No fue el mejor matrimonio —admití, bajando la vista hacia mi plato. Aquello era el maldito eufemismo del siglo. Aunque suponía que debía estar agradecida, Jack no se metió con mi mejor amiga, como su ex. Empujé la comida alrededor de mi plato, mi apetito desapareció de repente—. Los ojos de Jack tenían tendencia a desviarse —elaboré, la vergüenza llenándome.

Fue el hecho de que le permitiera salirse con la suya lo que me avergonzaba. Si bien su infidelidad no era mi pecado, hacerme la ciega ante la situación permitió que se intensificara. En ese momento lo entendía.

Levantando los ojos, me encontré con su mirada y me pareció que veía demasiado.

—Era un idiota —gruñó—. Merecía morir por lo que te hizo.

Me quedé quieta. Casi sonaba como si supiera lo que había pasado aquel fatídico día. Como si supiera lo que le había hecho a mi marido antes de salir corriendo por la puerta, dejándolo sangrando en la cama.

Me tragué el nudo en la garganta y forcé una sonrisa.

—Es un tema demasiado pesado para hoy —lancé—. Necesitaré dormir al menos dos días antes de ir allí.

El resto de la cena la comimos en silencio, con los fantasmas del pasado acosándonos a

ambos. Una vez terminada, salimos a la acera.

—Mi chofer te llevará a casa —ordenó, con tono firme e innegociable. Había empezado a captar sus pequeños rasgos.

—Kristoff —protesté—. Eso es una tontería. Puedo conducir. Además, necesito el coche mañana para llevar a las niñas a la escuela.

—Haré que un chofer vaya por la mañana, y las llevará a ti y las niñas. No es inteligente conducir mientras estás agotada.

—De acuerdo —concedí, admitiendo la derrota. Además, no tenía sentido quejarse cuando el hombre solo pensaba en mi bienestar.

Una vez en casa, pasé la tarde al aire libre con las niñas, tomando el sol mientras perdía el tiempo en el jardín y mis hijas chillaban de alegría corriendo por el sistema de riego y persiguiéndose unas a otras.

Después de nuestra aventura afuera y del baño de todas, mis hijas fueron arropadas con un cuento y muchos besos. Después de ducharme, me metí en la cama y, en cuanto mi cuerpo tocó el suave colchón, emití un profundo suspiro. Había sido un buen día. Sí, estaba enamorándome de mi jefe. ¿Quién no lo haría? Estaba en la lista de "experiencias obligadas" de toda mujer.

Mis facturas estaban pagadas. Mis hijas eran felices. Teníamos un techo sobre nuestras cabezas. Sí, los viejos fantasmas asomaban la cabeza por la puerta agrietada; sin embargo, se la cerré en las narices.

Miré hacia la mesita de noche, donde estaba mi teléfono. Lo agarré, vi un mensaje de Kristoff sin leer y lo abrí rápidamente.

Kristoff: Tómate el día de mañana. Estoy volando fuera de la ciudad por negocios. Kimberly también tendrá el día libre. El chofer te dejará el auto antes de la escuela. K.B.

Tan corto y al grano. Ni te imaginarías que tuvimos sexo. Sentí un pequeño dolor en el pecho, pero preferí ignorarlo. En lugar de eso, escribí una respuesta rápida.

Gemma: Ok, gracias. Nos vemos el lunes.

Y pulsé enviar. Antes de dejar el teléfono, volvió a vibrar. Kristoff respondió.

Kristoff: ¿Todavía estás despierta?

Mis labios se curvaron en una sonrisa juguetona.

Gemma: No, es mi asistente personal. Aún no le he hecho un contrato de trabajo.

Qué tontería. Sin embargo, me recorrió una emoción. Después sonó mi teléfono. Al ver su nombre parpadear, me sentí mareada y me reí como una colegiala. Me recosté contra las almohadas, satisfecha de mí misma.

—¿Hola? —respondí.

—¿Intentas hacerte la graciosa? —La voz grave de Kristoff me hizo sentir un hormigueo.

Me reí entre dientes.

—Me pareció muy gracioso.

—¿Cómo es que sigues despierta? —indagó. Me pregunté si llamaba solo para charlar. Esperaba tontamente que así fuera.

—Las chicas y yo estuvimos afuera un rato disfrutando del sol. Me dio la energía suficiente para mantenerme despierta. Supongo que es mucho antes de tu hora de dormir —bromeé.

—Sí. —Pude oír una sonrisa en su voz—. A diferencia de ti, me pongo de mal humor cuando no tengo comida.

—Espero que no estemos en la misma habitación cuando esté cansada y tú hambriento —bromeé, y su risa de barítono resonó en los auriculares—. Gracias por darme el día libre mañana. Lo estoy deseando —añadí, encantada con el sonido de su risa. Debería reírse más.

—De nada —respondió—. Te lo mereces. ¿Harás algo divertido?

—Voy a sorprender a las chicas y llevarlas de senderismo. Sienna tiene un gran examen mañana, así que lo haremos justo después.

—¿Ya no se ha saltado las clases? —preguntó burlonamente—. ¿No más chicos?

—Muy gracioso —contesté secamente—. Espera a tener hijas. Te quitan años de tu vida. —Luego, dándome cuenta de lo insensible que sonaba, teniendo en cuenta su pasado, continué—: Lo siento, eso fue insensible.

—No te preocupes.

—No ha estado faltando a clases —repliqué a su pregunta original—. Creo que cumplir sus treinta días de castigo le abrió los ojos y se dio cuenta de que el chico que le gusta no era tan genial después de todo.

—Me alegro de que esté mejor —pronunció—. Seguro que perder a su padre fue más duro para ella que para sus hermanas pequeñas.

Tenía razón; fue lo más difícil para ella. Excepto que no pasaba un solo día sin que me preocupara si la actitud de mierda de Jack no les daría a mis hijas una impresión equivocada de lo que era una buena relación. Mis padres se adoraban, nunca levantaban la voz. Sí, tenían desacuerdos, pero los hablaban. Me alejé tanto de lo que me habían enseñado que ni siquiera estaba segura de cómo había llegado hasta ahí.

—Sí, lo fue. —El silencio se prolongó.

¿Cómo podría explicar el alivio y la culpa que sentía por la muerte de Jack? El alivio de que no me volvería a hacer daño. Siempre me preocupó que eventualmente transfiriera esa ira de mí a mis hijas. O si continuaba aumentando, el impacto que tendría en ellas. Por otro lado, también me pesaba la tremenda culpa por no haber puesto fin a nuestro matrimonio años atrás. Si lo hubiera hecho, quizá no nos habría llevado al punto en que tuve que recurrir a la violencia para sobrevivirlo.

Pero aquí estábamos, y no había vuelta atrás en el tiempo.

—A las niñas les gustará la senderismo. —Kristoff interrumpió mis pensamientos morbosos cambiando de tema—. ¿Así es como te mantienes en forma?

—No diría que estoy en forma —comenté.

—Te vi desnuda. —Su voz sonaba áspera—. Y me encantó lo que vi.

Una afirmación simple. No obstante, encendió un infierno dentro de mí. Un dolor pulsante palpitaba entre mis muslos y ansiaba *su* toque. Separé las piernas con vacilación, metí la mano entre los muslos y rocé mis pliegues con los dedos. Me mordí el labio inferior para que no se me escapara un gemido.

Mis bragas estaban empapadas. Otro roce y una fuerte inhalación abandonó mis labios. Como si me quemara, retiré rápidamente la mano.

Me sonrojé, contenta de que no pudiera verme. Su voz me convertía en una mujer deseosa que no reconocía.

—Gemma —gruñó.

Me aclaré la garganta.

—¿Sí?

—¿Te estás tocando? —¡Mierda! La lava serpenteaba por mis venas, quemándolo todo a su paso. Este hombre me superaba. Ni siquiera podía controlar mi propio deseo sobre él, por no hablar de las emociones.

—No —mentí. Su risita profunda y oscura recorrió la línea. *Desgraciado*—. ¿Te estás tocando? —solté con valentía. O quizá descaradamente.

—Lo haría si estuviera en casa —dijo—. Aunque puedo ayudarte si quieres correrte.

El corazón me latía a mil por hora, estaba convencida de que se me desbocaría en cualquier momento. Quería venirme. Dios mío, ¡cómo lo deseaba! Mi piel se tensaba, mi corazón latía loco y un calor lánguido nadaba por mis venas.

Tragué saliva.

—No, gracias. —*«¡Gallina!»*, mi cuerpo gritó, mientras mi sexo me dolía en señal de protesta—. Además… —razoné en voz alta, intentando hacer que sus palabras fueran contraproducentes—. Prefiero sentir tu polla dentro de mí que mis dedos.

¡Diablos! Esas palabras salieron realmente de mi boca. Este hombre me estaba excitando. Y mi boca sucia. Acabaría trabajando solo para meter dinero en el frasco de las malas palabras.

—Boca sucia —gimió, con la respiración un poco más agitada que cuando empezó nuestra conversación. Y mentiría si no me deleitara silenciosamente en ello—. Definitivamente me ha salido el tiro por la culata. —Se aclaró la garganta, mientras yo sonreía estúpidamente. Como una adolescente cachonda que se daba cuenta por primera vez de que tenía poder sobre su novio. Estaba jugando con fuego—. El senderismo era un tema más seguro.

Me reí entre dientes.

—Estoy de acuerdo.

—Ahora dime por qué te gusta el senderismo —comentó—. O cuando este coche se detenga, me costará ocultar el bulto en mis pantalones.

Sonreí al teléfono, feliz de poder afectarlo.

—Es tranquilo —repliqué a su pregunta. No tenía sentido excitarnos ambos—. Nos relaja. Siempre parece que estamos a miles de kilómetros, lejos del ajetreo y los problemas. Me ayuda a despejar la mente.

—¿Cómo te metiste en eso?

—Jack me introdujo. Hacíamos senderismo juntos. —Disfrutábamos haciéndolo juntos, aunque solo al principio. Antes de tener hijas—. Lo dejó después de que naciera Sienna. Dijo que era demasiado estresante con la bebé. Pero a mí me gustaba demasiado como para dejarlo. De vez en cuando se unía a nosotros —murmuré.

Dios, las señales de que Jack no quería una familia estuvieron ahí todo el tiempo. Fui demasiado ciega para verlas; demasiado decidida a hacer que funcionara. Como mis padres me enseñaron.

Se extendió el silencio y me pregunté si había cometido un error al compartir mi pasado. En las pocas citas que tuve, los tipos siempre me preguntaban por mi difunto marido y les decía que no quería hablar de ello. Asumían que era demasiado doloroso. Y lo era, mas no por las razones que suponían. No creí que estaría preparada para tocar ese tema. No obstante, de alguna manera, cerca de Kristoff, sentía que podía.

—¿Qué haces para divertirte, Kristoff? —Desvíe la conversación, queriendo romper el silencio. Como no contestó, añadí—: Te diviertes, ¿verdad?

—¿Además de divertirme contigo? —bromeó y me reí entre dientes—. En realidad, no tengo

mucho tiempo libre. Durante los últimos veinte años, me he dedicado a salvar la empresa que mi padre llevó al borde de la quiebra y a crear mis propios negocios para garantizar su éxito. Cuando no trabajo, me relajo —explicó.

—¿Eras muy unido a tu padre? —inquirí.

Un latido.

—No. —Podía oír la tensión en esa única palabra—. Hizo quedar en ridículo a mi madre y trajo el escándalo a nuestra familia. Y luego estaba el hecho de que malgastó la herencia de mi mamá.

La amargura en su voz era inconfundible.

—Lo siento —murmuré, lamentando sacar un tema delicado—. Tu madre tiene suerte de tenerte. Y eres muy exitoso.

Su respuesta fue un gruñido.

—¿Y tus padres? —agregó en su lugar.

—Era muy unida a mis padres —le dije con voz suave—. Los extraño mucho. No tenían mucho, pero tenían un buen matrimonio. Eran felices y eso era lo único que importaba.

—Eso es una rareza —expresó.

—He llegado a la misma conclusión —asentí, y luego cambié de tema a algo más ligero—. ¿Alguna vez has ido de excursión?

—En mi época de militar, sí. Hoy en día, acampo en lugares remotos en la montaña cuando tengo tiempo. Voy en helicóptero. Hacer senderismo lleva demasiado tiempo que no tengo. —Su respuesta fue sencilla y no me sorprendió.

—Deberías intentarlo de nuevo —sugerí—. ¡Al diablo con el tiempo!

—Lo haré, si me invitas a una de tus excursiones. —No sabía si hablaba en serio o no. Debió notar mi vacilación—. No, no estoy bromeando.

—¿Y tu falta de tiempo? —señalé.

—Siempre tendré tiempo para ti. Será bien usado contigo y tus niñas. —Me recosté contra las almohadas, con una amplia sonrisa en la cara. Kristoff Baldwin me había robado el corazón. Solo que aún no me había dado cuenta.

—Trato hecho, entonces. —Me reí en voz baja—. Ya que viajas mañana, te invito a la próxima.

El silencio se prolongó durante dos latidos.

—Cuento con ello. —El corazón me dio un vuelco—. Será mejor que te deje dormir. —Carraspeó suavemente—. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —murmuré y la línea se cortó.

Capítulo Treinta Y Tres



Genevieve

El viernes y el sábado pasaron en un borrón e impregnados con deleite. El clima soleado, las risas de mis hijas y un sentimiento que florecía en mi pecho me hicieron más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Llegó el domingo y con él la fiesta de Betty. La celebración de su cuarenta cumpleaños. Mientras conducía hacia su casa con las ventanas abajo, no podía evitar preguntarme dónde había ido a parar el tiempo. La vida era corta. Demasiado corta y ya había desperdiciado mucho tiempo.

Cuando llegamos, su festejo ya estaba en pleno apogeo. Mi segunda fiesta en una semana. «*Mis habilidades sociales están mejorando*», pensé con ironía.

Justo cuando sacaba a las niñas del coche y me dirigía a la puerta del jardín de la parte trasera de la casa, me encontré con Kristoff.

—Hola, Gemma —me saludó despreocupadamente, mientras intentaba procesar si mi imaginación me estaba jugando una mala pasada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirí.

Saoirse corrió hacia él, como si fueran los mejores amigos y lo conociera de toda la vida.

—Hola, Kristoff. —Saoirse dijo alegremente—. Me alegro de verte.

—Eso sí que es un saludo —comentó Kristoff sonriendo—. También me alegro de verte, Saoirse.

—También me *aglegro* —agregó Sierra tímidamente en su lenguaje infantil.

Kristoff se arrodilló a la altura de sus ojos, sin preocuparse de que su costoso traje estuviera sobre el asfalto.

—Me siento muy feliz de qué digas eso —respondió con una sonrisa—. Esperaba verlas a todas aquí.

Le ofreció su saludo de pulgares arriba y él le siguió el juego, presionando suavemente su pulgar contra el suyo.

—También me alegro de verte —saludó Sienna—. Supongo que mamá es la única que no se alegra de verte. —Kristoff se levantó de su posición arrodillada, con una bolsa en la mano. Me miraba con una pequeña sonrisa en los labios, pero sus ojos ardían de calor.

—También estoy feliz —aseguré—. Solo sorprendida de verte aquí. —Se inclinó, y me dio un beso en la mejilla. Un saludo tan sencillo y a la vez tan complicado. Su colonia entró en mis pulmones y mi sangre se calentó.

—Creía que estabas de viaje de negocios —mencioné, con la voz entrecortada—. ¿Cuándo llegaste?

—Justo ahora. Me di cuenta de que sacabas a las niñas del coche y vine. Podemos entrar juntos.

Daba la impresión de que éramos una pareja y veníamos juntos. ¿Pero qué debía decirle? *¿Que esperara aquí y entrara después de nosotras?,* sería descortés. Además, me gustaba la idea de estar juntos.

Atravesamos la puerta del jardín y juraría que el ruido de la fiesta disminuyó un poco.

Los ojos y la atención se giraron hacia nosotros. Kristoff parecía imperturbable, mientras yo estaba nerviosa. Betty se abalanzó sobre nosotros con una amplia sonrisa.

—Hola. —Sonrió—. Hola, chicas. —Saludó a mis hijas—. Me alegro de que hayan venido.

Me preocupaba que me dejarían plantada —bromeó, abrazándome—. Y gracias… —se dirigió a Kristoff—. Por aceptar la invitación de última hora.

Di un paso atrás.

—No me perdería tu gran cumpleaños. Y aquí tienes tu regalo —dije sonriendo y le entregué una caja envuelta—. Ábrelo cuando estés sola —sugerí guiñándole un ojo.

Me había pedido unos aceites exóticos y eróticos. Para poder experimentar con Rick. Definitivamente era demasiada información, pero suplicó por eso y solo eso. Añadí una sorpresa, algo más apropiado para un cumpleaños.

—¿Es...? —Se aclaró la garganta, sus ojos se desviaron hacia Kristoff y luego volvieron a mí —. ¿Lo que pedí?

Sonreí, con las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Sí. Y me debes una por entrar sola en esa tienda.

Soltó una risita.

—Podemos ir juntas la próxima vez.

Puse los ojos en blanco.

—Hay que esperar a que se olviden de mi cara.

Kristoff levantó una ceja, con curiosidad en el rostro, mas no dijo nada. En lugar de eso, le entregó a Betty su regalo. Parecía una tarjeta que probablemente contenía un buen cheque. Sorprendida, me di cuenta de que no le había dado la bolsa de regalo que llevaba en la mano.

—Ah, no debiste. —Ronroneó, con los ojos brillantes de emoción—. Bueno, ustedes vayan a socializar. Voy a poner esto en un lugar seguro.

Se fue dando saltitos, sonriendo. Supuse que lo estaba pasando muy bien. Volví mi atención a mis chicas.

—¿Quieren ir a jugar con sus amigos?

—Ojalá fuera mi cumpleaños —se quejó Saoirse—. Quiero regalos. —Hizo un puchero.

—*Ah*, cariño, estará aquí antes de que te des cuenta —consolé, abrazándola—. Te compraremos uno de esos pasteles especiales que te gustan en mi página de Pinterest.

—¡Oh, sí, mami! Sería un pastel perfecto. —Dio un salto y luego frunció el ceño—. ¿Y qué tal un regalo?

Kristoff bajó hasta la altura de Saoirse.

—En realidad, tengo un regalito para ustedes —pronunció, sonriendo. Entrecerré los ojos y lo miré con desconfianza mientras rebuscaba en su bolsa. Les entregó a cada una de las chicas una caja que sospechosamente parecía de joyería.

—Kristoff —advertí—. Espero que haya juguetes ahí.

Sonrió, de repente parecía diez años más joven. Se me caía la baba mientras mis hijas movían los deditos con impaciencia, emocionadas por ver qué había en sus cajas.

En cuanto Saoirse abrió la caja, se le iluminó la cara.

—¡No! —Lo regañé en voz baja mientras ella chillaba de alegría. Sierra seguía las payasadas de su hermana, aunque no sabía muy bien por qué.

—¡Mami, las joyas hacen juego con las tuyas! —exclamaba Saoirse, con los ojos brillantes como diamantes negros—. Ahora tengo las mías. Y Sierra tiene las suyas. —Se giró para ver a su hermana mayor—. ¡Y mira, Sienna también tiene la suya!

Saoirse sonreía mientras se lanzaba sobre Kristoff. Le mostró emocionada lo bonito que era, sin darse cuenta de que sabía exactamente cómo era ya que él lo había comprado. Aun así, le sonrió, con sus profundos pozos verdes brillando con picardía y deleite.

Algo en él cerca de mis hijas hacía que se me oprimiera el pecho. Mas no podía dejar que mis

hijas tuvieran un regalo tan caro. Por no hablar de que seguro que lo perderían.

—Kristoff —objeté suavemente—. No deberías haber hecho eso. No puedo dejar que se lo queden. —Saoirse, al oír mi protesta, retrocedió de inmediato y agarró el collar. Su mirada me decía que haría un berrinche si intentaba quitárselo.

—Cálmate —dijo Kristoff—. Hacen juego con el tuyo, pero no son diamantes ni piedras de verdad. Es solo una imitación —aseguró.

—Oh. —Desvié mi atención hacia los collares y luego a él. Asintió y ambos volvimos a mirar a las chicas. Sierra se enrolló el collar alrededor de la muñeca y lo convirtió en una pulsera. Saoirse se puso el suyo alrededor del cuello con la ayuda de mi hija mayor, y luego pusieron las manos de ambas sobre él para que no pudiera quitárselos.

Sienna miró la suya, aún en la caja, sin saber qué hacer con ella.

—El de Sienna es real, aunque es una versión en miniatura del que te regalé —añadió en voz baja—. Deja que se lo quede —me susurró al oído—. Hazlo por mí.

Los ojos de mi hija mayor se movían de un lado a otro, insegura de si podía quedarse con el precioso regalo. Lo quería, me di cuenta por su expresión. Dudó un segundo y luego le entregó lentamente la caja con el collar.

—Sienna, es tuyo. Y te lo quedarás —insistió Kristoff con firmeza. A pesar de que se le iluminaron los ojos, seguía mirándome en busca de aprobación. Bueno, más bien suplicaba aprobación—. Es un regalo sin compromiso. —Tomó mis manos entre las suyas y las apretó suavemente—. Me hace feliz, y me gusta hacerlo por ti y tus hijas. Créeme, puedo permitírmelo.

Asentí, aunque no me gustó. Las tres chicas se fueron juntas como en sintonía y con miedo a que cambiara de opinión.

—No vuelvas a hacer eso —advertí, ligeramente agitada.

—¿Por qué no? —inquirió—. Quiero mimarte. Y a ellas también.

—Los regalos son demasiado caros. No quiero que piensen que es normal. Y no puedo darles obsequios de ese tipo, así que me hace sentir inadecuada e incómoda.

Me sostuvo la mirada, las emociones espesas entre nosotros.

—La próxima vez, lo consultaré contigo —prometió suavemente, acercando su boca a mi oído—. Y ya me has dado más de lo que todo mi dinero podría comprar —murmuró suavemente.

Sacudí la cabeza.

—Ni siquiera te he comprado una taza de café —musité.

—Me diste algo que mi dinero no puede comprar —dijo suavemente—. Tú. Soy rico y viejo. —Me burlé de eso.

—No eres viejo —respondí.

Me besó los labios.

—Pero soy rico. —Puse los ojos en blanco, aunque una sonrisa apareció en mis labios. Nuestros dedos se entrelazaron y su vista bajó hasta ellos—. Al menos dame el gusto de vez en cuando.

—Te doy el gusto todo el tiempo —protesté en voz baja, con el pecho encendido.

—Bien, entonces ponte esto para mí. —Sacó una última caja de su bolsa—. Compláceme.

Santos cielos, cuando actuaba así, haría cualquier cosa que me pidiera. Busqué con los ojos a mis hijas para asegurarme de que estaban a la vista. Estaban juntas y jugaban con los hijos de Betty y algunos otros niños. Así que volví a centrar mi atención en Kristoff. Sus ojos brillaban como esmeraldas bajo el sol.

Me abrió la caja, en la que había un precioso collar con un diamante solitario en forma de lágrima. Un collar sencillo y cotidiano que parecía muy caro. Un suspiro exasperado me

abandonó.

—Kristoff —discutí débilmente—. No quiero ni necesito regalos.

Una expresión pasó por sus ojos, parecida a la vulnerabilidad. O tal vez se preparó para un rechazo y no estaba acostumbrado. En cualquier caso, no me atreví a hacerlo.

Un profundo suspiro de resignación se deslizó por mis labios.

—De verdad no te entiendo. —Carraspeé, acortando la distancia entre nosotros—. Es precioso. Justo del tipo que habría elegido. Aunque el mío sería mucho más barato, y probablemente falso.

Agachó la cabeza y sus labios rozaron los míos.

—Gracias —susurró.

—*Oh,* Kristoff. —*Me* regaló un collar y me daba las gracias—. Gracias a *ti* por el hermoso collar. —Apreté mis palmas contra su pecho—. Pero no más regalos —advertí.

—Debes de ser la única mujer que no quiere regalos —bromeó, y su mirada me hizo sentir mariposas. No podía ni imaginar lo que sentiría al pertenecerle por completo. Sí, tenía una moral torcida con su contrato, aun así, era un buen hombre. Tal vez un poco roto; pero ¿acaso no lo estábamos todos?—. ¿Puedo ponértelo?

—Sí. —Exhalé.

Lo anhelaba. Lo deseaba. El aroma de su colonia y su calor se estaban convirtiendo rápidamente en algo que ansiaba. Lo vi sacar el collar de la caja y me di la vuelta, levantándome el cabello. Se colocó detrás de mí y me lo puso en el cuello. Contuve la respiración cuando sus dedos rozaron mi piel al abrocharlo. Sus labios fueron suaves sobre mi piel, dejando un beso fugaz. Un ligero escalofrío me recorrió la espalda y se me erizó la piel.

—Bueno, hola de nuevo. —Una voz familiar que no pude localizar vino de detrás de nosotros—. Tortolitos. —Me di la vuelta y me encontré cara a cara con Jonathan. Tenía un moretón en la mejilla izquierda, recuerdo de la otra noche. La mano de Kristoff me rodeaba posesivamente, su cuerpo tenso.

Se hizo el silencio, los dos hombres se miraron fijamente, no obstante, estaba claro que ninguno de los dos diría una palabra más. Kristoff llevaba su impecable traje Armani, de aspecto oscuro y elegante, mientras que Jonathan vestía pantalones caqui y una polo informal, con el cabello rubio alborotado. Dos polos opuestos.

Me aclaré la garganta.

—Hola. ¿Cómo estás? —Rompí el tenso silencio.

Jonathan sonrió con rigidez.

—No puedo quejarme. A menos que el imbécil intente pegarme otra vez. —Arqueé una ceja, mientras veía cómo fulminaba con la mirada a Kristoff. Mis ojos se movieron entre los dos hombres.

—No sabía que conocías a Betty —dije sin ninguna razón.

—No lo hago—afirmó, sin apartar su atención de Kristoff—. Trabajo con su marido.

—*Oh.* —Eso era inesperado.

La exesposa de Kristoff caminaba hacia nosotros, con una sonrisa falsa y los ojos clavados en mí. Un adolescente de unos dieciséis años caminaba con ella, sosteniéndola de vez en cuando. Dios, estaba borracha otra vez.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí. —El tono de la exmujer de Kristoff estaba lleno de veneno.

—Gemma, creo que ya conoces a mi esposa —agregó Jonathan fríamente, con los ojos clavados en Jacqueline. Si mi esposo me mirara así, me escondería y cerraría las puertas.

Jonathan odiaba a su mujer.

Kristoff me acercó más, y se sintió como una capa extra de seguridad. Jacqueline dio otro paso, pero tropezó y su hijo la atrapó. Nos miró avergonzado. Pobre chico.

—¡Déjala! —espetó Jonathan entre dientes.

El chico se aferró a su madre y solo la soltó cuando estuvo estable sobre sus piernas. Kristoff parecía completamente aburrido, con expresión fría. Ignoraba a Jonathan y a su exesposa, sus ojos viajaban sobre sus cabezas, como si ni siquiera existieran.

Siguiendo el ejemplo de Kristoff, ignoré a la mujer. Sin embargo, no podía ignorar al chico. Parecía de la edad de Sienna, aunque un poco tímido y reservado.

Extendí el brazo hacia el chico, sonriendo.

—Hola, soy Gemma. —Me presenté—. ¿Cómo te llamas?

—Kai, señora. —Tenía modales.

—¿Debes tener unos dieciséis años?

—Sí, señora —respondió.

—Gemma, este es mi hijo —intervino Jonathan. El parecido entre los dos era enorme.

Bajo el exterior frío y confiado de Kristoff había un hombre. Hambriento, posesivo y enfadado. Porque fue engañado por las personas más cercanas a él. Me dolía el corazón por él, la necesidad de rodear su cintura con mis brazos y ofrecerle consuelo era fuerte.

Las infidelidades de mi marido dolieron, sin embargo, esas mujeres eran desconocidas para mí. Kristoff perdió una esposa y un mejor amigo al mismo tiempo. Era un hombre tan orgulloso y fuerte, no me extrañaba que se lo tomara a pecho.

Un grito recorrió el patio trasero y mi atención se desvió. Saoirse corría hacia nosotros, llorando, con sus hermanas detrás. Alarmada, bajé inmediatamente a su altura.

—¡Mami! —gritó Saoirse—. Sienna está siendo mala conmigo.

—¿Qué ha pasado, Saoirse? —Kristoff se arrodilló, ofreciéndole su pañuelo. El hombre era un perfecto caballero.

Resopló, conteniendo las lágrimas, y se quedó viendo el pañuelo. Como no se movió, Kristoff le secó la cara. Su mano era un poco torpe, demasiado grande para su rostro. Sin embargo, no había visto un espectáculo más dulce en mucho tiempo.

—No me deja usar su collar —se quejó con hipo.

—Saoirse, tienes el tuyo —razoné—. Ese es de ella.

—Pero lo quiero. —Hizo un puchero.

Sierra interrumpió.

—También quiero.

La atención de Kristoff se volvió hacia mi hija menor y sonrió.

—¿No te gusta el que te compré?

Los grandes ojos azules de Sierra se desviaron hacia su collar, enrollado alrededor de su regordeta muñeca, y luego volvieron a mirar a Kristoff.

—Me gusta.

Sonrió.

—Me alegra oír eso. ¿Vas a quedártelo?

Mi hija menor asintió, con los ojitos brillantes.

—Sí.

—Bien, eso me hace muy feliz —elogió.

—Saoirse, ¿quieres quedarte con tu regalo o dárselo a tu hermana? —Probé el enfoque de Kristoff.

—No —refunfuñó—. Ese es mío.

Sonreí, compartiendo una mirada divertida con Kristoff.

—Así es. Y el collar de Sienna es suyo.

—De acuerdo. —Aceptó. La abracé y me levanté con la ayuda de Kristoff. Una sonrisa se elevó en sus labios y sus esmeraldas brillaron con humor. Puse los ojos en blanco—. Mira lo que les hacen las joyas a las mujeres —bromeé.

—¿Son tus hijas? —preguntó Jonathan sorprendido, observando fijamente a mis tres hijas.

—Sí —afirmé con una sonrisa orgullosa. Señalé a mi bebé—. Esta es mi hija pequeña, Sierra. Saoirse es mi hija de cinco años. Y la mayor, Sienna —dije señalando a mi hija de quince años.

—Hola —saludaron las tres al unísono, con los ojos curiosos puestos en Kai.

—No sabía que tuvieras hijas. —Rio Jacqueline—. No pareces el tipo de niños

Tuve que contenerme para no gritarle.

—Resulta que soy del tipo —respondí—. Las tres son mías.

Sienna le tendió la mano a Kai, despreocupada por la tensión entre adultos.

—Hola. —Le sonrió a Kai—. ¿Quieres jugar voleibol? Necesitamos uno más para jugar.

Le dio la mano e intervine para presentarlos.

—Sienna, este es Kai.

—Claro, me encantaría jugar —le respondió a Sienna—. Aunque te advierto. No se me da bien el voleibol.

Saoirse le dedicó una gran sonrisa.

—No pasa nada. Te ayudaremos. Me caes bien. —Sierra sonrió y asintió con la cabeza. Saoirse lo tomó de una mano, Sierra de la otra y se lo llevaron.

—¿Dónde es-stá su padr-re? —Jacqueline preguntó, su habla un poco arrastrando las palabras. Dios, la mujer no tenía ningún tacto—. ¿Lo abandonaste para ser la zorra de Kristoff?

Kristoff gruñó, dando un paso de advertencia hacia ella, pero lo agarré de la mano y tiré de él hacia atrás.

—Falleció —informé con firmeza.

—¿Y dónde te encontró Kristoff? —espetó, no se me escapó la insinuación en su voz.

—En Starbucks —repliqué con sarcasmo. No era estrictamente mentira.

—Tus chicas tomaron a Kai bajo su protección. —Jonathan cambió de tema.

Seguí su mirada, justo a tiempo para ver cómo se reían todos.

—Está en buenas manos —aseguré—. Aunque Saoirse podría hablarle sin parar.

Soltó una risita y siguió otro latido de incómodo silencio.

—Y... —Jacqueline no terminó lo que iba a decir.

—Discúlpenos. —Kristoff interrumpió y su toque posesivo en mi espalda nos alejó de ellos. Nos acercamos a una de las mesas vacías—. ¿Estás bien? —preguntó cuando ya no nos oían.

—Sí. —Ambos nos sentamos, su brazo rodeando el respaldo de mi asiento—. ¿Y tú?

—Nunca he estado mejor. —Su boca encontró el punto sensible de mi cuello y lo besó suavemente. Luché contra el impulso de inclinar la cabeza para permitirle un mejor acceso.

—Kristoff. —Exhalé, mi corazón tronando—. La gente nos verá.

Un beso más y se echó hacia atrás, aunque su brazo izquierdo permaneció sobre mi asiento. Como si quisiera asegurarse de que todo el mundo supiera que estaba con él.

La gente se unió a nuestra zona de asientos y empezaron las conversaciones sobre todo y sobre nada. Los niños jugaban, sus risas recorrían el patio y se mezclaban con las charlas de los adultos y la música que sonaba de fondo. El olor de la parrilla recorría la brisa y, de alguna

manera, la tarde era perfecta.

Ambos nos relajamos, se sentía tan bien estando allí con él. Me habló de una adquisición en California que estaba considerando. Le hablé de mi excursión. A diferencia de Jack, que nunca se sentaba conmigo en ninguna de las reuniones a las que asistíamos juntos, Kristoff permanecía a mi lado, atento e interesado solo en mí.

—Prepárate para que alguien te suplique que la cargues —advertí mientras ambos reíamos—. La caminata fue de ocho kilómetros y cuatro de ellos pasaron con ella rogándome que la cargara.

—¿Saoirse? —preguntó, con los ojos brillantes de humor—. ¿La niñita rebosante de vida estaba demasiado cansada?

Me reí entre dientes.

—Sí. Dijo que era demasiado aburrido. No vino ningún oso, así que insistió en que la cargara. —Su ceja se frunció en confusión—. Lo sé, la lógica no tiene sentido. —Me encogí de hombros.

—¿Lo hiciste? —inquirió.

—Claro que no. —Reí entre dientes—. Si tan siquiera lo intentara, Sierra sería la siguiente. Además, me gusta mi espalda sin dolor, muchas gracias. —Volví a desviar la vista hacia las chicas para ver cómo le mostraban a Kai dónde colocarse en su juego.

Perdidos en nuestra conversación, no nos dimos cuenta de que Rick se nos unía y ocupaba un lugar a mi lado.

—Hola, hermosa —me saludó Rick con un beso en la mejilla.

—Hola. Buen trabajo con la fiesta —elogié.

—Betty hizo la mayor parte —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Lo sé, no tiene sentido. Pero sus instrucciones me estaban volviendo loco.

—De acuerdo, entonces los dos han hecho un gran trabajo. —Me reí entre dientes—. ¿También invitaste a gente del trabajo?

—Solo Jonathan. Es un gran tipo. —Kristoff se tensó a mi lado, mas no dijo nada. Puse mi mano derecha sobre su muslo izquierdo, apretando en señal de consuelo. El gesto no se le escapó a Rick, pero no dijo nada—. Es el único al que he invitado. Betty no lo conoce, así que supongo que es mi invitado. Aunque no sabía que su esposa iba a acompañarlo. Normalmente son solo él y su hijo —explicó, y luego añadió mirando por encima del hombro—: Es un desastre. Si me preguntas, creo que está loca de remate.

Miré a Kristoff, aunque no parecía preocupado por el comentario de Rick. Era un mundo muy pequeño encontrarse con tu ex dos veces en una semana.

—Rick, no sé si conoces a Kristoff. —Cambié de tema, presentando a los dos hombres—. Kristoff Baldwin es mi *ummm*... mi jefe.

Los ojos de Rick se desviaron entre los dos, su mirada castaña nos observaba con desconfianza. No podía culparlo. Uno no ponía la mano en el muslo de su jefe.

Rick le tendió la mano y ambos la estrecharon.

—¿Vinieron juntos? —Rick preguntó.

—Ah, no —respondí rápidamente. Rick miró el brazo de Kristoff alrededor de mi silla, que daba la impresión de que estaba pasando el rato con mi cita en lugar de con mi jefe, y luego volvió a observarme con una ceja ligeramente levantada. Como si me preguntara si estaba segura. Pero a su favor, no dijo nada. Kristoff, por otro lado, podría haber congelado a Rick con su mirada y nuestra conversación de principios de semana me vino a la mente. Estaba celoso.

Volví a apretarle el muslo, con la esperanza de asegurarle que no había nada entre Rick y yo. Lo quería como a un buen amigo. Estuvo conmigo en muchos momentos buenos y difíciles.

Betty y él eran lo más parecido a una familia que tenía.

Betty bajó por el césped con una copa de vino en la mano, sonriendo alegremente, y se unió a su marido y a nosotros. Le dio un sonoro beso en la mejilla a su esposo y nos sonrió a todos.

—Toda la fiesta tienen sus ojos sobre ustedes. —Betty se dirigió a Kristoff y a mí, con movimientos un poco torpes al sentarse. Gemí, pero se rio—. Puede que haya tenido algo que ver con eso —admitió visiblemente—. Tu exesposa, Kristoff, odia a Gemma a muerte e intentó iniciar un rumor.

—Betty... —advertí. Lo último que necesitábamos era un drama.

—No dejaré que esa *borr-raacha* hable mal de mi *mejor-r* amiga. —Betty arrastró las palabras con rabia—. ¿Quién demonios se cree que es?

—No vale la pena —dije—. Y puedo con ella, así que no hace falta que vayas a la batalla en mi nombre —aseguré.

Agitó la mano con su vaso, como si nada, derramando gotas de vino por su camisa.

—Vayamos más despacio con el alcohol —refunfuñó Rick, molesto.

Los dedos de Kristoff rozaban la piel expuesta de mi cuello, mechones de mi cabello los envolvían y, extrañamente, sus movimientos me tranquilizaban.

—No seas aguafiestas, esposo —soltó, mirando de reojo a su marido. Conocía esa mirada. Nada ni nadie arruinaría su diversión—. Queremos una fiesta animada. ¿Verdad, Gemma? —añadió, tratando de arrastrarme a la discusión.

—La fiesta está ciertamente animada —alegué vagamente, evitando tomar partido. Era diplomacia en estado puro, al menos en mi opinión.

Aprovechando la distracción, busqué a mis niñas. Mis chicas estaban jugando con los pequeños de Betty, acostumbrados a la compañía del otro desde que nacieron. Sienna, por su parte, estaba con Kai y otros adolescentes jugando voleibol.

Kristoff no cesaba sus movimientos detrás de mí, sus dedos rozándome el cabello, acariciándome suavemente la piel. Betty y Rick se adentraron en una discusión sobre servicios de *catering* y me incliné aún más hacia su toque.

La piel me ardía con cada roce de sus dedos e inhalé profundamente, dejando que su colonia invadiera mis pulmones. Nunca había conocido a un hombre capaz de impactarme con un leve roce de sus dedos. O con una simple mirada.

—Te deseo tanto ahora mismo. —Retumbó contra mi oído, su aliento caliente contra mi piel, enviando oleadas de lujuria por mi cuerpo. Sería mucho más fácil si solo fuera lujuria, pero se convirtió en mucho más. Este hombre tenía un poder sobre mí como nunca antes había tenido nadie. Tal vez me arrepentiría dentro de un mes, dos meses. Dentro de un año.

Lamentablemente, en ese instante, quería más de él. Más de lo que fuera que se estaba gestando entre nosotros.

«Debería poder conseguir lo que quiero de vez en cuando, ¿no?».

Me giré para mirarlo, con un oscuro calor parpadeando en su expresión.

—Rick —interrumpí la discusión de mis amigos, y pusieron con su atención hacia mí—. ¿Te importaría vigilar a las chicas? Solo un rato —aseguré, aunque ya estaba asintiendo con la cabeza—. Kristoff está redecorando su habitación de invitados —mentí con descaro—. El color de pintura que usaste ahí podría servirle.

La cara de Kristoff no mostraba ninguna emoción, ninguna sorpresa. Solo su mano en mi espalda, suavemente apretada alrededor de mechones de mi cabello.

Rick asintió con la cabeza.

—Por supuesto —respondió Betty rápidamente, antes de que su marido pudiera siquiera abrir

la boca—. Si te gusta, puedo darte el número del código de color de la pintura.

—Perfecto —asintió Kristoff, se levantó y me ofreció la mano.

Capítulo Treinta Y Cuatro



Genevieve

Puse mis dedos en su palma grande y cálida y su mano se cerró sobre ellos. No la soltó cuando empezamos a caminar. Tomados de la mano, paseamos por el patio trasero. Luché contra las ganas de correr, arrastrándolo detrás de mí. Estábamos a metro y medio de la casa cuando su exesposa se puso delante de nosotros.

Miró fijamente a Kristoff, con el deseo brillando en sus ojos. Él no se molestó en echarle un vistazo, me rodeó con el brazo y juntos la esquivamos, dejándola atrás. Sus iris solo estaban puestos en mí, como si no existiera nada más en este mundo. Me hizo sentir como algo precioso para él.

Entramos en la casa y en el momento en que la puerta del patio se deslizó tras nosotros, cedí a mi instinto. Lo arrastré, apresurándonos por la casa, subiendo las escaleras y entrando en la habitación de invitados de Betty.

Una inusual sonrisa de oreja a oreja desfiguró su hermoso rostro.

—¿Vas a aprovecharte de mí? —bromeó, aunque su voz era demasiado ronca y sus ojos oscuros, llenos de la lujuria que se reflejaba en los míos.

Cerré la puerta tras nosotros y lo conduje al gran cuarto de baño, cerrando también la puerta. Algo salvaje parpadeó en su expresión, encendiéndome. En ese momento, estaba decidida a *darle* placer.

Caí de rodillas a sus pies. Su mirada se encendió y el bulto de sus pantalones parecía estar de acuerdo con mis intenciones. La expectación me recorrió la espalda mientras trabajaba en la hebilla de su cinturón. El corazón me retumbó en el pecho cuando el suave tintineo metálico resonó en el aire. Me recorrió un escalofrío y, en cuanto le desabotoné los pantalones, rodeé con los dedos su gruesa y dura longitud.

Inspiré con dificultad y me encontré con su ardiente mirada clavada en mí. Sus ojos se habían oscurecido, estanques llenos de lujuria que me tragaban. Lo lamí de la base a la punta, saboreando su sabor. Mi cuerpo ya no era mío, sino suyo, mientras ruidos de mi respiración salían de mi garganta y su semen me cubría la lengua.

Su mano me tiró del cabello y me encontré con su mirada ardiente. Me sujetaba la melena con firmeza e imposición, casi con rudeza. Me gustaba.

—¡Chúpamela! —ordenó con voz ronca, provocando una oleada de calor en mi centro. Su voz de mando me calentó por completo, y mi punto más dulce punzaba de necesidad por tenerlo dentro de mí. Apreté los muslos, tratando de aliviar el dolor palpitante. Me ardía todo el cuerpo y apenas habíamos empezado.

Le pasé la lengua por la coronilla, luego lo introduje profundamente en mi boca y su agarre de mi espesa cabellera se tensó aún más. La lujuria se disparó por mi torrente sanguíneo, mi mirada entrecerrada se encontró con la suya. Me sentía empoderada. La mayor excitación.

—Joder. —Su voz era gutural, todo su cuerpo lleno de tensión. Su mano libre acarició mi mejilla, y emociones crudas florecieron en mi pecho.

—Eres perfecta. —Ronroneó—. Voy a follarme esa boquita carnosa. Te la voy a meter hasta el fondo de la garganta. ¿Puedo?

Tarareé mi aprobación. Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras se deslizaba más profundamente en mi boca. Mis manos se aferraron a sus muslos y mis uñas se clavaron en su piel. Me quedé quieta, dejando que hiciera lo que quisiera.

Más que nada, quería complacerlo.

—Si llega a ser demasiado, dame un golpecito en el muslo. —Su voz era gruesa, ronca. Como si estuviera al borde del autocontrol.

Empujó más hondo, hasta que me la metió hasta el fondo de la garganta y luego se quedó tranquilo, dejando que me adaptara a su tamaño.

Parpadeé, con los ojos llorosos por su tamaño, pero me negué a rendirme. Empecé a succionar, despacio al principio. Tentativamente.

—¡Eso es! —gruñó, sus gemidos me estimulaban—. Chúpala como una buena putita. —Mis ojos se abrieron de golpe—. *Mi puta*. Solo *mía.* —Un gemido vibró en mi garganta y empezó a empujar dentro de mi boca, cada vez más rápido y más fuerte.

Su respiración entrecortada y mis gemidos ahogados eran los únicos sonidos mientras me cogía la boca. Las lágrimas resbalaron por mi cara y se detuvo. Levanté las cejas en señal de pregunta. Empezó a sacar su longitud de la garganta y gruñí de desaprobación, clavándole las uñas en la piel.

—¿Quieres más? —preguntó incrédulo, con voz áspera.

Parpadeé como respuesta. Su gemido retumbó en lo más bajo de su pecho y se volvió loco. Reanudó a follarme la boca con más fuerza y gimoteé de aprobación mientras me penetraba con fuerza y rapidez.

—Qué bien se siente tu boca —rugió, con voz gutural. Posesiva—. Succiónala más fuerte.

Y lo hice. Dejé que me follara la boca. Dejé que me usara. Porque quería ser lo que necesitaba, lo que él quería. Ver cómo perdía el control era el mejor afrodisíaco, el tipo de poder del que te podías emborrachar.

Sus músculos se tensaron, estaba cerca. Moví la cabeza, relajé la garganta y dejé que me golpeara el fondo de la misma.

—Quiero correrme en tu boca —gimió—. ¿Puedo?

Parpadeé aceptando, con la boca tan llena de él.

—Trágate hasta la última gota —me ordenó con voz ronca.

Jadeé y asentí con la cabeza para que no hubiera malentendidos. Su gemido vibró contra el azulejo y me recorrió el cuerpo. Kristoff llegó al límite y se corrió con fuerza. Tragando su semen, continué chupando, su orgasmo era el espectáculo más hermoso que jamás había visto. Tragué la última gota de su excitación, lamiéndome los labios, y mi piel se calentó bajo la intensidad de su mirada.

Por fin comprendí el atractivo de arrodillarse ante un hombre. Era la sensación más poderosa. Intoxicante y adictiva. Podía llevar a este poderoso hombre al borde del control con mi boca.

Su miembro se deslizó fuera de mi boca con un suave *pop*. Su respiración agitada llenó el cuarto de baño. Una suave expresión en sus ojos se posó entre nosotros mientras me pasaba el pulgar por el labio inferior.

—Mía. —Respiró, mientras volví a ponerme de rodillas—. Si dejas que alguien te toque, lo mataré. Porque eres mía y solo mía. —*Suya.* Que Dios me ayudara; quería ser suya. Quería ser todo lo que necesitaba y deseaba. Mis sentimientos crecían. A gran velocidad. Era ilógico, incomprensible y atípico para mí—. ¿Entendido? —gruñó.

—Sí, soy tuya. —Exhalé, el palpitar entre mis piernas creciendo por segundos.

Se puso los bóxers por encima de su suave erección y se abrochó los pantalones.

Desapego emocional. Nunca me había salido el tiro por la culata tan rápido. Me pregunté si no había caído bajo su hechizo a primera vista.

—Serás mi perdición —murmuró, las líneas de su rostro se relajaron. Y todo el tiempo temí

que ya fuera la mía.

El parloteo de la fiesta, la música suave y las risas llegaron a mis oídos, luego de que la lujuriosa niebla se había disipado. Tanto los ojos de Kristoff como los míos se desviaron hacia la ventana, dándome cuenta en ese segundo de que había estado abierta todo el tiempo.

—¡Mierda! —Ambos pronunciamos la palabra al mismo tiempo.

Mis mejillas ardieron, la posibilidad de que alguien nos hubiera oído me llenó de pavor. Vacilante, lo observé.

—No oyeron nada —aseveró.

—¿Seguro?

Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa.

—Si fuera el que estuviera de rodillas comiéndote el coño, nos oiría toda la fiesta. —Puse los ojos en blanco, aunque no podía evitar que se me formara una sonrisa. Me tomó la mano y me ayudó a levantarme—. Porque tu coño es lo más dulce que he probado nunca y mi único propósito en la vida es escucharte gritar mi nombre.

Se me cortó la respiración. Me agarró las nalgas y me levantó. Me dejó sobre la encimera, sus palmas se movieron hacia el interior de mis muslos, abriéndolos.

—Kristoff, espero que no estés... —Me quedé muda cuando sonrió y mi corazón se aceleró. Era hermoso cuando sonreía.

—Quieres que me coma tu coño —me murmuró, seductor, al oído mientras su mano se abría paso bajo mi vestido y sus dedos rozaban mis bragas—. Jesucristo, estás empapada —gimió.

Su dedo se deslizó dentro de mi ropa interior, su dedo frotó mi clítoris y mi espalda se arqueó.

—Dime que lo quieres —exigió, retiró la mano y la pérdida fue instantánea.

Un suspiro estremecido salió de mis labios.

—Lo deseo —admití suavemente—. Pero esto era para ti. Además, como dijiste, estaré gritando tu nombre y todos nos oirán.

Sus manos me rodearon y me apoyé en su pecho. No podía decidir si me sentía aliviada o decepcionada de que hubiera cedido tan rápido. Me hundió la cabeza en el pliegue del cuello, me acarició la nuca y en mi interior se agitaron tantas sensaciones. Le rodeé el cuello con los brazos y hundí la cara en su duro pecho. Su calor y su olor me resultaron familiares.

Rozando con sus labios la sensible piel de mi clavícula, inhalé profundamente y luego exhalé. Su ternura alimentaba mis ansias. Mi corazón y mi alma lo necesitaban, como mis pulmones necesitaban oxígeno. Empecé a preguntarme cómo seguiría adelante después de que este pequeño asunto entre nosotros terminara.

El contrato flotaba en el aire, a punto de estallar entre nosotros. Kristoff no era una persona que renunciara a las cosas que quería o necesitaba.

Tal vez se la chuparía cuando llegara ese momento para que se quedara alucinado con mi boca y se olvidara del contrato. Me pareció un plan razonable. Sonreí contra su pecho, decidiendo que era un buen plan. Además, a diferencia de otras veces, estaba totalmente de acuerdo en chupársela. Una y otra vez.

—¿Por qué sonríes? —Su voz profunda retumbó contra su pecho y mis ojos se alzaron hacia él. Me observó con curiosidad, con el rostro aún relajado. Dios, me dieron ganas de chupársela otra vez.

—¿Quién dice que estoy sonriendo? —murmuré con picardía, una sonrisa jugueteando alrededor de mis labios.

—Sentí tu sonrisa contra mi pecho.

No podía decirle que había decidido darle una mamada cada vez que sacara el tema del contrato. Le contaría media verdad entonces.

—He decidido que te lo voy a chupar siempre que quiera algo —confesé observándolo. Era lo más cercano a la verdad que me atrevía a decir. Aunque mi cara se calentó, le sostuve la mirada—. *Hmmm...* antes eso no era para mí, pero contigo me gusta bastante.

Me vio en silencio y me pregunté qué pasaba por su mente. Quizá pensó que lo utilizaría. Probablemente se topaba con eso a menudo. Tal vez debería explicarme mejor, mas no quería mentir.

—Será mejor que volvamos a la fiesta —musité, levantando la cabeza y apretando un beso en su boca.

Me bajé de la encimera, me refresqué a toda prisa y me pasé los dedos por el cabello para alisarlo. Apoyado en la puerta del baño, Kristoff me esperaba pacientemente, sus ojos observaban cada uno de mis movimientos. Me di la vuelta y alisé el vestido con las palmas de las manos.

—¿Me veo bien? —pregunté.

—Estás perfecta —declaró y me encendió el corazón. Me agarró la nuca y apretó su boca contra la mía, deslizando su lengua. En respuesta, un profundo y vacío dolor palpitó entre mis muslos. Gemí en su boca, mis dedos agarraron su camisa y lo acercaron más a mí.

Su mano se deslizó entre mis piernas. Cuando sus dedos rozaron mis bragas húmedas, un gemido salió de mi boca.

—Estás empapada. —Me mordió el labio inferior.

—Kristoff. —Respiré contra su boca, mis caderas moviéndose contra su mano—. Tenemos que volver antes de que sea la hora del pastel.

—Eres *mi* pastel —murmuró.

Se me escapó una risa ahogada. Le agarré la muñeca, pero era demasiado fuerte y mi cuerpo no cooperaba. Aunque mi mente decía basta, mi cuerpo seguía frotándose contra él, necesitando la liberación.

—Me toqué cuando me llamaste —solté al azar. Su movimiento se detuvo y sus ojos buscaron mi mirada.

—Dime —exigió.

—Solo lo hice brevemente mientras estabas al teléfono —admití en voz baja—. Después de colgar, continué.

El aire entre nosotros se calentó, el pulso me retumbó en los oídos y las mejillas me ardieron al admitirlo.

—¿Gritaste mi nombre? —Metió los dedos más adentro.

—Sí —gemí.

—Bien —alabó. Otro beso en mis labios—. La próxima vez, lo harás conmigo en la línea para que pueda oírte gemir para mí.

Inhalé un suspiro tembloroso y asentí con la cabeza. Esta lujuria me quemaría viva.

Un fuerte vitoreo atravesó la ventana abierta y nos despertó a ambos de nuestra niebla impregnada de deseo.

—Será mejor que nos vayamos —insistí en voz baja.

Me rodeó con un brazo y volvimos a la fiesta.

—La pintura es cáscara de huevo —le informé en voz baja. Ladeó una ceja, confundido—. Fuimos a ver el color de la pared.

Levantó la comisura de los labios.

—El color de la pintura es lo último en lo que estaba pensando —dijo, sus ojos brillando con diversión—. Estoy tramando cómo meterte en mi cama para tenerte allí durante días.

—Días, *¿eh?* —Me reí entre dientes, recorriendo con la vista la multitud en busca de mis hijas. Seguían en el mismo sitio, jugando con los hijos de Betty.

Betty y Rick estaban sentados cerca de los niños, charlando con algunos invitados. Al vernos, Rick nos hizo señas para que fuéramos con ellos. En cuanto nos acercamos, mis dos más pequeñas nos vieron y nos apartaron antes de que pudiéramos sentarnos.

—Es un castillo —alardeó Saoirse con orgullo—. Algún día será mío.

—Me gusta. Quizá podamos añadir una piscina —comentó Kristoff—. Y una gran área de juegos en el patio trasero.

Sus ojos se iluminaron, brillando como diamantes oscuros. Dio más ideas, charlando con Kristoff, mientras Sierra y yo cavábamos con pequeñas palas de plástico.

Mi atención se desviaba de vez en cuando hacia Kristoff, que escuchaba atentamente a Saoirse, respondiendo a sus numerosas preguntas. Empezaron a construir una torre, discutiendo sobre su estabilidad. Mis labios se curvaron en una sonrisa; esperaba que se diera cuenta de que Saoirse no tenía ni idea de lo que eso significaba. Justo al otro lado del arenero, Sienna y Kai mantenían una animada discusión.

Fue un momento familiar perfecto.

«No es real», susurró mi mente.

Excepto que quería que fuera real.

En la media hora siguiente, cantamos “feliz cumpleaños”, comimos pastel y nos preparamos para irnos.

Observé cómo Sienna y Kai intercambiaban números, susurrándose entre ellos. El chico parecía bueno, aunque era difícil saberlo con seguridad con solo una primera impresión.

Mientras Sienna y Kai se despedían con un abrazo, Saoirse insistió en que Kristoff la acompañara a buscar el *souvenir* de la fiesta. La pequeña mano de Sierra tomó tímidamente la de Kristoff, y los tres me dejaron esperándolos, sin molestarse siquiera en desviar la vista hacia mí.

—¿Dejarás que tu hija hable con mi hijo? —Giré la cabeza hacia la izquierda, encontrando a Jonathan a mi lado—. Intercambiaron números de teléfono —añadió innecesariamente.

—Sienna puede elegir a sus propios amigos —contesté—. A menos que la inciten a portarse mal o intenten hacerle daño, no suelo interferir.

—Debería disculparme por mi comportamiento del otro día. —Empezó y me encontré con su mirada. Parecía sincero—. Me porté como un imbécil. Tuve un día duro con Jacqueline y me desquité contigo. —Me quedé callada, observándolo. No sabía si podía confiar en alguien que traicionaba a su mejor amigo—. Ella puede volver loca a una persona cuerda. —*«Seguro»*, pensé en silencio—. Por favor, perdóname. —Sonaba sincero. El hombre tenía una cruz más pesada que llevar, si tenía que tratar con Jacqueline a diario. Supongo que el karma era una perra.

—Claro, estás perdonado —dije—. Aunque no necesitas que te diga que le debes una disculpa más grande a Kristoff.

Jonathan enarcó una ceja, como si lo sorprendiera. Encogiéndome de hombros, mis ojos recorrieron a los invitados en busca de las personas que importaban en mi vida. Había visto enseguida a Kristoff, con Sierra sobre sus hombros, ella le agarraba el cabello con una amplia sonrisa en la cara. Incluso desde mi posición, podía ver cómo el rostro de mi hija brillaba de felicidad. Saoirse sostenía la mano de Kristoff, hablando vivamente de algo. Lo que fuera que dijera hizo que su estruendosa risa viajara y no podía contener mi sonrisa.

Había tomado ese *desapego emocional* y lo había quemado hasta los cimientos. Estaba

locamente enamorada de este hombre.

Darme cuenta de eso me golpeó como un rayo. *¡Maldita sea!* Me había enamorado de mi jefe. Se coló en mí con cada mirada, cada toque, cada palabra. Aunque lo que lo selló fue la forma en que trataba a mis hijas. Como si fueran suyas.

—Eres buena para él. —Las palabras de Jonathan cortaron mi monólogo interno y mi cabeza se giró hacia él. ¿De qué diablos estaba hablando? Al ver mi expresión de confusión, continuó—: Eres justo lo que Kristoff necesita. Eres buena para él.

Lo observé, con la boca ligeramente entreabierta, pensando cuál era su punto.

Antes de que pudiera decir algo más, Kristoff apareció detrás de mí y me giro hacia él. La vista fría que le dirigió antes a Rick no se comparaba con la mirada asesina que le clavaba a Jonathan. Si había un infierno, estaba en las esmeraldas de Kristoff y estaba arrastrando a Jonathan a sus fosas.

Kai y Sienna se acercaron, ambos sonriendo felices, mientras el pavor se agolpaba en la boca del estómago ante mi revelación. ¿Se suponía que iba a ocurrir tan rápido? No me enamoré de mi difunto marido durante mucho tiempo. Fue más una novedad que un enamoramiento.

—Hola, chicos —saludé, manteniendo mi pánico lejos—. ¿Se han divertido? —les pregunté.

Kai y Sienna compartieron una mirada. Las mejillas de mi hija mayor estaban inundadas de rubor. Le gustaba... y mucho. ¡Dios! ¿Había algo en el aire?

«El amor está en el aire. Eso es lo que pasaba», me burlé en silencio.

—Sí, señora. Me la he pasado muy bien —contestó Kai, mientras un ligero pánico me oprimía el pecho. Aunque no estaba segura de si era por el enamoramiento de mi hija o por el mío—. Saoirse y Sierra me presentaron a sus amigos, y Sienna me presentó a otros adolescentes. —Dudó un poco y luego continuó—: ¿Estaría bien si llamo a Sienna? Intercambiamos números, ¿y quizá podríamos salir al cine alguna vez? —Sus mejillas se sonrojaron. Lo ponía nervioso que dijera que no—. También puede venir —añadió rápidamente.

No podía ni imaginarme esa situación. Ir con mi hija adolescente y su cita. ¿Iría Jonathan también y fingiríamos hablar de deportes o del clima?

—Claro —respondí. Había que felicitar al chico. Al menos preguntó si podía llamarla. Me giré hacia Sienna—. Siempre que no interfiera con tus estudios y deberes. Kai, seguro que tus padres piensan lo mismo.

—Sí, lo hacen. —Su gran sonrisa fue respuesta suficiente—. Gracias. Fue un placer conocerla. —Kai se giró hacia Kristoff—. A usted también, señor.

Apostaba a que el pobre chico no tenía ni idea de que su madre estuvo casada con este hombre. Kristoff podría haber sido su padre si su madre y su mejor amigo no lo hubieran traicionado.

Con eso, nos fuimos de la fiesta, Kristoff de la mano de Saoirse, Sierra todavía sobre sus hombros, y Sienna a mi lado contándome todo sobre su tiempo con Kai.

Primero llegamos a mi coche. Kristoff se bajó a Sierra de los hombros, muy al pesar de mi hija, y me la entregó. Como si lo hubiéramos hecho un millón de veces, ayudó a Saoirse a sentarse en su sillita, mientras yo ponía a Sierra en la suya. Sienna se deslizó en el asiento del copiloto e inmediatamente se enfocó en su teléfono. Probablemente enviándole mensajes a Kai, aunque acabábamos de dejarlo.

Cerré la puerta y Kristoff me acompañó al lado del conductor. Al echar un vistazo al interior de mi coche, observé que la atención de las niñas estaba puesta en sus iPads.

Así que, alimentando mi encaprichamiento con este hombre, me incliné más hacia él y le di un beso en los labios. Me acunó el rostro, profundizando el beso. Nuestras lenguas bailaron una

contra la otra y un gemido subió por mi garganta.

—Dios, quiero llevarte a casa —murmuró contra mis labios, luego me mordió suavemente el labio inferior como si estuviera enfadado conmigo por no poder llevarme a casa.

Puse espacio entre nosotros.

—Te veré mañana en el trabajo —susurré en voz baja, una parte de mí deseaba que nos fuéramos juntos a casa.

Pasaron dos latidos.

—¿Qué te dijo Jonathan? —Su voz era despreocupada, aunque la expresión cautelosa de sus ojos y la tensión de su cuerpo eran inconfundibles.

—Me preguntó si dejaría que Sienna siguiera en contacto con su hijo —indiqué con sinceridad. En cuanto al otro comentario, era mejor no compartirlo.

Me estudió, como si evaluara si podía confiar en mí o no. Podía entender su desconfianza. Sin embargo, no podía ignorar un ligero dolor en mi pecho.

—Nos vemos mañana en el trabajo —solté finalmente, con algo amargo arremolinándose dentro de mi pecho.

Un movimiento brusco de cabeza. Un ligero beso en mis labios. Luego me abrió la puerta del auto y me ayudó a entrar.

Capítulo Treinta Y Cinco



Kristoff

No podía decir que no sabía que me consumiría. Y joder, ¡lo hizo!

La imagen suya arrodillada frente a mí quedó tatuada en mi mente para siempre. En el momento en que su hermosa boca rodeó mi verga, la palabra *mía se* grabó en mi pecho. No había forma de olvidar esa mierda. Todavía podía sentir sus suaves mechones cuando los aparté de su cara para poder ver mi longitud deslizándose dentro y fuera de sus labios carnosos. Era tan perfecta de rodillas. La imagen suya mirándome con sus suaves e hipnóticos ojos marrones, me persiguió toda la noche. Por supuesto, eso no ayudó a mi polla. Se endurecía como el mármol, solo necesitaba un susurro de su recuerdo y se me volvía a poner dura.

Dios, era magnífica. Tan perfecta, gimiendo mientras me dejaba follarle la garganta. Ella lo disfrutaba y eso lo hacía diez veces mejor para mí.

Resistirme era imposible. Quería... no, necesitaba consumirla como me consumía a mí. Mis celos estallaron y se dispararon con esa mujer. No me gustaba la forma en que Rick la veía. El desgraciado se preocupaba mucho por ella. Pero él le falló. Dejó que ese pedazo de mierda de su primo le pusiera las manos encima a una buena mujer. Y llegó demasiado tarde. Cuidaría de ella y de sus chicas y cualquier hombre que siquiera la mirara mal moriría. Conocía diversas formas de hacer morir a la gente y que pareciera un accidente.

Demonios, estaba tan metido que no tenía ninguna posibilidad de salir de su hechizo.

Me la imaginaba llegando a mi casa todos los días, se sentaría a mi mesa y dormiría en mi cama. Aunque no dormiría mucho. Quería todo de la mujer.

Cuando hablaba, todo a mi alrededor se desvanecía y todo lo que *escuchaba* era ella. Era lo único en lo que podía pensar en esos días. A la mierda una empresa multimillonaria o cualquier trato millonario. Toda mi atención se centraba en cuándo volvería a follarme a Genevieve Rose.

¡Maravilloso! No ayudaba a mi edad.

Por primera vez en la vida, quería una familia. Confiar en una mujer, tenerla de mi brazo, en mi casa y en mi cama. Quería asegurarme de que ella y sus hijas nunca más tuvieran que preocuparse por nada. Quería cuidarlas.

Y mataría a cualquiera que intentara hacerles daño, amigo o enemigo.

¿Un poco exagerado? Sí, tal vez, pero no podía controlarlo más que la trayectoria de un huracán. Cada segundo cerca de ella me hacía caer más y más en una telaraña que había evitado desde mi último maldito fiasco matrimonial.

Y Gemma ni siquiera estaba tejiendo una telaraña a mi alrededor.

Solo tenía que mirarme y sonreír; le cedería mi fortuna. Construiría otra. No podría encontrar otra como ella. Ahora que la tenía, ninguna otra mujer lo sería para mí. Quería adorarla y follármela hasta el cansancio, y mantenerla feliz, para que se quedara conmigo.

Como un cachorro enamorado, no dejaba de mirar el reloj. Normalmente llegaba entre las ocho y las nueve. Eran casi las diez. Nunca me había dado cuenta de lo vacía que estaba mi vida hasta que llegué a residencia la noche anterior. La necesitaba aquí, en mi casa. O mejor aún, en mi maldita oficina. En ese instante, maldición.

Agarré el teléfono y comprobé si Gemma había respondido. Le había enviado un mensaje poco después de las nueve. Nada.

Así que le mandé un mensaje a Kimberly.

Yo: ¿Ya llegó Gemma?

Golpeé los dedos con impaciencia mientras continuaba la reunión. Se trataba de la adquisición que me interesaba. Byron me miró de reojo, con interrogantes en sus ojos, y me limité a encogerme de hombros. La reunión era para guardar las apariencias. Sabía exactamente lo que les iba a ofrecer.

Otro golpecito de mis dedos. ¿Dónde demonios estaba Gemma? Nunca llegaba tarde.

Aquí estaba, sentado en mi despacho un lunes por la mañana, gestionando un negocio millonario, y para lo único que tenía energía era para tener mi polla dura por mi asistente administrativa y preocuparme por ella.

—Déjame adivinar —se burló Byron en voz baja—. Tu asistente está en tu mente.

No me molesté en contestarle. No tenía ni idea de cómo se sentía esto. Me preocupaba que ella y las chicas llegaran sanas y salvas a casa después de la fiesta del día anterior. Nunca me preocupé de si una mujer que me cogía llegara bien a casa. Las metía en el coche y las mandaba de vuelta. Sin embargo, allí estaba, estresado por todas las cosas que podían salir mal en los pocos kilómetros entre el hogar de su amiga y la suya.

«Tal vez podría instalar un sistema de vigilancia para garantizar su seguridad». ¿Se consideraría una invasión de privacidad si lo hiciera para protegerlas?

Con cada bocado que probaba, la obsesión crecía y, como un adicto al *crack*, necesitaba más.

Joder, me tenía dominado. Pero no había vuelta atrás. Haría que ella firmara el contrato, la haría mía y nunca la dejaría ir. Si tenía que hacerlo, usaría el chantaje como la primera vez, para asegurarme de que aceptara el trabajo.

Y que Dios ayudara a cualquier hombre o mujer que intentara detenerme.

Mi teléfono zumbó.

Kimberly: Su coche se averió de camino al trabajo. Está esperando una grúa.

Me levanté de mi asiento sin pensarlo dos veces y salí de la habitación.

—¿Qué demonios, Kristoff? —Byron vino detrás de mí—. Estábamos en medio de la revisión de su lista de activos.

Pulsé el botón del ascensor.

—Encárgate —dije—. El vehículo de Gemma se dañó —expliqué mientras tecleaba una respuesta a Kimberly, exigiendo saber dónde estaba Gemma exactamente. Ni loco dejaría a mi mujer a un lado de la carretera por cualquier asunto de negocios.

—¿Así que te alejas de la posibilidad de cerrar un trato multimillonario? —preguntó con socarrona diversión.

—Ella vale más. —El elevador sonó, indicando su apertura, y entré.

Mi amigo negó con la cabeza.

—¡Demonios!, te tiene dominado.

Capítulo Treinta Y Seis

Genevieve

Me paré a un lado de la Ruta 50, maldiciendo mi estúpido coche.

Por supuesto, el día en que mi jefe me necesitaba y trabajaba para cerrar un gran trato de negocios, mi auto se tomaba unas malditas vacaciones. Me apoyé en el lado del copiloto, mirando hacia el bosque e ignorando los ocasionales bocinazos de los otros conductores.

Una grúa llegaría en cualquier momento. Quizá podría pedirle que me dejara en la agencia de alquiler de vehículos. Vi el mensaje de Kristoff, aunque opté por ignorarlo, conociendo su agenda y la importante reunión que tenía programada para ese día.

En lugar de eso, le envié un texto a Kimberly y luego llamé para encontrar un taller mecánico que pudiera reparar mi Honda ese mismo día.

Otro bocinazo. Sonaba como si alguien se hubiera detenido detrás de mí y, desde luego, no era una grúa. No me molesté en levantar la vista de mi teléfono, sabiendo que iniciaría una conversación que no quería tener con extraños.

—¡Estoy bien! —grité por encima de la ruidosa autopista mientras los automóviles aceleraban en ambas direcciones, manteniendo los ojos pegados a la pantalla—. Ya viene una grúa. No necesito ayuda.

—Vas a tenerla de todas formas. —Una voz profunda y enfadada llegó desde la izquierda y mi cabeza se levantó de golpe al oír el tono familiar.

—¿Kristoff? —Parpadeé, preocupada de estar alucinando.

—¿Por qué no me llamaste? —gruñó—. ¿O respondiste a mi mensaje?

Tardé un momento en encontrar las palabras.

—Tienes una reunión. —Exhalé con incredulidad—. No deberías estar aquí.

—Claro debería, joder. —No entendía por qué estaba enfadado. No quería molestarlo, sabiendo que su agenda estaba repleta para ese día—. Cuando tengas problemas, *me* llamas. —Nos pusimos frente a frente, con su mano agarrando suavemente mi barbilla, para asegurarse de que lo estaba entendiendo—. *Me* llamas. Siempre cuidaré de ti. ¿Entendido, Genevieve?

No entendí nada, pero aun así asentí.

—Estoy esperando una grúa —expliqué sin motivo aparente.

—Que se joda la grúa —refunfuñó, empujándome hacia su vehículo—. Llamé a mi chico. Desechará el coche y se encargará del papeleo.

—¿Qué? —solté, horrorizada—. No puedes simplemente desechar mi coche.

—Vas a tener uno nuevo —me dijo con firmeza, con la mano en la parte baja de la espalda, empujándome hacia delante.

Me detuve bruscamente.

—Espera un momento. No decides qué pasa con mis cosas. Con mi auto.

Su expresión reflejó confusión.

—Necesitas un carro nuevo —razonó con naturalidad.

—Y lo conseguiré cuando esté lista. No cuando *tú* lo decidas.

—Genevieve, no puedes ir por ahí con una porquería que se descompone.

Un suspiro frustrado se deslizó por mis labios.

—No es una porquería. Es mi coche. *Mío*. Y mi vida. —Como se quedó mirándome fijamente, continué—: Sé que tienes buenas intenciones, sin embargo, no puedes darme órdenes

cuando se trata de mi vida.

Siguió un latido de silencio y fue difícil descifrar lo que estaba pensando.

—Quiero que estés bien. Tanto tú como las niñas. Eres todo su mundo, así que, naturalmente, quiero asegurarme de que tu seguridad sea una prioridad.

Tragué saliva. Tenía razón.

—No estoy lista para comprar un coche nuevo.

Él podía comprar lo que fuera en un abrir y cerrar de ojos. La mayoría de la gente no. Yo era una de ellas.

—Deja que me encargue. —Me acarició las mejillas y me clavó la mirada—. Déjame hacer esto por ti. Será una cosa menos de que preocuparte. Es una tranquilidad saber que tendrás un vehículo fiable para ti y tus hijas.

Parpadeé, con los ojos ardiendo. Su preocupación por la seguridad de mis niñas tiró de las cuerdas de mi corazón y me hizo descender en espiral hacia el abismo donde solo existía este afecto. Este amor.

—Por favor, Genevieve. —Me suplicaba por hacer algo por mí. Dios, nunca tuve una oportunidad contra este hombre. Era todo lo que siempre quise. Menos esa parte del desapego emocional. Y mucho menos el contrato.

Un gesto breve con la cabeza y asunto resuelto. Reanudamos la marcha hacia su vehículo. Abrió la puerta de su Land Rover y me ayudó a sentarme.

—Voy a sacar tus cosas del auto. Quédate aquí.

Cerró la puerta del pasajero antes de que pudiera protestar y lo vi dirigirse a grandes zancadas hacia mi Honda. Sin saber qué pensar, me senté a analizar por qué demonios lo había escuchado. Era mi vida personal, no mi lugar de trabajo. Excepto que me sentí bien al ser atendida. Algo que no había experimentado desde la muerte de mis padres.

Lo vi traer mi bolso, los juguetes de las niñas, los asientos del coche, los zapatos y quién sabía qué más, y Dios sí que me excitó verlo. Un maldito multimillonario con un traje de tres piezas que valía más que todo mi vestuario llevaba las cosas de mis niñas y mi bolso a su lujoso coche, y mi libido respondía como si acabara de verlo desnudo.

Incluso cuando se puso al volante, no podía apartar mis ojos de él. Santos cielos, estaba tan *sexy*. Un fuego se encendió dentro de mí, cada vez más ardiente y brillante, y supe que, si me restregaba contra él, no tardaría en correrme.

Dulce Jesucristo.

—¿Qué? —Su voz profunda y masculina me sobresaltó.

—¿Qué? —pregunté.

—Me estás mirando raro —comentó con calma.

¡Maravilloso! Estaba a punto de saltarle encima y él estaba frio como el hielo.

—*Hmmm.*

—¿Qué significa *hmmm?* —Quiso saber, divertido, mientras ponía el auto en marcha.

—Me apetece encontrar un camino apartado y besarnos en el coche —solté, con el corazón acelerado en mi pecho. Luego me enderecé y olvidé mi excitación—. No podemos irnos hasta que lo recoja la grúa.

—Vamos a desechar ese coche —dijo con firmeza, ignorando mi petición de que esperáramos—. Ya arreglé la entrega de un coche nuevo en la oficina.

Una alerta se disparó a través de mi columna vertebral.

—No voy a tomar el auto de otra persona.

—No es el carro de alguien —aclaró con calma, incorporándose al tráfico de la autopista—.

Es tu carro.

—Pero…

—Gemma —objetó—. No quiero oír ni una palabra más al respecto. He elegido el coche y ya se están encargando del papeleo mientras hablamos. No quiero que conduzcas un auto en el que pongas en peligro a ti y a tus hijas.

¡Diablos!

Las emociones espesas me ahogaban la garganta, formando un nudo que me dificultaba la respiración mientras parpadeaba y mantenía las lágrimas a raya. Dios mío, ¿qué me pasaba últimamente con todas estas emociones raras? Este hombre era increíble, a pesar de sus extraños requisitos contractuales. Se preocupaba por mi seguridad y la de mis hijas. Jack se molestaba cuando quería un auto nuevo, a pesar del hecho de que él había pasado por cinco vehículos nuevos frente al único que tuve desde que nació mi hija mayor. Cada vez que me planteaba comprarme uno nuevo, se enfadaba por los gastos extravagantes y no valía la pena discutir.

—¿No es ilegal hacer eso con el dinero de la empresa? —susurré.

—No es por parte de la empresa. —Como no hice ningún comentario, continuó—: Y ahora, lo de ligar en el coche —musitó—. Me gusta mucho esa idea. Me parece bien, a menos que te eches atrás ahora que estás enfadada conmigo por haberte comprado un auto.

Se me escapó una risa ahogada. Este hombre me confundía. Mi reacción a cada una de sus cosas me confundía.

—Cuando lo dices así, parezco ridícula —me quejé—. Pero comprarle a alguien un vehículo nuevo no es normal, ¿sabes?

Esta vez se rio entre dientes.

—Creía que ya lo habíamos dejado claro. No somos normales.

* * *

Días después, deseé haber aceptado su oferta y dejar que me follara. Porque los días habían sido ajetreados, sin dejarnos tiempo para estar juntos. El miércoles por la noche, casi dos semanas después de la fiesta de cumpleaños de Betty, todo estaba en orden para cerrar el acuerdo de adquisición. Aprovechando mi experiencia en finanzas, Kristoff me hizo elaborar varios escenarios financieros para que él pudiera hacer su propio análisis y decidir la mejor manera de llevar las negociaciones a su favor.

A pesar de lo ocupado que estaba, me daba un beso cuando le llevaba el café o la comida. Me olvidaba de todo y me fundía con él.

La discusión sobre el coche quedó olvidada, cuando me entregaron el vehículo. Un maldito Range Rover de alta gama. Insistí en pagarle de alguna manera, insistió en que dejara de tocar el tema. Ganó; yo perdí.

El hombre era tan testarudo como guapo. No obstante, fue su consideración lo que me hizo perder la cabeza. La forma en que trataba a mis hijas. La forma en que me ofrecía consuelo, a pesar de que no era lo que solía hacer. La forma en que me defendió de su exesposa. Jack *nunca* me había defendido en todos los años que habíamos estado juntos. Y en solo unas semanas, Kristoff había cuidado de mí y de mis hijas mejor de lo que Jack lo había hecho.

No era solo físico para mí. Lo amaba tanto que me dolía el corazón. En toda mi vida, podría decir honestamente que nunca había sentido algo tan fuerte por otro hombre.

Lo que me llevó a la siguiente preocupación en todo ese escenario. A los periódicos les encantaba informar sobre Kristoff y las mujeres de su vida. La primera foto mía apareció en uno

de los tabloides. Kristoff se puso furioso e hizo que retiraran el artículo. Pero las noticias viajaban rápido.

No podía permitirme el lujo de dejarme envolver por la curiosidad del público. Albergaba un secreto, y si salía a la luz, me costaría todo.

Entonces, ¿por qué no podía detener esa necesidad por él? Esas ansias me consumían. Su boca sobre mí me hacía perder todos los sentidos, mientras que el hombre tenía la capacidad de volver al trabajo al momento siguiente. Me desconcertaba y aparecían los viejos fantasmas, las inseguridades trepando por mi espalda.

Quizás como sentía que me tenía, se estaba cansando poco a poco de mí. ¿Y si ya no me quería?

Era una idea ridícula. No buscaba una relación duradera. Estaba claro desde el principio cuál era su posición en términos de relaciones. O más bien la falta de ellas. Se reducía a un contrato de negocios.

Me enamoré de él, pero seguiría adelante, ilesa. Probablemente mi cuerpo estaba pasando por una etapa hormonal, así que todo me parecía más fuerte. Sin embargo, no me atrevía a poner fin a nuestro acuerdo físico ni a hablar de ello. Me frenaba la posibilidad de un rechazo si admitía mis sentimientos.

Quería aferrármele todo el tiempo que pudiera.

De pie, me alisé la falda recta con las manos. Rebusqué en mi bolso, saqué el collar que me había comprado y me lo enganché al cuello. Era el mismo en el que quería follarme, sin llevar nada más puesto.

¿Era demasiado vieja para hacer algo así? Tal vez.

Sin embargo, me importaba una mierda. Quería el placer que solo él podía darme. Eché un vistazo al escritorio vacío de Kimberly y, aunque me planteé esperar a que volviera de su visita al departamento jurídico, decidí no hacerlo. Agarré el documento en el que me había puesto a trabajar e, inhalando profundamente, me dirigí hacia su despacho. Eran más de las siete de la tarde. Llamé a la puerta, la abrí y asomé la cabeza. Me hizo un gesto para que entrara mientras hablaba por teléfono delante de su escritorio. Quienquiera que fuese, me daba pena, porque lo estaba destrozando.

Llevaba su característico traje Armani, sin chaqueta ni corbata, con la camisa blanca abotonada y el botón superior desabrochado. Este hombre podía llevar trapos y hacerme temblar las rodillas. Sus camisa remangada dejaban ver sus fuertes antebrazos, y no pude evitar que mis ojos se posaran en ellos. Sabía lo bien que se sentían en mi piel, lo cálido que era su abrazo. Sentí una opresión de nostalgia en el pecho.

La lujuria por él sería lo más fácil de superar. Pero ese *anhelo* era lo que me asustaba. Me dolía el corazón por la intensa necesidad. Quería ser objeto de su amor. *Su* amor y afecto.

Volví a admirar su cuerpo y observé su torso fuerte. Hombros anchos. Nuestros ojos se encontraron.

¡Atrapada!

El calor subió a mis mejillas al ser sorprendida mirándolo boquiabierta.

—¡Arregla eso, Mike, para mañana! —Kristoff ladró al teléfono—. ¡A las diez de la mañana! —Terminó la conversación con un clic.

—¿Todo bien? —Exhalé, sosteniendo sus esmeraldas.

—Lo estará. Mañana. —La tensión en el aire era densa, una chispa y las llamas se encenderían. El aire entre nosotros pulsaba con cada latido. Caminó hacia mí, sus iris se clavaron en los míos.

—¿Gemma? —Se detuvo justo delante de mí e incliné el cuello para mantener el contacto visual. Esperé a que continuara, de repente se me secó la boca, mientras mi corazón tamborileaba contra mis costillas.

Me rozó con el pulgar el pulso del cuello. Ladeé la cabeza para facilitarle el acceso. Se sentía algo vulnerable y excitante al mismo tiempo.

Confié en que no me lastimaría físicamente. Llámalo intuición. O estupidez. En cualquier caso, tenía mi confianza explícita en ese aspecto. Y era confiar explícitamente en él con mi corazón lo que me preocupaba.

—¿Qué está pasando por esa hermosa cabeza tuya?

Apretando los muslos, me mordí el labio inferior. Sus ojos siguieron el movimiento. Me pasó el pulgar por el labio inferior, mientras con la otra mano me rodeaba el cuello y me acariciaba el pulso.

—Nada —mentí.

Su mirada ardiente se clavó en mí y contuve la respiración, esperando que me atrapara en una mentira. Solo tenía que deslizar sus dedos bajo mi falda y me encontraría empapada. En lugar de eso, dejó escapar un suspiro sardónico y su dedo recorrió el collar que me había comprado.

—Lo llevas puesto. —Carraspeó suavemente, tocando con el dedo la suave piel.

—Sí.

Inclinó la cabeza y me acarició el cuello, recorriendo con la boca el punto sensible que va desde la oreja hasta la clavícula.

—Te quiero desnuda, sin nada más que tus tacones y ese collar. Entonces te follaré duro, tus gritos harán vibrar los cristales del edificio.

Un gemido subió por mi garganta y mis dedos se enroscaron contra su bíceps.

—¿No deberías comer primero? —murmuré, burlándome con voz entrecortada—. Se rumorea que te pones de mal humor cuando tienes hambre.

Su estruendosa carcajada llenó su despacho, la hora tardía permitía oscuridad y privacidad. Se sentía íntimo. Relajado. Me encantaba.

Se dirigió a su silla y se sentó detrás del escritorio. Lo seguí y coloqué los papeles delante de él. Puede que me inclinara innecesariamente, dejándolo ver mi trasero. El corazón me bailaba en el pecho, hambriento por su contacto. Cuando sentí sus manos en mis caderas, respiré entrecortadamente.

Una suave palmada en las nalgas y un suave jadeo se me escapó. Luego me atrajo hacia su regazo, con su bulto pegado a mi trasero.

—¿A quién le pertenece este culo? —Su voz era un susurro en mi oído mientras con una mano me retorcía suavemente el cabello.

—A ti.

Al oír su aprobación contra mi cuello, mi corazón palpitó de satisfacción. Su mano recorrió mis muslos, se coló bajo mi falda, su palma áspera contra mi piel. Mis piernas se separaron, lo necesitaba en mi punto dulce.

—¿Este coño? —gruño, acunándome entre las piernas.

Mi piel zumbaba con calor y electricidad. Sus palabras no hicieron más que aumentar el fuego que ardía en mis venas. Y a esas alturas, sabía que únicamente él podía extinguirlo. Solo para encenderlo una y otra vez. Hasta convertirme en cenizas.

Me moví sobre su regazo, rozándome contra su dura longitud.

—Tuyo. —Exhalé.

—Pequeña descarada. —Dejó escapar un suspiro sardónico y me mordió el lóbulo de la

oreja. Grité y apretó la boca sobre él, aliviando el escozor. Me besó en la nuca, erizándome la piel. Me chupó el contorno de la clavícula y un fuerte gemido se escapó de mis labios.

—Deberías reírte más. —Jadeé una afirmación irrelevante, rozándome contra su verga. Sus sonrisas, su risa, me calentaban el pecho y alimentaron el fuego de mi interior.

La pasión brotó entre mis muslos y la adrenalina corrió por mis venas. Apoyé las manos contra su mesa, con la superficie de madera fría en las palmas.

—Contigo, lo haré. —Su aliento caliente estaba en mi oído. Su cuerpo duro presionaba mi espalda—. Dime en qué pensabas mientras hablaba por teléfono.

—No —solté un gimoteo obstinadamente, mientras me movía contra su erección. La lujuria que sentía en mi interior crecía frenéticamente a cada segundo, la ardiente necesidad ardía sin control.

—Vuelve a hacer eso y te desnudaré ahora mismo —advirtió, con su respiración irregular.

Sus dedos, aún entre mis piernas, se deslizaron bajo mis bragas y frotaron mi clítoris hinchado. El palpitar de mi vientre bajo se intensificó. Mi corazón tronó con tal fuerza que pensé que era un infarto. El calor se extendió por mi cuerpo como un reguero de pólvora y la calentura estalló en una explosión total.

Kristoff me rodeó el cuello con su mano y me obligó a girar la cabeza. Su boca tomó la mía en un beso contundente. Un beso explosivo. Otro gemido se escapó cuando movió sus caderas, su dureza rozando mi centro. Sus manos se enredaron en mi cabello, atrayéndome más hacia él. Como si no tuviera suficiente.

—Voy a inclinarte y hacer que te corras tan fuerte que gritarás mi nombre. —Si antes pensaba que estaba empapada, estaba muy equivocada. Mi sexo goteó ante sus sucias palabras—. A mi mujer le gusta eso. —Ronroneó.

—P-por favor —supliqué, empujándome contra él. Necesitaba que dejara de torturarme y me penetrara.

—¡Dime en qué estabas pensando! —exigió. El hombre tenía el autocontrol de un maldito santo. En ese instante necesitaba un diablo, no un santo.

—No. —Algo en mi pecho echó chispas, como el infierno de su mirada. Me encantaba desafiarlo, la anticipación al placer crecía con cada latido de mi corazón—. Quizá deberías sacármelo a nalgadas —sugerí, con el tono entrecortado y la cara roja.

Sus labios rozaron los míos, su dedo se deslizó dentro de mí. Cerré los ojos y gemí contra sus labios.

—Te daré un millón de dólares. Hoy mismo. Dime en qué estabas pensando.

Apretando los dientes para no rogarle que me follara de una vez, levanté la barbilla en señal de desafío. Tenía que aprender que no todo estaba en venta.

—No. —Me apretó la cadera con una mano y con la otra me penetró hasta los nudillos. Irradiaba rigidez, cada músculo de su cuerpo estaba tenso.

—Me deseas —afirmó con voz ronca—. Puedo sentirlo con cada estremecimiento de tu cuerpo. —Un suave gemido se escapó de mis labios, traicionándome—. Puedes resistirte todo lo que quieras, pero me deseas. Y te deseo. Tanto, joder.

Dios, palabras como esas bastarían para provocarme un infierno extremo.

—Dime en qué estabas pensando.

—Ríndete ahora, porque nunca lo diré. —Respiré mientras me retorcía contra su mano.

Me metió otro dedo. Dentro y fuera. El hormigueo de mi inminente orgasmo me recorrió la base de la columna vertebral. Su respiración era agitada, su miembro duro contra mi trasero.

—Vas a ser mi perdición. —Enroscó el dedo y golpeó mi punto, sacándome otro gemido—.

Estás bastante mojada.

Su agitada respiración contra mi cuello, su boca rozando mi piel, me moví contra su mano con desesperación.

—Por favor —rogué—. Fóllame de una vez.

Su risita oscura vibró entre nosotros.

—Quítate la falda —ordenó con voz ronca.

Mi respiración se agitó y me enderecé. Con movimientos frenéticos, tiré de la cremallera lateral y la falda se deslizó por mi cuerpo, cayendo al suelo.

—Bra-gas. —La palabra le salió entrecortada. Su control pendía de un hilo. Quería presionarlo. Que lo soltara todo y experimentarlo todo con él. Enganchando los dedos en las tiras de mi tanga, me las bajé por las caderas. La prenda de encaje se deslizó hasta mis tobillos y me las quité.

—Blusa. —Mis dedos trabajaron en los botones, manteniendo mi mirada en él. En ese momento, ardía por mí, igual que ardía por él. La mujer vanidosa que había en mí se deleitó con esa revelación. Mi sujetador siguió sin que lo pidiera.

Me quedé en tacones altos y su hermoso collar. Sus ojos acariciaban mi piel, como una suave brisa en un hermoso día de verano.

—Ahora tú —pedí, con la respiración agitada.

Sus iris recorrieron cada centímetro de mí, empezando por mis tacones. Su mirada me hizo sentir la mujer más hermosa del mundo. Las inseguridades se disipaban a cada segundo bajo esas ardientes esmeraldas.

Me temblaban los dedos al agarrar su camisa blanca y definida, desabrochando los botones uno a uno. Una vez abierta, mis manos recorrieron sin prisa su pecho bronceado, sus abdominales definidos, amando su calor bajo las yemas de mis dedos. Podría ser un dios griego con ese cuerpo, al diablo con su edad. Mis manos llegaron a su cinturón y me detuve, mirándolo a los ojos.

Me dio permiso, con los músculos tensos.

Me lamí los labios mientras buscaba el cierre de sus pantalones, con los dedos ligeramente temblorosos. Batallé con el cinturón, mis manos eran demasiado lentas, mi deseo demasiado fuerte. En cuanto se los desabroché, se me secó la boca al ver su longitud dura. Por mí.

Tragué con fuerza y me pasé la lengua por los labios. Caray, de la boca seca a babear.

Se sentó en su lujosa silla de oficina, abriendo las piernas y se agarró la polla mientras se la miraba como si mi vida dependiera de ello. Se me cortó la respiración al ver cómo sus dedos envolvían su gruesa y dura verga. Tirando tranquilamente de ella. Arriba y abajo. Las venas de su mano parecían más pronunciadas. O tal vez estaba tan concentrada en ellas que finalmente me di cuenta.

Otro tirón. Subía y bajaba, y cada movimiento hacía que mi sexo se apretara, muriéndome por sentir su dura longitud contra mi palpitante centro. Me mordí el labio inferior, tragándome un gemido. Quería saborearlo, el brillo del líquido preseminal recorría su miembro, tentándome. Mi boca salivaba por la necesidad de volver a *saborearlo*.

Gimió y me obligó a subir la vista hasta su cara. Las llamas ardían en su mirada, la tensión en su cuello era palpable. La oficina estaba en silencio, salvo por sus suaves gruñidos y mi respiración agitada. El aire me refrescaba la piel acalorada, el ardor de sus ojos esmeraldas líquidas brillantes de deseo.

—Kristoff —murmuré, metiéndome entre sus piernas separadas. Los latidos de mi corazón revolotearon a nuestro alrededor mientras mis dedos rozaban su cuello y su espeso cabello

oscuro. Su expresión, cruda y salvaje, reflejaba una oscura necesidad.

—Ponte de rodillas —demandó, su voz tensa y ronca—. Rodea mi polla con esos preciosos labios.

Sin dudarlo, lo obedecí. Si me hubieran dicho que me pondría de rodillas ante cualquier hombre cuatro semanas atrás, me habría reído en su cara. Me negué a hacerlo por Jack. Le había hecho una mamada dos veces, quizá tres como mucho, al principio de nuestra relación. Nunca me correspondió y me hizo sentir usada, así que dejé de hacerlo. Dios sabía que ya tenía suficiente en otro lado.

Pero con este hombre, me hacía sentir poderosa. Su longitud era dura y gruesa, mi pequeña mano la envolvía. Al soltarla, me pasó una mano por la boca. La mirada reverente de sus ojos era embriagadora. Excitante.

Sus dedos se enredaron en mi cabello, apretando los mechones y apartándolo de mi cara.

—No puedo perderme la mejor vista. —Su tono era rasposo, la tensión pasaba por sus ojos. Sin embargo, un zumbido de satisfacción me subió por la garganta, porque había algo desquiciado acechando esos pozos verdes y yo lo provocaba.

Lo lamí de la base a la punta, con ruidos jadeantes subiendo por mi tráquea. Una aguda inhalación de su aliento resonó en toda la habitación mientras me observaba con ojos brumosos y profundos como el bosque. Le sostuve la mirada mientras lo lamía por todas partes. Los gemidos de aprobación y su satisfacción eran mis únicos objetivos. No podía evitar que los pequeños ruidos de aprobación se formaran en mi garganta, como tampoco podía dejar de succionarlo, su sabor almizclado me embriagaba.

El calor floreció en mi estómago, bajando. Mi excitación goteaba por el interior de mis muslos, el dolor palpitaba de necesidad. Apreté los muslos para aliviarlo. Sus sonidos guturales recorrieron la habitación y me deleité en ellos, ansiosa por ver cómo se deshacía. Por mí.

Le pasé la lengua por la coronilla y luego lo introduje profundamente en mi boca, sin apartar la vista de él. Apoyé las manos en sus muslos y apreté con los dedos la tela de su traje.

—¡Chupa más fuerte! —exigió. Estaba allí sentado, como un rey, dando órdenes. Sin embargo, la tensión de sus hombros y sus ojos me decían que pendía de un hilo mientras yo tenía todo el poder.

Obedecí su petición, con su suave verga caliente en mi boca. Relajé la garganta y lo metí más adentro. Se me humedecieron los ojos cuando empujó sus caderas, mas me quedé quieta. Empezó a cogerme la boca, duro e implacable. Profundo y rápido. Y lo dejé.

Porque quería poseerlo. Poseer cada uno de sus placeres. Al igual que era dueño de todos los míos.

—Joder. —Sus gemidos retumbaron desde lo más profundo de su garganta, volviéndose roncos. Me agarró la cara con sus grandes manos, acariciándome las mejillas—. Justo así. Me tomas tan bien —siseó, agarrando un puñado de mi cabello con las manos. Sus ojos se habían vuelto oscuros y brumosos.

Sus sucias palabras hicieron que mis entrañas se estremecieran con mi ansia por él. Mis pechos se frotaban contra sus muslos, haciéndome saltar chispas. Me agarraba el cabello con fuerza y empujaba hasta el fondo de mi garganta. Mi cabeza se balanceaba arriba y abajo, con su agarre en el cabello controlando el ritmo. Arriba y abajo. Cada vez más profundo de mi boca.

—Esa es mi buena putita. —Ronroneó, con un escalofrío recorriendo sus músculos. Estaba a punto de perder el control—. ¿Puedo correrme en tu boca?

Como si fuera a dejarlo acabar en otro sitio. Tarareé mi aprobación. Empujó hasta el fondo de mi garganta y se derramó con un ruido gutural, con la respiración agitada. Dios, quería

hacerlo otra vez, la adicción por él crecía con cada latido. Lo chupé hasta dejarlo limpio, sin querer desperdiciar ni una sola gota de su semen en mis labios. Me senté sobre los talones, embriagada por la sensación de poder llevarlo al límite. Me pasó un pulgar áspero por el labio inferior en un movimiento tierno, y una oleada de calor parpadeó en mi pecho. Con la otra mano, me apartó el cabello del rostro y me dio un largo beso en la frente.

—Lo has hecho muy bien —elogió. Debí brillar como una luciérnaga ante

sus palabras—. Ahora es mi turno de probar tu hermoso coño.

Un gemido bajo subió por mi garganta, mis oídos zumbaban de adrenalina. *Buzzz. Buzzz*.

El intercomunicador nos sobresaltó, y ambos nos movimos como dos adolescentes atrapados *infraganti*. Me puso de pie.

—Señor Baldwin. —Llegó la voz de Kimberly por el *intercom* y ambos nos quedamos helados—. Tengo los documentos del departamento jurídico. —Gracias a Dios que no entró en el despacho. Estaba desnuda, y Kristoff tenía la camisa abierta y los pantalones medio desabrochados. Tendría una idea bastante buena de lo que estábamos haciendo—. Acabo de enviarle el último acuerdo legal.

Me rodeé con los brazos. De repente fui dolorosamente consciente de lo desnuda que estaba, de todos mis defectos para que los viera claramente.

—Gracias —dijo—. Eso es todo. Que tengas una buena noche, Kimberly. —Era su despedida distintiva.

Me agaché, buscando mi blusa. *Nalgada.* Me levanté de un salto con un aullido.

—*¡Auch!* —Articulé con la boca mi sorpresa, mirándolo fijamente.

—Buenas noches, señor —agregó Kimberly, y Kristoff terminó la llamada, pulsando el botón de *No Molestar*.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó.

—Vistiéndome. —Pensé que era obvio—. No me des otra nalgada —advertí, entrecerrando los ojos.

Sonrió, me arrancó la blusa de las manos y volvió a tirarla.

—Creía que te gustaban los azotes —replicó con una sonrisa de satisfacción. Lo miré con desconfianza, aunque las palabras encendieron algo caliente en el fondo de mi vientre.

—Sobre el escritorio —decretó. Su voz era suave, las líneas relajadas de su rostro me hipnotizaban. Sus labios se curvaron hacia arriba, brillaba algo oscuro en sus ojos, y lo que sea que planeaba hacer, tenía su polla endureciéndose de nuevo—. Ahora.

Con latidos erráticos, seguí su orden, el escritorio de madera se sentía demasiado frío contra mi trasero. O mi piel estaba demasiado caliente. En lo más profundo de mi estómago, el hierro candente ardía en anticipación, enviando un torrente de adrenalina por mis venas. Sus grandes manos se posaron sobre mis muslos desnudos y sus palmas me acariciaron la piel. Me preguntaba por qué tenía las palmas ásperas, como si hiciera trabajos manuales, pero nunca se me ocurrió preguntárselo.

Sus ojos brillaban con una posesividad feroz. Se pasó la lengua por los dientes. Qué contraste entre nosotros. Mientras me sentaba desnuda en su escritorio, él seguía a medio vestir.

Todavía tenía que admirar la visión de este hombre completamente desnudo.

Capítulo Treinta Y Siete

Kristoff

Me senté en mi silla, mirando a esta mujer desnuda, llevando nada más que tacones y el collar de un millón de dólares que le compré. Tenía un aspecto increíble y se me volvía poner dura. Cada vez que la veía, una oleada de calor me recorría la entrepierna. No podía evitarlo.

Era mía, le gustara o no. Era el *yin* de mi *yang*. La lluvia para mi desierto. Simplemente, me completaba. Desde que entró en mi vida, comandó mi atención sin intentarlo.

—Abre las piernas.

Ni siquiera dudó, la confianza en sus suaves ojos marrones me cegó. Una feroz protección se apoderó de mi pecho y supe que iría hasta el fin del mundo por ella. Solo para asegurarme de que fuera feliz.

Mis ásperas palmas serpentearon por el interior de sus muslos, su piel suave bajo mi tacto. Acerqué la cara a su entrada, el aroma de su excitación embriagaba y perfumaba el aire. Estaba tan mojada.

Pasé mi lengua desde el clítoris hasta la entrada y alterné entre suaves lamidas con fuertes y prolongados tirones en ese dulce punto. Su gemido vibró directamente en mi verga y estaba dispuesto a embestirla y follarla a fondo. Pero esto era para ella. Quería hacerla sentir bien, soltaba suaves gemidos mientras se retorcía bajo mi boca.

—Sabes tan bien —gruñí, lamiéndola como si mi vida dependiera de ello.

Me agarró el cabello con ambas manos mientras le metía dos dedos. Gemí contra su coño, su sabor me daba el mejor subidón. Metí y saqué los dedos lentamente, acariciando su clítoris a un ritmo constante. Su excitación goteaba por mi mano y la lamía como si fuera la última gota de sustento que alguna vez tendría.

—Kristoff —gimoteó mi nombre en un susurro, moviéndose contra mi cara.

Saqué los dedos y los sustituí por mi lengua. Observé su rostro mientras la follaba de esa manera, y el espectáculo fue digno de contemplar. Se grabó en mi mente y me acompañaría hasta mi último aliento. Sus mejillas enrojecidas, el deseo inconfundible bajo su mirada entrecerrada. Y quería más.

Demonios, quería mucho más. Quería su sumisión, su reverencia. Su amor.

Mis sentidos se inundaron de su aroma, mientras cabalgaba sobre mi cara y sus jugos inundaban mi lengua. Aumenté el ritmo y la intensidad, chupando y mordisqueando. Intentó zafarse y la agarré por las caderas, obligándola a quedarse quieta.

—*Oh, oh, oh...* —Jadeó mientras seguía cogiéndola con la lengua. Explotó con mi nombre en sus labios y un gemido que vibró contra los cristales y las paredes del despacho. Saboreé su último bocado; mi sangre palpitaba con otra oleada de excitación. De alguna manera, la resistencia de adolescente estaba volviendo multiplicada por diez a su alrededor, y di gracias a todos los santos por haber hecho ejercicio regularmente para poder darle ese placer.

La agarré por la nuca y la acerqué a mí, uniendo nuestras bocas. El beso fue suave, tierno. Sabía que necesitaba ternura y, por primera vez en mi vida, se la daría a una mujer. Solo a esta mujer. Maldición, le concedería a Gemma todos y cada uno de sus deseos. Solo tenía que expresarlos.

Le acaricié la cara, le pasé la lengua por sus labios y los abrió para mí. Suspiró en mi boca y me lo tragué. Su cuerpo se inclinó hacia mí, suave y frágil, y mi pecho se llenó de algo feroz y

grato. Profundo y crudo.

Retrocediendo, mi mirada recorrió su desnudez. Era el espectáculo más hermoso de ver. Olvídate de Picasso. Olvídate de Botticelli. O Van Gogh. Solo debían darme a esta mujer y tendría inspiración artística para toda la vida.

Se rodeó con los brazos y dobló los muslos, ocultándose de mí.

Puse mis manos en sus brazos y los separé de su cuerpo.

—No te escondas de mí —murmuré suavemente. Era el ser más hermoso que jamás había visto. No permitiría que se escondiera de mí. Si alguien más la contemplaba desnuda, le arrancaría la cabeza y sería lo último que vería en su vida.

Sus hombros se hundieron ligeramente.

—No tengo exactamente veinte años —replicó con la mirada perdida.

Tomé sus mejillas entre mis manos y mis ojos se clavaron en ella.

—Tienes razón. No tienes veinte años. —Su pequeña exhalación no se me escapó—. Eres incluso mejor. Cada cicatriz, cada estría, cada maldita cosa te hace más hermosa. Más fuerte. Eres perfecta, tal como eres.

Sus ojos se abrieron de par en par, su boca se entreabrió y un suave rubor subió por su pecho y su cuello hasta acabar en sus mejillas.

—Kristoff, si sigues hablando así, yo... —Se cortó a sí misma. *Tum Tun. Tu tum. Tu tum.* Esperé las palabras que ansiaba oír—. Me derretiré en un charco.

Me invadió la decepción. Pero ¿qué demonios esperaba? Ella no quería el contrato. La chantajeé para que aceptara ese puesto.

Tal vez se quedaría conmigo sin el contrato. Lo arriesgaría todo por ella. Había roto cada una de las reglas desde que la conocí. Era *la excepción* a todas mis reglas.

—Ruégame —exigí mientras se retorcía debajo de mí. Todas las malditas reglas podían irse al infierno mientras la tuviera—. Suplícame que te toque.

La vida sin ella no era una posibilidad.

La suave expresión de sus ojos se estaba volviendo tan adictiva como sus gemidos y su coño. Tal vez incluso más. Sabía que rompería este mundo en pedazos por ella. Para encontrarla de nuevo si huía. Para mantenerla como mía.

Si bien ella no podía tener hijos, por mí estaba bien. Querría a sus hijas como si fueran mías.

Mientras Gemma fuera *mía*.

Capítulo Treinta Y Ocho



Genevieve

El corazón me retumbaba salvajemente bajo el pecho. Por poco lo confesaba. Estuve a punto de decirle que me había enamorado de él. Era demasiado tarde. Estaba tan adentro que no quería salir. Lo amaba, y sabía que cuando todo eso terminara, quedaría destrozada en mil pedazos. Lo echaría de menos el resto de mis días.

Como si el desierto echara de menos la lluvia.

Me tomó por las caderas, bajándome del escritorio, mientras sus grandes manos me estabilizaban.

Su mirada recorrió cada centímetro de mí, y se sintió tan bien como sus palmas sobre mí. Sus ojos me calentaban la piel y me producía un hormigueo que me llegaba hasta los dedos de los pies. Estaría dispuesta a quedarme desnuda en Alaska en pleno invierno con tal de que me observara *así*.

Con reverencia. Con posesión. Con algo crudo y salvaje.

Era todo lo que necesitaba para sobrevivir al frío y la soledad que había sentido durante los últimos quince años. Su mirada, una suave caricia sobre mi piel caliente, recorrió mi cuerpo lentamente, deteniéndose en mis muslos, y luego continuó subiendo por mi cuerpo, sobre mis pechos, hasta que nuestros ojos se cruzaron.

Aquellos bosques helados y congelados se habían derretido, la cruda necesidad en ellos me golpeó directamente en el pecho.

—Por favor, tócame. —Respiré, con la piel en llamas.

Sus ásperas palmas en mis caderas me atrajeron suavemente. Me senté a horcajadas sobre él, disfrutando de la sensación de su piel contra la mía. Deslicé las palmas bajo su camisa desabrochada y las apoyé en sus anchos hombros. Acababa de tener el orgasmo más increíble y otro empezaba a desarrollarse. Mis pliegues se apretaron, su longitud rígida y caliente se alineó con mi sexo húmedo. Su boca estaba en mi cuello, en mi pecho, en mis senos y arqueé la espalda, necesitando más. Me ardía la piel. La presión crecía y crecía, avivando las llamas.

Se aferró a mi pecho, su boca áspera y hambrienta en mi pezón. Succionaba y mordisqueaba, alimentando el fuego en mis venas mientras me apretaba contra su erección. El placer se disparó por mis venas, por cada fibra de mí. Me dio una nalgada y, con la otra mano, me apretó contra su erección.

—Móntame —ordenó con voz ronca, su aliento caliente contra mi pecho y sus manos en mis caderas. Antes de que pudiera moverme, me penetró de un solo golpe, hasta el fondo—. Demonios —maldijo, su voz gutural—. Tomas mi polla tan bien, amor. Puedo sentir tu coñito codicioso estrangulándolo.

—Kristoff —gemí, con las entrañas apretándose alrededor de su dura verga ante sus sucias palabras. Nuestras bocas chocaron y deslizó la lengua dentro. Lanzó un gemido desde lo más profundo de su pecho mientras devoraba su boca, saboreando cada centímetro.

Su sabor decía que era *mío*. Dios sabía que era suya. No podía entenderlo ni cómo era posible sentir tanto por alguien a quien acababas de conocer. Sin embargo. Lo sentía *todo* con él. Mi sangre retumbaba en mis oídos, sintiéndome tan consumida y tan completa. Me aparté, estaba abrumada por la forma en que me envolvía. Como si me hubiera robado el aliento de los pulmones.

El deseo ardió en la boca de mi estómago, nuestras miradas se conectaron durante dos latidos

antes de que girara mis caderas, lenta y suavemente. Enterré la cara en su cuello, cerré los ojos y me limité a sentir.

El calor crepitaba mientras me estrechaba contra él, cada vez más rápido y más fuerte. Su pelvis se rozaba contra mi clítoris, mi boca mordisqueaba su cuello a la par que mi aliento caliente recorría su piel. Estaba tan enterrado en mí, que se me escapó un largo gemido, la sensación de él llenándome era abrumadora.

Levanté las caderas y volví a sentarme, lanzándome sobre él. Sus manos me agarraron con fuerza y guio mis movimientos con más fuerza, arriba y abajo. El placer caliente empezó a crecer, quemándome por dentro mientras mi pecho se agitaba con cálidos sentimientos hacia aquel hombre. El sonido de piel sobre piel y nuestras respiraciones agitadas llenaban la habitación. Me mordí el labio para contener los quejidos que se me escapaban. Sus manos apretaron mis caderas, al mando de mis movimientos, aumentando mi ritmo. Su polla me llenó, golpeando todos los lugares profundos. Todos los lugares correctos.

Entonces sus manos se deslizaron por mi espalda y se engancharon en mis hombros, tirando de mí con más fuerza, sus labios en mi cuello dejando un rastro de piel abrasada a su paso.

—Tu coño está hecho para mí —afirmó con voz ronca, y mis entrañas se estremecieron ante su elogio. Una sacudida de puro placer me recorrió y gemidos sin sentido brotaron de mi garganta.

Me aferré a sus hombros a la par que el placer se extendía por mí como un calor lánguido. Apoyé la frente en la suya y bajé los ojos hasta el punto en que nuestros cuerpos se unían. Con la respiración agitada y errática, vi cómo me follaba con todas sus fuerzas hasta el orgasmo. Eché la cabeza hacia atrás mientras le correspondía con cada embestida.

Nuestro ritmo se hizo aún más duro y rápido. Golpeaba mi cuerpo con fuerza, y disfrutaba de la sensación de perseguir mi liberación nuevamente con él. Sintiendo que mis fuerzas flaqueaban, se inclinó hacia delante, abrazándome con sus fuertes brazos. Empujó hacia arriba una y otra vez, su gran miembro empalándome, llenándome hasta el fondo. Una y otra vez.

—Te sientes tan bien, amor —gruñó mientras me recorría un placer al rojo vivo. En algún rincón lejano de mi mente, su cariñoso gesto se hizo sentir, pero solo podía concentrarme en el placer que me aturdía—. Vente para mí otra vez —declaró.

Y otro orgasmo persiguió al primero... o fue el segundo, no sabría decirlo. Siguió follándome sin descanso. Mi cuerpo era su herramienta para jugar, sacando todo de mí.

—Kristoff —supliqué, jadeando, sintiéndome como una muñeca de trapo entre sus brazos mientras me follaba como un loco. Como si quisiera dejar una marca en mi cuerpo y en mi alma. Mi corazón ya estaba marcado como suyo. Este hombre me consumiría por completo. Gemí, sintiéndome tan cerca. Otra vez. Empujaba cada vez más fuerte, más rápido, a la par que me aferraba a él con fuerza.

—Mi verga está desgarrando ese coñito apretado —gruñó—. Es mío. *Solo mío*.

—Sí. —Jadeé—. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! Por favor. Voy a... Oh, maldición. —Y todo en mí explotó. El orgasmo sacudió mi cuerpo, haciéndome caer en pedazos. La ola de placer me golpeó, violenta como mares tormentosos. Me tiró del cabello, arrancándome otro gemido, mientras bombeaba dentro de mi cuerpo.

Kristoff finalmente se corrió, rugió su liberación con un gemido masculino y sus dedos clavándose en mi carne. Se me erizó la piel, nuestras frentes se unieron y ambos respirábamos con dificultad. Su profunda inhalación empapó mi piel, extendiendo el calor por mi pecho y llenando las grietas rotas que había dejado mi difunto esposo.

Nos sentamos y el silencio nos envolvió. Su calor me arropó, mis brazos rodearon sus

hombros y mis extremidades se relajaron. Una de sus manos me recorría la espalda y la otra jugaba con mi cabello.

—Probablemente deberíamos darte de comer antes de que te pongas de mal humor —murmuré perezosamente, con el cuerpo saciado. Le rocé la nuca con las uñas e inhalé profundamente. No quería que ese momento terminara. Quería saborear su calor, acurrucarme con él y pasar la noche entre sus brazos. Era un sueño de cuento de hadas, inalcanzable. Lo sabía, aunque eso no me impedía desearlo.

Me dio una suavemente nalgada.

—No me pongo de mal humor —refunfuñó, aunque era obvio que mentía.

Me reí entre dientes.

—Claro.

Si bien no lo había visto malhumorado, se ponía un poco cortante cuando tenía hambre. Unas semanas con él y sus estados de ánimo eran fáciles de reconocer.

Mis labios rozaron los suyos y nuestras respiraciones se unieron. Su tacto se prolongó en mi piel, alimentando mi encaprichamiento por este hombre.

—¿Cuántos amantes has tenido, Gemma? —Su pregunta me hizo ponerme rígida por un momento, luego me recordé: no tenía nada de qué avergonzarme. Sus brazos se apretaron a mi alrededor, como si se preparara para una respuesta que no le gustaría.

Me moví, mis ojos buscando su mirada, reflexionando sobre el porqué de la pregunta.

—Eres mi segundo —admití.

Justo cuando empezaba a cuestionarme si me consideraba insuficiente, un profundo gruñido de satisfacción sonó en el fondo de su garganta.

—Bien —dijo sin dar más detalles—. Seré el último.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

Capítulo Treinta Y Nueve



Genevieve

Dos semanas.

Tenía otras dos semanas antes de que expirara mi periodo de prueba con Kristoff. Habíamos entrado en una rutina. Nuestra pasión aumentaba, mis sentimientos eran más profundos y sus muros más fuertes. Me lo daba todo cuando me besaba y me cogía. Los momentos de ternura alimentaban mi amor por él, pero una vez saciada nuestra sed, lo veía cómo volvía a subir la guardia.

Estaba construyendo su imperio. Como si no fuera lo suficientemente vasto ya. Mas si eso le hacía feliz, a mí también. Cada día, nos escabullíamos en momentos, ya fuera con un beso o follando duro. Estaba demasiado enamorada. Tan metida en eso, fuera lo que fuera, que sabía que no había vuelta atrás. Terminaría con el corazón roto. El mío. Tal vez el suyo. El nuestro.

Sin embargo, lo que teníamos no era suficiente para mí. Necesitaba algo más que momentos robados en horas de trabajo. El deseo animal que destruía el alma era seguro que me rompería en mil pedazos. Y temía que un día él ya no estaría aquí para recomponerme.

La realidad acabaría por imponerse. La habíamos estado ignorando durante demasiado tiempo. No obstante, me negué a despertar. Por primera vez en mi vida, hundí dichosamente la cabeza en la arena y me tomé esos momentos para mí.

Sí, la preocupación persistía en algún lugar lejano de mi mente. Aun así la ignoré. Cuando estaba en casa, era una madre, un padre, un proveedor. Cuando estaba con Kristoff, era su asistente.

Y su *puta*. Fruncí el ceño al entrar en el ascensor de W&W. Si alguien más me llamaba puta, le rompería la nariz. Pero este hombre lo hacía sonar como un cariño. Era casi intercambiable cuando me llamaba puta y su amor.

Sacudí la cabeza cuando se abrió el ascensor y entré. Me dolían las sienes y pulsé el botón de la planta ejecutiva. Apreté los ojos, luchando contra el dolor de cabeza que sin duda me iba a dar.

Era el día equivocado para ello. Kristoff tenía una reunión con el dueño de la empresa que estaba adquiriendo.

—Hola, Gemma. —Una voz familiar vino de detrás de mí y me di la vuelta para encontrarme cara a cara con Byron Ashford. Sonrió y me quedé sin aliento. Aquel hombre era tan guapo. No era mi tipo, pero aun así, era guapísimo.

—Señor Ashford —saludé.

—Por favor, llámame Byron.

Asentí con la cabeza.

—¿Cómo va la campaña de tu padre?

Por un momento, una expresión fría cruzó su rostro, pero desapareció antes de que pudiera parpadear.

—¿Sigues la política? —inquirió con curiosidad.

—No, la verdad es que no —concedí—. Creo que la mayoría de los políticos son corruptos. —Luego, dándome cuenta de lo que había dicho, añadí rápidamente—: Estoy segura de que tu padre no...

Su risa llenó el pequeño espacio.

—Tienes razón. La mayoría son corruptos.

Me di cuenta de que no defendió a su progenitor.

La puerta del elevador se abrió con un tintineo en la planta ejecutiva. Salí corriendo del ascensor y me dirigí a mi escritorio, dejando atrás a Byron.

—Lo sé, lo sé —saludé a Kimberly—. Siento llegar tarde.

El día empezó mal. Mis hijas decidieron hacer un berrinche, todas en momentos diferentes. Me hubiera gustado que al menos sincronizaran sus rabietas. De todos los días, eligieron el día del cierre de la fusión.

—No pasa nada, Gemma. No te has perdido de nada —aseguró Kimberly con su voz tranquila.

Me frotaba las sienes, con la esperanza de aliviar la tensión y el dolor de cabeza. Cuando me entraban las migrañas, sentía náuseas. Tragué con fuerza, tratando de mantenerla a raya, me lagrimeaban los ojos ante el dolor punzante que se disparaba a través de mi cerebro.

—Señor Ashford —pronunció Kimberly con sorpresa—. Puede pasar a ver al Señor Baldwin.

—Gracias, Kimberly. —Me miró y luego se dirigió al despacho de Kristoff con la seguridad y la confianza que solo un hombre acostumbrado a salirse con la suya podía tener.

Una vez que estuvo a puerta cerrada, Kimberly volvió a centrar su atención en mí.

—¿Estás bien?

Me masajeé las sienes, con los dedos fríos sobre mi piel.

—Sí, solo un pequeño dolor de cabeza. No es nada.

—¿Has visto a un médico? —La voz de Kristoff me hizo darme la vuelta, y el repentino movimiento hizo que el dolor me atravesara el cerebro.

—*Uff* —me quejé. Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz, esperando sentir alivio —. Estoy bien —aseguré.

—No estás bien —insistió, con sus dos manos sobre mis hombros—. Tenemos que llevarte al doctor.

La preocupación en su voz era evidente y la parte estúpida de mí se derritió al ver que le importaba.

—No seas tonto —protesté con una débil sonrisa—. Es un dolor de cabeza y hoy cierras la fusión.

—La fusión puede esperar —insistió.

Entrecerré los ojos. ¿Estaba loco? Estaba cerrando un trato multimillonario.

—Kristoff, te lo prometo —murmuré—. Estoy bien. Es solo un dolor de cabeza. Y tienes visita.

Me observó, sus ojos estudiando cada uno de mis movimientos.

—Byron estaba dejando algo. Puede tomar el mando. Estás pálida.

—Porque me duele la cabeza —razoné. El martilleo de mi cerebro era demasiado intenso; si no, habría puesto los ojos en blanco—. Dime qué necesitas.

Apretó la mandíbula, y la tensión de sus hombros me indicó que no estaba contento.

Como no dijo nada y se negó a moverse, continué.

—Prometo que estoy bien. El señor Ashford necesita tu atención.

No estaba contento, lo sabía.

Capítulo Cuarenta



Kristoff

—No te esperaba hoy aquí —le comenté a Byron mientras me sentaba detrás de mi escritorio y él ocupaba una silla frente a mí. Me entregó una carpeta—. Maldición, Byron. Espero que esta no sea información que te perdiste sobre el negocio. Hoy cerramos el trato.

—No se trata de la fusión —respondió—. Es sobre tu exesposa y Gemma.

Me tensé al instante.

—¿Qué quieres decir?

—Tu ex está investigando a Gemma, pasándole información a los tabloides.

Apreté los puños, la ira hirviendo en mi pecho. Si había una mujer que merecía ser eliminada, era esa zorra. No había un solo hueso en el cuerpo de *esa* que se preocupara por nadie más que por sí misma. Su hijo tenía suerte de tener a su padre, porque desde luego no había heredado los modales de su madre alcohólica. A pesar de todos mis desacuerdos por la traición de Jonathan, no podía quitarle ese mérito.

—¿Qué sabe ella? —indagué, mientras hojeaba la carpeta. Parecía que solo había hechos.

—No mucho —alegó—. Solo hechos. Eso no le impide inventarse cosas.

Sin decir nada más, le marqué a Jacqueline. Cambiaba de número de teléfono como de ropa interior, pero la muy estúpida siempre me enviaba su nuevo contacto. Como si me importara. Me desplacé hasta mis mensajes de números desconocidos y la localicé.

La llamé. Contestó al primer timbrazo.

—Kristoff, cariño... —La interrumpí, sin darle oportunidad de empezar con sus tonterías.

—Si escribes, dices o piensas una sola cosa más sobre Genevieve Rose —amenacé—, será lo último que hagas. Te quedarás sin un centavo y serás eliminada de todas las listas sociales. ¿Entendido?

—No tengo ni idea...

—¿Entendido? —advertí.

—Sí.

Terminé la llamada y me encontré con los ojos de Byron.

—¿Puedes seguir vigilándola?

Asintió con la cabeza.

—Así que Gemma es la indicada, *¿eh?* —inquirió.

No le contesté. No hacía falta, porque era bastante obvio. Se levantó y yo también. Gemma no estaba bien y pensaba ocuparme de ella. La fusión podía irse a la mierda. Ella era lo primordial.

—Te debo una, Byron.

Agitó la mano.

—Harías lo mismo por mí.

—Lo haría —juré. Y tenía la intención de cumplir mi palabra. Lo que necesitara, lo ayudaría.

Nos dimos la mano y salió de mi despacho. Se dirigió al ascensor, mientras me detenía junto al escritorio de Gemma y le agarraba la mano.

—Ven conmigo —dije, sosteniéndola suavemente por el codo y arrastrándola hasta mi oficina.

Cerré la puerta detrás de nosotros, tomé el teléfono, escribí un mensaje a mi médico que

hacía visitas a domicilio y lo guardé en mi bolsillo.

—Ven aquí. —La envolví en mis brazos. Enterró la cara en mi pecho y suspiró suavemente. Me sentía tan bien cuidándola.

—Tengo un poco de Advil —comenté en voz baja. Su vestido negro liso acentuaba su cintura de reloj de arena, ya no tan delgada como el día que la conocí. Aunque llevaba un cárdigan blanco por encima, no le quitaba protagonismo al vestido entallado que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba unos tacones blancos. Sin maquillaje, su tez pálida me dio un puñetazo en la barriga.

No me gustaba verla sufrir. Prefería soportarlo por ella, que presenciar su dolor.

—El poderoso Kristoff Baldwin tiene una reserva de Advil —bromeó, aunque su sonrisa era débil.

—Guardo algunos para emergencias. —Siempre tenía un pequeño botiquín con lo esencial. Si bien rara vez lo necesitaba, no estaba de más estar preparado. La acompañé hasta el pequeño sofá—. Siéntate; te traeré un vaso de agua y un Advil.

Dejándola en el sofá, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los párpados. Sus largas y oscuras pestañas le abanicaban las mejillas, pero su rostro se retorcía de dolor. Entré en el baño y abrí el pequeño botiquín. Agarré el frasquito de Advil, saqué dos pastillas y tomé un vaso de agua. Luego volví al lado de Gemma.

—Toma esto. —Le ofrecí las tabletas y me senté a su lado. Abrió los ojos y las agarró, llevándoselas a la boca. Luego se las tomó con el vaso de agua.

Recogí su vaso y lo puse en la mesita auxiliar.

—Ven aquí.

Sin dudarlo, se inclinó hacia mí y le froté la espalda. A medida que pasaban los minutos, se iba relajando. Quería llevarla a casa, meterla en mi cama, cerrar las ventanas y dejarla descansar. Lamentablemente, no creía que me dejara. Me ofrecía ternura, afecto, pero hasta cierto punto. Se mantenía en guardia, siempre con una reticente cautela.

Se sentía pequeña en mis brazos. Vulnerable. Nunca me había preocupado tanto por otro ser humano como por ella. Y por sus hijas. Llegué a conocer sus horarios y la llamaba a altas horas de la noche, cuando sus niñas ya estaban metidas en la cama. Con cada conversación, aprendía más y más. Ella pensaba que era aburrida, que todo su mundo giraba en torno a sus pequeñas. Yo pensaba que era magnífica. Le gustaba hacer yoga con ellas y pasar tiempo con Betty y Rick. De ese último podía vivir sin él.

Algunas noches incluso se aventuraba en el pasado, dejándome entrever su dolor. Quizás era eso lo que nos unía. Ambos habíamos tenido relaciones jodidas que nos habían convertido en seres humanos que levantaban muros para protegerse del dolor. Maldición, *yo* más que nadie tenía experiencia en ello.

Lo único que sabía era que me disfrutaba pasar tiempo a su lado. Sí, me encantaba follármela, pero aún más me encantaba pasar tiempo con ella y sus hijas. Incluso habíamos tenido varias cenas juntos, los cinco. Joder, nunca pensé que querría una familia. No después del fiasco con mi ex. Sin embargo, allí estaba, cenando con su pequeña familia. Quería tenerlas en mi vida, cuidarlas, mantenerlas.

A pesar de que ninguno de los dos volvió a mencionar el contrato, nos acechaba como un fantasma entre nosotros. Me daba su cuerpo voluntariamente. Debería ser suficiente. Sin embargo, no lo era. La quería atada a mí, con un acuerdo legalmente vinculante. Para que fuera mía.

«Matrimonio», susurraba mi mente. Podría casarme con ella y eso la ataría a mí. Para

siempre.

No había nadie más importante para mí que ella. Y mataría a cualquier hombre que se atreviera a mirarla, y mucho menos tocarla.

Me vino a la mente la conversación del día anterior con mi madre.

—Las mujeres como Gemma son una en un millón —comentó de repente.

—Lo son. —Acepté, sin saber a dónde quería llegar. Nunca hablábamos de mis relaciones, o de la falta de ellas.

—Era demasiado joven cuando me enamoré de tu padre. —Inició, con voz vacilante. Nunca conversábamos de él. Lo odiaba a muerte, por la forma en que escandalizó a nuestra familia, desperdició su herencia y, sobre todo, por cómo trataba a mi madre. Desfilaba a sus amantes delante de ella, humillándola en público y en privado—. Demasiado ingenua. Demasiado débil.

No lo confirmé ni lo negué. No tenía sentido. El hecho era que debió haber usado la influencia del abuelo y haber eliminado a mi padre de su vida.

—Gemma no se parece en nada a mí —continuó—. Es fuerte e independiente, con convicciones firmes. Y lo más importante, apoya a la gente a la que ama.

Mi madre ni siquiera sabía cuánta razón tenía. Gemma mataría por proteger a sus hijas.

Demonios, me casaría con ella. La cuestión era cómo convencerla para que se comprometiera de por vida, si ya se negaba a hacerlo por un periodo más corto.

Capítulo Cuarenta Y Uno



Genevieve

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron y me separé rápidamente del abrazo de Kristoff. Ya echaba de menos sus brazos, fuertes, cálidos y protectores. Era tan fácil confiar en él para que todo fuera mejor.

—Adelante —llamó Kristoff. La puerta se abrió y entró un hombre. Barba gris. Ceño fruncido. Una mano en su bata blanca, una bolsa negra en la otra. ¿Un doctor?

El recuerdo de la última vez que vi un maletín negro de médico resurgió, y rápidamente lo aparté de mi mente. No era el momento de recordar esos fantasmas.

—¿Cuál es la emergencia? —inquirió, preocupado, estudiando la habitación. Cuando se dio cuenta de que no había nadie más, su atención regresó a nosotros—. ¿Te das cuenta de que cancelé otras dos citas para venir a ver esta alegada *emergencia*?

Kristoff ni siquiera se inmutó.

—Doctor Craven, esta es Gemma Rose. Tiene un fuerte dolor de cabeza.

Si hasta entonces había palidez en el tono de mi piel, en ese instante sin duda había desaparecido. El calor me subió por el cuello hasta las mejillas. Llamó a un doctor y dijo que era una emergencia. Mis ojos se abrieron de par en par hacia Kristoff.

Sostuvo la mirada del doctor Craven, con la ceja arqueada en señal de desafío.

—Por favor, examínela para asegurar que está bien.

Una inhalación aguda.

—¿Dolor de cabeza? —inquirió incrédulo.

—Sí. —Kristoff se levantó, para darle espacio al doctor a mi lado—. En cuanto se asegure de que está bien, puede volver a sus citas.

El médico sacudió la cabeza y tuve que estar de acuerdo con su opinión. Kristoff exageró un poco. Aunque, al parecer, era su manera característica.

El clínico tomó asiento a mi lado y le ofrecí una sonrisa de disculpa.

—Es solo una pequeña migraña.

Un movimiento de cabeza en señal de reconocimiento.

—¿Las tienes a menudo?

—De vez en cuando —informé—. Nada horrible. —Dios, ojalá Kristoff no hubiera hecho tanto escándalo. ¿En qué estaba pensando? No sabía que estaba dispuesto a llegar tan lejos por un simple dolor de cabeza.

Abrió su maletín y sacó un tensiómetro. Me quejé por dentro.

—Tomé un par de Advil. —Tal vez eso lo disuadiría de continuar con esa farsa, le diría a Kristoff que era un multimillonario loco, y volvería con sus pacientes.

—Ya que estoy aquí, podría tomar tus signos vitales. —Sonrió. Al menos sus modales no eran malos—. De lo contrario, voy a estar realmente enojado por haber desperdiciado un viaje.

Con destreza, me lo enrolló alrededor de la parte superior del brazo.

—¿Alguna posibilidad de embarazo? —cuestionó.

Un infierno estalló dentro de mí y estaba segura de que haría estallar su aparato.

Carraspeé incómoda, evitando mirar en dirección a Kristoff.

—No.

El médico me miró.

—¿Estamos seguros?

—Positivo. —No entraría en detalles—. Probablemente sea mi anemia. No he estado tomando mis vitaminas tan regularmente como debería.

El pitido del dispositivo hizo que mis ojos parpadearan hacia él. Nunca había tenido problemas con ninguno de mis signos vitales. Esto era simplemente ridículo.

—Creo que el Advil está haciendo efecto. —Intenté de nuevo—. Mi cabeza se siente mucho mejor.

—Tu presión sanguínea está en los rangos normales. Déjame escuchar tu corazón y pulmones.

Esta vez gemí en voz alta.

—Me siento mejor. De verdad.

—*Ah,* pero apacigua a este viejo. —El doctor Craven tenía una voz suave y tranquilizadora —. Y no me refiero a mí.

Sus ojos oscuros brillaron divertidos al observar a Kristoff. Mi jefe refunfuñó algo sobre sus horribles modales.

—Mejor que los tuyos, Kristoff —se burló. De repente, amaba a este doctor y lo quería como mi médico de cabecera—. Ahora, querida, vamos a quitarte la camisa para que pueda escuchar tu corazón.

—Su camisa se queda en su lugar —gruñó Kristoff, y lo miré confundida. Aunque el doctor Craven enarcó una ceja, Kristoff no se dejó convencer—. Esos dispositivos funcionan a través de la camisa. Lo sé, ya que una de mis empresas los fabrica.

El doctor volvió a prestarme atención.

—A través de la camisa, entonces, querida. La próxima vez, haremos esto sin tu novio cerca.

—No es mi novio. —Me reí entre dientes, aunque por la expresión de Kristoff, no pareció hacerle ninguna gracia.

Cinco minutos después, el examen había terminado y el doctor Craven se había ido.

—¿Segura de que te sientes lo suficientemente bien? —Kristoff se preocupó, rodeándome con sus brazos.

—Sí —aseguré por enésima vez—. No vuelvas a llamar al médico, a menos que sea algo grave —advertí, entrecerrando los ojos con fingido enfado. Sin embargo, mi sonrisa lo estropeó. El Advil había hecho efecto, porque solo sentía un dolor sordo en las sienes—. Voy por tu café. No podemos dejar que destroces a tus visitas hoy por falta de cafeína.

Me di la vuelta para marcharme, pero su mano me rodeó la muñeca y me atrajo hacia su duro pecho.

—No te vayas sin un beso.

Cuando estaba así, cariñoso y suave, me derretía. Quería ser suya. Y tenerlo como mío y solo mío. Como si fuera la primera vez que me enamoraba. Era emocionante y aterrador.

Mis senos empujaron contra su pecho duro, arqueé el cuello, encontrándome con su mirada. Luego me puse de puntillas y rocé sus labios con los míos. Cerré los ojos, su calor me envolvió en su capullo. Sus manos me rodearon con fuerza y nuestros labios se entrelazaron, como si no pudiéramos acercarnos lo suficiente.

Con las palmas apoyadas en su pecho, lo aparté suavemente.

—Tienes un día ocupado —le recordé—. Ponte a trabajar.

—Yo soy el jefe —gruñó, agarrándome la mano y apretando sus suaves labios en el centro de mi palma. Aunque no había seriedad en su tono, ya que sus manos recorrían mi espalda, de arriba abajo.

Las horas siguientes pasaron volando. Actualizar eso, actualizar aquello, cambiar eso,

cambiar aquello. Llegó la tarde y la oficina de mi jefe estaba llena de gente. Hombres ricos y poderosos como él.

Cuando sus invitados se sentaron cómodamente alrededor de la mesa de conferencias, me dirigía a la puerta cuando su voz me detuvo.

—Gemma, quédate y toma notas, por favor —solicitó Kristoff. Estaba tranquilo, como si estuviera cerrando las negociaciones para una venta de garaje, no un trato multimillonario.

—Claro —respondí y fui a tomar una silla extra para sentarme un poco lejos de la mesa.

—Podrías sentarte en mi regazo. —Giré la cabeza hacia el hombre más joven del grupo y entrecerré los ojos. Totalmente poco profesional.

—Te sentarás aquí. —La voz de Kristoff era más fría que el aire helado, pero era incomparable con la mirada ártica de sus orbes. Asentí, agarré mi bloc de notas y un lápiz, y volví a la mesa.

Kristoff se levantó y me acercó la silla, con los ojos clavados en el hombre que había hecho el comentario inapropiado. El silencio era tenso. Tragué saliva y el sonido viajó por el aire. Al menos así creí. Tomé la silla que me ofrecían y me senté en ella.

A mi izquierda se sentó un señor mayor que me sonrió.

—Lo siento, querida. ¿Cómo dijiste que te llamas? Lo dijiste, pero mi audición es mala en mi vejez.

Me aclaré la garganta.

—Es Gemma.

Su sonrisa se ensanchó y su mirada se suavizó, las arrugas alrededor de sus ojos eran pronunciadas. El color de su cabello brillaba plateado contra su costoso traje oscuro, aunque parecía frágil. Su aspecto era impecable. Sin su sonrisa, era otro frío hombre de negocios. Con ella, era un ser humano accesible.

—Bonito nombre. —Me tendió la mano y la acepté en un apretón. Su agarre

era firme—. Como gemas preciosas.

El mismo hombre que me sugirió que me sentara en su regazo, sonrió.

—Soy Samuel Ridley Junior. Mi padre… —Ladeó la cabeza hacia el hombre sentado a mi lado— …es el mayor.

—Encantada de conocerlo. —Creí haber oído a Kristoff gruñir a mi lado. Sí, un jodido gruñido. La temperatura debió de haber bajado veinte grados porque, de repente, se me erizó la piel.

—El placer es todo mío —contestó, arrastrando las palabras, ajeno a la tensión.

Crucé las piernas, ignorándolo. Dudaba que fuera a trabajar con él, no obstante, me guardé las palabras. No arruinaría el negocio de Kristoff por un imbécil inmaduro, maleducado y rico. Mi vista se desvió hacia su padre, y vi un destello de fastidio en sus ojos.

Dirigiendo mi atención a Kristoff, me sorprendió su mirada. Fría. Cruel. Despiadada. Como si estuviera listo para desgarrar la garganta de Samuel.

—Empecemos —anunció fríamente. Y página tras página, discusión, anotación, cambio. Kristoff era sereno y brutal en sus negocios. No había un solo punto en el que no acabara con la ventaja. Tomé nota mental de nunca entrar en negociaciones con él. Estaba garantizado que perdería.

Seguí con las notas, escribiendo tareas a mano alzada para hacer un seguimiento con copias del papeleo después de la junta, y entonces, una hora después de la reunión, todo había terminado. Por lo visto, solo se tardaba una hora en firmar un acuerdo multimillonario. ¿Quién lo iba a decir?

—Este es el último documento —concluyó Kristoff—. Establece nuestro acuerdo. Samuel, se te asignará el papel de asesor principal hasta que estés listo para retirarte.

—¿Qué? —Samuel Jr. se puso en pie de un salto, con una expresión de indignación en el rostro.

Observé a Kristoff y luego alrededor de la mesa. Los otros hombres eran abogados. La única decisión que importaba era la de él y el hombre que vendía la empresa. Samuel Ridley padre.

—Tendrás que ganarte tu puesto en cualquier empresa de mi propiedad —explicó Kristoff.

Samuel apretó la mandíbula y me tensé, esperando a que se enfadara. Ya venía. Podía sentirlo en el aire.

—Kristoff y yo hemos decidido que este es el mejor recurso por ahora. —Intentó suavizar la tensa situación el señor Ridley padre. Observé con recelo la escena que se desarrollaba ante mí.

El puño de Samuel Jr. golpeó con fuerza la mesa, lo que me hizo saltar, y el lápiz se me cayó de las manos, rodando por la mesa de caoba.

—¡Esto es una mierda! —Junior gritó enfadado, su voz vibrando contra las paredes.

Me temblaban las manos cuando alargué la mano para recoger el lápiz, pero Kristoff se me adelantó. Fue una estupidez. Sabía que no podía pasarme nada. Sin embargo, cualquier tipo de violencia siempre me hacía temblar.

Me entregó el lápiz, observándome atentamente. Forzando una sonrisa, murmuré gracias y lo agarré.

—¡No puedes hacer esto! —bramó furioso Junior.

—Ya está hecho —declaró Kristoff con frialdad—. Si no, no hay trato. —Miró despreocupadamente su costoso reloj—. Decídete, porque mi tiempo es valioso.

Mirando por debajo de las pestañas a Kristoff y a los otros dos hombres, observé la situación. Estaba segura de que Kristoff no aceptaría el trato. Los otros hombres se movieron, probablemente tan incómodos como yo de presenciar aquello.

Me senté tensa, esperando. El silencio pesaba en la habitación. Se me erizó el vello de la nuca y contuve la respiración.

Fue Samuel padre quien finalmente lo rompió.

—Esto es lo que acordamos —reconoció, poniendo la mano en el brazo de su hijo—. Mi hijo asumirá que esta es la mejor medida para el futuro de los empleados y de la empresa.

Una exhalación silenciosa se deslizó por mis labios mientras Junior volvía a sentarse en su silla. Si bien seguía sin estar contento con el resultado, parecía que lo aceptaba. Se obtuvo la firma final. Todos se levantaron, felicitándose unos a otros. Aunque Kristoff parecía el único que había salido victorioso. Todos los hombres se marcharon, dejándome con él y ambos Ridley.

Los ojos de Junior recorrieron mi cuerpo, deteniéndose en mis pechos más de lo apropiado. A decir verdad, no había nada apropiado en sus miradas lascivas.

—Gemma, has sido lo más destacado de esta reunión —mencionó con una sonrisa encantadora en la cara. Excepto que no funcionó para mí en absoluto—. Estoy seguro de que volveremos a hablar. Quizás incluso hagamos algo más —insinuó, con voz ronca.

Salió de la habitación sin decir palabra a mi jefe ni a su padre.

Samuel padre estrechó la mano de Kristoff y luego se giró hacia mí.

—Encantado de conocerte. —Asentí con la cabeza y esbocé una sonrisa—. Estoy deseando trabajar contigo.

—Gracias.

La verdad era que no creía que trabajaría con ninguno de ellos. Y ciertamente esperaba no trabajar con Junior. No necesitaba ninguna de esas complicaciones. Ya tenía muchas con

Kristoff.

Cuando la puerta chasqueó suavemente, me volví hacia él.

—Felicidades. —El cansancio y el dolor de cabeza que había mantenido a raya durante todo el día me invadieron lentamente. Incliné la cabeza y lo miré a los ojos—. Ha sido intenso —musité cuando se quedó callado. Una expresión cautelosa acechaba en esas esmeraldas.

Como no dijo nada, me di la vuelta para marcharme, pero su mano se enroscó en mi muñeca y me atrajo hacia él. Lo dejé, agotada y necesitada de su calor.

—¿Cómo te sientes? —murmuró contra mi cuello. Me acarició el cuello con su boca, suave y caliente. Suspiré y ladeé la cabeza para permitirle un mejor acceso.

Sus labios rozaron mi mandíbula hasta cernirse sobre mis labios. Acorté la distancia y apreté mi boca contra la suya. Mis manos se conectaron alrededor de su cuello y mis dedos se enredaron en el cabello de su nuca. Me besó con fuerza, posesivo y áspero, encendiendo mi sangre. Su lengua rozaba la mía, consumiéndola, y mientras tanto sus dedos acariciaban suavemente mi cuerpo.

—*Mmm*, ahora mejor —suspiré contra sus labios.

Podría quedarme así con él para siempre. Mis manos se deslizaron por su pecho, los duros músculos calientes bajo mi tacto, y luego rodeé su cintura.

—Hay una cena de negocios para celebrar nuestra compra dentro de una hora. —La boca de Kristoff se movió a la parte alta mi cabeza—. ¿Quieres venir? Todos los hombres que estaban en la mesa de firmas estarán allí.

Me moví para levantar la cabeza, buscando sus ojos. Tenía la sensación de que no quería que asistiera. Entonces, ¿por qué contarme lo de la cena?

—Si quieres que vaya, iré. No obstante, si no me necesitas, prefiero no hacerlo. —Fue un día largo.

—¿Estás segura? —preguntó, su mirada no traicionaba nada de la tensión que desprendía su cuerpo—. Ridley padre e hijo, estarán allí. Junior parece particularmente encariñado contigo.

Sus manos sobre mí se tensaron, sus dedos se clavaron en mis caderas. ¿Estaba...?

—Sí, estoy segura —respondí finalmente, sosteniéndole la mirada. Estaba celoso.

—¿Qué piensas de Samuel Jr.? —Sus ojos se entrecerraron en mí, y la pregunta me pareció una trampa. Me mordí el labio inferior tratando de encontrar la forma más diplomática de responder.

—Parece un *mujeriego* —repliqué honestamente—. No es exactamente mi tipo. —Mis palabras murieron en mis labios, al notar que algo brillaba en sus ojos. *¿Celos?*

Levanté la mano y apoyé suavemente la palma en su mejilla. Ojalá hubiera una forma de ahuyentar sus fantasmas. A pesar de su dinero y su estatus, estaba tan herido como todos nosotros.

—Y no se compara a ti —añadí en voz baja.

Sus músculos se relajaron bajo mis manos. Una suave sonrisa apareció en sus labios y sus ojos se suavizaron.

—¿Quieres que vaya a esta cena contigo? —indagué.

—Quiero que te vengas *conmigo* —dijo, enfatizando el *conmigo*—. Pero pareces agotada y no quiero que ese imbécil te esté viendo. Ve a casa con tus chicas y descansa un poco. Si necesito algo, te llamaré.

Me reí entre dientes.

—¿Acabas de decir chicas y descanso en la misma frase? Esas dos palabras no combinan en absoluto —bromeé—. Algún día lo descubrirás. —Las palabras se me escaparon y no fue hasta

que ya las había pronunciado cuando me di cuenta de cómo sonaban. En silencio, me maldije por la insensibilidad—. Además, tengo que preparar las maletas de las niñas para su fin de semana con la abuela —expliqué, con la esperanza de cambiar de tema.

Aún no se habían ido, y ya temía los días calmados sin ellas. Siempre era demasiado tranquilo sin mis hijas. Durante los días en que visitaban a la abuela se hacía más evidente que nunca que toda mi vida giraba en torno a ellas. Si bien, en esas últimas semanas Kristoff se había tomado un poco de ese tiempo para pasarlo conmigo, después del trabajo todo giraba en torno a las niñas.

—Tómate el resto del día libre —sugirió y asentí felizmente con la cabeza—. Debería haberte llevado a casa esta mañana a primera hora.

—No seas tonto —objeté—. Hoy ha sido un gran día.

Era la primera vez que veía una fusión de cerca y en persona. Pasó por muchas a lo largo de su vida, así que probablemente era algo cotidiano para él. Aunque tenía que admitir que no era tan emocionante como esperaba.

—Te acompaño al coche. —Ofreció Kristoff—. Mándame un mensaje cuando estés en casa para saber que has llegado bien.

El hombre celoso se había ido y en su lugar estaba el que me había robado el corazón.

* * *

Para las nueve de la noche estaba en la cama, relajándome con una vieja película en Netflix. Mis ojos estaban en la televisión, aunque mis pensamientos estaban en todas partes. Hacer la maleta. En el futuro. En el pasado. En el presente.

A pesar de que había evitado hablarle del contrato a Kristoff, lo tenía presente. Fiel a su palabra, me daba dos meses, mas ese tiempo se acababa rápidamente. La cuestión era si me quedaría o me iría una vez cumplido el plazo. Firmar ese contrato se sentía mal. Mejor dicho, *estaba mal*.

Firmar ese papelito hizo que todo ese acuerdo pasara de un entendimiento sexual voluntario a un arreglo de negocios. Y no estaba de acuerdo con eso.

Sonó el teléfono y lo agarré. Al ver que era mi jefe, contesté rápidamente.

—Hola —saludé, con la voz ligeramente ronca.

—¿Te desperté?

—No, para nada. ¿Está todo bien?

—Sí, todo está bien. ¿Qué estás haciendo?

Sonreí al teléfono.

—Espero que no estés esperando una respuesta *sexy* —bromeé—. Estoy en la cama, viendo *Lo que el viento se llevó.* —Y estresándome por cosas que no podía controlar, como el pasado, el presente y el futuro—. ¿Qué tal la cena?

—Aburrida. —Podía imaginar la tensión entre Kristoff y el resto de la cena. Podía ser bastante intimidante cuando quería—. Ambos Ridley preguntaron por ti —refunfuñó. El significado no dicho era el rencor detrás del Ridley más joven inquiriendo por mí. Y tenía la sensación de que a ese le gustaba molestar—. La parte de estar en la cama es *sexy*.

Me reí ante su sutil cambio de tema. No tenía sentido echarle leña al fuego a sus celos, así que le seguí la corriente.

—Si vieras lo que llevo puesto, no lo pensarías.

Su risa retumbó en los auriculares y cerré los ojos, deleitándome con su sonido. Rápidamente

se convirtió en uno de mis sonidos favoritos, justo después de oír reír a mis hijas.

—Siempre estás hermosa. —El calor en mi pecho se extendió, haciéndome gelatina para él y ni siquiera estaba en la misma habitación conmigo—. No te tomé por una chica que ve películas viejas —agregó.

—¿Has visto *Lo que el viento se llevó*? —pregunté con curiosidad.

—No, nunca. —Un jadeo fingido me abandonó.

—¿En serio? —pronuncié en estado de *shock*, pero no pude ocultar el humor de mi voz—. ¡Tienes que buscarte una vida! *Lo que el viento se llevó* es un clásico.

—No puede ser tan gran clásico —replicó secamente—. Si no, lo hubiera visto. —Típico de Kristoff. Solo contaba si él lo veía.

—¿Has oído hablar de la frase '*Francamente, querida, me importa un bledo*'? —pregunté.

—No me suena. —No parecía interesado en la película en absoluto—. ¿Qué tal si me dices qué llevas puesto?

Tocó reírme.

—De ninguna manera. No quiero que sepas que estoy durmiendo con una camiseta de tirantes rosa fuerte y pantalones cortos de chico. *Ups*, ¿hablé de más? —bromeé.

Siguió otra carcajada estruendosa, que hizo que mi pecho se agitara de sentimientos. Dios, este hombre era capaz de llegar a mí de todas las maneras correctas.

—Tengo que ver eso —pronunció con voz grave—. Envíame una foto.

Por supuesto que exigiría, no pediría.

Capítulo Cuarenta Y Dos



Kristoff

La cena con los hombres Ridley fue tan molesta. Especialmente por el más joven. La cara de Junior se cayó en el momento en que se dio cuenta de que Gemma no se nos uniría. Quería aplastarle el rostro contra la mesa y hacer que se olvidara de ella.

¿Exageraba? Sí, solo un poco.

¿Me importaba? Maldición, no.

Aunque ese joven idiota estaba más cerca de su edad, era un completo *playboy*. Cambiaba de mujeres como de ropa interior, y sería malo para Gemma y sus chicas.

Maravilloso. Ya empezaba a fingir que yo era un caballero. Gemma había estado consumiendo mis pensamientos de la forma más malsana y obsesiva. Mi mente había estado girando durante semanas, ese jodido contrato pendiendo sobre nosotros.

Quería algo que la atara a mí. Un poco obsesivo, pero a la mierda. No podía evitarlo. Era la única manera de controlar el resultado. Para que Gemma se quedara conmigo.

Me había estado dando su cuerpo libremente, sabía que no estaba viendo a nadie. No era que tuviera tiempo entre sus hijas y yo. Sin embargo, no era suficiente. Quería encerrarla en mi casa y tirar la llave. Tampoco funcionaría, porque no tenía ninguna duda de que se opondría. No tenía sentido. Aun cuando se entregaba a mí por voluntad, no firmaba el contrato que decía lo mismo. Si no podía comprometerse conmigo, ¿cómo demonios iba a convencerla para que nos casáramos?

La imagen de ella en la cama, con una camiseta de tirantes y unos pantalones *boyshorts* se quedó grabado en mi mente.

—Envíame una foto —requerí. Oí una risita gruñona a través de la línea.

—Claro que exigirías. —Sonreí ante su respuesta descarada. Su voz era muy ronca, lo que significaba que estaba excitada. ¡Bien! Me alegraba que, al menos eso entre nosotros la impactara tanto como a mí.

—Por favor —añadí, tratando de apaciguarla. Joder, si me pidiera que se lo rogara, lo haría. Me tenía atrapado y ni siquiera lo sabía.

Sentí mi teléfono vibrar. Me lo quité de la oreja y me quedé mirando la foto.

Maldición, en ese momento no podía ni masturbarme.

Mi polla se engrosó al instante en mis pantalones, lo cual era molesto teniendo en cuenta que estaba en mi Bentley con el conductor delante que fingía no escuchar mi conversación. Me lo busqué, así que no tenía a nadie a quien culpar.

Llevaba el cabello oscuro desparramado por las sábanas blancas, sin maquillaje. La camisola que llevaba era rosa fuerte y contrastaba con su melena oscuro. Sus pezones se asomaban a través de la tela y su expresión suave era la que ponía cuando quería que me la follara.

Joder.

—No pidas otra —advirtió, con voz ronca—. Porque será el dedo medio.

Me reí entre dientes. Seguro que muchas veces quiso mandarme a la mierda. Tenía un peculiar equilibrio entre suavidad y maldad. No se plegaba a todos mis caprichos solo porque era rico.

Quizás era eso lo que me intrigaba.

Me dejó follármela porque *me* deseaba. No podía ocultar la respuesta de su cuerpo. La forma en que se derretía en mis brazos y su coño caliente apretaba mi longitud mientras la penetraba.

Era el paraíso en la tierra. Ninguna otra mujer se *había* sentido como Gemma.

Y sería su dueño. De una forma u otra, me la quedaría.

Al diablo con cualquier otro hombre. Incluyendo a su mejor amigo que trabajaba con el maldito Jonathan.

Si tuviera que hacerlo, compraría esa empresa solo para deshacerme de él.

Capítulo Cuarenta Y Tres



Genevieve

Hablar por teléfono con mi jefe era una experiencia completamente distinta a hablar con él en la oficina. Era como coquetear con un hombre.

No mi jefe. No un multimillonario intimidante. No un hombre controlador y obsesivo.

Era solo él.

Su suave risita por el teléfono me hizo sonreír de felicidad. Las únicas otras personas en este planeta que me hacían derretirme con su felicidad eran mis hijas.

—¿Qué llevas puesto? —pregunté, ignorando todo lo que me hacía sentir. Estaba muy metida con este hombre, no habría forma de superarlo.

—Sigo con el mismo traje en el que me viste antes —pronunció con voz ronca. Podía imaginármelo, cómodamente sentado en el asiento trasero, con las piernas abiertas. Si estaba en su limusina, tal vez tenía la pantalla de privacidad cerrada y se acariciaba.

Empecé a abanicarme con la mano. De solo pensar en su gran mano sobre su cuerpo, me encendía y sentía calor en mi vientre bajo.

—¿Es… estás...? —Me aclaré la garganta, con la voz entrecortada—. ¿Estás en una limusina con la división cerrada?

De acuerdo, quizá me hizo más valiente y mis pensamientos más sucios. Era *su* culpa. Me convirtió en una mujer insaciable y cachonda.

Su risita oscura me dijo que sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Ojalá. —Ronroneó—. Estoy en el coche.

—Te ves *sexy* en tus trajes. —Se me escapó esa confesión. Dios, se daría cuenta de lo mucho que me había enamorado de él si seguía así.

Volvió a reír y mi pecho se calentó.

—Entonces, ¿cómo es que eres capaz de mantener tus manos lejos de mí?

Me tocó reírme.

—Tengo un excelente autocontrol —respondí, sonriendo—. Deberías probarlo alguna vez.

—*Oh*, sí la tengo. Mucha autorestricción a tu alrededor —dijo—. Más de lo que nunca sabrás. Si no lo hubiera hecho, estarías tirada en mi escritorio las veinticuatro horas del día, lista para mí. Para darme un festín con tu coño. Para follar. Y para someterte a mi voluntad.

Un volcán estalló en mis venas ante sus sucias palabras. Realmente tenía un don con ellas. Y entonces me di cuenta de que era más que probable que su chofer también las hubiera oído. Jesucristo, esperaba no encontrármelo nunca. Vergonzoso con V mayúscula.

Me aclaré la garganta y decidí que era mejor cambiar de tema.

—Tengo una pregunta.

—Pregúntame, hermosa. —Prácticamente oía la sonrisa en su voz. Disfrutaba molestarme.

—¿Algo te ha estado molestando últimamente? —inquirí vacilante, sin saber si debía sacar el tema—. ¿Fue la compra de la empresa?

No debería haberle ofrecido eso último como excusa. Sabía a ciencia cierta que no era la compra de la empresa. Lo manejó todo con la adquisición como un profesional.

La línea se quedó en silencio. Esperé tres latidos.

—Lo siento, no quería entrometerme —me disculpé.

—No pasa nada. —Solo unas palabras, pero sentí el escalofrío en su tono a través del teléfono—. Será mejor que te vayas a dormir. Nos vemos mañana. Dulces sueños.

La línea se cortó antes de que pudiera responder. Me quedé mirando el teléfono, cuestionándome qué acababa de pasar. Aunque mi instinto me advertía y mi cerebro me susurraba que dejara de engañarme. Sabía exactamente lo que había quedado sin decir entre nosotros.

El contrato.

Apagué el televisor, dejándome a oscuras. «*Qué apropiado*», se burló mi mente. Kristoff me dejó a oscuras, sumida en mis pensamientos y en el deseo que sentía por él.

Sabía que se trataba del contrato que me negué a firmar. Mi sexto sentido nunca me había fallado.

Con la mirada fija en el techo de mi habitación, con el constante zumbido del ventilador de techo, me quedé inmóvil. El silencio ensordecedor con el rítmico zumbido del abanico hacía que las voces de mi cabeza se oyeran aún más fuerte. Los recuerdos gritaban. El dolor me desgarraba el pecho. Me había esforzado tanto por olvidar el pasado, sin embargo, en ese instante todo volvía a mí.

Persiguiéndome.

Burlándose de mi débil intento de seguir adelante. Con un hombre como Kristoff que me consumiría y luego me escupiría cuando acabara conmigo. Por suerte, tenía suficiente cerebro para saber que el contrato sería exactamente eso. Su forma de controlarme, y luego desecharme cuando hubiera terminado conmigo.

Era innegable la atracción y los sentimientos que sentía por mi jefe. Pero no dejaría que lo utilizara para su propio beneficio. Afortunadamente, no había llegado tan lejos. Todavía.

Nunca dejaría que nadie me tratara como mi difunto marido. Me merecía algo mejor. Y mis hijas también. Los ojos me escocían ante las imágenes de Jack y su crueldad. El pasado que destrozó mis ideales de una relación feliz. Si no lo hubiera visto de primera mano de mis padres, creería que todo era un sueño irreal.

Me temblaba la mano mientras intentaba limpiarme una lágrima de la mejilla. Aquel último día con Jack pasó por mi mente. Su ira. Su crueldad. Su intento de quitarme lo que creía que era suyo. Lo que provocó que Jack fuera demasiado lejos ese día seguiría siendo un misterio por siempre.

Mis gritos y súplicas de aquel día atravesaron el silencio de esa noche. Mi respiración se entrecortó con los recuerdos.

Reuní la última onza de fuerza que pude encontrar y eché mano a la navaja suiza que guardaba en la parte trasera del pantalón. Entonces hice algo de lo que nunca podría dar marcha atrás.

La abrí y se la clavé en el estómago, luego le di una fuerte patada en la entrepierna.

Un aullido resonó en el dormitorio vacío mientras Jack se doblaba con dolor, agarrándose la ingle como si fueran diamantes preciosos.

La rabia dentro de mí me instó a patearlo una y otra vez, para que nunca pudiera engañarme. O intentar forzarme contra mi voluntad. Antes de que la locura y la rabia por hacerle daño se apoderaran de mí, lo empujé lejos de mi cuerpo. Tropezó en el suelo y corrí.

Sus gritos rompieron el aire, mi nombre me siguió mientras salía corriendo de la casa.

¿Qué maldita ironía? Era mi residencia y yo debía huir, abandonando mi refugio seguro que había ganado con tanto esfuerzo. Debería haberlo echado de la casa y haber cambiado todas las cerraduras. Me metí en el coche, luchando por meter la llave en el contacto, las manos me temblaban demasiado.

Las lágrimas me corrían por la cara y apenas podía ver la carretera mientras conducía frenéticamente fuera de mi vecindario.

—¡No más! —susurré una y otra vez, con el sabor salado de las lágrimas en los labios.

En ese momento decidí que no volvería. Me llevaría a las niñas y empezaría una nueva vida. Podría visitarnos si él quería. Custodia compartida. Pero ese matrimonio era historia. Suponiendo que no lo hubiera matado.

Ese día me presenté en casa de Betty y Rick con la cara magullada y un brazo roto.

Betty lloró, ya fuera por mi maltratado aspecto o por mis jodidas circunstancias. Curiosamente, dejé de llorar cuando llegué con ellos. Solo me sentía vacía.

Ya no me quedaban lágrimas.

Lo peor era que no podía perdonarme por haber dejado que llegara a ese punto, en el que tuve que apuñalar a mi marido para salvarme. Betty se llevó a las niñas fuera de la ciudad para que no me vieran en un estado tan lamentable. Rick se quedó conmigo, ayudándome a planear los próximos meses lejos de mi marido.

Excepto que no podía decirle a nadie que apuñalé a Jack. Me aterrorizaba terminar en la cárcel.

Cuando llegó la llamada de la patrulla de carreteras para comunicarme que Jack había tenido un accidente y se había matado, no sentí más que alivio. Un tráiler con remolque chocó contra la camioneta de Jack, con su amante en el vehículo. Ambos murieron con el impacto. Nunca se mencionó la puñalada.

Gracias a Dios por las pequeñas bendiciones.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro



Genevieve

Antes incluso de abrir los párpados, sentí el fuerte dolor de cabeza. Los recuerdos de Jack atormentaban mis sueños. Temía que mi juicio estuviera distorsionado, al igual que había ocurrido con mi difunto esposo.

Fue pura suerte que la mierda con Jack no hubiera dejado un impacto duradero en mis hijas. Saoirse y Sierra eran demasiado jóvenes. Y mi hija mayor... bueno, tuvo suerte. Gracias a Dios. Pero si mi juicio me fallaba de nuevo, mis hijas saldrían lastimadas. Ya se habían encariñado con Kristoff.

—Dos días seguidos con dolor de cabeza —murmuré para mis adentros mientras mis pies tocaban la mullida alfombra.

Tras una ducha rápida, miré el armario y me pregunté si Kristoff me despedirá si aparecía en un pantalón deportivo. Me burlé mentalmente. Probablemente. Así que seguí revisando opciones hasta que mis ojos se detuvieron en un vestido esmeralda hecho a la medida.

Verde como los ojos de Kristoff.

«Ganó el vestido», decidí. Cortesía del jefe multimillonario.

Mis dos pequeñas estaban vestidas, corrí por la casa terminando las maletas del fin de semana.

—Artículos de aseo, listos —repasé mi lista de pendientes—. Zapatos para jugar, listos. Libro, listo. Peluche favorito, listo.

—¡Kristoff! —exclamó encantada mi hija pequeña.

Fruncí el ceño, preguntándome por qué había pronunciado el nombre de mi jefe.

—Kristoff, no listo —murmuré entre dientes—. Aunque queremos tener un listo. Creo.

Las risitas y los chillidos de felicidad me hicieron abandonar mi lista de verificación. Bajé corriendo las escaleras y me detuve en seco. Kristoff estaba en mi cocina, con un aspecto impecable. Los hombros anchos llenaban su impoluto traje negro que se amoldaba a su cuerpo tonificado. Control. Precisión. Poder. Lo exudaba todo.

El corazón me dio un salto en el pecho. ¿Así serían nuestras mañanas si viviéramos juntos?

«No. No vayas allí, idiota».

—¿Qué haces aquí? —inquirí en su lugar, mirándolo sospechosamente—. ¿Cómo entraste?

—Lo dejé pasar —anunció Saoirse, sonriendo. Las expresiones de ambas chicas estaban llenas de alegría. También amaban a mi jefe. *Maravilloso.*

—Así es —asintió Kristoff—. Llamé a la puerta, ya que el timbre no funciona. —Sus ojos brillaron, probablemente recordando la conversación del timbre—. Saoirse me dejó entrar.

—*Oh.*

—Me gustaría llevar a tus hijas a la escuela y a ti al trabajo. —*Hmm,* muy presuntuoso.

Antes de que pudiera rechazar o aceptar, tanto Sierra como Sienna chillaron de alegría.

—¿En tu Land Rover? —indagó Sienna, que venía detrás de mí con su uniforme escolar y su mochila.

—¿Y si digo que no? —les dije a todos.

Las chicas fruncieron el ceño.

—¿Por qué harías eso? —Saoirse reflexionó, con las cejas fruncidas—. Siempre dices que no te gusta conducir.

Ah, mi pequeña traidora.

—¿Debería poner nuestras maletas de fin de semana en tu coche, Kristoff? —sugirió Sienna esperanzada—. Vamos a pasar el fin de semana con la abuela.

Su mirada de color bosque profundo permaneció clavada en mí. Mi vestido era del mismo tono que sus iris. Mi piel se erizó ante toda su atención. Hizo un recorrido por mi cuerpo, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Solo si tu madre dice que está bien. —Este hombre sabía cómo salirse con la suya. Jack tendía a decirle a las niñas lo contrario de lo que les pedía. Por supuesto, Kristoff no lo haría. *«Será un buen padre»*. El pensamiento me golpeó repentina y violentamente, seguido de una punzada de arrepentimiento.

No dudaba de que un día se casaría y tendría un heredero. Los hombres en su lugar solían hacerlo. Y de alguna manera la idea de que no sería conmigo me dolía.

—Sí, por favor. —Las tres chicas se dispersaron emocionadas, charlando entre ellas.

Me le acerqué, torciendo el cuello para sostenerle la mirada y situándome a su sombra.

—Quería pasar un rato contigo antes de que empezara el día —murmuró suavemente, rozándome la mejilla con los nudillos—. Aunque fuera en el coche.

Este hombre era todo lo que una mujer podría desear. Todo lo que quería.

* * *

Desde el momento en que llegamos a la oficina, la locura dio comienzo a la jornada laboral. Kristoff tenía concertadas conferencias telefónicas para todo el día. Kimberly y yo teníamos una larga lista de tareas que hacer, luchando por conseguir la información que Kristoff necesitaba antes de su siguiente llamada.

Ese hombre era una maldita máquina.

Apenas lo vi a lo largo del día y, a regañadientes, eso me hizo apreciar nuestro paseo matutino juntos. *No había nada* de ese hombre que no me gustara. Excepto por el maldito contrato.

Justo antes de la hora de comer, le serví otra taza de café y la llevé a su despacho. Estaba al teléfono. Hablando español. Maldita sea si no me pareció *sexy* cómo hablaba, como si hubiera nacido hablándolo, y me pregunté qué más no sabía de este hombre.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta para marcharme, no obstante, su mano me rodeó suavemente la muñeca, se la llevó a la cara y me besó suavemente la pálida vena. El calor me invadió y el corazón me dio un vuelco.

Articuló con la boca un silencioso *gracias.* Sonreí feliz por sus pequeñas muestras de afecto. No tenían precio y alimentaban mi corazón con sueños peligrosos. Le susurré:

—*De nada*.

Luego retiró su manos suavemente para volver a sus asuntos. Y yo a los míos, antes de convertirme en un charco bajo el toque de aquel hombre.

Apenas lo vi el resto del día. Pero *desgraciadamente* vi mucho a Samuel Jr., a pesar de que la oficina de su padre estaba en la planta baja, Junior no dejaba de llamarme con una pregunta tras otra. No podía decir que era molesto. Era sorprendentemente educado en nuestros encuentros, en lugar del coqueteo descarado del día anterior.

Justo cuando Kimberly se iba, Samuel salió del ascensor.

—¿Te vas temprano? —preguntó sonriendo.

—Sí, es mi aniversario. —Sus ojos se desviaron hacia mí, como si no estuviera segura de si debía dejarme a solas con Samuel.

Sonreí con seguridad.

—Que tengas un buen fin de semana —dije.

Entró en el elevador y la puerta se cerró tras ella.

—Hola de nuevo, Gemma. —Samuel Jr. caminó hacia mí con confianza. A diferencia de las maneras taciturnas y dominantes de Kristoff, Junior era guapo de una manera desenfadada y juvenil. Muy guapo. Excepto que un jefe posesivo en específico era el único hombre que quería.

Empujé firmemente ese anhelo de lo inalcanzable al fondo de mi mente.

—Hola de nuevo, Samuel —saludé—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Se apoyó casualmente en mi escritorio, con una sonrisa despreocupada en la cara. A diferencia de Kristoff, que siempre llevaba trajes oscuros, el de Samuel era gris claro con un diseño que parecía demasiado recargado, pero de alguna manera encajaba perfectamente con él y con su personalidad. Sin corbata. Camisa blanca desabrochada, revelando su pecho de bronceado.

Definitivamente un *playboy*.

—He venido a darte las gracias por toda tu ayuda hoy. —Ladeé una ceja, sorprendida, aun así, guardé silencio—. Ni mi padre ni yo habríamos podido cumplir con nuestros deberes hoy sin toda tu ayuda.

—Para eso estoy aquí —respondí insegura de adónde iba aquello. Era difícil sentirse cómoda con alguien que un día se mostraba indiferente y al otro seductor.

—¿Estás libre después del trabajo? —Sonrió, con todo su encanto juvenil. Ese era el hombre que conocí el día anterior. Antes de que pudiera responder, continuó—: He pensado que podríamos ir a tomar unas copas y podrías darme algunos consejos sobre cómo funcionan las cosas aquí. Un *happy hour* y luego quién sabe adónde nos lleve la noche.

Sacudí la cabeza con incredulidad. ¿De verdad esa técnica le había funcionado alguna vez? Lo triste era que probablemente sí. Todo lo que tenía que hacer era agitar su cartera y las mujeres probablemente cedían a todos sus caprichos.

«Algo así como Kristoff», repasé irónicamente. Y por desgracia, cuando se trataba de Kristoff, estaba incluida en el grupo de mujeres que lo adulaban. Abrí la boca, a punto de rechazarlo, cuando la voz de Kristoff llegó desde detrás de mí.

—Gemma trabajará hasta tarde hoy.

Su voz me produjo un gélido escalofrío. Levanté la vista y me encontré con la mirada de mi jefe clavada en Samuel, y si las miradas pudieran matar, estaba segura de que Samuel llevaría mucho tiempo muerto. Quién sabía, quizá también estaría muerta. Porque Kristoff me observaba con la misma frialdad.

—Gemma, ¿tienes los documentos que necesito?

La frustración por su tono brilló en mi pecho. Esperé tres latidos antes de responder.

—Así es. —Le entregué la carpeta y me giré hacia Samuel—. Pásalo bien. Quizás otro día —dije.

No debería haber añadido lo último. Sin embargo, la rebelde en mí odiaba que Kristoff transfiriera su tono frío de Samuel a mí.

—Otro día será —expresó Samuel, con una amplia sonrisa—. Que tengas un buen fin de semana, Gemma. —Sus ojos se desviaron hacia Kristoff y supe que sus siguientes palabras podrían hacerlo estallar—. No la hagas trabajar demasiado y hasta muy tarde, *jefe.*

Me ardió la cara ante la insinuación. Samuel no sabía que me acostaba con mi jefe. Era imposible que lo supiera.

—Preocúpate por tu trabajo. —Fue la seca respuesta de Kristoff, con el cuerpo como una

estatua de hielo.

—Que tengas un buen fin de semana, Samuel. —Terminé la conversación, despidiéndolo.

Kristoff se comportó como un maldito cavernícola y un imbécil.

La puerta del ascensor se cerró detrás de Samuel con un suave pitido, dejándome a solas con Kristoff en una oficina tan silenciosa como un cementerio. Sin decir nada más, se alejó de mí y volvió a su oficina. Dejó la carpeta, así que supuse que quería que se la llevara.

—Cavernícola —murmuré.

Tomé la carpeta y lo seguí hasta su despacho.

—Aquí están los documentos que necesitabas. —Se los puse adelante, sobre su escritorio de caoba.

Ningún reconocimiento. Ni siquiera una mirada. Fue su rechazo.

La ira se apoderó de mí. *Dejarlo. O llamarle la atención.* El día había empezado tan bien y se tuvo que comportar como un gruñón.

—¿De qué se trató eso? —solté, incapaz de contenerme.

Levantó la vista de su documento y se reclinó en la silla. Se aflojó la corbata, se le notó la tensión en los hombros y en sus ojos relumbró el enfado. El silencio se hizo tan ensordecedor que tuve que luchar contra el impulso de moverme. Pero me negué a acobardarme.

—Dímelo tú, Gemma —bramó bruscamente, entrecerrando los ojos hacia mí.

La ira me quemaba en el pecho y me negaba a guardármela. Mantuve mi furia y amargura durante todo mi matrimonio y eso no me llevó a ninguna parte.

—Sea cual sea tu problema, suéltalo —reviré.

Apreté los dientes mientras esperaba su respuesta, el silencio se extendía entre nosotros. Pesado y lleno de fantasmas.

—¿Estuviste ocupada todo el día? —Su voz tenía un toque de ira. Sin saber a dónde quería llegar, me puse nerviosa. Su comportamiento era tranquilo, pero había un volcán gestándose en su interior. Podía saborearlo y sentirlo como si fuera mío.

—Sí, estuve ocupada —repliqué. Tenía los ojos secos como ginebra, aunque en el fondo brillaba el tono esmeralda—. Tanto Samuel padre como hijo tenían preguntas, así que me interrumpieron continuamente.

—Hay que sentar muchas bases para que la empresa tenga éxito.

Desconcertada por el cambio de tema, esperé a que diera más detalles. No lo hizo.

—Estoy segura de que lo conseguirás —comenté—. Nunca fracasas en nada.

Una sonrisa tensa. Sin palabras. Su cuerpo tenso. Su rostro frío y distante. Echaba de menos su calor. Quería sus brazos a mi alrededor.

Sin embargo, no se lo pediría. No le rogaría.

—Se acercan nuestros dos meses —pronunció. Me obligué a mantener los ojos fijos en el rostro de Kristoff, con la respiración entrecortada. Sabía que en algún momento volveríamos a hablar del contrato. Las semanas pasaban demasiado rápido. *«No estoy preparada»*, quería gritar. Aun así, permanecí en silencio.

¿Era esa la razón por la que estuvo caliente y frío conmigo toda la semana? Tendría sentido si lo fuera. No era el tipo de hombre acostumbrado al rechazo. Excepto que no lo rechacé. Lo quería, le di mi cuerpo y mi corazón. Continuaría dándoselo si dejaba que eso entre nosotros siguiera su camino natural. *Sin contrato.*

—¿Nada que decir? —Su voz goteaba algo amargo.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunté, con las manos apretadas en puños y las uñas clavadas en mis palmas.

—Parece que ya has seguido adelante —siseó, y sus palabras me pusieron tensa. Su mandíbula se flexionó con rabia o enfado, no sabría decirlo. Su tono era frío y despiadado, el mismo que utilizaba en sus negociaciones. ¿Quizás solo era un negocio para él?—. No tardaste mucho.

El dolor y la amargura me sabían ácidos en la boca. En mi interior se encendió una profunda irritación por haber permitido que me tratara así. Si bien amaba al hombre, me molestaba su comentario y cómo me hacía sentir.

—¿Cómo te atreves? —protesté, dolida por su insinuación. Esa misma mañana nos había recogido a las niñas y a mí para pasar un rato conmigo antes de que empezara la jornada laboral. ¿Y en este momento se comportaba de esa manera?

—Esta es mi empresa. Así que sí, me atrevo si estás coqueteando con otro personal en horario de trabajo. Y *Junior*… —escupió la palabra—. Forma parte de ese personal.

—Eso es hipócrita viniendo de ti —solté, con las manos y la voz temblorosas de rabia. Me aparté el cabello de la frente y me lo coloqué detrás de la oreja—. Explícame cómo te diste cuenta de que estaba coqueteando con él.

—Admitiste pasar la mayor parte del día con él. Junior te mira embobado, quiere salir contigo. Y estás alentando sus avances.

Paralizada por sus palabras, me quedé mirándolo estupefacta. Ni siquiera pude dignarme a contestar. No encontraba las palabras, excepto *maldito idiota*. Tal vez una bofetada por pensar que podía hablarme así.

Porque a pesar de su ira, no me preocupaba que me devolviera el golpe.

—Eres *mi* asistente, no suya. —Sus ojos brillaron con algo oscuro, su mandíbula se tensó. Mas fue su voz la que me afectó. Un tenor frío que me recorrió con un escalofrío, helándome el corazón—. No tenías por qué hablar con él. ¿Es esta la razón por la que te niegas a firmar el contrato?

—¡Me niego a firmarlo porque está mal! —exclamé, con voz amarga—. Firmar ese contrato no me hace mejor que una vulgar prostituta.

—Ese era nuestro trato. —Su voz era profesional e indiferente. No negociable—. Dos meses de período de prueba. ¿Firmarás o no el contrato?

Con los ojos muy abiertos sobre él, guardé silencio antes de que algo de lo que me arrepentiría pasara por mis labios. Aunque la ira se cocinaba a fuego lento dentro de mí.

—No será diferente de lo que estamos haciendo ahora —continuó su argumento—. Ya estamos follando. A menos que pretendas cambiarlo y cogerte a Junior ahora.

Si me hubiera dado un puñetazo, me habría dolido menos que sus palabras. Kristoff se llevó mi corazón, mi cuerpo y mi alma, a diferencia de Jack, quien nunca tocó mi alma y tuvo una fracción de mi corazón hasta que lo perdió para siempre.

Di tres pasos hacia él y, antes de que pudiera procesarlo, mi mano voló por el aire, aunque no llegó a tocar su mejilla. Sus dedos se enroscaron alrededor de mi muñeca, con un agarre firme pero suave. Y odié cómo mi piel se calentaba bajo su contacto.

—Eres un error —siseé—. Nunca debí permitir que me tocaras. —Me llevé la mano libre al cabello, tirando de él—. Qué estúpida. ¡Soy una maldita estúpida!

Estúpida por haber esperado algo más con él. Estúpida por gustarme. Y definitivamente estúpida por amarlo.

Entrecerré los ojos y me molestó que pareciera tan tranquilo e imperturbable. Debería haber sabido que toda esa maldita ternura y afecto eran falsos. Probablemente era su estrategia para hacerme firmar su estúpido contrato.

«No parecía falso», susurró mi corazón. Mi estúpido corazón traidor.

Siempre supe que acabaría. Estaba preparada para ello, pero realmente no pensé que terminaría así. Con palabras tan crueles.

—He sido abierto sobre nuestro acuerdo todo el tiempo. —Kristoff no levantó el tono, sus palabras se burlaban de mí. Había visto de primera mano lo despiadado que era cuando negociaba, así que en realidad no debió sorprenderme—. Aquí no hay sorpresas. Necesito un contrato firmado o puedo trasladarte a otro departamento de mi empresa. —Así, como si fuera un mueble—. A menos que tengas la intención de follarte a Samuel...

Su frase incompleta quedó entre nosotros como un juicio contra mí. Me hirvió la sangre de rabia y dolor por lo que significaba. Arranqué el brazo de su agarre.

—Nunca te he dado una razón para que pienses que fuera infiel —dije con frialdad. Con cada segundo que pasaba en silencio, mi ira hervía con más fuerza—. ¿Sabes qué? ¡Vete al maldito infierno! No necesito esta mierda otra vez después de lo de mi esposo. Y yo que te imaginaba *mejor*. Puedes llevarte ese contrato y arder en el infierno con él. No te quiero volver a ver jamás.

Con el teléfono aún en la mano izquierda, salí furiosa de su despacho, sin molestarme siquiera en agarrar el elevador. No podía quedarme ni un segundo más en el mismo edificio que él. Bajé las escaleras a toda prisa, dando dos pasos cada vez. Y con los estúpidos tacones que Kristoff prefería.

Debería haberle tirado los jodidos zapatos. Los llevaba por su maldito contrato. Prefería zapatos sin tacón.

Sus palabras seguían resonando en mis oídos. *«A menos que tengas la intención de follarte a Samuel. A menos que tengas la intención de follarte a Samuel»*.

Mi primera discusión con Kristoff y tenía que ser una gran explosión. Aunque siempre intuí que lo sería. Sí, su exesposa lo engañó, pero yo no era ella. Ni siquiera me pasó por la cabeza. Incluso con Jack y todas sus infidelidades, nunca había engañado a mi difunto marido.

Dios, sabía que Kristoff estaba dañado, pero eso podría ser irreparable. Si bien tuve mi cuota de dolor en mi matrimonio, me gustaría pensar que estaba mejor preparada que Kristoff. Este hombre estaba al borde del control y la paranoia.

Aunque la mayor parte del tiempo me encantaba y ansiaba su control, no me gustaba que me llamara infiel. Las palabras y las dudas de Kristoff dolían. Más que nada.

¡Guapísimo imbécil! Si supiera lo mucho que ansiaba su tacto, probablemente lo usaría contra mí.

Atravesando el vestíbulo de W&W, controlé mis emociones. No necesitaba que toda la empresa hablara de mi crisis.

Empujé la puerta y salí a la calle, con una ligera brisa agitándome el cabello. Un nudo en la garganta me atrapó, pero las lágrimas no brotaron. Quizá ya las había gastado todas en mi vida.

«Hiciste tu cama, Rayito de Sol». Mi madre siempre me llamaba Rayito de sol. «*Ahora debes acostarte en ella»*.

Mi personalidad no se parecía en nada a la del sol. Tal vez era solo su sol. Sin embargo, tenía razón. Hice mi cama. Las dos malditas veces. Me casé con Jack porque me sentía sola y quería una familia. Entonces ocurrió el embarazo y pensé que seríamos una unida. ¡Qué broma resultó ser!

Y Kristoff... maldición. Otra vez, la soledad y la nostalgia. Te metía en problemas cada jodida vez.

Debería haberlo visto venir a kilómetros. Lo que pasó allí era solo el principio. El pasado de Kristoff lo había marcado, igual que el mío lo había hecho conmigo. No dejaría que me volviera

a pasar, por mucho que me doliera dejarlo. Esta vez tenía que protegerme antes de que fuera demasiado. Aunque no podía permitirme el lujo de renunciar a un trabajo en su empresa, me alejaría de *él*. Aceptaría su oferta y me trasladarían a otro departamento.

Fue un buen sueño mientras duró. Sin embargo, no me quedaría lo suficiente para verlo convertirse en una pesadilla de celos.

Capítulo Cuarenta Y Cinco



Kristoff

Tardé exactamente diez latidos en darme cuenta de lo imbécil que fui y precipitarme tras Gemma. Los celos por ella me habían convertido en un maldito monstruo. No me agradaba; ella no se lo merecía. Excepto que saber que podía tener algo mucho mejor que yo me convertía en un débil.

Me acercaba a los cincuenta y había perdido la maldita cabeza. Ni siquiera encontrar a mi mejor amigo en la cama con mi exmujer me impactó así. Mis pensamientos se desviaron hacia el pasado.

Las ametralladoras y las bombas caían en ráfagas a su alrededor. Emboscada. Caímos justo en ella. Me quedaba solo un día más de servicio y estaría fuera. Un jodido día más.

Los gritos llenaban el aire. El olor a sangre invadió mis pulmones. El sol caliente del desierto me abrasaba la piel, junto con las llamas del recinto que se quemaba.

Mis ojos recorrieron la zona, la muerte me rodeaba. Se suponía que nadie conocía ese lugar. Nadie excepto nosotros. Sin embargo, allí estábamos. Siendo atacados por el enemigo.

Me dirigí hacia mis hombres, acorralados, devolviendo los disparos al enemigo que se les acercaba. La arena del desierto me pesaba bajo las botas. El sudor resbalaba por mi espalda. Pero mantuve el control. No podía permitirme perderlo.

Otra fuerte explosión. Mis rodillas cedieron y caí. Sacudí la cabeza, tratando de despejar el fuerte zumbido en mis oídos. No sirvió de nada.

Parpadeando, me concentré en los sentidos que funcionaban. Mi vista.

Fue entonces cuando lo vi. Byron sangrando, su camisa carbonizada, al igual que la piel de su espalda. ¡Demonios!

Ignorando el dolor de mis oídos y de mi cuerpo, me arrastré sobre mis piernas. Levanté mi arma y empecé a disparar al enemigo. Apuntaba a matar, no a herir. Me importaba una mierda si los atrapábamos vivos o muertos, mientras los hombres bajo mis órdenes sobrevivieran.

Tres hombres rodearon a Byron. Agarró la pistola que tenía a su lado, a pesar del dolor que tenía que sentir. Disparé a un hombre. Él disparó al otro. Ambos disparamos al tercero.

Manteniéndome alerta de nuestro alrededor, alcancé a Byron. El olor a carne quemada era algo que nunca olvidaría. Manchó mis pulmones.

—Maldición —gruñí, agachándome.

—No creo que salga de esta —refunfuñó con expresión de dolor.

Le di la vuelta para que la arena no le rozara la carne quemada.

—¡Lo harás! —exigí—. Vamos a largarnos de aquí. Para que puedas cuidar de tu hermana y tus hermanos.

—Royce y Winston cuidarán de Aurora. —Sus ojos vidriosos y vacíos me observaban fijamente, pero no me veían.

Comprobé la señal y el transpondedor.

—El helicóptero está en camino —le aseguré—. Mantente con vida. Es una orden, ¡maldita sea!

Lo levanté, me lo eché al hombro y empecé a soltar órdenes a mis hombres.

—Vayan a terreno más alto. Viene el helicóptero.

Apenas salimos vivos. No perdí a ningún hombre, pero algunos salimos con cicatrices.

Durante tres días, estuve en el hospital, checando a mis hombres. Luego dormí en el asiento junto a la cama de Byron. En los últimos años, nos habíamos vuelto cercanos. Nos hicimos amigos. Le fallé. Carajo, le fallé a todo mi equipo.

Las pruebas me miraban fijamente. Ampollas en la espalda de Byron. Su piel pelada.

—¿Por qué sigues aquí? —Byron no movió la cabeza, su voz ronca. De gritos. De gruñidos. De maldiciones.

—No tengo otro lugar dónde estar.

—Maldito mentiroso —agregó—. Se supone que deberías estar teniendo un coño ahora mismo.

Me encogí de hombros, aunque no podía verme.

—Puede esperar.

La verdad era que no echaba de menos a Jacqueline. El matrimonio había sido el siguiente paso natural, ambos pertenecíamos a los mismos círculos sociales y el sexo estaba bien, así que nos casamos.

—Las buenas mujeres suelen esperar —siseó Byron mientras se daba la vuelta.

Me puse en pie de un salto.

—¿Quieres que te ayude a ponerte más cómodo?

—¡Joder! —protestó.

Antes de que pudiera darle la vuelta, la enfermera se acercó corriendo y me regañó. Inmediatamente se hizo cargo de Byron, sujetándolo con su pequeño cuerpo y moviéndolo de un lado a otro. Su cabello pelirrojo me recordaba a las llamas y, de algún modo, me resultaba irónico dadas las quemaduras de Byron. En realidad, me recordaba a mi prima.

—Aquí. —Ofreció—. Déjame ponerte cómodo.

Tardó un minuto, luego, satisfecha de que estuviera bien, se dio la vuelta y nos dejó sin decir ni una palabra más.

—Es hora de que dejes el ejército —añadió.

—¿Acaso quieres mi posición? —bromeé.

Se encogió de hombros.

—Puede ser. De cualquier manera, has terminado con esto. Tienes una esposa. Un bebé en camino. No te quedes atascado en este agujero de mierda y te arriesgues a perderlo todo.

Excepto que no me apetecía mucho volver con mi esposa. Con el bebé en camino, sí. Pero Jacqueline, no. Las raras ocasiones en que se dio tiempo para hacer video llamada eran incómodas y forzadas. Solo destacaba lo poco que teníamos en común.

Tardé treinta y seis horas y tres vuelos diferentes en volver a D.C., solo para encontrar a mi esposa en la cama. Con mi mejor amigo. Ambos profundamente dormidos.

No fue una furia cegadora lo que me llenó. No fue una furia roja. Era mi maldito orgullo y el cansancio lo que me tenía enfadado por no poder recostar la cabeza y descansar. Solo por un maldito día.

Arranqué las sábanas de un tirón, esperando que cayeran de la cama junto con ella. Aunque no fue así.

—Y yo qué pensé que les daría una sorpresa —ironicé, con voz fría. La sorpresa y el asombro llenaron sus ojos mientras se agarraban a una sábana para cubrirse—. Qué bonito que me hayan sorprendido.

No me importó que fuera de madrugada cuando los eché a ambos. Pero primero le di un par de puñetazos a Jonathan.

Aquello ni se comparaba con los celos que sentía cuando veía a Samuel Jr. cerca de Gemma. Esos celos se sentían como lava caliente corriendo por mis venas. Me hizo ver rojo. Sabía muy bien que lo miraba con cara de *tócala y te mato*.

Tenía la cláusula de no desapego emocional incluida en el contrato. Y allí estaba. Completamente enamorado.

Su cabello oscuro le caía por la espalda, y sabía lo suaves que eran esos mechones en mis dedos. Sus ojos gentiles. Sus labios carnosos. Su cuerpo suave. La forma de sus caderas y sus estremecimientos, que acogían mis embestidas a la perfección. ¡Y sus sonrisas! Dios mío, me daban ganas de cegar a cualquier hombre que viera sus hermosas sonrisas. Eran solo para mí. Y sus hijas.

Sacudí los hombros, intenté alejar mi naturaleza obsesiva y posesiva antes de perderla. *Mantenerla conmigo*. Se había convertido en mi único objetivo. *Hacerla mía.*

Apreté los dientes, enfadado conmigo mismo por haber dejado que me afectara así. Todo era culpa de Junior. Debería despedir al hijo de puta a pesar de que era inteligente.

Solo que no lo suficientemente listo para mantener la distancia con mi mujer.

Demonios. Mi mujer. No era de los que compartían y Gemma era toda mía.

Junior debía tener ganas de morir, por la forma en que seguía llamándola y se entrometía en su espacio personal. Tenía que deshacerme de él y todo volvería a la normalidad.

Excepto por el maldito contrato.

Necesitaba que lo firmara. Para conseguir su compromiso. Joder, tal vez podría convencerla de firmar un certificado de matrimonio.

Entonces me vino a la mente la mirada furiosa que me dirigió antes de marcharse enfadada.

Sí, no lo aceptaría.

Estaba dispuesto a ofrecer mi fortuna para que se casara conmigo y aceptara el contrato definitivo que la uniría a mí para siempre. Salvo que Gemma debía de ser la única mujer del planeta que se negaría a casarse por culpa de mi fortuna.

Reto aceptado. Después de todo, la estrategia era mi punto fuerte.

Capítulo Cuarenta Y Seis



Genevieve

Me quedé en la calle sin saber adónde ir ni qué hacer. Una lágrima de rabia rodó por mi rostro y fue como si se abriera una compuerta. Probablemente mi aspecto era tan desastroso como el de mi hija de dos años cuando lloraba.

Caminé sin rumbo, sin apenas ver por dónde iba. Las calles estaban llenas de gente preparada para el fin de semana. Me lanzaron algunas miradas curiosas, pero las ignoré. La discusión con Kristoff se repetía en mi mente.

«Necesito un contrato firmado». Era un contrato para él. Nada más y nada menos. Tal vez si no sintiera nada por él, sería capaz de evaluar sus palabras racionalmente. En cambio, esto dolía demasiado. No había ninguna maldita posibilidad de que firmara ese contrato. Estaba protegiéndolo tanto a él como a mí misma. Destruiría su vida cuidadosamente construida si mi secreto salía a la luz. Y relacionarme oficialmente con él abriría la puerta a que extraños indagaran en mi pasado.

Levanté la cabeza hacia arriba para ver que las nubes se volvían grises. El cielo se abrió y la lluvia atravesó entre las nubes, a juego con mi estado de ánimo. Nada mejor para un día deprimente que mis emociones coincidieran con el clima. Si al menos hubiera conducido hasta el trabajo.

Caminando sin rumbo, la lluvia empapaba mi ropa y mi piel. El corazón me dolía bastante. Aun así, la vida seguía. Sin importar nada. Igual que esta ciudad. No había muchos acontecimientos que detuvieran el bullicio de la vida en ese lugar. Coches tocando la bocina. Gente corriendo a su destino.

Me detuve y miré a mi alrededor. Estaba a unas manzanas de W&W. El centro comercial con el Museo Nacional de Historia frente a mí. Mis padres solían llevarme allí todo el tiempo. Era gratis. También lo eran los recuerdos que me abrumaban. Mamá y papá tomados de la mano con sonrisas felices y amor en sus caras.

¿Era mucho pedir? ¿Por qué era difícil encontrar algo tan sencillo?

Me quedé de pie frente a los escalones, con las manos envueltas a mi alrededor.

«Gemma, deja de soñar despierta. Mantente cerca». La voz de mi madre resonó en mi cabeza. Siempre me llamaba soñadora. ¿Fue eso lo que me metió en este lío? Soñar despierta. La esperanza.

Me cayeron gotas en los labios y las lamí. Sabían saladas. Lágrimas mezcladas con lluvia. Me limpié la nariz con el dorso de la mano. Al menos la lluvia de verano no era fría. Tenía que ver los aspectos positivos. Si quiera ese fin de semana tendría un respiro y me recuperaría.

Al diablo con Kristoff y sus ardientes caricias. Podría vivir sin ellas, justo después de llorar a moco tendido.

Empapada por la lluvia, me giré hacia la calle y fui a levantar la mano para hacerle señas a un taxi. Me quedé paralizada. Mierda. Había dejado la bolsa en la oficina. Resoplé y clavé los ojos en el teléfono. Cinco llamadas perdidas. Todas de Kristoff.

Volver a la oficina estaba descartado. No quería ni verlo ni hablarle. Todavía no. Necesitaba llorar a gusto y dormir bien por la noche antes de templar el corazón y recuperar fuerzas para enfrentarme a mi jefe.

Las gotas de lluvia caían sobre mi cara mientras me debatía sobre qué hacer.

Luego, con un fuerte suspiro, llamé a Rick. Me enfrentaría a un millón de preguntas, pero era

una alternativa mejor que Betty. Ella me interrogaría hasta la muerte y luego posiblemente decidiría abordar a Kristoff personalmente.

—Por favor, contesta —murmuré en voz baja, esperando que Rick no hubiera abandonado aún la ciudad.

—Hola, chica. —La voz de Rick llegó a través del teléfono. Se me escapó un suspiro.

—Hola. —Mi voz salió estrangulada, así que me aclaré la garganta. No actuaría como si tuviera el corazón roto—. Hola. —Intenté de nuevo, insertando algo de alegría en mi tono.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Por qué asumes que algo está mal? —Pretendí bromear, aunque fracasé estrepitosamente.

—Porque te conozco desde hace mucho tiempo —respondió—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. —Me maldije—. Necesito un favor. Por favor.

—Cualquier cosa. Nómbralo.

—¿Podrías recogerme, por favor? —pedí—. Dejé el bolso en la oficina, así que no tengo dinero para un taxi. —Omití la parte en la que Kristoff me había recogido para llevarme al trabajo y vivía muy lejos de él.

—Dime dónde estás. —Sin preguntas, sin juicios, sin consejos. Por eso amaba a Rick.

—Estoy frente al Museo Nacional —informé—. Gracias, Rick.

—Claro. —Su voz era firme—. Estoy saliendo por la puerta mientras hablamos. Estaré allí en cinco minutos.

Pulsé el botón de apagado del teléfono y observé a mi alrededor. No había mucha gente, ya que solo los idiotas como yo se quedaban bajo la lluvia. Al notar un banca vacía, me acerqué para sentarme, agotada. Fijé mi vista adelante de mí, sin mirar realmente nada.

Me pregunté a mí misma «*cómo era posible que un día que había empezado tan bien se convirtiera en una mierda*».

—Gemma. —La voz de un hombre me hizo girar la cabeza en su dirección.

—Rick. —Me levanté de un salto. Caminó hacia mí con pasos firmes y apresurados.

—Jesucristo. —Respiró pesadamente—. Estás empapada hasta los huesos. Te he estado llamando.

Intenté sonreír, aunque sospechaba que había fracasado estrepitosamente.

—Lo siento, no te escuché.

Se quitó la chaqueta y me envolvió con ella.

—Ven, vamos a llevarte a casa.

Me puso la mano en el hombro y me empujó suavemente hacia su coche, que estaba en medio de la carretera, con la puerta del conductor abierta de par en par y el motor en marcha.

—Debes de tener muchas ganas por tener un coche nuevo —comenté, con un escalofrío calándome los huesos y el castañeo de mis dientes—. Dejar la puerta del auto abierta es básicamente una invitación a que te roben el vehículo.

Puso los ojos en blanco.

—Lo recordaré para cuando quiera un auto nuevo. —Me senté en el asiento del copiloto y, antes de que pudiera ponerme el cinturón, se inclinó sobre mí y me lo abrochó.

Se apresuró, se sentó en el asiento del conductor y puso en marcha su BMW M5 negro.

—¿Quieres que te lleve a la oficina por tu bolso? —preguntó.

Debería. Necesitaba mi bolso y mi cartera. Sin embargo, no quería tentar a la suerte encontrándome con Kristoff.

—No, gracias.

Con una inclinación de cabeza, aceleró por la calle, tomando la ruta más rápida para salir de

la ciudad. Miré fijamente a mi alrededor mientras los edificios y la ciudad se desdibujaban a mi lado. El calor empezaba a calmar el frío en mis huesos.

—Dime, ¿qué ha pasado? —inquirió, preocupado—. Pareces un maldito desastre.

—Vaya, gracias —murmuré secamente—. Por favor, reparte más cumplidos.

Bajé la vista. Mi vestido verde se me pegaba al cuerpo, empapado, y el contorno de mi sujetador *push-up* se asomaba a través de él.

«Al menos era del mismo color», reflexioné en silencio.

Mi cabello estaba tan mojado que las gotas de agua caían sobre la chaqueta del traje de Rick empapándola lentamente. Necesitaba una maldita toalla. Sabía que se había dado cuenta de que no contesté su pregunta, aunque por suerte no hizo otra. Sabía que no lo haría. Por eso lo llamé a él, no a Betty.

A toda velocidad por la autopista, me quedé observando por la ventana. Estaba lista para meterme en mi cama y dormir lo que quedaba del día. El día siguiente sería uno mejor. Sin Kristoff.

—¿Mejor? —Rick preguntó, interrumpiendo mis pensamientos.

—Mucho mejor. Gracias.

Me miró, con preocupación en sus ojos oscuros, y luego volvió a centrar su atención en la carretera.

—¿Debería conseguirnos algo de comer?

Me encogí de hombros.

—No tengo hambre. Pero si tú quieres, adelante.

—Deberías comer algo —insistió. Mi madre siempre pensó que comer también lo solucionaba todo. Tal vez esa era la razón por la que quería tanto a Rick.

—Lo haré —dije—. Cuando llegue a casa, lo prometo.

—¿Las chicas pasarán el fin de semana con la abuela? —inquirió.

—Sí. —*Gracias a Dios*. Necesitaba una noche para recuperarme de mi Kristoff-coma. Y luego sería valiente, como si nada estuviera mal. Al igual que había puesto una cara valiente durante mi matrimonio con Jack, ocultando mi angustia delante de las chicas.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, con las melodías graves de Frank Sinatra sonando en el equipo de música.

—Aquí estamos. —Rick se detuvo en mi camino de entrada y salió.

No quería compañía en ese momento. Rick ya había visto bastante de mi mierda con Jack. Me abrió la puerta del coche, lo tomé de la mano y salí de su coche.

—Gracias por recogerme —repetí. Me acerqué a la puerta del garaje y pulsé mi PIN en el teclado para que abriera—. No hace falta que te quedes —aseguré, sonriendo. Aunque parecía que se me había hecho un nudo en la garganta. Dios, a veces odiaba las emociones. Sería mucho más fácil no sentir nada.

Haciendo caso omiso de mi comentario, Rick me siguió a través del garaje hasta el interior de mi casa.

—No hace falta que me des las gracias —respondió simplemente—. Somos familia.

Tragué saliva. A veces era más sencillo cuando la gente era idiota. Era más fácil combatirlo con ira. Mas cuando alguien era amable, era más difícil mantener la compostura.

Las manos de Rick se posaron en mis hombros y me giró hacia él. Nuestros ojos conectaron y me tembló el labio. Maldito labio. Sin decir nada más, me abrazó con fuerza y me aplastó la cara contra su pecho.

—Tan estúpida —murmuré contra su camisa, intentando contener las lágrimas. Fui tan

estúpida que dejé que mi jefe me afectara así. Las señales de advertencia estuvieron ahí todo el tiempo.

—No deberías estar sola ahora. —Su boca se movió contra mi cuero cabelludo. Sus manos me frotaron suavemente la espalda, con un movimiento tranquilizador, que no hizo más que empeorar las cosas. Tuve que luchar contra el impulso de sollozar como un bebé. Me arrulló como a un niña, como si percibiera el inminente ataque de llanto.

—Está bien —me susurró suavemente en el cabello—. Solo déjalo salir.

Empujé suavemente contra él. No lloraría; me negaba a hacerlo por un hombre que pensaba tan poco de mí y me acusaba de engañarlo. Sí, podía ser tierno, cariñoso y dulce. Sí, su toque me quemaba la piel y me convertía en una adicta. Pero no lloraría.

—¿Quieres cenar con nosotros? —Rick indagó, su intento poco sutil.

Sonreí, negando con la cabeza.

—Esta noche no. —Me incliné más hacia él y lo abracé—. Buenas noches.

Agachó la cabeza y me besó la mejilla.

—Recuerda, si me necesitas, llámame.

Lo acompañé a la puerta y observé desde el porche cómo entraba en su coche y se marchaba, dejándome sola con la casa vacía y el silencio. El silencio era tan poco característico de nuestra casa que casi resultaba espeluznante. Al menos aquí afuera escuchaba ladrar a un perro a lo lejos y las olas chocar contra la orilla.

Había dejado de llover y el olor a tierra mojada perfumaba el aire, junto con el olor a pescado de la bahía. Pero era mi hogar. Igual que la pequeña casa de mi madre siempre fue un hogar para ella. Aunque el olor del mar Adriático era difícil de comparar con el de Chesapeake Bay.

Fui en busca de mi teléfono para llamar a las chicas y checar como estaban. Busqué en la cocina, luego en el pasillo y en el porche. Acabé buscándolo por toda la casa, incluido el piso de arriba, aunque sabía que el móvil no podía estar allí porque lo tenía en la mano cuando entramos.

¿No?

«Al diablo», pensé, y me dirigí al teléfono de casa, que hacía siglos que no utilizaba. Con suerte, aún recordaba cómo marcarlo.

—Mierda, ¿cuál es su número? —murmuré para mis adentros, intentando recordar los dígitos. Fallé la primera vez. Y la segunda. Por fin acerté al tercer intento.

«Tal vez eso se aplicaba también a los hombres», pensé irónicamente mientras escuchaba sonar la línea.

—¿Hola? —Su voz era vacilante, como si no estuviera segura de quién era. Probablemente lo estaba, ya que llamé desde la línea de casa.

—Hola —saludé, forzando la alegría en mi voz.

—¿Gemma? ¿Eres tú? ¿Conseguiste un nuevo número de teléfono?

Suspiré.

—No, no lo hice. No encuentro mi móvil, así que llamo desde el teléfono de casa.

Se rio entre dientes.

—No me extraña que Sienna dijera que no podía contactarte.

La alarma se disparó a través de mí.

—¿Está todo bien?

—Sí, sí. —Tranquilizó rápidamente—. Queríamos llamar y preguntar si las chicas podían quedarse toda la semana que viene. Ya que las vacaciones de verano han comenzado oficialmente. Queríamos ver qué te parecían unas minivacaciones a Florida.

—De acuerdo —cedí—. Les encanta tu casa en Florida.

Un fuerte chillido resonó en la línea.

—¡Gracias! —exclamó. Luego su voz se amortiguó—. Niñas, mamá dijo que sí. Empaquen, volaremos mañana.

Los quince minutos siguientes estuvieron llenos de risitas y estallidos de excitación por parte de todas ellas. Sienna se preocupaba por el traje de baño perfecto. La típica adolescente. Saoirse y Sierra se preocupaban por los juguetes de playa.

—La abuela se encargará de que tengan juguetes de playa —aseguré por quinta vez—. Y cuando construyan el castillo de arena, recuérdenle que tome una foto y me la envíe.

Más risas. Besos enviados a través la línea y terminaron conmigo, más preocupadas por su aventura. Tampoco las culpaba.

Tras una ducha rápida, me puse una larga y suave bata de dormir que me llegaba hasta las rodillas y me metí en la cama, ansiosa por descansar. Dejar de pensar y de sentir. Aunque por muy cansada y agotada que me sintiera, tanto emocional como físicamente, el sueño no me encontraba.

Me tumbé en la cama sin poder dormir, mirando al techo oscuro y abrumada por los pensamientos de lo que había pasado ese día.

¡Dos meses!

Eso fue todo lo que necesité para que Kristoff me consumiera por completo. Se había colado en mi corazón y en mi alma, y se había grabado en cada fibra de mi ser. El anhelo de ser objeto del afecto crudo e intenso de Kristoff.

¿Demasiado pedir? Probablemente.

Jalando las sábanas sobre mí, me volteé al costado, la cama era demasiado grande para una sola persona. Mi hija pequeña siempre se metía en ella a mitad de la noche, y algo me golpeaba en el pecho al saber que estaría vacía toda la noche.

Soledad.

Nunca me había molestado tanto como esta noche. Volví a moverme, concentrando mi mente en el rítmico sonido del ventilador. «*No pienses. No pienses*».

Me moví de nuevo, esta vez de espaldas. Era inútil. El sueño no me encontraría. Me puse de pie y bajé las escaleras hasta la sala. Agarré el control remoto, encendí la televisión y me tumbé en el sofá.

Miré el Canal 5, intentando concentrarme en el programa, pero fui incapaz de procesar una sola palabra porque mis pensamientos estaban dispersos por todas partes. Principalmente en torno a cierto hombre alto con cabello oscuro que me hacía sentir viva.

Con un suspiro, silencié el televisor. Dejé que los pensamientos sobre Kristoff invadieran mi mente. No había conseguido mantenerlos a raya. El asqueroso multimillonario cuyo tacto me quemaba la piel como un cable caliente que se había arraigado en cada fibra de mi ser.

Reconocí este sentimiento; en él había anhelo.

Yo lo anhelaba.

Capítulo Cuarenta Y Siete



Genevieve

—Quiero tu total sumisión, Gemma.

Kristoff me susurró al oído, su boca rozándolo y su duro cuerpo apretándose contra el mío. Todo aquello parecía el paraíso. Me besó por el cuello hasta morderme suavemente la clavícula, provocándome escalofríos.

—Dime que eres mía. —Su aliento caliente iluminó mi piel.

—Sí. —Mi voz era apenas un susurro. Su colonia característica invadió todos mis sentidos. Mis dedos empujaron su cabello, tiré de las hebras para acercarlo a mí. No podía saciarme de él.

—Dime que eres mía —exigió posesivamente.

Me esforcé por abrir los párpados. No quería dejar de sentirlo tan cerca de mí.

Bang. Bang. Bang.

Intenté mover la cabeza para comprobar el ruido, pero la boca de Kristoff tomó la mía en un duro beso. Y todo lo demás se desvaneció.

Otro golpe.

Kristoff se desvaneció lentamente.

—¿Adónde vas? —Necesitaba que se quedara.

Bang. Bang. Bang.

—¡Gemma! —Un fuerte grito atravesó la neblina.

Me esforcé por abrir los ojos; los párpados me pesaban demasiado. El agotamiento era demasiado profundo. Quería sentir los brazos de Kristoff a mi alrededor. Que me sostuviera. Solo quería que volviera.

Cristales rotos.

Me levanté de un salto y casi me caigo al suelo. Me puse de rodillas, intentando recordar dónde estaba.

Sofá. Sala de estar. Más cristales rotos.

Escuché voces apagadas. El miedo se apoderó de mi corazón cuando me puse de pie y estuve a punto de tropezar con el reposabrazos. Parpadeé y maldije en silencio el dolor que me recorría la rodilla.

Debía calmarme. Pensar con claridad.

Otra serie de voces amortiguadas flotaban en el aire.

«Jesucristo, ¿alguien entró?». Corrí a mi panel de alarma.

—¡Genevieve! —La voz de Kristoff gritó, con pánico en su tono. Me detuve en seco. No podía ser. Nunca había oído una pizca de pánico en su voz.

—Señorita Rose. —Otra voz—. Soy el Oficial James, del Departamento de Policía del Distrito Este.

¿Quizá todavía estaba durmiendo? Me pellizqué el puente de la nariz.

¡Mierda, eso dolió!

—¿Hola? —Dudé, asomándome desde la puerta de mi sala.

«¿Qué demonios estaba pasando?».

Unos pasos pesados golpearon las baldosas de la cocina y contuve la respiración, insegura de lo que me esperaba. Fue entonces cuando lo vi. Las largas zancadas de Kristoff lo tenían frente a mí y sus manos me rodeaban, atrayéndome contra su duro cuerpo.

Me llenó la cabeza de besos. Dos policías entraron detrás de él. Se encendió una luz y parpadeé con fuerza contra ella.

—*Ummm*. ¿Qué está pasando? —Su abrazo se apretó, y a pesar de lo bien que se sentía, me aparté suavemente de él. No podía perdonar sus crueles palabras todavía, por mucho que quisiera su consuelo. Di un paso atrás, preocupada por ceder a mis ansias de abrazarlo. De mala gana, me soltó, aunque permaneció cerca.

—Recibimos informes de preocupación por su seguridad. —Enarqué las cejas. La explicación del agente no tenía sentido—. Vinimos a comprobar la casa y vimos su pierna colgando del sofá, sin moverse en absoluto. Golpeamos la ventana durante un buen rato.

—¿Qué? —Estaba segura de que mi cerebro aún no se había puesto al día—. Es medianoche.

—Mis disculpas, señorita —intervino el otro policía—. Dejó su bolso en su escritorio. Se denunció su desaparición. —El policía le lanzó una mirada exasperada a Kristoff—. Al verla así por la ventana, pensamos que estaba herida.

Vi hacia la sala y vi la gran ventana que habían roto para entrar en la casa.

Fruncí el ceño y miré a Kristoff. Estaba hecho un desastre. Tenía la corbata medio desatada, el cabello desarreglado y los ojos verdes con ojeras, como si llevara días sin dormir.

—¿No se te ocurrió que podría estar durmiendo? —murmuré, con la voz aún áspera por el sueño.

—Estaba muy preocupado —gruñó Kristoff—. Pensé que te había pasado algo cuando no volviste por tu bolso.

—Todo está bien —musité—. Un amigo me trajo a casa.

—¿Le importa que echemos un vistazo? —preguntó el agente.

—Eso es innecesario, pero, por favor, adelante —refunfuñé. Los dos fueron a asegurarse de que estaba a salvo—. Aunque ahora, con la ventana rota, puede que tenga invitados no deseados —me quejé.

—Tendré la ventana reparada mañana —aseguró Kristoff—. Me quedaré contigo hasta que esté arreglada.

«Oh no, primero muerta», pensé, pero guardé silencio. No discutiría con él delante de testigos.

Al cabo de unos minutos, los agentes se dieron por satisfechos con mi seguridad y se marcharon, dejándome a solas con Kristoff. Mientras observaba a los policías alejarse de mi porche, Kristoff se quedó a mi lado.

Cuando el coche desapareció de mi vista, me giré lentamente hacia él. La luna brillaba y, combinada con la luz del porche, podía ver claramente el contorno de su fuerte mandíbula. Apretaba los dientes y me pregunté si seguiría enfadado.

No me importaba... leve corrección, no quería que me importara. Aunque eso era un detalle menor que él no necesitaba saber.

Di unos pasos hasta mi columpio y me senté en el porche. El sonido de la lluvia a nuestro alrededor me ayudó a calmar y enfriar el dolor que me quemaba por dentro.

—Kristoff… —Empecé ya que se quedó allí tan quieto como una estatua, y había que decirlo, era una bien hermosa y *sexy*, aunque eso no era importante—. No puedes quedarte esta noche.

—No te dejaré con una ventana rota. —Su voz era definitiva, igual que sus negociaciones.

—No voy a pasar la noche bajo el mismo techo que tú. —Juré que oí rechinar sus dientes—. No puedo estar cerca de ti ahora —continué, cansada.

Sin embargo, no estaba segura de si el reflejo de la luz de la luna me había jugado una mala

pasada, creí verlo estremecerse.

—Me quedaré en mi coche, entonces —refunfuñó—. Pero no me iré hasta que te arreglen la ventana.

—*Genial.* —No estaba de humor para un debate. Me levanté del asiento—. Te traeré una manta.

Se iría. Este hombre vivía una vida de lujo. No había ninguna posibilidad de que durmiera en su coche toda la noche por mí. Incluso un SUV tan grande como su Land Rover. Fui en busca de una manta y se la llevé.

Se la entregué y sus ojos se clavaron en mí.

—Buenas noches. —Me di la vuelta antes de que pudiera hacer algo estúpido. Como besarlo.

«¿Cómo es posible que aún lo quiera?», pensé desesperadamente.

El primer día que entré en su despacho, no tenía ni idea de que acabaríamos así. Pero debería haberlo sabido, teniendo en cuenta que desde el momento en que puse mis ojos en este hombre, causó caos en mi interior. Había algo en él que me atraía. Tal vez era su devastador aspecto, tal vez la forma en que parecía dominar cada habitación en la que entraba, o tal vez porque encontré a alguien que, como yo, había sido herido.

Eché un vistazo por la puerta de cristal antes de subir las escaleras a mi dormitorio, y lo vi reclinarse en el asiento del conductor, metiendo la costosa chaqueta detrás de su cabeza a modo de almohada.

—El multimillonario Kristoff Baldwin durmiendo en un vehículo frente a mi casa —murmuré para mis adentros, y subí las escaleras—. Eso sí que sería una noticia de primera plana.

Me deslicé en mi cómoda cama y, durante una fracción de segundo, la culpa me consumió.

—Se lo merece. —Me convencí para mis adentros, esponjando mi propia almohada. «*Aunque estaría bien despertarme con él en la cama*», me susurró el corazón—. Da igual —reviré y me di la vuelta.

Dormir era imposible. No dejaba de mirar a mi jefe por la ventana, como una acosadora. No estaba segura de si esperaba que finalmente se marchara o que aguantara toda la noche.

* * *

Los rayos del alba se abrieron paso por mi dormitorio. Me levanté de la cama, me recogí el cabello en un moño, me di una ducha rápida y me lavé los dientes.

—Me pondré lo más cómodo que encuentre —me dije para mis adentros, mi débil protesta contra él en forma de su vestuario preferido. Así que me puse unos capri de *jeans*—. *Ugh* —me quejé. Me quedaban ajustados. Me sumí el estómago con una inspiración y los abroché. Apenas. Lo combiné con una blusa verde claro, porque se había convertido en mi color favorito, y bajé las escaleras descalza.

Una vez en la cocina, empecé a preparar el café. Al asomarme a la puerta, vi la familiar Land Rover.

—Todavía aquí —murmuré en voz baja, ligeramente impresionada. Podría haber asignado fácilmente a otra persona para vigilar la casa. ¿Por qué iba a incomodarse? Desde luego, no me debía nada.

«Tal vez una disculpa», resoplé para mis adentros.

Aunque el hecho de que se quedara y garantizara mi seguridad hizo que me ablandara un poco hacia él.

Preparé una cafetera, sabiendo cómo le gustaba el café, y salí al porche. Le atrapé saliendo de

su Rover, estirando las piernas y el cuerpo. Se quitó la corbata en algún momento de la noche, su camisa blanca ya no estaba tan planchada, tenía las mangas dobladas y los pantalones ligeramente arrugados. Seguía teniendo un aspecto perfecto y *no* para mi propio bien.

Me quedé inmóvil, apreciando la vista de su trasero, hasta que se dio la vuelta y me sorprendió mirándolo.

¡Atrapada!

—Puedes usar el baño de invitados si quieres refrescarte. Allí hay artículos de aseo sin abrir. Agarra lo que quieras. —Me dirigí de nuevo a la casa, Kristoff justo detrás de mí—. Estaré en la terraza trasera con mi café. Hay una cafetera en la cocina si quieres.

Pero tendría que servírselo él mismo.

Me dirigí a mi lugar favorito y disfruté de la tranquila mañana sobre la bahía. La vista era algo de lo que nunca me cansaría.

Kristoff hizo ruido dentro, probablemente buscando una taza. La puerta se abrió, y como si fuera mi imán, mis ojos lo buscaron.

Se sentó en una butaca individual con una taza llena de café, como si no estuviera seguro de si sería bienvenido a sentarse a mi lado, aunque había lugar de sobra. Parecía completamente refrescado.

—Me alegra ver que eres capaz de prepararte tu propio café —me burlé.

Una hermosa sonrisa curvó sus labios y mi corazón traidor se agitó.

—Sí, lo soy. —Ronroneó—. Pero me encanta cuando me lo traes. Es lo mejor de mi día.

¿Qué?

Cerré la boca, sin ganas de comentar nada, y clavé mi atención en el horizonte.

—Esta vista es impresionante —comentó. Mis ojos se desviaron hacia él y lo encontré mirándome.

—Es mi parte favorita de la casa —dije, sus esmeraldas nunca se apartaron de mí. Era un poco inquietante, así que volví la mirada al mar, disfrutando de la calma que me proporcionaba.

—Fui tras de ti. —Empezó.

Giré la cabeza hacia él. No podía imaginarme a Kristoff persiguiendo a nadie. ¿Quizá le importaba al menos un poco? Obligué a mis ojos a volver al horizonte.

Continuó, su suave voz era como una ligera caricia con el afecto que ansiaba de él.

—Después de que huyeras, fui tras de ti para encontrarte. Intenté llamarte al móvil, una y otra vez. ¿Por qué no contestabas? Pensé que te había pasado algo. Esas horas fueron las peores de toda mi vida. —Suspiré y lo miré. Había tantas cicatrices invisibles entre nosotros—. Lo siento. —La voz de Kristoff era triste. Su expresión, aún más—. Por favor, perdóname.

—No sé dónde está mi teléfono —pronuncié, insegura de si estaba dispuesta a perdonarlo—. No vi tus llamadas.

El silbido de las olas me tranquilizaba. Casi coincidían con el latido de mi corazón. Uno. Dos. Tres.

—Somos buenos el uno para el otro. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Nuestras caras estaban a escasos centímetros—. Sabes que lo somos.

Negué con la cabeza, dudosa.

—Gemma. —La angustia en su voz coincidía con la de mi corazón—. Te deseo, y me deseas, nunca nada se sintió tan bien como nosotros.

Le sostuve la mirada, deseando desesperadamente darle la razón; no obstante, lo ocurrido el día anterior me contuvo.

—Déjame demostrártelo —suplicó—. Danos otra oportunidad.

—Ayer fuiste un completo idiota —objeté—. Entiendo que tu exesposa te hiciera daño, pero no soy ella. No me parezco en nada. —Respiré hondo y continué antes de perder el valor—: Todos tenemos fantasmas. Tus acusaciones me abrieron muchas viejas heridas.

—Por favor, perdóname —repitió con voz ronca—. Lo arreglaré —prometió.

¿Podría arreglar sus celos? ¿Su desconfianza? ¿Mi pasado?

—Dime que no me deseas, Gemma, y me iré —declaró, y no dudé que lo decía en serio.

Una brisa me empujó el cabello hacia la cara y levanté la mano para apartarme un mechón rebelde, mas se me adelantó. Me lo apartó del rostro y lo colocó detrás de la oreja antes de tomar mis dedos entre los suyos.

—Dime que no me deseas —repitió con voz firme.

Lo miré fijamente a los ojos.

—Sabes que mentiría si dijera que no te deseo —justifiqué—. Lamentablemente, no es tan simple como eso.

Él lo sabía. Ese contrato era un punto decisivo para mí. Sus celos también. Luego estaba el secreto que albergaba. En ese momento, todo lo que Kristoff tenía eran especulaciones, pero qué haría si supiera lo que le hice a mi difunto esposo.

—Por favor, no te vayas —pidió en voz baja—. Déjame arreglar esto. Déjame demostrarte que somos perfectos, juntos.

Un profundo suspiro se deslizó por mis labios.

—Ambos tenemos demasiados fantasmas con los que lidiar —expresé, tratando de mantener mi voz firme—. N-no puedo hacer esto contigo, un trato de negocios. Tengo que pensar en mis hijas. Ya les agradas demasiado.

—Y las amo —admitió y mi corazón palpitó suavemente—. Son una gran parte de ti.

«Entonces, ¿por qué no ***me*** *amas?»*. Si tan solo fuera lo suficientemente valiente para hacer esa pregunta. Aunque me amara, mi secreto me retenía. Podría destruirlo y a todo lo que construyó si salía a la luz.

—Nunca les haría daño —razonó conmigo—. Las quiero como parte de nuestro contrato. Las protegeré a ti y a ellas. De todo.

Si pudiera confiar plenamente en él. Tal vez con algunas cosas podría, sin embargo, con otras... no. No podía arriesgarme.

Me lamí los labios, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

—Tienes que dejar de intentar controlarme. Al mundo. A todos.

La comisura de sus labios se inclinó hacia arriba.

—Creo que, en este momento, estoy listo para decir ¡a la mierda el mundo y todos en él! Solo te quiero a ti y a tus chicas. —Dios, podría tomar esas palabras de muchas maneras. Derritieron mi corazón. Cuando no dije nada, continuó—: Soy un viejo desgraciado desconfiado. Lo sé.

Sacudí la cabeza.

—No eres viejo.

Soltó una risita, ligeramente amarga.

—Pero sí soy desconfiado y desgraciado. —Me mordisqueé el labio inferior, insegura de qué decir para hacerlo sentir mejor—. Para empezar, no era de tener confianza y luego todo el fiasco con mi exesposa echó por tierra cualquier pizca que tuviera.

Curvé los dedos, agarrando la taza de café, luchando contra la necesidad de acercármele.

—Siento lo que tu ex y tu amigo te hicieron.

Asintió con la cabeza.

—El matrimonio de mis padres no fue el mejor ejemplo de una relación. Luego me casé,

demasiado joven y demasiado estúpido. Me reclutaron en las Fuerzas Armadas. Hasta que volví y encontré a mi mejor amigo calentando la cama de mi esposa. Fue una píldora difícil de tragar.

—Me lo imagino —asentí con voz ronca.

—Perder a mi amigo me afectó más que perder a mi mujer —añadió—. Debería haber sido mi señal. Y la vida de Jonathan con mi exesposa es cualquier cosa menos color de rosa.

Tomó un mechón de cabello rebelde y me lo colocó detrás de la oreja.

—Soy egoísta, pero te prometo que me esforzaré más.

Siguió un silencio tenso, aunque casi cómodo. El silencio se hizo ensordecedor y los fantasmas que enterré exigieron que los liberara.

—Jack, mi marido, y yo, éramos demasiado jóvenes. —Abordé, apartando la mirada, demasiado asustada de que viera más de lo que quería que observara en mis ojos—. Era un mujeriego. Causaba problemas, y como me engañaba, se volvió paranoico y me acusó de también serle infiel.

Armándome de valor, volví a mirarlo.

—Fue una grosería que hicieras lo mismo. —Si bien intenté sonar fuerte, me sentía vulnerable, más que nunca—. No necesito otro paranoico en mi vida.

Me agarró las mejillas y acercó nuestras caras.

—Maldición, lo siento —pronunció. Tenía la sensación de que este hombre rara vez se disculpaba—. Lo siento mucho, mierda. Si estuviera vivo, lo destrozaría y haría que se arrepintiera de haber volteado a ver a otra mujer. Por hacerte daño.

Jack ya no me importaba. Mas Kristoff sí y mucho. Más de lo que Jack nunca lo hizo. No obstante, eso no significaba que toleraría sus duras palabras.

Se levantó y se arrodilló frente a mí rodeándome con sus fuertes brazos, como si temiera que cambiaría de opinión. Su calor era una adicción y cedí. Incliné mi cuerpo hacia él. Me asustaba lo bien que se sentía.

La mirada ligeramente desesperada de sus ojos, el miedo a la pérdida que conocía demasiado bien, me golpeó justo en el pecho. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí alivio al saber que me quería. A mí y a mis hijas.

—Te pido disculpas por haberte hecho daño.

Me incliné más cerca, nuestros labios a un suspiro de distancia.

—No vuelvas a hacerlo —advertí con voz suave—. Si me haces daño una vez, será tu culpa. Si me haces daño dos veces, no volverás a verme. No voy a repetir los errores que cometí con mi difunto esposo.

Me besó con un dulce tirón.

—Eres lo mejor que me ha pasado. —Sus labios rozaron los míos—. Cada parte de ti es mía y buscaría en cada rincón de este mundo para encontrarte. Porque la vida nunca será igual sin ti.

Se movió y se sentó a mi lado. Me levantó, me colocó en su regazo y contemplamos el horizonte mientras su admisión agitaba el silencio.

Sin fantasmas de nuestro pasado. Sin secretos. Sin almas rotas.

Solo nosotros.

Me detuve. Aunque no quería arruinar ese pequeño momento, tampoco quería fingir que ese tema persistente no existía. La verdad era que no lo habíamos solucionado todo. La discusión sobre las palabras que usaba y la comparación entre nuestros pasados era una parte del problema... La otra era el temido contrato.

—Mi necesidad por el contrato es el resultado de mi experiencia pasada durante mi matrimonio. —Kristoff detuvo todos mis pensamientos—. Tiene menos que ver contigo y más

con las jodidas circunstancias durante mi unión marital.

Eso me hizo detenerme y observarlo pensativa. ¿Le daría tranquilidad si lo firmaba? ¿Era tan sencillo como eso? Sin embargo, cada parte de mí se oponía a la idea de hacerlo.

—¿El contrato es negociable? —No podía creer que esas palabras salieran de mi boca. Tal vez, solo tal vez, podríamos encontrar un término medio que nos hiciera felices a ambos.

—Tal vez —respondió vagamente—. Por ahora, quiero tu promesa.

Levanté la ceja con curiosidad y lo observé fijamente.

—¿Qué promesa?

—Que me serás fiel —me pidió con voz firme, pero había tanta vulnerabilidad en sus ojos. Los dos permanecimos en silencio, mirándonos, y no pude evitar darme cuenta de lo tenso que estaba. Levanté la mano y apoyé suavemente la palma en su cálida mejilla.

—Te lo prometo —susurré y lo besé suavemente en la mejilla—. Siempre te seré fiel.

Sentí cómo su tensión se evaporaba ante mis palabras. Mi corazón sangraba por este hombre fuerte y poderoso. Sabía que debería preocuparme más por mí, aun así, no me gustaba ver a aquel hombre tan fuerte siendo tan vulnerable. Mis manos recorrieron su espalda, sintiendo sus duros músculos bajo la camisa. Dios, lo sentía como mi hogar y mi consuelo, y su sonrisa me calentaba el corazón como el sol en un día caluroso.

Kristoff tenía un pasado doloroso, igual que yo. Ambos estábamos lidiando con nuestros propios fantasmas a nuestra manera. Me había mostrado que lo sentía, ¿verdad? Y se disculpó. ¿Qué más podría querer?

«Todo», susurró la vocecita de mi cabeza y me advertía del daño que seguramente me haría si le doy mi corazón.

Hubiera sido mucho más fácil mantener la relación física, entregarle mi cuerpo y dejar los sentimientos fuera de la ecuación. Desgraciadamente, mi corazón y mi alma querían irse con todo con él. No obstante, me asustaba el rechazo y el dolor. Mi parte sensata y razonable comprendió que, si no le daba todo de mí, no podía esperar que me diera todo. Tendría que aprender a confiar, tanto como él tendría que aprender a confiar en mí.

Capítulo Cuarenta Y Ocho



Kristoff

Gemma y yo preparamos juntos el desayuno. De vez en cuando me miraba pensativa, como si se preguntara si podía confiar en mí o no.

No podía culparla, pero hablaba muy en serio. Era a ella y a sus niñas a quienes quería en mi vida. Nada más importaba. Si bien bajó sus muros un poco, yo quería más. La protegería de todo y de todos. Me debatía entre decirle que sabía que había algo más en la historia que la infidelidad de su marido; desgraciadamente, si la presionaba demasiado rápido, se cerraría por completo.

«Casi la pierdo». De solo pensarlo, un sudor frío me recorrió la espalda. La idea de vivir sin ella me robaba el maldito aliento y me helaba la sangre. Destruí cada maldito mueble de mi piso. De todos modos, ya era hora de redecorar.

Después de encontrarla sana y salva la noche anterior, esperaba que me exigiera que la trasladara a otro departamento y que no volviera a hablar con ella. Lo hubiera hecho, para hacerla feliz. Incluso a pesar de esa sensación en el pecho que me asfixiaba cada vez que pensaba en no volver a verla. Sin embargo, prefería lidiar con mi propio dolor que verla sufrir. El día anterior me dio una idea de cómo se sentiría y casi me destrozó.

Tenía que hacer que se quedara conmigo. Por su propia voluntad.

Joder, se había convertido en *la excepción* a todas mis reglas, ella había establecido algunas para sí misma, y accedería a cualquier pauta que dijera con tal de tenerla conmigo. Esa obsesión era más profunda de lo que me había dado cuenta. Finalmente, tuve que admitirme que esto nunca terminaría para mí. Incluso si esta mujer decidía que no me quería, sería un pobre imbécil suspirando por ella durante años.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Qué pasa? —preguntó, con curiosidad en esos ojos oscuros que me fascinaban.

—Me divierte que me des órdenes —respondí.

—Eran instrucciones, no órdenes. —Hizo un puchero—. Añade un poco de pimienta a esos huevos. Sin sal.

Sacudí la cabeza divertido e hice lo que me estableció.

—Pensé que habías dicho que no te gustaba cocinar.

Estaba de espaldas a mí mientras abría el gabinete con platos y tazones perfectamente organizados.

—Es inevitable. Después de todo, tengo que alimentar a mis hijas.

Con los platos preparados y más café, volvimos a la terraza trasera.

—Esto está delicioso —elogié después de darle el primer bocado—. Eres buena cocinando.

Se sentó en el sofá, metiendo las piernas por debajo.

—No llamaría cocinar a preparar huevos revueltos. —Ahogó un bostezo.

—¿Cansada? —inquirí, frunciendo el ceño. Llevaba días cansada y con ojeras.

—No —manifestó a la defensiva. La miré de reojo—. De acuerdo, quizás un poco. Creo que mis niveles de hierro están bajando mucho; aunque ascienden y descienden, me produce mucho cansancio y náuseas —me explicó con naturalidad.

—Gemma. —La voz de Rick interrumpió desde el interior de la casa y tuve que tragarme mi gruñido. ¿El tipo iba y venía a su antojo?

—Aquí atrás, Rick —lo llamó.

Él salió y se detuvo en seco, sus ojos pasaban entre Gemma y yo. No le gustaba verme aquí.

—Hola —saludó—. ¿Quieres desayunar?

—Ah... no —respondió indeciso—. ¿Está todo bien? ¿Sabes que la ventana de adelante está rota?

—Sí —contestó rápidamente—. Un pequeño accidente. Haré que alguien venga a arreglarla hoy.

—Ya llamé —informé—. La compañía que la va a reparar vendrá al mediodía.

Mi mirada se encontró con la de Gemma y su mano se acercó a mi pecho, su toque provocó un pequeño escalofrío en mi cuerpo.

—Gracias.

—Hola, Kristoff —me saludó Rick y luego se giró hacia Gemma—. Dejaste tu teléfono en mi coche, así que pasé a dártelo.

Algo oscuro y no deseado se deslizó por mis venas. Buscó a Rick cuando necesitó ayuda. No me llamó a mí; sino a él.

—¡Lo busqué por todas partes! —exclamó, aceptando el aparato de manos de Rick—. Muchas gracias.

Checó los mensajes, me dirigió una breve mirada y volvió a su teléfono.

—Bien —murmuró para sí misma—. Ya llegaron.

Sus dedos se movían rápidamente por la pantalla.

—¿Quiénes? —Rick curioseó, lanzándome otro reojo.

—Laura se llevó a las niñas a Florida por esta semana.

Rick levantó una ceja.

—¿Y las dejaste? —Me miró de nuevo—. ¿Esta es la misma mujer que se negó a ir a cenar y a dejar a sus bebés con una niñera? Me sorprende que te parezca bien estar sin ellas una semana.

Puso los ojos en blanco.

—No soy una maniática del control, si eso es lo que estás insinuando.

Estaba tan relajada con él, haciendo que los celos se dispararan dentro de mí. ¡Demonios! ¡Mierda!

—Nunca diría eso —se burló Rick, riendo entre dientes—. Solo lo pensaría.

¿No tenía que volver con su mujer en vez de quedarse aquí?

—De todas formas. —Empezó Rick. Debió ver mi expresión asesina—. Será mejor que me vaya. —Su mirada se desvió hacia mí—. Encantado de verte de nuevo.

Cuando Rick se fue, el silencio se prolongó, Gemma no me quitó la vista de encima. No me molestaba en absoluto. Mientras sus ojos estuvieran en *mí*.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo que quieres decir? —soltó—. Siento como si estuviéramos jugando al gato y el ratón, y yo soy el ratón. No me gusta.

La moví sobre mi regazo para poder verla mejor.

—No comparto, hermosa —gruñí, y besé su preciosa boca. Sus labios se separaron, un rubor subió a sus mejillas. Haría que esta mujer me amara. Le mordí el labio inferior y suspiró en nuestro.

Como si la hubiera hecho feliz.

Se apartó, separándonos unos centímetros, y su respiración se entrecortó ligeramente.

—Yo tampoco —decretó suavemente—. ¿Eso significa que somos exclusivos?

Me reí entre dientes. En mi mente, estábamos más allá de la exclusividad que era casi cómico. Ya me la imaginaba como mi esposa.

—Somos exclusivos. Si otro hombre te toca, lo mato. Si tú tocas a otro hombre, también lo

mato.

Luego nos besamos como si fuera la última vez que lo haríamos.

Capítulo Cuarenta Y Nueve



Genevieve

—¿Lista? —indagó con una ceja levantada, sus ojos se clavaron en mi bolsa de fin de semana—. ¿Eso es todo lo que traes?

—¿Crees que es demasiado? —pregunté nerviosa. Me sentía como si fuera a tener una pijamada con un novio y estaba nerviosa. Me invitó a cenar. Byron y su hermano podrían acompañarnos.

—No —expresó—. No puedo creer lo ligero que empacas. Pero está bien, lo que necesites, podemos pedir que nos lo traigan o pasamos a recogerlo.

—Tal vez debería... —Kristoff me detuvo con un beso en la boca.

—Cierra la casa y vámonos. Tengo todo lo que necesitas —murmuró contra mis labios—. Es hora de nuestra primera cita.

—De acuerdo. —Sonreí y lo volví a besar.

Diez minutos después, íbamos a toda velocidad por la autopista en dirección a casa de su mamá.

—¿Vives cerca de tu madre? —pregunté con curiosidad.

—No demasiado cerca —contestó y me agarró la mano, entrelazando nuestros dedos mientras sus ojos no se apartaban de la carretera—. Pero lo suficientemente cerca como para no tener que conducir una hora para llegar a su casa en un apuro.

—Cuando buscaba casa, tenía en mente la distancia a la casa de mi suegra. Mas tampoco quería estar al lado —añadí riendo entre dientes. Me llevó la mano a los labios y me rozó los nudillos con la boca. Se me erizó la piel.

Hablamos de su madre, que ya estaba de camino o posiblemente en Croacia, de sus planes para la nueva empresa. Una hora más tarde, nos acercamos a un gran portón que Kristoff abrió pulsando un botón. Su coche pasó a toda velocidad y la verja se cerró justo detrás de nosotros. Seguí buscando una casa que apareciera, no obstante, seguimos conduciendo y conduciendo a través de la enorme propiedad de tierra y bosques. Quince minutos después, apareció una enorme mansión bañada por una suave luz.

—¿Vives aquí? —dije impresionada.

—Sí, cuando no me quedo en el apartamento en la ciudad —informó.

—¿Tú solo?

Me miró.

—Hay personal, pero principalmente vivo aquí solo.

—Este lugar es enorme —pronuncié incrédula—. Debe ser aterrador por la noche cuando estás aquí solo.

Sonrió.

—¿Me estás diciendo que no quieres quedarte a dormir?

—Mientras no me dejes dormir sola, me quedaré.

—Estaré contigo todo el tiempo —aseguró cuando se detuvo frente a la gran entrada de su mansión. Salió del vehículo y se acercó para abrirme la puerta.

Cuando salí del auto, me rodeó con el brazo.

—Vamos, déjame mostrarte el lugar.

Caminamos juntos hacia su enorme casa cuando un mayordomo abrió la puerta.

—Buenas tardes, señor Baldwin. —Le dio la bienvenida el anciano.

—Hola, James —saludó Kristoff. Demonios, qué le pasaba a esa familia con los mayordomos. Siguió presentándonos—. James, esta es Genevieve Rose.

—Señorita Rose. —Sonrió.

—Por favor, llámame Gemma —contesté.

Cuando su mayordomo nos dejó, le pregunté asombrada a Kristoff:

—¿Tienes un mayordomo?

—No es mayordomo. Ayuda con algunas cosas de la casa —explicó mientras mis ojos contemplaban todo el lujo del lugar.

—*Oh*, de acuerdo. ¿También tienes un buen cocinero? Porque si es así, estoy dispuesta a mudarme aquí. A pesar de lo espeluznante que se pone por la noche —bromeé mientras miraba de izquierda a derecha, admirándolo todo.

Entramos en la casa, su enorme y grandioso vestíbulo nos dio la bienvenida. Me guio por su mansión, cada rincón decorado con un gusto exquisito y costoso.

Me llevó por toda la casa, desde la bodega de vinos ridículamente grande, pasando por la cocina, varias salas de estar, el comedor, el salón de baile, hasta un bar.

—La verdad es que sí —comentó cuando entramos en la biblioteca.

Lo miré sin entender.

—¿Qué?

—Tengo un cocinero —aclaró.

Me reí entre dientes.

—Supongo que debería tener cuidado con lo que sale de mis labios.

—¿Debo tomar eso como que mudarse a esta casa está fuera de discusión? —Su voz era ligera, aunque parecía extrañamente serio. Tenía la misma mirada decidida cuando cerró su adquisición a principios de semana.

—Muy gracioso, Kristoff.

Me desplacé hacia delante, curiosa por ver su biblioteca, y me enamoré de esa habitación. Si bien la gran biblioteca estaba amueblada al estilo del siglo XV, no le faltaba comodidad. Las cálidas paredes con paneles de madera y la chimenea encendida en verano le daban un ambiente acogedor.

—¡Dios mío! —me maravillé, con los ojos muy abiertos estudiando mi alrededor—. Esta habitación... —suspiré—. Esta habitación es simplemente perfecta.

Un hermoso techo abovedado hacía que el lugar pareciera enorme. Me aparté de su lado y me acerqué a las estanterías empotradas que cubrían las paredes de arriba abajo, y también había escalones que llevaban a otro piso de estanterías. Y desde ese piso se podía ver hacia abajo, a la zona de estar de la biblioteca.

Observé a Kristoff.

—No es que sienta envidia. Pero esto... esto es el paraíso.

—Puedes usarla cuando quieras —aseguró Kristoff, apoyado en una de las columnas, con las manos en los bolsillos y observándome con indiferencia.

—Quiero robarla. —Sonreí y me giré para leer los títulos de los libros para hacerme una idea de su selección de lectura—. No sabía que fueras un ávido lector. —Mis dedos rozaban ligeramente las cubiertas de los libros. Algunos parecían muy viejos.

—Lo disfruto, aunque para ser sincero últimamente leo sobre todo revistas de negocios —comentó—. No recuerdo la última vez que entré en este lugar.

—¿Qué? —Le dirigí mi mirada más horrífica—. Viviría en esta habitación si fuera mía —musité más para mí misma. Me estaba arrepintiendo de la cita para ir a cenar, quería quedarme

en casa—. Supongo que será mejor que nos preparemos si no queremos llegar tarde.

Me alejé de mala gana de los libros y me acerqué a Kristoff, cuya mirada no se apartaba de mí. Cuando me aproximé, me atrajo hacia él.

—Puede ser tuya —propuso suavemente contra mis labios.

Me reí entre dientes.

—Hecho —dije—. Encontraré un contratista que corte esta parte de tu casa y la traslade a la mía. La acomodaré en mi jardín delantero.

Le rodeé el cuello con los brazos y acerqué mi cara a su imponente figura. Inclinó la cabeza y me dio un ligero beso en los labios. Y así, la biblioteca quedó olvidada. Con la mano en la nuca, controló el beso con un dulce tirón del labio inferior y suspiré en su boca.

—Señor Baldwin. —La voz del mayordomo llegó a mis oídos, y me aparté rápidamente de él, con un rubor coloreando mis mejillas. Kristoff no apartó la vista de mí, sus ojos clavados en mi expresión avergonzada—. Mis disculpas. Solo quería informarle de que el dormitorio contiguo al suyo ha sido arreglado para la señorita Rose, y todas sus pertenencias están allí también.

—Gracias, James. —Kristoff no parecía nervioso en absoluto.

—Sí, muchas gracias —añadí y le dirigí una mirada un poco avergonzada. Parecía amable y su expresión no dejaba entrever que hubiera visto algo.

—El placer es mío. —Inclinó la cabeza con una sonrisa, pequeñas líneas que destacaban sus años se arrugaban alrededor de sus ojos. Se dio la vuelta y nos dejó de nuevo en la biblioteca.

—Será mejor que empecemos a alistarnos —sugerí.

Kristoff no se movió, sus brazos volvieron a acercarme. Nuestros rostros estaban muy cerca, podía oler su dulce aliento mentolado. Acorté la distancia que nos separaba, rozando suavemente su labio inferior con mi lengua. Sus manos apretaron mi espalda, atrayéndome más cerca.

El beso terminó demasiado rápido y mis párpados se abrieron para encontrarlo observándome. Sus dedos rozaron ligeramente mi mejilla.

—¿Qué me estás haciendo? —murmuró contra mis labios, con mi mirada clavada en la suya. Antes de que pudiera pedirle más detalles, dijo—: Deberíamos prepararnos.

Asentí y, de la mano, lo seguí fuera de la biblioteca y subimos por la gran escalera hasta un dormitorio.

—Si necesitas algo —sugirió, dándome un beso en la mejilla—, estaré aquí al lado. Tu bolso ya está sobre la cama.

—Gracias.

Me dejó en su habitación de invitados, que probablemente era el doble de grande que mi dormitorio, que no era pequeño ni mucho menos. En medio de la recámara había una cama grande con mi maleta encima.

Me acerqué y saqué los artículos de aseo y la ropa para esta noche. Miré a mi alrededor, buscando una puerta de baño. Había varias, así que fui a la primera a mi derecha y la abrí.

Me asomé y vi a Kristoff quitándose la camisa blanca y tratando de desabrocharse el cinturón. Me miró sorprendido.

—*Ups.* —Jadeé avergonzada—. Lo siento, pensé que tal vez esta puerta conducía al baño.

Me quedé hipnotizada con sus anchos hombros y su pecho bronceado y tonificado. No podía apartar mis ojos.

—Es la puerta del lado izquierdo.

—De acuerdo. —Antes de ceder a mi tentación y ayudarle a quitarse los pantalones, salí corriendo de la habitación.

Treinta minutos después, ya duchada y con un vestido ligeramente revelador, salí del baño y me encontré a Kristoff sentado en un sillón, tecleando en su teléfono mientras me esperaba.

Alzó la mirada, y su aguda inhalación recorrió el aire.

—Maldición, Gemma. —Exhaló.

—¿Tan mal?

Cohibida, alisé la arruga inexistente de mi minivestido corto y brillante. Me sentía expuesta con la mayor parte de las piernas al descubierto. Hacía más de una década que no me ponía algo tan *sexy*. Me maquillé un poco más de lo habitual para conseguir un efecto más dramático y dejé caer el cabello en suaves ondas por mi espalda.

Se levantó, olvidó el teléfono al dejarlo caer sobre el sofá y se acercó a mí con paso firme.

—Estás tan exquisita. —Canturreó—. Tan *sexy*. Quiero inclinarte y follarte hasta que te olvides de todo menos de mí. Te quiero alrededor de mi polla, gritando mi nombre sin nada más que esas botas *sexys* hasta la rodilla.

Inhalé bruscamente y un rubor me subió por el cuello. Sus palabras me trajeron todo tipo de imágenes a la mente y me excitaban tanto. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Casi con desesperación. Su aroma, esa colonia especial mezclada con su olor, me envolvió, y me incliné más hacia él para besarlo en la mejilla.

—Más tarde —prometí.

—Vámonos —gruñó—, antes de que pierda todo autocontrol y nos encierre en este dormitorio.

Sonreí feliz y se me escapó una risita mientras agarraba un chal negro para cubrirme los hombros en el restaurante, por si tenían algún código de vestimenta. Aunque tenía la sensación de que las romperían por Kristoff Baldwin.

Salimos de la habitación, y él me llevó casi a rastras como si temiera rendirse a su promesa anterior.

—Más despacio, Kristoff. —Me reí entre dientes—. Hace más de una década que no camino con tacones así. No puedo ir tan rápido.

—Lo siento —contestó disculpándose y añadió—: Estoy deseando llevarte de vuelta a casa.

Le sonreí seductoramente, sintiéndome como si volviera a tener veinte años y estuviera completamente despreocupada.

—La espera valdrá mucho la pena —bromeé y seguí aludiendo mientras él abría la puerta de su coche—. Para los dos.

Me dio una nalgada suave y me instó a entrar en el auto.

Capítulo Cincuenta



Genevieve

En cuanto nos detuvimos frente al restaurante de Capitol Hill, una aglomeración de *paparazzi* rodeó el coche. Debería haber sido una pista. Pero no lo fue.

—Tiene que haber algún famoso comiendo aquí esta noche —refunfuñé mientras el *valet* me abrió la puerta; sin embargo, antes de que pudiera ayudarme, Kristoff estaba fuera del auto, moviéndose a su alrededor para ayudarme.

—Tócala y estás despedido —advirtió y el pobre chico vaciló. Kristoff le arrojó las llaves y, sosteniéndome la mano, me ayudó a salir del vehículo. En cuanto me puse en pie, mis manos alisaron el vestido.

—Gracias. —Los *flashes* de las cámaras me cegaron y luché por saber hacia dónde mirar para protegerme la cara.

Me puso una mano en la espalda y me guio entre la multitud de *paparazzi* y comensales que esperaban por su mesa.

—Señor Baldwin, ¿es cierto que usted y Genevieve Rose mantienen una relación desde hace años? —Parpadeé confundida, poniéndome rígida ante la pregunta. Instintivamente busqué al periodista que había hecho la pregunta.

—Señorita Rose, ¿es cierto que usted sirve a todos los caprichos del señor Baldwin? ¿Es usted su juguete sexual?

—¿Qué? —Respiré, mis ojos buscando el rostro de Kristoff. Su mandíbula se tensó. Contemplé aturdida cómo el personal se apresuraba a ayudarnos con todos los *paparazzi* que nos hacían preguntas.

La mano de Kristoff me rodeó la cintura y se apoyó en mi cadera mientras me instaba a entrar en el restaurante. En cuanto ingresamos, una anfitriona le dedicó una sonrisa cegadora. Ni siquiera la miró un segundo, sino que clavó su vista en el encargado que se acercaba a nosotros.

—Mis disculpas, señor Baldwin. —Exhaló, con pánico en los ojos—. Aparecieron de la nada.

Un asentimiento tenso de Kristoff.

—Muéstranos nuestra mesa.

El encargado chasqueó los dedos al camarero que se apresuró a acercársenos.

—Daniel los atenderá esta noche.

—Gracias —murmuré, cuando Kristoff no dijo nada, su ira claramente visible en su rostro.

El mesero nos condujo a nuestra mesa apartada con vistas al Capitolio. Byron y otro hombre parecido a él ya estaban allí. «*Hermanos*», pensé para mis adentros.

En cuanto llegamos, los ambos se levantaron de un salto.

—Gemma —saludó Byron, sus ojos recorrieron mi cuerpo y sentí que me ardían las mejillas —. Me alegro de verte.

—Hola.

Kristoff me acercó la silla como todo un caballero y me deslicé en ella con una sonrisa de agradecimiento.

—Este es mi hermano menor, Winston. —Presentó Byron—. Kristoff, Winston tiene información para ti.

La mirada mordaz que le dirigió a Kristoff hizo que se tensara.

—¿Mal? —inquirió mi cita. Los observé a los tres mientras se sentaban.

—No es bueno —respondió Winston sin emoción.

Me fijé en Winston. Su cabello oscuro hacía que sus iris parecieran más claros de lo que realmente eran. Me miró con curiosidad y nuestros ojos se cruzaron. Un breve destello brilló en ellos mientras me estudiaba.

—¿Qué no es bueno? —indagué con voz ronca.

Apreté las manos sobre el regazo y los nudillos se me pusieron blancos. Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba haciendo hasta que la mano de Kristoff se posó sobre ellas y me detuve al instante.

Los ojos de Winston parpadearon hacia Kristoff y de este último pude percibir la furia latente que se cocía a fuego lento bajo su costoso traje de tres piezas.

—¿Qué está pasando? —susurré, buscando su rostro. Tenía un mal presentimiento.

—Mi ex está causando problemas —explicó brevemente—. Lo estamos manejando.

—*Oh.*

Mientras pensaba a qué tipo de problema se refería, nuestro camarero volvió con los menús. Byron abrió el suyo y rápidamente hizo su orden. Kristoff fue el siguiente y sus ojos se cruzaron con los míos.

—¿Quieres que te recomiende algo?

—Pide lo que sea —dije, con el tono ligeramente entrecortado porque el corazón se me aceleraba en el pecho—. Ya sabes lo que me gusta.

En el momento en que las palabras se deslizaron por mis labios, me di cuenta de que sonaba sucio. No pareció importarle porque sonrió e hizo el pedido. Winston fue el siguiente, mientras me ardían las mejillas.

Cuando se retiró, me levanté de la mesa. Los tres hombres se pusieron de pie al mismo tiempo.

—Voy al tocador.

Me alejé y seguí las señales hasta el baño. Una vez dentro, me acerqué al lavabo y lo abrí. Lo único que deseaba era echarme agua fría en la cara, mas eso estropearía mi maquillaje. En lugar de eso, me lavé las manos y me las sequé, observando mi expresión en el espejo.

Mis ojos oscuros brillaban, con una ligera expresión de desconcierto en el rostro. Ni siquiera estaba segura de si estaba relacionado con todo lo que había pasado con Kristoff, los *paparazzi* o los posibles problemas que estaba causando su ex.

La puerta del baño se abrió y la ex de Kristoff apareció detrás de mí, nuestras miradas se cruzaron en el espejo.

«Jesucristo, de todas las personas de este planeta, ¿por qué ella?».

Sus pálidos ojos azules brillaban con crueldad y, milagro de los milagros, no parecía borracha.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, viéndome de pies a cabeza—. Mira lo que tenemos aquí. —Me sequé las manos y tiré la toalla de papel al cesto de basura—. Pagué un buen dinero para conseguir una reserva aquí esta noche. —Arqueé una ceja—. Solo por ti.

—Has malgastado tu dinero. —Intenté esquivarla. Sin éxito. El baño estaba vacío, dejándome a solas con una lunática.

—No tan rápido. —Rio—. ¿O debería pagarte por tu tiempo? Siendo la zorra a sueldo que eres.

Me puse rígida. Dio otro paso hacia mí, segura de sí misma. Como si fuera la dueña del lugar. Su bronceado dorado la hacía parecer resplandeciente, un atractivo contraste con su cabello rubio. Pero el duro brillo de sus ojos arruinaba toda su apariencia.

Levantó una mano y me pasó un dedo por el antebrazo.

—Suave. —Ronroneó—. Apuesto a que eso es lo que le gusta. Eres dócil y te doblas a su voluntad. Dejándolo hacer lo que él quiera.

Aparté el brazo de un tirón.

—No me toques.

Se mofó, una risa aguda y penetrante. Luego se inclinó aún más hacia mí y su aroma me invadió.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, realmente horrorizada de que siguiera suspirando por Kristoff después de todos esos años. Después de todo, ella fue quien lo engañó.

—Crees que le importas —siseó—. Pero no es así. No le importa nadie.

—Bueno, entonces debería ser fácil para ti dejar de acosarnos —repliqué secamente—. Porque, francamente, ya cansa.

Me fulminó con la mirada.

—No es tuyo.

—Tampoco es tuyo —advertí—. Si te importara Kristoff, no lo habrías engañado. —Estaba harta de esta mujer—. Y con su mejor amigo. Lo menos que podrías hacer por tu exmarido es desearle toda la felicidad. Porque se la merece.

«Y tú no», aunque me guardé esas palabras para mí.

—¿Qué es lo que ve en ti? —se cuestionó, mientras sus ojos recorrían mi cuerpo—. Eres una de esas mujeres aburridas y normales que no tienen lugar en nuestro mundo.

Me encogí de hombros.

—Tal vez, pero aun así no traerá a Kristoff de vuelta a ti. Así. Que. Sigue. Tu. Camino.

Dio otro paso hacia mí.

—Tal vez te bese. A ver qué le atrae de ti. —Su aliento rozó mis labios y me incliné más hacia atrás—. Para probar por qué le gusta follarte.

—No me gustan las mujeres —resoplé—. Así que, por favor, búscate a otra a quien besar.

Se rio, como si hubiera dicho algo gracioso. Su mano se acercó a mi muslo y el contacto de sus dedos me produjo asco. Me desagradaba todo de ella. La crueldad en sus ojos, la forma en que trataba a Kristoff, la forma en que trataba a su propio hijo.

—¡Quítame las manos de encima! —bramé—. Última advertencia.

Su mano no vaciló, casi llegando a mis bragas.

—*Ah*, apuesto a que has estado mojada desde que entraste en el restaurante. Vi la forma en que Kristoff frotó su mano contra...

La puerta del baño se abrió de golpe y Kristoff se abalanzó sobre ella con expresión enfurecida.

—Quita tus manos de mi cita —reviró Kristoff—. O haré que te las corten.

Como si la hubieran quemado, Jacqueline dio un paso atrás, levantando las manos.

—Ella estaba curiosa, nunca ha cogido con una mujer.

—Ella no eres tú —gruñó Kristoff, con los labios curvados por el asco que le producía su exesposa—. Eres una sádica y estás poniendo a prueba mi paciencia, Jacqueline. ¿Creías haber visto mi crueldad durante el divorcio? No se comparará con lo que verás si vuelves a acercarte a mi mujer.

Se marchó con la cabeza alta y le lanzó un beso. En cuanto salió del baño, respiré hondo para serenarme.

—¿Estás bien? —Quiso saber Kristoff, sus manos sosteniendo mis mejillas, sus ojos fijos en mí.

Suspiré y me incliné hacia él.

—Lo estoy —afirmé—. Está realmente decidida a llamar tu atención.

—Nunca lo conseguirá. —Su bajo gruñido me reconfortó tanto como su tacto—. Te tengo a ti.

Me tomó de la mano y me llevó a la mesa donde nos esperaban Byron y Winston. Uno de ellos hablaba por teléfono en voz baja y urgente, mientras el otro escribía algo en el móvil con los dedos volando por el teclado.

Tensa, me senté en el borde del asiento con la espalda rígida.

Por el rabillo del ojo, capté a Jacqueline siendo escoltada fuera del restaurante mientras gritaba algunas obscenidades y me lanzaba una mirada mortal.

—Llamé a seguridad e hice que escoltaran a la zorra. —El tono de Byron era más frío que Alaska en invierno y su vista aún más fría cuando la miró y luego a mí—. No soporto a esa perra, y para mi desgracia mi padre le tiene cariño. El viejo desgraciado probablemente piensa que es a él a quien quiere, cuando Jacqueline siempre tiene motivos ocultos.

Me quedé boquiabierta mientras mis ojos se movían entre Byron y Kristoff. Maldición. ¿Eso era un triángulo o qué?

—Así es ella —reconoció Kristoff secamente.

—Me alegro de que te hayas puesto firme —indicó Byron.

Supuse que se refería a mí enfrentándome a la ex de Kristoff.

—¿Cómo sabes que lo hice? Quizá me acobardé y lloré.

—Te enfrentaste a ella en la recaudación de fondos y no parece que hayas estado llorando.

—Además, si lo hubieras hecho —intervino su hermano Winston—. Kristoff habría asesinado a la mujer y tendríamos que sacarlo de la cárcel bajo fianza.

Se me escapó una risa ahogada. De acuerdo, quizás me agradaban esos tipos.

—Gemma es una de las mujeres más fuertes que conozco —comunicó Kristoff, tomando asiento a mi lado y enlazando su brazo sobre el mío.

—¿Tienes una hermana? —Winston se burló—. Puede que necesitemos a alguien que ponga a Byron en su sitio.

Me reí entre dientes.

—No. Soy hija única.

—Eso debió haber sido solitario —opinó Byron—. Lo dice un hombre que tiene cuatro hermanos y dos hermanas. Aunque una hermana y un hermano no crecieron con nosotros.

Mis cejas se alzaron.

—¿En serio? Es una gran familia. En mi caso, solo éramos mis padres y yo, mas no nos sentíamos solos. Hacíamos muchas cosas juntos.

Winston levantó su copa.

—Brindemos por las familias normales.

Fue el brindis más extraño en el que jamás había participado.

* * *

El resto de la velada transcurrió con los hombres entreteniéndome con historias de sus días de servicio militar.

—¿Están casados? —inquirí con curiosidad, intercalando la mirada entre Byron y su hermano.

Ambos negaron con la cabeza.

—Por favor, no digas que quieres emparejarme con alguien.

Se me escapó una suave carcajada.

—Nunca te haría algo así —bromeé—. Esas conversaciones en las citas a ciegas son las peores.

—Gracias a Dios que no soy el único que piensa así —acordó Winston—. Me doy cuenta en los primeros cinco minutos. Pero ¿cómo te levantas y te vas?

—No sé, ¿quizá te pones de pie, vas al baño y no vuelves? —sugerí burlonamente.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó Byron, con un brillo curioso en los ojos.

Mi cara enrojeció y sonreí culpable.

—Solo una vez, aun así, pagué mi parte antes de hacerlo —justifiqué.

La mesa se llenó de sonoras carcajadas.

Una parte de mí se sintió halagada de que tres hombres guapos y poderosos disfrutaran de mi compañía.

—Kristoff mencionó que tienes tres hijas. —Byron tenía una manera de mantener la conversación lejos de sí mismo, me di cuenta.

Tomé un sorbo de mi vino y sonreí, la mano de Kristoff en mi muslo era cálida y reconfortante.

—Sí. —Agarré mi bolso y saqué el teléfono—. Están de vacaciones con su abuela en Florida durante toda la semana que viene. —Compartí una foto que recibí de Sienna, una *selfie* tonta de las niñas con su abuela, todas haciendo una cara graciosa—. La mayor tiene quince años y la más pequeña dos.

—Las extrañas —dijo Kristoff, y asentí con una sonrisa tímida.

—Es sano para todas pasar algún tiempo separadas, pero las echo de menos —admití—. Un día se irán y empezarán sus propias vidas, y cuando se van, como ahora, me hace dolorosamente consciente de lo rápido que llegará ese momento. —Puse los ojos en blanco—. Ahora que Sienna está interesada en un chico, me necesita aún menos. Y sí, sé que es una tontería.

Los hombres se rieron.

—No es tan tonto como crees. Mi hermana, Aurora, tiene veinticinco años y te diría que aún somos incapaces de dejarla ir.

—Siempre encontrarán el camino de vuelta a ti —consoló Kristoff—. ¿Sienna y Kai están saliendo?

Rodé los hombros, intentando liberar la tensión.

—Supongo, más o menos.

—¿Quién es Kai? —Curioseó Winston.

—El hijo de Jacqueline —refunfuñó Kristoff.

—Qué incómodo —comentó Winston—. ¿Han tenido citas de juego?

Mi risa ahogada vibró en el aire.

—Más bien una cita de verdad. Su padre y yo fuimos chaperones.

—¿Dónde fueron en su primera cita? —Byron preguntó.

—Kai lo hizo bastante divertido y original. Fueron al campo de *paintball*. Dejé a Sienna en el lugar, donde nos encontramos con Kai y su padre. Luego Jonathan consiguió un chofer privado para llevarlos a su primera cena. La recogí en el restaurante.

—*Ah*, el primer amor —suspiró Winston—. Es bueno tener su edad.

—Como si fueras un viejo —repliqué secamente—. ¿Qué tienes, como veinticinco?

Sonrió.

—No tan viejo como estos dos desgraciados, pero definitivamente no tengo veintitantos.

La gran mano de Byron se posó en la espalda de su hermano, haciendo que este casi escupiera su bebida.

—¿A quién demonios estás llamando viejo?

Fue una de las mejores veladas que había tenido.

Capítulo Cincuenta Y Uno

Genevieve

Nos sentamos en la biblioteca de Kristoff, la cual parecía aún más atractiva de noche que de día. Le dio un sorbo a su *whisky* con un brazo apoyado en el respaldo, rodeándome.

—La pasé bien —dije, llevándome la copa de vino a los labios.

—Siento lo de mi ex —refunfuñó.

Sacudí la cabeza.

—Eso no es culpa tuya. —Mis ojos se desviaron hacia su cara. Se me formaba un nudo en el corazón cada vez que pensaba en él, luego de que pasó por esa experiencia en el amor, necesitaba recurrir a un contrato en vez de a una relación normal—. Incluso con su pequeño drama, la pasé muy bien.

Me bajé la cremallera de las botas hasta la rodilla y las dejé a un lado, luego me senté sobre las piernas y me incliné más hacia él. El ambiente era tranquilo, relajado. Dirigí la mirada hacia el iPhone, que estaba sobre la mesita, y lo tomé para leer los mensajes.

Tenía un mensaje de la abuela y de mi hija mayor. Una llamada perdida de Betty. Más mensajes de texto de Betty.

Abrí el primero. La abuela envió fotos de la piscina y la playa. Sienna hizo lo mismo. El siguiente era de Betty.

Betty: ¿Cena pronto? Tengo que compartir notas sobre tu regalo.

La diversión me invadió mientras intentaba no imaginarme los escenarios con los aceites y juguetes que me pidió. Pronto nos pondríamos al día durante un almuerzo. Ya era demasiado tarde para llamarla. Quizás estaba dándole uso al regalo de cumpleaños en esos momentos.

—¿De qué te ríes? —La mirada de Kristoff encontró la mía y mis labios se curvaron.

—El regalo de cumpleaños de Betty.

La tenue luz de la biblioteca oscurecía sus ojos. O tal vez era la forma en que me observaba, que me encendía en llamas. Quería que las apagara, de la única forma que sabía. Quería su cuerpo sobre el mío, su peso cubriéndome como una manta.

El calor se coló entre mis piernas y se instaló allí como un gran peso. Quería perderme en su cuerpo y disfrutar de mi respuesta. Era el único hombre que me había llevado a nuevos niveles de placer. El tirón de cabello. Palabras sucias en mi oído. Gruñidos en el aire. El roce de los dientes en mi nuca.

Era todo y solo él.

El pulso se deslizó entre mis muslos y apreté las piernas.

—Kristoff, te necesito. —Exhalé. El anhelo flotaba en el aire, calentándome la piel y el corazón.

Sus ojos se oscurecieron al mirarme, aquellos orbes verdes fundidos. Dejó el *whisky* en la mesita, y su mirada era oscura y brillante. Como si fuera algo que necesitaba, igual que era algo que yo necesitaba. Una bruma seductora impregnó el aire, envolviéndome y arrastrándome.

Y el hombre ni siquiera me había besado todavía.

—¿Necesitas que te folle con calma? —sugirió con voz ronca e impregnada de sexo y pecado.

—Sí —suspiré.

—Ruégame que te folle hasta dejarte sin sentido —ordenó contra mi piel.

—Por favor, Kristoff. —Jadeé, con cada centímetro de mi piel en llamas—. Por favor, fóllame hasta dejarme sin sentido.

Cuando sus labios tocaron los míos, todos mis pensamientos se esfumaron. Deslicé una mano por su cuello, agarré un puñado de su cabello y separé la boca para recibir su lengua. El beso era ardiente. Excitante. Como si fuera el primero, otra vez. Me dejó sin aliento. Sabía a *whisky*, a pecado y a hogar.

Mi hogar.

Las mariposas revolotearon por mis venas cuando su lengua se deslizó por la mía. Un ronco gemido procedente de lo más profundo de su pecho resonó en mí y me chupó la lengua. Como si fuera el alcohol más delicioso que jamás hubiera probado. Un gemido de placer vibró en mi garganta mientras nuestras lenguas bailaban juntas.

Me mordió el labio. Suavemente. Con un dulce tirón.

Me hormigueaban los labios. El corazón me zumbaba en los oídos, dejándome sin aliento.

—Eres mía. —Su voz era un timbre oscuro que me recorría la espalda. Su boca bajó por mi mandíbula, viajando por mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. La humedad de su boca incendiaba todo mi cuerpo, sus labios en mi garganta, succionando y arrasando hasta la parte superior de mis pechos. En un rápido movimiento, me arrancó el vestido.

—¿Kristoff? —protesté sin aliento.

—Te compraré uno nuevo —aseguró con voz ronca, su boca sobre mi pecho. Mi espalda se arqueó, ansiosa por más de sus labios. Arrodillado frente a mí, pasó sus manos por mis senos y sus ojos se clavaron en los míos. Cuando se llevó los pezones a la boca, mi gemido rompió el silencio de la biblioteca. Llenó mi cuerpo de besos, cada vez más abajo, hasta que llegó a mi punto dulce. Jadeé ante la sensación y arqueé la espalda en busca de más.

—*Ohhhh* —gemí, mis manos agarrando su cabellera.

—Tan hermosa —susurró, el calor de su aliento hizo que me estremeciera debajo de él—. Tan mía.

—Sí. —Un escalofrío me recorrió la espalda.

Su boca sobre mí era una dulce tortura, lamiendo y succionando mientras gemía y me arqueaba hacia él. No dudó en lamerme desde la entrada hasta el clítoris. Un zumbido de aprobación vibró contra mí y tuve que luchar contra el inminente orgasmo. Con su pulgar en mi clítoris, su boca trabajó el centro de mi sexo mientras me agitaba bajo él y mis caderas se movían contra su boca con desesperación. Con los dedos en su cabello, me agarré a él mientras aceleraba el ritmo, me agarraba las nalgas y apretaba ligeramente sin separarse de mí.

—Kristoff. —Su nombre salió de mis labios en un susurro sin aliento.

El calor de su lengua en mi clítoris hizo arder todo mi cuerpo. La presión crecía y crecía mientras me retorcía contra él. Las chispas ardían, encendiéndose cada vez más hasta que el placer estalló en mí con tanta fuerza que me zumbaron los oídos.

El orgasmo me inundó y una lánguida sensación tiró de mis músculos. Su boca seguía comiéndome, como si necesitara cada gota de mí.

Abrí los ojos y me encontré con su mirada suave y ardiente y su respiración agitada. Al segundo siguiente, me levantó y mis piernas rodearon su cintura. Nos acercó a la chimenea y me recostó suavemente en la alfombra de piel que había delante.

Arrastrándome, me arrodillé frente a él y apreté los labios contra su cuello mientras mis dedos se encargaban de desabrocharle el cinturón. Con un fervor increíble, lo ayudé a quitarse la ropa y luego me incliné hacia delante, agarré su longitud y lo acaricié despacio.

Mis entrañas se estremecían de anticipación y deseo por él. Cada roce me quemaba la piel y encendía aún más mi apetito.

—¡Demonios! —gruñó mientras me daba la vuelta—. Si soy demasiado brusco, di rojo.

Me puso a cuatro patas, lo que le permitió acceder a mi sexo por detrás. Me penetró de un fuerte empujón, y un suave gemido escapó de mis labios.

—Sí. —La palabra salió de mis labios en un suspiro. Era increíble tenerlo dentro de mí, llenándome hasta el fondo. No había nada que importara en ese instante, solo él y yo.

Sus dedos se clavaron en mis suaves caderas, jalándome, acercándome lo más posible a él, mientras se hundía cada vez más dentro de mí. Sus labios me rozaban la nuca, sus dientes me marcaban mientras sus manos me sujetaban con firmeza y me movía contra él, acelerando su ritmo.

Mis entrañas se apretaron, estaba cerca y un escalofrío recorrió toda mi espalda.

—Todavía no —declaró con voz ronca.

Empujaba cada vez más fuerte, más dentro de mí. Mi cuerpo empezó a temblar, al borde. Me dio la vuelta y me puso frente a él. Sus manos se deslizaron por la parte posterior de mis muslos, acercándome para que me sentara a horcajadas sobre él.

—Tu coño me acepta tan bien. —Me mordisqueó el hueco detrás de la oreja y gemí. Fuerte. *Oh, Dios.*

Se me escapó un suspiro cuando volvió a deslizarse dentro de mí, haciéndome sentir llena y contenta. Bajó los ojos hacia donde nuestros cuerpos estaban conectados y empezó a empujar de nuevo.

—Míranos —gimió, viendo cómo su verga se deslizaba dentro y fuera de mí. Me agarró de las caderas con tanta fuerza como para dejarme moretones—. *Tú*, hermosa, me tomas tan bien.

Kristoff sonaba a punto de perder el control y me moví contra él, balanceando las caderas y haciendo rozar mi clítoris en el proceso. Ambos nos estremecimos con la intensidad, sus manos recorrían mi cuerpo. Como si quisiera tocar cada centímetro. Luego me agarró del cabello y me inclinó la cabeza para mirarme a la cara mientras con la otra mano guiaba mis caderas para que me apretara más contra él.

—¿Quién te está follando? —rugió mientras me daba nalgadas y me mordisqueaba el cuello —. ¡Dímelo! —exigió.

—Tú.

—¿De quién eres puta?

Sentirlo dentro de mí, sus manos en mi piel y su voz en mi cabeza, era demasiado.

—Tuya —emití.

Luego, como una explosión cegadora, volvió a penetrarme, me jaló la melena y me besó con rudeza. Me corrí tan duro. Tan fuerte que me vi manchas detrás de los párpados. Sus manos en mis caderas seguían moviéndome y cabalgaba sobre él, con su mirada encendida mientras observaba mis pechos rebotar y cómo se deslizaba dentro y fuera. Mis gemidos y sus gruñidos llenaron la biblioteca de sonidos eróticos.

Me hizo rebotar sobre su erección. Duro y sin piedad. Mi cuerpo temblaba, mis gemidos se convertían en gritos, al borde de otro clímax. Con un último y rudo empujón, terminó, explotando dentro de mí.

Los dos nos subimos a la ola del clímax, con nuestras respiraciones agitadas llenando el silencio. Su boca rozó mi cuello y suspiré satisfecha, alucinada por el éxtasis postorgásmico, mientras inclinaba el cuello, dejando que me marcara como suya.

Cuando nuestra respiración se calmó, por fin habló.

—La próxima vez lo haremos en la cama —agregó contra mi oído, con los brazos aún rodeándome.

Hundí la cara en el pliegue de su cuello y enrosqué los dedos en su cabello.

—No me importa dónde lo hagamos, mientras lo volvamos a hacer.

Cerré los ojos, saboreando su afecto durante su abrazaba y a la par que sus manos jugaban con mis mechones. Me sentía contenta, casi feliz. Mi cuerpo estaba sumido en un calor lánguido, relajado entre sus brazos mientras los párpados me pesaban a cada segundo que pasaba.

—Te llevaré a la cama. —Su pulgar rozó suavemente mi mejilla, su voz suave y baja, apenas un susurro.

—No podemos andar desnudos por tu casa —protesté somnolienta.

Ignorándome, se levantó y se puso los pantalones. Antes de que pudiera moverme, me envolvió en una manta ligera y me levantó.

Se me escapó un chillido.

—Puedo caminar. —Solté una risita—. No hace falta que te lastimes la espalda.

Me pellizcó el trasero, continuando por su gran pasillo y la gran escalera.

—Será mejor que no te atrevas a decir que soy demasiado viejo.

Me reí entre dientes.

—*¡Jamás!* Me enseñaron a respetar a mis mayores.

—Chistosa. —Me mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja, avivando de nuevo las llamas del deseo.

Me llevó a su cama y me tomó de nuevo.

—Encajamos perfectamente —gruñó—. Me siento tan bien teniéndote en mi casa.

Esa ocasión me folló despacio, y cada embestida me producía una oleada de sensaciones que me hacían estremecer hasta los dedos de los pies.

Esa vez, se sentía como hacer el amor.

Capítulo Cincuenta Y Dos

Kristoff

Observé a Gemma y me di cuenta de que se había dormido. Tenía la cabeza apoyada en mi pecho, la respiración tranquila y su olor me envolvía. Ella era mucho más de lo que pensé originalmente. Un equilibrio perfecto entre fuerza y delicadeza.

Recorrí su rostro con la mirada y admiré sus largas pestañas, sus suaves pómulos y sus labios carnosos. A pesar de todas las mierdas que la hizo pasar su difunto marido, seguía siendo fuerte. Lo que más admiraba era su fuerza para superar todas las pruebas y proteger a sus hijas.

A diferencia de mujeres como mi exesposa, que solo pensaban en sí mismas.

La parte más profunda en mí temía que quisiera irse. Se necesitaría un hombre mejor que yo para dejarla. Aun así, no podía obligarla a firmar el contrato. Y ciertamente no podría exigirle a casarse conmigo. No tenía sentido, pero algunas personas no estaban hechas para usar a otras. Gemma no lo estaba.

Sin embargo, perderla no era una opción. Quería, *necesitaba*, que me eligiera.

A nosotros.

Capítulo Cincuenta Y Tres



Genevieve

A la mañana siguiente me desperté sola en la cama de Kristoff. Miré el reloj y eran las ocho de la mañana. No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde. Aunque eso se debía a que mi cita me había mantenido despierta hasta altas horas de la madrugada, recorriendo con su boca y sus manos cada centímetro de mi cuerpo.

Conocía mi cuerpo mejor que yo.

Poniéndome en pie, observé la ropa tendida en un sillón y me vestí. Lo encontré en la biblioteca, vestido con *jeans* y una polo. Nunca lo había visto vestido así, y no pude evitar que mis ojos recorrieran su cuerpo. Estaba guapísimo.

—Buenos días. —Respiré, con las mejillas sonrojadas.

—Buenos días, bella durmiente. —Su mirada se llenó de diversión al verme sonrojar—. Estabas tan hermosa entre mis sábanas que no quería despertarte.

Me agarró por las caderas y tiró de mí hacia él. Su boca encontró el punto sensible detrás de mi oreja. Cada gramo de mí se fundió con él, saboreando su afecto. Debía de ser un triste caso de mujer hambrienta de cariño, porque mi corazón palpitaba ridículamente.

Quería disfrutar de todo ese tiempo con él, ya que sabía que no duraría. Llámalo intuición o premonición.

Me moví sobre mis pies.

—¿Tienes algún plan para hoy?

Levantó una ceja.

—¿Como planes de trabajo?

—No, más bien planes divertidos.

Me abrazó con fuerza y jadeé cuando apretó su erección contra mí. Soltó una risita oscura y grave, con la boca rozándome el cuello.

—Me gusta divertirme contigo.

Esa vez me tocó a mí reírme.

—Señor Baldwin, ¿qué está insinuando?

—Desayuno, comida y cena en la cama. —Me sonrojé, no odiaba la idea en absoluto, mas no podíamos pasar todo ese tiempo a solas en la cama.

Sonreí.

—Me gusta, aunque pensaba más en llevarte de senderismo.

* * *

Una hora más tarde, estábamos de camino a Boonsboro, en Western Maryland, listos para subir parte del Sendero de los Apalaches hasta Annapolis Rock.

Mis ojos lo buscaron, incapaces de mantenerse alejados durante demasiado tiempo. Su camisa se amoldaba a sus anchos hombros, dejándome entrever sus fuertes bíceps. Nunca había sido tan evidente lo corpulento que era. Y me encantaba todo de él.

Sus ojos parpadearon en mi dirección y me sorprendieron admirándolo, y entonces una lenta sonrisa se elevó en la comisura de sus hermosos labios que tanto placer me habían dado. Incluso cuando sonreía, el calor de su mirada me quemaba la piel como el fuego.

—¿Te gusta lo que ves? —bromeó al verme observándolo.

Reí levemente, mientras mi corazón latía desbocado.

—Sabes que sí.

—No hace falta que mantengas tus manos lejos de mí —bromeó, ofreciéndome una amplia sonrisa. Su sonrisa era preciosa, casi me dejaba sin aliento.

—*Ah*, salvado por la campana. —Le seguí la broma mientras mi teléfono zumbaba, rompiendo el momento. Era un mensaje de texto de su madre y me reí a carcajadas al verlo—. Tu madre y sus amigas —señalé, riendo entre dientes mientras le enseñaba la foto del grupo en la fiesta de cumpleaños de su madre, bebiendo un vino que reconocí—. Encontraron el vino —comenté mientras escribía un rápido mensaje de respuesta.

—Deberías dejar que te pagara. —Intentó de nuevo Kristoff, con una mano en el volante mientras con la otra me apartaba ligeramente el cabello de la cara—. Cubrirá tus gastos y te permitirá reponer tu suministro de alcohol, ya que estoy bastante seguro de que te dejarán muy poco.

—En absoluto —objeté—. Me hace feliz hacer esto, y el alcohol se habría quedado ahí durante años de todos modos. Me hicieron un favor.

—Pero, Gemma... —Empezó y lo detuve enseguida con una mirada de suficiencia.

—Si de verdad insistes en pagarles la estancia… —Ofrecí, con una sonrisa tímida elevándome los labios—. Te lo permitiré. Podríamos redactar un contrato personal enumerando con qué tipo de servicios puedes pagarme.

Me llené de satisfacción cuando le di a probar de su propia medicina.

La estruendosa risa de Kristoff llenó el pequeño espacio de su Land Rover. Me tiró suavemente del cabello y, para disimular lo nerviosa que me hacía sentir, me estiré hacia el radio.

—*Touché*, hermosa. Ahí me has atrapado —admitió, tirando suavemente de un mechón de mi cabello—. Dejaré el tema. Aunque has despertado mi interés sobre qué tipo de servicios tenías en mente exactamente.

Sonreí feliz, sintiéndome a gusto con él.

—Iba a probar tu nivel de perversión. No obstante, supongo que ahora nunca lo sabremos.

Con una mano en el volante, buscó mi nuca con la otra y tiró de mí para acercarme. En la radio sonaba la romántica letra de *Got What I Got*, de Jason Aldean, que me erizaba la piel.

La antigua yo pertenecía al pasado. La nueva yo le pertenecía a él.

—Mi seductora. —Ronroneó, mordisqueándome el lóbulo de la oreja, y un gemido escapó de mis labios. Mi cuerpo no necesitaba mucho incentivo cuando se trataba de él, ese pequeño movimiento me dejó sin aliento e imaginando todas las cosas sucias que podríamos hacer en lugar de ir de senderismo—. Dime —exigió con voz oscura y deliciosa.

Sacudí la cabeza en un débil intento de negárselo, cuando en realidad era lo único que quería. Nunca extrañaría estar sola con él a mi lado.

Me mordisqueó el labio inferior y luego lo lamió, calmando el agudo escozor con su lengua caliente y un ardor lánguido se extendió por mis venas. Un escalofrío erótico me recorrió el cuerpo, aumentando aún más mi deseo; un leve gemido escapó de mis labios.

—Dime —insistió con un timbre oscuro.

—Estaba pensando. —Respiré, mi voz suave—. Tal vez experimentemos algunas otras cosas. Como *ummm*... cosas que indicaste en el contrato y que no hemos probado.

—Joder, estoy totalmente de acuerdo. —Su voz era rica y profunda, enviando todo tipo de sensaciones calientes a través de mi cuerpo. Nuestras miradas chocaron durante un segundo, el deseo se hizo denso en el aire y mi corazón se ralentizó, luego se aceleró lentamente mientras el

fuego lamía mi piel.

Sería tan fácil empezar a besarlo y rogarle que se detuviera. En algún sitio. En cualquier lugar. Mientras pudiera sentarme a horcajadas sobre él y sentirlo dentro de mí.

En el fondo de mi mente, se registró que la canción cambió. A *Church Bells* de Carrie Underwood. Mis pulmones se helaron mientras un fantasma rodeaba mi garganta con sus fríos dedos, cortándome la respiración.

Afortunadamente, no había perdido completamente la cabeza.

Capítulo Cincuenta Y Cuatro



Genevieve

De vuelta en la mansión de Kristoff, estábamos los dos solos. Ni siquiera el mayordomo se molestó en abrirnos la puerta.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté con curiosidad.

—Están fuera por el fin de semana —declaró—. El cocinero nos preparó una comida antes de irse. O podemos salir a cenar. Tú eliges.

—¿Tienes alguna preferencia? —Mientras él estaba acostumbrado a comer fuera, yo solía preferir quedarme en casa.

—No. —Me tomó de la mano mientras subíamos por la gran escalera hacia su dormitorio—. Mientras comamos juntos. Aunque quedarnos en casa nos da más tiempo entre las sábanas.

—Quedémonos y comamos lo que preparó tu *chef* —propuse.

Me arrastró a su baño, donde me quitó la ropa sudada, incluidos los calcetines. Su toque era reverente. Suave. Me encantaba sentir sus manos sobre mi piel. Me encantaba la atención que me prestaba. Pero, sobre todo, me encantaban sus ojos cuando me observaba.

Al empezar la ducha, se despojó de su propia ropa, dejándome entrever su magnífico cuerpo. Una vez bajo el torrente de agua, me lavó el cuerpo, mirándome como si fuera la única mujer para él. Como si fuera perfecta.

Cuando me llevé las manos a la cicatriz de mi cesárea, me agarró la muñeca y negó con la cabeza.

—No lo hagas —pidió con voz ronca—. Cada parte de ti es hermosa.

Se me escapó un suspiro tembloroso mientras lo veía fijamente. Su cuerpo era tan tonificado, tan grande, tan perfecto comparado con el mío. Sin embargo, la forma en que me miraba me hacía sentir como si fuera *perfecta*.

—Tenemos asuntos pendientes —murmuró, sus labios contra mi cuello, lamiendo y mordisqueando mi piel.

Me pasó el dedo por el esternón y sentí un dolor entre los muslos, ansiando su longitud. Me apoyó contra la pared de la ducha, con el agua cayendo en cascada sobre nosotros, y su boca chocó contra la mía, su lengua forzando su entrada como si hubiera esperado todo el día para hacer aquello. Recorrí su musculosa espalda con los dedos, arañando su piel, antes de pasar las uñas por su cabello. Gimió en mi boca, y el sonido casi me hizo estallar. Mi coño hipersensible necesitaba su verga, lo necesitaba dentro de mí. Empujé mi pelvis hacia arriba, su gruesa longitud rozaba mi empapado y dolorido sexo.

Su dedo índice acarició mi pezón erecto y luego agachó la cabeza para tirar de él con los labios. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras mis gemidos vibraban en la ducha. Fue generoso con mis senos como si fueran su manjar favorito. Mordió, chupó y mordisqueó mi piel sensible, mientras su nombre retumbaba en mi garganta.

Enganché mi pierna alrededor de su cintura, deseándolo. Preparada para él. Nuestras miradas bajaron hasta donde nuestros cuerpos se conectaban, su polla desapareciendo dentro de mí y esa imagen quedó tatuada para siempre en mi mente. Un largo gemido recorrió el aire mientras su miembro se hundía más profundamente en mi vagina a un ritmo dolorosamente lento.

—¡Maldición! —gruñó contra mis labios.

Impaciente y ávida, me pegué a él, suplicándole sin palabras que aumentara el ritmo. Me agarró las caderas con sus dedos firmes.

—¡Más fuerte! —supliqué avergonzada, sin saber si gritaba o susurraba las palabras.

Retiró su polla hasta la punta y volvió a clavármela de un solo y potente empujón. Aumentó el ritmo con cada embestida, la velocidad se hizo más brusca y me hizo apresurarme hacia el orgasmo. Su necesidad coincidía con la mía, penetrándome con fuerza y haciéndome sentir gloriosamente llena. Cada vez era mejor que la anterior con Kristoff.

—¡Tu coño es mío! —rugió. Su mano me rodeó, su dedo encontró mi agujero prohibido, empujando contra él—. Tu culo es mío. Todo lo tuyo es mío.

Me metió la punta del dedo y mi espalda se arqueó contra la pared de azulejos.

—*Oh. Oh. Oh. Mi. Dios.*

Los escalofríos hicieron estragos en mí, sintiendo el orgasmo inminente mientras mis paredes se apretaban alrededor de su longitud. Su ritmo se aceleró, sus embestidas eran profundas y duras. Una mano me sujetaba, y cada fuerte empuje me hacía subir más y más. Su boca estaba en mi cuello, chupándome, mordiéndome, besándome.

—Kristoff —gemí su nombre mientras caía en espiral hacia el abismo del placer. El orgasmo me recorrió como pólvora, incontrolable y peligroso.

Me siguió hasta alcanzar su liberación, llenándome hasta el fondo con una última y violenta embestida, y luego eyaculó su semen caliente dentro de mí. Y mientras, mi coño se apretaba a su alrededor, espasmódico, sacándole hasta la última gota de su semilla.

Me temblaron las piernas, sus brazos me rodearon con fuerza y sus ojos verdes chocaron con los míos.

—Serás mi perdición —susurró antes de sellar su boca sobre la mía.

Y tú me romperás el corazón.

Capítulo Cincuenta Y Cinco



Kristoff

Nos movimos por la cocina al unísono. Gemma me suplicó una noche informal y no pude negarme. La música sonaba tranquilamente por los altavoces, mientras estaba de pie, cortando verduras para nuestra ensalada.

Llevaba una de mis camisas que le llegaba hasta las rodillas, su cabello oscuro caía en cascada por su espalda y estaba descalza. Se veía magnífica. Como una mujer que debía estar en mi casa. Sus pies descalzos se movían al ritmo de la música y sentí una calidez en el pecho.

Echándole un vistazo por encima de su hombro, mi mirada se encontró con la suya. El cuello de la camisa se deslizaba por su hombro, dejándome ver su piel suave como el marfil.

—¿Cómo te va con la lechuga? —preguntó.

Dejé escapar un suspiro seco ante su tono mandón.

—Todo listo, jefa.

Eché las verduras cortadas en su cuenco, me le acerqué por detrás y deslicé una palma por debajo del dobladillo de su camisa, luego le froté la nalga desnuda.

—Podríamos comer en la cama. —Mordisqueé el punto sensible bajo su oreja, disfrutando de mi olor en su piel.

Se rio entre dientes.

—Iremos a la cama eventualmente.

Su voz se volvió ligeramente jadeante. *Bien.* Tal vez sentía una pizca de lo que sentía por ella. Satisfecha con su ensalada, se dio la vuelta, le acaricié el rostro y le pasé el pulgar por la mejilla.

—Tenemos que darte de comer —suspiró contra mis labios, y se puso de puntillas para darme un beso ligero como una pluma—. Quiero que seas feliz, no que estés de mal humor. Porque me gustas mucho.

La satisfacción corría por mis venas. Era un paso en la dirección correcta. Quería su amor, pero ya lo conseguiríamos.

—Me haces feliz —confesé, luego me incliné para pellizcar su tentador labio inferior—. Y planeo comerme tu coño como postre toda la noche.

Si bien sus mejillas se sonrojaron, esas palabras le encantaron. Suspiró, con una expresión de satisfacción en el rostro mientras se inclinaba más hacia mí. Millones de dólares y diamantes no podían poner esa expresión en su cara, no obstante, algo tan simple como esto la hacía feliz.

Me dio un codazo para que me sentara.

—Primero la cena. —Trató de sonar severa.

—Un brindis —anuncié mientras le servía una copa de vino y luego la mía—. Por muchos días más como este.

Sus cálidos ojos se encontraron con los míos, con una ligera sorpresa en su mirada. Sin embargo; no protestó, se limitó a levantar su copa.

—De acuerdo. —Nuestras copas tintinearon, el aire entre nosotros se cargó.

La cena fue relajada y el tema también.

—¿Qué edad tenías cuando te casaste? —inquirió con curiosidad.

Fruncí el ceño. Odiaba pensar en aquella época. Y en ese momento, el tema de Jacqueline era aún más inquietante desde que la loca había puesto sus ojos en Gemma.

—Demasiado joven y apenas duró dos años. Fue un error en todos los sentidos.

Su pequeña mano se posó sobre la mía, apretándola en señal de consuelo.

—Lo siento mucho. Es duro sin importar si es un error o no. —Era la mayor diferencia entre ella y mi ex. Diablos, incluso entre ella y yo. Ofrecería ayuda y simpatía a cualquiera, su corazón compasivo era demasiado blando.

—¿Y tú? —pregunté, aunque sabía su edad cuando se casó. No tenía datos sobre lo ocurrido más allá del informe médico y las especulaciones, pero quería que me lo contara. Que confiara en mí.

—Poco antes de los veintiuno —respondió de mala gana—. Sienna vino poco después. —Se hizo el silencio en la habitación, sin embargo, no la interrumpí. Intuí que necesitaba ordenar sus pensamientos—. Al principio estaba bien. Luego llegó Sienna. La realidad se impuso, teníamos que madurar rápido. Él se negó y las cosas empeoraron rápidamente.

Apartó la vista, enfocándose en la ventana y ocultándome su mirada.

—De todos modos, empezó a tener aventuras —continuó en voz baja—. Me centré en mi carrera y en las niñas. La verdad es que deberíamos haber puesto fin a nuestro matrimonio hace muchos años. Supongo que seguí aguantando, negándome a admitir el fracaso. O quizás esperaba que nuestra relación se convirtiera en lo que tuvieron mis padres, lo cual es ridículo si lo piensas.

—Desde el momento en que te vi, percibí tu fortaleza —confesé. Cuando sus ojos oscuros brillaron de sorpresa, continué—: No te sorprendas. Conoces tu fuerza.

—También tengo mis debilidades. —Sacudí la cabeza ante su comentario. Sus hijas eran su debilidad, porque haría cualquier cosa por ellas. Y para mí, eso era una fortaleza—. Me sorprende que no te importe —comentó.

—Es lo que me encanta de ti. —Entre otras muchas cosas. *Amor*. ¿Esto era amor? Me daba risa no saberlo. Sabía que lo que sentía por ella superaba todo lo que había sentido por cualquier otra persona en toda mi maldita vida. Sería cómico si fuera cualquier otra persona.

Me miraba con aquellos iris oscuros, los labios entreabiertos y un rubor que subió a sus mejillas.

Se inclinó y respiró contra mis labios:

—Hay algunas cosas que también me encantan de ti.

Su voz suave y sus palabras me llenaron de satisfacción. Nos lo tomaríamos con calma. Aceptaría todo lo que tenía para dar y le daría todo de mí. Tal vez, podríamos tener esto para siempre.

—¿Sí?

—Sí.

Capítulo Cincuenta Y Seis



Genevieve

Mis hijas volvieron de sus minivacaciones. Los días pasaron volando y estuve superocupada. Había pasado mucho tiempo trabajando con Samuel Jr.

Resultó que me agradaba.

Mucho. Su fachada arrogante escondía un gran corazón y a un buen tipo. Para irritación de Kristoff, nos llevábamos muy bien.

Cada vez que me encontraba trabajando en un proyecto con Samuel, sus ojos se entrecerraban y parpadeaban con repugnancia. No me gustaba. No debería haber ninguna razón para su disgusto y su mal humor. Por desgracia, Samuel también se dio cuenta. Y aquel hombre parecía tener deseos suicidas, ya que se desvivía por agitar al gran jefe.

Solo me aseguraría de no quedar atrapada en su fuego cruzado.

Ese día era uno en los que me encontraba justo en medio. Corriendo de arriba a abajo toda la mañana para ayudar a Samuel con su tarea, perdí mi tiempo y energía, así que agarré mi *laptop* y le informé a Kimberly que estaría abajo en la planta de Samuel.

Unos pisos más abajo, llamé a la puerta del despacho de Samuel padre.

—Hola. —Asomé la cabeza—. Pensé que esto sería más fácil y rápido de terminar si no corriéramos constantemente arriba y abajo para discutir. ¿Le parece bien?

—Por supuesto —respondió Samuel padre.

—Es la mejor idea que he oído en toda la semana —agregó Samuel Jr. sonriendo. Su sonrisa era relajada y hermosa, sin una pizca del extravagante *playboy* en él en ese momento.

—Vamos a instalarnos en la mesa de conferencias —sugirió el mayor—. Acabo de pedir el almuerzo. ¿Qué le parece un almuerzo de trabajo?

Cuando llegó la comida, seguimos trabajando hasta el final. Eran más de las cuatro de la tarde cuando Samuel padre se excusó para ir al baño. Junior y yo nos metimos en una animada discusión sobre el mejor enfoque para maximizar el rendimiento. A menudo nos desafiábamos mutuamente.

—Te equivocas, Gemma —se burló Samuel Jr.

—No lo hago —objeté, agitada—. Sabes que tengo razón, pero eres demasiado terco para admitirlo. Las pruebas están aquí mismo. —Señalé un punto de equilibrio en la línea temporal. Se inclinó más hacia mí, miró por encima de mi hombro para ver lo que marcaba en mi *laptop* y su cabeza casi rozó la mía—. El punto de equilibrio en este escenario ocurre nueve meses antes que en el otro escenario.

Ambos concentrados en nuestra discusión, no vimos a Kristoff en la puerta.

—¿No es esto una visión? —Su voz era puro hielo.

Samuel y yo levantamos la vista de la computadora al mismo tiempo y mi mirada chocó con la de Kristoff. Mi corazón se desaceleró y mi respiración se entrecortó en la garganta mientras nos observaba con desagrado. Sus ojos parpadearon hacia Samuel y se entrecerraron.

La tensión llenaba la habitación, enfermiza y amarga. O tal vez era solo yo, porque de repente sentí náuseas. Odiaba los enfrentamientos y sentí que se estaba generando uno en el aire. Me quedé atrapada en el fuego cruzado. Ni siquiera había empezado y ya estaba sudando.

—Kristoff. —Samuel padre volvió a entrar, completamente ajeno a la tensión. O tal vez simplemente no le importaba reconocerlo—. Samuel y Gemma han hecho grandes progresos. Hoy quedará terminado. Solo tienen que ponerse de acuerdo sobre el mejor enfoque.

La mirada de Kristoff seguía clavada en mí, con un calor que me quemaba la piel.

—Bueno, tengo que decírtelo, Kristoff. —Empezó Samuel Jr. despreocupadamente, con un desafío claro en su voz—. Tu asistente administrativa definitivamente tiene cerebro y belleza. ¡Perfección en todos los sentidos!

Me puse rígida, molesta porque lo hubiera incitado. No tuve que mirar a Kristoff para saber que odiaba sus palabras. Las gélidas temperaturas que nos rodeaban eran prueba suficiente. Sin embargo, no me disculparía ni intentaría apaciguar la situación. Le prometí fidelidad. Al menos debería intentar confiar en mí.

—Algunas personas no aprecian la belleza y el cerebro. —Samuel se me acercó más y su mano llegó a mi cintura.

Me aparté.

—¡Basta! —siseé—. Deja de provocarlo a propósito.

Samuel padre rio entre dientes, dándole una palmada en la espalda a Kristoff.

—Confía en mí, Kristoff. ¡Ella puede manejarlo! —Sin querer, hice una mueca de dolor. Eso era lo que no debía decir.

Los labios de Kristoff se apretaron en una fina línea. Luché contra el impulso de ir hacia él, rodearle el cuello con las manos y decirle que no tenía por qué enfadarse. No obstante, permanecí pegada a mi sitio, en medio de una batalla de voluntades.

—Samuel, necesito a Gemma durante una hora —dijo Kristoff secamente al anciano—. Luego puede terminar contigo. Pero mañana, la necesito dedicada a mí arriba.

—Muy amable por compartirla —intervino Junior—. Si ella fuera mía, no lo haría.

Me estremecí, la ira hirviendo en mis venas. Girándome hacia él con mirada asesina, espeté:

—Nunca seré de nadie para compartir.

Kristoff apretó la mandíbula y cerró los puños.

—Ten cuidado, Junior —gruñó, dando un paso amenazador hacia él. Su mirada era oscura sobre Samuel, podía sentir la frialdad en mi piel.

—De acuerdo —dijo el padre de Samuel—. Kristoff, ¿por qué no te llevas a Gemma? Ha terminado el proyecto. Voy a concluirlo y te enviaré los resultados por correo electrónico. Tienes razón, no deberíamos haber monopolizado su tiempo.

Junior me tomó la mano y, antes de que pudiera entender lo que estaba haciendo, me la besó en un gesto propio del siglo XV.

—Gemma, siempre es un placer trabajar contigo. —Ronroneó.

Kristoff se marchó dando un portazo. Estaba segura de que era salir del salón de conferencias o matar a Samuel. Gracias a Dios que eligió lo primero.

—Eso ha sido una idiotez, Samuel —lancé.

—Se lo estaba buscando.

Suspiré ante su tonta respuesta y me giré hacia su padre.

—Si necesita algo más, llámeme o mándeme un *e-mail*.

—Gracias. —Me miró como si estuviera decidiendo si contarme un secreto o no—. ¿Puedo darle un consejo?

—Claro.

—La necesita más que usted a él. No deje que le asuste.

Sin saber qué decir, asentí con la cabeza y volví a subir. Regresé a mi escritorio justo cuando Kimberly salía.

—¿Te vas por hoy? —pregunté.

—Sí —respondió—. Lleva toda la tarde molesto. He tenido suficiente de él por hoy.

—*Ugh*, lo siento. —No debería tener que aguantarlo así.

—No dejo que me moleste. —La mujer tenía agallas, me encantaba eso de Kimberly—. Pero es tuyo por el resto del día.

—Me parece justo.

La puerta del ascensor empezó a cerrarse.

—Dale toda tu atención para que mañana esté de mejor humor. —Me guiñó un ojo y sonrió con picardía, luego la puerta se cerró, quitándome la oportunidad de proporcionarle una respuesta.

No es que tuviera una.

De pie en medio del piso, mi mirada se desvió hacia el objeto de mi deseo, detrás de una gran puerta de caoba. El silencio tras ella era casi ensordecedor y me debatí entre dejar que se calmara o hablar con él.

Luego, con un suspiro y maldiciendo mi incapacidad para dejarlo ir, me dirigí a la puerta y llamé, vacilante.

—Pase.

Abrí la puerta y asomé la cabeza.

—¿Es seguro entrar?

Levantó la vista de su computadora y nuestras vistas se cruzaron. Agitación y algo oscuro se agolpaban bajo aquellas esmeraldas.

—Siempre es seguro que entres —aseguró, con voz casi resignada.

Se tronó el cuello de un lado a otro intentando aflojar la tensión. Luego subió la mano para frotárselo. De vez en cuando, hacía una mueca de dolor, e incapaz de verlo sufrir, me le acerqué.

—Ven, déjame ayudar. —Ofrecí mientras ponía las manos en su cuello y empezaba a masajearlo. Se hizo el silencio mientras aflojaba los nudos de su cuello. Había tantas palabras no dichas que bailaban en el aire y necesitaban ser pronunciadas.

—¿Quieres hablar de ello? —susurré.

Sus músculos se tensaron aún más bajo mis manos. Justo cuando pensaba que no contestaría, una fuerte exhalación salió de sus labios.

—¿Y tú quieres?

—Deberíamos —repliqué en voz baja—. Si no, no podremos arreglarlo. Te prometí fidelidad, y cumplo mis promesas.

—Samuel padre envió el análisis —comentó en su lugar—. Tienes razón, tu enfoque es el correcto.

Sus elogios significaban mucho para mí, pero estaba evitando el tema. Me acerqué más y apreté la boca contra su mejilla, junto a la oreja.

—De verdad deberíamos… —No pude evitar que se me escapara un grito ahogado cuando tiró de mí hacia su regazo. Me agarró por la garganta y se tragó mi siguiente respiración, sus labios ásperos sobre los míos. Casi desesperados.

Su boca en la mía me consumía, prendiéndome fuego, desde el estómago hasta los dedos de los pies. La presión de sus labios contra los míos provocó incendios forestales en cada centímetro de mi cuerpo, haciendo crepitar mi sangre de deseo.

Mis brazos se enredaron alrededor de su cuello y mis dedos agarraron sus oscuros mechones. Deberíamos hablar, de lo contrario nos destruiríamos mutuamente. Lamentablemente, solo pude reunir las fuerzas suficientes para devolverle el beso, rozando su labio inferior con la lengua y mordiéndoselo suavemente. Siseó contra mis labios y deslizó la suya dentro de mi boca.

Nuestra respiración agitada y nuestros jadeos resonaban en la habitación. Me apretó la

cintura con los brazos y bajó hasta mis nalgas, apretándome más contra él. Gemí en su boca, deseándolo más, necesitándolo más.

Sentí esa humedad familiar entre mis piernas cuando su lengua se deslizó contra la mía. Mis dedos se enroscaron en su cabello y arañé su cuero cabelludo. Mi cuerpo se fundió con el suyo, rozándome descaradamente por el placer que sabía que podía darme.

Su beso se detuvo tan bruscamente como había empezado, dejándome desorientada. Parpadeé, buscando su rostro. Me estremecí al ver cómo sus ojos brillaban con el calor posesivo que me consumía. Me encendió la sangre.

Nos miramos fijamente. Mi corazón se aceleró. Me zumbaban los oídos.

—¿Por qué te detuviste? —inquirí con voz ronca. Su frente se apoyó en la mía y, por un momento, nos quedamos solos en el mundo.

—No lo quiero cerca de ti —gruñó.

Mis dedos rozaron suavemente su fuerte mandíbula, sintiendo su barba incipiente. Se inclinó hacia mí y sentí dolor en el corazón por aquel hombre tan fuerte.

Todos los demás se desvanecían a su alrededor. Lo amaba. Mas no podía permitirme tener otra relación, o lo que fuera entre nosotros, con otro hombre celoso. La ira crecería, volviéndose amarga hasta destruirnos a ambos.

—No es más que un compañero de trabajo.

—Le gustas —afirmó simplemente.

—¿Preferirías que me odiara?

—Creo que todavía no he conocido a una persona a la que no le agrades —reviró con un suspiro—. Incluso a mi *chef*, que nunca te ha conocido, le agradas porque cenamos en casa.

Las manos de Kristoff jugaban con mi mechón, enroscándolo alrededor de su dedo. Me senté en su regazo, estudiándolo.

—Te hice una promesa. —Abordé suavemente, luego respiré hondo—. Si no confías en que la cumpla, deberíamos hablar seriamente. Y quizás este acuerdo no sea viable.

Era lo último que quería. Me había enamorado tanto de Kristoff que ni siquiera podía imaginarme no verlo sin sentirme triste.

—Confío en ti —pronunció Kristoff, mirándome a los ojos—. Es en los demás en quienes no confío.

Entonces su boca rozó la mía.

—Vamos, terminemos por esta noche. Me prometiste una excursión este fin de semana. Y quiero que estés muy descansada.

Si hubiera sabido lo que se avecinaba. Habría hecho las maletas esa noche.

Capítulo Cincuenta Y Siete

Genevieve



Genevieve

El fin de semana llegó rápido y se fue de la misma manera.

Fue uno de los mejores fines de semana de mi vida. Fuimos a pasear por las montañas de Western Maryland y luego acampamos toda la noche junto al lago. Las niñas estaban tan agotadas cuando montamos el campamento y encendimos el fuego que se quedaron dormidas antes de que desapareciera el último rayo de sol. Cuando metimos a mis hijas en los sacos de dormir en la tienda de campaña, Kristoff y yo nos sentamos frente a la fogata perfectamente satisfechos.

—Ha sido una gran idea. —El aliento caliente de Kristoff contra mi oreja me provocó escalofríos. Con la espalda pegada a su pecho y sus fuertes brazos rodeándome, nos sentamos frente al fuego.

—Tengo unas cuantas ideas geniales bajo la manga. —Le lancé una mirada por encima del hombro, con una sonrisa en los labios, y agachó la cabeza para presionar sus labios contra los míos. Saboreó mi boca y me chupó la lengua. Besarlo era pecaminoso y dulce.

—Deberíamos hacer esto todos los años —sugirió, y mi corazón dio un vuelco. O posiblemente varios saltitos.

—Estoy de acuerdo. —Mi voz salió un poco temblorosa.

—Nunca terminamos de hablar ayer ni llegamos a concluir el tema del contrato. —Abordé el tema nerviosa y rápidamente intenté añadirle un poco de humor—. Este es mi débil intento de renegociar con el negociador más duro que he conocido.

Sentí sus dientes, mordisqueando suavemente el lóbulo de mi oreja.

—No, no lo hemos hecho.

Esperé a que continuara, mas no lo hizo. Moviéndome ligeramente para poder darme la vuelta, me arrodillé frente a él, cara a cara, con el fuego a mi espalda.

—¿No crees que deberíamos hablarlo? —inquirí.

—¿Quieres firmar el contrato? —A pesar de que su voz contenía humor, sus ojos no.

—Quizás esté lista para negociar. —Intenté sonreír, pero no estaba segura de haberlo conseguido.

Tirando de mí, me senté a horcajadas sobre él, nuestras caras a centímetros la una de la otra.

—Serás mi perdición —gruñó, con la voz tensa, un temblor en el fondo, y me ardió la sangre. Sin embargo, fue el anhelo en sus ojos lo que fue mi condena—. Me esfuerzo por aferrarme a tu promesa de ser fiel y mantener el contrato fuera del juego.

—Oh.

Nos miramos fijamente, con la confusión nadando por mis venas. «*Lo estaba intentando*», susurró mi mente. Le pasé la lengua por el labio superior, pero antes de que pudiera explorar más, me agarró la cara y me invadió su lengua. Su sabor era un condimento que había llegado a anhelar.

Echándome hacia atrás, me ahogué en sus iris verdes. *Estaba cediendo, ¡por mí!* Una suave sonrisa curvó mis labios y la esperanza parpadeó en mi corazón.

—No romperé mi promesa —juré en un susurro.

Me abrazó toda la noche. Nunca me había sentido tan en paz mientras las estrellas parpadeaban en el cielo, vigilándonos en la cima de una montaña y el mundo a nuestros pies.

* * *

Mis dos meses habían terminado.

Me desperté con el sonido de la alarma y millones de mensajes y llamadas perdidas. El miedo se apoderó de mi estómago, aunque no sabía por qué. Aunque un montón de mensajes nunca era un buen presagio para nadie.

—Buenos días. —La voz de mi suegra gritando por la casa me hizo moverme.

—¡Lo siento, Laura! —grité desde lo alto de las escaleras—. Nos quedamos dormidas. Flojera de verano, supongo.

Agitó la mano.

—Deja dormir a las niñas. ¿Sabes que tu calle está abarrotada de periodistas?

—*¿Eh?*

Caminé por el suelo de madera hasta la ventana delantera y descubrí que sus palabras eran ciertas.

—¿Qué ha pasado? —murmuré en voz baja.

Antes de que pudiera comprobarlo, recibí un mensaje de texto.

Kristoff: Mi coche te recogerá. No hables con los reporteros.

¿Qué?

Yo: ¿Qué está pasando?

Kristoff: Me encargaré de todo. Pero no hables con los paparazzi.

Por supuesto, eso no hizo más que aumentar mi curiosidad. Así que encendí las noticias locales y se me retorció el estómago.

—Que. De...

Pasé por las imágenes, una y otra vez. Fotos de Kristoff y mías. De excursión. En casa de Betty conmigo de rodillas. Secciones del contrato que nunca llegué a firmar. Me quedé mirando el teléfono, incapaz de moverme. Aquello era malo. Muy, muy malo. Todo el mundo tenía acceso a esas fotos.

—Dios mío. —Las náuseas me golpearon fuerte y rápido, apenas llegué al baño y vacié el contenido de la cena de la noche anterior.

Se me saltaron las lágrimas mientras me limpiaba la boca con el dorso de la mano y seguía leyendo los artículos. Kristoff y yo éramos las estrellas de todas las páginas *web*. Al menos, eso parecía.

Entonces me llamó la atención un artículo.

¿Es una madre soltera de los suburbios que quiere pegarle a lo grande y no pierde de vista a los multimillonarios solteros? ¿Se ha fijado la señorita Rose en los hermanos Ashford y en Kristoff Baldwin?

Sacudí la cabeza con incredulidad. La gente estaba loca... harén reverso.

¿Mató la señorita Rose a su marido para estar con el codiciado y asquerosamente rico multimillonario?

Me congelé y mi sangre se convirtió en hielo. «*Nadie lo sabe. Nadie lo sabe*». El miedo me rodeó la garganta y me cortó la respiración con un doloroso latido dentro del pecho.

Mis niñas. *No podía perderlas.* No deberían ver esto. Salí a trompicones del baño y corrí por

el teléfono de Sienna que estaba abajo en el cargador.

—¿Qué está pasando? —La voz de Laura vino de detrás de mí y me sobresaltó tanto que dejé caer el móvil. Olvidé que estaba aquí.

Tragué saliva, la vergüenza llenaba cada fibra de mí.

—No pongas las noticias —supliqué, apenas me salieron las palabras—. Por favor.

No contestó. Me arrodillé y me temblaban las manos al agarrar el teléfono de Sienna.

—Dile a Sienna que le voy a comprar un teléfono nuevo. —Respiré mientras el terror me subía por la espalda. Esto era peor que sentir los puñetazos de mi difunto esposo. Esto les haría daño a mis hijas.

—Está bien, no lo haré. —El comportamiento calmado de Laura ayudó de alguna manera a mi estado agitado.

Una hora más tarde, llevaba un vestido negro de Valentino con zapatos de tacón a juego. Luego añadí un largo cárdigan verde que le daba a todo mi conjunto un aspecto maduro. Incluso me maquillé. Me pinté con delineador y agregué máscara de pestañas, y le di el toque final con un sombreado ahumado y labios rojos. Colores de guerra.

Ese día necesitaba una armadura.

Con una última mirada en el espejo y mi bolso Coach, me dirigí escaleras abajo. Las niñas seguían dormidas. Respiré aliviada en silencio y di gracias a Dios por las pequeñas bendiciones.

—Ha llegado un coche por ti —avisó Laura, probablemente preocupada porque nunca me había visto así.

Con un gesto seco de la cabeza, y con mi barbilla en alto caminé hacia la puerta. Un Mercedes me negro esperaba.

—¡Gemma! —gritó mi exsuegra y miré por encima del hombro—. Vales mil millones de dólares.

—Gracias. —A pesar del problema en el que me encontraba, una sonrisa genuina apareció en mi cara—. Mantén a mis chicas a salvo.

En cuanto abrí la puerta principal, el conductor me miró a los ojos e hizo un gesto cortés con la cabeza. Me abrió la puerta del vehículo.

—Señorita Rose.

—Buenos días —saludé mientras me deslizaba dentro.

No perdió tiempo en sentarse en el asiento del conductor y sacarnos de allí. Los *flashes* de la cámara me hicieron taparme la cara. No necesitaban más fotos mías. *Idiotas*. El trayecto hasta la oficina fue tranquilo, aunque angustioso. Mis pensamientos iban de un lado a otro.

No esperaba que mis momentos privados con Kristoff se hicieran públicos. Mucho menos fotografías nuestras. El miedo y la vergüenza me atormentaban, más que el arrepentimiento. No sabía lo que eso significaba para mi relación con Kristoff. ¿Me dejaría?

Un zumbido de mi teléfono me hizo buscarlo en mi bolso. Era un mensaje.

Rick: ¿Estás bien?

Yo: Lo estaré.

Rick: Estoy preocupado por ti. ¿Cómo los noticieros consiguieron fotos tuyas?

Me encogí al saber que mis amigos habían visto las imágenes. Odié no poder exigirles a todos que no las vieran.

Rick: Vamos a almorzar hoy.

Podría ser exactamente lo que necesitaba.

Yo: De acuerdo. ¿Panera? ¿Mediodía?

Rick: Nos vemos entonces.

En cuanto llegamos al edificio de W&W, mi estómago se desplomó aún más. El enjambre de *paparazzi* rodeaba el lugar. La seguridad intentaba mantenerlos a raya, tras las barreras que antes no hacían falta. Incluso había furgonetas de noticias bloqueando la calle y me pregunté si conseguiría reunirme con Rick para comer. Metí bien el teléfono en el bolso y lo cerré.

Cuando el conductor se detuvo frente al edificio, solté un pesado suspiro y empujé la puerta. En cuanto mis tacones tocaron el pavimento, los *flashes* de las cámaras me cegaron y las preguntas gritaban desde todas direcciones. Aferré mi bolso mientras me abría paso por la zona despejada, la seguridad luchaba por mantener al límite a la gente.

Los gritos viajaron por el aire:

¡Puta! ¡Cazafortunas! ¡Zorra!

Me esforcé por no inmutarme, ignorando los comentarios. Hasta que llegó el siguiente:

¡Asesina!

Mis rodillas se debilitaron y mis manos temblaron, pero antes de que pudiera flaquear, un par de manos fuertes me envolvieron. El olor familiar. Nuestras miradas se cruzaron y me aferré a su fuerza y la sostuve. Su cruda autoridad masculina mantuvo a raya los insultos, aun así, las preguntas curiosas sobre nuestra relación seguían llegando.

Ambos los ignoramos.

Juntos atravesamos el vestíbulo y, una vez en el elevador, me acercó más a él.

—¿Estás bien?

El temblor de mis manos era evidente cuando agarré su corbata, retorciéndola nerviosamente.

—¿Cómo sucedió esto? —Exhalé—. Las fotos de nosotros... —Tragué saliva—. Los artículos...

—Me encargaré de todo —susurró Kristoff, sosteniendo mi cara con sus palmas—. Estás pálida.

—Probablemente el maquillaje —justifiqué cansada. Apenas había empezado el día y el cansancio se había instalado en mí.

—Voy a destrozar a esa zorra.

Su presencia gritaba poder y confianza. La mía no. Estaba muerta de miedo. No sabía mi secreto, y serían mis hijas las que pagarían el precio más alto.

Entonces sus palabras calaron hondo y parpadeé, confusa.

—¿Ella?

—Fue Jacqueline —siseó, mientras tiraba de un mechón de mi cabello con los dedos. Como si tocarme lo calmaba—. Mi exesposa estará acabada en nuestros círculos. Me aseguraré de ello.

Tragué saliva.

—¿Qué pasa con su hijo y su padre? No deberían pagar por sus pecados.

«O el mío».

—Esos dos estarán bien.

Ser enemigo de Kristoff Baldwin no era inteligente. Para nadie.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor, interrumpiendo nuestra conversación.

Kimberly corrió hacia mí con expresión preocupada.

—¿Estás bien, cariño?

No me sorprendía que se preocupara por mí. Incluso después de la especulación de que asesiné a mi marido. *Jesucristo.*

—Los *paparazzi* son sanguijuelas —continuó—. No te preocupes, el señor Baldwin se encargará de todo. —Kristoff asintió y añadió—: Hablando de ocuparse de todo, su abogado está aquí.

Sus ojos seguían clavados en mí, reacios a dejarme en sola.

—Ya estoy bien —pronuncié—. Estoy aquí con Kimberly.

—¿Estarás bien?

—Sí. —Me negué a ser débil y dejar que su exesposa ganara—. Ve y ocúpate de tu reunión.

Capítulo Cincuenta Y Ocho



Kristoff

—Demándala por difamación y destrúyela —ordené.

Los hermanos Ashford también atacarían a Jacqueline. La jodió en grande cuando puso sus ojos en Gemma, tratando de hacerle daño. Y meter a los Ashford en su juego fue aún más tonto. No tenía ninguna posibilidad.

Landon sonrió desde el lado opuesto de la mesa. Byron también se encontraba aquí.

—¿Cuánto tiempo para que toda esta mierda desaparezca? —pregunté.

—Y para que quede claro —refunfuñó Byron—. El dinero no es problema. Quiero esa mierda fuera de internet y a quien la haya publicado completamente destruido.

La sonrisa de Landon se hizo aún más grande. No había nada que le gustara más que destrozar a la gente. Era un hijo de puta enfermo, así que era bueno que trabajara para mí.

—¿Cuánto tiempo te tardarás en contener el escándalo? Quiero que retiren sus fotos de la *web*. Tiene hijas, y esto no es algo que se tome a la ligera.

Maldición, seguro que me echaría la culpa, y ni siquiera podía negarlo. La perseguí sin tener en cuenta su privacidad. La noche anterior llamé a Rick y lo ataqué. Me sorprendió que el desgraciado no corriera llorando a Gemma. ¿Cómo demonios pudo dejar entrar a la mujer de Jonathan en su casa?

Landon se tensó.

—Sabes que una vez que la mierda llega a la *web*, es imposible borrarla.

Intenté no explotar ante su tono condescendiente. No nos haría ningún bien a ninguno de los dos que perdiera los estribos. Byron me miró y asintió en silencio. Sabía cómo hacerlo. Después de nuestro tiempo juntos en el ejército, llegamos a entender nuestras miradas sin tener que pronunciar palabras.

Cuando Landon se fue, me giré hacia Byron.

—¿Cómo quitamos todas esas fotos?

Los labios de Byron se curvaron, una sonrisa ligeramente sádica en sus labios.

—Nico Morrelli.

—Maldición, ¿el mafioso?

—Sí, pero no te preocupes. No te lo echará en cara en el futuro. Le pagamos sus honorarios y listo. Tuve que manejar de esa manera algunas indiscreciones de mi padre.

Mis labios se curvaron con desagrado.

—No me pongas en la misma categoría que él.

—No lo hago —aseveró—. Créeme, a mí tampoco me hace gracia la mierda pública. Aunque, si encontrara una mujer como ella... Joder, quizá me dejaría ver y envidiar por todo el mundo.

A las once de la mañana, ya había tenido mi gran número de reuniones. Había ido de reunión en reunión, intentando apagar el incendio de relaciones públicas y proteger a Gemma.

La más importante fue con Nico Morrelli, a quien se le encargó borrar todo lo relacionado con Gemma. Especialmente el chisme de que mató a su esposo. *Maldita Jacqueline.*

La puerta de mi oficina se abrió y levanté la vista de la computadora.

Kimberly entró con mi café y mis cejas se alzaron.

—Sé que Gemma suele traértelo —comentó—. Corrió al baño, parecía verde. Nunca te lo dirá, pero no se siente bien.

—¿Qué le pasa? —gruñí, con la alarma recorriéndome la columna vertebral.

—No lo sé. Sigue asegurándome que está bien; sin embargo, una de las señoras de contabilidad dijo que ya la habían oído vomitar en el baño.

Algo se me retorció en el pecho. La sola idea de que estuviera enferma no me gustaba. Por desgracia, tampoco la culpabilidad de haberla puesto en el camino de la loca de mi ex.

—Por favor, envíala a mi despacho cuando vuelva. —Dejó el café sobre mi mesa—. Gracias, Kimberly.

Cinco minutos después, Gemma entró en mi oficina sin maquillaje. Me seguía pareciendo atractiva y, sinceramente, la prefería sin él. No lo necesitaba para estar hermosa.

—*Hey*, ¿querías verme? —Kimberly tenía razón. Estaba pálida con ojeras.

—Kimberly me dijo que no te sientes bien. —De acuerdo, mi voz salió un poco más dura de lo que pretendía y la preocupación me pesaba en el pecho.

Puso los ojos en blanco, sin embargo, no fue tan eficaz con su tez pálida que tenía un tono verde.

Señalé un lugar delante de mí y se dirigió hacia mí, con pasos lentos, mas no vacilantes. Rodeó el escritorio y apoyó el trasero en él, sin apartar su mirada de mí.

—¿Cómo te sientes? —Era obvio que no se sentía bien, pero quería que ella me dijera por qué.

—Estoy bien. —Sonrió cansada.

—No lo estás. —Le pasé los nudillos por la mejilla y le acomodé un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja. Me tomó la mano, me besó la palma y luego la apretó contra su mejilla.

—Estoy bien. De verdad —afirmó.

—Estoy trabajando para eliminar todo eso de la *web* —le informé—. Dame unos días y todo habrá desaparecido.

La confusión se reflejó en su expresión.

—¿Cómo?

De ninguna manera le diría que recurrí a pagarle a un mafioso para que borrara todo. A esas alturas, la conocía lo suficiente como para saber que eso la asustaría. Hasta ese momento, su rol era de protectora, no obstante, estaba fuera de su elemento con gente como Jacqueline. Así que sería el protector de Gemma, me quisiera ella o no.

—Deja que yo me preocupe sobre eso —le pedí—. Deberías irte a casa y descansar un poco. —Mis dedos volvieron a rozar su mejilla. Era inútil luchar contra mi impulso de tocarla. Era una necesidad, como el aire para mis pulmones. Sus párpados se cerraron y suspiró, inclinándose hacia mis caricias. Dios, tal vez Gemma sentía una pizca de lo que yo sentía por ella. Sin darme cuenta, me había enamorado de esta mujer.

Era mi debilidad. Perderla me destruiría.

—¿No necesitas nada? —Negué con la cabeza. Siguió dudando—. ¿No parecerá que soy una cobarde?

La idea era absurda. Llegó a la oficina con la cabeza bien en alto y lo superó todo. En mi opinión, era la mujer más fuerte.

Acaricié sus mejillas.

—Eres la mujer más fuerte que existe. Ahora, vete a casa y descansa un poco. Mi chofer te llevará.

—Gracias.

Esperaba que para cuando terminara la semana, todo eso hubiera quedado atrás.

* * *

A las doce y media, mi conductor era la última persona que esperaba ver en el vestíbulo. Todavía quedaban algunos periodistas en la acera, pero mi seguridad consiguió dispersar a la mayoría. Por supuesto, mis llamadas y las de Byron a las agencias de información también podrían tener algo que ver.

—Creía que habías llevado a la señorita Rose a casa —le pregunté.

—Se reunió con un amigo —explicó. Me quedé quieto—. Le dije que se tomara su tiempo.

Se me escapó un suspiro sardónico.

—¿Mencionó el nombre de este amigo?

Dudó y luego negó con la cabeza.

Mi mirada recorrió el vestíbulo.

—¿Mencionó dónde?

Apreté los dientes, las voces de mis empleados sonaban lejanas mientras la sangre tamborileaba en mis oídos.

Fidelidad. Hizo una promesa.

Entonces, ¿por qué no mencionó sus planes para el almuerzo?

—Panera.

Inhalé profundamente y me dirigí al vestíbulo de W&W con una calma antinatural. Las imágenes de la última vez que una mujer me mintió se reprodujeron en mi mente. Excepto que la imagen fue reemplazada por el rostro de Gemma y algo se apretó en mi garganta. Un dolor me atravesó el maldito pecho como nunca antes.

«¿Por qué no lo mencionó?».

Una maldita mentira, una omisión, y estaba de vuelta en el principio. El aire húmedo del verano me golpeó en cuanto pisé la acera. Con cada paso que daba hacia Panera, el hueco en mi pecho se hacía más y más grande.

Fue entonces cuando la vi. Con el hijo de puta de Rick. Su mano le acomodaba un mechón de su cabello rebelde detrás de la oreja. Parecía despreocupada y feliz, le brillaban los ojos. Nunca me había sonreído así.

Entonces Rick la jaló para abrazarla y Gemma apoyó la cabeza en su pecho.

Aquello fue lo que me llevó al límite.

Capítulo Cincuenta Y Cinco



Genevieve

En cuanto vi a Rick, me animé. Después de todo, lo conocía desde hacía casi dos décadas. Nos llevábamos mejor que Jack y yo. Me entendía mejor que Jack.

—Pareces cansada —murmuró Rick en mi cabello mientras me abrazaba y luego me hizo girar.

Solté una risita. Probablemente no sería un buen escenario si lo captaban los *paparazzi*.

—¡Caramba, gracias! Tampoco te ves muy bien —me burlé.

Con su traje, parecía mucho mayor de sus treinta y cuatro años. Probablemente por eso Betty prefería que llevara traje. No quería que nadie se enterara de que él era seis años más joven.

—He pedido comida. —Señaló los platos en la mesa—. Ensalada de fresas y semillas de amapola y un sándwich mediterráneo, por si no te apetece una ensalada.

Extrañamente, se me revolvió el estómago, aunque lo ignoré. Había sido un día extraño.

—Gracias. ¿Cuánto te debo?

—Yo invito. —Sonrió—. Quiero oír todos los detalles sobre qué demonios está pasando.

Gemí, lanzando una mirada por encima del hombro.

—Es una larga historia.

Hizo un gesto con la mano para que nos sentáramos y entablamos una conversación fácil, sin hablar de los titulares de ese día.

—Jonathan mencionó que su hijo está saliendo con Sienna. —Se interrumpió, un poco inseguro de si debía continuar. Cuando no dije nada, continuó—: ¿Crees que su ex se volvió loca por eso?

Me encogí de hombros, con las sienes palpitándome ligeramente.

—Creo que solo *está* loca —comenté, presionándome la nariz entre mis dedos. Tenía que ser el tema de la frenética de su ex lo que provocó el inminente dolor de cabeza.

Asintió con la cabeza.

—No puedo creer que Sienna esté saliendo con chicos.

—Está creciendo —comenté con una suave risita—. Por mucho que odie admitirlo.

—Hora de sacar la artillería pesada, *¿eh?* —bromeó.

Puse los ojos en blanco.

—Espera a que tus chicos empiecen a salir. Te voy a dar mucha mierda.

—Los chicos harán cola delante de tu casa. Como los periodistas. —Se me cayó la sonrisa—. ¿Qué demonios pasó, Gemma?

Tragué saliva.

—Quizá debería preguntarte lo mismo, teniendo en cuenta que algunas de esas fotos se tomaron en tu casa. —Las palabras salieron demasiado a la defensiva, y me arrepentí en cuanto escaparon de mis labios. Lo culpaban. Extendí la mano y la puse sobre la suya—. Lo siento. Eso estuvo fuera de lugar.

Una mueca amarga tocó sus labios.

—¿Así que te lo dijo?

—*¿Eh?* —Me invadió la confusión.

—Tu novio me llamó anoche —explicó y se me encogió el corazón al escuchar la etiqueta de *tu novio*. O simplemente *mío*. Dios, mis prioridades estaban torcidas.

—¿Qué dijo? —Respiré.

—Así que no te lo informó. —Negué con la cabeza—. Me atacó. Básicamente me amenazó con dejarme sin un centavo si se enteraba que dejé que Jacqueline te grabara y tomara fotos.

Mis mejillas se encendieron. *¿Una grabación?* Santos cielos, ¿qué más había?

—¿Cómo las consiguió, Rick? —susurré—. Sé que no la dejarías, pero...

—No lo sé, Gem. —Escuché sinceridad en su voz y la vi en sus ojos—. Lo único que se me ocurre es que tal vez entró por la habitación contigua. Es un baño Jack-n-Jill.

Parpadeé.

—Me olvidé de la habitación adyacente.

La explicación parecía plausible. Me pasé las manos por el cabello y maldije en voz baja.

—¡Qué desastre! Estoy mortificada por lo que la gente vio.

—¿Qué está haciendo Baldwin al respecto?

—Me asusta saber los detalles —admití—. Honestamente, todo el asunto me asusta.

No podía decirle a Rick que mi mayor miedo se especulaba en uno de los artículos. Apuñalé a Jack. Fue un intento de asesinato y ese secreto me había carcomido el alma, lentamente, con garras que se clavaban en su carne haciéndola sangrar. Hasta ese día, nunca entendería por qué Jack fue al bar con una puñalada.

—Baldwin tiene el dinero y el poder para manejarlo —refunfuñó Rick—. Si alguien puede ayudarte, es él.

Suspiré. Kristoff se estaba encargando de ello, pero no sabía lo que significaría a largo plazo. ¿Qué pasaría si la demente de su ex venía con mierda después de que tomáramos caminos separados? No podía encargarme de todo eso yo sola. No tenía ni los recursos ni el dinero.

Me pasó el dedo por la mejilla.

—Ya es hora de que seas feliz. Jack solo te hizo miserable. —Me puse rígida ante su comentario. No tenía sentido negarlo. Había visto muchas cicatrices y peleas—. Jack era mi primo y crecimos juntos, pero era un imbécil. Egoísta, arrogante y a veces cruel. —Me acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Me preocupa que Kristoff no se quede atrás. Y ese hombre tiene dinero, así que sería difícil ir contra él.

Sacudí la cabeza.

—Kristoff no es como Jack. —*«Excepto por los celos»*. Pero estábamos trabajando en ello.

—Eres como una hermana para mí. Quiero lo mejor para ti y tus hijas.

Un suspiro estremecedor me abandonó y las lágrimas se clavaron en mis ojos.

—Que desastre —musité, nuestras miradas se conectaron mientras se hacía el silencio—. ¿Quién iba a decir que la vida sería tan complicada? —inquirí.

Se rio, me agarró la mano y la apretó con afecto.

—Todo estará bien —afirmó y me envolvió en su abrazo. Le devolví el gesto y apoyé la cabeza en su pecho, como había hecho tantas veces cuando necesitaba un abrazo después de los arrebatos de Jack.

—Lo siento, Rick —agregué contra su pecho—. Te quiero mucho y no podría haber sobrevivido la última década sin ti.

—Siempre te querré a ti y a tus chicas. Mientras nos tengamos el uno al otro, estaremos bien. —Sus palabras eran suaves, llenas de convicción y promesas.

—¿De verdad lo crees, Rick? —La cara de Kristoff era una máscara en blanco, algo oscuro y volátil en sus profundidades esmeralda—. Bueno, ¿no es esto una escena conmovedora?

Su mirada se cruzó por fin con la mía y algo en la forma en que me observaba me retorció el corazón con crueldad.

—Fidelidad —se burló de la palabra como si fuera algo sucio.

—Kristoff, solo estábamos...

—Ahórratelo, Gemma. —El frío tenor de su voz me heló el corazón. La mirada que me dirigió me apuñaló el alma.

Rick no quitó los brazos de alrededor de mí, su agarre se hizo más fuerte. Soltó un suspiro sardónico y, por la forma en que le palpitó un músculo de la mandíbula, quedó claro que estaba enfadado.

—¿Sabe tu esposa que estás aquí, Rick? —Su vista estaba fija en mí, la posesividad en sus ojos me cortó la respiración—. Sabes que está casado, ¿verdad? Con tu mejor amiga.

Sus palabras me calaron hondo y me helaron hasta los huesos. Sentí como si acabara de abofetearme un completo desconocido con una fría mirada esmeralda.

Un vistazo a la parte trasera del lugar mostró que todo el mundo nos estaba viendo. Los murmullos se extendieron entre la gente, el tema de conversación era claro. Especialmente cuando me señalaron con el dedo, con la comprensión brillando en sus ojos.

—Kristoff, estás haciendo una escena. —Respiré, la ira ardiente sustituyendo poco a poco todo lo demás. Excepto las náuseas. Seguían revolviéndome el estómago junto con la amargura que se intensificaba mi pecho.

Mi final feliz no estaba escrito en mi destino. Aunque eso ya lo sabía, *¿no?*

Harta de todo, me levanté para marcharme. Rick hizo lo mismo, me tomó de la mano y miró a Kristoff. La tensión salía de mi jefe y apretó el puño. Estaba furioso, el ambiente hostil había subido de tono. Kristoff bloqueó nuestra salida, mucho más alto que Rick, desafiándolo en silencio a que se atreviera a apartarlo de su camino.

Las náuseas me revolvieron el estómago y respiré entrecortadamente. Lenta y mesuradamente, con la esperanza de contenerlas. Mi rostro palideció y se me subió la bilis a la garganta. Empujándome entre los dos hombres, salí corriendo por la puerta de salida hacia la acera. Apenas llegué al bote de basura para vomitar todo lo que tenía en el estómago.

Una mano familiar se acercó a mi espalda. Unos dedos me agarraron el cabello, apartándomelo de la cara mientras me daban arcadas. Y mientras tanto, una mano fuerte me frotaba la espalda, calmándome.

—¿Estás bien? —La voz de Rick vino de mi izquierda, demasiado lejos para que pudiera ver —. Te consolaría, pero el desgraciado me está observando furiosamente.

Volví a vomitar, haciéndole señas con la mano de que estaba bien.

Luego se detuvo, tan rápido como empezó, mientras una duda desgarradora me acechaba en el fondo de la mente. Algo dentro de mí se estremeció y mi corazón tembló. Algo dentro de mí se sacudió y mi corazón se estremeció.

«No puede ser», susurró mi razón. «*Imposible*».

Me limpié la boca con el dorso de la mano y me enderecé. Preocupada por si aún tenía restos de vómito en la cara, fui a limpiarme la boca de nuevo. Kristoff se me adelantó y me secó la boca con su pañuelo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Rick ofreció.

—¿No es hora de que vuelvas a tu trabajo de mierda o al menos con tu esposa? —Me estremecí ante el tono gélido de Kristoff—. Si miras a mi mujer, te mataré.

Parpadeé. *¡Oh no. Se atrevió a hacerlo!*

—Kristoff... —siseé, pero me cortó.

—¡Ni se te ocurra defenderlo! —bramó. Una expresión fría y distante en su rostro. Mi corazón se rompió en dos pedazos. Me dolía más de lo que jamás hubiera imaginado.

Debería confiar en mí para comer con mi amigo. Se sentía como la peor clase de traición que

dudara de mí de esa manera. Después de todo.

Mi propia furia hizo acto de presencia y le quité la mano de encima.

—No. Soy. Tú. Posesión. —Mis ojos se posaron en los suyos, esperando que al menos se viera algo de firmeza. Herida. Mi sangre retumbó en mis oídos hasta que todo lo que pude escuchar y sentir fue mi propia ira.

Rick me empujó detrás de él.

—Escucha, amigo. Necesitas calmarte. Luego ve si ella quiere hablar contigo.

Me estremecí ante sus palabras, y antes de que pudiera pestañear, el puño de Kristoff se alzó y conectó con la cara de mi mejor amigo con tanta fuerza que este retrocedió dos pasos tambaleándose.

Al parecer, Rick sabía exactamente qué decir para poner a mi jefe al borde.

Mirándolos e incrédula ante mis propios ojos, permanecí congelada en mi sitio. Hasta que Rick trató de devolver el golpe y salté adelante de él.

—¡Basta, ambos!

—Él empezó, demonios —reprochó Rick, fulminando con la mirada a mi jefe.

Kristoff dio otro paso amenazador hacia Rick.

—No te atrevas, maldición —objeté. El ojo de Rick empezó a hincharse, un moretón floreció bajo él—. ¿Qué diablos te pasa, Kristoff?

Rick se encorvó, sujetándose la cara y me alejé un paso de Kris.

—Déjame ver —exigí, apartándole la mano del rostro, sin dejar de vigilar al hombre que tenía detrás.

—Está bien —protestó entre dientes apretados, no sabía si por rabia o por dolor—. El desgraciado golpea como si fuera un boxeador.

—Estaba en las Fuerzas Especiales. Estabas en desventaja. —Entonces le lancé a Kristoff una mirada que esperaba transmitiera lo furiosa que estaba. A pesar de que me ardían los ojos y tenía que parpadear para mantener a raya las lágrimas, *estaba* molesta. ¡Maldita sea!

La respuesta de Kristoff fue una risa amarga.

—Ya veo lo equivocado que estaba al confiar en ti —expresó, y luego me dejó sin mirar atrás —. No me extraña que te negaras a firmar el maldito contrato.

—Kristoff.

Se detuvo de espaldas a mí, con los hombros tensos. Sin embargo, se negó a girarse y verme a la cara.

Como no encontré palabras que decir, se marchó.

Llevándose mi corazón y la posibilidad de ser feliz.

Capítulo Sesenta

Genevieve

—¿Segura que estarás bien? —Rick preguntó por décima vez desde que salimos de D.C. Afortunadamente, esa sería la última vez para su pregunta porque estábamos en frente de mi casa. Y lo mejor era que todos los *paparazzi* se habían ido. Kristoff debía haber cumplido su promesa de arreglarlo todo—. Betty puede quedarse contigo —sugirió.

Otra oleada de náuseas se apoderó de mí. Dios, mataría por un Ginger Ale.

—Estoy segura —aseveré mientras tiraba del pomo de la puerta de su BMW. Necesitaría que Betty cuidara de él—. Haz que tu esposa te ponga hielo en la cara cuando llegues a casa. Si no, mañana parecerás Rocky.

Se le escapó una carcajada.

—Si fuera Rocky, tu jefe nunca me habría dado un puñetazo.

Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—Siento que hayas pasado por eso.

Agitó la mano.

—Ocurre todos los días.

Puse los ojos en blanco y salí del coche.

—Dile a Betty que la llamaré más tarde.

Cerré la puerta y lo vi alejarse. Y todo el tiempo repetía en mi mente las palabras de mi médico. *«La probabilidad de que vuelvas a embarazarte es de una entre mil millones... ¿o era de una entre un millón?»*.

No podía sacar conclusiones precipitadas. Tenía la inquietante sensación de que no tendría que buscar mucho para encontrar respuestas.

Por primera vez en mi vida, recé para que no hubiera ninguna posibilidad de estar embarazada, a pesar de que siempre había querido una familia numerosa. Porque eso significaría que le mentí a Kristoff. Aunque sin querer. No creía que él lo viera de esa manera.

La puerta de mi casa se abrió y mi hija pequeña salió corriendo hacia mis brazos, poniendo fin a todos mis problemas.

—Gemma. —Laura corrió tras Sierra—. ¿Ya estás en casa?

Sin prestar atención, levanté a mi bebé y le pasé los labios por la frente.

—Ah, sí. Me sentía un poco mal.

Las guie a todas al interior de la casa y cerré la puerta tras de mí. Las tres juntas entramos en la cocina, donde las dos mayores comían tomates *Cherry* y pepinos del huerto.

Sonreí ante la feliz imagen.

—¿Está delicioso? —pregunté mientras Saoirse corría hacia mí y me daba un abrazo, aprovechándose de limpiar sus deditos llenos de jugo de tomate en mi traje Valentino. «*Bueno, no era mío. Lo compró Kristoff, así que le pertenecía*».

—Riquísimo —respondió con la boca llena de tomates. Negué con la cabeza, sonriendo a sus mejillas regordetas, apartándole el cabello de los ojos.

—¿Quieres que me quede más tiempo, Gemma? —indagó Laura—. Si estás enferma, probablemente deberías descansar para sentirte mejor.

—Gracias, Laura —dije levantando la vista de mi hija de cinco años—. Me siento mejor, pero eres más que bienvenida a quedarte y podemos pasar el rato juntas.

Laura tardó otros treinta minutos en marcharse. Fui en busca de mi teléfono y le envié un

texto rápido a Rick y Betty.

Yo: ¿Cómo está el ojo?

Rick: Puse un poco de carne congelada en él. La hinchazón desapareció.

Betty: No me quiere decir lo que pasó.

Uff. Realmente yo no quería ser quien se lo dijera. Tan típico de Rick hacer de menos todo.

—Hola —contesté al teléfono.

—Dijo que tu jefe lo noqueó —avisó Betty. De acuerdo, Rick podría haber compartido una versión exagerada—. Pero se niega a decir por qué, ¿es por la grabación de los dos en la habitación de invitados? O debería decir baño.

Gemí. El mundo entero debió haber visto esa mierda. Ya no respetaban la privacidad en ningún lugar. Aparentemente mi respuesta no fue lo suficientemente rápida, porque continuó:

—Rick me dijo que te enfermaste. ¿Estás bien?

—Sí.

—Cuidé de Rick —anunció—. Mental, física y sexualmente.

Me dio aversión el solo pensar esa imagen.

—Qué asco.

Se rio entre dientes.

—Necesita descansar. Voy a agarrar a los chicos e iré contigo.

Dios, su compañía sería bienvenida. Especialmente con todos los escenarios que me pasaban por la cabeza.

—¿No preferirías quedarte en casa con Rick? —Intenté, aunque sin entusiasmo. Aunque en ese momento necesitaba una amiga. Y no a Rick. Necesitaba una mujer.

—No. Quiere paz y tranquilidad después de que obtuvo una mamada. Está saciado, ¿si me entiendes? —Se rio con suficiencia e imité sonidos de vómitos.

—De acuerdo, ven entonces —accedí—. ¿Puedo pedirte que recojas algo en el camino?

—Cualquier cosa.

—Pruebas de embarazo —susurré, mirando a mi alrededor. Era ridículo. Era una mujer adulta.

—¡Gemma! —Betty chilló tan fuerte que tuve que quitarme el teléfono de la oreja o arriesgarme a perder la audición—. ¿Cómo?

Respiré hondo.

—Bueno, podría ser detallista como intentas serlo o simplemente decir que ocurrió de la forma tradicional. —En algún lugar profundo de mi pecho se encendieron los viejos temores. Ya había abortado muchas veces. Y, aun así, la emoción revoloteaba ante las posibilidades.

Quizá necesitaba que alguien me golpeara en la cabeza con algo duro. ¿Quién en su sano juicio ansiaba tener un bebé después del desastre de ese día?

—Probablemente no sea nada.

Sin embargo, incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que era algo. Según mis cálculos, hacía dos meses que no tenía mi periodo. Aunque nunca fue algo que me preocupara. Mis periodos siempre fueron irregulares.

—No te preocupes. Iré a buscar la prueba de embarazo e iré con los chicos. Los niños pueden jugar y nosotras hacer nuestras cosas. —Me mordí el labio—. ¿De acuerdo?

—Gracias.

Mi voz no reflejaba la tormenta que se estaba gestando en mi interior. Tantas emociones encontradas. Pero una resonaba más fuerte que la otra. ¿Por qué demonios nunca le exigí que usara protección?

* * *

Me había duchado y puesto ropa cómoda cuando Betty entró por fin por la puerta. Pedí comida a domicilio para todos. La solución más sencilla que se me ocurrió, mientras bebía Ginger Ale.

En ese punto, no estaba segura de si mi mente me había jugado una mala pasada. Porque cuando Betty me abrazó, tuve que luchar contra mis lágrimas para que no se derramaran. Las hormonas ya habían empezado su efecto.

O tal vez había perdido la cabeza.

—Muy bien, niños. —Betty aplaudió—. Deliciosa cena, todos a comer. Pueden comer de todo menos alcohol y dulces. Sienna, estás a cargo.

—¿Dónde estarán ustedes? —Sienna exigió saber.

—Lluvia de ideas —dije lo primero que se me ocurrió—. Es más fácil hacerlo en paz. —Me giré hacia Betty y le pregunté en voz baja—: Pasarán la noche aquí, ¿verdad?

Subimos las escaleras y pasamos por el dormitorio principal.

—Excelente plan. —Sonrió. Dios, mi mejor amiga ansiaba el drama—. Se lo haré saber a Rick. No más sexo esta noche.

Se me escapó un bufido.

—Jesucristo.

Sus ojos brillaron con picardía.

—Podría darle mucho sexo a mi marido si estás embarazada. Para distraerlo de ir tras tu jefe/amante.

Gruñí ante su entusiasmo, aunque podía ser exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Betty sacó tres pruebas de embarazo diferentes de la bolsa barata de la farmacia CVS. Las dejó todas sobre la encimera del lavabo y se apresuró a cerrar la puerta tras nosotras.

—Tres, ¿en serio? Solo una lo confirmará.

—Lo sé, lo sé. Estaba un poco nerviosa —confesó. «*Bienvenida al club*»—. En caso de que una no funcione. Elegiremos las dos mejores de entre tres. —La miré fijamente. Ambas sabíamos cuál sería el mejor resultado. Prueba de embarazo negativa. También se dio cuenta porque hizo un gesto con la mano y negó con la cabeza—. Bien, ¿estás lista para hacer esto?

Me limpié las manos sudorosas en los pantalones, respiré hondo, agarré una caja de la encimera y me dirigí al baño. Siguiendo las instrucciones, reflexioné sobre pruebas de embarazo mejores y más limpias, en lugar de mear en el palito. *Tan asqueroso.*

Puse la prueba en el lavado.

—Deberíamos inventar mejores pruebas de embarazo —añadí al azar, encontrándome con los ojos de Betty. Tenía que ser más fácil pensar en inventar un nuevo producto que enfrentarse a la realidad. Porque en el fondo sabía que estaba a punto de mearme encima.

«Por favor, no seas positivo. Por favor, no seas positivo», repetían mis pensamientos una y otra vez.

—Ahora esperamos —susurró.

Señaló la prueba.

—Creo que la espera ha terminado. —Seguí su dedo y me quedé mirando dos gruesas líneas rosas.

—Mi ginecólogo dijo que una entre mil millones —solté con voz ronca, con las emociones estrujándome el corazón.

—Estaba totalmente equivocado. —*«Obviamente»*.

—Debería intentarlo de nuevo. —Me temblaron las manos al tomar otra y abrirla—. Esta está defectuosa. Nunca había visto que el resultado saliera tan rápido.

Betty se mordió el labio. No parecía convencida.

—De acuerdo, inténtalo de nuevo. —Y lo hice, siguiendo las instrucciones paso a paso.

—Es positivo otra vez. —Mi voz reflejaba desesperación. Entonces hice la tercera prueba.

Positivo.

—Gemma, afróntalo. Estás embarazada. —Empecé a hiperventilar y me deslicé por la pared del baño.

Apoyando la frente en las rodillas, luché contra las emociones y las lágrimas ardieron en mis ojos.

—¿Cómo pudo pasar esto? —murmuré una y otra vez—. ¡Dijo una entre mil millones, maldición! Estoy segura.

Betty se me unió en el suelo de baldosas.

—Todo estará bien.

Me dirigió una mirada vacilante que coincidía con el tono de su voz.

Y lloré como una bebé. En otras circunstancias, aquello hubiera sido un sueño hecho realidad. Una familia. Algo como lo que mis padres tuvieron, lo que siempre quise. Sin embargo, no podría ser más diferente.

—Cálmate —susurró, abrazándome con fuerza—. Cuando se lo digas a Kristoff, se va a emocionar.

—No, no lo hará —alegué—. Después de lo que pasó hoy, estoy segura de que no lo hará. Cree que me acuesto con Rick.

Se burló de eso.

—Los hombres son idiotas cuando están celosos.

Suspiré. Si bien en eso tenía razón, no podía arriesgarme a otra relación fallida con un hombre celoso.

—Nunca firmé el contrato —expliqué—. Ahora cree que es por un loco triángulo amoroso.

Por segunda vez en el día, me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y me armé de valor. Tenía que recomponerme.

—Voy a exigir un traslado. —Después de todo, cumplí los dos meses trabajando para él.

—No saques conclusiones precipitadas —razonó Betty—. Consúltalo con la almohada.

Sacudí la cabeza.

—No hay nada que consultar. Si estoy embarazada... —Me estremecí. No había *y si*, después de tres pruebas positivas—. Cuando el doctor lo confirme, se lo diré. —Me llevé la mano al vientre bajo. *Un bebé,* el bebé de K*ristoff.* Una sensación de opresión y calor se me hinchó en el pecho—. No trabajaré para él. Ese trabajo nunca fue para mí.

—Bien, tenemos un plan. Apuesto a que caerá de rodillas por ti cuando se entere.

Decidida, agarré mi teléfono y le envié un mensaje a Kristoff.

> Yo: Hazme saber si cambiar de departamento sigue siendo una opción.
> ¿O quieres mi renuncia?

Pasara lo que pasara, podía hacer esto.

Capítulo Sesenta Y Uno



Genevieve

Sentada detrás de mi escritorio, esperaba nerviosa a que se presentara una oportunidad para hablar con Kristoff. Llevaba dos horas en el trabajo, pero nos había enviado un mensaje a Kimberly y a mí para que no lo molestáramos.

Si bien el mensaje que le envié la noche anterior mostraba que lo había visto, no hubo respuesta. Solo una llamada perdida. De mi jefe. Dios, esperaba que Kristoff se tomara bien la noticia. Aunque era bueno con mis hijas, nunca hablamos de niños. Era un punto que no importaba ya que no podía tener más. O al menos eso creía.

—¿Cómo te sientes? —Kimberly me sacó de mis pensamientos—. Todavía estás pálida.

«Será mi complexión durante un tiempo».

—Mucho mejor hoy.

Miré hacia la puerta, donde el hombre que me había robado el corazón estaba sentado tras su escritorio ejecutivo. Seguía sin decir nada y la hora de comer se acercaba rápidamente.

Me levanté y me alisé la falda lápiz recta, que combiné con una blusa blanca. Ese día no podía usar el color verde. Me temblaban los dedos y los entrelacé. Llamé a la puerta, con la determinación instalada en lo más profundo de mi estómago.

Una risita ahogada, seguida de la profunda voz de Kristoff.

—Adelante.

En cuanto abrí la puerta, supe que era algo de lo que me arrepentiría. Allí estaba él sentado despreocupadamente en su silla, sonriéndole a una preciosa mujer rubia que no tendría más de veinticinco años, como mucho.

Me quedé quieta.

Los dos formaban la pareja perfecta. Dos piezas de rompecabezas, formando una imagen perfecta. La mano de él en su cadera y la de ella en su brazo, como si acabaran de...

Se me oprimió el pecho. Me quedé helada, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago y me hubiera robado el aliento.

No debía ni siquiera pensarlo.

Tenía que salir de aquí.

—Hola —me saludó con su melodiosa voz.

Parecían cómodos juntos. Se veían *bien* juntos. El pensamiento me atravesó el corazón, haciéndolo añicos como un cristal roto.

Por fin me encontré con los ojos esmeralda de Kristoff. Nuestras miradas se cruzaron y el tiempo se detuvo. Cada latido del corazón me dolía, y un dolor agudo me recorrió el pecho.

Respiré hondo. Luego, otra vez. Después, forcé a mis labios a curvarse en una sonrisa, mientras alisaba una arruga inexistente de mi falda. Esperaba que no notara el pequeño temblor en mi mano.

—Siento molestarle, señor Baldwin. —Volví a la formalidad, impresionada por lo impasible que sonaba mi voz. O tal vez era el hecho de que el zumbido en mis oídos era demasiado fuerte —. Olvidé poner mi cita con el médico en su agenda. Tengo que irme... —*Inmediatamente*—. Pronto.

Frunció el entrecejo.

—¿Todo bien?

El idiota parecía preocupado, mientras otra mujer lo tocaba.

—Sí, solo un chequeo normal.

Desviando la mirada, me centré en la rubia. Era más fácil así. Era demasiado fácil ahogarse en sus esmeraldas.

—Perdón por la interrupción. Debería estar bastante tranquilo el resto de la tarde. La agenda del señor Baldwin está despejada. —No pude resistirme a observar por última vez al hombre que me había conquistado—. Adiós.

No sería un adiós definitivo. No con su bebé creciendo dentro de mi vientre. Pero era un adiós a un sueño fugaz, a la esperanza. Lo que fuera. Todo se convirtió en cenizas.

Luego, sin volver a mirar, me di la vuelta y cerré la puerta de su despacho tras de mí. Por última vez.

* * *

Agarré mi bolso, saqué las llaves del Range Rover y las arrojé sobre el escritorio. No quería nada de él. Nada que el dinero pudiera comprar.

—Lo siento mucho, Kimberly. —Estaba colgando de un hilo—. Me tengo que ir. Quiero asegurarme de no agarrar el tráfico del almuerzo.

No me atrevía a mentirle a esa encantadora dama. Mi vista se nubló y me sobresaltó cuando sus manos me rodearon. Parpadeé con fuerza y rapidez, conteniendo las lágrimas. Su abrazo se hizo más fuerte y sorbí por la nariz, luchando contra el impulso de limpiármela con el dorso de la mano. *Dios mío, demasiado llanto.*

—Todo estará bien —murmuró suavemente—. Los hombres son estúpidos y lentos.

Hice un ruido de confirmación.

—Gracias por todo —dije con voz ronca, separándome de su consuelo.

Mientras bajaba corriendo las escaleras, todas mis emociones de los últimos días se abalanzaron sobre mí como un huracán. Lloré hasta que me ardieron los ojos y me dolieron los músculos de tanto sollozar. Le envié un mensaje de texto a Betty pidiéndole que me recogiera y me acurruqué en el escalón mientras lloraba. Lágrimas desgarradoras me mancharon la cara mientras mi corazón se rompía pedazo a pedazo.

Algo dentro de mí se quebró. *Necesitaba* a Kristoff con un anhelo del que sabía que sería imposible deshacerme. Sin embargo, tenía que hacerlo, por mis hijas. Por la pequeña vida que crecía dentro de mí.

Así que me armé de valor y me sequé las lágrimas.

Soportaría la tormenta. Era fuerte; había sobrevivido a algo peor que a un corazón roto.

Capítulo Sesenta Y Dos



Genevieve

—Gracias por recogerme. —Volví a decir.

Aunque Betty conducía como una maldita maníaca, era mejor que agarrar el coche de Kristoff. Sin importar de quién era el nombre en el título.

—Quiero matar al desgraciado —gruñó, aunque parecía un poco cómica—. Sabía que el doctor Packard te vería enseguida —continuó, cambiando bruscamente de tema—. A los treinta y cinco, tienes un riesgo mayor.

Suspiré.

—Treinta y cuatro.

Agitó una mano y miró el reloj.

—Tendremos cinco minutos de sobra.

Estábamos a diez minutos de mi ginecólogo.

—No si nos matas con la manera tuya de conducir —murmuré.

Tuve que preguntarme sobre los caprichos de la vida. Tardé años en embarazarme de Saoirse, y tardé tres años en embarazarme de Sierra. No obstante, al parecer, con Kristoff no tardé nada.

—Estoy tan enfadada —prosiguió—. Podría escupir fuego. No entiendo por qué estás tan tranquila.

Me giré para mirar por la ventana, el borrón de los árboles en mi visión.

—No sería bueno que el bebé se alterara.

Silencio.

—¿Así que lo conservarás? —La vacilación en su voz insinuaba malas decisiones.

—Sí.

—*Hmmm*. —Podía preguntarle qué significaba su *hmmm*, pero era mi decisión. Bueno, técnicamente mía y de Kristoff, sin embargo, él había seguido adelante.

Otra opresión en el pecho. «*Tal vez sea acidez estomacal*».

—Cualquier cosa que decidas, Rick y yo estaremos aquí para ti.

Debería estar agradecida. Excepto que el primer pensamiento fue que quería que Kristoff estuviera allí para mí. Para *nosotros*.

* * *

Me tumbé en la camilla con las piernas abiertas y el doctor Packard entre ellas. De la forma más profesional posible.

La idea se me presentó mientras tenía la vista fija en el techo blanco, preguntándome cuántas mujeres lo contemplaban mientras se comprobaba si su útero contenía un ser humano. La idea era casi demasiado perfecta para funcionar.

Vacaciones de verano. En Croacia.

Lejos de las fotos comprometedoras y de *él*. Las niñas no lo sabrían, y no era la primera vez que pasábamos las vacaciones allá. Dado los últimos acontecimientos, no trabajaría para Kristoff o cualquiera de sus empresas. Me las arreglaría con otra cosa. Había ahorrado una buena parte de mi sueldo desde que empecé a trabajar para él.

El doctor Packard continuó examinándome. Y luego vino la sonografía vaginal, y al igual

que con todos mis embarazos anteriores, los que habían tenido éxito y los que no, al ver el pequeño cacahuete de una vida que empezaba, me atraganté. Era amor a primera vista.

—*Hmmm.* —La voz del doctor Packard disparó ansiedad por mis venas.

—¿Está todo bien?

—Todo bien. —No me miró y me preocupé. Había bebido vino en las últimas semanas. Y tuve mucho sexo—. ¿Tienes náuseas?

—Sí, bastante malas. Me da en momentos raros. No solo por la mañana.

—Estás embarazada de mellizos. —Estoy segura de que se me salieron los ojos de las órbitas mientras mi mirada se desviaba entre la pantalla y él.

—¡No lo puedo creer! —exclamé, sorprendida—. ¿Está bromeando?

—No, lo digo muy en serio. —Se acercó a la pantalla y señaló—. Mira aquí... y aquí. Dos bebés... dos latidos.

Parpadeé, insegura de haber visto lo mismo que él. «*Mellizos*», pensé con asombro.

—Comparten el mismo embrión y todo parece perfecto. Tendremos que asegurarnos de ponerte vitaminas y suplementos prenatales. Te enviaré una receta hoy, así que sería mejor que la recogieras lo antes posible. Debería tener tus resultados de laboratorio en las próximas cuarenta y ocho horas.

Asentí con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de la pantalla.

—¿Recuerdas cuándo fue tu última menstruación?

Sacudí la cabeza.

—Mis períodos han sido tan irregulares últimamente.

—Parece que tienes unas ocho semanas. —Kristoff se las arregló para embarazarme en el primer intento. Como permanecí en silencio, continuó—: ¿No estaba previsto? —inquirió, de repente serio.

—A decir verdad, doctor Packard, creo que todavía estoy en estado de *shock.* Definitivamente no estaba planeado. Pensé que me habías dicho que después de Sierra no podría tener más hijos. Dijiste que uno entre mil millones.

Sonrió.

—Sí, lo recuerdo —comentó—. Pero este tipo de cosas suelen ser las mejores sorpresas.

Si supiera toda la historia. El doctor Packard podría haber sido la única criatura de este planeta que no vio las fotos explícitas en Internet.

De vuelta en casa, Betty y yo salimos del vehículo.

—No le digas nada a Laura, por favor.

Esperaría el momento adecuado.

—¿Y Rick?

Suspiré.

—Seremos solo nosotras dos las que sepamos esta noche.

Asintió con la cabeza, aun así, la incredulidad cruzó su expresión.

—No lo puedo creer. Malditos mellizos. —Comprendí su sentimiento. Tampoco podía asimilarlo—. ¿Cuándo te quieres ir a Croacia?

—Lo antes posible —dije—. De ahora en adelante, no puedo luchar contra los *paparazzi* yo sola.

—Pero seguro que no sería tan idiota de dejarte cargar con las consecuencias. Todo fue culpa suya.

Me encogí de hombros.

—No quiero nada de él. —Al menos sabía que en ese pueblecito de Croacia nadie sabía una

mierda de ese escándalo.

Ladeó la cabeza, pensativa.

—También puedo ir, si quieres.

Se me iluminaron los ojos y me giré para mirarla.

—¿En serio? —Sonrió—. ¿Tú y los chicos?

—Sí, pero solo si quieres. —Su sonrisa se hizo más amplia cuando empecé a asentir enérgicamente con la cabeza—. Probablemente será más barato que nuestras llamadas internacionales de larga distancia.

De repente, el día mejoraba.

—Vamos a comer *pizza* y darle la buena noticia a todo el mundo.

Aquella noche, tumbada en mi cama, vi cómo mi hija menor se dormía lentamente mientras le pasaba la mano por sus rizos rubios. Como si percibiera mi angustia, se acurrucó aún más contra mí, lo que me hizo un nudo en la garganta.

Dios, esas hormonas serían mi muerte. Sin embargo, experimenté una extraña sensación de paz con las decisiones que había tomado.

¿Estaba huyendo? Sin duda alguna. No obstante, tendría una pequeña parte de Kristoff para siempre conmigo. En cuanto le diera la noticia, dependería de él formar parte de la vida de los mellizos o no. Sin expectativas.

Excepto una. Amarlos pasara lo que pasara.

Mis ojos parpadearon hacia mi teléfono, que estaba en la cama a mi lado. Sin llamadas. Ni mensajes. Sabía que ese nuevo acontecimiento crearía otro tipo de conexión con Kristoff Baldwin. Si bien me dolería verlo, lo superaría. Por mis bebés.

Los párpados comenzaron a pesarme, el cansancio que había estado persistiendo finalmente ganó. No estaba segura de cuánto tiempo dormí cuando una vibración constante me empujó a abrir los ojos. Mi teléfono. Sin molestarme en comprobar quién era, contesté.

—¿Hola? —murmuré, con la voz rasposa por el sueño.

—¿Estás durmiendo? —La voz de Kristoff, baja y suave, llegó a través de la línea.

—*Hmmm...* sí.

Me pesaban los párpados, me sentía desorientada por el cansancio, mis pensamientos envueltos en una niebla. Tenía en la punta de la lengua compartir la noticia. *Noticias felices*. Me decía a mí misma que le parecería una noticia feliz, pero, sinceramente, no estaba segura.

Pensé que le importaba. No lo hacía. En ese minuto me preguntaba si el *Kristoff* que conocía había existido alguna vez. ¿O era un producto de mi imaginación?

—Siento despertarte.

—No te preocupes. ¿Todo bien?

—Sí. ¿Cómo fue tu cita con el doctor?

—Bien, todo está bien con... todo.

Antes de que pudiera decir nada más, Kristoff tomó la palabra.

—Me voy de la ciudad hasta el domingo por la noche. Kimberly se tomará el resto de la semana libre. Deberías hacer lo mismo. Además, esta semana hay una paga extra para ti y para Kimberly por el trabajo buen trabajo realizado durante y después de la adquisición.

—*Oh.* —Me sentí mal al aceptarlo, especialmente sabiendo lo que me disponía a hacer—. Gracias, supongo.

Me lo gané. *¿No era así?*

—No me des las gracias. Has trabajado duro para conseguirlo. —La línea permaneció muda entre nosotros, tantas palabras no dichas viajando a través del silencio.

Finalmente, lo rompió.

—Quiero que nos reserves el lunes por la mañana en mi agenda. Quiero hablar contigo sobre el mensaje que enviaste ayer.

Dos latidos.

—De acuerdo.

Parecía un mensaje de *te estoy despidiendo*. No importaba porque no estaría allí el lunes. Estaría a miles de kilómetros de distancia. Y tomaría ese tiempo libre extra como una señal del universo. Estaba haciendo lo correcto.

—Te dejaré volver a dormir, entonces. Buenas noches. —Su voz sonaba como una caricia, haciéndome desearlo. Su tacto. Prefería su tono agudo y frío.

—Buenas noches, Kristoff. —*Adiós.*

No dudé en pulsar el botón de fin de llamada mientras una sola lágrima se abría paso por mi mejilla.

Sobreviviría a esto. Por mis hijas. Por los dos pequeños bebitos que crecían dentro de mí.

Capítulo Sesenta Y Tres



Genevieve

Viernes. Día de partida. De dejar atrás el pasado.

Era poco más de mediodía cuando Rick entró por mi puerta.

—Hola, chicas bellas —saludó. Todas chillaron y corrieron a darle un abrazo.

—¿Nos iremos ya? —preguntó Saoirse, dispuesta a comenzar su aventura.

—Tenemos unas horas —respondió mientras se arrodillaba—. Revisa tu habitación y comprueba que no has olvidado algo.

Asintió y subió corriendo las escaleras. Rick se me acercó y me dio un beso en la mejilla. Aún tenía el ojo magullado.

—Hola, Rocky.

—Ojalá pudiera decir que deberías ver al otro tipo, pero nunca le devolví el puñetazo —reflexionó.

—Lo sé. —Le di unas palmaditas suaves en la mejilla—. Tomaste el mejor camino.

—Así qué ¿qué es lo que Betty y tú tienen entre manos?, ¿solo irse a Croacia?

—Algo improvisado, ya sabes —confesé ruborizada, incómoda con mis mentiras—. Gracias por dejar que se me una en unas semanas.

—*Umm* —añadió pensativo—. No les creo. ¿Por qué no lo intentas de nuevo?

Lo miré exasperada.

—A veces eres tan pesado.

—Lo sé —confirmó—. Y por eso me amas. Ahora, dímelo.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que ninguna de las niñas estuviera cerca y luego le respondí con un suspiro.

—Estoy embarazada y Kristoff seguirá adelante con su vida.

Su mirada se volvió furiosa.

—Ese maldito pedazo... —escupió, incapaz de encontrar una palabra lo bastante mala para referirse a mi jefe. «*Exjefe*», me recordé.

—Todo está bien —interrumpí rápidamente.

—¡Demonios!, ¡claro que no lo está! —reviró—. Le dijiste que estás embarazada y siguió adelante. Cuando lo encuentre, lo mataré.

—No se lo dije.

Me miró fijamente como si no lo entendiera.

—¿Qué?

—No le he dicho que estoy embarazada —informé tranquilamente.

—¿Qué? —repitió.

Suspiré profundamente.

—Yo no...

—Te oí la primera vez —me cortó—. ¿Por qué no se lo dijiste?

Me encogí de hombros, apartando la vista.

—Bueno, iba a hacerlo. Pero entonces tenía a una mujer en su oficina y decidí que era mejor no decir nada hasta que estuviera más cerca de la fecha prevista del parto. Así que me gané veinte semanas.

Sacudió la cabeza.

—Gemma, tienes que decírselo.

Le devolví la mirada con obstinación.

—Lo haré. Cuando esté preparada.

—Gemma, sabes que tienes que decírselo —razonó—. ¡Sabes que no está bien! Al menos debería saberlo. Deberías darle una oportunidad.

Exhalé un suspiro exasperado. ¿No me había oído decir que se lo contaría, eventualmente?

—¿De qué lado estás? —siseé—. Te dio un maldito puñetazo en el ojo. E intenté decírselo; no es culpa mía que lo echara a perder antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo. Así que ahora esperará hasta que esté lista.

Fue su turno de observarme fijamente.

—¡Demonios! —maldijo en voz baja—. Debes haberte enamorado mucho de él.

—No lo hice. —Las mentira eran amargas en mi lengua.

—Entonces díselo —retó—. Nunca le hubieras ocultado las chicas a Jack y fue un imbécil contigo durante años.

Dejó que el silencio permaneciera entre nosotros, demostrando su punto. Por supuesto, sabía que tenía razón.

Nos miramos a los ojos y di un paso hacia él, rodeando su cintura con mis brazos.

—¿Qué haría sin ti y sin Betty? —murmuré contra su pecho.

—Bueno, no tendremos que averiguarlo. —Me dio una palmadita en la cabeza. Me eché a reír—. ¿Te estás riendo?

—Sí. —Me reí contra él—. Me diste palmaditas en la cabeza como si fuera un perro o una niña. —Esta vez también se rio—. Le enviaré una nota, pero igual me iré a Croacia con las chicas. Y aún me acompañarán, ¿verdad? —Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos.

—No me lo perdería por nada del mundo —pronunció.

En dos horas, el asunto del aeropuerto me recordó otra diferencia entre Kristoff y yo. Él viajaba como un rey. Yo viajaba como una plebeya. Rick me acompañó a documentar nuestras maletas.

Mientras nos preparábamos para entrar en la fila de seguridad, abrazó a todas las chicas y me dejó para el final.

—No te olvides —me recordó—. Mándanos un mensaje cuando llegues. —Asentí rápidamente, y antes de que consiguiera alejarme, me jaló hacia atrás—. Sé que esperas que me haya olvidado de nuestra discusión. Aunque no me agrada el desgraciado, tiene derecho a saberlo.

Ugh, testarudo.

—Díselo —exigió.

—De acuerdo —musité con un suspiro exasperado. Agarré el teléfono y empecé a escribir. *Teclear. Borrar. Teclear. Borrar. Teclear.*

Querido Kristoff,

Estoy embarazada. De mellizos.

No quiero trabajar más para ti.

Me voy de vacaciones de verano.

Estaré en contacto antes de dar a luz.

Cuídate,

Genevieve.

—Ahí. —Le mostré el texto con el dedo sobre el botón de enviar.

—Muy maduro —refunfuñó.

—Estoy harta de ser la madura —solté en un siseo—. Y él es maduro, *¿eh?*

—Quizás ambos sean tan inmaduros como ciegos —dijo Rick, molesto.

—¿Quieres que envíe el mensaje o no?

—Sí.

Pulsé el botón de enviar, el sonido del texto salió de mi red y mi conexión con Kristoff se hizo permanente.

—¿Feliz ahora?

—Sí —respondió simplemente—. Algún día me lo agradecerás.

—*Mmmm*. —Lo abracé una vez más y lo besé en la mejilla—. Te veré a ti, Betty, y a los chicos pronto.

Capítulo Sesenta Y Cuatro

Dos semanas después

Kristoff

Calculé mal. Juzgué mal. En resumen, la jodí.

Mirando fijamente el mensaje de texto, me sentí anonadado. *Vacío*. Durante una semana seguida, había vuelto al mensaje y lo había leído una y otra vez.

Embarazada. Mellizos. Se fue.

Se me retorció el estómago. Mi corazón roto.

La presioné demasiado y quise demasiado. Mis celos. Mis malditas maneras arrogantes. Mi mal genio. Mis celos ciegos. Luché tanto para conservarla y la perdí de todos modos.

Después de ese mensaje, conduje hasta su casa y la encontré vacía. La llamé. Una y otra vez. Tenía investigadores privados buscándola. Revisaron su casa en Croacia, la que dejó usar a mi madre. *No había nada.* El pueblo donde vivía con sus padres. *Nada.* Incluso fui tras Rick y Betty, hasta que esos dos desaparecieron también. Aterrizaron en Zagreb y luego nada.

El día que salió por mi puerta se repetía una y otra vez. Cada mirada. Cada palabra.

Se había despedido ese día. Excepto que fui demasiado estúpido para escucharlo.

Recordé la forma en que sus ojos oscuros destellaron de dolor cuando entró por la puerta de mi despacho para encontrarme con Sailor McHale, la reportera que se había ofrecido a ayudarme a borrar algunos datos de las fuentes más respetables. Era una amiga de Byron que se ofreció a ayudar con su empresa de noticias. Nico Morrelli tuvo problemas para borrar sus datos.

Necesitaba su ayuda. Por el bien de Gemma. Por sus hijas.

Como el maldito imbécil que era, quería que Gemma probara los celos. Quería que supiera lo que sentía al verla con Rick. Me salió el tiro por la culata. No había ni una pizca de celos en esos fanales color *whiskey*. Solo la débil luz de la esperanza abandonando sus ojos.

Me dejó.

El saberlo me atravesó como una navaja. Por supuesto, mi instinto me advirtió que estaba a punto de hacer un movimiento. No solo por el maldito mensaje de texto que me había enviado la noche que le di un puñetazo a su mejor amigo. Sino porque dejó las llaves del coche que le compré en su escritorio. Porque no dejó ninguna otra pertenencia personal encima. Y luego, por supuesto, la carta de renuncia de Gemma que vino de una IP imposible de rastrear.

Cerré los ojos, dejando que las sombras me invadieran. Habían ganado. La maldita Jacqueline había ganado. Puse los pecados de mi ex sobre Gemma y terminé perdiéndola. No importaba que Jacqueline tuviera tantas demandas que le llevaría cinco vidas resolverlas. No importaba que hubiera sido expulsada de la sociedad por lo que había hecho.

Sin Gemma a mi lado, nada de eso importaba.

Me recosté en la silla, con la irritación arremolinándose en mi estómago. Una vena me palpitaba en la sien. Los recuerdos de la última vez que Gemma estuvo conmigo en este mismo avión se reían de mí. Fue donde le di la primera muestra de mis celos por su mejor amigo.

Tampoco aguantó una mierda entonces.

Se me hizo un nudo en el corazón al imaginarla sola en Croacia. Debería estar allí con ella. A su lado.

El pavor se desenrolló en la boca de mi estómago.

¿Y si le pasaba algo? Y a nuestros bebés. Todo porque estaba siendo un maldito estúpido.

Tomé el teléfono, dispuesto a llamar a Nico Morrelli y ofrecerle todos los edificios de Washington para que la localizara. Me importaba una mierda lo que el mafioso quería. Lo que

quisiera, sería suyo.

Mi teléfono sonó en ese momento. Número desconocido.

—Hola —dije entre dientes.

—Hola, viejo amigo. —Reconocí la voz de mi exmejor amigo. Jonathan.

—No tengo tiempo para tus tonterías.

—Tal vez quieras reconsiderarlo. —Sonaba terriblemente engreído. Desgraciado.

—Reconsiderado. Sigo sin tener tiempo para tus estupideces.

Mi dedo estaba en el botón de fin de llamada.

—Sé dónde está Gemma.

Mi mano se detuvo y me puse rígido. ¿Cómo demonios iba a saber dónde estaba?

—¿Dónde? —La ira hervía bajo mi piel. Si iba tras ella, lo destrozaría. Sin importar las consecuencias.

—Te lo diré, pero quiero tu palabra. —Empezó. Esperé a que pusiera sus condiciones. No me importaba cuáles fueran, las tendría. Mas no había necesidad de que lo supiera.

—Ve tras Jacqueline, pero mantén a mi hijo y a mi compañía fuera de esto.

Tictac. Tictac. Tictac.

—Trato hecho.

Capítulo Sesenta Y Cinco



Genevieve

Me encontraba en el pequeño pueblo de Brsečine, en la costa Dálmata de Croacia.

La antigua casa de piedra desprendía un aire de ensueño y tenía mucha historia.

Hacía una década, me enamoré de la antigua villa de piedra del siglo XVI, que fue residencia de verano de un célebre artista renacentista local, situada en un valle camino a Dubrovnik. La casa tenía trece habitaciones, algunas inhabitables en ese momento. Con el tiempo sería ridículamente demasiado grande para nosotros, pero me aferraba al sueño de tener algún día una familia numerosa y celebrar reuniones con toda la gente que me importaba y quería.

Y luego estaba el sueño de convertirla en un pequeño alquiler en la costa con salida directa a la playa y una magnífica terraza con vistas al mar. El hermoso patio me recordaba la historia de Romeo y Julieta. Todo el lugar tenía mucho carácter. Desde casi cualquier punto de la casa o del patio, se podía ver el mar Adriático extendido a lo largo de kilómetros y una playa protegida en una bahía apartada y tranquila. Aunque había una ciudad grande y famosa cerca, uno creía estar solo en el mundo. El pequeño pueblo tenía muy pocos habitantes.

La casa estaba en mal estado cuando la compré, así que fue casi una ganga. La gran ventaja era su título de propiedad, a nombre de una corporación constituida exclusivamente para la compra de la propiedad. Imposible de rastrear, a menos que supieras que la había creado. Era perfecto. Excepto, que había sido objeto de renovación durante los últimos diez años. Mi pequeño proyecto favorito desde el momento en que pude permitírmelo. Con el paso de los años, la villa fue volviendo poco a poco a su estado original. Empezó a parecerse cada vez más a la hermosa villa que fue en el siglo XVI. Jack no quería saber nada sobre venir a Croacia, así que nunca le hablé de ese lugar y lo había comprado en secreto.

Era la primera vez que dormíamos en ella. Normalmente siempre nos quedábamos en la casita que heredé de mis padres; la misma que le ofrecí a la madre de Kristoff.

Me quedé despierta en la cama, con la puerta de la terraza abierta. El sonido de las olas chocaba contra la playa rocosa. La ligera brisa veraniega olía a agua salada y entraba por la puerta abierta de la terraza aliviando mi corazón roto.

Me puse la mano en el vientre bajo y me dormí lentamente con Kristoff en la cabeza. Era lo mismo cada noche. Cada mañana. Cada día. Cada respiración, siempre estaba Kristoff en mi mente, haciendo estragos en mi frágil corazón.

Las noches eran tortuosas. Moderaba mi anhelo y deseo por mi exjefe durante los días, pero las noches eran un infierno. Mi mente rememoraba cada momento con Kristoff: cada beso, cada abrazo, cada caricia, cada palabra. Echaba de menos su olor, su cuerpo duro contra el mío, su mirada y esas raras sonrisas. Plagaba mis sueños, después despertaba y pasaba una mano por el lado de la cama donde él dormía, y un intenso anhelo se agolpaba en mi pecho. Luego me tumbaba en la cama a oscuras, escuchando el sonido constante de las olas. Pensaba en el día en que había conocido a Kristoff. Aquella maldita primera entrevista. Me cautivó desde ese mismo momento.

Pronto se convertiría en un recuerdo, otra vida, otra yo. Excepto que, con los mellizos, nuestras vidas estarían entrelazadas para siempre. La emoción se me atascó en la garganta. Era inevitable que tuviera que verlo en algún momento. Aunque no creía que pudiera soportarlo.

Rick, Betty y los chicos se instalaron en recámaras habitables y nuestros días de verano se

llenaron de risas. Mi cuenta bancaria, tras la generosa paga extra de Kristoff, estaba sustanciosa y era lo bastante grande como para mantenernos cómodos durante mucho tiempo, incluso para los estándares estadounidenses.

Inhalando profundamente, el aire fresco del mar entró en mis pulmones, aun así, eché de menos el aroma de una colonia muy específica. El cuerpo duro apretado contra el mío. Necesitaba que ese dolor constante en el pecho desapareciera.

«Llamar y colgar. Solo para oír su voz».

—No seas estúpida —me reprendí en voz alta al techo oscuro—. Eso es tan de adolescentes.

Además, mantuve el móvil apagado todo el tiempo y conseguí uno desechable local. Bastante inteligente, si me preguntaban. Por supuesto que nadie lo hizo. Sabía que me encontraría con Kristoff en mis propios términos.

No los suyos. Nunca más, los suyos.

* * *

La mañana llegó demasiado pronto.

Pasamos el día flojeando, pasando el rato en la playa. Sienna contaba las horas que faltaban para la llegada de Kai. Sí, fui toda una mamá moderna al permitir que el novio de mi hija nos acompañara. Incluso su padre. Sobre todo, teniendo en cuenta quiénes eran.

Jonathan juró por la vida de su hijo que no tenía nada que ver con el escándalo. La relación con su esposa era distante y tensa. Él y su hijo vivían en una casa separados de Jacqueline.

Me senté a la mesa de la terraza superior, sin cansarme nunca de la vista despejada del mar, mientras Betty y Rick seguían en la playa con los niños.

Miré mi teléfono. Siempre estaba apagado. No era que Kristoff pudiera llamarme, aunque estuviera encendido. Bloqueé su número después de enviarle el mensaje de texto más importante de mi vida. Fue inmaduro y mi única excusa fue que realmente necesitaba ese verano para superarlo, para que cuando volviera, pudiera soportar verlo con otra persona. Tenía que sacarlo de mi mente y de mi corazón.

Con mis ojos fijos en el mar, mis pensamientos viajaron a través del océano hacia el hombre que invadía mis sueños. El hombre que probablemente se paseaba por su gran despacho en el lujoso edificio de W&W, tratando con los poderosos, despiadados y ricos. Podía imaginármelo, de pie con su costos traje a medida, en su despacho, recto y alto, con el aspecto de un millón de dólares.

Dios, ¡cómo lo extrañaba! Su olor. Sus profundos ojos verdes y cómo se oscurecían en la agonía del clímax. Echaba de menos sus caricias y esos pequeños momentos de ternura que habíamos tenido.

En ese instante, con la brisa marina en mi cabello, podía convencerme de que él era solo un sueño lejano. Pero, por otro lado, era como si acabara de sentir su tacto el día anterior

«¡Sentiste su toque en tus sueños, idiota!».

Mi mano frotó mi pequeño bulto. Se me empezaba a notar, sobre todo en traje de baño. Aunque podía confundirse fácilmente con un poco de grasa en la barriga. Menos mal que era una estación perfecta para los vestidos de verano sueltos y ligeros que cubrían perfectamente mi pequeño bulto.

Lo que me preocupaba era cómo explicárselo a mis hijas. Aunque a menudo me preguntaban por Kristoff, me limitaba a ignorar sus preguntas. Les decía que tenía una empresa que dirigir y mucho trabajo. Ese fue un ejemplo perfecto de por qué debería haber mantenido la distancia.

Las líneas se difuminaron. Se rompieron corazones. Y la vida se volvió mucho más complicada.

Capítulo Sesenta Y Seis



Genevieve

Kai y su padre llegaron.

Sienna pasó corriendo por delante de todos y se lanzó a los brazos de Kai como si no lo hubiera visto en un año. No sabía si llorar o poner los ojos en blanco. *Malditas hormonas.*

Salí hacia el patio detrás de ella y me acerqué a Jonathan.

—Hola, Gemma —saludó con una amplia sonrisa.

—Bienvenidos. —Le devolví la sonrisa—. ¿Qué tal el viaje? Debes estar cansado.

—El viaje estuvo bien, pero largo —respondió—. Qué buen escondite tienes aquí.

Miré a Sienna y Kai, que parecían dos tortolitos en el cielo. El amor juvenil nunca había parecido tan ingenuo y romántico. Caray, no estaba muy segura de estar preparada para esto.

Listos o no, ya estaba en camino.

La risita de Jonathan me hizo retroceder.

—Me hace sentir un poco viejo —comentó.

—Estoy de acuerdo —afirmé. Esperaba que la historia de amor de mi hija fuera mejor que la mía. «*Y que fuera platónica*», añadí mentalmente—. No estoy preparada para que mi hija tenga citas en serio —agregué.

—Totalmente de acuerdo —replicó. Siguió el silencio, el cual perduró en el aire. No era un silencio incómodo, pero tampoco era precisamente cómodo.

—Gemma, quería disculparme.

Incliné la cabeza, mis ojos se clavaron en él.

—¿Sobre qué?

—La forma en que Jacqueline te trató. No fui mucho mejor. —Hice un gesto con la mano, aunque continuó—: No estuvo bien. Kristoff y yo solíamos ser los mejores amigos. Jacqueline destruyó eso, e incluso más, se las arregló para hacer de mi vida un infierno y extremadamente difícil para nuestro hijo.

De alguna manera no me sorprendió y sentí más pena por Kai en esa situación.

—Probablemente te preguntes por qué me quedé con Jacqueline. Tenemos un acuerdo de hacerlo por Kai, hasta que se vaya a la universidad.

—Quizá Kai estaría mejor sin una relación materna tan tensa. —Aunque, ¿quién era yo para juzgarlo? Me quedé con Jack cuando sabía que debería haberme ido.

—Estoy empezando a pensar eso. —Estuvo de acuerdo—. ¿Sabes?, envidio a Kristoff. —Fruncí el ceño, con la confusión claramente reflejada en mi rostro—. La forma en que te mira, nunca he observado así a mi esposa. Mi examigo se preocupa mucho por ti.

El dolor me atravesó. Estaba equivocado, pero no me molesté en contradecirlo. Era un punto discutible. Además, era algo entre Kristoff y yo, y nadie más.

Mi expresión debió de revelar mis sentimientos, porque cambió de tema.

—Este lugar es increíble.

Me giré para contemplar la pequeña y antigua villa mientras caminábamos hacia el patio.

—Es genial, ¿verdad? —expresé con orgullo—. Me enamoré de ella en cuanto puse mis ojos en ella.

—Esa vista —agregó—. Todo en este lugar es perfecto.

—Mi lugar feliz —susurré, imaginando grandes reuniones con gente a la que quería a mi

alrededor—. Vamos, déjame enseñarte tu habitación para que puedas situarte. Espero que te parezca bien compartirla. Es lo bastante grande para que la usen los dos. La vista desde ahí es genial, pero ninguno de nosotros pasa mucho tiempo adentro.

* * *

En la radio de la terraza sonaba suavemente música folclórica local.

Hacía calor, aunque la brisa constante del mar hacía que la temperatura fuera agradable. De la pérgola, oculta entre las vides, colgaban luces tenues que le daban un ambiente romántico.

Las conversaciones en voz baja, las risas y el ruido de los cubiertos llenaban la terraza. Todo el mundo parecía estar pasándola en grande. Jonathan y Rick se adentraron en una animada discusión sobre fútbol americano. Sienna y Kai hablaban de música y de las cuevas de los alrededores que pensaban explorar, los niños se entretenían con juegos y piedras, mientras Betty y yo hablábamos del próximo año escolar.

—Quiero quedarme aquí para siempre —suspiró Betty, tomando un sorbo de vino—. Todo es mejor aquí. La comida, las playas, el agua, el vino. Todo.

Me brillaron los ojos.

—Te lo dije, siempre podemos hacer de esto una posada y manejarla juntas. Mientras yo no cocine, tendremos éxito.

—¿Fue esa la razón por la que compraste este lugar? —Jonathan se unió a nuestra conversación.

Negué con la cabeza.

—La verdad es que no. Me enamoré de ella, vi potencial y el precio fue una ganga. —Extendí las manos—. Y aquí estamos.

—Ven a *Relajarte y Recrearte* en este *Rincón Feliz* —se burló Betty—. Como que rima.

Me reí entre dientes.

—Así es. Estaríamos aquí todo el año, comiendo buena comida. Los niños pueden corretear, quizás ayudar con una vaca o dos.

Betty se atragantó con su vino.

—Espera. ¿Qué? ¿Dónde están las vacas?

No pude resistir burlarme de ella.

—En algún lugar del campo —continué—. Podrían ir a buscarlas y llevarlas al granero. —Señalé hacia el lado opuesto de la ensenada—. Ese es el granero. Ordeñarlas, pasteurizar la leche, y *voilà*. Leche fresca.

Mi sonrisa lo arruinó todo.

—Estás bromeando —refunfuñó.

—O vienes y trabajas para mí, Gemma —propuso Jonathan—. Parece más fácil que ordeñar vacas.

—¿Lo has intentado? —pregunté. Negó con la cabeza—. Sí, yo tampoco —admití riendo.

—Lo de trabajar para mí va en serio —repitió Jonathan—. Antes te queríamos en nuestro equipo y el proceso de contratación se interrumpió. Sin embargo, si lo quieres, estamos listos para proceder.

Bebí un sorbo de mi agua.

—Gracias, pero por ahora, paso. —Gracias a una generosa bonificación de mi último jefe.

—Pero… —intervino Rick—. No está mal saber que está sobre la mesa para ti, Gem. Especialmente ahora que renunciaste y con los bebés en camino.

La tensión era más fuerte que las olas rompiendo contra la costa. Betty y Rick me lanzaron miradas cautelosas, mientras los ojos de Sienna se abrían de par en par. Tendría que explicar algo para lo que no estaba preparada. Dios, ni siquiera sabía por dónde o cómo empezar.

Afortunadamente, Sienna devolvió su atención a Kai, reanudando su conversación sobre música. Conocía a mi hija, y sabía que me dejaría acercármele en mis propios términos y explicarle. Porque ella querría lo mismo.

Ser adulto a veces apestaba.

Alcé la vista unos centímetros para encontrar la mirada de Jonathan sobre mí y su rostro inexpresivo. Quizá no lo había oído.

—¿Estás embarazada? —*¡Y se acabó la esperanza!*

—Sí —afirmé. *Corto y dulce, ¿verdad?* Con suerte, también cortante, para que no hiciera más preguntas.

Con un gesto pensativo, se frotó la mandíbula y murmuró:

—Hijo de puta.

No tenía ni idea de lo que quería decir y no iba a preguntárselo.

Durante el resto de la velada, fingimos que nunca se había hablado de mi embarazo.

Capítulo Sesenta Y Siete

Kristoff



Kristoff

—Puedes hacerlo. —La voz de Sophie atravesó la puerta cerrada de la habitación del hospital, mezclándose con quejidos, llantos y el andar de las eficientes enfermeras mientras se preparaban para el parto de un recién nacido.

Nunca había presenciado el parto de un bebé. Nunca imaginé que tendría una oportunidad. No obstante, en ese momento, la paternidad estaba a mi alcance, pero el miedo que se adentró en mi pecho en cuanto leí aquel mensaje se negaba a desaparecer. ¿Y si la había perdido?

Las semanas siguientes después del mensaje de Gemma fueron un infierno. La había llamado tantas veces que fácilmente me culparían de acosador. Pensaba en ella cada segundo del día y de la noche. Juraba que podía oler su perfume en mí, en mi casa, en mi coche. Perdí los estribos con el conductor cuando limpió el vehículo. Porque su perfume se desvaneció.

Me dejó.

La jodí, mas me negué a aceptar la derrota. La encontraría. Lo arreglaría todo y le demostraría lo mucho que la amaba. A nuestros bebés. Sus hijas y los mellizos, eran todos nuestros.

Saqué mi teléfono y me desplacé hasta su último mensaje.

> Querido Kristoff,
>
> Estoy embarazada. De mellizos.
>
> No quiero trabajar más para ti.
>
> Me voy de vacaciones de verano.
>
> Estaré en contacto antes de dar a luz.
>
> Cuídate,
>
> Genevieve.

Me pasé la mano por el cabello por enésima vez. En toda mi vida mantuve la compostura. Mantuve la calma en combate, en una adquisición multimillonaria. No perdí la cabeza cuando atrapé a Jacqueline en la cama con mi mejor amigo. Le di una paliza a Jonathan, pero *siempre* tuve el control.

Hasta que conocí a Gemma.

Demonios, la quería. Solo a ella y a nuestra familia. Lo eché a perder y quería hacer lo correcto. Por ella. Por nuestros hijos. Por nosotros.

Nuestros hijos. Todavía sonaba tan increíble. Me costaba creer que tuviera tanta suerte. No me lo merecía; sabía que no. Sin embargo, lo apreciaría toda mi vida. Me negaba a dejar escapar esa oportunidad. De tener a Gemma como mía para siempre y a nuestra familia. Sería suyo, maldición, ya lo era.

Por fin tenía su ubicación. Después de que varios investigadores la buscaran, la información sobre su paradero llegó del lugar más insospechado. Mi exmejor amigo.

El grito de un bebé me sacó de mis pensamientos y el sonido fue tan emocionante como aterrador. Solo tenía una oportunidad. Tenía que hacerlo bien, demostrarle a Gemma que sería bueno con ella y con nuestros hijos.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Sophie—. ¿A quién tenemos aquí? Mi primo encontró el

camino a mi hospital.

Me puse en pie, sobresaliendo por encima de mi prima pelirroja. Sophie tenía la edad de Gemma, mas era su personalidad mandona la que la hacía parecer mayor y hacía que los hombres huyeran horrorizados.

—¿Cómo está mi prima favorita? —inquirí, apretando un beso en su mejilla.

—Soy tu única prima. —Se rio entre dientes.

—Por eso —declaré.

—¿Qué haces aquí, Kristoff? —preguntó—. Tienes a todas mis empleadas en un frenesí. Te dije que no vinieras a mi hospital a distraer a las enfermeras. Tendré que tratar *mujeres babeando* toda la tarde.

Me encogí de hombros.

—¿No puedo visitar a mi prima favorita?

—Claro que puedes. Pero considerando que te veo una vez cada cuantos meses y que te vi el mes pasado, esto es un poco inusual.

—Necesito tu ayuda. —También podría ir directo al grano. Suplicaría de rodillas si fuera necesario. Gemma lo valía.

Los ojos de Sophie se llenaron de sorpresa y abrió la boca.

—Claro —soltó—. Nunca pides ayuda, así que esto debe ser importante.

—Muy importante —aseguré.

Esperó a que continuara y, cuando no lo hice, la impaciencia se reflejó en su expresión.

—¿Puedes explicarte mejor?

—¡Necesito que vengas a Croacia conmigo! —exigí.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Como unas vacaciones? —Sacudió la cabeza—. No puedo irme de vacaciones ahora. ¿Y qué diablos? ¿Me molestas en el trabajo para ordenar que me vaya de vacaciones contigo?

Puse los ojos en blanco. A veces tenía un don para la teatralidad.

—Hay una mujer que necesito encontrar —aclaré—. Y está en Croacia.

Fue su turno de poner los ojos en blanco.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿Y por qué la estás buscando?

—Está embarazada —informé, sin querer dar más explicaciones. Aunque cuando Sophie me miró sin comprender, añadí—: Los bebés son míos.

—¿Bebés?

—Sí, mellizos.

Los ojos de Sophie se entrecerraron.

—Tengo la sensación de que no me estás contando algo importante. No voy a pavonearme por Croacia mientras cazas a una mujer. Embarazada o no.

Gemí para mis adentros. Sophie a veces podía ser demasiado.

—No hay nada más que necesites saber —aseveré.

—Sí, claro. —Rio—. Sé lo testarudo que eres. Nunca haces excepciones por las mujeres.

—Por ella sí —protesté, molesto por su observación.

—¿Cuántas excepciones harías por ella? —requirió saber.

—Todas las que sean necesarias. Todas. Ella es mi *excepción*.

—Qué cursi. —Puso los ojos en blanco—. No puedes obligarme a hacer lo que quieras, Kristoff —advirtió, pero ya lo sabía. Era el mayor dolor en el trasero cuando quería.

—Me abandonó —confesé. Pero la recuperaría, aunque tuviera que pasarme el resto de mi vida demostrándole cada día que podía hacerlo mejor. No más contratos. No más celos. Bueno,

eso podría continuar, sin embargo, haría lo mejor por controlarlo.

—Ninguna mujer te deja —comentó—. ¿Por qué lo hizo?

—Golpeé a alguien muy especial para ella.

Parpadeó y volvió a parpadear.

—¿Estás loco? —siseó en voz baja—. No puedes ir por ahí pegándole a la gente.

—Fue a su mejor amigo —refunfuñé. Tendría que estar de acuerdo con que Rick lo era. Tanto él como su cursi esposa. No obstante, en ese momento, sabía que era mía, tendría mis bebés y se lo compensaría todo—. Haz esto por mí, Sophie. —Me preocupaba Gemma. Los historiales médicos que describían sus problemas me atormentaban y me hacían buscar frases médicas en Google día y noche—. Le han diagnosticado problemas del cuello del útero y necesito un ginecólogo en Croacia. Hasta que la convenza de volver.

Volvería. Le demostraría que sería un mejor hombre. Por ella. Por nuestros hijos, los cinco.

—¿Cuánto tiempo? Tengo un trabajo —inquirió—. No puedo recorrer Croacia en busca de tu interés amoroso y luego cuidarla mientras se plantea si quiere volver.

Mi labio se torció.

—Compraré el hospital y te pondré en baja indefinida.

—Más vale que sea un permiso con paga incluida —respondió.

—Por supuesto —accedí.

—¿Cuál es tu plan con esta mujer? ¿Secuestrarla?

—*Hmmm*, no es mala idea —murmuré—. Pero no. Ya la chantajeé para que aceptara un trabajo. Esta vez, simplemente la convenceré.

Mi prima bufó, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Jesucristo, eres demasiado. Y ya me cae bien por dejarte. —Entrecerré los ojos, advirtiéndole. Se limitó a hacer un gesto con la mano, completamente imperturbable—. ¿Cómo se llama?

—Genevieve Rose. —Demonios, la extrañaba. Sus suaves orbes marrones. Su aroma. Su voz suave y sus sonrisas—. Voy a rogarle que me perdone, y le demostraré que seré un mejor hombre hasta que acepte venir a casa conmigo.

—¿Y si no lo hace? —Era una posibilidad.

—Entonces me quedaré allí —afirmé—. La ayudaré con las niñas y a criar a nuestros hijos. Cualquier cosa que me deje hacer.

—Estás dominado.

No tenía ni la más mínima idea de lo dominado que estaba. Me importaba un carajo; tomaría cualquier migaja que me diera, porque sin ella, la vida era un infierno.

Capítulo Sesenta Y Ocho



Genevieve

La ligera brisa del mar se sentía de maravilla en mi piel. Pasábamos tanto tiempo al aire libre que todos estábamos bronceados. Nunca me cansaría de esa vista, del olor del mar. No se parecía a ningún otro lugar del mundo. Era el paraíso en un pequeño pueblo, fuera de los caminos dañados. Y era todo mío.

El ambiente era cómodo y perezoso. El agua estaba fresca contra nuestra piel calentada por el sol. Aunque las noches fueran una tortura para mí, al menos los días estaban llenos de sol y eran buenos para el alma.

Sienna y Kai nadaron hasta una de las cuevas, oculta por acantilados rocosos. La descubrimos a los pocos días de llegar y se empeñó en visitarla todos los días. Kai le siguió la corriente y la acompañó a diario.

Con un traje de baño blanco y negro de una pieza sin tirantes, un gran sombrero de paja blanco y gafas de sol que me protegían los ojos, me senté en la playa de piedrecillas, con los pies en el agua azul cristalina. Contemplaba el horizonte, con el cálido sol mi rostro, y volví a fruncir el ceño. Un lujoso yate negro se adentraba en el mar y obstruía mi magnífica vista. Aquel maldito barco gritaba dinero y poder, y lo detestaba.

A pocos metros de mí, Betty tomaba el sol en su toalla de playa. Hacía rato que no decía nada y sospeché que se había quedado dormida. Nos habíamos vuelto perezosas; era la magia de Croacia.

Mis hijas y sus hijos jugaban en el agua poco profunda, construyendo un castillo de rocas y riéndose cada vez que las olas se estrellaban contra él. Sinceramente, me molestaba porque me lo tomaba como una destrucción metafórica de la vida.

Jonathan y Rick se sentaron conmigo, uno a cada lado. Parecían relajados, pero casi deseaba que se fueran a explorar, por una bebida o lo que fuera. Desde que cayó la bomba del embarazo, Jonathan se preocupaba constantemente por mí. Rick no era mucho mejor. Ambos me estaban irritando. Betty se dio cuenta muy rápido. Probablemente esa fue la razón por la que pensó que era mejor tomar una siesta.

—Ojalá se fuera ese maldito yate —me quejé con nadie en particular.

—Es un yate muy increíble —señaló Rick—. Creo que es uno de los yates Benetti. Probablemente valga más de cuarenta millones.

—Me importa una mierda de quién sea el yate o cuánto valga —refunfuñé molesta—. Está arruinando mi vista.

—De acueeerdo. —Rick se rio con ganas—. Alguien está de mal humor. No quiero poner gruñona a una embarazada.

—No le hagas caso —interrumpió Jonathan, sonriendo, tratando de ayudar a la situación—. No te noté nada gruñona.

—Gracias, Jonathan —respondí amablemente—. Al menos alguien sabe cómo no agitar a la embarazada.

Luego, le lancé una mirada molesta a Rick.

—Creo que iré a construir castillos con los niños —bromeó, mientras se levantaba—. No quiero que mi nombre aparezca hoy en la lista negra.

Puse los ojos en blanco tras las gafas de sol, aparté la vista y volví a dirigirla al mar, como si aquello fuera a hacer que aquel estúpido yate se apartara de mi hermoso panorama.

Nos invadió un silencio incómodo y mis pensamientos se dirigieron a la exesposa de Kristoff y a Jonathan, preguntándome por ellos dos. Parecía tan simpático que me costaba imaginar por qué iría detrás de la mujer de otro.

Como si hubiera leído mis pensamientos, ofreció su explicación.

—Nunca fue mi intención seducir a Jacqueline. Me he arrepentido de esa noche desde entonces. La amistad de Kristoff y mía se arruinó por ello y es algo que he echado mucho de menos.

—Podrías intentar llamarlo y explicárselo —sugerí—. Quizá, después de todos estos años, podrían superarlo y seguir adelante.

Podía entender lo difícil que sería perder una amistad íntima, pensando en Rick y Betty.

—Tal vez. —Fue todo lo que murmuró, perdido en sus pensamientos.

Me levanté para ir a sentarme en la toalla junto a Betty, dejando a Jonathan con sus pensamientos.

Le di un ligero golpecito en el hombro. No se movió. Estaba completamente inconsciente. Me eché hacia atrás, apoyando la parte superior del cuerpo en los codos y seguí mirando al mar con el maldito yate negro.

Inhalando profundamente, me reprendí a mí misma por mi insolencia. A lo mejor convenía echarse una siesta. Me sentía agotada. Kristoff seguía plagando mis sueños y algunas noches eran tan reales que habría jurado que sentía sus manos sobre mí. Su longitud dentro de mí. No importaba lo que hiciera o lo que intentara, no podía deshacerme de ese deseo por él. Me despertaba con el corazón acelerado y el apetito ardiente. Pensé en él mientras me metía la mano por debajo del camisón, rozándome ligeramente el clítoris con el dedo, y tuve que morderme el labio inferior para evitar que se me escapara un gemido. Estaba tan excitada que tuve que buscar mi vibrador; lamentablemente, la satisfacción no era para nada la misma.

Sonó mi teléfono desechable, sacándome de mis pensamientos.

—¿Hola? —contesté, con la voz ronca por estar recordando lo que había hecho la noche anterior mientras pensaba en Kristoff.

—Hola, Gemma. —Una voz de mujer me saludó—. Soy Lena, Lena Baldwin. —Me quedé helada. Era la madre de Kristoff. ¿Cómo había conseguido este número?

Tragué saliva.

—Hola. —Transpiré, mi imaginación se disparó mientras miraba a mi alrededor—. *Umm*, ¿cómo conseguiste este número?

—Tengo mis maneras —dijo suavemente—. Pero no lo compartí con mi hijo, lo prometo.

De acuerdo, eso era un poco raro.

—Es agradable oír tu voz —comenté.

Se rio entre dientes.

—Me alivia escucharte decir eso —confesó—. Me preocupaba que colgaras o que no quisieras hablar conmigo.

Me reí incómoda.

—No haría eso. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —musitó—. Mi pandilla quiere volver a verte y darte las gracias por dejarnos usar tu casa en Croacia. ¡Lo pasamos muy bien!

—Me alegro mucho. —Al recordar las fotos que me enviaron, no pude evitar una suave risita —. Gracias por enviarme fotos. Me hicieron reír.

Siguió un silencio incómodo.

—Espero que nos veamos pronto —añadió Lena.

Me preguntaba si Kristoff le habría hablado del embarazo. En cuanto nacieran los mellizos, me unirían a él y a su madre para siempre. No alejaría a los bebés de ellos, sin embargo, para mantener la cordura, conservaría la distancia. De alguna manera, porque ver a Kristoff con otra mujer semana tras semana me mataría lentamente.

—Gemma, ¿estás ahí? —La voz de Lena tembló.

—Sí —afirmé—. Lo siento, mis pensamientos se desviaron. Espero que nos veamos pronto. Estamos pasando el verano fuera, pero quizás en otoño.

—Kristoff me dijo que estás esperando mellizos —mencionó, vacilante.

«Y ahí estaba mi respuesta», pensé.

—Sí.

Una leve pausa y luego empezó:

—Sé que puede ser testarudo y difícil. Espero que... —Su voz temblaba mientras continuaba —: Pase lo que pase, ustedes lo resuelvan. Y si no, te lo ruego, déjame ser parte de tu vida y de la de mis nietos.

Las emociones me llenaban el pecho. Estas malditas hormonas serían mi muerte.

—Lena, no hace falta que me lo pidas —aseguré con voz ronca al teléfono, un poco emocionada. Las hormonas del embarazo hacían que mis emociones bailaran por todas partes—. No los apartaré ni a ti ni a Kristoff de los mellizos. Te lo prometo.

Escuché resoplidos a través del teléfono.

—Muchísimas gracias. Es un sueño hecho realidad. —Al menos alguien estaba de acuerdo —. Ya los amo.

—En cuanto volvamos —prometí—. Te llamaré. Solo necesitábamos este verano lejos.

«Antes de tener que enfrentarme a la realidad y a Kristoff», repasé.

—Entiendo —dijo—. Tengo un buen presentimiento. Estoy deseando verlos a todos. ¿Y cómo están tus preciosas niñas? —preguntó.

Charlamos un rato más. Me dio su opinión sobre todas las plantas, me habló de su pandilla y sonreí haciéndole preguntas. Por lo menos, sabía que los mellizos iban a tener una abuela estupenda.

Colgué y miré al mar. El yate negro seguía allí. Realmente no entendía por qué no se movía más al sur.

Le eché un vistazo a Betty y me debatí entre despertarla o no. Me incliné hacia ella y le di unos golpecitos suaves en el hombro. Como no se movió, volví a intentarlo con más fuerza.

—*Hmmm* —murmuró—. ¿Qué?

—Te quemarás si no te das la vuelta al menos —advertí.

Se dio la vuelta y se frotó los ojos.

—Moriría feliz con tener días así. —Su voz era perezosa y relajada.

Me reí entre dientes.

—Sí, esto pone la vida en perspectiva, ¿verdad?

—Sí, seguro que sí.

—Tengo trabajo que hacer alrededor de la casa. Tal vez una siesta para estar de mejor humor. —Mis invitados no estarían a salvo mientras el día siguiera y no durmiera—. ¿Quieres quedarte en la playa? —inquirí.

—No, volveré contigo. Puedo preparar a los niños y quizá podamos ir a tomar un helado mientras haces lo tuyo. ¿A menos que haya algo en lo que pueda ayudar?

—No, yo me encargo.

Era la hora de la siesta. Después de todo, esta mamá necesitaba su sueño reparador.

Capítulo Sesenta Y Nueve



Genevieve

Regresé de la playa y encontré el patio, la terraza y el primer piso de mi casa llenos de flores.

De pie en medio de una jungla interior, lo contemplé todo. El aire olía a flores y a brisa marina salada. Era un clima mediterráneo en modo turbo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —murmuré en voz baja y volví a mirar a mi alrededor. Pero no había nadie. Me quedé en la terraza superior y mi atención se desvió hacia el mar. El gran yate, que me recordaba al transporte del mismo Satanás, seguía flotando, con las olas chocando contra él.

Sacudiendo la cabeza, volví a centrarme en el problema que tenía entre manos. Deshacerme de ese desastre. Quienquiera que tuviera la brillante idea de hacer esto ocupó cada espacio vacío con esas plantas. Alguien debía odiarme porque en ese minuto, en vez de echarme una siesta, tendría que limpiar esa jungla.

—Alguien morirá en un futuro no muy lejano —renegué en voz baja mientras empezaba a recoger las plantas y a cambiarlas de sitio. Algunas las coloqué fuera del patio para darle la bienvenida a la gente que entraba, otras junto a la playa, plenamente consciente de que probablemente morirían del calor.

—Lo siento, me estoy quedando sin espacio —musité mientras levantaba la gran macetera—. Culpa a quien tuvo la estúpida idea de hacer esto.

—¿Qué demonios estás haciendo, Gem? —La voz de Rick detrás de mí me sobresaltó tanto que dejé caer la maceta.

—¿No puedes dejarme saber de tu presencia? —Me agarré el pecho, con el corazón latiéndome con fuerza—. Me diste un susto de muerte.

—¿Qué estás haciendo? —gritó. Haciendo caso omiso de mi arrebato.

«Tal vez asesinaría a Rick primero», reflexioné.

—Estoy moviendo estas malditas flores —contesté con una ceja levantada—. ¿Y por qué gritas? Aún no he perdido la audición.

—No puedes hacer eso en tu estado —protestó.

Puse los ojos en blanco.

—Estoy embarazada, no discapacitada —reviré—. Además, algún idiota tuvo la brillante idea de crear una jungla en mi espacio exterior. ¿Querías cenar con plantas en la cara?

—¿Quién las envió? —Rick inquirió con curiosidad.

Me encogí de hombros.

—No hay tarjeta. Pensé que era una broma tuya o de Jonathan.

Ambos negaron con la cabeza, con expresiones de asombro en sus rostros.

—No te enviaría flores —renegó Jonathan—. No necesito experimentar la ira de un antiguo miembro del equipo de las Fuerzas Especiales.

¿Eh?

No dio más detalles y se puso a mover las plantas.

Con la espalda dolorida, me dejé caer en el asiento observando cómo el sol bajaba por el horizonte y los rayos se reflejaban en la superficie. El yate negro anclado en medio de la apacible ensenada brillaba como un diamante negro en el paraíso seguro de traer problemas.

Entrecerré los ojos ante tan horrible visión. Tenía que ser un medio de transporte de Hades.

—¿Dónde quieres este cactus? —Rick refunfuñó.

—¿En el desierto? —inquirí sarcásticamente. No le hizo ninguna gracia, así que señalé hacia el lado opuesto de la terraza—. Por cierto, no es un cactus. Es un Acanto. *Acanthus balcanicus* en latín.

—Sí, lo que sea.

Tuve que darles órdenes durante las horas siguientes. Incluso me duché a escondidas y me puse un vestido verde sin tirantes, cuyo suave material rozaba ligeramente mi piel. Como si no llevara nada puesto. Me quedé descalza, disfrutando del fresco mármol bajo mis pies.

El ambiente era relajante, los calmantes sonidos del constante correr de las olas contra la orilla iban calando poco a poco en mi alma.

Una cálida brisa marina me acarició la piel y cerré los ojos. Kristoff acechaba mis pensamientos, día y noche, constante como la corriente de los ríos. Me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento. Si había pasado por su mente, o si se alegraría por el embarazo. Me froté el vientre distraídamente, esperando que no me echara en cara que saliera embarazada sin planearlo.

Dios, de todos los milagros, este tenía que ser el más asombroso. Pasara lo que pasara, tendría un trocito de ese hombre en nuestros bebés. Lo robé, aunque sin querer. Solo deseaba...

Detuve el deseo y me llevé la mano izquierda a la nuca intentando aliviar la tensión, mis ojos se cerraron y los sonidos de todos se desvanecieron detrás de mí.

En toda mi vida, nunca había sentido nada tan fuerte por un hombre. Hizo falta el chantaje de Kristoff para aprender que ese tipo de amor era de los que se daban una vez en la vida. Era lo que mis padres tenían, excepto que el suyo era un amor mutuo.

¿Y el nuestro?

No estaba del todo segura de qué era lo nuestro. Lo amaba; no me correspondía. Así de simple; o así de complicado. El aleteo en mi vientre me hizo sonreír, a pesar de mi situación. Según mis cálculos, había quedado embarazada la primera vez que Kristoff y yo tuvimos sexo. De algún modo, parecía apropiado para el hombre obsesivo.

—¿Dónde quieres esta? —La voz de Rick atravesó mis pensamientos y abrí los ojos para encontrarlo de pie y tratando de equilibrar una gran planta en sus brazos.

Estudié el patio y encontré el lugar vacío para ella, luego lo señalé. Justo cuando Rick lo dejó en el suelo, me llamó la atención el chirrido de los frenos de una camioneta que se detenía delante de la verja. Seguí el movimiento y como una vecina entrometida me pregunté qué había llegado para ellos. Porque no había pedido nada.

Un portazo y un italiano *sexy* salió de la camioneta, con una camiseta blanca y unos *shorts* negros.

—Jesucristo, ¿acaba de salir de la pasarela? —murmuré. *Lástima que fuera demasiado joven para mí*.

Me observó, sin vergüenza, mientras caminaba alrededor del vehículo hasta la puerta del copiloto, la abrió y tomó una torre de cajas. Sonreí al verlo balancearlo todo entre sus brazos, con los músculos abultados.

—Dios mío, ¿es real? —Betty apareció de la nada—. Estoy babeando. —Me reí entre dientes. ¿Cuándo no se le caía la baba?—. Creo que tú también. Y tienes corazones en los ojos.

Puse los ojos en blanco.

—Querrás decir ojos de asaltacunas. El chico es al menos diez años más joven.

—Pero el vigor. —Jadeó—. Y el italiano en él. Un semental.

Me estremecí.

—Y el momento se ha ido. Los sementales no van conmigo.

—*Signorina* Rose. —Ambas saltamos, como si nos hubieran atrapado con las manos en la masa. Nuestras cabezas giraron para encontrar *al semental* frente a nosotras—. Bella Rose.

Me sonrojé y el calor de la tarde no tuvo nada que ver. Sonrió y mi rubor se convirtió en una sensación de calor. Las hormonas se me iban de las manos. Tenía que encontrar un mejor vibrador. El apuesto italiano me agarró la mano y besó la parte superior. Mientras su cabeza se inclinaba sobre mis nudillos, miré con los ojos muy abiertos a Betty, quien se abanicaba.

—Tengo regalos para usted —anunció el chico italiano mientras se enderezaba.

Una sensación de calor me recorrió la espalda, como un picor en la nuca, y miré a mi alrededor en busca de algo que lo provocara. No podía ser este tipo. ¿No?

—*Ummm.* —No encontraba las palabras.

Colocó las cajas sobre la mesa cercana y abrió la primera.

—Para empezar la noche con un postre. —Las palabras dispararon algo lánguido por mis venas—. Y diamantes para la belleza exótica.

—¡Jesucristo! —murmuró Rick—. ¿Qué carajos está pasando? ¿Te está pidiendo matrimonio?

Me entregó una gran caja de terciopelo. Dudé y Betty me dio un codazo con el hombro.

Extendí la mano, la agarré y murmuré un suave.

—Gracias.

Entonces la abrí y los jadeos sonaron a mi alrededor mientras el zumbido de mis oídos lo convertía todo en ruido blanco. Tenía en la mano el collar de diamantes más hermoso.

—¡Santa madre de Dios! —soltó con voz ronca Betty—. Tengo la sensación de que son reales.

Me temblaban los dedos al levantar una tarjeta de satén. *Ponte esto para mí. Por favor.*

Dejé caer la caja y busqué frenéticamente a mi alrededor. Estaba aquí. Nadie más me había dicho esas palabras.

Betty se apresuró a arrodillarse y tomar la caja de terciopelo. El italiano fingió que mi reacción era lo más natural del mundo mientras agarraba la siguiente caja.

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

El desgraciado *sexy* me ignoró y me puso la siguiente caja en las manos. Como aturdida, la abrí. Una tiara deslumbrante con diamantes casi me cegó. Cerré la caja de un chasquido.

—¡Devuélvelo todo! —exigí, con el corazón acelerado en el pecho. Kristoff envió regalos. No necesitaba firmar las tarjetas. Su nombre estaba por todas partes. Dios mío, sabía dónde estaba.

Sacudió la cabeza.

—*Mi dispiace*. Debe tomar todo.

Empujé las cajas hacia él. Antes de que pudiera hacer algo, Betty las tomó.

—No te preocupes, niño bonito —notificó—. Nosotros nos encargamos.

Gemí, mientras el chico guapo dejaba caer alegremente las cajas sobre la mesa y nos dejaba atrás como polvo al viento.

—No era *tan* guapo —reviré, sintiéndome de repente fatigada y más malhumorada que antes de volver a casa.

Me senté en la silla más cercana. Alguien encendió el equipo de música y por los altavoces sonó la suave melodía de Dean Martin *That's Amore*. El ambiente era romántico, italiano y...

Bueno, hubiera sido perfecto si cierto multimillonario de mirada verde esmeralda

compartiera el momento conmigo. Dios, el hombre me había arruinado para cualquiera. Me había arruinado y punto. Había despertado una parte de mí y no había vuelta atrás. Un esposo cariñoso no debería ser demasiado pedir. Sí, habría días difíciles, pero al igual que con mis padres, mientras estuviéramos juntos, seríamos capaces de manejarlo todo.

Me acerqué al muro de piedra medieval que rodeaba la terraza admirando los colores del atardecer reflejados en la superficie del mar. El mismo gran yate multimillonario atracado en nuestra pequeña bahía dominaba la cubierta. Me sorprendió que siguiera allí. Normalmente, yates así no visitaban este antiguo pueblo pesquero. Todos se dirigían al sur, hacia Dubrovnik, o más al norte, hacia Pula. Cuando volvía de la playa, escuché a los lugareños, un centenar, especular sobre quién era. Las conjeturas iban desde príncipes saudíes, el presidente croata o el presidente de los Estados Unidos.

Entrecerré los ojos al verlo. ¿Podría ser...?

Al moverme, sorprendí a Jonathan viendo por encima del horizonte. Seguí su mirada hacia el yate, con las cejas ligeramente fruncidas.

—Los lugareños llevan toda la tarde especulando a quién le pertenece —comenté, sin dejar de observar al horizonte—. Creo que la última conjetura fue que le pertenece al presidente de los Estados Unidos. ¿Cuál es tu suposición?

Hizo un pequeño ruido de diversión.

—No podría ni empezar a adivinarlo. —Apretó la mandíbula, pensativo, y volvió a verme a los ojos—. ¿Quieres bailar?

Parpadeé ante el brusco cambio de tema y miré a mi alrededor.

—¿Ahora? —inquirí—. La canción está a punto de terminar. —Y como si nada, la música terminó, y antes de que pudiera decir te lo dije, cambió y empezó a sonar *Love* de Lana Del Rey.

—No hay nada mejor que pasar de Dean Martin a Lana Del Rey.

Me tendió la mano y me quedé un rato observándolo, antes de poner mi mano en la suya. Con la lenta melodía que tarareaba en la radio, seguí su ejemplo, apoyé el brazo en su hombro y moví el cuerpo con él.

—Bailas bien —halagó—. Ligera para dirigir.

—Tampoco eres tan malo —repliqué, pero antes de que pudiera decir algo más, me dio vueltas lejos de él. Se detuvo de repente, haciéndome tropezar contra su pecho.

—Demasiado para una bailarina suave —me burlé, dando un paso atrás.

Su hijo silbó en señal de ánimo.

—¿Le pisó los pies, señorita Rose? —bromeó Kai—. Mi padre tiene dos pies izquierdos.

Me reí entre dientes.

—Tengo dos derechos.

—Culpa mía —dijo Jonathan. Volvió a balancearnos, nuestros pasos lentos—. ¿Cuándo piensas volver?

Encogí mi hombro desnudo y bronceado.

—Cuando me apetezca.

La verdad era que tendría que volver antes de que empezara el año escolar. Me sentía como en tiempo prestado. Había que resolver tantas cosas. La habitación de los mellizos, la ropa de los bebés, la ropa y el material escolar de las niñas, el cuidado de los bebés, el horario, los arreglos con Kristoff.

Dios, eso último me destripó en todos los sentidos equivocados.

Capítulo Setenta



Genevieve

Bailamos en silencio hasta que terminó la canción y Rick intervino.

—¿Puedo interrumpir?

—Ya lo hiciste —gruñó Jonathan.

Me reí entre dientes y agarré la mano de Rick justo cuando sonó la canción *September* de Daughtry.

—No es exactamente una canción para bailar.

—Está bien —indico, rodeándome con sus brazos—. Podemos bailar despacio.

Con nuestros cuerpos sincronizados, bailamos despacio, como en nuestros años de universidad. Habían cambiado tantas cosas. Casi dos décadas, tiempo perdido con mi difunto marido. No obstante, si me arrepintiera de aquellos años, no tendría a mis hijas.

Optando por no pensar en Jack, me concentré en la letra de la canción. Y maldita sea si eso no era igual de malo. Las palabras me desgarraban el pecho y mi frágil corazón. «*Las canciones nunca me habían hecho llorar*», reflexioné. Aquella revelación sería mi muerte.

Un dolor floreció en mi pecho, recordando momentos con Kristoff, como imágenes instantáneas de momentos perfectos. Jodidas hormonas. Las lágrimas me quemaban el fondo de los ojos, el dolor viajaba por mis venas hasta el corazón y el alma.

—¿Estás bien? —Rick preguntó en voz baja.

—*Mmmm*. —Agité la mano como si no fuera nada que mi corazón siguiera sangrando.

Algo parpadeó en su mirada.

—Mentirosa. —Ladeé una ceja—. No estás bien.

Dos pasos atrás; dos pasos adelante.

—Son solo mis hormonas jugándome trucos. —Una vez que las hormonas desaparecieran, también lo harían estos sentimientos. «*Sigue mintiéndote*», se burló mi corazón.

—¿Estás segura de que son las hormonas, Gem? —Rick era el único que me llamaba así. Apoyé la frente en su pecho.

Sacudí la cabeza contra su pecho.

—Sigo esperando a que se me pase este nudo en la boca del estómago. Siento que me muero por dentro.

Mi admisión llenó el espacio entre nosotros en el momento en que lo confesé. Las palabras se me escaparon. O tal vez no. Estaban atascadas en mi garganta, esperando a que las escupiera. La admisión era el primer paso hacia la recuperación. ¿Cierto?

—Por fin —murmuró, con sus labios contra mi cabello—. Por fin admites que no todo está bien. Ahora dime, ¿qué quieres?

Suspiré. No importaba. Mi pecho había estado haciendo tantas cosas raras que me planteé seriamente ir al cardiólogo. Tal vez podrían arreglar ese problema y las cosas podrían volver a ser como antes de Kristoff.

Aceptaría los problemas financieros, solo para hacer desaparecer este dolor.

—¿Qué quieres, Gem? —Rick repitió, con voz firme.

—Lo quiero a *él*. —Las palabras salieron volando. La noche y la atmósfera era la culpable. El sol poniéndose en el horizonte, el resplandor naranja, haciéndote creer en el amor—. Lo necesito tanto que duele. Me gustaba más cuando no sentía nada. Cuando no quería a nadie. Solo las chicas y yo.

Mi pulso se aceleró, la adrenalina corría por mis venas. Esto era más difícil que correr un maratón, más difícil que la postura de yoga más dura que mi cuerpo pudiera soportar.

La sangre me latía en los oídos. Mi corazón tronaba salvajemente. Admitir que necesitabas a alguien era una debilidad. Podían usarlo en tu contra.

—Sé que da miedo —musitó Rick—. Las niñas crecerán; no pueden ser tu único propósito. No tienes nada que perder yendo tras lo que quieres y todo que ganar. No querrás preguntarte el resto de tu vida cómo podría haber sido con él.

—Para ti es fácil decirlo —renegué.

—Es tu orgullo el que habla.

Tragué saliva.

—¿Sabes?, mis padres siempre decían que necesitar a alguien te daba fuerza. Sin embargo, todo lo que experimenté con ello fue debilidad.

—Tus padres tuvieron un buen matrimonio. —Asentí—. Y tiendo a pensar que probablemente sabían más que nosotros sobre cómo hacerlo funcionar.

Se me escapó una risa ahogada.

—Probablemente. —Me encontré con su mirada—. Dicen que se vive y se aprende. Pero ¿y si el proceso de aprendizaje pudiera costarte la vida? O la suya. —Frunció el ceño. Maldición, tenía miedo de que, si las cosas se ponían feas, apuñalaría a otro hombre. Fue tan fácil clavarle el cuchillo a Jack. Nunca había herido a alguien en mi vida. Y, no obstante, ese día, sentí que podría haberlo asesinado.

Entonces, decidiendo que el tema era demasiado pesado, lo cambié.

—¿Acabas de citar a Daughtry? Nada que perder, pero todo que ganar. Cómo podrían haber sido las cosas.

Rick sonrió tímidamente.

—Me pareció apropiado. —Me tomó la cara con las dos manos y no pude evitar compararlo con la forma en que Kristoff me acariciaba el rostro. Cuando lo hacía, todo mi cuerpo zumbaba de expectación. El tacto de Kristoff era un deseo tan profundo que me hacía temblar los huesos —. Eres una de las mujeres más fuertes que conozco —continuó Rick—. No te hace débil admitir que lo necesitas.

—Tal vez. —El pecho me ardía de emoción, el nudo en la garganta me dificultaba hablar—. Sin embargo, Kristoff no me necesita.

No hacían falta más palabras.

El silencio se apoderó de la terraza mientras Rick y yo bailábamos, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos. Una sensación de hormigueo en la nuca me hizo luchar contra el impulso de darme la vuelta. En lugar de eso, me concentré en mi respiración. La cálida brisa veraniega que recorría la terraza, pegando el vestido a mi cuerpo.

«Kristoff no me necesitaba». El nudo en mi garganta se hizo más grande.

Siempre me había bastado a mí misma. Algunas chicas necesitaban muchos amigos para sentirse importantes. Yo no. Algunas chicas necesitaban la seguridad de los chicos. Yo no.

No obstante, necesitaba *a* Kristoff. Lo *anhelaba*. Lo deseaba.

—Sé que te preocupa confiar en alguien después de Jack. —Un silencio tenso envolvió el pequeño espacio entre nosotros, antes de que continuara—: Kristoff no se parece en nada a Jack. Sí, el desgraciado me dio un puñetazo. Pero fue por celos.

—¿Y eso hace que esté bien? —Solté una risita, aunque más bien pareció un gemido.

—Jack nunca persiguió a los hombres de los que estaba celoso. —Rick pronunció las palabras que sabía que eran ciertas—. Se desquitó contigo. Hay una gran diferencia.

Alcé la vista hacia él y lo encontré mirando por encima de mi cabeza con una expresión ligeramente perturbada. Lo seguí. Mis pasos vacilaron. El corazón me dio un vuelco y se detuvo durante dos segundos antes de reanudar su latido.

Ojos de bosque oscuro. Hombros anchos. Manos fuertes que hacían que mi cuerpo zumbara de placer.

Mi piel se encendió y mi pulso se aceleró a un ritmo insano. Tenía que ser malo para los bebés. Sin embargo, no podía detenerlo.

Mi corazón bailaba. Mis oídos zumbaban.

El hombre al que amaba estaba de pie a apenas metro y medio, con camisa blanca y pantalones negros de vestir. Tenía mejor aspecto del que recordaba. Mi respiración se entrecortó cuando su mirada recorrió mi cuerpo, deteniéndose un instante más de lo necesario en mi vientre.

—Genevieve —pronunció suavemente y mi cuerpo se inclinó instintivamente hacia adelante, deseoso de su calor sin consultar a mi cerebro. O a mi corazón.

Capítulo Setenta Y Uno

Genevieve

—Kristoff. —Respiré—. Qué sorpresa verte aquí. —*Mentira.*

Desde que vi los regalos, en el fondo sabía que iba a venir. Nada ni nadie mantendría alejado a este hombre cuando se proponía algo.

—No importa a dónde vayas, te encontraré. —El profundo sonido de su voz me hizo sentir cosas que no tenía por qué sentir. Entonces las palabras penetraron. «*Dañino*», susurró mi razón.

Un chillido fuerte y feliz, y el momento se evaporó a través de la brisa veraniega. Saoirse corrió por la terraza. Kristoff se arrodilló antes de que se lanzara por los aires a sus brazos. Sierra siguió, con los ojos brillantes como el mar bajo el sol radiante y la sonrisa más grande que su carita pudo expresar.

Se me detuvo el corazón, la imagen quedándose quemada en mi alma.

Familia. Dios, esto se sentía como una familia.

Nuestras miradas chocaron, mi corazón se ralentizó y el mundo dejó de existir. Solo Kristoff y nuestras hijas. No, no, no, *mis* hijas.

Fue entonces cuando me fijé en la mujer que estaba a su lado. Una preciosa pelirroja, con un elegante vestido griego blanco de verano con broches dorados que hacían juego con sus sandalias doradas. Me recordó a una diosa griega. No se había movido ni había dicho una palabra, pero sabía, simplemente *sabía*, que sería la pareja perfecta para Kristoff.

Yo, descalza, nunca podría compararme con alguien así. No es que quisiera.

Maldito fuera.

Aparté la mirada, luchando de repente contra unas náuseas que no había experimentado desde que pisé este país.

Me acerqué más a Rick.

—¿Se lo dijiste? —acusé en voz baja. Negó con la cabeza—. Ignora todo lo que acabo de decir.

No necesitaba a un hombre. No necesitaba a alguien que presumiera un premio diferente cada vez que lo veía. *Ugh,* excepto que tenía dos vidas creciendo dentro de mí. Tal vez podría ser una estipulación de nuestras visitas. Cuando tuviéramos que verlo, nada de mujeres.

Qué triste. Con estipulación y todo.

Me negué a mostrarle mis sentimientos. Con una sonrisa puesta en mi cara y Rick a mi lado, me acerqué a Kristoff.

—Vamos, chicas —intervine, mi tono demasiado dulce—. Denle un poco de espacio. No es como si no lo hubieran visto en años.

Agarrando la mano de mi hija menor, la aparté suavemente de él.

—No lo habíamos visto desde hace mucho, *mucho* tiempo —se quejó Saoirse—. Te echábamos de menos. Mamá también te extrañó.

—Por supuesto que no —protesté. Demasiado a la defensiva. *Increíble.* Tuve que defenderme ante mis propias hijas.

La ceja de Kristoff se alzó, aunque un sutil brillo de diversión se encendió en sus hermosos ojos. Quizá nuestros hijos heredarían sus esmeraldas.

—Sienna lo dijo. —Mi hija mediana estaba más que feliz de echar culpas—. Ella dijo que estás triste porque lo extrañabas y él trabaja demasiado.

Puse los ojos en blanco y me giré para mirar a la mayor.

—¿Qué es esto?

Sienna se encogió de hombros.

—Hice una suposición, mamá. ¿Qué otra cosa iba a decir? —Su tono era despreocupado y, para enfatizar, sopló una burbuja con su goma de mascar y la reventó.

Kristoff se levantó en toda su altura, sobresaliendo por encima de mí. Excepto que no se sentía amenazador. Más bien como un refugio y un *hogar*.

—También las he extrañado. —La mirada acalorada de Kristoff me atravesó la piel y me encendió. «*No le creas. No le creas*»—. Y he echado de menos a su mami. Tanto que he tenido que venir a verlas a todas.

Mis dos hijas más pequeñas volvieron a chillar de alegría. Quizá las dejé ver demasiados cuentos de hadas.

—Muy bien, chicas. —Di una palmada, indicándoles que entraran—. Vuelvan a jugar, por favor. Se irán a la cama en una hora.

Así de fácil era despachar a mis niñas. Solo la mención de la hora de acostarse y desaparecían más rápido que los colibríes. O el correcaminos en esos viejos dibujos animados con Wile E. Coyote.

Volviendo mi atención hacia su acompañante, extendí mi mano hacia la suya para estrechársela.

—Soy Genevieve. —Me presenté, impresionada por mi voz mesurada—. Este es Rick. —Luego hice un gesto con la mano en dirección general a los invitados restantes—. Y el resto de la familia.

—Soy Sophie. —Sus ojos azules como el cristal brillaban divertidos mientras nos miraba. Su cabello rojo fuego caía en ondas lujosas sobre sus hombros. Con un cuerpo delgado, pero con curvas, era unos dos centímetros más alta que yo—. He oído hablar mucho de ti.

Interesante.

No había nada más que pura curiosidad en sus azules y casi me arrepentí de que fuera simpática. Su corazón tierno se reflejaba en su mirada.

—Encantada de conocerte. —Los celos eran una cosa fea. Sin embargo, no podía evitar que se deslizaran por mis venas. Maldito fuera este hombre; todo era culpa suya—. Espero que estés disfrutando de tu visita a Croacia.

Tenía que intentar ser una buena persona. Una *mejor* persona.

—Me está gustando, gracias. La costa de este país es preciosa. —Asentí con la cabeza y continuó, reforzando su simpatía—: Pensé que nuestras mejores vistas eran desde el yate de Kristoff, no obstante, es aún mejor desde la costa.

Suspiré. Sería la última vez que ignoraba mi instinto. Mis ojos recorrieron el mar hasta el yate negro del que me había quejado todo el día.

—Ese yate es horrible —lancé—. Es como un barco de *La Guerra de las Galaxias* en medio de un oasis. —Ese yate tenía problemas escritos por todas partes. Sophie ahogó una risita, con la diversión claramente reflejada en su rostro. *Ugh*, ya me agradaba.

Los ojos de Kristoff atrajeron mi atención de nuevo hacia él, nuestras miradas quemando la costa adriática.

La atracción invisible era tan difícil de combatir que decidí que tenía que irse. En ese instante.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, agitada por haberme puesto tan caliente.

—Unas vacaciones. —Sus hombros se tensaron—. Mi madre insistió en que este era el país más hermoso que había visitado. Así que decidí venir y verlo por mí mismo. —Sus esmeraldas

volvieron a recorrer mi cuerpo y tuve que luchar contra el escalofrío—. Ahora entiendo la fascinación. Además, extrañaba a mi asistente personal.

La insinuación no se me escapó. ¿De verdad estaba coqueteando conmigo delante de su cita?

—Tú y yo tenemos algunas *cosas* que discutir. —Hizo hincapié en la palabra. Aunque la emoción me obstruía la garganta, un dolor profundo y vacío me palpitaba entre los muslos. Había un malentendido ocurriendo allí.

¡Estúpido cuerpo traidor!

—Lo discutiremos cuando vuelva a Estados Unidos. —Me mantuve firme—. Deberías continuar hacia el sur del país, lejos de *aquí*.

Sí, lo quería. Pero todo de él. No sus estúpidas sobras. Y ciertamente no lo entretendría con su nueva novia. ¿Qué demonios se creía que era esto? *¿Ménage à trois?*.

No, gracias.

Encontrándome con la mirada de Sophie, continué:

—Es la parte más atractiva de este país y todo el mundo habla maravillas de ella. Te encantará.

Sería más fácil convencerla que al testarudo que tenía delante.

—En realidad, Gemma, vamos a quedarnos aquí. —*Sobre mi cadáver*—. ¿Podríamos alquilarte dos habitaciones? —preguntó despreocupadamente. Como si estuviera pidiendo una bola de helado. *¡Maldito sea!*

—No. —«*No pierdas la cabeza*». Me dolía el corazón, mas no tenía que mostrárselo—. Todas las habitaciones terminadas están ocupadas —dictaminé las palabras con más gusto del necesario. Prácticamente me estaba divirtiendo—. Lo siento.

Una sonrisa dulce y falsa apareció en mis labios.

—No lo sientes en absoluto —replicó secamente.

—Claro que sí —mentí.

Sophie nos miraba a Kristoff y a mí, con curiosidad en sus profundidades azules.

—No necesitamos nada lujoso. Cualquier habitación que tengas, incluso con los agujeros en el suelo, la tomaremos. —Estaba tan seguro de que se saldría con la suya.

—La respuesta sigue siendo no. —Alcé la barbilla y arqueé una ceja en señal de desafío. Su mirada se entrecerró en las esquinas, sosteniendo la mía. *«¡Esta vez no te saldrás con la tuya!»*, juré.

La tensión se apoderó de la terraza, como la calma antes de la tormenta.

—Di tu precio, Gemma. —Sus ojos parpadearon con un desafío—. ¿O estás demasiado asustada?

—No hay precio. No puedes comprar tu entrada esta vez. —Me negué a ceder. El imbécil siempre se salía con la suya y no quería que mi paz se viera perturbada mientras estuviera aquí. Podía llevarse su trasero a su horrible yate—. Aquí no hay lugar para ti. ¿No me escuchaste las dos primeras veces?

Su mandíbula se apretó.

—Estoy dispuesto a pagar un buen precio por las habitaciones. —Por supuesto que lo haría. Pensaba que podía comprar el mundo.

—¿Qué pasa con las habitaciones de tu yate? —indagué.

—Queremos quedarnos aquí. Pagaré el precio que me digas. —¿Por qué esto se sentía como un *déjà vu*? Ese idiota arrogante y guapo se negaba a admitir la derrota. Así que le daría un precio irrazonable.

—Bien, como quieras —reviré, apartándome un mechón de cabello de la cara—. ¿Quieres

una habitación? —Sus hermosos labios se curvaron en una sonrisa triunfante. Desgraciado—. El costo es de veinte mil dólares por noche, por habitación.

—*¡Oh, mierda!* —Una sonrisa ganadora ya se formaba en mis labios—. Pensé que irías a por más. Lo aceptaremos. —Ni siquiera parpadeó.

—Lo siento. Mal inglés. Quise decir cincuenta mil dólares por noche.

—Vendido. —Imbécil.

—Cien mil dólares por habitación, por noche. Pagado por adelantado.

Sin jadeos. Ninguna reacción. Solo un brillo de suficiencia.

—Está bien. —*Ugh*, la agitación se multiplicó por diez.

—¿Cuántos días, Kristoff? —espeté entre dientes.

—Las tomaré por el resto del verano. —Gemí en voz alta—. Hasta septiembre, cualquier día que regreses. Porque volveremos juntos de vuelta a casa. Tú, las niñas, los mellizos que crecen en tu precioso cuerpo y yo.

Sus ojos ardían de convicción, pero un destello de conflicto acechaba en su mirada.

—Vas a arruinarme todo el verano —me quejé, con los dientes tan apretados que me dolía la mandíbula. La verdad era que no confiaba en mí misma cuando estaba con él. Cada vez que respiraba, tenía que luchar contra la atracción magnética que sentía hacia él. En la misma casa, cada segundo del día, temía ceder.

Capítulo Setenta Y Dos



Genevieve

Salí corriendo de allí como si el diablo me pisara los talones.

Rick me siguió.

—No sé cómo sobreviviré viéndolo todos los días —susurré mientras miraba por encima del hombro.

La intensa vista de Kristoff seguía clavada en mí, su calor me abrasaba con promesas de noches apasionadas, susurros de sábanas y palabras sucias contra mi piel.

Sacudí la cabeza, esperando despejar las imágenes que se agolpaban en mi mente.

—Debería haber dicho un millón por noche, por habitación.

—Lo habría pagado —declaró Rick con seguridad—. Quizá sea bueno que esté aquí. Puedes decidir si quieres ir tras él.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Te pareció que estaba solo? ¿No te fijaste en la hermosa pelirroja que estaba a su lado?

—Lo hice. —Se encogió de hombros despreocupadamente, metiendo las manos en los bolsillos—. Pero también me di cuenta de que no le prestó atención a ella. Sus ojos estaban puestos en ti todo el tiempo.

—Eso es porque quiere hablar del embarazo. Cuando a ese hombre se le mete algo en la cabeza, no lo suelta. Lo he visto en negociaciones.

—¿Hablando de alguien que conozco? —La voz de Kristoff vino de detrás de mí, y me di la vuelta casi chocando con él.

—¡Santos cielos, Kristoff! —siseé—. No puedes acercártele así a la gente.

—Creo que le preocupa que huyas —interrumpió Sophie en broma, siguiéndolo por detrás, y me guiñó un ojo—. ¿Así que he oído que estás embarazada de mellizos? —preguntó sonriendo, y luego añadió—: ¡Felicidades!

—Deja de divulgarlo —le advertí a Kristoff en tono exasperado—. En serio, es de mala suerte.

—No lo difundí —respondió con naturalidad—. Se lo conté a mi familia.

Solté una risita, observando a Sophie, antes de volver a mirar a Kristoff.

—¿Te casaste en las últimas semanas?

Solo decir esas palabras me cortaron como un cuchillo.

—No, no lo hice. ¿Te ofreces? —Sus ojos y su tono de voz eran serios e intencionados; el momento me recordó a cuando volvíamos a casa de la fiesta de cumpleaños de su madre. Cuando me preguntó si me ofrecía a ser su novia.

Le dirigí una mirada curiosa a Sophie para descubrir que nos estudiaba con interés.

—Soy su prima —explicó.

Un atisbo de esperanza se agolpó en mi pecho, mas lo contuve rápidamente. En lugar de eso, me encogí de hombros fingiendo que no me importaba lo que fueran el uno para el otro.

—¿Quieren que les enseñe dónde están sus habitaciones? —inquirí cansada, poniendo una mano en mi espalda y la otra sobre mi pequeño vientre, sintiendo pequeños aleteos. Me daba cuenta de que era demasiado pronto para sentir a los bebés; sin embargo, no podía evitar que me encantaran esos pequeños signos de vida que crecían dentro de mí.

—¿Estás bien? —Rick preguntó—. Estás sosteniendo tu espalda como si te doliera.

—¿Qué? —La voz alarmada de Kristoff atrajo mi mirada hacia él. Se coló delante de Rick y

ocupó su lugar, acorralándome. Levantando la mano, empujé la palma contra su pecho e instantáneamente la sangre corrió por mis venas tan rápido que mi mano se sintió inestable contra la pared de su pecho.

Las yemas de mis dedos zumbaban, instándome a recorrer su pecho. En lugar de eso, intenté apartarlo suavemente. En vano. No podía mover ese musculoso hombre con un empujón.

—Estoy bien. —Empecé, exasperada con los dos. Luego miré a Rick y añadí—: Y tienes que dejar de entrar en pánico. Me estás volviendo loca.

—Debes estar cansada. —Sophie acudió al rescate—. Sé que lo estoy. Me encantaría ver mi habitación.

—Me quedaré aquí —expresó Kristoff, con su vista en mí—. Adelántate. Quiero hablar con Rick. —Alcé una ceja y miré con desconfianza entre los dos.

—Todo está bien, Gem —me aseguró Rick—. Si me da un puñetazo, estaré mejor preparado y se lo devolveré.

Puse los ojos en blanco y conduje a Sophie a su dormitorio, dejando a los dos atrás.

—Las recámaras no están mal —añadí mientras subíamos las escaleras—. Solo que no están modernizadas.

No me molesté en decirle que esas dos eran las más cercanas a mi habitación. Las otras estaban ocupadas entre la familia de Rick y la de Jonathan. Tenía algunas más, no obstante, estaban en peores condiciones que estas. Después de todo, por el precio que pagaba Kristoff, no podía meterlos en un basurero.

No importaba lo tentador que fuera.

Las dos *suites* asignadas al multimillonario y a su prima estaban unidas por un gran balcón que daba literalmente al mar que se estrellaba contra la costa rocosa.

Abrí la puerta e hice un gesto para que entrara.

En cuanto lo hicimos, se dirigió a la terraza y su jadeo fue la reacción que esperaba. A todo el mundo le encantaba ese balcón.

—Tú y Kristoff podrán decidir quién se queda con qué habitación —dije, aunque secretamente esperaba que Kristoff estuviera más cerca de la mía. Realmente tenía que decidirme, o lo quería cerca o no.

«Lo quieres», susurró mi corazón.

—¡Mira esa vista! —se maravilló—. Nunca he presenciado nada igual.

Sonreí siguiendo su mirada hacia el mar.

—Es irreal, ¿verdad? —coincidí—. Nunca me canso de ella.

—Puedo entenderlo. —No apartó la vista del horizonte y me tomé un momento para admirar su perfil. No se parecía en nada a su primo. Aunque ambos eran hermosos, a su manera. Por alguna tonta razón, mi mente recurrió a las viejas series de telenovelas que veía mi madre. Todos en esas programas eran ricos, famosos y hermosos. Bueno, excepto la sirvienta.

Fruncí el ceño. Que les alquilara las habitaciones no me convertía en una criada. Solo una inteligente mujer de negocios. Podría haberme comprado uno o dos años más sin preocupaciones alquilando las recámaras.

Quizá podría ser ama de casa, ver telenovelas, doblar ropa y cocinar. Bueno, las dos últimas cosas ya las hacía. Solo me faltaba conquistar los dos primeros objetivos. Aunque me gustaba trabajar y la independencia que me proporcionaba.

—De acuerdo —dije, sacudiéndome mis tontos pensamientos—. Te dejaré. Espero que disfrutes tu estancia.

—Lo haré. —Sonrió con complicidad.

La dejé en su *suite* y bajé las escaleras, justo a tiempo para ver a Rick, Jonathan y Kristoff cuchicheando entre ellos. Entrecerré los ojos con desconfianza. ¿Por qué hablarían Rick y Jonathan con Kristoff? Jonathan y Kristoff eran enemigos a muerte después de lo ocurrido con su exesposa.

Y Rick... bueno, era *mi* amigo, no el suyo.

Me acerqué al grupo de hombres, manteniendo mis pasos silenciosos como un gato que se acercaba sigilosamente a un ratón. *Ah*, las ventajas de andar descalza. Estaba claro que discutían algo, sus susurros eran demasiado difíciles de entender.

Por desgracia, Rick me vio y se calló. Juraría que durante un abrir y cerrar de ojos la culpa cruzó su rostro. Sin embargo, desapareció tan rápido que no podía estar segura.

—¿Qué está pasando aquí? —les pregunté a los tres.

—Me ofende que hayas invitado a todos menos a mí a tu pequeño encuentro —se quejó Kristoff—. No estoy seguro de si debería tomármelo como algo personal o no.

Rick murmuró algo en voz baja que no llegué a entender. Jonathan mantenía el rostro inexpresivo, aunque no me miraba a los ojos.

—Adelante, tómatelo como algo personal —dije, clavando los ojos en Kristoff—. Todavía estás a tiempo de volver a tu yate y quedarte allí. ¿Qué va a ser?

Movió su mandíbula, pensativo, como si estuviera debatiéndolo seriamente. Si me envió el dinero, no había devolución. Imbécil.

—Nada me impedirá quedarme aquí. —Su rostro se llenó de algo oscuro como el pecado, a juego con el tono de su voz. Estudié su cara y, por primera vez desde que volvió a mi vida de golpe, noté un ligero rastro de barba incipiente, el cabello no lo tenía tan inmaculado como estaba acostumbrada a verlo y había algo de cansancio detrás de sus ojos.

Sin embargo, la mirada que me dirigió se apoderó de mi corazón y se negó a soltarme. Prometía una dulce retribución, dos cuerpos sudorosos entre las sábanas, palabras sucias en mi oído y manos ásperas sobre mi cuerpo.

Se inclinó más hacia mí y su olor invadió todos mis sentidos.

—Cuando me vaya, vendrás conmigo. Tienes un contrato que cumplir —gruñó con voz ronca, como si las mismas imágenes jugaran en su mente.

Sentí escalofríos por mi columna vertebral. Mi cuerpo me pedía que cediera ante él. No debería desearlo tanto. Podría culpar a mis hormonas salvajes, pero la verdad era que *yo* lo anhelaba. Mi corazón, mi cuerpo y mi alma querían *todo* de él. No me importaba su dinero, su estatus, nada de eso.

Quería su confianza. Su fidelidad. Su amor.

Dando un paso atrás, repentinamente abrumada, aparté la mirada.

—Nunca firmaré tu contrato. Haz que lo firme tu nueva asistente administrativa rubia. —Desvié la vista a propósito, temerosa de que se diera cuenta de mis celos y mis propios miedos en el fondo.

—¡A la mierda el contrato! —siseó—. Vine por *ti*.

El hombre me confundía y mis ojos se clavaron en Jonathan y Rick, que observaban nuestra interacción con fascinación.

Mis cejas se alzaron.

—¿Se les perdió algo aquí? Por favor, díganmelo.

Jonathan soltó una risita, ganándose una mirada fulminante. Levantó las manos, como si se rindiera.

—Relájate —manifestó a la defensiva—. Solo estoy disfrutando del espectáculo.

¡Hombres!, exhalé con resignación. No se podía ganar una batalla con ellos porque las mujeres eran de otro planeta.

—Kristoff, ¿quieres que te acompañe a tu habitación? —Su cuerpo rozó el mío y una oleada de anhelo me recorrió, haciendo que mis manos temblaran por la necesidad de tocarlo. Esto tenía que ser lo que se sentía la abstinencia—. No quiero desperdiciar la noche. Es tarde y tengo que acostar a las niñas.

Como si fuera una señal, todos los niños atravesaron el vestíbulo como un huracán, dispuestos a derribar la casa. O, al menos, para romper algunos muebles. Sus risas y carcajadas llenaron el aire y mi corazón.

—Estoy listo cuando tú lo estés, hermosa. —Los labios de Kristoff rozaron mi oreja y salté como si me hubiera quemado. ¿Cuándo demonios se había acercado?

—Asegúrate de que solo vea la habitación, Gemma —espetó Jonathan, con las arruguitas alrededor de los ojos que lo delataban. Le lancé otra mirada asesina.

Los iris de Kristoff nunca se apartaron de mí. Como si me estuviera hechizando.

—¿Quieres que le enseñe su habitación? —Rick se ofreció, pero antes de que pudiera rechazarlo, Kristoff se me adelantó.

—No. Ella me la mostrará. —La mirada que Kristoff le dirigió a Rick prometía otro ojo morado si este decía otra tontería.

—Puedo hacerlo —le aseguré a Rick—. Supongo que por lo que me está pagando, lo menos que puedo hacer es enseñarle su *suite.*

—Claro que puedes —alentó Rick con un guiño y un brillo en los ojos.

Exhalé sintiendo que todos estaban tramando algo malo. No tenía energía para eso en este momento.

—Date prisa, tengo cosas mejores que hacer que esperarte —gruñí, mirando por encima del hombro y teniendo que estirar el cuello hacia su imponente figura.

Mis piernas se movieron por sí solas, como ansiosas por llevarlo al dormitorio. O tal vez para deshacerme de él, no podía decidir.

Cruzamos el vestíbulo, su mano en mi espalda baja, su toque reconfortante. *Igual que antes.* Mi mirada se desvió hacia la suya y lo encontré observándome, con un deseo devorador en los ojos que me abrumaba y me devoraba por completo.

En cuanto estuvimos lo suficientemente lejos de todos, su boca rozó el punto sensible debajo de mi oreja, provocando escalofríos en cada fibra de mi ser.

—Me aseguraré de mantenerte tan ocupada que nunca saldré de tu lista de tareas pendientes —prometió con tono seductor.

Tropecé, pero sus manos me rodearon la cintura y me atraparon. En el momento en que mi cuerpo se pegó al suyo, me invadió una atracción familiar y electrizante, capaz de encender los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Incapaz de resistirme a la tentación, me incliné hacia su cuerpo, absorbiendo su calor y aquellos músculos capaces de hacer a mi cuerpo estremecerme. Su aliento contra la piel de mi cuello hizo que se me erizara la piel.

—Gemma, no huyas más. —Su voz era grave y su mirada ardía de determinación. Sus manos en mi cintura se apretaron, sin dejar espacio entre nosotros. Mis palmas se apoyaron en su pecho, músculos duros y familiares bajo mis dedos. Alcé la vista buscando aquella mirada que me iluminaba por dentro—. Sé que la jodí. —Bufé, pero guardé silencio—. Primero la filtración de las fotos y el contrato. Luego le di un puñetazo a Rick. —Lo empujé ligeramente, necesitaba algo de distancia entre nosotros. Sin embargo, no lo permitió—. Quiero empezar de nuevo. De la manera correcta. Por ti. Por mí. Por nuestros hijos. Las he extrañado a todas.

Parpadeé con fuerza, luchando contra las lágrimas que amenazaban con salir. ¿Por qué demonios tenían que derramarse siempre esas lágrimas?

Sacudiendo la cabeza, no pude sacar las palabras más allá del nudo en la garganta que se hacía cada vez más grande.

—Fui un imbécil. Pedí una oportunidad y la desperdicié. —Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolía la mandíbula. Estaba desesperada por aguantar, por no ceder ante él ni ante mis emociones. Si me derrumbaba, me pasaría la noche sollozando—. Nunca nada se sintió tan bien como tú y yo. Nosotros. Con las chicas. —Su mano buscó mi vientre redondo—. Y los bebés. Los siete.

—El escándalo... —gemí—. Siempre estará ahí.

El maldito escándalo era lo más alejado de mi mente. Mas era lo único que tenía. Admitirle que su ex estaba tan cerca de descubrir mi secreto no era una opción. Tampoco lo era admitir lo mucho que lo amaba.

—Me encargué de ello. Todo ha sido borrado. —Sacudí la cabeza con incredulidad—. Te prometo que sí. De lo último me encargué con la rubia en mi despacho. Sailor McHale es amiga de los Ashford y es periodista. —Nada de eso tenía sentido. Se veían íntimos—. El idiota que hay en mí quería ponerte celosa. Para que sintieras una pizca de lo que experimenté.

La ira se encendió en mi corazón.

—Ese fue un movimiento estúpido.

—Lo fue —confirmó—. Dejé que los celos sacaran lo mejor de mí. Eres todo lo que quiero. Nunca he querido tanto algo que la sola idea de perderlo me haga sentir que me estoy muriendo por dentro.

Mi corazón se detuvo ante la profunda emoción de su voz. Su mirada se aferró a mí y se negó a soltarme. Las imágenes de nuestras noches en vela, nuestros días de oficina y nuestros increíbles fines de semana llenaron el vacío de mi corazón.

Pero ¿era cierto?

—No soy capaz de pensar contigo en mi espacio personal. —Aunque quería sonar firme, mi voz salió temblorosa.

Me acarició suavemente las mejillas con los nudillos.

—En el fondo, sabes que estamos hechos el uno para el otro. Tú y las chicas son mi mundo. Sin ti en él, soy un cascarón vacío. —Su boca rozó mi cuello y un gemido involuntario atravesó mis labios—. Podrías pensar que esto es solo físico. Pero no lo es. Es mucho más. No obstante, si tengo que hacerlo, usaré este deseo hasta que admitas lo que tenemos. Lo que podríamos tener.

—¿Y qué es eso? —inquirí con voz ronca.

—Una vida feliz. *Juntos.* —*Lo odiaba,* ¿por qué tenía que hacerlo tan difícil?

Con la última pizca de mi voluntad, le di un codazo para que se alejara de mí.

—Tu habitación está aquí. —Abrí la puerta y me giré para salir. Mas sus dos manos se apoyaron en la pared, atrapándome—. Dejaré que vuelvas a engañarme cuando el infierno se congele.

Una chica tenía que mostrar algo de fuerza. ¿Cierto? Excepto que dijo todas las palabras correctas que hicieron que mi garganta se apretara con sentimientos y posibilidades.

Hasta que te aplastaban de nuevo.

—Entonces el infierno se está congelando —susurró. Su única mano se despegó de la pared, dándome la oportunidad de escapar. Pero me quedé quieta, esperando. Me sostuvo la cara y luego me besó. Suave y despacio. Profundo y abrasador. El calor estalló en mi pecho, haciendo arder mi sangre. Un gemido escapó de mi interior, se lo tragó y fue todo el estímulo que

necesitaba. Nuestros cuerpos se unieron, sus labios recorrieron mi mandíbula y luego rozaron suavemente mi cuello. Mis dedos se enredaron en su cabello y lo atrajeron hacia mí. Mi cuerpo se derrumbó. Ganó la adicción, la necesidad de tener sus manos y su boca sobre mí.

Su boca volvió a la mía, como si no pudiera mantenerse alejada. El beso fue posesivo, desesperado, devorador. Desgarrador.

—Gemma. —La voz de Betty atravesó la neblina inducida por la lujuria.

—¡Joder! —se quejó Kristoff contra mis labios, con su duro cuerpo apretado contra el mío. El bulto duro de sus pantalones me oprimía el vientre bajo, haciendo a mi centro palpitar con una necesidad dolorosa que solo él podía saciar.

Con una exhalación temblorosa, lo aparté de mí.

Fue entonces cuando nos vio y se detuvo en seco, mirando a Kristoff y a mí.

—Tal vez deberían entrar en la habitación y continuar —sugirió con humor. Gemí y su risa llenó el oscuro pasillo, mucho después de que desapareciera de nuestra vista.

—Creo que es una idea excelente. —La voz de Kristoff estaba llena de promesas.

Sacudí la cabeza.

—No.

Se acabó el ceder ante él.

—Tenemos que hablar —comentó—. Sobre el embarazo y nuestros planes. En privado.

—No. —Respiré, pero me mantuve firme—. No hablaríamos y lo sabes.

Su intensa mirada bajó para buscar mi rostro mientras me ahogaba en esas profundas esmeraldas.

—No puedes evitarme para siempre. Ahora estamos conectados de por vida.

Empujándolo suavemente, me alejé antes de ceder a la tentación y entrar en su dormitorio.

Encontré a Betty en su habitación.

—Gracias por arropar a las niñas. Eres la mejor.

—Lo sé. —Sonrió—. Además, tenías mejores cosas que hacer. —«*Mejores tal vez, pero no más inteligentes*». Me quedé callada—. ¿Estás bien?

—Debería haber sabido que los regalos venían de él. Bueno, lo sabía. Aun así, no pensé que me encontraría. —El silencio se extendió entre nosotras, ambas perdidas en nuestros pensamientos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Me burlé en voz baja.

—Dormir un poco y pensar sobre ello mañana. No puedo negar que tiene razón. Estamos unidos de por vida. —Mi palma frotó sobre mi pequeño vientre—. Es solo que no quiero que otra relación se estropee por... —Mi secreto. Sus celos. Nuestro fantasma. Demonios, eran demasiados cosas.

—Dile cómo te sientes —insistió en voz baja.

El sonido de una ola rompiendo contra la orilla lo sincronizó a la perfección. Era como el gran final, con una revelación justo a la vuelta de la esquina.

Emocional y físicamente agotada, le di las buenas noches y me dirigí a mi habitación. Mientras tanto, algo grueso y espeso pesaba sobre mi pecho. Aunque hubiéramos superado todos los problemas, aún cargaría con un gran secreto que podría acabar destruyéndolo. No creía que pudiera hacerle eso. Mas mi corazón anhelaba la felicidad que prometían sus palabras.

Pero solo eran palabras. Entonces ¿por qué sonaban tan sinceras y me arañaban el pecho para que cediera? No había pasado medio día y ya estaba dando mi brazo a torcer.

Con la cabeza agachada y sumida en mis pensamientos, me topé de bruces con un pecho

duro. *Kristoff*. Miré su hermoso rostro e hice una mueca interior. La vida estaba decidida a lanzarme tentaciones.

Pecadora y todo, el destino probablemente sabía que era una apuesta segura.

—¿Qué te molestó? —Kristoff exigió saber, tomando mi barbilla entre sus dedos. La intensidad de su mirada me taladró hasta el alma.

—Nada. —Mi pasado. Mis pecados. Mis acciones.

—Odio verte incómoda. —Su profunda voz retumbó cerca de mis labios y en lo más profundo de mi corazón—. ¿Quién te molestó?

—Nadie —contesté un poco a la defensiva—. Solo estoy cansada.

Su cara estaba tan cerca de mí que solo tenía que inclinarme ligeramente hacia delante y nuestros labios se tocarían.

—Sabes que no ha habido nadie más para mí desde el momento en que entraste en mi oficina. —El comentario salió de la nada. Me desorientó. Me confundió. Me brindó esperanza.

La sinceridad de su voz y de sus ojos se aferró a mí y me exigió que luchara. Por él. Por nosotros. Por nuestra familia. Pero requeriría confianza por mi parte. Requeriría ponerles fin a los celos.

—Kristoff… —abordé antes de perder los nervios—. Tengo que decirte algo. —Se quedó quieto e inhalé profundamente, rezando por estar haciendo lo correcto. De lo contrario, me costaría mucho. Demasiado—. Jack era celoso. Extremadamente celoso. Irónicamente, él era el infiel, y le daba paranoia que también lo fuera. Te dije que no era el mejor matrimonio. Sin embargo, en realidad, fue el peor. —*Compartí mi cuerpo con Kristoff, pero compartir esto era mucho más difícil.* Lo estaba dejando ver *todo* de mí—. Y-yo tuve parte de culpa. La primer bofetada debería haber sido la última. La primera palabra degradante debería haber sido la última. —Una respiración temblorosa agitó el aire entre nosotros, fantasmas parpadeando en mi alma—. Mas tenía esa estúpida idea que me inculcaron mis padres. El matrimonio es para toda la vida. Así que intenté que funcionara. —Tragué saliva—. Dices que soy una de las mujeres más fuertes que conoces. La verdad es que soy una de las más débiles. Porque una mujer fuerte se habría alejado de esa mierda.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas y las dejé caer. Su pulgar rozó mi labio, secando las lágrimas con sabor a sal y amargura.

—No te merecía —dijo con voz ronca—. Y si estuviera vivo, yo mismo lo mataría.

Se me escapó una risa amarga.

—El último día, cuando tuve suficiente, él... —Dios, era mucho más difícil decir las palabras en voz alta. Esa era la razón por la que la gente veía a un terapeuta. Para sanar, en lugar de dejar que toda esa mierda se pudriera dentro de uno—. Me atacó. Me tocó y casi me viola. —Todo el cuerpo de Kristoff se tensó, con una ira tan fuerte que podía saborearla en la lengua—. Lo apuñalé.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

Los latidos de mi corazón tamborileaban bajo un miedo congelado, amenazando con resquebrajarse en cualquier momento.

—Quería matarlo —susurré, con la voz ronca—. En esa fracción de segundo, me planteé clavarle el cuchillo una y otra vez, hasta que su corazón dejara de latir. Lo imaginé, pero en lugar de eso, corrí. Lo apuñalé y, mientras corría fuera de mi casa, recé que muriera.

Me acarició la mejilla, su nariz rozó la mía y me tembló el labio. Jesucristo, y este hombre me creía fuerte.

—Pero no lo mataste —refunfuñó Kristoff—. Merecía ser torturado, larga y duramente. Y

luego arrojado desde un barco al océano para que se ahogara. —Cuando me quedé mirándolo fijamente, continuó—: Lo esencial es que *no* lo mataste, Gemma.

—Por pura suerte, se encontró con su amante y los dos tuvieron un accidente de coche. —Volví a respirar hondo y la presión de mi pecho se fue disipando poco a poco—. Después de su muerte, me prometí que no dejaría que eso volviera a ocurrir. Y entonces te conocí. Me hiciste sentir cosas que nunca antes había sentido. Me hiciste sentir querida, deseable y *sexy*. Y respetaste mis opiniones. Pero también me asustaste con tus celos. Me devuelven al infierno que viví. No quiero volver a encontrarme ahí.

Por un momento pensé que Kristoff iba a decir algo, aunque permaneció en silencio. Como si supiéramos instintivamente que ese era el punto de inflexión para ambos. La cuestión era hacia dónde nos llevaría el camino.

—No soy tuya para poseerme y controlarme, Kristoff. Es mi elección entregarme a ti, e independientemente de si estamos juntos o no, necesito tu confianza. Vamos a tener hijos juntos, y a pesar de nuestras dolorosas experiencias pasadas, necesitaremos confiar el uno en el otro. Por el bien de nuestros bebés.

—¿Alguien más lo sabe? —indagó en voz baja.

—No. —Apartando los ojos, me sentí más ligera de lo que me había sentido en mucho tiempo. Pero al mismo tiempo también drenada, como si decirlo sacara todo de mí—. Si bien Betty y Rick sabían de su abuso físico, nadie sabe lo que pasó ese día. Solo yo, y ahora tú. —Volví a tragar con fuerza, consciente de que en ese momento mi futuro estaba en sus manos—. De verdad estoy muy cansada —musité—. Piensa en todo.

Lo dejé parado ahí mientras entraba en mi *suite* y cerraba la puerta tras de mí. Esperaba no haber cerrado también la puerta de nuestro futuro.

Capítulo Setenta Y Tres

Genevieve

A la mañana siguiente, nos encontramos temprano en la playa.

Kristoff y Sophie acabaron uniéndose también. Fue la ruina de una pequeña aldea. Tardaron diez minutos en llegar a las cuatro esquinas de todo el pueblo.

—Hola, mami. —Sierra corrió hacia mí con sus manos regordetas extendidas—. El señor Paolo me dio una bola extra.

Echaba de menos los días en que el mundo giraba en torno al helado.

—¡A mí también! —exclamó Saoirse.

—Las bolas de helado gratis son siempre las mejores.

—¿Así que aquí es donde te has estado escondiendo? —Kristoff se sentó a mi lado. Saoirse y Sierra se fueron a jugar con sus primos a construir otro castillo de piedra en el agua.

Me miré el traje de baño y me arrepentí de no llevar uno de una pieza. El bañador blanco de dos piezas dejaba al descubierto mi pequeña barriguita y, al lado del cuerpazo de Sophie, me sentí un poco cohibida. Aunque tenía la mejor razón para ello.

—Hola —me saludó—. Espero que no te importe que nos hayamos unido.

—Claro que no —contestó Jonathan antes de que yo pudiera. Solo tenía ojos para Sophie.

«Interesante», pensé.

Me incliné más hacia Kristoff para preguntarle y se encontró conmigo a mitad de camino.

—¿Está Jonathan follando con la mirada a tu prima?

No me quitó la vista de encima.

—Probablemente. Solían ser pareja.

—¿En serio? —Intuí que había una historia. Kristoff asintió y miré hacia ellos—. Pero no tiene ninguna posibilidad. —«*Sí, ¡sin duda había una historia!*».

Se levantó una suave brisa que me arrastró el cabello a la cara, y, antes de que pudiera estirar la mano, Kristoff me colocó un mechón detrás de la oreja.

—Gemma, sobre lo de ayer… —expresó en voz baja, con los ojos clavados en mí—. Yo mismo mataría a ese desgraciado si tuviera la oportunidad. Cuando te chantajeé para que aceptaras el trabajo, insinuándote lo que había pasado con tu marido, lo hice porque te deseaba. Nunca lo usaría, y si alguien lo intentara, lo mataría.

—¿Lo hiciste? —Jadeé conmocionada.

Asintió con la cabeza.

—El mismo día que te habías roto el brazo y tenías moretones por todas partes, murió. Pero lo cierto es que murió en un accidente. No fue nada más y nada menos.

Clavé los ojos en él y, de repente, sentí como si la corriente arrastrara mis fantasmas mar adentro. Para no volver jamás.

—Si quieres hablar de ello, habla conmigo —aconsejó en voz baja, colocándome el mismo mechón de cabello rebelde detrás de la oreja—. Nunca le digas esas palabras a nadie más.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

—¿Crees que...?

No pude terminar la frase.

—Mataré a cualquiera que intente hacerte algo a ti y a nuestros hijos. —Sentí la intensidad de sus palabras en mi alma. Porque era el mismo sentimiento que tenía. Esos sentimientos tan crudos sacudieron los muros que había empezado a levantar y su mirada acarició mi piel sin

siquiera tocarme—. ¿Estás feliz con el embarazo?

Fruncí el ceño ante aquella pregunta inesperada.

—¿Es una pregunta capciosa?

—No.

Mirándolo pensativa, intenté responder con la mayor sinceridad posible.

—No es exactamente lo que había planeado para mí en esta etapa de mi vida. O la forma ideal de que ocurriera. —Esperaba que no sonara mal—. Pero bueno, nada en la vida suele acabar como lo planeo, y sale lo mejor posible. Así que sí. Estoy feliz.

Su mano tembló ligeramente al rozarme la mejilla y me incliné hacia ella, cerrando los ojos un momento, disfrutando.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirí.

Se hizo el silencio y pensé que no contestaría.

—Cuando mi ex estaba embarazada… —narró con voz carente de emoción y miré hacia él —. No estaba contento. La odiaba. Incluso antes de que descubriera que el bebé no era mío, se quejaba. Cuando me enteré, la odié aún más. Seguro que Jonathan lo tuvo difícil.

Acaricié su mejilla antes de darme cuenta de que me había movido.

—Lo siento mucho.

Se inclinó hacia mi palma, así como yo siempre parecía inclinarme hacia *su* tacto, y puso su gran mano sobre la mía, como para asegurarse de que permaneciera allí.

—Puedo prometerte —susurré por lo bajo—, que pase lo que pase, los amo.

Cielos, entre la noche anterior y ese día, ventilamos toda nuestra ropa sucia.

—R-recuerdo que me dijiste que el control de natalidad no era negociable cuando me ofreciste el trabajo —titubeé. Aquel almuerzo en D.C. parecía haber sido hace siglos—. Pensé que no podría tener más embarazos. Resulta que estaba equivocada. —Obviamente. Dios, estaba tan nerviosa—. Lo que intento decir es que sé que no lo habíamos planeado, y que, si hubiera aceptado esa cláusula anticonceptiva, no estaríamos en esta situación, y... —Dejé escapar un suspiro frustrado—. Solo digo que no lo planeé. Te prometo que nunca te atraparía así.

—Me alegro de que ocurriera. —Su palabras fueron sencillas, pero sus ojos brillaban como las estrellas más luminosas, cautivándome—. Si hubiera sabido que acabaríamos esperando bebés, te habría encontrado antes. —Su mirada se llenó de algo oscuro y satisfecho—. Así podría tenerte aún más tiempo.

—Podría percibirse como si te hubiera tratado de atrapar.

Una media sonrisa se levantó en sus labios.

—Me importa una mierda. Porque ambos sabemos que fui yo quien *te* atrapó.

Las semillas de la esperanza empezaron a florecer. Podría haberme alejado de él durante años y lo seguiría amando. No podía olvidarlo. Al menos estaba contento con el embarazo.

—Mellizos, *eh* —dijo con admiración—. ¿Puedes sentirlos ya?

Me reí por lo bajo.

—Es demasiado pronto, aunque a veces juraría que siento algo. —Sonreí al sentirlo—. Probablemente sea un malestar estomacal, aunque leí que con embarazos más avanzados puedes sentirlo a partir de las trece semanas.

Su mano se estiró para tocar mi vientre ligeramente redondo y se detuvo en el aire, así que la tomé y la puse allí.

—De acuerdo, ahora espera —insté—. Cuando sienta algo, me dices si también lo sientes.

Nos quedamos quietos, y disfruté del momento, de su tacto sobre las vidas que habíamos creado y supe que sería un padre maravilloso. Mi corazón palpitaba, pero los mellizos no se

movieron. Tenían mente propia y probablemente decidieron tomarse una siesta durante el momento entre mamá y papá.

—Quizá no sea tan buena idea. Podríamos sentarnos así durante horas —susurré, derritiéndome por dentro.

—No me importaría —afirmó con voz ronca. Sus dedos me rodearon suavemente el vientre bajo y, de repente, me excité.

—Dijiste que no es la forma ideal en que sucedió —repitió mis palabras anteriores—. ¿Cuál es la forma ideal?

—Bueno, ya sabes —comenté mientras sus dedos seguían rodeando mi piel, marcándola—. De la forma normal.

Levantó una ceja.

—Creo que concebimos de la manera normal.

Me sonrojé hasta la raíz del cabello y puse los ojos en blanco.

—¿En serio? —refunfuñé—. Como si no lo supiera. Estaba allí. —Puse los ojos en blanco, pero el rubor arruinaba el efecto.

—Quiero saber a qué te referías —insistió.

—Lo normal es que conozcas a alguien, salgas, te cases, compres una casa y luego tengas hijos. —Solté un suspiro exasperado—. No conseguir un trabajo, acostarte con tu jefe y luego tener un bebé.

Nunca me quitó la mano de encima, sus dedos no se perdían detalle mientras me rodeaban el vientre.

—Entonces, cásate conmigo.

Capítulo Setenta Y Cuatro



Genevieve

La cena de esa noche. En mi restaurante favorito. Con la gente que amaba.

Lo *amaba*. Era parte de mí, igual que mis hijas.

Las palabras de Kristoff sonaban en mi mente. Una y otra y otra vez. «*Cásate conmigo*». ¿Solo así? Que Dios me ayudara, quería hacerlo, pero deseaba aún más su amor.

—Mira, mami... ¡estamos preciosas! —exclamó Saoirse, sacándome de mis pensamientos. La sorprendí observándose en el espejo, sin un ápice de modestia en el rostro.

—Chicas, se van a volver vanidosas si siguen viéndose en el espejo. —Entonces, como no pude resistirme, sonreí—. Y, sí, están preciosas.

Mis pequeñas se giraron una vez más.

—De acuerdo, amorcitos —murmuré mientras las abrazaba—. Vayan a jugar.

Sonreí cuando desaparecieron y fui a prepararme. Una ducha rápida, un secado aún más rápido, un poco de rímel y ya estaba lista. Las vitaminas prenatales me habían dejado el cabello más largo y con más volumen. No pude evitar sonreír al mirar mi imagen en el espejo, el movimiento me recordaba a mis hijas. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, bastante contenta de cómo me mantenía el cabello fuera de la cara y resaltaba mis pómulos. El vestido blanco de tirantes me llegaba justo hasta las rodillas y caía suelto sobre mi cuerpo, resaltando el brillo que me daba la playa, y completé el *look* con unas sencillas sandalias blancas sin tacón.

«Descalza habría estado mejor», pensé.

Me apresuré a bajar las escaleras hasta la terraza donde todos esperaban. Sin embargo, solo vi a Kristoff. Su mirada caliente sobre mí.

—¡Por fin! —exclamó Betty al verme salir por la puerta de la terraza—. *Wow*, Gemma.

Los pequeños, junto con Kai y Sienna, se perseguían unos a otros mientras Kristoff, Jonathan y Rick estaban parados en un círculo.

—¿Qué? —Me reí—. ¿No está mal para una embarazada? —continué—. ¿Todos listos? —Miré a mi alrededor notando que Sophie no estaba—. ¿Vendrá Sophie también?

—Se nos adelantó —respondió Jonathan.

—¿Estamos todos listos, entonces?

Betty empezó rápidamente a emparejar a la gente, ya que teníamos que ir en varios vehículos. Jonathan con Betty, Kai y Sienna. Rick se llevó a todos los pequeños. Lo que me dejó con Kristoff.

Este último me puso la mano en la parte baja de la espalda y me dio un empujoncito para que empezara a caminar.

—Creo que deberías conducir, ya que conoces mejor la zona.

—De acuerdo —respondí sin aliento. Sentir su mano sobre mí me produjo un cosquilleo y me dieron ganas de arrastrarlo de vuelta a mi habitación y olvidarme de la cena.

Quizás me comportaba toda dócil con él porque estaba embarazada de sus bebés. Ya que es el papá de los bebés y todo eso.

Pensé en su proposición en la playa antes de que Jonathan interrumpiera el momento. ¿Lo decía en serio? ¿O se sentía obligado porque estaba embarazada? Me hubiera gustado estar segura. Dijo que no había habido nadie para él desde que nos conocimos. No habría nadie más para mí.

Con él quería envejecer. Con él compartiría tanto mi felicidad como mis penas.

Abrió la puerta de mi Jeep, me deslicé sobre el asiento y eso provocó que el vestido se me subiera, dejando accidentalmente al descubierto mi muslo.

Sus ojos se clavaron en la piel, deteniéndose allí mientras se oscurecían en algo pecaminosamente excitante. El tiempo se detuvo y mis muslos se apretaron ante la intensidad del deseo en su mirada.

—¿Podemos abandonar la cena? —pronunció con voz ronca.

Quería hacerlo, de verdad. ¿Lo perdoné demasiado pronto? No lo sabía, sin embargo, ya tenía claro a quién quería. Pero, conociendo a mis hijas, vendrían a cazarnos.

—Tenemos una cena a la cual llegar. —Subí el dobladillo de mi vestido y le enseñé mis bragas.

Cerró la puerta, se sentó en el asiento del copiloto y me rodeó con el brazo. Sus dedos jugaron con mi coleta, enrollando mi cabello alrededor de ellos.

Estábamos estacionados y saliendo del Jeep en cinco minutos. Al entrar en el restaurante, Sierra, Saoirse y Sienna corrieron hacia nosotros y abrazaron a Kristoff incluso antes que a mí.

—Estoy tan feliz de que hayas venido también, Kristoff. —Saoirse sonrió.

—Bien, todo el mundo. ¿Por qué no nos sentamos? —sugerí y me giré hacia el dueño del restaurante que se nos acercaba.

—*Hola, señor Giovanni. Disculpe el cambio de última hora. ¿Podríamos añadir uno más? Podemos apretujarnos todos juntos* —le pregunté en croata, sonriéndole a modo de disculpa.

—No te preocupes —replicó en un inglés entrecortado—. Encontraremos asientos.

—Tomaré asiento junto a Gemma y las niñas —pidió Kristoff, mostrando claramente que estaba acostumbrado a salirse con la suya.

—Entiendo. Haremos que suceda —aseguró el señor Giovanni, con una gran sonrisa, mientras se alejaba para situarnos a todos.

Sophie también apareció y no tardamos nada en situarnos alrededor de la mesa. Conseguí un sitio con las mejores vistas, Kristoff y mis chicas a mi lado. Me sentí tan bien que podría haber llorado. «*Lágrimas de felicidad*», pensé. Cuando estábamos juntos, parecía que éramos una familia.

Su atención estaba puesta en Saoirse y Sierra, mientras Sienna charlaba con Kai. La atención de Betty y Sophie estaba puesta en mí y, como si estuvieran sincronizadas, ambas me guiñaron un ojo con un brillo en ellos.

Negué con la cabeza, poniendo los ojos en blanco. Ambas se rieron. La atención de Betty se desvió hacia Kristoff, luego volvió a mí y una amplia sonrisa apareció en su rostro. La ignoré y bebí un sorbo de agua.

—*Ten sexo esta noche* —susurró Betty y me atraganté con el agua. Estalló en una carcajada, como si volviéramos a los veinte años, abanicándonos por un chico guapo.

Eso atrajo el interés de todos, sus ojos iban de un lado a otro, intentando captar la broma.

—¿Han terminado de hacer chistes internos? —Rick intervino.

—Sí, hemos terminado —contesté, sonriéndole dulcemente—. Y no te pongas celoso. No te queda bien. No podemos evitar ser mucho más *cool* y divertidas que tú.

—Nena, aún no has visto mi diversión —objetó.

—Oh, lo he hecho, y no es tan divertido.

—Entonces, señoras, ¿pueden decirme qué les hizo tanta gracia? —preguntó con una sonrisa infantil.

—No. —Su mujer le golpeó suavemente el bíceps.

—Probablemente estén hablando en secreto sobre el embarazo de Gemma —intervino

Jonathan.

—¿Estás embarazada? —El señor Giovanni sonrió feliz—. *Bambinos*. —Hizo un gesto con la mano, marcando una barriga circular en el aire—. Volver gorda.

Siguió un silencio cargado de diversión y me mordí el labio para no sonreír. O quizá gruñí, no estaba segura.

—Hombre, eso no se le dice NUNCA a una mujer —corrigió Rick negando con la cabeza, pero el comentario pasó por encima del inglés del señor Giovanni.

La sonrisa de Kristoff se ensanchó y lo fulminé con la mirada.

—¿Qué es tan divertido?

—Un competidor menos. —Sonrió. Como si el señor Giovanni pudiera competir con Kristoff.

Todo el mundo estalló en carcajadas y yo, burlonamente, choqué mi hombro contra él.

—Te lo juro. ¡Estás loco! —Sonreí como una tonta.

Todo el mundo parecía muy relajado. Todos los niños encontraban piedrecitas en el suelo para jugar, perdidos en su juego e imaginación, Sienna y Kai estaban en su propia burbuja, y los adultos seguían disfrutando del vino que circulaba por toda la mesa.

Preferí concentrarme en la ensenada para evitar las miradas y admiré el espectáculo. Dios, nunca me cansaría de esa vista. Era como estar en el cielo, observando la tierra. La vista me dejaba sin aliento cada vez.

—Ya veo por qué este es tu restaurante favorito. —La voz de Kristoff me sacó de mis pensamientos. Estaba cerca de mí, mirando por encima disfrutando del paisaje—. La vista es increíble.

—¿Verdad que sí? —Mi voz sonaba soñadora—. ¿Quieres sentarte en mi lugar? La he disfrutado muchas veces y ahora es tu turno de presenciarla desde la primera fila.

—No, está bien. La veo bien desde aquí y tengo un asiento en primera fila para mirarte, que es la vista más bonita del mundo. —La felicidad retumbó en mi pecho junto a la esperanza de un futuro. Con este hombre.

—¿Cuál es tu parte favorita de este restaurante?

—Definitivamente la vista. Quiero decir, ¿no te sientes como si estuvieras en el cielo desde aquí arriba? —Respiré.

—Estoy en el cielo cuando estoy dentro de ti —murmuró contra mi oído—. Cuando estoy a tu lado. Cuando hablo contigo. Cuando me río contigo. Tú, Gemma. Eres mi cielo.

La puesta de sol a nuestras espaldas iluminaba el cielo con un resplandor anaranjado, a juego con el que brillaba en mi pecho, amenazando con salir de mí como una estrella cegadora.

La emoción llenaba el aire entre nosotros. Estaba ahí, abierta para que la alcanzara y la agarrara. Nuestras miradas se cruzaron en un espacio sin tiempo y sonrió. El tipo de sonrisa que podía arreglar o romper tu corazón.

—Mi madre no deja de preguntar por ti —añadió en voz baja.

—Me llamó hace unos días —admití.

—Me imaginé que no podría resistirse —respondió—. Le hace ilusión ser abuela.

La música subió de volumen y ambos giramos la cabeza para ver a Betty y Sophie bailando y haciendo algunos movimientos de cadera.

—¿Vienes a bailar con nosotras? —Betty gritó como si estuviera en el campo de fútbol y yo en el lado opuesto.

—Creo que lo dejaré para otro día. —Betty bajó, meneando el culo—. ¡Será mejor que tengas cuidado! A nuestra edad, podríamos rompernos una cadera bailando así.

Y seguro como el demonio, Betty se atascó en su posición en cuclillas.

—Ah, ¡maldición! —refunfuñó Betty—. Esto era mucho más fácil a los veinte años.

Me reí entre dientes mientras Rick se apresuraba a ayudarla.

Kristoff se levantó y me tendió la mano.

—¿Me concedes este baile?

La música a todo volumen paró bruscamente y miré a mi alrededor con curiosidad. Y unos segundos después, sonó la canción de Jason Aldean *Got What I Got*. Kristoff me acercó más a él, nuestros cuerpos encajaban perfectamente a pesar de la disparidad de tamaño. Juntos nos movimos al son de la canción de amor como uno solo. Como si hubiéramos bailado juntos un millón de veces antes.

Sus ojos no se apartaban de los míos.

—Gemma, ven a casa conmigo —suplicó.

—Nos *iremos* todos juntos a casa —respondí, intentando recurrir al humor—. Has alquilado habitaciones para el resto del verano. Por una cantidad bastante decente, si me permites decirlo. ¿Te acuerdas?

Sus labios se torcieron en una sonrisa encantadora, su mirada nunca se apartó de mí.

—Eres una dura negociadora.

—Aprendí del mejor —murmuré contra su pecho.

Una sonora carcajada me dio una buena excusa para apartar la mirada de él.

—Quiero que vuelvas conmigo para que podamos solucionar esto —susurró. La voz de Kristoff era como una caricia, debilitando mi determinación—. Todo lo que quieras, es tuyo. Mi riqueza no significa nada para mí sin ti.

Necesitaba palabras de amor, no de riqueza.

—Te necesito. —Su voz era una suave caricia, la brisa veraniega despeinaba su cabello oscuro.

—No voy a firmar el contrato y parece que necesitas eso para confiar en mí.

Esperé unos segundos, con la esperanza de que me dijera lo contrario, pero en lugar de eso me dio un ligero beso en la mejilla.

—Cásate conmigo —pidió por segunda vez en el día.

Quería, tacha eso, *necesitaba*, oírlo decir que me amaba.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? ¿Porque estoy embarazada?

—No —respondió, con voz firme—. Porque eres todo lo que quiero y necesito. Me estabilizas, me completas. Me encanta todo de ti: tu gran corazón, tu sonrisa, tu determinación y, sobre todo, tú. Solo tú. Las niñas, tú y los mellizos son mi familia. Desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron, fui tuyo, me quisieras o no.

Sus palabras dieron en el blanco. Se me paró el corazón. Se me cortó la respiración. Y mi alma cantó. Me quedé mirando a este hombre, sus palabras eran un susurro en la brisa que nos rodeaba, escuchándolas una y otra vez.

El grito quejumbroso de Sierra me sacó de mi estupor y la busqué. No estaba herida, Solo lloraba por un largo día. Todos los niños más pequeños se frotaban los ojos, bostezaban y estaban de mal humor.

—Mami —lloriqueó Saoirse.

Era hora de volver a casa. *A casa.* Este hombre era mi hogar. Mirando a Kristoff, quise decirle que era todo lo que quería y amaba. Sin embargo, ese no era el momento adecuado.

—Voy a llevar a los niños a casa. Se les ha pasado la hora de acostarse —dije, con la voz ligeramente nerviosa. Dios, lo deseaba, tanto que me dolía—. Puedo dejarte mi Jeep. Llamaré a

un taxi.

—No, voy contigo. Conduciré.

—Pero...

—Voy contigo. —Usó su tono no negociable—. Mi lugar está a tu lado, igual que el tuyo está al mío.

Nos acercamos a los niños. El mar, la playa y el aire fresco hicieron que se quisieran acostar antes.

Kristoff se arrodilló junto a mí, mientras les preguntaba a todos:

—¿Quién está listo para irse a casa?

Todos aprovecharon la oportunidad, incluidos Kai y Sienna.

—Muy bien, entonces —murmuré—. Supongo que nos vamos todos a casa.

Sierra se me acercó y levantó las manos. La levanté con cuidado y me aseguré de que se sentara en mi cadera para que no empujara mi barriguita.

Kristoff recogió a Saoirse y el resto se limitó a caminar. Rick se acercó, dispuesto a acompañarnos.

—Rick, ¿por qué no te quedas y traes a los demás? —propuso Kristoff—. Eres el único que no ha bebido alcohol. Llevaremos a los niños y los meteremos en la cama.

Rick me miró y asentí.

—De acuerdo, entonces —le contestó a Kristoff—. Probablemente nos veamos mañana.

Todos los niños tardaron dos minutos en dormirse en la parte de atrás del coche, nos tomó un total de cinco minutos en volver a casa y otros cinco minutos en acostarlos.

Cubrí a Sierra con una delgada manta, sabiendo que le gustaba que la arroparan. Me di la vuelta para salir de la habitación de las chicas y me encontré a Kristoff esperándome. Apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho ancho, era el epítome de atractivo.

Mientras me le acercaba, salió al pasillo. Cerré la puerta tras de mí. Una energía nerviosa zumbaba bajo mi piel. Cualquiera diría que me estaba acompañando a casa después de mi primera cita. Su mano se posó en la parte baja de mi espalda, empujándome suavemente hacia nuestras habitaciones. Mientras caminábamos en silencio, mi corazón latía con fuerza. Lo deseaba tanto. Nunca había ansiado tanto a un hombre como a él, aunque una parte de mí tenía miedo.

Me dijo casi todo lo que quería escuchar, así que ¿por qué continuaba mi debate interno? También necesitaba su confianza. Que, si surgían dudas, viniera a hablar conmigo.

Llegamos a nuestras recámaras y ambos nos detuvimos al mismo tiempo. Me giré lentamente hacia él, mirando su hermoso rostro.

—Gemma. —Su voz me produjo un cálido cosquilleo. Incapaz de apartar mis ojos, contuve la respiración mientras lo veía fijamente—. Confío en ti, plenamente y de todo corazón. Sabía que ocultabas cosas de tu pasado. Entiendo por qué. Por favor, *danos* otra oportunidad. Por ti. Por nuestros hijos. Por nosotros. Por mí. Porque no puedo dejarte ir.

El calor estalló en mi pecho, hundiéndose en mi sangre. Se sintió tan cerca de las palabras de amor, pero no del todo. Aquellos ojos verdes llenos de pasión estaban hambrientos de mí, y mi cuerpo estaba tan en sintonía con él, deseándolo. Su gran mano me tomó suavemente de la nuca, mientras la otra estaba en mi espalda, acercándome con delicadeza. Inclinó la cabeza y sus labios se acercaron lentamente a los míos.

Mis manos en su pecho, sentí sus fuertes músculos, y su intenso corazón latiendo bajo las yemas de mis dedos. Mi cuerpo decidió por sí solo. Acorté la distancia que nos separaba y lo

besé suavemente. *Vacilantemente*. Como si ese fuera todo el permiso que buscaba, su mano alrededor de mi espalda me acercó aún más, mi cuerpo se ruborizó contra él. Mi corazón latía con fuerza, el deseo me abrumaba. Bajó la cabeza y sus suaves labios rozaron los míos. Cerré los ojos, disfrutando de todas las sensaciones que me producía su cuerpo tan cerca del mío. Su lengua rozó mi labio inferior y me abrí con impaciencia para dejarlo entrar.

—Te necesito, Genevieve —susurró contra mis labios—. Mi aliento. Mi alma. Mi todo. Todo te pertenece. —Le rodeé el cuello con los brazos y apreté los labios contra los suyos. Su tacto se sentía como el cielo y su olor me era familiar.

Se tragó mi gemido. Estaba en un punto sin retorno. Mis párpados permanecían cerrados, negándome a ver cualquier tipo de realidad.

Lo quería *todo* cuando se trataba de él.

Y aun así mi cuerpo se negó a obedecer y se apretó más contra él, sintiendo su duro cuerpo contra el mío. Lo disfrutaría un poco más. El calor que emanaba me robó el aliento. Cada uno de sus músculos se tensaban.

—Por favor, no pares —supliqué.

Su control se quebró y me levantó agarrándome por las nalgas. Lo rodeé con las piernas. Su beso fue duro, su lengua exploró mi boca, tentándome. Su labios se dirigieron a mi cuello.

—Echaba de menos a mi mujer —confesó contra mi piel—. Extrañaba tu coño apretando mi polla, tus gemidos, tu voz. Tu todo. No hay nadie más para mí. Nunca.

—Lo mismo digo. —Respiré.

En una neblina, me di cuenta de que estaba caminando y oí cómo se cerraba la puerta. Me tumbó suavemente en la cama, me abrió las piernas y sus manos treparon por ellas y subieron por mis muslos.

Me levantó el vestido, jalándolo por encima de la cabeza, dejándome solo en sujetador y bragas. Mis dedos buscaron su camisa y empezaron a desabrochársela con dedos temblorosos. Mi cuerpo ardía, disfrutando de su toque caliente por toda mi piel. Sentía como si estuviera marcándome en todos los lugares que sus dedos acariciaban, haciéndome suya de nuevo. Su boca estaba de nuevo en la mía, a la par que sus dedos se movían sobre mi sexo hinchado. Sabía que podía sentir lo mojada que estaba mientras sus dedos me tocaban las bragas.

Sus labios abandonaron los míos, bajaron por mi cuello hasta mis pechos y continuaron por mi abdomen, que ya no estaba plano. Me besó el vientre ligeramente redondeado y pasó por mi cabeza un pensamiento fugaz, preguntándome si le importaría mi barriguita.

Sus dedos me rozaron el clítoris y el pensamiento se desvaneció tan rápido como surgió. Sentí sus labios calientes en el interior de mi muslo. Su lengua lamió la línea de mis bragas y gemí suavemente. Sus dedos se introdujeron bajo mi ropa interior, exponiéndome a sus caricias.

—*Oh* —suspiré. Me quitó la ropa interior y sus manos separaron más mis piernas. Su boca, caliente y húmeda, cubrió mi parte más sensible. Su lengua me acarició el clítoris en círculos, sus dedos me separaron y me penetraron. Me agarraba con fuerza. Me chupó el clítoris y me encontré arqueándome en su boca, deseando más, su lengua trabajándome más fuerte, más rápido. Mis jadeos aumentaron, gemidos bajos que rompían el silencio.

»Kristoff —susurré, relamiéndome los labios. Como si lo hubiera entendido, aumentó la succión. La presión en mi cuerpo aumentó, y era tan intensa, como nunca antes. Sabía que estaba cerca. Mi cuerpo estalló en un orgasmo y me estremecí contra él, consumida por un placer extremo.

Su cinturón tintineó mientras se deshacía de los pantalones. Mi corazón empezó a latir salvajemente en mi pecho. Lo quería dentro de mí. Mas sabía que no era una decisión inteligente,

no me importaba. Lo necesitaba. Estaba sensible en todas partes. Abrí los ojos y lo miré a través de los pesados párpados. Su vista se clavó en mí, se inclinó y me besó en los labios.

—¿Sí? —indagó con un gruñido.

Le rodeé el cuello con las manos y hundí los dedos en su cabello.

—Sí —accedí en un susurro ronco.

Su punta tocó mi humedad y se deslizó lentamente en mi interior, separándome, mordisqueándome el cuello, el lóbulo de la oreja. Sus manos me sujetaban posesivamente por las caderas, sin dejarme mover. Sus muslos me empujaban.

—Kristoff. —Jadeé—. Necesito más. —*Mucho más*.

—Dímelo. —Su voz era suave en mi oído—. Dime que eres mía.

—Soy tuya. —Exhalé—. Por favor, ¡fóllame!

Como si se hubiera roto el último hilo de su control, empujó su longitud con fuerza, cubriéndome hasta el fondo, estirándome. Me llenó por completo, y un suspiro escapó de mis labios.

Al sentir mi necesidad, aceleró el ritmo, igualando nuestras urgentes demandas. Se retiró casi por completo antes de volver a empujar con fuerza. Lo hizo más rápido y más fuerte, una y otra vez, sus embestidas potentes y devoradoras. Me penetraba con fuerza y la cama rechinaba bajo nuestros cuerpos. Su fuerza me mantenía al borde del abismo, mi calor palpitaba, necesitaba liberarse. Ya casi estaba allí.

—Dios mío —gemí—. ¡Más fuerte!

Su boca cerca de mi oreja, sus órdenes sedosas me deshicieron.

—Córrete conmigo, hermosa.

Una oleada de placer me golpeó con fuerza, recorriendo mi cuerpo. Con su nombre en mis labios, aguanté mientras un mar de sensaciones me sacudía. Me estremecí y gemí bajo su fuerte cuerpo, mientras se estremecía sobre mí. Gruñó en mi oído y me besó suavemente la boca. Me rodeó con sus brazos, sosteniéndome cerca.

Mientras me abrazaba, solo nuestra respiración agitada rompía el silencio. Me sentí feliz, emociones llenas de esperanza florecieron en mi interior y aparté todos mis pensamientos. Rodó sobre su espalda y me jaló, abrazándome, arropándome suavemente a su lado. Mientras nuestra respiración volvía lentamente a la normalidad, me relajé disfrutando de su cálido cuerpo a mi lado. Me acurruqué más contra él, sintiéndome satisfecha por primera vez en semanas, y me quedé dormida.

Capítulo Setenta Y Cinco

Kristoff

Mi mujer.

Mía, maldición.

La observé dormir, su cuerpo desnudo era un espectáculo para la vista. Nunca me cansaría de mirarla. Ni en cinco años. Ni en veinte. Envejecería con ella. La amaría. La adoraría.

La amaba tanto que la sola idea de perderla me ponía de rodillas.

Apreté su cuerpo contra mí y rocé su sien con mis labios. Un pequeño suspiro salió de sus labios, mas no se movió. Jonathan dijo que se cansaba más fácilmente.

Resultó que el hecho de que mi mejor amigo se acostara con mi exesposa fue lo mejor que me podía haber pasado. Nuestras diferencias quedaron arregladas, aunque seguía negándome a confiar en él.

Sin embargo, confiaba en Gemma.

—Estás en mi sangre, latiendo en mi corazón. Eres mi vida —susurré contra su frente—. Mi todo. La vida sin ti sería solo existir. Te amo. En esta vida y en la siguiente.

Sus ojos oscuros se abrieron y nuestras miradas se cruzaron. La confusión y el cansancio persistían en la suya.

—¿Te desperté? —pregunté.

Un soplo de silencio.

—Quería asegurarme de que seguías aquí —agregó—. Que no era solo un sueño. Como tantas noches antes.

Mi pecho se llenó y me di cuenta de que este amor por ella se había enterrado tan profundo bajo mi piel, que nunca sería capaz de dejar de amarla.

—Te amo.

Se levantó sobre un codo, sin apartar los ojos de mi cara. Su otra mano se posó en mi pecho y su contacto me produjo un pequeño escalofrío.

Siempre fue así. Su tacto me ponía turbia la cabeza y me hacía un nudo en la garganta, porque nunca había necesitado nada. Hasta ella. *La necesitaba a ella.*

Cuando se quedó callada, continué:

—Fui tan idiota, tan seguro de que conseguiría que me amaras. Estaba dispuesto a usar mi dinero y mi poder. No obstante, me di cuenta de que el dinero no te mueve. Sí, lo necesitabas, pero a diferencia de la mayoría, solo lo querías para sobrevivir. Y me entró el pánico. Porque no tenía nada que ofrecerte y te irías. Mis celos se dispararon.

Se inclinó y sus labios rozaron los míos. Dios, el poder que esa mujer tenía sobre mí. Aún no sabía lo profunda que era mi obsesión por ella.

—También te amo —musitó—. Muchísimo.

Le mordí el labio inferior y suspiró en mi boca.

Y entonces, le hice el amor otra vez.

Capítulo Setenta Y Seis

Genevieve

La luz brillante que entraba por la ventana me despertó y abrí los ojos lentamente, cegada por ella. Hacía semanas que no me sentía tan relajada y sonreí para mis adentros. Fui a moverme y sentí que unos brazos fuertes me rodeaban. Recordé la noche anterior.

Demasiada emoción quemada.

Tragué saliva y me giré para ver el atractivo rostro de Kristoff. Se me hinchó el corazón al verlo. Pasé los dedos por su cabello oscuro, las palabras de la noche anterior bailaban en el aire. Lo amaba. Ni mi cuerpo ni mi mente querrían a nadie más. Él era *todo* para mí.

Mis ojos recorrieron el espacio. La noche anterior acabamos en mi dormitorio.

Dijo que me amaba. Se me aceleró el pulso al recordar sus palabras.

Me aparté lentamente de sus brazos, asegurándome de no despertarlo. Me levanté y caminé de puntillas por la habitación agarrando mi ropa del armario, lo más silenciosamente que pude, y entré en el baño para orinar. Al cerrar la puerta tras de mí, exhalé y me apoyé en ella. Mi reflejo me devolvió la mirada, y en él se mostraba una sonrisa soñadora y una mujer completamente satisfecha con expresión de felicidad. Dios, ¡lo que me hacía ese hombre!

Me puse rápidamente la ropa, me lavé la cara y cepillé los dientes.

Usé el retrete y cuando me limpié noté sangre y me quedé helada.

—No, no, no —murmuré—. Dios, por favor, no.

—¿Gemma? —Kristoff debía estar justo delante de la puerta de mi baño—. ¿Qué pasa?

Sabía lo que significaba. Le bajé rápidamente al retrete—. ¿Gemma? —Volvió a llamar.

—Entra. —Me temblaba la voz, me temblaban las manos. Ni siquiera esperó a que terminara la palabra y ya estaba a mi lado.

—¿Qué ocurre? —inquirió con voz preocupada.

Las lágrimas se me agolparon en el fondo de los ojos, amenazando con derramarse en cualquier momento.

—Que no cunda el pánico, ¿de acuerdo? —Lloriqueé—. Estoy sangrando, solo un poco. —Me miró paralizado—. Podría no ser nada, pero probablemente debería buscar un doctor.

—Sophie es médico, ginecóloga —afirmó y me pregunté por qué estaba tan tranquilo—. Cuidará de ti. Esa es la razón por la que la traje conmigo.

—De acuerdo —murmuré. Me levantó en sus brazos con suavidad, volvió al dormitorio y me tumbó en la cama.

—No te levantes —ordenó—. Iré a buscarla. Todo estará bien. Vamos a tener esos bebés.

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Está bien. —Sin embargo, el pánico empezó a ahogarme. Calambres. Sábanas ensangrentadas. Pérdida. Todo eso se apoderó de mi garganta, amenazando con robarme el aliento.

Sus brazos me rodearon.

—Por favor, no llores. Me duele verte alterada. No dejaré que nuestros bebés nos abandonen. Sophie se encargará de todo.

Asentí, aunque si no estaba destinado a pasar, no lo sería.

Se fue y volvió momentos después con Sophie, que seguía en pijama. Llevaba su maletín de doctor.

—Hola. —Intenté saludarla alegremente, pero ya tenía la nariz congestionada de intentar

contener las lágrimas.

—No hay razón para que cunda el pánico —aseguró Sophie con una sonrisa—. A veces se producen ligeras hemorragias después del coito.

Me ardían las mejillas. Me puse las dos manos en la cara avergonzada.

—¿Se lo dijiste? —le pregunté a Kristoff sorprendida. Se limitó a encogerse de hombros y vino a sentarse a mi lado.

—No hay por qué asustarse —añadió Sophie con naturalidad—. Después de todo, así es como quedaste embarazada.

—¡Dios mío! —refunfuñé—. ¿Puedo morir ahora, por favor?

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No en mi turno. Bien, haremos un chequeo de rutina y luego examinaré tu útero.

Miré a Kristoff.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte?

—No me iré a ninguna parte —respondió con obstinada determinación—. Estamos haciendo esto juntos.

Sacudí la cabeza y murmuré:

—Debería haber renunciado al sexo.

Kristoff me apretó suavemente la mano, su toque reconfortante, nuestros ojos se cruzaron y mantuve su mirada totalmente centrada en mí. Dios, me alegraba que estuviera aquí conmigo.

—Por cierto, ¿cómo me encontraste? —pregunté frunciendo ligeramente el ceño. Necesitaba una distracción, cualquier cosa con tal de no pensar en un posible aborto.

—Jonathan. —Desde mi periferia noté que Sophie fulminaba con la mirada a Kristoff, pero no dijo nada—. Tenía uno de mis yates en Italia, así que cuando me envió un mensaje, compré el hospital en el que trabajaba Sophie y la traje conmigo a Venecia, luego me traje el yate aquí.

—Bueno, era eso o perder mi trabajo —refunfuñó Sophie, aunque no se me escapó su sonrisa.

—Me alegro de que estés aquí —admití, su agarre en mi mano se hizo más fuerte—. Los dos.

—Yo también —respondió Sophie.

Fue eficiente y llevó a cabo todos los chequeos rutinarios y normales: tomó la temperatura, la presión arterial, incluso sacó sangre y luego se dispuso a realizar un tacto vaginal.

—Esto es demasiado embarazoso —murmuré.

Me acarició las mejillas y me besó en los labios.

—Estamos haciendo esto juntos.

Sophie miró con curiosidad entre Kristoff y yo esperando mi señal. Finalmente asentí con la cabeza y se puso manos a la obra, se colocó los guantes de látex y empezó a palpar. Tardó dos minutos en terminar.

—Todo está bien —anunció cuando terminó—. Esos bebés no irán a ninguna parte. El sangrado es muy leve, como sospechaba, probablemente causado por el coito. —Y justo cuando pensaba que no podía estar más avergonzada, añadió—: Puede que quieran relajarse con el sexo intenso. Intenten una versión más ligera. —Se rio como si fuera el chiste más gracioso del mundo.

—¡Jesucristo!. —Estaba lista para que la tierra me tragara entera porque esto era vergonzoso. Ni siquiera podía mirar a Sophie a los ojos.

—Solo bromeaba. Todo está bien con esos bebés.

Kristoff soltó un fuerte suspiro y me envolvió en sus brazos.

—Gracias, maldición.

Sophie recogió sus cosas y salió de mi habitación en un santiamén.

—Esos han sido los peores minutos de mi vida —comentó contra mi cabeza. Lo miré y noté la tensión en su rostro—. Podría haber envejecido un año o dos.

—Lo siento. —No necesitaba más estrés. Ninguno lo necesitaba—. Entré en pánico.

—Es bueno que hayas dicho algo y ahora estamos seguros de que todo está bien. —Supuse que no me había dado cuenta de lo mucho que también deseaba esto. Permanecimos abrazados así durante unos minutos.

—Gemma —dijo Kristoff en voz baja—, ¿por qué no quieres casarte conmigo?

Clavé mis ojos en los suyos y su rostro estaba serio. Se había declarado dos veces en cuestión de días.

Desvié la vista. La verdad era que quería casarme con él. Que todos formáramos una familia. Me dijo que me amaba, no obstante, la preocupación seguía latente. Su mano me tomó la barbilla con suavidad y me obligó a observarlo.

Me sostuvo la mirada con tanta intensidad, como si la vida de ambos dependiera de ello.

—Dime —ordenó.

—No he dicho que no quiero casarme contigo —aclaré, sin cortar la conexión de nuestros ojos—. Me preocupa que te sientas impulsado a casarte conmigo porque estoy embarazada. Pasaste del contrato al matrimonio y estoy luchando con todas esas señales contradictorias.

Me miró pensativo.

—Quería que firmaras el contrato para tenerte solo para mí. Quería ser el único para ti.

—Lo eras —afirmé en voz baja, y añadí—: *Eres* el único para mí. Probablemente serás el único para mí independientemente de si nos casamos o no.

—Quiero ser el único para ti hasta mi último aliento. —Su voz era un gruñido bajo—. Quiero ser tu todo, como tú eres mi todo. Quiero tu cuerpo y tu alma, pero sobre todo quiero tu corazón. Porque tienes el mío desde el momento en que te vi. Al principio no lo reconocí. Llámame un viejo tonto. —Me acercó más—. Me alegro por los bebés porque ahora te tengo atrapada. Mataría a cualquiera que se atreviera a tocarte. Sin importar si te casas conmigo o no. Pero si te casaras conmigo por mí, porque quieres, te juro por Dios que te haré feliz. Cada maldito día, le daré gracias a Dios de rodillas por haberte traído a mi oficina.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Podía sentir los fuertes y rápidos latidos de su corazón. Apoyó la frente en la mía y su aroma familiar me envolvió.

—Di algo —gimió.

—Te amo. —Una lágrima rodó por mi mejilla—. Te amo para bien o para mal. Tan profundo y crudo que me asusta.

Se quedó quieto y entonces un sonido áspero retumbó en su pecho.

—Ahora eres mía.

—Estúpidas hormonas. —Me sequé las lágrimas.

—Hermosas hormonas. —Su boca rozó mi rostro—. Te amo. Cruda y profundamente. Y pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto. —Sus labios rozaron los míos y dijo con voz profunda—: Cásate conmigo porque te amo. Cásate conmigo porque quieres ser mía para siempre y quiero ser tuyo para siempre.

Lo amaba. Y sería mío para siempre.

Capítulo Setenta Y Siete



Seis semanas después

Genevieve

—Deja de moverte —se quejó Betty—. Te estás despeinando.

—Olvídate de mi cabello —repliqué con una amplia sonrisa. Dios, estaba tan contenta que podía estallar—. De todas formas, se estropeará. Kristoff es un poco duro en la cama. Vamos a probar cosas pervertidas después de la ceremonia.

Le guiñé un ojo, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Dios mío, ¿por qué me dices eso? —Betty soltó una risita—. ¿Qué le pasó a mi reservada mejor amiga?

Me encogí de hombros y miré a la mujer que me devolvía la mirada en el espejo. Mi cabello castaño caía en espesas ondas por mi espalda, y la luz del sol que entraba por la ventana del yate resaltaba sus tonos cálidos. Mis ojos castaños brillaban y se reflejaban en mí con un destello de felicidad. Un ligero maquillaje acentuaba mis ojos, labios y pómulos. Mi bronceado playero era suficiente. Contrastaba con mi sencillo vestido de novia *baby doll* blanco, sin tirantes, que me llegaba a las rodillas, y los tacones de cinco centímetros a juego. Mi barriguita crecía día a día, aun así, el vestido la disimulaba bien.

No podía creer que me iba a casar. Con Kristoff. Una parte de mí todavía estaba paranoica porque me encontraba muy feliz. Solo esperaba con temor que algo obstaculizara mi felicidad.

Todavía estábamos en Croacia. Kristoff movió algunos hilos para que un juez estadounidense nos casara en su yate. Si fuera por él, ya nos habríamos convertido en marido y mujer.

Sienna, Saoirse y Sierra irrumpieron en la habitación donde Betty y yo nos estábamos preparando. Todas corrieron hacia mí para darme un fuerte abrazo.

—¡Es la hora! —exclamó Saoirse. Todas eran las niñas de las flores, con vestidos a juego azul cielo, y los chicos de Betty eran los portadores de los anillos, con trajes de verano. Uno para el anillo de Kristoff y otro para el mío. Tanto él como yo optamos por no tener padrino ni dama de honor. Solo testigos.

—Mami. —Sierra puso su mano sobre mi vientre—. ¿Hoy hermanita y hermanito?

Sonreí. Kristoff y yo habíamos hablado con las niñas de los hermanitos que pronto tendrían y la conversación no podía haber ido mejor. Estaban encantadas con todo. Y no veían la hora de volver a Estados Unidos para poder vivir todos juntos. Los dos acordamos que viviríamos en su... corrección... nuestra casa de Bethesda y pasaríamos los fines de semana en nuestra casa de Pasadena.

—No, hoy no —respondí a mi hija menor—. Tenemos para rato.

Todas salieron de la habitación y me dejaron sola. Con una última mirada en el espejo, salí del amplio dormitorio del yate y me dirigí a la gran cubierta. El clásico *Canon en re* ya estaba sonando cuando hice mi camino hacía el altar, formado por sillas y flores a cada lado del pasillo. Kristoff trajo a su madre, que estaba encantada de que todo hubiera salido bien. También trajo a las amigas íntimas de su madre que visitaron la antigua casa de campo de mis abuelos y a Laura, mi primera suegra. Rick, Betty y Jonathan nunca se fueron, ayudaron con los preparativos de la boda y Sophie volvió solo para la boda.

Sin embargo, nada importaba en ese minuto, excepto Kristoff, que me esperaba al final del altar. Su vista nunca se apartó de mí mientras caminaba hacia él con mariposas revoloteando en mi estómago. Me concentré en aquel hermoso rostro que tanto amaba y, a cada paso que daba, su sonrisa se hacía más grande.

Me tendió la mano y la agarré con dedos temblorosos. Por una vez, temblaba de felicidad. Me apretó suavemente la mano, una promesa de que nunca me dejaría ir.

Cuando estábamos delante del juez que anunciaba nuestros votos, lo único que recordaba era a nosotros diciendo “sí, acepto”, seguido de Kristoff tomando mi cara entre sus manos mientras unía suavemente sus labios a los míos y mis manos se aferraban a él.

Los aplausos se abrieron paso y puso fin al beso a regañadientes.

—Te amo. —Sus primeras palabras como marido susurradas contra mis labios, haciendo que un escalofrío recorriera mi columna.

—También te amo —solté con voz ronca y sin aliento.

—Este es el mejor contrato que podrías haberme dado —pronunció e inclinó la cabeza para un beso más—. Eres la excepción a todas mis reglas y estoy deseando pasar el resto de mi vida contigo.

Mi corazón se agitó y los ojos me ardieron con lágrimas de felicidad.

—¿Cómo iba a decirle que no…? —bromeé con voz suave, lo más feliz que había estado nunca—. Al mejor negociador.

Me acercó más a su pecho, sus brazos envolvieron mi cuerpo mientras el amor brillaba en sus luceros verdes.

—Me importa un bledo cualquier título. El único que es valioso para mí es ser tu esposo, Gemma Baldwin.

Lo único vital para mí era este hombre y nuestra creciente familia. Era mío y yo suya.

Me moría de ganas de empezar mi futuro con él.

Epílogo



Dos años después

Kristoff

En el momento en que mi chofer atravesó la verja, no pude evitar que la sonrisa curvara mis labios. El inmaculado césped ya no era tan inmaculado. La tranquila propiedad ya no era tan tranquila. La casa ya no era un lugar solitario donde recostar la cabeza.

En casa de Gemma y en la mía retumbaban las risas, las voces altas, las lágrimas ocasionales y las discusiones, no obstante, todo valía la pena. No lo cambiaría por nada.

—Parece que los niños han tenido un buen día, señor —comentó mi chofer.

Tenía razón. A juzgar por la entrada marcada con tiza de colores, las bicicletas y la piscina para niños. Seguía sin entender la necesidad de una piscina para niños cuando teníamos una piscina de verdad que funcionaba perfectamente, pero Gemma insistía en que era mejor.

Así que fuimos con eso. Me arrastró a Target y eligió la más barata que encontró. Hacía cualquier cosa para mantenerla contenta. Si quería que vaciara la piscina olímpica, que así fuera. Mientras siguiera sonriendo.

El coche se detuvo y sonreí. Gemma estaba sentada en la puerta de nuestra mansión, con unos *shorts* de *jean*, que dejaban al descubierto sus largas y hermosas piernas, y mi camiseta, que se tragaba su figura. Nunca había estado tan hermosa. Y *mía*.

Se me llenó el pecho al verlos a todos. Su cabello oscuro le caía por los hombros, desordenado y salvaje, pero no le importaba. Su gran sonrisa y el amor que brillaba en sus ojos mientras cuidaba de nuestros hijos no tenían precio.

Tenía en brazos a uno de los mellizos, nuestro hijo. Era un niño de mamá. Sienna sostenía a nuestra hija, mientras nuestras otras hijas corrían por el camino de entrada persiguiéndose con un aspersor.

Era una casa de locos en el mejor sentido posible.

Los iris color caramelo de Gemma brillaron de alegría al verme y se puso en pie.

—Mira, es papi —le dijo a nuestro hijo.

Todas las cabezas de las chicas giraron hacia mí en sincronía y de repente corrieron hacia donde me encontraba, dispuestas a abordarme.

—Papi, papi, papi. —Nunca me cansaría de oírlo.

Me arrodillé para abrazar a Sierra y Saoirse, que casi me derribaban.

Luego, levantándolas a las dos, besé a Sienna en la frente e incliné la cabeza para besar a mi hija de casi dos años. Solo unos meses más.

—Mira a todas mis princesas —dije—. Más vale que cualquier príncipe tenga cuidado, porque este papá está a punto de patear traseros.

Sierra y Saoirse soltaron una risita.

—Dijiste una mala palabra.

Le guiñé un ojo.

—No se lo digas a mami. No le gusta que diga malas palabras.

Ambas se llevaron los dedos a la boca.

—*Shhh*. —Mi hija menor las imitó y me derretí por dentro.

Mi esposa llegó hasta mí en ese momento y se puso de puntillas para darme un beso en los labios mientras nuestro hijo agitaba las manos y las piernas, listo para despegar.

—Hola, amor —murmuré contra sus labios.

—Guácala, ¡qué asco! —exclamaron las chicas.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunté. La mayoría de los días trabajaba desde casa. Todos los días venía una niñera a ayudarla; mas Gemma insistía en participar y estar presente.

—Un poco de vómito, tripas y gloria. —Su boca rozó mi mejilla—. Y muchas lágrimas —susurró para que solo yo pudiera oírla.

—Uno de esos días, ¿eh?

Asintió con la cabeza.

—Aquí, déjame llevarlo. —Ofrecí, extendiendo mi mano—. Sé que te duele la espalda.

Sonriendo agradecida, me entregó a nuestro hijo.

—¿Y cómo está mi niño que va a proteger a todas sus hermanas? —Arrullé, sus ojitos me observaban atentos —. Tendremos que patear traseros todo el tiempo, hombrecito.

—¡Kristoff! —regañó mi esposa—. Las niñas. —La mirada de todas mis hijas se volvió hacia mí, centelleando con picardía. Entonces Gemma gimió—. Ay, ya les has dicho esas palabras, ¿no?

—Por supuesto que no —mentí, y luego le pegué suavemente en el culo para que se pusiera en marcha—. Ahora, ¿qué hay para cenar, esposa?

Puso los ojos en blanco.

—¿Por qué me preguntas a mí? ¡Pregúntale a tu chef!

—Espero que no estuviera coqueteando contigo —bromeé—. Sé lo mucho que te ama por hacernos comer a todos en casa.

Se encogió de hombros y me lanzó una mirada pícara.

—Me está preparando un postre especial. ¿Por qué iba a salir?

—Ah, mi esposa es hogareña. —Ronroneé—. En resumidas cuentas.

En cuanto entramos, la conmoción llenó cada metro cuadrado de mi casa de veinte mil metros cuadrados. Uno no creería que fuera posible que gente pequeña se apoderara de un lugar.

Créeme, era totalmente posible. Porque mis hijos lo hicieron. Y les construiría otros veinte mil metros cuadrados, solo para mantenerlos felices y seguros.

Gemma

Me senté en el sofá de la biblioteca de Kristoff, con los pies metidos debajo de mí y la cabeza apoyada en su pecho, mientras veíamos un programa. Un viejo programa de la BBC. Los niños por fin se habían dormido y ambos disfrutábamos de la tranquilidad previa a la hora de ir a la cama.

Era increíble lo rápido que habían pasado los años. Cada día era mejor que el anterior. Incluso cuando había desacuerdos, que los hubo, no pasó un solo día en que me arrepintiera de mis votos a mi marido.

Era mi príncipe. Mi felicidad para siempre. Mi todo.

Había encontrado lo que buscaba y nunca lo dejaría escapar.

—¿Por qué te gusta este programa? —preguntó Kristoff, rompiendo el cómodo silencio.

Me reí entre dientes.

—Es sencillo. Y divertido. Somos nosotros cuando seamos canosos y viejos. Nada importa realmente cuando tienes esa edad, pero nos tendremos el uno al otro. Y a nuestra familia. Todo lo demás será ruido de fondo.

Su boca rozó mi frente.

—Nosotros contra el mundo, mi pequeña romántica.

El programa terminó y estaba a punto de pulsar para ver el siguiente episodio cuando me quedé helada.

—¿Qué pasa? —inquirió Kristoff, alerta a todos mis estados de ánimo.

Me encontré con los ojos que heredaron nuestros mellizos.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvimos sexo?

Su profunda risita retumbó en su pecho.

—Siete días y dieciocho horas.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Cómo puede ser?

—Has estado agotada —murmuró contra mi cabello—. Cuidando de las niñas, de los mellizos y ayudando con la contabilidad y las finanzas en W&W.

—Pero ¿no quieres sexo? —Mi esposo no había intentado tener sexo en siete días y dieciocho horas. ¿Ya no me quería?

Me acarició la mejilla.

—Te deseo cada segundo del día. Pero no a costa de tu agotamiento.

Rocé nuestras narices.

—Dios, te amo.

Su hermosa boca se curvó en una sonrisa.

—Te amo más. Tanto, demonios, que hay días en que tengo miedo de despertarme y encontrar esta maldita casa inmaculada. Y vacía.

Me reí entre dientes.

—Creo que es seguro asumir que no estará vacía durante mucho tiempo.

Sus dedos se enredaron en mi cabello.

—Podemos ver otro episodio. Disfruto haciendo esto contigo.

Sacudí la cabeza.

—No, no, no —protesté—. Esta noche, vamos a ponernos salvajes.

—Oh, cuéntame más, cariño. —Se levantó y me tomó en brazos—. Dime qué tipo de

salvajada te apetece.

—Tu tipo de salvaje, marido. —Solté una risita y me sonrojé como una colegiala—. Por favor, no te lastimes la espalda.

—Si haces referencia a mi avanzada edad, esposa, voy a tener que nalguearte. —Se inclinó y me dio una suave mordida en el labio—. En realidad, pensándolo bien, voy a tener que nalguearte por eso.

—Ohhh... no puedo esperar —comenté toda emocionada.

El paso firme de Kristoff no cesaba mientras me llevaba a nuestro dormitorio. Apoyé la palma de la mano en su pecho, sintiendo sus duros músculos bajo los dedos, y apreté la boca en su cuello, rozando su piel caliente.

—Te amo tanto —dije con voz ronca.

Mis labios se acercaron a los suyos y los de él se encontraron con los míos ansiosamente mientras tomaba el control del beso, profundizándolo, con su lengua en busca de la mía. Gemí dentro de su beso, rodeándole el cuello con los brazos y metiéndole los dedos en el pelo.

Me tumbó en la cama y me quitó la camisa por encima de la cabeza con movimientos rápidos y ansiosos que coincidían con los míos mientras se deshacía de sus pantalones y su camisa. Levanté las caderas de la cama a la par que me quitaba el *short* de la pijama, dejándome en sujetador y bragas.

—Mi mujer —musitó casi en un gruñido, su mirada caliente en mí.

Su mano me rozó suavemente el cuello hasta el escote, ligera como una pluma, bajó por mi vientre plano y terminó entre mis muslos. Podía sentir mi humedad caliente, incluso a través de mis bragas. Sus dedos me acariciaron sobre aquel fino trozo de tela y mi espalda se arqueó por la necesidad de sentirlo dentro de mí. Enganchó los dedos en mis bragas y me las bajó por las piernas. A continuación, me quitó el sujetador.

—Ábrelas para mí, amor. —La voz de mi marido era suave pero autoritaria, provocándome escalofríos. Extendí lentamente los muslos, exponiendo mi coño a su abrasadora mirada, con la cara ardiendo de calor.

—Precioso —murmuró. Teniéndolo observándome, sin quitar su atención de mi parte más íntima como si no pudiera tener suficiente de la vista, me excitaba más que nada. Sus dedos rozaron mi vagina. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y eché la cabeza hacia atrás con un gemido. Su dedo encontró mi clítoris y empezó a acariciarlo en círculos, cada vez más rápido. Estaba tan mojada por él. Sentía cómo el deseo resbalaba por mis muslos. Mis ojos se cerraron y mi respiración se hizo más agitada.

—Mira cómo te masturbo, esposa —ordenó Kristoff. Con los párpados pesados, los forcé a abrirse—. Quiero que me mires mientras llegas al orgasmo.

Me lamí los labios mientras lo veía fijamente, con el corazón latiéndome desbocado. Consumía cada uno de mis latidos, cada una de mis respiraciones, mi todo. Era suya y él era mío.

Kristoff aumentó la velocidad con la que me acariciaba el clítoris, mi cuerpo zumbaba mientras arqueaba la espalda ansiosa por recibir más de él. Su dedo se deslizaba por mis empapados pliegues, a la par que el otro ejercía la presión justa sobre mi clítoris. Me pesaban los párpados.

—Kristoff... —Mi voz era ronca, sin aliento.

—No te contengas —dijo con voz ronca—. Córrete para mí.

Eso fue todo lo que necesité para que el placer estallara en mí y mi cuerpo temblara. Me corrí con fuerza, empapando sus dedos. Sin quitarle la vista de encima, se los llevó a la boca y chupó mis jugos sin apartar la mirada.

—¡Te quiero dentro de mí! —supliqué, con el cuerpo estremeciéndose por la liberación. Nada me hacía sentir mejor que compartir el placer con él.

—Quiero cogerte duro —gimió—. Tan fuerte que me sentirás cada vez que te muevas durante días.

—Sí. —Mi voz llegó como un susurro. El corazón me latía con fuerza en el pecho.

—Abre las piernas. —Las abrí más ante su voz de mando.

Se colocó en mi entrada y jadeé quejándome.

—No me hagas esperar —gemí.

De un empujón, me penetró hasta el fondo, llenándome hasta la empuñadura.

—¡¡Ahhhh!! —Mi voz salió en un gemido. Sin darme tiempo a adaptarme, empezó a moverse, empujando profundo y fuerte. Rápido e intenso. Sus dedos agarraron mis caderas y sentí cada centímetro de él dentro de mí, llenándome. Siempre me lo daba todo—. Sí. Sí. Sí. —Mis gemidos salieron en gritos—. Por favor, Kristoff.

—Estás hecha para mí. —Su voz era un gruñido, mientras me reclamaba—. Solo para mí. Mía.

Arqueé la espalda mientras seguía penetrándome. Estaba tan cerca, y mi cuerpo se movía tan en sintonía con el suyo, que supe que él también lo estaba. Su longitud crecía, llenándome, y mis uñas arañaban su espalda, aferrándome como a un ancla.

—¡Maldición, Gemma! —gimió, su voz ahora era un gruñido—. Córrete conmigo. —Sus dedos se dirigieron a mi clítoris y su duro toque hizo estallar mi orgasmo. Se me pusieron los ojos en blanco, con estrellas blancas detrás de los párpados.

Mi cuerpo se estremeció por el intenso orgasmo, y mi vagina se aferró a su pene, ordeñándolo con toda su fuerza.

Mi esposo me rodeó con sus brazos, todavía profundamente enterrado en mí. Nuestras respiraciones agitadas llenaban el dormitorio, su boca bañaba mi cuello con besos y palabras de afecto.

—Increíble —me susurró al oído.

—Sí —murmuré, con la voz aún sin aliento. Con él, cada vez era increíble y nuevo. Apoyé la cara en su cuello, rozando su piel con los labios. Inhalé su aroma, que siempre me calmaba, incluso durante nuestros desacuerdos.

—Te amo, *mi hermosa excepción*. Para siempre —juró.

Aquí tenía todo lo que necesitaba.

FIN

Sobre La Autora

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners: https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe todo tipo de novelas románticas, desde enemigos a amantes hasta libros con todo tipo de sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque ellos también necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están salpicados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión ardiente.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/